

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN
Departamento de Peridismo I



TESIS DOCTORAL

**El origen del periodismo de guerra actual en España: el análisis de los
corresponsales en el conflicto del norte de África entre 1893 y 192**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Antonio García Palomares

Director

Rafael Moreno Izquierdo

Madrid, 2014

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN

Departamento de Periodismo I
(Análisis del mensaje informativo)



**EL ORIGEN DEL PERIODISMO DE GUERRA ACTUAL
EN ESPAÑA: EL ANÁLISIS DE LOS CORRESPONSALES
EN EL CONFLICTO DEL NORTE DE ÁFRICA ENTRE
1893 Y 1925**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Antonio García Palomares

Bajo la dirección del doctor

Rafael Moreno Izquierdo

Madrid, 2014

El origen del periodismo de guerra actual en España: el análisis de los corresponsales en el conflicto del norte de África entre 1893 y 1925

Memoria presentada para optar al grado de Doctor por

Antonio García Palomares

Director:
Rafael Moreno Izquierdo

Madrid, 2014

A los que fueron, sin importar adonde, para contarnos lo que vieron.

Y, sobre todo, a los que no dejaron regresar.

Los destinos de España, no se ventilan ya aquí, sino allí; no dependen del valor de nuestras tropas, sino de la prudencia del gobierno español y de la ilustración y patriotismo de los periodistas...

Pedro Antonio de Alarcón.

AGRADECIMIENTOS

Cuando recibo esta tesis de manos del encuadernador reconozco la magnitud del trabajo realizado, fruto de mi esfuerzo, pero imposible de llevar a cabo en solitario. Hasta llegar a este punto ha sido necesario la colaboración de numerosas personas e instituciones. Forma parte del deber investigador reconocer su participación, porque ha resultado indispensable para que este trabajo se haya terminado y presentado para su evaluación.

En primer lugar quiero mencionar a la Universidad Complutense de Madrid, donde radica el origen de todo, que durante unos años se ha convertido en parte del espacio donde esta investigación se iba perfilando, y que cuenta con mi consideración.

Las aportaciones que el cuerpo docente del master de Periodismo del curso 2009/2010 me hizo en el ámbito teórico supusieron un salto cualitativo en la renovación de mis conocimientos y en los enfoques que desde la profesión se pueden tener.

De entre ellos es mi voluntad destacar al doctor Rafael Moreno Izquierdo, encargado de la asignatura “Conflictos y Relaciones Internacionales en la Información Periodística”, con quien descubrí mi pasión por esta materia y que finalmente se convirtió en el promotor de esta investigación. Su dirección ha sido clave para sacar adelante un trabajo laborioso en un ámbito del periodismo en el que hay que recurrir a las fuentes primarias y todavía queda mucho por investigar. Su apoyo y confianza en mi labor y su capacidad para orientarme en la interpretación de los nombres, los textos y las imágenes que aquellos profesionales publicaron hace más de cien años, se han hecho absolutamente imprescindibles para lograr este resultado. Además, siempre se ha mostrado disponible y atento a los nuevos contenidos salidos de las editoriales con el fin de que la tesis contara con la máxima actualización posible en el momento de su presentación.

En el ámbito académico quiero también agradecer a los organizadores de las I Jornadas Internacionales sobre la Crónica de Guerra, que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, por darme la oportunidad de participar como ponente durante la elaboración de la presente investigación y por ponerme en contacto con otros investigadores de la especialidad, lo que ha avivado mi interés por el tema.

De inestimable cabe calificar la ayuda prestada por el personal del Archivo General Militar de Madrid, por la facilidad para acceder a los Fondos de África y por la paciencia a la hora de atender mi vasta solicitud de copias del material más relevante. De igual modo, lo hago extensivo al Archivo General Militar de Segovia, en la persona del coronel director, Emilio Montero, por la eficacia demostrada a la hora de girar una copia de las hojas de servicios de miembros del Ejército que me eran necesarias.

También quiero dejar constancia de la disposición de las empleadas de la Biblioteca Valenciana, por la búsqueda de los fondos hemerográficos archivados y su ayuda en el manejo de la maquinaria para visionar los ejemplares microfilmados, y del personal de la biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid.

La decisión de cursar el master y transitar hacia el doctorado fue apoyada por mi esposa, quien me aconsejó que continuara centrado por el camino del periodismo, sin desvíos hacia otras materias colaterales, lo que ha sido un acierto por la satisfacción personal que me ha producido. Desde 2011, la experiencia de la paternidad ha supuesto un estímulo aún mayor.

Durante estos tres años he compartido cerca de 500 horas y alrededor de 50.000 kilómetros entre mi residencia en Valencia y Madrid en el vehículo junto a mi padre, preocupado por mi seguridad y puntualidad y siempre atento a los plazos administrativos. Tampoco quiero olvidar la colaboración materna y a mi hermana, que me ha echado una mano con el inglés.

No quiero cerrar este apartado sin una mención especial a mi amigo y colega Antonio Vidal, con el que he mantenido largas deliberaciones sobre el tema, haciendo especial hincapié en la influencia de la política en el trabajo diario de aquellos corresponsales.

A todas estas personas he tenido ocasión de manifestarles mi gratitud de manera personal, pero la valía de sus aportaciones merece que ese agradecimiento se exprese también en la misma obra en la que de una forma tan determinante han participado.

THE ORIGIN OF PRESENT JOURNALISM OF WAR IN SPAIN: ANALYSIS OF CORRESPONDENTS IN THE CONFLICT IN NORTH AFRICA BETWEEN 1893 AND 1925.

Comprehensive summary of content

Spain is a country stretching between the European and the African continents. At present, the Spanish presence in Africa is limited to the Canary Islands, located to the west off the coast of the Sahara desert, and a series of small territories on the southern shore of the Mediterranean, in front of the Iberian peninsula, dating from the fifteenth century. Most important among these are two cities, surrounded by a strip of land, Ceuta and Melilla, which are along the border with Morocco. The area of Spanish rule in the area has expanded and decreased over the course of the nineteenth and twentieth centuries, as a result of the process of colonization and decolonization.

The strategic location of these two Spanish cities in Moroccan surroundings has encouraged the claim of this part of the national territory by the Kingdom of Morocco. Resulting incidents tend to be mild in character, but occasionally the army has had to become involved.

At a time of maximum tension in the relations between the two countries, including armed clashes, to exert the dominance of the Spanish Protectorate (i.e. 1859, 1893, 1909, and during the 1920s), "the Moroccan matter" was one of the issues that was widely followed by the Spanish press. This was due to its political, economic and, above all, social importance. National, regional and local newspapers and illustrated magazines published thousands and thousands of news, articles, reviews, photographs and illustrations that were followed with great interest by a public that did not remain impassive.

War correspondents reported on that part of the recent history of Spain every day from Larache, Alcazarquivir, Tangiers, Tetouan, Rabat, Casablanca and of course, Ceuta and Melilla. Pedro Antonio de Alarcón was, in 1859, the first in a long list of names that gave rise to the current war journalism. The most senior, such as Francisco Peris Mencheta, already had experience from the Third Carlist War (1872-1876). However,

the conflict in North Africa was the first experience in a struggle for most. Some of them were: Manuel Alhama Montes, José Boada, Eduardo Muñoz, Alfredo Escobar, Víctor Ruiz Albéniz, Nicanor Rodríguez de Celis, Guillermo Rittwagen, Leopoldo Romeo, José Rocamora, Luis López Ballesteros, Pedro de Repide. A few from 1893, particularly Luis Morote, Antonio Rodríguez Lázaro and Domingo Blanco were subsequently in Cuba. And a relevant number, such as Artigas Arpón, Augusto Vivero, Tomás Borrás, Gregorio Corrochano and Luis de Galinsoga, reported on the Spanish Civil War having learned the ropes in Africa. These are only a few of the many hundreds of correspondents who toured the southern shore of the Mediterranean in search of stories for their readers. It was mainly a man's world, but there was still space for two women: Carmen de Burgos and Teresa Escoriaza.

This was not the first taste of war just for correspondents, but also for photographers. Until then, readers had been presented with a succession of heroic scenes, through illustrators that had been miles away from any battlefield. Society could now see a reality devoid of glory and full of cruelty. Those images were captured by a few photographers whose names today have become legendary. These photographers were either at the beginning of their career or had very limited experience in studios and outdoors: Manuel Company, Ramon Alba, Alfonso Sanchez Portela and his son Alfonso Sánchez García, Jose Diaz Casariego, Juan de Luque, Jose Luis Lopez Demaría “Campua” and his son Jose Demaría Vázquez, and hundreds of others that carried out extensive photographic reports and showed the war as they saw it. They were all preceded by Enrique Facio and his famous picture of the Serrallo camp of Ceuta in 1860.

The study of Spanish war reporting is widely covered at certain moments in the history of the 20th century, especially during the Spanish Civil War. Aside from this, there were other conflicts, and with major consequences for the life of the Spaniards, such as the Moroccan, which attracted in its successive waves hundreds of national journalists and also correspondents of foreign newspapers. These conflicts did not manage to attract the attention of scholars in equal measure, despite being the beginning of modern war journalism in Spain.

The present investigative work was conceived as a study on the work of a small group of correspondents and photojournalists who covered the conflict in one of its most

exciting stages, that of 1909. At the time, the change in the figure of the warlike correspondent towards a professional, comparable model to the current one had already happened. Gone was the romantic aura, the high doses of patriotism and heroism of those who called themselves journalists, even those belonging to the actual army. In the Spanish case, these had disappeared at the turn of the 20th century. Their predecessor was William Howard Russell, the Irishman of *The Times* who in 1854 reported the Balaclava battle in the war of Crimea between the British and Russians. This was the time that marked the birth of the journalism of war and, it must not be forgotten, of the hobbles of the army, who up to this moment was in charge of preparing the account of the events (Montagut, 2002: 5). Russell's chronicles reflected the crudeness of the combats and the shortages suffered by the soldiers in the frontline and had little to do with the outpouring of gallantry, bravery and honour associated with the Spanish commanders in the chronicles of the time and even subsequently, up to the last Carlist War, when a different way of reporting was born.

In 1859, as throughout the conflict, patriotism was the starting point of the chronicles journalists sent from Africa. Those published in the newspapers contained subjective appreciations and even exaggerations, which does not demerit their literary value, but affects the veracity of the provided information, usually produced quickly and without time for reflection, and with a long, slow journey to the newspaper's head office. On the other hand, one thing were the sources of information available, and quite another the way to access them, since, on many occasions, the correspondents found obstacles that hindered their work.

Still, this view changed from 1909 and, in some cases, in 1893. Fortunately, the abundance and characteristics of the sources found during the first months of research changed the initial approach. What had originally been planned as focus on 1909, could now be expanded, detailed, and conferred greater depth, so as to throw more light into the origin of the Spanish war journalism in spite of a context of scarce bibliography. Thus, the challenge was to develop a more comprehensive study on the coverage of correspondents and photojournalists of newspapers and national magazines of wider reach in times when the presence of journalists in the area was greatest: the crisis of 1893 outside Melilla, the war of 1909 and the two defining moments in the fifteen insurgency of the 1920s against

the military control over the Spanish territory of the North African protectorate: the disaster of Annual in 1921 and the Alhucemas landing in 1925.

These were people whose life and work fell into oblivion. Surely, their valuable chronicles and old photographs, which are in fact testimonies of everything that happened there, currently carry more value and make a contribution to the good relationship between the two countries. The recovery of their work, their contributions and their figure is a moral duty that sets an example to be followed by future generations of journalists.

Within a detailed chronological narrative, this research has reconstructed the times of arrival and departure from the war stage by reporters and graphics, their movements, their relationship with the army and censorship, their work methods, some of their most featured chronicles and pictures, their views on the conflict, the effect of their work on its development and on public opinion and the political and parliamentary life. This constitutes the largest part of the investigation, which has come to discover cases of spying on journalists.

The work consists also of an analytical chapter, which includes thoroughly informative content, with special attention to the structure, language, style, themes, genres, sources, scenarios and agents. The graphical information is also reflected, especially in relation to the role of the photographer in the conflict and the ethical implications of the taking of photographs of the horrors of the disasters of 1921. The control exerted by the army is an essential part of this section, through the part of the army structure that had pre-established relations with the press, and the power the Government exerted over the flow of information through censorship, restriction of movement, access to the systems of communication and propaganda. Due to its reflection on the results of their work, the relationship between journalist and editors is also reviewed, especially as regards the degree of autonomy enjoyed by the correspondents, and how the material sent was published. An essential aspect that has been taken into account was professionalism and ideology, their responsibilities, their involvement in the conflict, their ethical values and their contributions to the profession and to the history of journalism. Neither have been forgotten issues relating to logistics and the tools that correspondents used to carry out

their mission. The critical gaze that comedians left of correspondents and the difficulties encountered for the development of their task was also included.

This research concludes as a compendium on the meaning of the presence of correspondents in North Africa, the influence of their contribution in the development of the conflict and its impact on society and the Government.

There is an ending part that pays tribute to all correspondents and photographers who covered the conflict in all its phases, in the biography of approximately one hundred of the most outstanding of which it has been possible to obtain relevant information. Reviews of their careers in journalism are included, as well as reports of the incursion, by some, in other areas such as politics, which was rather frequent and well seen at the time. Most of those who passed through Africa have survived as little more than a simple name, a name that cannot be linked to any biographical data or a pseudonym; in other cases, not even the name has survived. Nonetheless, their work was never less important.

Hypothesis

Journalists who cover wars are subject to all kinds of external and internal factors. These are always reflected in their work in greater or lesser degree. The environment in which a war correspondent works is complex. At the same time, the difficulties of access to the war information have grown throughout the 20th century. In the words of US Senator Hiram Johnson regarding World War I, in 1917, "The first casualty when war comes is truth" (Pizarroso, 2005: 62-63). Or to put it another way: information from the war is never reported at its purest. It is controlled by fighters, whether they belong to a regular army or not.

On that basis, the information transmitted by a war correspondent should undergo an analysis from the point of view of the objective-subjective axis. Any informational text written after going through the interests of the conflicting parties and adding other sources of information has to pass another filter in the mind of the journalist. In addition to being a professional, a journalist is also a human being, with a personal point of view on the subject, with an ideology and a few constraints relating to the editorial line of the medium in which he works.

All the correspondents of the successive stages of the conflict concerned lived a historical moment of great ideological, political, social and economic turmoil. Disregarding an influence of these factors in their work would render the result of this thesis unfocused. Still, to know up to which point this influence conditioned their work helps to know them better. Did such influence render their work completely useless, given the pollution that might have entered their texts by conflicting interests, or in spite of everything, could the journalist meet his informational and interpretative function? It was those journalists that also defined the profile of the rifan as the enemy and presented him to society as being wild, primitive, traitorous, cowardly, volatile and interested.

First of all, one must wonder if the financiers and entrepreneurs that controlled the newspapers had the need to instruct their correspondents what they had to say or show in a context of precarious labour, endemic in journalists, with the exception of the *ABC*. Research has shown that they tried to always provide information that was truthful and accurate, rich in details and stories of human interest, because the problem was not in the company that sought to increase their sales. The newspaper had other spaces where the opinion was predominant and manifested its ideological and business line. Unfortunately, the information transmitted was incomplete, lacking in accuracy and even in content. They themselves were the first to recognise it and told their readers so. At least, one must acknowledge their professional honesty, always necessary. I also wonder whether the governmental interests meant an insurmountable impediment or not. The problem was in the interference of political interests and the mixture of both and especially in the laws which dictated to curtail freedom of speech through censorship. We should not forget the figure of the count of Romanones, entrepreneur, founder of newspapers and important politician of the time, who was co-owner of the company exploiting the mining interests in the Rif. His figure was lengthened on the conflict. Correspondents acquired a degree of affinity to the governmental interests, supported by the level of patriotism of the moment, but their development was parallel to the gradual rejection that the conflict originated in the society and, when they considered that the position of the Government was abusive over the information, resisted. It should be acknowledged that they did everything that they could to keep independence and freedom of expression, but they were the losers in the information

battle. Even so, they resisted to lose it. At the end of each stage they narrated their experiences, trying to explain the conflict more clearly, and denounced a different reality to that which they had narrated.

Therefore, can we say, based on the letters and telegrams transmitted, that readers were well informed of what was happening? Obviously not, but without the correspondent's presence, the information that society received would have been very scarce and of poor quality, and it would have been completely at the mercy of the only official version of the army or the Government. His contribution did not only consist of telling stories of value and heroism or suffering demanded by the audience and express an interpretation that was always right. They were the necessary counterweight for society to understand that something serious was happening in Melilla and in the rest of the protectorate.

Given this one must question whether the journalists followed any deontological criteria. Apart from their goodwill and the scope allowed by the editorial and official communication, they lacked a legal framework from which to benefit. Actually, the legislation was very restrictive in the most troubled years. It restricted the correspondent's freedom, and prevented it at certain moments and situations. Nevertheless, those professionals exercised a defense of the values of independence and their work was always guided by the criteria of truth and freedom of expression. Their sense of professionalism and commitment to the readers meant they became exposed to military reprisal or some rifian sniper, even knowing that they could not use all the material they got and that the written text could still be trimmed in the censorship office.

The image that readers had of that enemy was based on accounts and photographs of those reporters. The presentation of the rifian through negative topics as primitive, wild, liars and traitors meant that correspondents mostly justified the use of force to subdue them and to disseminate the civilizing mission of Spain, within the strategy of propaganda by the Government, of which journalists were victims, and within the morals of the time. But it was precisely this approach, the breaking of the rifian by the force with the neutralization of an incipient nationalism, which led to a solution in 1926 that placed Morocco out of the list of problems of Spain, as had been predicted by correspondents since 1893.

Methodology

Relations between Spain and Morocco have seen moments of tension and easing of this tension throughout history. In the second half of the 19th century and the beginning of the 20th there was a clash in regards to the colonial Division of Africa by countries with more power in Europe. Spain received a very troubled strip located to the North, the Rif, and another to the South, which served as a protectorate from 1912 to 1956.

We have chosen three stages that bring together the most relevant aspects for the work of war correspondents: the last quarter of 1893 (coinciding with the crisis of Sidi Aguariach), the summer of 1909, and, within the 1920s, the more serious events of 1921, which meant a loss of territory militarily occupied, and the Alhucemas landing in 1925 as a highlight of the recovery of those territories. The first great participation of Spanish correspondents and photographers in an international conflict and the first African experience of modern war journalism occurred in 1893, becoming useful some few years later in Cuba. Thus began the transit from the soldier-journalist with a large aura of adventure towards a professional and, in some cases specialised, journalist. This period is interesting because it generated the dynamics that were to be repeated in other stages later.

An open confrontation occurred in the summer of 1909, and the journalists returned. Photographers gained great importance. The later stages have particular characteristics in that correspondents and photographers were facing the most difficult moments of the conflict, in 1921, with incipient fifteen national consciousness, and in 1925 with the narration of the largest military landing operation carried out so far and where army experimented a new way of organising the correspondents.

The research began in 2010 with the challenge of a lack of specific literature that would allow a rapid advance in the study of the presence of journalists in the place of the conflict. Just a few authors like Manuel Leguineche had set to background in the subject. Therefore, a strategy for tracking the original material was designed. As a result, research could be only done through published copies of the press of the years 1893, 1903, 1906, 1907, 1908, 1909, 1911, 1912, 1921 and 1925 in an intensive way, and for other years on a selective basis, through which all the necessary data could be

found and then, the deductive method for the reconstruction of the correspondent's activity and everything that revolves around it was applied.

Very valuable information was obtained by a chronological search through the digitilised major national newspapers that are available in the National Library, through the digitilised newspaper Archives of *ABC* and *La Vanguardia* newspapers, the Madrid Municipal Archive and the archive of the Valencian Library and other specialised files that are available through the Internet. There were the correspondent's chronicles, their telegrams, photographs and a large number of references, which allowed the reconstruction of those moments and their activities with precision, qualitative analysis of sources, themes, styles, language, movements, responsibilities, of ethical and professional standards, and other elements. In total 2,674 copies have been read.

This research has been completed with the consultation of the sources related to Africa contained in the General Military Archive in Madrid. Here is documentation dating from the command headquarters and General captaincies of North Africa between 1893 and 1927 that helped bring the perception of journalists in the conflict by the army, know the treatment they dispensed them, contrast situations reported by correspondents and discover the tension between military chiefs over the posted information and controversies that were never published in the press. The General Military Segovia Archive, also attached to the Ministry of Defense, has facilitated the access to personal files in which are reflected the destinations and activities carried out by the chiefs and officers who were responsible for supervising the work of correspondents. Also, bibliographic files of the Universidad Complutense of Madrid and the University of Valencia have been traced, offering a few volumes with information that helped to give more consistency to the research more in the historical aspect that in the newspaper. Some authors like María Cruz Seoane and Rosa de Madariaga have become essential.

Finally, a constant navigation through the most powerful search engines of the Internet has allowed to find articles, conferences and publications, updated material that has contributed to a more accurate contextualisation.

For the elaboration of the historical part, the following have been especially considered: the contact kept with representatives of official sources, the information conveyed, and

what relationship the soldiers and officers of the Spanish army had. In this area, to which extent the information structure of the army exercised power through censorship, propaganda, the restriction of movements and the army's own ideology has also been measured.

Similarly, it has also been relevant for the present study the front from which the correspondent and photographer obtained material for publication, since although they always worked from the Spanish side, there was some incursion into the rifa territory and some very exceptional coverage from the French protectorate.

Based on all that material from mainly primary sources but also secondary, the author of this thesis has made a general investigation of the coverage, with special emphasis on the censorship of the content of the texts and images and the motivations of the correspondents, considering what was the contribution that all parties made.

The contribution of research to the scientific community consists of the elaboration of a narrative account of how detailed the experience of those journalists and photojournalists in the Maghreb was between 1893 and 1925, their professional views on the conflict, the perception that the military enforcement of censorship had of them, what they narrated and what impact their work had in society and in political life.

The preferred format in Africa was that of the chronicle, a combination of information and opinion, which allowed the narration of the facts and left room for interpretation by the correspondents. This included the letters sent by ordinary post and telegraphic letters, according to the denomination of the time. This format was of great use to narrate personally produced information in a different way, making some newspapers different from others, and especially different from the official version of events. Readers also searched for those reports that showed and explained the conflict, in its context and with the most relevant documentation and sources.

José Luis Martínez Albertos defines the chronicle as a "hybrid genre", just between the news and the comment pages, and considers that it is of "a predominantly Latin literary product", almost unknown in Anglo-Saxon journalism. And he explains that this Latin chronicle is "a direct and immediate narration of a story with certain evaluative

elements, which must always be secondary to the narration of the fact itself. It tries to reflect what happened between two dates” (Martínez Albertos, 1993: 346). It is the same line adopted by Luis Alberto Hernando Cuadrado, for whom the chronicle is a hybrid genre, participating at the same time from the traits of informational and interpretative genres, although it gives a predominance of the former on the latter (Hernando Cuadrado, 2000: 21-22). The chronicles are classified into two groups: those that cover a place and those that cover a topic. To the first group belongs the correspondent abroad and, as a result, that in a war. The second group includes sport, bullfighting, politics, society, events and the judicial system.

For the study of the content we have analysed a hundred of chronicles and also another hundred telegrams, focusing on gender, language, sources. In addition to this, following Doménico Chiappe, the scenarios in which the conflict was developed, and the agents protagonists of the stories, have also been targeted.

All the texts taken into account were always signed by their author clearly and unequivocally, or by their known pseudonym, always looking for those that collected information exclusively on war, sieges, advances and clashes regardless of their level of intensity. No unsigned chronicles or telegrams have been taken into account.

One has to see with optimism the disposition and attitude that most of the correspondents showed during their time in the conflict, their commitment to the truth, their clear and progressive distancing from the Government. However, it was not enough.

Unfortunately, they were the first victims of Spanish military censorship and, despite their best efforts, failed to do their job. Some of them wrote some books that clarified what had happened, but these certainly had less audience and impact than that that could be offered by a regular publication of national reach at the end of each stage. Governments that ruled during the military stages always won the informational war thanks to highly restrictive laws and the cooperation of the army itself. Correspondents created a style of practicing journalism and overcame the conflict with increased prestige and credibility beyond any doubt. Their presence did not serve so that society would be better informed, but their absence would have meant an even bigger shortage

of information and, today, of extremely valuable documentation to study the origin of Spanish war journalism.

Conclusions

The conflict between Spain and Morocco generated great interest among Spanish journalists from 1893 until 1925. Reporters from national, regional and local press and photographers, with some experience or mostly without, came hastily to Melilla and elsewhere in North Africa whenever tension broke out, in order to report in a truthful manner what was happening.

As per an estimate based on the studied material, in the moments of greatest informational interest, more than five hundred correspondents and photographers went to Melilla, Ceuta and the rest of the territory of the Protectorate that Spain exerted on Morocco. Some arrived as experienced professionals, having already stayed in the country for different lengths of time, having extensive knowledge of Arab culture or having experience in warfare. Still, most lacked proper training. Those were the most exposed to not understanding the dimension of the conflict and not performing more complete analyses, which facilitated Government and military interests in lowering the quality of the information that was transmitted.

Correspondents flooded the area after the outbreak of hostilities, except in 1925, when they attended a scheduled military operation. And they returned home, in general, when the tension relaxed or when the pressure of censorship made their work pointless. Their coverage, which lasted between a few days and several months, was conducted mainly during times of political and military tension. It was very few that kept informing on the expansion of Spanish rule in North Africa outside of these periods. The bravest always sought the frontline to witness, and in some case be part of, the stories, although these were very few and exceptionally allowed. Most worked from the rearguard, with the statements of those eyewitnesses or military personnel proposed by the army, and some even from the cafes of Madrid.

North Africa was the origin of the Spanish war journalism. The generation of 1893 had the honour to collect the inheritance of these colleagues of 1859 and raise it up to where

their companies and censorship allowed. They were the first professional war correspondents and set the foundations of modern Spanish war journalism. The return to the stage in 1909 was carried out without the same aura of epic, and after the lessons learned also in 1898 in Cuba, but these were not of great help. Neither to those who participated in the campaigns of the 1920s, who had more facilities and comforts in communication and transportation, but had to also face more powerful media services that took advantage of the propaganda tactics tested in World War I. Some of those who covered the conflicts between 1921 and 1925 reached their professional peak in the Spanish Civil War. One can highlight Leopoldo Bejarano and Francisco Hernández Mir as witnesses of all stages, but a good number of journalists covered two stages, usually the closest in time, such as those of 1893 and 1909, and 1921 and 1925.

Thus, the Spanish journalist, whose everyday job was to report on bullfighting, art or parliament as a critic in the peninsula or, in the best of cases, with some experience overseas, became a correspondent for war and his chronicles became the benchmark of modern Spanish war journalism. Also, the photographer of studio, bullfights and social events became photojournalist on the same stage, losing his innocence to show readers the corpses of war.

The Government and army maintained a communicative war with the correspondent to show society their task in Morocco. To do this, on the one hand the former developed legislative initiatives that protected the exercise of censorship, which had to be reinforced at other lower-ranking military and ministerial level, and even with verbal intimidation. On the other hand, the army implemented censorship at the highest level and with an organization that is reinforced at every stage. Outside officialdom, there was the structure dependent on the military Governor of Melilla, General Margallo, through military personnel of his utmost trust in 1893. In a more structured way, there were also three commanders of staff in 1909, working under General Marina. Thereafter, the structure grew and consolidated through a press department in Africa, the Ministry of War and the Presidency of the Council of Ministers in 1925, with a personal mark of General Primo de Rivera. This gives an idea of the degree in which those journalists tried to fulfill their mission, constantly pushing the limits of freedom of the press and how their number grew in each stage.

Their function as guardians was altered when, in moments when the conflict deepened, the Government put strong pressure upon them and demanded them to be biased. Censorship forced the correspondent to report the conflict in a certain way, communicating the official version, but they made it clear that there was a hidden reality. They were sought as witnesses of the victories, as in Alhucemas, where even a selected group of them became part of a military unit, but avoided after defeats. And the Government did not hesitate to expel them and imprison them in Melilla, and also in the peninsula. This contradictory situation, hardly understandable, was openly expressed by journalists in order to detract from the official version, keeping their journalistic credibility, and they carefully made chronicles and reports that did not deviate from the line marked by censorship while criticising Government action. They preferred to resist censorship by narrating and only gave in once, in 1909, when the pressure was unbearable.

To this double game was added a relationship of interest with chiefs and military officers in Africa, who offered stories of courage and heroism in exchange for mentions in newspapers that helped get a medal and a promotion. They had to apply the instructions and work methods of the army if they wanted to tell the conflict to their readers. These were a few of the constraints that prevented any independent information. Each text was previously reviewed by a military censor and transmitted by telegraph, which was also controlled by the military. And once in the telegraph office in Madrid, the texts were reviewed yet again by a censor. Foreign correspondents had to undergo the same control as Spanish citizens, but with the difference that they could bypass these constraints and transmit another version, which some did by telegraphing from Gibraltar, a British territory, where there were no such impediments.

The strategy of the Government with the correspondents consisted of hindering access to the information, giving irrelevant information, and giving false information. The informational silence was only effective in the very short term and had negative effects for Governments that had to cope with a strong response from the public. This response was caused by the distrust of the version that was published. Although the Government sought the identification of the media with the interests of Spain, what was achieved was to join the different newspapers, with the exception of those with the most pro-

Governmental views, against the Government. The media brought down Presidents of Government and even the consequences of the disaster in 1921 brought a coup d'etat in 1923, followed by a dictatorship. The censorship imposed by the Government was effective but discredited information coming from Africa because the correspondents warned that their texts were censored in the toughest moments. After the severe losses of Annual and Monte Arruit, newspapers printed accounts of correspondents with the deleted paragraphs as blanks or when the chronicle was completely censored, the newspaper left its space, as multiple columns, blank as a protest. This censorship restricted the manner in which journalists could report their information and their interpretations of the conflict. False information was also a problem for correspondents.

Within the existing war climate, the material sent just collected all military movements, routine or otherwise, lacking in special interest within its scope of coverage, details of authorized weapons, numerous rumors and colourful anecdotes, descriptions of the environment and, in exceptional cases, stories of offensives, battles with their heroes. It seems that since no quality could be accomplished in the information, at least much was transmitted, to give the feeling of being well informed.

Despite the legal structure, organized by the Government against the free circulation of information and in the form of its censorship offices, mainly in Melilla, correspondents strove to conduct their research beyond the military and official sources to complete their chronicles and their stays in the most advanced points to observe directly and without the filter of the official note what was happening. They had many facilities to access the heads of highest rank in the rearguard, but very few to access advanced points and fewer still to take testimony from the soldiers that served on the frontline of the defensive positions or advanced. Sometimes there was no choice but to resort to the gatherings of the military Casino, where rumors were the order of the day, traders or Moorish "friends of Spain". Feedback between correspondents occurred when they received the press of the peninsula, which was something that occurred almost every day, but this had previously passed through the military censorship of the protectorate, and when they gathered in cafes and the military Casino of Melilla. All this complicated their work much. Not only had the correspondents to leave to seek information that was worthwhile, they then had to wait their turn at the censorship office, even up to several hours, only to suffer the

mutilation of their chronicle. Obviously, censorship made correspondents include narrative twists and other methods to bypass, to the extent possible, these restrictions. With some wit, Leopoldo Bejarano, of *El Liberal*, dared to telegraph, in terms of calculated ambiguity, the words that "will begin to actively work in the morning" (*El Liberal*, on August 24, 1909). In any case, for their originality, access to the sources and literary value, the chronicles of greatest interest correspond to the moments of maximum intensity in the war, such as the siege of Cabrerizas Altas in 1893, lived and narrated by Domingo Blanco, Luis Morote and fellow editor Antonio Lazaro, José Boada and Ramón Oliver; the advance of 1909, with Taxdir, the recovering of the lost positions in 1921 and the Alhucemas landing in 1925. Some of them are really memorable and the precursors of those written later during the Spanish Civil War. Those collecting the defeats at Barranco del Lobo in 1909 and 1921 deeply shocked readers. A selection of them is in annex 1.

All correspondents, both those more and less linked to the Government, lacked freedom of movement. They needed a written authorisation to explore the territory, were taken on boats to observe progress on land and although they enjoyed certain material facilities assigned by the army, this only meant an improvement in the detail of the information. Expulsion is used frequently by the army to ward off the more awkward correspondents.

They also all worked with the same level of freedom, tolerated by a strong patriotic feeling and by participation in the own side. The point was to fight a war to dominate a territory and a population that had been entrusted to Spain. A war that was at odds with the anti-war sentiment that had been installed in society and which punished it with the raising to arms of their young. The presence of correspondents became awkward to ruling politicians and the military, but it was useful to families that had any of their members stationed in Africa to have more details of their fate. Rarely has the Spanish journalist created empathy with the rifan, whom he described with contempt, the other victim along with the Spanish soldiers who were forced to go and fight without preparation and appropriate equipment to the orders of corrupt superiors. The professional dignity of Spanish correspondents who covered the conflict, except for the complicity and the servility of the most linked to the Government, cannot be doubted.

The communicative war continued at the end of each stage of the conflict. Correspondents understood that their battlefield was perhaps to a greater degree in

Spain, to win public opinion, than in Morocco. Through the account of their experiences in a more leisurely way in books, the correspondent tried to make the conflict more comprehensible and revealed some aspects of coverage that had had to remain hidden due to censorship. It was further proof of the continued struggle for public opinion. This need continues to exist among war correspondents.

In addition to reporting, correspondents tried also to explain the causes of the conflict based on international relations of the time, they argued in favor of military intervention, especially in the early stages following Government and military interests, and veering toward positions less interventionist and even in favour of laying down arms as the conflict evolved in parallel to the feelings of the public. This was nothing more than mere speculation about articles published in other journals or personal perceptions. Correspondents did not dig to the bottom of the real conflict, i.e. did not go beyond the political interest of the United Kingdom in Spain acting as a brake to France in the southern shore of the Mediterranean off, Gibraltar. They partly touched the question economy and trade and did not mention the mining much, in spite of its triggering interest in 1909, which was of big concern due to pending grants for businesses and the extraction of metals, particularly iron. The smuggling of weapons that were going to the fifteenth guerrilla with consequent damage to the Spanish soldier was only occasionally reported when the Civil Guard apprehended a stash of weapons. There is no reflection in their chronicles of the state of corruption that existed in Melilla and the protectorate, except in the latter case by Rafael López Rienda in his book *The Million of Larache*. Some journalists did complain shyly of shortages in military equipment and the difficult conditions soldiers had to endure in order to survive in the camps. The harshest criticism that was allowed by censorship was made after the disasters of 1921, as soldiers who fell could not be given assistance and for lack of a proper strategy of advance. The absence of these aspects on information reaching readers demonstrates the effectiveness of the censorship system.

The images that showed the effects of losses and horror are those that have gone down in history, more than the images of victories. They are not images of the field at the time of battle, but were taken after victory or defeat. Exclusives included an interview with Abd-El-Krim, obtained by Luis de Oteyza for *La Libertad* in 1922, and which at the

time had detractors within the journalistic world, showing the Spaniards who was the ringleader of the rifian rebels.

Despite the reluctance of the Government and the difficulties imposed by the army, what led the correspondents to return over and over again? It is a fully valid question for today's conflicts. Together with the logical interest in narrating a conflict of political, economic and social magnitude, at that time the Spanish press was experiencing tremendous growth, and was in transition between a model of party politics and an industrialist model, there was a need to attract a greater number of readers. The war contained all the necessary elements, especially after the publication of photographs of the battlefields, advances and victims. The professional prestige that could be acquired cannot be disregarded, as happens with the opportunity of adventure.

A greater number of correspondents in Melilla and other informative points of first order did not mean better information, although it was more abundant and with details that broadened the brief official releases. Thousands and thousands of telegrams with information were sent and published with a day or maximum two days of delay, except in exceptionally serious moments, which were held back. Hundreds of chronicles of all topics recreated the activity and scenes of the conflict. These arrived several days later to the publishers, who also printed hundreds of photographs that showed everything that was also written.

Was society informed? The Government tried by all means to delay the arrival of information from correspondents to the peninsula in order to manipulate public opinion and avoid a backlash, or at least to moderate it. The reader knew this and knew that he was misinformed, because journalists continually reminded him that the information had been censored, as denounced by the newspaper, and above all by the Government silences, which generated anxiety deep in society when losses were more severe. Correspondents focused on an analysis of the evolution, in mere speculation, and got right the way in which the conflict would eventually finish, but did not explain the real reasons for the conflict, the economic interests that centered on the mines.

Many times the urban population had no other means of information than to go to the buildings of the newspapers, on the facades of which were hung a few blackboards with

the latest news received. These agglomerations of angry people were precisely what the Civil Governors wanted to avoid. Thus, information came late, and was either insufficient or held back. Then rumors circulated. And in Madrid there were all types when it was suspected that there had been problems. Unfortunately, much information was destroyed or did not survive until today. Correspondents only aired a version very close to the official, first by urgent telegram, and then by post, in the shape of their chronicles. With the advent of the dictatorship of Primo de Rivera, the official information was published first, and then that of the correspondents. They lost the information war, and so did society. Only a scrap of reality appeared once in each phase of the conflict, in the correspondents' books.

Were they independent? On the one hand, their position on the war evolved in parallel to the disappointment of the society, by whom they were examined. And, on the other hand, they lined up reluctantly with the political power, but they publicly expressed their alienation from the Government line. They defended the interests of the army and their companies. This led to a loss of analytical, critical and informative capacity. However, they were always right in the prediction of the settlement of the conflict: peace through overwhelming military action. Despite all the difficulties that they must have dealt with, their professional dignity encouraged them to do their job properly, even if independence and objectivity were unattainable for them.

Should the press have taken other measures to overcome the serious conditions of censorship imposed? Press directors critical with Government attitude openly expressed their opposition to the system of extreme censorship, taking action to at least lessen it, especially in 1909, after the imprisonment of Leopoldo Romeo. They appealed to the responsible Minister and the Prime Minister. They even appealed to the highest authority, the King, but they were always tolerant with some degree of censorship, justified by patriotic reasons. There was only a forceful decision, in 1909, in Melilla, when a group of journalists left, though this also coincided with a decline in interest.

Is this the behavior expected of a correspondent? Journalists must also be held accountable. A correspondent moves to a war to tell what happens, and if one cannot send a true report, one has to explain why, which all did except those closest to the Government. The dilemma of communicating a story that may harm one's own side

appears, as in the case of photographs showing corpses of countrymen very closely. It is not easy to establish a boundary between what can and must be communicated, as well as the images that one can and cannot take. In the case of Africa, evidence shows that much information was silenced both by censorship and by personal decision of the correspondent, as so expressed by themselves, some of whom appear not to have been able to escape the military mindset. Qualitatively analyse this would not divert from the thought that the morale of the time forgave this behavior. Considered from the current moral attitude, there is no doubt. Photographs of Monte Arruit of 1921 did their job of stirring consciences, as did those of Barranco del Lobo in 1909. It seems that the protection of this right among the Spanish victims is something that does not require discussion, but it is not so clear when the victim was a rifan. What were correspondents looking for? To tell stories of people suffering as a result of the war in order to impact and stir a reaction in public opinion, especially from 1909 and in 1921, in order to change these dramatic situations.

Which ethics criteria were followed? Apart from their goodwill and the minimum margin that was left by the newspaper line and official communication, the correspondent lacked a legal framework that regulated questions of ethics. In fact, war correspondents still do not have their own status, although their need was discussed at the I meeting of journalists for the Mediterranean, which took place in Almería in 2005. In that forum, a document was prepared based on the recommendations of the IFJ and company conventions. This document includes aspects relating to the safety of correspondents and purely work-related issues. According to Dardo Gómez, only some companies such as El Mundo have adopted in their agreements some of the approaches that were made there (Prnoticias, 2009: electronic resources).

What did the correspondents bring to the conflict? Their momentary contribution was reflected in a few informative telegrams that served to follow day by day, hour-by-hour, the topicality of the conflict, and could even be reported prior to the communications that the Captain General of Melilla reported to the Minister of War. In addition, they have left some chronicles, censored, but rich in details, that met the high informational demands of society. Correspondents, and also the photojournalists, caught the attention of the Spaniards, carried the joy and pain of the war to the cities and to the more remote

villages where those soldiers came from. They reported in the most professional way that they would and were allowed, and denounced all the difficulties they encountered. But their main contribution came after the climax of every stage of the conflict. The publication of works without the control of the censorship brought to light many aspects of great interest that could not be told from Melilla. Without their presence, the information provided by the Government would have been less in quantity and quality. Also in the field of solidarity they were able to rise to the circumstances, as emissaries of the campaigns that their newspapers undertook to improve the conditions of the soldiers in the camps and hospitals.

Correspondents travelled to Africa to tell the truth of what was happening. Thus the more convinced protested. Their commitment was to the facts and in this way contributed to generate a state of public opinion that was favorable to the intervention at the beginning, as in 1859, and in 1893, but that evolved toward clearly antimilitarist positions that were strongly expressed in the streets and that led to popular uprisings like the one in Madrid and especially Barcelona in 1909 and a parliamentary inquiry (Picasso record, in 1921). This inquiry pointed to grave responsibilities, the fall of Governments and, ultimately, a coup by the hand of one of the African generals that brought a deep political change with the dictatorship of 1923. Their chronicles also served to fuel the political debate, especially in the Parliament. The indignation of the society especially in the most tragic moments as after the disaster of the Barranco del Lobo and Annual and their response on the street should be noted as a success of the work of correspondents of war, despite censorship and propaganda. Ultimately, this was not the most international conflict, nor the best told in the history of Spanish war journalism, but it was the first, it marked a trend and it was reported first-hand. A majority of national press correspondents, the vast majority of them without military experience, demonstrated their professionalism, ethical values and became openly involved. Although they were victims of a censorship that held the monopoly of the sources and transmissions, and this resulted in precisely poor information and exacerbated nationalism that did not understand any solution other than a military intervention, it was paradoxically in their analysis that they were more successful: Morocco was no longer a political problem for Spain when its army defeated the last rifian rebels. This analysis, paradoxically, coincided with the military will.

TABLA DE CONTENIDO

Resumen/Abstract

1. INTRODUCCIÓN	37
1.1 Presentación y Justificación.	37
1.2 Objetivos	42
1.3 Preguntas de investigación	43
1.4 Metodología	45
1.4.1 Método de análisis	46
1.4.2 Categorización	48
1.4.3 Fuentes principales	49
1.4.4 Acotación	50
1.4.5 Los escenarios	51
1.4.6 Los actores: los cronistas de guerra	52
2. EL TRABAJO DE LOS CORRESPONSALES ESPAÑOLES EN 1893, 1906, 1907, 1909 Y LOS AÑOS 20	55
2.1 El colonialismo en África en el XIX	56
2.2 La guerra de 1860 y los primeros corresponsales	57
2.3 Los antecedentes de la crisis de 1893	60
2.4 La crisis del fuerte de Sidi Aguariach de 1893	66
2.4.1 El efecto en la península	69
2.4.2 La exclusiva de Méndez	71
2.4.3 La primera oleada de corresponsales	72
2.4.4 Los medios gráficos	75
2.4.5 Las primeras dificultades y las crónicas de urgencia	79
2.4.6 Protagonizar la noticia sin poder transmitirla	87
2.4.7 Las crónicas de la batalla de Cabrerizas Altas	92
2.4.8 Las primeras conclusiones	101
2.4.9 La segunda oleada de corresponsales	103
2.4.10 Tras la noticia desde Melilla a la corte del sultán	111
2.4.11 La organización de la censura y de otras restricciones	118
2.4.12 La experiencia narrada tras el regreso	130
2.5 La Conferencia de Algeciras de 1906	135
2.5.1 El seguimiento desde Algeciras	138
2.5.2 La interpretación de los acuerdos de la Conferencia	143
2.6 Los sucesos de 1907 en Casablanca	144
2.6.1 “Los corresponsales estamos desorientados”	149
2.7 La guerra de 1909 y el desastre del barranco del lobo	153
2.7.1 La prensa reacciona tras los primeros cañonazos	158
2.7.2 Crece la oposición al conflicto	169
2.7.3 “Avanzaremos algo”	170
2.7.4 La organización de la censura	178
2.7.5 El desastre del barranco del Lobo, sin corresponsales	191
2.7.6 Una ofensiva con la prensa en la retaguardia	200
2.7.7 La fotografía de la toma del Gurugú, icono de la victoria	208

2.7.8	<i>La presión censora y el plante</i>	212
2.7.9	<i>El final polémico de la cobertura</i>	221
2.7.10	<i>El conflicto se traslada a las Cortes</i>	224
2.7.11	<i>La realidad sortea la censura en los libros</i>	228
2.8	Los años 20: de Annual a Alhucemas	234
2.8.1	<i>La expedición de la prensa a Xauen</i>	235
2.8.1	<i>La caída de la Comandancia General de Melilla</i>	239
2.8.2	<i>El Gobierno calla y minimiza los sucesos de Annual</i>	245
2.8.3	<i>Se declara otra vez la censura</i>	250
2.8.4	<i>Los corresponsales revelan la gravedad de lo sucedido</i>	256
2.8.5	<i>Escribir las crónicas sin salir de Melilla</i>	266
2.8.6	<i>Las fotos que horrorizaron a los españoles</i>	278
2.8.7	<i>Las consecuencias políticas</i>	287
2.8.8	<i>El recrudecimiento de la censura</i>	289
2.8.9	<i>La reclamación de las responsabilidades políticas</i>	296
2.8.10	<i>La Libertad entrevista al líder rifeño</i>	302
2.8.11	<i>La gran operación aeronaval en Alhucemas</i>	309
2.8.12	<i>La censura permanente y personal de Primo de Rivera</i>	312
2.8.13	<i>La última gran cobertura del conflicto</i>	315
2.8.14	<i>El desembarco visto desde cubierta</i>	321
2.8.15	<i>Los empotrados de Alhucemas</i>	329
2.8.16	<i>El regreso de los corresponsales</i>	335
3.	EL ANÁLISIS DEL TRABAJO DE LOS CORRESPONSALES	340
3.1	El contenido informativo	341
3.1.1	<i>Los géneros</i>	342
3.1.2	<i>El lenguaje</i>	352
3.1.3	<i>Las fuentes</i>	355
3.1.4	<i>Los escenarios</i>	359
3.1.5	<i>Los agentes</i>	361
3.2	El control del flujo informativo	368
3.2.1	<i>La aplicación de la censura</i>	368
3.2.2	<i>La restricción de los movimientos</i>	376
3.2.3	<i>El acceso a los sistemas de comunicación</i>	382
3.2.4	<i>La influencia de la propaganda</i>	384
3.3	La información gráfica	389
3.3.1	<i>El nacimiento del fotoperiodismo bélico</i>	389
3.3.2	<i>La función del fotógrafo en el conflicto</i>	392
3.4	La relación del corresponsal con la redacción central	400
3.4.1	<i>La autonomía sobre el territorio</i>	400
3.4.2	<i>La reproducción del material enviado</i>	401
3.4.3	<i>La relación con el entorno</i>	402
3.4.4	<i>La corresponsalía como prestigio</i>	403
3.4.5	<i>El humor gráfico</i>	405
3.5	La profesionalidad, la ética y la responsabilidad	408
3.5.1	<i>La Profesionalidad</i>	408
3.5.2	<i>La Ética</i>	411
3.5.3	<i>La Responsabilidad</i>	415

3.6 La logística y la tecnología	418
3.6.1 <i>El alojamiento</i>	419
3.6.2 <i>El transporte</i>	422
3.6.3 <i>El uso de las armas</i>	423
4. CONCLUSIONES	426
5. FUENTES	438
5.1 Fuentes Primarias	438
5.1.1 <i>Fuentes inéditas</i>	438
5.1.1.1 <u>Archivos</u>	438
5.1.1.2 <u>Hemerografía</u>	438
5.1.1.3 <u>Cartografía</u>	438
5.2 Fuentes Secundarias.	438
5.2.1 <i>Bibliografía</i>	438
5.2.2 <i>Tesis Doctorales</i>	442
5.2.3 <i>Revistas Pdf</i>	442
5.2.4 <i>Ponencias Pdf</i>	444
5.2.5 <i>Recursos Telemáticos</i>	444
ANEXO 1. DOCUMENTOS	448
ANEXO 2. SELECCIÓN DE CRÓNICAS DE LOS CORRESPONSALES	456
ANEXO 3. BIOGRAFÍAS DE LOS CORRESPONSALES	554
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES Y MAPAS	592

Resumen/Abstract

El periodismo bélico español moderno nació en África, donde entre 1893 y 1925 pasaron centenares de corresponsales y fotorreporteros. Con el precedente de Pedro Antonio de Alarcón como cronista y Enrique Facio como fotógrafo, que destacaban de un pequeño grupo que siguieron al ejército en 1859 y 1860, al territorio español del Protectorado se desplazaron constantemente los periodistas españoles, llegando en oleadas para cubrir la crisis de Sidi Aguariach en 1893, los sucesos de 1909 y las campañas de los años veinte, sobre todo tras las derrotas de 1921 y con el desembarco de Alhucemas en 1925. Su cobertura, olvidada, se ha reconstruido y se ha analizado para conocer los criterios profesionales que siguieron, a pesar de la censura que fueron objeto.

Palabras clave: periodismo, guerra, África, corresponsal, fotorreportero, Melilla

Modern Spanish war journalism was born in Africa, where hundreds of correspondents and photojournalists travelled between 1893 and 1925. Pedro Antonio de Alarcón, journalist, and Enrique Facio, photographer, became pioneers by following the army to Morocco in 1859 and 1860. Other journalists followed in the journey to the Spanish territory of this protectorate. They arrived in waves to cover the crisis of Sidi Aguariach in 1893, the events of 1909 and campaigns in the 1920s, especially after the defeats of 1921, and the Alhucemas landing in 1925. Their coverage, forgotten, has now been rebuilt and analyzed to focus the professional criteria that they followed, despite censorship.

Keywords: journalism, war, Africa, correspondent, photojournalist, Melilla

1. INTRODUCCIÓN

1.1 Presentación y justificación

España es un país con un territorio que se extiende entre el continente europeo y el africano. En la actualidad, la presencia española en África se encuentra en el archipiélago canario, un conjunto de islas situadas al occidente de la costa del desierto del Sahara, y una serie de pequeñas posesiones en la orilla sur del mediterráneo, frente a la península ibérica, que datan del siglo XV. Entre éstas destacan dos ciudades rodeadas de una franja de tierra, Ceuta y Melilla, que tienen frontera con Marruecos. El área de dominio español en la zona ha crecido y ha disminuido a lo largo de los siglos XIX y XX como consecuencia del proceso de colonización y descolonización.

La situación estratégica de estas dos ciudades españolas en un entorno marroquí ha alentado la reclamación de esta parte del territorio nacional por el Reino de Marruecos, que ha presionado de diferentes formas al Gobierno español para la cesión de la soberanía. Los incidentes generados suelen tener carácter leve, pero en otros ha debido intervenir el ejército. El último se originó como consecuencia de la ocupación marroquí del islote de Perejil, en 2002.

En los momentos de máxima tensión en las relaciones entre ambos países, en los que se produjeron enfrentamientos bélicos, como en 1859, 1893, 1909, y durante los años 20, sobre todo para ejercer el dominio del protectorado español, “lo de Marruecos” fue uno de los temas que mayor atención suscitó en la prensa española, por su importancia política, económica y, sobre todo, social. Diarios y revistas ilustradas de ámbito nacional, regional y local publicaron miles y miles de noticias, artículos, comentarios, fotografías e ilustraciones que eran seguidos con gran interés por una opinión pública que no permaneció impasible.

Esa parte de la historia reciente de España la narraron día a día los corresponsales de guerra desde Larache, Alcazarquivir, Tánger, Tetuán, Rabat, Casablanca y por supuesto, Ceuta y Melilla. Pedro Antonio de Alarcón fue el predecesor en 1859 de una larga lista de nombres que dieron origen al periodismo de guerra actual. Los más veteranos, como Francisco Peris Mencheta, ya conocían la experiencia porque procedían de la tercera

guerra carlista (1872-1876). Pero para la mayoría el conflicto en el norte de África supuso su primera experiencia en una contienda. Algunos de ellos fueron: Manuel Alhama Montes, José Boada, Eduardo Muñoz, Alfredo Escobar, Víctor Ruiz Albéniz, Nicanor Rodríguez de Celis, Guillermo Rittwagen, Leopoldo Romeo, José Rocamora, Luis López Ballesteros, Pedro de Répide, Unos pocos de 1893 entre los que destacaron Luis Morote, Antonio Rodríguez Lázaro y Domingo Blanco estuvieron posteriormente en Cuba. Y un número relevante llegaron a la guerra Civil con la lección aprendida en África, como Artigas Arpón, Augusto Vivero, Tomás Borrás, Gregorio Corrochano y Luis de Galinsoga. Sólo quedan apuntados aquí unos pocos de los numerosos centenares de corresponsales que recorrieron la orilla sur del Mediterráneo en busca de historias para sus lectores. Fue un mundo de hombres en el que todavía hubo espacio para dos mujeres: Carmen de Burgos y Teresa Escoriaza.

Sus crónicas y telegramas resultan todavía hoy una fuente indispensable para conocer los detalles de la presencia española en el norte de África, antes y durante el protectorado de Marruecos y son de gran utilidad a los expertos.

Si para los corresponsales supuso su primera contienda, también para los fotógrafos. Desvelaron a los lectores que la guerra no consistía en una sucesión de escenas heroicas, tal y como representaban hasta entonces los ilustradores de manera idealizada. La sociedad vio una realidad desprovista de gloria y cargada de crueldad. Aquellas imágenes las captaron unos fotógrafos cuyos nombres hoy se han convertido en legendarios. Empezaban su andadura profesional o disponían de alguna experiencia en interiores o en exteriores: Manuel Company, Ramón Alba, Alfonso Sánchez Portela y su hijo Alfonso Sánchez García, José Díaz Casariego, Juan Luque, José Luis Demaría López “Campúa” y su hijo José Demaría Vázquez y otros cientos que realizaron amplios reportajes fotográficos y mostraron la guerra tal y como la vieron. A todos ellos antecedió Enrique Facio, con su famosa toma de 1860 del campamento del Serrallo de Ceuta.

El estudio del reporterismo de guerra español se encuentra ampliamente desarrollado en determinados momentos de la historia del siglo XX, sobretudo la Guerra Civil. Al margen de este, existieron otros conflictos, y con grandes consecuencias para la vida de los españoles, como el hispano-marroquí, que atrajo en sucesivas oleadas a cientos de

periodistas nacionales y de corresponsales de periódicos extranjeros, que no ha centrado la atención en igual medida, a pesar de resultar el inicio del periodismo de guerra moderno en España.

El interés por la historia del periodismo bélico y de sus reporteros y fotoperiodistas más geniales ha guiado mi paso por el Master de Periodismo de la Universidad Complutense de Madrid. La oportunidad de poner en práctica lo aprendido y ampliar estos conocimientos con el respaldo del profesor Rafael Moreno Izquierdo motivó el inicio de una investigación sobre la cobertura informativa del conflicto, que ha dado finalmente resultados.

El presente trabajo investigador se concibió como un estudio sobre la labor de un reducido grupo de corresponsales y fotoperiodistas que cubrieron el conflicto en una de las etapas más apasionantes, la de 1909. En ese momento, ya se había producido el cambio en la figura del corresponsal bélico hacia un modelo profesional, equiparable al actual. Atrás había quedado el halo romántico, las altas dosis de patriotismo y heroísmo de aquellos que se llamaban periodistas, incluso la pertenencia al propio ejército, que en el caso español terminaban por desvanecerse con la entrada en el siglo XX. El predecesor de todos ellos fue William Howard Russell, el irlandés de *The Times* que en 1854 relató la batalla de Balaclava en la guerra de Crimea entre británicos y rusos. Ahí se marcó el nacimiento del periodismo de guerra y, tampoco conviene olvidarlo, de las trabas del ejército, que hasta ese momento se encargaba de elaborar la versión de lo sucedido (Montagut, 2002: 5). Las crónicas de Russell en las que reflejaba la crudeza de los combates y las carencias de los soldados en el frente nada tenían que ver con el derroche de gallardía, valor y honor con que se desenvolvían los jefes militares españoles en las crónicas de la época y aun con posterioridad, hasta la última guerra carlista, cuando comienza a aparecer una manera de narrar diferente, con otro lenguaje, especialmente de la mano de Francisco Peris Mencheta, que precisamente será uno de los veteranos de este conflicto africano.

Tanto en 1859 como a lo largo de todo el conflicto, el patriotismo fundamentó las crónicas que los periodistas enviaron desde África. Las que se publicaron en los periódicos contenían apreciaciones subjetivas y hasta exageraciones, que aunque no desmerecían su valor literario, desacreditaban la veracidad de las informaciones

aportadas, generalmente elaboradas con rapidez y sin tiempo de reflexión, y con un largo y lento viaje hasta la sede de la redacción. Por otra parte, una cosa eran las fuentes de información disponibles, y otra muy distinta, la forma de acceder a ellas, ya que, en muchas ocasiones, los corresponsales encontraron trabas que dificultaban su labor.

Pero a partir de 1909 y en ciertos casos en 1893 cambió esa concepción. La abundancia y las características del material encontrado durante los primeros meses de búsqueda cambiaron el planteamiento inicial. Lo que en principio se había previsto para 1909, se hacía posible ampliarlo, detallarlo y conferirle mayor profundidad, que arrojara más luz sobre el origen del periodismo bélico español en un contexto de bibliografía escasa. Así, esta nueva concepción llevó al desafío de elaborar un estudio más completo sobre la cobertura de los corresponsales y fotoperiodistas de los periódicos y revistas nacionales de mayor difusión en las etapas coincidentes con una mayor presencia de periodistas en la zona: la crisis de 1893 en el exterior de Melilla, la guerra de 1909 y dos momentos de inflexión del control militar sobre el territorio español del protectorado norteafricano frente a la insurgencia rifeña durante los años veinte: el desastre de Annual de 1921 y el desembarco de Alhucemas de 1925.

Fueron personas cuya vida y obra cayeron en el olvido. Seguramente, sus valiosas crónicas y fotografías centenarias, que en realidad son actas de todo lo que allí sucedió, cobran más valor en la actualidad y suponen una contribución a una buena relación entre ambos países. La recuperación de su trabajo, sus aportaciones y su figura es un deber moral que sirve para ejemplo de generaciones futuras de periodistas.

Dentro de un relato cronológico detallado, la investigación reconstruye los momentos de llegada y salida del escenario bélico por parte de los reporteros y los gráficos, sus movimientos, su relación con el ejército y la censura, su método de trabajo, algunas de sus crónicas e imágenes más destacadas, su postura ante al conflicto, el efecto que su trabajo tuvo en el desarrollo, en la opinión pública y en la vida política y parlamentaria. Constituye la parte más extensa de la investigación, que ha llegado a descubrir casos de espionaje a periodistas.

El trabajo consta también de un capítulo analítico, en el que se entra a fondo en el contenido informativo, con especial atención a la estructura, el lenguaje, el estilo, los

temas, los géneros, las fuentes, los escenarios y los agentes. La información gráfica se encuentra también reflejada, sobre todo en lo referente a la función del fotógrafo en el conflicto y las implicaciones éticas en la toma de las fotos de los horrores de los desastres de 1921. De manera esencial se analiza el control que el ejército, a través de la parte de su estructura que tenía relación preestablecida con la prensa, y el gobierno ejercieron sobre el flujo informativo a través de la censura, la restricción de los movimientos, el acceso a los sistemas de comunicación y la propaganda. Debido a su reflejo en los resultados del trabajo, se ha estudiado la relación del periodista con su redacción central, sobre todo lo referente al grado de autonomía que gozaron los corresponsales, cómo se publicaba el material que enviaban. Un aspecto esencial que se ha tenido en cuenta ha sido la profesionalidad y la ideología, sus responsabilidades, su implicación en el conflicto, sus valores éticos y sus aportaciones a la profesión y a la historia del periodismo. Tampoco se olvidan las cuestiones referentes a la logística y al equipo de trabajo que usaron los corresponsales para llevar a cabo su misión. Asimismo, se ha incluido la mirada crítica que los humoristas dejaron de los propios corresponsales y de las dificultades que encontraron para el desarrollo de su tarea.

Esta investigación concluye a modo de compendio sobre el significado que tuvo el hecho de la presencia de los corresponsales en el norte de África, la influencia de su aportación en el desarrollo del conflicto y sus repercusiones en la sociedad y en el Gobierno.

En la última parte rinde un homenaje a todos los corresponsales y fotógrafos que cubrieron el conflicto, en todas sus etapas, a través de la biografía de aproximadamente un centenar de los más destacados de los que se ha podido obtener información relevante. Se puede repasar su trayectoria profesional en el periodismo y su incursión, por parte de algunos, en otros ámbitos como el de la política, algo frecuente y bien visto en la época. De la mayoría de los que pasaron por África no ha quedado más que un simple apellido, un nombre del que no existe reseña biográfica o un seudónimo; y en otros casos, ni siquiera eso. No por ello su labor fue menos importante.

También se presenta al final de la tesis una selección de aquellas crónicas de mayor valor literario, informativo y testimonial de los más destacados corresponsales que pasaron por África.

1.2 Objetivos

La elaboración de la investigación se ha fijado determinados objetivos de carácter directo, que han guiado el trabajo desde su inicio y que han servido para estructurar los contenidos que se presentan en los capítulos siguientes:

- Identificar qué periodistas y fotógrafos españoles cubrieron en el norte de África el conflicto durante sus momentos de auge: la crisis de Sidi Aguariach en 1893 y la expedición a Casablanca para la negociación de las condiciones de resarcimiento a España por parte del sultán de Marruecos; la Conferencia de Algeciras de 1906, los sucesos de Casablanca de 1907, la guerra de 1909 y las campañas de los años 20, concretamente la toma de Xauen (1920), la caída de la Comandancia de Melilla (1921) y el desembarco de Alhucemas (1925).
- Reconstruir las coberturas de los corresponsales y fotorreporteros enviados por los diarios y revistas ilustradas nacionales en esos períodos, desde su llegada hasta su salida del conflicto, para saber cómo ejercieron su labor sobre el territorio.
- Analizar el trabajo realizado y el contenido de los textos y fotografías que remitieron desde África a sus redacciones centrales los corresponsales que alcanzaron una mayor relevancia
- Describir la relación que mantuvieron con la estructura militar, cómo funcionó la censura del Gobierno y del ejército y realizar una evaluación de la conducta de los informadores frente a ella
- Determinar el alcance de la influencia de su trabajo sobre el Gobierno, las Cortes, la opinión pública y el desarrollo de la propia guerra de África
- Recuperar del olvido su figura, su trabajo y reconocer los valores de ética, profesionalidad y responsabilidad que inspiraron su acción
- Rendir un homenaje póstumo a unos profesionales del periodismo, escrito y gráfico, la mayoría de ellos desconocidos en la actualidad, pero que fueron los iniciadores del periodismo bélico en España

- Aprender a través del conocimiento de su cobertura, sus textos y sus fotos a formar a otros corresponsales para dotar de mayor capacidad y conocimientos a futuros corresponsales de guerra

1.3 Preguntas de investigación

Los periodistas que cubren guerras se encuentran sujetos a todo tipo de condicionantes internos y externos. En su labor se encuentran reflejados en mayor o menor medida. El escenario en el que trabaja un corresponsal de guerra resulta complejo. A su vez, las dificultades para acceder a la información bélica han crecido a lo largo del siglo XX. Así lo constató el senador norteamericano Hiram Johnson en plena guerra mundial, en 1917, cuando apuntó que “*The first casualty when war comes is truth*” (Pizarroso, 2005: 62-63). O dicho de otra manera: la información procedente de la guerra no llega en estado puro. Está controlada por los combatientes, pertenezcan a un ejército regular o no.

Partiendo de esa base, la información que transmite un corresponsal de guerra conviene someterla a un análisis desde el punto de vista del eje de la objetividad-subjetividad. El texto informativo resultante después de salvar los intereses de las partes en conflicto y al que se han añadido otras fuentes informativas, pasa otro filtro en la mente del periodista. Además de ser un profesional, también es un ser humano, con un punto de vista personal sobre el asunto, con una ideología y con unos condicionamientos relativos a la línea editorial del medio en el que trabaja.

Todos los corresponsales de las sucesivas etapas del conflicto aquí referido vivieron un momento histórico de gran efervescencia ideológica, política, social y económica. Descartar en su trabajo una influencia de estos factores desenfocaría el resultado de esta tesis. Pero saber hasta dónde lo condicionó ayuda a conocerlo mejor. Si hasta el punto de hacerlo completamente inservible, dada la contaminación que pudieron tener sus textos por unos intereses confluyentes, o si a pesar de todo pudieron cumplir su función informativa e interpretativa. Ellos fueron quienes también definieron el perfil de aquel rifeño al que se consideraba el enemigo y que presentaron a la sociedad como un ser salvaje, primitivo, traidor, cobarde, voluble e interesado.

En primer lugar hay que preguntarse si los financieros y los empresarios que controlaban los periódicos tuvieron necesidad de indicar a sus corresponsales lo que debían decir o mostrar en un contexto de precariedad laboral, endémica en los periodistas, salvo la excepción del *ABC*. La investigación ha demostrado que intentaron siempre ofrecer una información veraz y exacta, rica en detalles e historias de calado humano, porque el problema no estaba en la propia empresa que buscaba incrementar sus ventas. El periódico contaba con otros espacios donde la opinión era predominante y se manifestaba la línea ideológica y empresarial. Lamentablemente, la información que transmitieron fue incompleta, carente de exactitud y hasta de contenido. Los primeros en reconocerlo eran ellos mismos y así se lo manifestaban a sus lectores. Por lo menos, hay que reconocerles la honradez profesional, tan necesaria siempre. También cabe preguntarse si los intereses gubernamentales supusieron un impedimento insalvable o no. El problema estaba en la interferencia de los intereses políticos y la mezcla de ambos y sobre todo en las leyes que dictaba para cercenar la libertad de expresión mediante la censura. No conviene olvidar la figura del conde de Romanones, empresario, fundador de periódicos y político de referencia de la época era copropietario de la compañía que explotaba los intereses mineros en el Rif. Su figura se alargó sobre el conflicto. Los corresponsales adquirieron un grado de afinidad a los intereses gubernamentales, consentida por el nivel de patriotismo del momento, pero su evolución fue paralela al rechazo gradual que el conflicto originó en la sociedad y cuando consideraron que la postura del Gobierno era abusiva sobre la información, se resistieron. Hay que reconocerles que hicieron todo lo que pudieron por el valor de la independencia y la libertad de expresión, pero fueron los perdedores de la batalla informativa. Aún así, se resistieron a perderla. Al final de cada etapa narraron su experiencia, tratando de explicar de una manera más clara el conflicto, y denunciaron una realidad distinta de la que habían narrado.

Por tanto, ¿se puede afirmar, en función de las cartas y telegramas transmitidos que los lectores estuvieron bien informados de lo que sucedía? Evidentemente no, pero sin su presencia, la información que recibió la sociedad hubiera sido muy escasa y de peor calidad, y hubiera quedado completamente a merced de la única versión oficial del ejército o del Gobierno de turno. Su aportación no consistió solo en narrar historias de valor y heroísmo o sufrimiento demandadas por la audiencia y en expresar una

interpretación que siempre fue acertada. Fueron el contrapeso necesario para que la sociedad entendiera que algo grave estaba sucediendo en Melilla y en el resto del protectorado.

Ante esto cabe preguntarse qué criterio deontológico siguieron. Más allá de su buena voluntad y el margen que la línea editorial y la comunicación oficialista dejó a su cometido, carecían de un marco jurídico al que acogerse. Realmente, la legislación fue muy restrictiva en los años más conflictivos. Coartaba su libertad, y la impedía en determinados momentos y situaciones. A pesar de todo, aquellos profesionales ejercieron una defensa de los valores de independencia y su trabajo se guió siempre por el criterio de la verdad y de la libertad de expresión.

Su sentido de la profesionalidad y compromiso con los lectores les impelió a exponerse a las represalias militares o a algún francotirador rifeño aun sabiendo que no podrían utilizar todo el material conseguido y que incluso el texto redactado podía ser recortado en la oficina de censura.

La imagen que los lectores se hacían de aquel enemigo estuvo basada en las crónicas y fotografías de aquellos reporteros. La presentación de los rifeños a través de tópicos negativos como primitivos, salvajes, mentirosos y traidores sirvió para que los corresponsales justificaran mayoritariamente el empleo de la fuerza para someterlos y para difundir la misión civilizadora de España, dentro de la estrategia de propaganda del Gobierno, de la que fueron víctimas, y de la moral de la época. Pero fue precisamente ese planteamiento, el doblegamiento del rifeño por las armas con la neutralización de un incipiente nacionalismo lo que condujo a una solución en 1926 que situó a Marruecos fuera de la lista de los problemas de España, tal y como habían vaticinado los corresponsales desde 1893.

1.4 Metodología

Analizar el volumen de información de medio centenar de periodistas y fotorreporteros correspondiente a las coberturas de los años 1893, 1906, 1907, 1909 y la década de los 20 ha requerido la aplicación de una metodología que permitiera profundizar en el contenido y mantener a la vez una visión de conjunto.

Por un lado, para la elaboración del capítulo histórico, se buscaron los ejemplares correspondientes a los hitos históricos citados, donde se encontró abundante información para la reconstrucción de la actividad diaria de numerosos periodistas. Se ha tenido en especial consideración el contacto que mantuvieron con los representantes de las fuentes oficiales, las informaciones que transmitían, y qué relación mantuvieron con los soldados y oficiales del ejército español. En este ámbito, se ha medido el alcance que la estructura informativa del ejército ejercía a través de la censura, la propaganda, la restricción de movimientos y la propia ideología.

De igual manera, ha sido relevante para el presente estudio el frente desde el que el corresponsal y el fotógrafo obtuvieron el material para su publicación, dado que aunque se trabajó siempre desde el lado español, hubo alguna incursión en el territorio rifeño y algunas coberturas muy excepcionales desde el protectorado francés.

Con base en todo ese material procedente principalmente de fuentes primarias y también secundarias, el autor de la tesis ha realizado una investigación general de la cobertura con especial incidencia en la censura, de los contenidos de los textos y de las imágenes y de las motivaciones de los corresponsales, planteándose cuál fue la contribución que unos y otros realizaron.

La aportación de la investigación a la comunidad científica consiste en la elaboración de un relato que cuenta de manera pormenorizada la experiencia de aquellos periodistas y fotorreporteros en el Magreb entre 1893 y 1925, su punto de vista profesional del conflicto, la visión que los militares encargados de la censura tenían de ellos, qué narraron y qué impacto tuvo su trabajo en la sociedad y en la vida política.

Por otro lado, para el estudio del contenido se han analizado un centenar de crónicas y adicionalmente otro centenar de telegramas, centrándose en el género, el lenguaje, las fuentes. Además, siguiendo a Doménico Chiape (2010) se ha puesto el punto de mira en los escenarios en los que se desarrolló y los agentes protagonistas de las historias.

1.4.1 Método de análisis

El método de análisis del discurso aplicado a las crónicas periodísticas ha sido la herramienta con la que se ha identificado y explicado su contenido. Laurence Bardin

concibe el análisis de contenido como “el conjunto de técnicas de análisis de las comunicaciones tendentes a obtener indicadores (cuantitativos o cualitativos) por procedimientos sistemáticos y objetivos de descripción del contenido de los mensajes permitiendo la inferencia de conocimientos relativos a las condiciones de producción/recepción (contexto social) de estos mensajes” (Bardin, 1996: 32). En este sentido, el análisis de las crónicas periodísticas de esta tesis es cualitativo.

Se ha seguido el método pragmático que estudia el discurso como comunicación en sus diversos contextos: sociales, culturales, históricos, políticos, sociales. Se interesa por el modo en que el contexto influye en la interpretación del significado. La pragmática considera los factores extralingüísticos que condicionan el uso del lenguaje, es decir, todos aquellos factores a los que no se hace referencia en un estudio puramente formal de un texto.

En el análisis pragmático se analizan diferentes variables relevantes para la comprensión de un enunciado o para explicar la elección de determinadas formas de realizar el enunciado en función de los factores contextuales. Entre las variables relevantes, de modo general están:

- La situación, donde se analiza el lugar, principalmente Melilla y sus territorios circundantes, y el tiempo donde ocurre el discurso, entre 1893 y 1925.
- El contexto sociopolítico: en el ámbito internacional, el proceso de colonización, y en el nacional, las sucesivas crisis de gobierno que originan las campañas militares.
- Las personas y el tipo de relación.
- La información presuntamente compartida, concreta.
- El emisor
- El destinatario
- El enunciado y el tono de mensaje

1.4.2 Categorización

La categorización, según Bardin, “es una operación de clasificación de elementos constitutivos de un conjunto por diferenciación, tras la agrupación por analogía, a partir de criterios previamente definidos” (Bardin, 1996: 90). Una vez realizada la investigación histórica (contexto) en el Capítulo 2 El trabajo de los corresponsales españoles en 1893, 1906, 1907, 1909 y los años 20, el criterio de clasificación utilizado para el análisis de las crónicas periodísticas en este trabajo de investigación es el siguiente:

1. El contenido informativo
 1. 2. Los géneros
 1. 3. El lenguaje
 1. 4. Las fuentes
 1. 5. Los escenarios
 1. 6. Los agentes
2. El control del flujo informativo
 - 2.1. La aplicación de la censura
 - 2.2. La restricción de los movimientos
 - 2.3. El acceso a los sistemas de comunicación
 - 2.4. La influencia de la propaganda
3. La información gráfica
 - 3.1. El nacimiento del fotoperiodismo bélico
 - 3.2. La función del fotógrafo en conflicto
4. La relación del corresponsal con la redacción central

4.1. La autonomía sobre el territorio

4.2. La reproducción del material enviado

4.3. La relación con el entorno

4.4. La corresponsalía como prestigio

4.5. El humor gráfico

5. La profesionalidad, la ética y la ideología

5.1. La profesionalidad

5.2. La ética

5.3. La responsabilidad

6. La logística y la tecnología

6.1. El uso de las armas

1.4.3 Fuentes principales

La investigación arrancó en 2010 con el reto de una carencia de bibliografía específica que permitiera un rápido avance en el estudio de la presencia de los periodistas en el lugar del conflicto. Apenas unos pocos autores como Manuel Leguineche se habían fijado a fondo en el tema. Por tanto, se diseñó una estrategia de rastreo del material original. Consecuentemente, la búsqueda solo se podía realizar en los ejemplares publicados de la prensa de los años 1893, 1903, 1906, 1907, 1908, 1909, 1911, 1912, 1920, 1921 y 1925 de manera intensiva, y de otros años con carácter selectivo, para a través del cual obtener todos los datos necesarios y aplicar el método deductivo para la reconstrucción de su actividad y todo lo que giraba alrededor de ella. Mediante una búsqueda cronológica de los fondos hemerográficos digitalizados de los principales diarios nacionales disponibles en la Biblioteca Nacional, en las hemerotecas digitalizadas de los diarios *ABC* y *La Vanguardia*, la Hemeroteca Municipal de Madrid y la hemeroteca de la Biblioteca Valenciana y de otros archivos especializados que se

pueden consultar a través de Internet, se obtuvo una información muy valiosa. Allí estaban sus crónicas, sus telegramas, sus fotografías y un elevado número de referencias, que permitía la reconstrucción de aquellos momentos y la actividad corresponsalística con precisión, el análisis cualitativo de fuentes, de temas, de estilos, del lenguaje, de movimientos, de responsabilidades, de criterios éticos y profesionales, y de otros elementos. En total se han leído 2.674 ejemplares.

Esta búsqueda se ha completado con la consulta de los Fondos Relativos a África que constan en el Archivo General Militar de Madrid. Se trata de documentación fechada en las comandancias y capitanías generales del norte de África entre 1893 y 1927 que ha permitido aportar la visión del ejército sobre los periodistas en el conflicto, conocer el trato que les dispensaban, contrastar situaciones relatadas por los corresponsales y descubrir la tensión entre los propios jefes militares por la información publicada y polémicas que nunca llegaron a publicarse en la prensa. El Archivo General Militar de Segovia, también adscrito al Ministerio de Defensa, ha facilitado el acceso a los expedientes personales donde se reflejan los destinos y actividades llevadas a cabo por los jefes y oficiales que se encargaron de supervisar el trabajo de los corresponsales.

Asimismo, se han rastreado los archivos bibliográficos de la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de Valencia, que ofrecen unos pocos volúmenes con información que ha ayudado a darle una mayor consistencia a la investigación, más en el aspecto histórico que en el periodístico. Algunos autores como María Cruz Seoane y Rosa de Madariaga se han hecho imprescindibles.

Finalmente, una navegación constante a través de los motores de búsqueda más potentes de Internet ha permitido encontrar artículos, publicaciones de conferencias y material actualizado que han contribuido a una contextualización más exacta.

1.4.4 Acotación

Las relaciones entre España y Marruecos han presentado momentos de tensión y distensión a lo largo de la historia. En la segunda mitad del XIX y en el comienzo del XX se llegó al enfrentamiento con el trasfondo del reparto colonial de África por los países con más poder de Europa. En el reparto, España, que ya disponía de posesiones

en la costa mediterránea y en la atlántica, recibió una franja situada al norte, muy conflictiva, el Rif, y otra al sur, sobre las que ejerció un protectorado entre 1912 y 1956.

Se han elegido tres etapas, correspondientes al último trimestre de 1893, coincidente con la crisis de Sidi Aguariach; al verano de 1909 y dentro de los años veinte se han seleccionados los sucesos más graves de 1921 que significaron una pérdida del territorio ocupado militarmente y el desembarco de Alhucemas de 1925 como momento culminante de la recuperación de esos territorios, debido a que reúne los aspectos más relevantes para el trabajo de los corresponsales bélicos. La primera gran participación de los corresponsales y fotógrafos españoles en un conflicto internacional y la primera experiencia africana del periodismo bélico moderno se produjo en 1893, que a algunos les servirá pocos años después en Cuba. Comenzaba el tránsito desde el soldado-periodista con un gran halo de aventura hacia un periodista profesional y en algunos casos especializado. Este periodo es interesante porque se generaron dinámicas que se iban a repetir en otras etapas más adelante.

En el verano de 1909 se produjo un enfrentamiento abierto y volvieron los periodistas. Los fotógrafos cobraron gran importancia. Las etapas posteriores presentan características particulares por cuanto que los corresponsales y los fotógrafos debieron enfrentarse a los momentos más difíciles del conflicto, en 1921, con una conciencia nacional rifeña incipiente, y 1925 con la narración de la mayor operación de desembarco militar realizada hasta el momento y donde el ejército innova una forma de organizar a los corresponsales.

1.4.5 Los escenarios

El conflicto que surgió entre el ejército español y las cabilas del norte de África a la hora de ocupar militarmente su territorio para poder administrarlo tuvo sobre todo un punto de vista melillense. Por su proximidad con el Rif, la zona más conflictiva, en esta ciudad desembarcaban las tropas y tras ellas los corresponsales y fotorreporteros. Aunque ocasionalmente se vio amenazada, Melilla no fue el lugar de los combates. Estos se producían en los montes próximos que la rodean. En el último período el radio de acción de los escenarios se amplió considerablemente. Otras ciudades como Ceuta,

Tetuán, Tánger, Casablanca y Larache también sirvieron como escenarios del desarrollo del trabajo de los corresponsales.

Existieron otros lugares muy concretos, como los fuertes y los barrios de la periferia de la ciudad y otros como el monte Gurugú, el barranco del Lobo y Monte Arruit, que adquirieron un alto valor simbólico. En ellos se producían las victorias y las derrotas, se obtenía refugio, se celebraba un cañonazo certero o se recogían los cadáveres de los soldados. Eran los escenarios donde se producían las noticias.

1.4.6 Los actores: los cronistas de guerra

De los corresponsales y fotógrafos que cubrieron el conflicto del norte de África, en este estudio se han seleccionado un determinado número de ellos para seguir su labor, tanto sobre el territorio como sus textos y fotografías. Destacaron por su proximidad a los lugares donde tuvieron lugar las batallas y su condición de testigos directos, por la variedad de las fuentes utilizadas en sus crónicas, por la calidad del material que enviaron, por su contribución a formar la opinión pública española y porque ha quedado huella impresa de su trabajo en diarios nacionales o de amplia difusión regional. Todos los textos que se han tenido en cuenta se encontraban siempre firmados por su autor de manera clara e inequívoca, o por su pseudónimo conocido, buscándose siempre los que recogieran información exclusivamente bélica, de asedios, de avances y de enfrentamientos independientemente de su nivel de intensidad. No se han tenido en cuenta las crónicas o los telegramas sin firmar.

De aquellos que recalaron en Melilla por la crisis del fuerte de Sidi Aguariach de 1893, se ha seguido a Méndez, Rafael Gasset, Ramón Gasset, Manuel Alhama Montes y Eduardo Muñoz (*El Imparcial*), Luis Morote y Antonio Rodríguez Lázaro (*El Liberal*), Domingo Blanco (*Heraldo de Madrid*), Manuel Martos de la Fuente (*La Correspondencia de España*), José Boada Romeu (*La Vanguardia*), Alfredo Escobar y Rodrigo Soriano (*La Época*), Francisco Peris Mencheta (*La Correspondencia de Valencia*, *El Noticiero Sevillano*, *El Noticiero Universal*, de Barcelona, y agencia de noticias Mencheta), y a los fotógrafos Manuel Company (*La Ilustración Artística*, *Blanco y Negro*), Arpa (*Blanco y Negro*) y Enrique Simonet (*La Ilustración Española y Americana*).

Durante 1909 pasaron por Melilla más de un centenar de periodistas, pero la investigación se ha focalizado sobre Leopoldo Romeo, Guillermo Rittwagen y Nicanor Rodríguez de Celis (*La Correspondencia de España*), Víctor Ruiz Albéniz (*Diario Universal*), José Rocamora y Carmen de Burgos *Colombine* (*Heraldo de Madrid*), Francisco Sánchez Ocaña (*ABC*), Luis López Ballesteros (*El Imparcial*), Leopoldo Bejarano y Pedro Répide (*El Liberal*), Fernando Urquijo (*El Globo*), Javier Betegón (*La Época*), y a los fotorreporteros José Demaría Campúa (*Nuevo Mundo*) Francisco Goñi (*Actualidades*), Alfonso Sánchez García Alfonso (*Heraldo de Madrid*) y Ramón Alba (*ABC*).

Debido a la amplitud del periodo y la constante entrada y salida de la prensa de las campañas, durante los años 20 se han seleccionado únicamente a Tomás Borrás y Rafael López Rienda (*El Sol*) Eduardo Ortega y Gasset, Luis de Oteyza, Antonio de Lezama y Teresa Escoriaza (*La Libertad*), a Gregorio Corrochano (*ABC*), José Espinosa y Leopoldo Bejarano (*El Liberal*), Alfredo Rivera (*El Imparcial*), Juan Guixé y José Pérez Bances (*Heraldo de Madrid*), Juan Mata (*La Correspondencia de España*), Jaime Mariscal de Gante (*La Correspondencia Militar*), así como a los fotógrafos Alfonso Sánchez Portela, Alfonso hijo; José Demaría Vázquez, Campúa hijo; José Díaz Casariego y Lázaro.

Hay que ver con optimismo la disposición y la actitud que la mayoría de ellos demostraron durante su permanencia en el conflicto, su compromiso con la verdad, su distanciamiento manifiesto y progresivo del gobierno. Sin embargo, no resultó suficiente. Por desgracia fueron las primeras víctimas de la censura militar española y a pesar de sus esfuerzos no lograron cumplir su función. Algunos de ellos escribieron al término de cada etapa unos libros que aclaraban lo sucedido, pero que sin duda tenían menos audiencia y repercusión que la que podía ofrecer una publicación periódica de difusión nacional. Los Gobiernos que se sucedieron durante las etapas bélicas ganaron siempre la guerra informativa gracias a unas leyes sumamente restrictivas y la colaboración del propio ejército. Los corresponsales crearon un estilo propio de ejercer el periodismo y superaron el conflicto con la credibilidad fuera de toda duda y el prestigio incrementado. Su presencia no sirvió para que la sociedad estuviera mejor informada, pero su ausencia hubiera significado una escasez informativa aún mayor y hoy se carecería de documentación sumamente valiosa para estudiar el origen del periodismo de guerra español.



Mapa 1. Plano del Protectorado Español de Marruecos, 1912.
Instituto Cartográfico de Cataluña

2. EL TRABAJO DE LOS CORRESPONSALES EN 1893, 1906, 1907, 1909 Y LOS AÑOS 20

El norte de África ha supuesto un punto informativo muy atractivo para la prensa española. Los periodistas llegaron en oleadas, en función de la gravedad de la situación. Para el desarrollo de este estudio se han seleccionado los momentos de mayor intensidad bélica con el fin de observar el trabajo de los corresponsales de guerra españoles en su estado más puro, en los casos más comprometidos y cuando mayores dificultades tuvieron que superar.

El primero de los hitos elegido ha sido el de la crisis de 1893, vivida en torno de la construcción de un fuerte en las inmediaciones de Melilla. A pesar de que militar y políticamente tuvo un alcance relativo, e informativamente se vivió con intensidad durante unos dos meses, menor que el de otras etapas, se ha estudiado muy a fondo y ocupa un apartado mayor debido a su interés, porque representó el primer trabajo de los corresponsales bélicos españoles actuales y su primer viaje a África, anterior incluso a la experiencia de Cuba, y sus primeras imágenes, y porque se establecieron las bases de la rutina periodística en el conflicto, de la censura y su reproducción posterior, con algunas particularidades. En esta etapa cuatro corresponsales vivieron la guerra en primera persona.

Aunque no se han desatendido los sucesos de 1907 y 1908, el siguiente periodo sobre el que se ha centrado la atención ha sido sobre el enfrentamiento de 1909, con el desastre del barranco del Lobo, en los montes cercanos a Melilla, como elemento más importante, teniendo en cuenta la oposición que comienza a detectarse entre los reporteros a la guerra.

Los años 20 estuvieron marcados por otro desastre militar en 1921, del que aquí se recoge en sus días inmediatamente posteriores, con las comparaciones que entre ambos se hicieron y su impacto en la opinión pública sobre todo por las fotografías que se difundieron y por aquello que, a diferencia hasta ese momento, la censura permitió contar, y por el desembarco de Alhucemas en 1925, en el que aparecen nuevas condiciones del máximo interés en el trabajo de los corresponsales bélicos. También hay que destacar la entrevista que *La Libertad* publicó al líder rifeño, Abd-el-Krim, la

viva imagen del enemigo, en 1922, un año después de la debacle, que generó controversia en la profesión.

Para entender el trabajo de aquellos hombres y mujeres conviene tener presente, aunque sea brevemente, la situación política, económica, social y geográfica y el punto de origen de ellos, sus colegas de la primera guerra de África, entre 1859 y 1860.

2.1 El colonialismo en África en el XIX

África era en el siglo XIX el continente en el que confluían los intereses de todas las potencias. Las naciones europeas iniciaron en ese siglo su expansión colonial en el continente africano respondiendo a motivos demográficos, económicos, políticos e ideológicos. La conquista resultaba fácil para unos países dotados de artillería y de la tecnología militar más avanzada del momento, ante pueblos sin armamento moderno y sin organización.

A comienzos del XIX casi todo el norte del África mediterránea, excepto Marruecos, estaba bajo la soberanía del imperio turco, pero la presencia y conquista europeas en el África mediterránea delimitaron dos zonas bien definidas que dominaban las dos potencias del momento: Argelia y Túnez para los franceses, y Egipto para los ingleses (Lacomba, 1988: 368-388).

A partir de 1878, Gran Bretaña animó a Francia, que ya había invadido Argel, a la ocupación de Túnez, para conseguir a su vez el reconocimiento de su ocupación de Suez y de Chipre. Alemania también respaldaba a Francia para que no denunciara su política de germanización de Alsacia. De esta forma, Francia ocupó igualmente Túnez, bajo el régimen del protectorado, por el tratado de Bardo con el bey de Túnez en 1881, y la convención de Marsa en 1883.

Como consecuencia de la intensa expansión colonial surgieron rivalidades que plantearon la necesidad de un arreglo internacional para organizar el reparto colonial de África, que se materializó en la Conferencia de Berlín entre 1884 y 1885. A partir de entonces se completaba el reparto colonial de África entre las potencias europeas. En el norte, Egipto quedaba cada vez más bajo la tutela inglesa. Francia, que ya ocupaba

Túnez, se extendía hacia el sur por el interior de Argelia en el Sahara. Marruecos, que había mantenido su independencia, se transformó en un reino ocupado desde 1904.

La presencia de España en el norte de África se remonta a finales del siglo XV. En 1497 se instaló en Melilla, y con posterioridad en otros puertos. En África occidental, las islas Canarias fueron incorporadas en 1496, Santa Cruz de Mar Pequeña en 1478 y Cabo Bojador y Sahara hacia 1490. Esta situación no se alteró prácticamente hasta el siglo XVII, cuando tras los portugueses y los españoles llegaron a las costas africanas los holandeses, ingleses y franceses, que establecían bases costeras con fines mercantiles, sin interés por el interior.

2.2 La guerra de 1860 y los primeros corresponsales

Desde 1840, las ciudades españolas de Ceuta y Melilla sufrían constantes ataques por parte de las tribus vecinas con la permisividad del sultán de Marruecos. A ello se unía el acoso a las tropas destacadas en distintos puntos, sobre todo en 1844, 1845, 1848 y 1854. Las acciones eran inmediatamente contestadas por el ejército, pero al internarse en territorio marroquí los agresores, la situación se repetía constantemente. En 1859 reinaba Isabel II, con el general Leopoldo O'Donnell, de la Unión Liberal como jefe de Gobierno, que llevaba una política expansionista, con el objetivo que el país recuperara el antiguo prestigio de potencia mundial y como maniobra de distracción de la opinión pública de las dificultades sociales que atravesaba la nación. En el verano de ese año estaban desarrollándose unas obras de fortificación en el exterior de Ceuta, a lo que España tenía derecho por el tratado de Larache de 1845. El 24 de agosto, la tribu de los Anghera atacó un destacamento español y destruyó las obras de defensa, raspando el escudo de España que marcaba los límites territoriales. O'Donnell exigió al sultán de Marruecos un castigo ejemplar para los agresores, pero esto no sucedió. Con la prensa reclamándole insistentemente una acción contundente, O'Donnell decidió proponer al Congreso de los Diputados la declaración de guerra a Marruecos, lo que se aprobó por unanimidad el 22 de octubre. España contó con el visto bueno de Francia e Inglaterra, a pesar de la desconfianza de este último por el control de la zona del estrecho de Gibraltar. Un ejército de 45.000 hombres marchó sobre Tetuán, no sin encontrar la resistencia de las tropas del sultán, como la batalla de Castillejos, donde perecieron 700 españoles. Pero finalmente, O'Donnell entró en Tetuán sin apenas resistencia y continuó

avanzando hacia Larache. Para evitar que España continuara su expansión por la costa, Inglaterra presionó al sultán para que firmara la paz.

El Tratado de Wadras de 26 de abril de 1860 puso fin a la guerra. Establecía básicamente que España ampliaba los territorios de Ceuta y Melilla, una indemnización de 400 millones de reales, el sultán reconocía la soberanía española sobre las islas Chafarinas, cedía el territorio de Sidi Ifni y Tetuán quedaba temporalmente bajo administración española hasta que el sultán pagase la indemnización. Esta acción bélica reportó escasos beneficios a España. De hecho, la oposición la calificó como de “paz chica para una guerra grande”. Hubo más bajas por enfermedad que en acciones de combate. Además, el papel de España quedó condicionado, como antes de la guerra de África, por la escasez de recursos y subordinado implícitamente al dictado de las potencias.

A mediados del XIX, la guerra empezaba a ser considerada como un tema de interés para los lectores, que se sentían atraídos por los detalles y que hacían que aumentaran las ventas y por consiguiente las tiradas y los beneficios económicos. Pero para conseguir la información del frente era necesario que alguien presenciara los combates y fuera capaz de relatarlos correctamente. En ese momento, aparece la figura del corresponsal de guerra.

La primera confrontación bélica con Marruecos contó con la presencia de algunos periodistas, muchos de los cuales en realidad eran soldados, como Pedro Antonio de Alarcón, considerado el primer corresponsal de guerra español, que mandaba sus crónicas de la guerra desde el frente a *El Museo Universal*, redactadas con gran viveza y cúmulo de detalles, y que eran muy seguidas por los lectores. Estaban cargadas de elogios a los soldados y alabanzas a los oficiales, ensalzando especialmente a algunos generales, como Ros de Olano, al que le unía una gran amistad. Dejó sus impresiones sobre la campaña en *Memorias de un testigo de la guerra de África*, y alcanzó gran fama como escritor. De su paso por Marruecos dejó también *El Eco de Tetuán*, del que fue fundador y que sería el primer periódico español en África.

Aunque De Alarcón tiene la fama de ser el pionero en España, no hay que olvidar a Carlos Massa Sanguinetti, de *La Iberia* (Pascual Sastre, 2002: 108), a Joaquín Mola

Martínez, de *Diario de Barcelona* y a Víctor Balaguer, de *El Telégrafo*, de Barcelona, que unos meses antes de la guerra de África enviaron crónicas de la segunda guerra por la unidad de Italia, entre mayo y julio de 1859 (Guillamet, 2012: revistas pdf). Mola, que era militar envió entre mayo y julio de 1859 desde Génova, Turín y Milán un total de 35 crónicas, dejando la obra *Historia del bandolerismo y la camorra en la Italia meridional* (1864), recalando a continuación en Ceuta para realizar la cobertura de la guerra contra Marruecos. Balaguer era miembro del Partido Progresista y destacaba por su actividad literaria, enviando 17 crónicas, que quedaron recogidas más tarde en el libro *Mis recuerdos de Italia* que publicó en 1890.

Asimismo, es destacable la cobertura que Gaspar Núñez de Arce realizó para *La Iberia*, de la que escribió *Recuerdos de la campaña de África*, y de Carlos Navarro y Rodrigo de *La Época*, que fue nombrado director de Imprenta de Campaña, que formaba parte de la organización del Ejército de África, adscrita al Cuartel General, y que también dejó su paso por el conflicto en *O'Donnell y su tiempo*. Otros corresponsales que siguieron al ejército español por Marruecos entre 1859 y 1860 fueron Juan Pérez de Calvo, redactor-jefe de *El Eco de Europa*, que también recogió su experiencia en *Siete días en el campamento de África al lado del general Prim*, Juan Antonio Biedma, de *Las Novedades*, que usó los seudónimos de Gacela y El bachiller sensible, Emilio Lafuente Alcántara, de la *Crónica del Ejército y la Armada*, Eduardo Merás y otros representantes de la prensa regional como Giménez de *El Porvenir de Sevilla*, Pelayo Sánchez del Arco de la prensa gaditana y Joaquín Mola del *Diario de Barcelona*. El conflicto también despertó el interés de la prensa extranjera. Por Bélgica llegó Boyer, que escribió para *L'Indépendance belge* y *La Patrie*. M. Chevarrier de *Le Constitutionnel* de París, Charles de Iriarte de *Le Monde Illustré*, que además era ilustrador, dejaría *Sous la tente, souvenirs du Maroc, receipts de guerre et de voyages* en 1863 y Frederik Hardman de *The Times*.

Y junto a la información escrita, la información gráfica. En la guerra de África, la cámara fotográfica no permitía un seguimiento versátil de las tropas, ni unas buenas instantáneas ni un revelado fácil, por lo que la imagen la pusieron los dibujantes y los pintores. Así como Pedro Antonio de Alarcón es considerado el primer reportero español de guerra, el honor de realizar las primeras fotografías de un conflicto bélico ha correspondido a

Enrique Facio, que, precisamente, cubrió la campaña de 1859-60 contratado por Alarcón. De Facio, que asistió a la batalla de Castillejos, han quedado imágenes estáticas de campamentos, formaciones y posados de militares en Ceuta y Tetuán de 1860. La fotografía más conocida de Facio es la panorámica de un campamento titulada *Vista del Serrallo desde Ceuta*, publicada por primera vez en el periódico *La Ilustración Española* como un grabado realizado a partir de su imagen (Moreno y Bauluz, 2011: 14). Sus imágenes ilustraron el libro de Alarcón sobre el conflicto y fue el precursor español del fotoperiodismo de guerra y referente para los que vinieron después, como lo fueron los británicos Roger Fenton y James Robertson en la guerra de Crimea. La presencia de la fotografía fue sin embargo excepcional. Lo común era el dibujo, bien detallado o un simple bosquejo y que podía ser más o menos reelaborado en la redacción de la publicación por otro ilustrador. Entre los dibujantes, el referente fue José Vallejo, también soldado voluntario como Alarcón, que publicó sus trabajos en la *Crónica del Ejército y la Armada*, y grandes pintores como Mariano Fortuny, que reflejó la victoria en su cuadro “*La batalla de Tetuán*” (*ABC*, 27 de noviembre y 8 y 15 de diciembre de 1959). Todos ellos transmitieron una imagen bella de la guerra, de victoria, de heroísmo, a través de la recreación de los instantes de un combate, de retratos de los oficiales o de dóciles y torpes enemigos. Esta imagen idealizada de la guerra desaparece con las primeras fotos de los campamentos y alcanza su máxima crudeza tras la caída de la comandancia de Melilla en 1921, donde se verá todo su horror.

2.3 Los antecedentes de la crisis de 1893

La Guerra de África de 1859-60 no fue la única aventura militar de España en esa época, que se empeñó en recuperar una parte de los territorios del antiguo imperio de manera infructuosa. El autoritarismo de Narváez imperaba en el país, aplastando los intentos de socavarlo, la situación económica era difícil y sobresalían nuevas fuerzas como el movimiento obrero. Todo ello condujo al descontento social, que a través de un pronunciamiento a principios de 1868, muy celebrado, puso en fuga a Isabel II a Francia, que había apoyado a los gobiernos de Narváez y González Bravo. De las elecciones de 1868 salió un gobierno de carácter progresista y una Constitución democrática en 1869 que propugnaba la soberanía nacional, el sufragio universal, la separación de poderes, amplios derechos y la monarquía como forma de gobierno. Se

eligió rey a Amadeo de Saboya en 1871, pero la inestabilidad política reinante le llevó a abdicar dos años más tarde. La I República se proclamó el 11 de febrero de 1873, abriéndose un nuevo periodo de inestabilidad política, agravado por los alzamientos carlistas, las sublevaciones cantonales y la insurrección de Cuba, a lo que habría que añadir las conspiraciones militares para que regresara la dinastía borbónica. Un nuevo pronunciamiento al inicio de 1874 y otro al final del mismo año del general Martínez Campos precipitó la llegada de Alfonso XII. Se estableció un sistema político bipartidista, planeado por el conservador Antonio Cánovas del Castillo, que garantizaba la alternancia política con el partido liberal, liderado por Práxedes Mateo Sagasta, y que tenía como objetivo aplacar la tensión política y militar, todo ello basado en un sistema electoral fraudulento y caciquil. El sistema contó con la oposición de numerosos sectores de la sociedad, como la incipiente clase obrera, que se organizaba en torno al anarquismo y el socialismo, los republicanos, los regionalistas y nacionalistas, especialmente vascos y catalanes, y también los carlistas.

La cuestión de Marruecos recibió un impulso a partir de 1875, con la llegada de Cánovas del Castillo a la presidencia, con el objetivo de hacer valer los derechos de España. Las conferencias de Tánger en 1877 y 1879, y también de Madrid en 1880 sirvieron para cerrar definitivamente la contienda iniciada en 1859 y para iniciar los primeros pasos del africanismo español. En dichas conferencias, y sobre todo en la de Madrid, se estableció el respeto del *statu quo* de Marruecos por parte de las potencias europeas.

El Imperio marroquí a finales del siglo XIX y comienzos del XX estaba atravesando un proceso de desintegración interna, agravada por el interés que la mayoría de las potencias europeas -preocupadas por tal estado de cosas mostraban por conseguir posiciones aventajadas en el norte de África. La pujanza de Francia en la zona, que ya se había hecho notar muchos años atrás en Argelia, movilizó el interés de las demás potencias europeas para fijar su presencia en el norte de África. Además de los intereses consagrados de Francia e Inglaterra, otras naciones, como Alemania, buscaban en el espacio marroquí un medio para reafirmar su posición internacional, y otras, como Italia, aspiraban a encontrar en los territorios cercanos al Estrecho de Gibraltar alguna compensación a sus desastres coloniales. El papel mediador de Inglaterra, la determinación de Francia, las reivindicaciones de Alemania y el tímido contagio

colonialista de Italia convergieron en el norte africano ante la previsible ruptura del *statu quo* en los territorios cercanos al Estrecho en el período 1880-1900 (La Porte Fernández, 1997: 42-44). De este modo, España, desde los años ochenta, estaba en un lugar geográficamente inquietante (Robles, 2001: 584-585). En 1870 quedaba abierto el canal de Suez. El Mediterráneo acrecentaba su valor estratégico y comercial. Los franceses se instalaron en Túnez, un lugar de capital importancia en el control de las vías entre Oriente y Occidente. Los ingleses se apoderaron de Chipre y Egipto. Italia se transformó en una gran potencia naval en el Mediterráneo occidental, una zona donde se hallan Barcelona y las Baleares. En esta década se firmó el Tratado de Francfort que sanciona una importante anexión territorial en el centro de Europa. Y en 1870 se consumó la unidad italiana, otra modificación en la configuración política de un territorio europeo. El objetivo de España en Marruecos, formulado en todas las ocasiones y siempre de la misma forma, no coincidía con el de algunas potencias europeas. El acuerdo alcanzado en la Conferencia de Madrid en 1880 no resolvía la contraposición de intereses entre ellas. El equilibrio del Mediterráneo se convirtió en una prioridad de la política de Inglaterra, Italia, Francia y España. Alemania y Austria firmaron un pacto con Italia. Y las relaciones de esta y del Reino Unido con Francia no eran fáciles.

Pero en 1880 se firmó en Madrid un primer acuerdo internacional que garantizó los derechos de instalación y comercio en Marruecos que, a partir de ese momento, se convirtió en un espacio abierto a la acción de emprendedores, misioneros y aventureros de toda procedencia, aunque pronto estuvo claro que el juego se iba circunscribiendo a cuatro protagonistas: por una parte, los dos principales vecinos: España al norte (que, además, poseía dos guarniciones –Ceuta y Melilla– en sus costas septentrionales) y Francia al este (que iba controlando los oasis fronterizos con Argelia); por otra parte, los dos principales comerciantes: Inglaterra (preocupada además por la vecindad de Gibraltar) y Alemania (que desde tiempos de Bismarck entendió que sus intereses en Marruecos le darían derecho a compensaciones en otros lugares). Hasta comienzos del siglo XX, los intereses de esas potencias se mantuvieron limitados pero, hacia 1900, Francia, dueña de Argelia y Túnez, se colocó a la cabeza del movimiento de penetración en Marruecos por consideraciones estratégicas y económicas (De la Torre, 2007: 313).



Mapa 2. Melilla. Plano de los fuertes exteriores. Ministerio de Defensa. Ejército de Tierra.

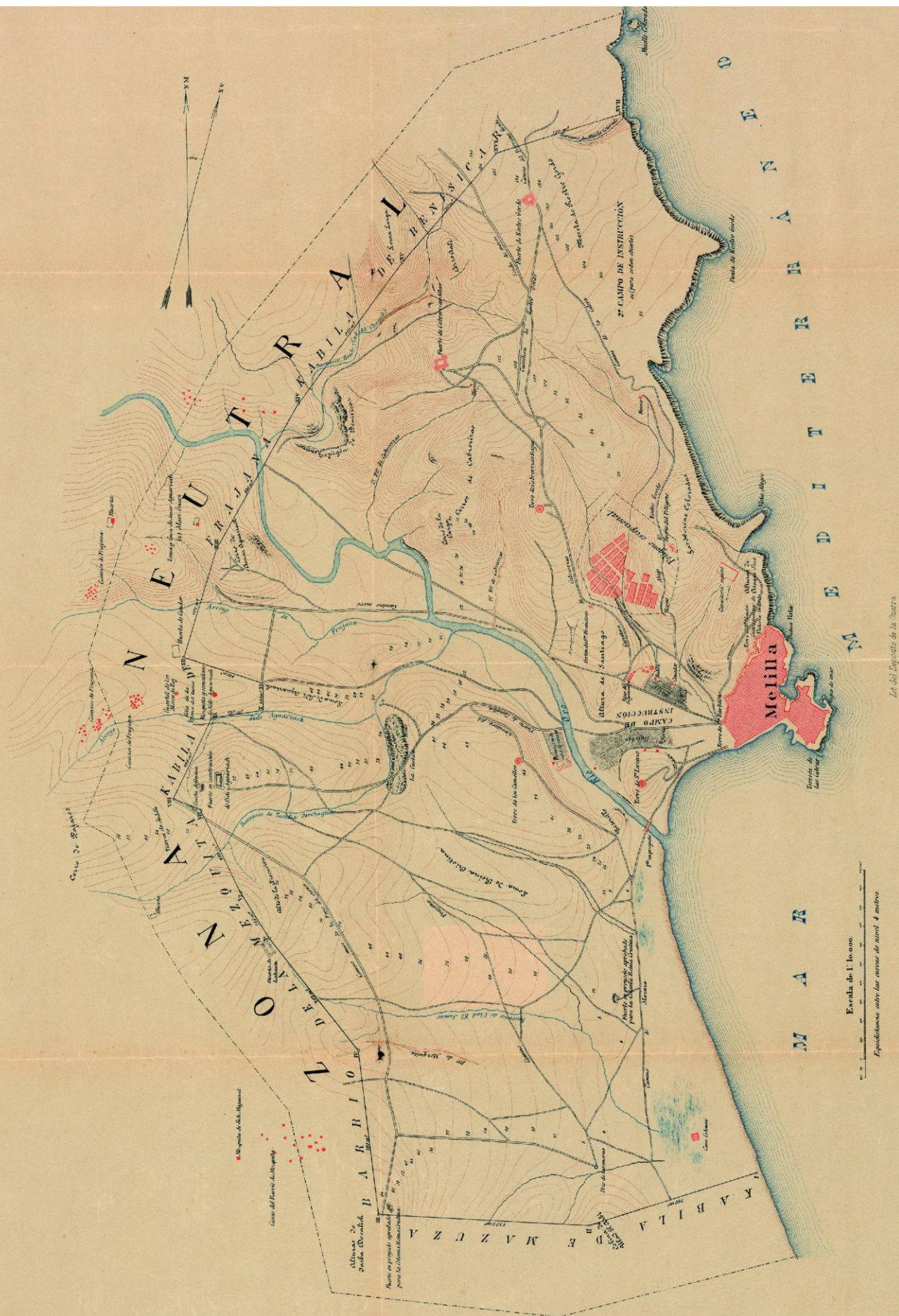
Mientras esta red de alianzas se iba tejiendo y destejiendo en función de los intereses de las potencias, España trataba de delimitar el territorio que le pertenecía, como consecuencia del tratado de Wadras, firmado el 26 de abril de 1860. La tarea de establecer el perímetro defensivo de seguridad no resultaba fácil por la falta de colaboración marroquí, debido a las constantes dilaciones y la hostilidad de las cabilas próximas, y algún que otro error por la parte española. Un total de 33 años después quedó terminado el asunto, aunque en malas condiciones para España y sin haber logrado que se delimitara la zona neutral.

La hostilidad de los cabileños hizo pensar seriamente en la construcción de fuertes. Se planteó una primera línea por los de Alfonso XIII, Reina Regente, Cabrerizas Altas (que empezó a construirse en 1890 y se terminó en diciembre de 1893), Rostrogordo (1888-1890) y Sidi Guariach. Componían la segunda línea los de San Lorenzo (1881-1883), Camellos (1883-1885), Cabrerizas Bajas (1884-1886), María Cristina y Ataque Seco. En 1893, los fuertes formaban un cinturón defensivo alrededor de Melilla.

PLANO DEL CAMPO EXTERIOR DE MELILLA

CROQUIS DEL CAMPO MARROQUÍ FRONTERIZO

formado con los datos que existen en el Depósito de la Guerra.



Mapa 3. Plano del Campo Exterior de Melilla, 1893. Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico.

2.4 La crisis del fuerte de Sidi Aguariach de 1893

El rey Alfonso XII había muerto en 1885, quedando como regente María Cristina de Habsburgo hasta 1902. Los partidos conservador y liberal se alternaban en el poder según lo previsto. En las elecciones legislativas de marzo de 1893, de las que salió elegido presidente el liberal Práxedes Mateo Sagasta, la sorpresa apareció en el buen resultado obtenido por los republicanos que recibieron más votos que los conservadores.

La situación en las plazas africanas había permanecido relativamente estable hasta que ese año, coincidiendo con la inauguración de un interés económico preciso en la explotación de las minas de hierro de Uixan (Bahamonde, 2008: 371) y los intentos consecuentes de fortificar puestos de avanzada lejos del perímetro de Melilla, como el de Sidi Guariach, próximo a Melilla, se reactivó el conflicto.

En el plan de defensa aprobado por el Gobierno figuraba el fuerte de Sidi Aguariach, que había de situarse al este de Melilla y por la cota 72, que dominaba a unos 400 metros una edificación consistente en un templo de reducidas dimensiones y un cementerio, comprendidos por un entrante en el campo español en la zona neutral que había quedado sin delimitar. Este templo tenía enterrado un santón al que los rifeños de las tribus de Kelaia profesaban una gran veneración (Guerrero, 1895: 7), y de hecho su pequeña mezquita era concurrida.

El gobernador de la plaza, el general Juan García Margallo, se dirigió el 2 de julio de 1893 al capitán general de Granada en un escrito, que éste transmitió al ministro de la Guerra el 10 del mismo mes, manifestando que había celebrado una entrevista que le pidió el bajá de Mazuza, a la que asistieron el bajá del campo (que lo era a la vez de Beni Sicar) y cabos de cabila y moros importantes, en número de unos 150. Le expresaron su amistad y buenos deseos hacia la plaza y sus votos por continuar las buenas relaciones existentes, sentando el principio de no desconocer el derecho de España a hacer obras donde creyera más conveniente en nuestro territorio, pero rogaban al Gobierno que, así como al hacer la delimitación se accedió a dejar el entrante de la ermita o mezquita de Sidi Aguariach, respetando sus ideas religiosas, se accediera ahora a que el fuerte que iba a construirse en sus inmediaciones se retirara más de aquel sagrado lugar, también cementerio, para evitar complicaciones por cualquier

imprudencia, pues, según sus prácticas, todos los viernes acudían mujeres, sin que ningún hombre pudiera aproximarse, bajo la pena de sacarle los ojos.

No obstante esta petición, el fuerte de Sidi Aguariach empezó a construirse el 28 de septiembre de 1893. Aquella misma noche los rifeños destruyeron los trabajos realizados, la calera y la alcantarilla. El general Margallo lo puso en conocimiento del ministro de la Guerra esperando instrucciones, aunque sin suspender los trabajos y significando que si volvía a acontecer otro hecho igual, como esperaba, debía obrarse con energía destruyendo los caseríos a la vista. A la vez, escribió al bajá encareciéndole la necesidad de que no volviera a suceder otro acto como del de aquella noche. La agresión de los moros se repitió en la noche siguiente, destruyendo nuevamente las obras del fuerte y de la carretera y atacando, además, el tejatillo próximo a la plaza, llegando los proyectiles al primer recinto, donde resultó herido un soldado. Margallo protestó al bajá, quien en cambio pidió que cesaran las obras, a lo que no sólo no se negó sino que ordenó que se aceleraran para que quedaran cubiertas las aspilleras del muro del cuerpo de guardia y el recinto de la caseta a 80 centímetros de altura, dejando en ella la noche del 30 de septiembre un destacamento de 40 hombres al mando de dos tenientes y disponiendo la colocación de algunas fogatas en previsión de lo que pudiera ocurrir, dando cuenta por telégrafo al Gobierno que creía inevitable el enfrentamiento (VVAA, 1947: 371).

Transcurrió la noche en medio de la expectación general y de la inquietud de la plaza, pero no hubo ataques y al día siguiente pudieron avanzar los trabajos de la caseta defensiva que con sus muros más altos que las aspilleras pudo resguardar mejor la guarnición. Por confidencias se supo que la excitación aumentaba sobre todo entre los Beni Sicar, y aunque varios cabos de cabilas intentaron persuadir a los suyos de que no se debía atacar la caseta, dominaron los pareceres opuestos, y Margallo avisó al gobierno sus temores de que tal vez en la noche del día 1 de octubre se repitiera el ataque, y manifestando que todo estaba previsto por si volvían a hostilizar. El ministro de la Guerra contestó el mismo día a Margallo, autorizándole a imponerse con rigor, según las circunstancias, encargándole que obrara con arreglo a lo que le dictase su espíritu y su honor. Pero esa noche no sucedió nada, excepto algún disparo aislado que no fue contestado. Así, a las siete de la mañana del 2 el general informaba al ministro de la

tranquilidad en la plaza, aunque tomando precauciones y sin suspender los trabajos por la razón de celebrarse en las inmediaciones de Sidi Aguariach el zoco de Frajana. Margallo creyó que no era necesario adoptar unas medidas de seguridad que serían alarmantes y reveladoras de temor, y dispuso la salida normal de los obreros, ingenieros y fuerzas de escolta, que llegaron a la caseta a las siete y media, emprendiendo seguidamente el regreso a la plaza los 40 hombres del destacamento (VVAA, 1947: 372).

Los rifeños, que en gran número habían acudido al mercado de Frajana, daban señales de una gran inquietud y reunidos en grupos vociferaban, esgrimían amenazadores sus armas y excitaban a los demás a la pelea, ordenando que se retirasen mercancías y ganados y todos se aprestasen a la lucha. La agresión sobrevino inmediatamente. Un pequeño grupo hizo algunos disparos cuando el destacamento se retiraba, y momentos antes de las ocho de la mañana los cabileños abrieron fuego por todos los contornos de la meseta de Sidi Aguariach, obligando a los trabajadores y fuerzas de escolta a refugiarse en la caseta, así como al destacamento, que vino a sumarse a los defensores. Una pareja de Caballería llevó la noticia de la situación a Melilla, de donde salió inmediatamente para el fuerte de Camellos el general Margallo. Camellos era el fuerte más cercano a Sidi Aguariach, a 1,5 kms. Cabrerizas Bajas distaba 2 kms. Poco más de un centenar de soldados, con la ayuda de refuerzos, hubieron de hacer frente a entre 4.000 y 5.000 cabileños. En el momento de romperse las hostilidades, las fuerzas de que disponía el general Margallo para la defensa de la plaza y del campo exterior era de 105 jefes y oficiales, 1.455 de tropa, y la artillería. Aunque se organizó una milicia civil de 60 personas para ayudar en la defensa, la gran desproporción en número entre atacantes y defensores era tal que finalmente los soldados españoles se vieron obligados a retirarse. A las cuatro de la tarde, la tropa se encontraba replegada y a salvo detrás del fuerte de Camellos, después de un duro combate. Las bajas por parte española fueron nueve soldados y seis confinados del penal muertos, tres oficiales y 32 soldados y confinados heridos. Por la parte rifeña se estimaron muy superiores a las españolas, ocasionando, además, el fuego de la artillería considerables destrozos en los poblados y la destrucción de la Mezquita de Sidi-Aguariach, origen del conflicto. Los rifeños quedaban dueños del campo, llamando a la *yihad* y los españoles parapetados tras los fuertes de la plaza. El ministro de Asuntos Exteriores se dirigió al Sultán para pedirle su intervención en el Rif, el castigo de los culpables y una indemnización (De Madariaga, 2000: 89).

2.4.1 El efecto en la península

La sociedad española se enteró a través de una prensa que se encontraba en plena evolución desde un modelo de partido político hacia otro de tipo informativo, más moderno, de masas, acorde con los nuevos tiempos, que buscaba atraer a más lectores. Las noticias de los sucesos del 2 de octubre produjeron una fuerte impresión. El público leía con gran interés las noticias que los periodistas telegrafiaban y las tiradas se agotaban. Incluso los periódicos abrieron suscripciones para la guerra. La prensa se mostró unánime en el apoyo a la causa de España y el rechazo a los rifeños, independientemente de su línea editorial y de su militancia ideológica. De hecho, se manifestaron abiertamente partidarios de un castigo inmediato y ejemplar a las cabilas vecinas de Melilla, con justificaciones como “por decoro” o “para reparar el honor mancillado”, y en segundo lugar, pedir explicaciones al sultán. Enfocaron el asunto de manera que España había querido edificar un fuerte dentro de sus dominios, las cabilas se habían opuesto, el ejército tuvo que realizar una “retirada heroica” y además destruyeron las obras que se habían iniciado. El patriotismo y el belicismo comenzaron a aparecer en las planas de los periódicos, en la línea de dar un duro escarmiento a los agresores y hacerles sentir la fuerza de España para que en lo sucesivo respetaran la bandera y los derechos sobre el territorio. Era creencia general, y también en el ámbito de la prensa, que con “mano dura” se anularía la resistencia de los rifeños.

Sirva como ejemplo lo que expresaba *La Correspondencia de España*, de orientación oficial, que de manera premonitoria señaló:

“No podemos fiar nada a la buena voluntad del emperador de Marruecos. Es preciso que nuestras fuerzas castiguen rápida y severamente a esos enemigos peligrosos imponiéndoles el terror. Una acción más extensa y de mayor trascendencia en el Riff es para muy meditada, porque la base de las operaciones tiene que ser Melilla y sus fuertes, y si se penetra muy en el interior por montañas, cuya topografía es desconocida a los europeos, se corre el riesgo casi inevitable de que cortaran la línea e incomunicaran el ejército con las fortificaciones (...) la victoria que pudiéramos alcanzar, suponiendo vencidas las resistencias de Marruecos a esa invasión por terreno suyo, satisfaría nuestra gloria militar, pero reduciría el éxito práctico de la lucha a dominar unas cuantas montañas, en las que seríamos sólo dueños del terreno que pisamos” (*La Correspondencia de España*, 4 de octubre de 1893).

Aunque otros diarios como *El País*, de inspiración socialista y que se erigía como defensor de las clases obreras, reconocía que:

“procede recabar al Gobierno de Marruecos indemnizaciones de un lado, y de otro garantías para lo futuro siempre en observancia de los vigentes tratados. Pero nada más. Vivamos alerta contra las sugerencias de generosos pero perjudiciales espasmos de patriotismo” (*El País*, 4 de octubre de 1893).

Esto permitió que se formara una opinión pública favorable a la guerra. Los sucesos de Melilla eran el principal tema de conversación en la calle, en los cafés, en los casinos... la sociedad se sentía herida porque unos bárbaros habían atacado al pueblo “más noble y valiente de la tierra” (Guerrero, 1895: 36). El clima bélico se extendió también a las artes escénicas, llegándose a representar en los teatros escenas de la guerra, y a la canción.

La diplomacia actuó desde el momento del ataque del día 2. España protestó inmediatamente ante el ministro del Sultán en Tánger, anunciando que se pediría reparaciones y una compensación económica. Y si el sultán no podía castigar a los culpables e imponer respeto a la autoridad española, debería permitir que España castigara a los asaltantes. España buscó desde el primer momento asegurar la comprensión de las potencias europeas para el caso de que hubiera que emprender una campaña como la que terminó con el tratado de Wadras (Robles, 1999: 1.045-1.046).

El Gobierno reaccionó inmediatamente para zanjar la cuestión. El ministro de la Guerra, el general López Domínguez, felicitó el mismo día 2 a Margallo y le autorizó, si las hostilidades continuaban, a causar todo el daño posible en el campo rifeño. Además, el Gobierno también ordenó el mismo día el envío de refuerzos desde la península, que embarcaron los días 3 y 5. El Consejo de Ministros del día 4 felicitó también a Margallo, a la guarnición y a la población por su bravura y entusiasmo en la jornada del día 2, encargándole que continuaran los trabajos y operaciones para levantar definitivamente el fuerte de Sidi Aguariach y ordenándole que para ello pidiera tropas, material, municiones y todo género de recursos a medida que los fuera necesitando en los movimientos de avance, previniéndole asimismo que en lo sucesivo no se abandonase “ni una sola pulgada de terreno que nos pertenece, castigando duramente a los que con sus ataques a nuestro territorio infringen todos los derechos y Tratados”, según el telegrama del ministro de la Guerra. Pese a los términos en que se manifestó el

Consejo de Ministros, los criterios de los hombres que componían el Gabinete del liberal Sagasta no eran unánimes, y mientras el ministro de la Guerra era abiertamente partidario de la resolución del conflicto por las armas, el ministro de Estado, Moret, se inclinaba más por la vía diplomática.

2.4.2 *La exclusiva de Méndez*

La primera noticia llegó al ministerio de la Guerra por telegrama a las 11 de la mañana, según *El Imparcial*, y a la una de la tarde, según *La Época*. El comandante general de la plaza, general Margallo, comunicó al ministro de la Guerra, que las cabilas vecinas de Melilla habían roto el fuego contra la plaza.

La noticia comenzó a circular por las redacciones de los diarios. Tras los primeros rumores que llegaron a las calles de Madrid por la tarde, en los centros oficiales se negó que hubiera ocurrido nada de particular, como comentó *La Correspondencia de España*, al informar comedidamente de “los sucesos de Melilla” el día 3. En la misma línea de “sucesos” se decantó *El Liberal*, que contó “la batalla de ayer por un testigo”, y con menor entusiasmo, *La Época* también se refirió al “ataque de los moros a Melilla”. En el otro extremo, *El País* lanzó la “voz de alerta”, pero sin crear inquietud entre sus lectores por “lo de Melilla”.

Al margen de los comentarios y análisis del resto de la prensa, *El Imparcial*, ofreció la información más amplia y candente de la mano de su corresponsal en Melilla, del que se conoce su apellido, Méndez. *El Imparcial* era el diario de mayor difusión del momento, ejemplo del nuevo modelo industrial que se imponía, defensor de la ideología liberal. Méndez, que era el único periodista de un diario nacional destacado en la ciudad, tituló llamativamente con “el ataque a Melilla”, destacando en titulares de menor tamaño “el relato del combate”, encabezado por la cifra de víctimas “18 muertos y 33 heridos”. Méndez publicó en exclusiva la noticia del ataque el día 3 de octubre. Desde los días anteriores, sus informaciones reflejaban el aumento de tensión entre los rifeños por la construcción del fuerte de Sidi Guariach, e incluso fue capaz de predecir el ataque:

No es, sin embargo, aventurado predecir que los moros están dispuestos á impedir la construcción del fuerte, rompiendo las hostilidades si fuere preciso. Para creerlo así me fundo en lo que me dice uno de los moros de rey de los que acompañan al bajá, y en la circunstancia de no

haber un solo moro en la plaza ni en el campo español. Han desaparecido hasta las mujeres y los niños (*El Imparcial*, 1 de octubre de 1893).

Por tanto, Méndez se apuntó el éxito de escribir el relato del ataque desde Melilla y enviarlo el mismo día que se produjo a su redacción central en Madrid. *El Imparcial* abrió la edición haciendo un elogio de su periodista: “*Las previsiones de nuestro inteligente y activo corresponsal en Melilla se han realizado*” (*El Imparcial*, 3 de octubre de 1893), y le transmitió al día siguiente el aplauso de sus compañeros de otros diarios a los que había agradado su trabajo.

Efectivamente, Méndez telegrafió la noticia en cuatro envíos, de los cuales consiguió enviar el primero a las 20:45 horas y el último a las 23:55 horas del 2. Aunque el material llegó tarde a la redacción de Madrid, salió en la primera edición de la mañana. Se publicó a cuatro columnas en portada y continuado en dos columnas en la página siguiente, ilustrado con un plano de la zona de Melilla. Realizó un vivo relato cronológico de la jornada, titulando por el número de víctimas españolas (18 muertos y 33 heridos). Por sus referencias se infiere que observó la batalla desde algún punto con visibilidad desde la ciudad. Reconoce que “*en este momento recibo noticias del teatro de la lucha*” (*El Imparcial*, 3 de octubre de 1893). Los días siguientes amplió detalles del combate. Su firma aparece unida al conflicto hasta finales de octubre.

2.4.3 La primera oleada de corresponsales

El resto de los periódicos y revistas reaccionó de inmediato y envió a sus redactores a Melilla. Hacia el punto caliente informativo se encaminaron los periodistas y los redactores gráficos de las principales publicaciones nacionales y regionales, algunos de ellos auténticos especialistas en la cultura árabe, aunque para la mayoría fue su primer contacto con Marruecos. Desde 1860, el contencioso con el vecino del sur no había merecido tal atención informativa. Ni siquiera la tuvo la guerra de Secesión (1861-1865), donde apenas hubo una mínima representación de corresponsales de guerra españoles. Pero en esta ocasión, eran más numerosos que sus colegas que informaron de la guerra anterior. De hecho, era la primera gran afluencia de corresponsales españoles a un conflicto bélico internacional. Su elevado número estuvo condicionado por la

proximidad de Melilla a la península, aunque realizar la travesía desde Málaga no resultaba fácil, pues por lo general la espera se demoraba por varios días.

El Liberal, otro de los principales diarios del momento, popular y de base republicana, se propuso desde el inicio una amplia cobertura y anunció el envío de dos corresponsales para informar de la campaña que se suponía se iniciaría para responder al ataque sufrido. El primero en llegar fue Antonio Rodríguez Lázaro, su corresponsal en Málaga, que cruzó el día 3 de octubre (*El Liberal*, 4 de octubre de 1893). Sus funciones consistieron en apoyar a Luis Morote, que venía de la redacción de Madrid, y que ejerció como primera firma. En ese momento, Morote era un periodista reconocido, y alcanzó cuatro años después el cénit en su faceta de corresponsal de guerra en Cuba, -cobertura que también realizó Lázaro-, donde cayó prisionero del revolucionario Máximo Gómez y fue indultado de la pena capital logrando publicar un gran reportaje. No en vano, el diario publicitó su labor:

“Hoy sale para Málaga, en cuyo punto se embarcará para Melilla nuestro querido compañero de redacción D. Luis Morote. Los lectores de *El Liberal* tendrán extensos y verídicos relatos telegráficos y postales de cuanto allí ocurra” (*El Liberal*, 4 de octubre de 1893).

Más adelante, por *El Liberal* también cubrirá el conflicto Ortiz de Pinedo, que comenzó a firmar a mediados de noviembre. Junto a Morote llegó Domingo Blanco, enviado por *Heraldo de Madrid*, próximo a los liberales y de gran circulación. Ambos arribaron en el *Sevilla*, que fondeó el día 7, en el que viajaba una parte de la tropa destinada a Melilla.

La Correspondencia de España, que venía cubriendo la información de Melilla con un corresponsal en Málaga, había previsto que un militar en la plaza cumpliera las funciones. No obstante, la fatalidad truncó su intención:

“Desde que empezaron a vislumbrarse los sucesos de Marruecos, *La Correspondencia de España* se había dirigido a un ilustrado amigo suyo residente en Melilla, para que en caso de ocurrir algo, hiciese telegrafiar urgente y con la mayor extensión. Hemos tenido la desgracia de que en la batalla de anteayer fuese herido el Sr. García Peré, que es el pundoroso militar a quien habíamos confiado este encargo. De todas suertes, hoy saldrá de Málaga para Melilla un corresponsal que nos telegrafiará si no hubieran podido cumplirse nuestros encargos” (*La Correspondencia de España*, 4 de octubre de 1893).

Terminó por enviar a Manuel Martos de la Fuente, que llegó el día 4. Nada más llegar hizo un relato de lo ya ocurrido, que el diario publicó por su interés “vivísimo”, pero que en realidad no aportaba más que algún detalle. Sus notas y telegramas transmitían el estado de euforia y tranquilidad que se vivía en Melilla ante la posibilidad de una respuesta militar a los rifeños y también alguna crítica a la asistencia médica que recibían los soldados en el hospital. En lo concerniente a la narración de los hechos buscaba ser fiel a un estilo limpio y actual.

El director de *El Imparcial*, Rafael Gasset, decidió ponerse al frente de la información y partió el día 5 de octubre de Madrid en tren hacia Málaga para embarcar para Melilla, lo que consiguió el día 6, informando a partir del día 7, cuando desembarcó. Rafael Gasset realizó varios viajes a Melilla. Posteriormente, aparecieron Ramón Gasset, hermano de Rafael, el 19, y Manuel Alhama Montes el 4 de noviembre más o menos a la vez que Eduardo Muñoz, con quien formará pareja profesional.

Durante los primeros días posteriores al combate, *La Vanguardia*, de inspiración liberal, tomó la información de telegramas oficiales y de otros periódicos. Dos semanas después del ataque envió a su corresponsal, José Boada y Romeu, que por entonces ya había recorrido Marruecos. Lo anunció con gran pompa:

“Esta tarde sale en el vapor ‘Andalucía’ y con rumbo á Málaga, desde donde se dirigirá inmediatamente á Melilla, nuestro querido amigo y compañero don José Boada, muy conocido de los lectores de *La Vanguardia*, por haber publicado en nuestras columnas con la firma de su nombre propio ó con la de *Altaniskar* muchos trabajos relativos á Marruecos y á las posesiones españolas en África. El señor Boada, que ha viajado mucho por Marruecos, recorriendo buena parte del interior del imperio, y que conoce por tacto parte de aquel territorio, va á Melilla con el exclusivo objeto de desempeñar el cargo de corresponsal particular de *La Vanguardia* y de telegrafarnos cuanto ocurra y averigüe de los sucesos que allí se desarrollan, y de los que puedan desarrollarse á consecuencia del ataque del día 2” (*La Vanguardia*, 15 de octubre de 1893).

En cambio, el conservador *La Época* informó durante esos días con resúmenes de las informaciones que publican otros diarios y de los telegramas oficiales. Sólo 22 días después del ataque publicó información de un corresponsal (*La Época*, 24 de octubre de 1893). Sin embargo, tal corresponsal resultó ser el director del *Diario de Cádiz*, Federico Joly, quien escribía también para *La Época* hasta que se produjeron los

ataques de los días 27 a 30 de octubre, y entonces el propio director, Alfredo Escobar, se puso al frente de la cobertura informativa:

“El mismo día que se supo en Madrid el comienzo de la lucha con los rifeños [se refiere al combate del 27 de octubre], salió en dirección a Melilla nuestro querido director el señor marqués de Valdeiglesias, para enterarse por sí mismo de los hechos y organizar convenientemente el servicio de corresponsales. Con los telegramas que desde Málaga nos dirige, y con los que publican varios colegas, procuraremos dar una relación, lo más exacta y ordenada posible” (*La Época*, 30 de octubre de 1893).

2.4.4 Los medios gráficos



Ilustración 1. Maniobras de la sección de caballería. Foto Company

Blanco y Negro, 4 de noviembre de 1893.

Además de los “reporters”, la prensa de la época también envió a sus redactores gráficos al escenario del conflicto, algunas de cuyas biografías se encuentran en el anexo 3. Su número mucho menor en comparación, debido a que los diarios todavía no daban gran importancia a la fotografía. Trabajaron principalmente para las revistas ilustradas. Su labor era muy importante porque por primera vez ponía una imagen real y no idealizada a lo que sucedía en Melilla. No tenían experiencia en la cobertura de conflictos bélicos, a diferencia que algún que otro corresponsal que antes de llegar al Rif pasó por las guerras carlistas. Ninguno de los que firmaron entonces que cita Sánchez Vigil en *La fotografía en España*, Carrouche, Mauro Ibáñez, Otero y Aguirre, Monney, Lejarreta, Parada, Kornarzewsky o Aulmann firmó desde Melilla. Procedían de ámbitos civiles, de la política o de las artes. Entre las publicaciones destacó *La Ilustración Española y Americana*, que desde octubre dedicó un número de hojas determinado bajo el epígrafe

“Operaciones militares en el Rif” en las que recogía las imágenes del conflicto, tomadas de fotografías que había encargado a Enrique Simonet, (más adelante también participó Gonzalo Reparaz). *Blanco y Negro*, que envió a Arpa, “distinguido artista” y al periodista José García Rufino (1875-1943), “profundo conocedor de los asuntos marroquíes” que también ilustró aquella etapa a través de una sección especial titulada “Cónica ilustrada de la guerra”. Además, capturaron imágenes de aquellos meses Comas y Blanco y Lafora, que llegaron en diciembre (Sánchez Vigil, 2001: 311).

En *La Ilustración Artística* y *La Ilustración Española* encontraron salidas imágenes extraídas de las fotografías “de la ambulancia del Sr. Company”. Manuel Company, que también trabajó para *Blanco y Negro*, destacó con el reportaje que hizo de la cobertura y hoy es un referente del fotoperiodismo español. Para más información sobre los fotógrafos, ver el anexo 4.

Las primeras imágenes en relación al conflicto fueron dibujos de tipo costumbrista, panorámicas de Melilla o de algunas de sus construcciones, mapas e infraestructuras del ejército, tanto piezas de artillería como navíos y la imagen de generales distinguidos. Inició la carrera por publicar imágenes del conflicto *La Ilustración Española y Americana*. En la edición del 22 ya aparecieron los primeros trabajos realizados a raíz de las fotografías remitidas por Enrique Simonet, consistentes en los preparativos para embarcar en Málaga. Vemos las primeras imágenes de Company el 30 en la misma revista, basadas en fotografías, de soldados españoles en formación y de bajas del campo moro. Tanto las de Simonet como las de Company son de escenas de escaso movimiento. La imagen de los primeros heridos llegados de Melilla fue hecha por José Blanco Coris y publicada el 8 de noviembre, presentados en cama en el hospital militar de Málaga. Company siguió publicando imágenes de soldados realizando operativos. Simonet publicó el 15 el regreso de un convoy de abastecimiento del día 3. En cambio, *Blanco y Negro*, justificó la espera debido a la dificultad de comunicaciones con la plaza, la forzada lentitud del fotograbado y de toda buena tirada, pero mientras tanto, reproducía fotografías de Company. Hasta el día 28 no publicó su propio material, pero eran reproducciones de escenas de temática más costumbrista que bélica, que empezó a divulgar a finales de noviembre y primeros de diciembre.



Ilustración 2. Guerrillas del batallón Cazadores de Cuba, en descanso delante del fuerte de San Francisco. (Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet)

La Ilustración Española y Americana, 22 de noviembre de 1893.



Ilustración 3. Entrada en operaciones del regimiento de Dragones de Santiago. (Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet)

La Ilustración Española y Americana, 22 de noviembre de 1893.

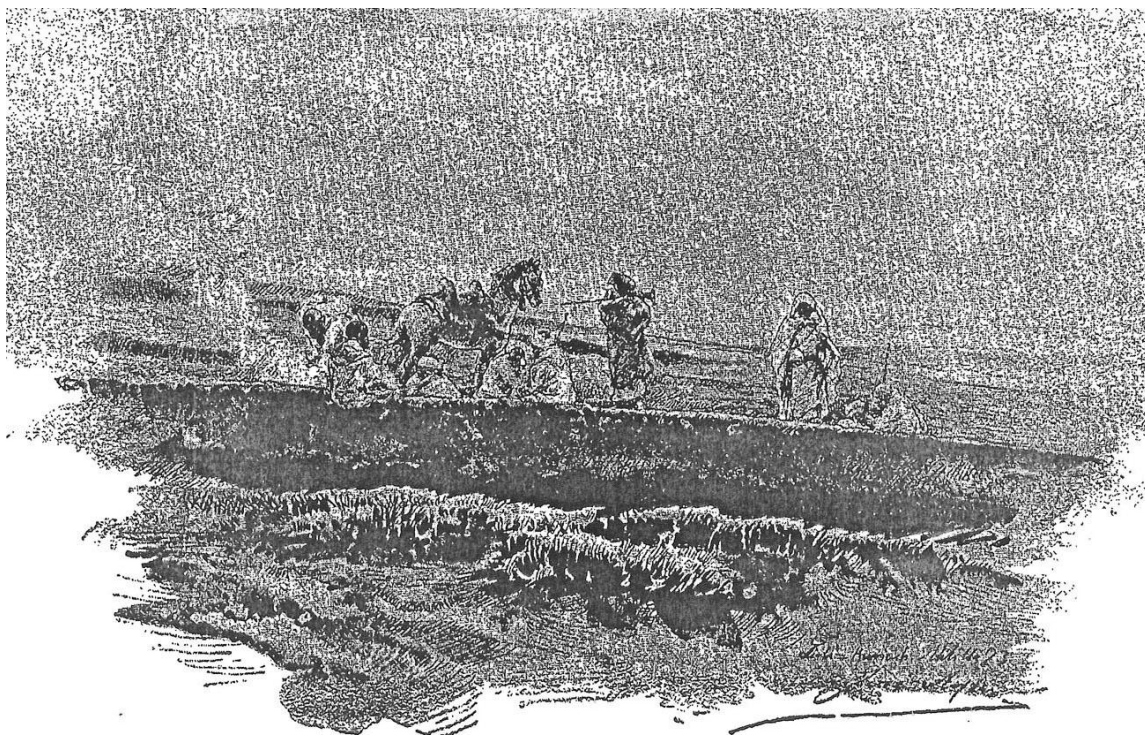


Ilustración 4. En la Zona Neutral. Soldados de Muley Araaf vigilando las obras españolas para impedir el ataque de los rifeños. (Dibujos de nuestro corresponsal Sr. Arpa)

Blanco y Negro, 16 de diciembre de 1893.

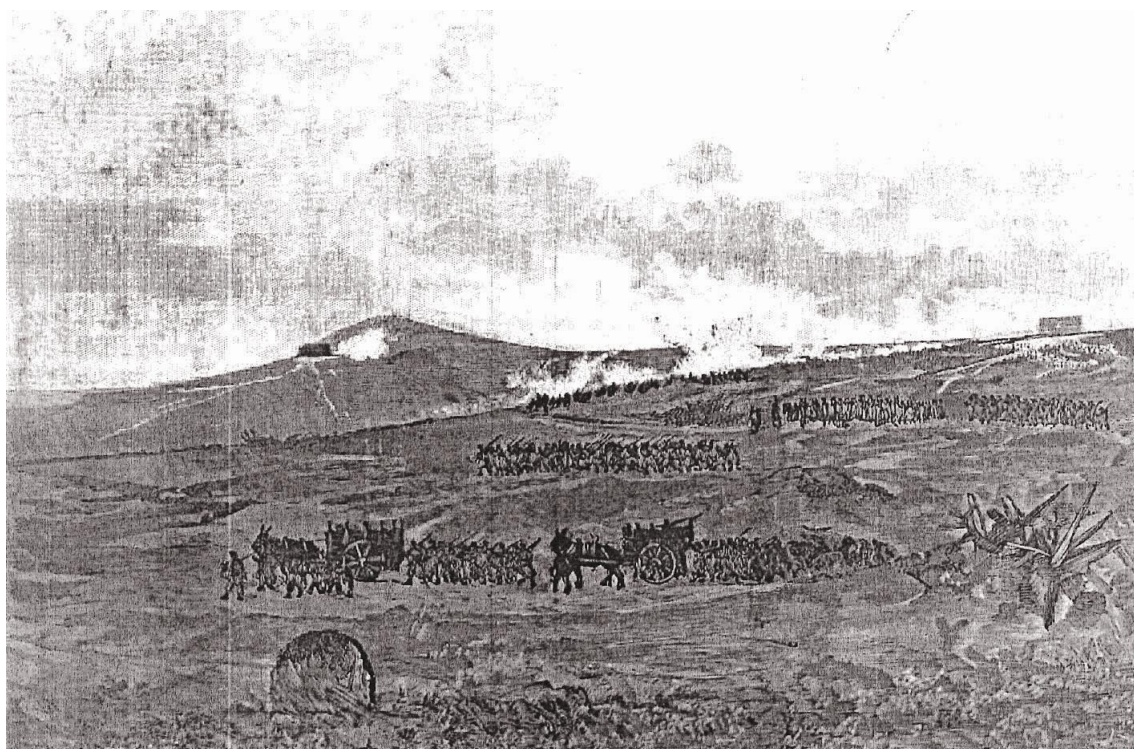


Ilustración 5. Operaciones del día 3 del actual, para abastecer los fuertes de Cabrerizas y Rostro Gordo. Regreso del convoy a la playa, protegido por las guerrillas y el fuego de los fuertes. (Apuntes del natural, de nuestro corresponsal artístico D. Enrique Simonet).

La Ilustración Española y Americana, 15 de noviembre de 1893.

2.4.5 Las primeras dificultades y las crónicas de urgencia

El primero de los periodistas desplazados desde la península, Antonio Rodríguez Lázaro, enviado desde Málaga, la redacción más cercana de *El Liberal*, llegó con el firme propósito de enterarse de los últimos sucesos. Comenzó a telegrafiar a las 16:30 horas: “conforme las voy recibiendo, voy telegrafiendo las noticias en que se refleja claramente cuál es la situación de la plaza y el verdadero estado de las cosas”. Nada más desembarcar se encontró con serias dificultades, como él mismo explicó, y sus primeros envíos del día 4 no pudieron ser publicados por su periódico hasta el día 7.

“Tropiezo con grandísimos inconvenientes para transmitir mis informaciones. Puede decirse que estamos sin telégrafo, porque apenas funciona, y sin telegrafistas, porque solo hay aquí un oficial y un auxiliar que están rendidos de cansancio, trabajando noche y día. Sólo tenemos un aparato Morse. El servicio oficial lo tiene casi siempre intervenido, y esto y las otras interrupciones de que hablo, hace casi inútil el que telegrafe urgente y nos hace perder un tiempo precioso” (*El Liberal*, 7 de octubre de 1893).

Rodríguez Lázaro fue también de los primeros en sufrir la estrategia de control de la información impuesta por el Gobierno, y ejercida en Melilla por la comandancia militar. Martos de la Fuente llegó también el día 4, pero le sucedió igual que a Rodríguez Lázaro, que no pudo publicar hasta el día 7.

“En cuanto llegué, telegrafí urgente más de 2.000 palabras relatando todos los sucesos ocurridos en el campo del moro [...] Voy a visitar a los heridos y seguiré telegrafiendo urgente” (*La Correspondencia de España*, 7 de octubre de 1893).

El 7 de octubre, cinco días después del primer ataque del día 2, se encontraban en Melilla los corresponsales de los diarios nacionales de mayor difusión y los del resto de la prensa regional, ilustrada y especializada. Y hasta internacional. A Rodríguez Lázaro sólo le precedieron los redactores del *Diario* y *La Unión Mercantil* de Málaga, y un periodista del *Times*.

Había corresponsales de guerra civiles y militares. El primer grupo era el más numeroso, procedente de la península, enviados por sus directores. Además, no resultaba extraño encontrar periodistas que se encontraran en Melilla como soldados, voluntarios o de quinta. Y otro grupo, menos numeroso de militares, que ejercían como corresponsales, que escribían sobre las operaciones militares y sus cartas se podían leer

en diversas publicaciones. Entre estos últimos Adolfo Llanos Alcaraz, que había participado en la campaña de Tetuán en los años 1859 y 1860 y que escribía para *La Ilustración Nacional*, y que posteriormente cubrió el conflicto hispano-cubano (Rober; 2011: recursos telemáticos).

La proliferación de periodistas en Melilla motivó la inquietud del ministro de la Guerra, que el día 6 de octubre telegrafió al general Margallo, advirtiéndole de la llegada de más corresponsales e instándole a ejercer un control severo sobre sus actividades y crónicas:

“Han salido para esa plaza varios corresponsales (de) prensa y es indispensable que, siendo su estado el de guerra, ponga V.S. coto a las exageraciones que escriben, desviando la opinión de su verdadera causa. Le llamo la atención sobre esto para que tome sus más prudentes, pero enérgicas, medidas y tanto más cuando empiecen las operaciones”¹.

Cuando desembarcaron, los corresponsales se limitaron a relatar lo que ya se conocía sobradamente en la península, pero de manera ampliada y con abundantes notas de color en las que abundaban los nombres de los jefes y oficiales, que junto al propio general Margallo eran sus fuentes oficiales, y sus aventuras bélicas. De manera extraoficial consultaban a algunos comerciantes judíos y a los árabes de la aduana. De hecho, lo único reseñable que sucedía era la llegada de unos 3.000 soldados, de más artillería, del acorazado “Numancia” y los cañoneros “Isla de Cuba” y “Conde de Venadito”. Las semanas posteriores a la llegada de los periodistas fueron de calma tensa. Mientras tanto, el Gobierno español dialogaba con el marroquí para llegar a un acuerdo diplomático que resolviera el conflicto. Los marroquíes daban la razón a España, pero no ofrecían una solución satisfactoria.

A diferencia de otros momentos posteriores del conflicto, los corresponsales no hicieron análisis al llegar de cómo se encontraba la situación, sino que transmitían como si fuera una consigna el fervor patriótico y la elevada moral de la tropa y de la población civil para desencadenar cuanto antes un ataque y dar un escarmiento a los rifeños. Es decir, muchos datos, mucha retórica, pero poca información y menos explicación. En realidad, su trabajo era transmitido por telegrama, cuyo contenido consistía en un continuo de oraciones, más o menos largas, sobre varios temas, la mayoría de veces sin una

¹ Archivo General Militar de Madrid. Fondos relativos a África, Caja 120. Carpeta 4. (AGM, FA, C. 120, C. 4)

conexión más que por el hecho del tema y la localización. No estamos ante crónicas con un inicio, nudo y desenlace, sino ante ideas lanzadas como proyectiles a la redacción central.

Como se ha reflejado, las dificultades para los corresponsales comenzaron en el momento de transmitir sus informaciones. A partir de su llegada masiva, el servicio telegráfico se hizo insuficiente para sus necesidades y acumuló mucho retraso, como ellos mismos describieron. Se le daba un uso militar, para las comunicaciones entre el mando y el Gobierno, y un uso civil, para los corresponsales, que lo podían utilizar si no estaba ocupado para el uso militar. Además, el servicio estaba sujeto a las deficiencias que presentaba la propia instalación, el cable, que padecía frecuentes averías que interrumpían la comunicación, lo que fue objeto de continuadas críticas por parte de los periodistas. El oficial de telégrafos de aquella oficina en aquel momento era Alberto Miret. Con el propósito de arreglar la avería del cable y mejorar el servicio se envía desde Granada a Federico de Montes, inspector de Telégrafos, que en 1891 ayudó a su instalación (*La Correspondencia de España*, 12 de octubre de 1893). Su labor no resultó efectiva y en más de una semana no fue posible que el cable transmitiera de una manera satisfactoria. No obstante, el servicio del cable también se abría y cerraba a voluntad gubernativa, para controlar la comunicación de los sucesos relacionados con el conflicto que transmitían los corresponsales, además de la censura que se ejercía, a la que se reserva un apartado específico en este documento.

A las dificultades que les pone el Gobierno para la transmisión de noticias, hay que añadir la censura previa que se ejercía en Melilla, que se repetía después en Madrid, - que debido a su naturaleza se tratará más adelante-, y la ausencia de hechos bélicos de importancia que contar y la relativa incomunicación que padecen, en parte por el mal servicio telegráfico, y en parte por la escasez de noticias que llegan desde la península debido al retraso con que llegan los periódicos. Esta falta de interés informativo se suple desde las redacciones centrales, publicando largas columnas reclamando vehementemente la recuperación del honor mediante una ofensiva que escarmentara a los rifeños. Mientras tanto, en Melilla, los corresponsales llevan una vida aburrida, dedicando una buena parte del día a la transmisión de los telegramas y cartas. Su rutina consistía en la visita al muelle, a la aduana, a la oficina de mando, para recabar toda la

información posible, a la oficina de telégrafos para telegrafiarla tras supervisarla la censura, y al Casino Militar, donde se reunían la oficialidad de la ciudad y se daba rienda suelta a la interpretación de la actividad diplomática, a la especulación sobre el posible desarrollo de la campaña, a la repetición de rumores y, sobre todo, a la imaginación. Salen con cierta frecuencia a recorrer los alrededores de la ciudad, al perímetro defensivo, para comprobar el avance de las obras de construcción de trincheras y fortines y para observar a los rifeños. Lo hacen en solitario o junto a otros compañeros, y también acompañando a algunos destacamentos. Apenas ningún corresponsal puso un pie fuera del territorio español. Las noticias que se obtenían del otro lado de la frontera se obtenían de testimonios de rifeños que entraban y salían de Melilla, principalmente. Los periodistas regresaban antes de que las puertas de la ciudad se cerraran. Existía el riesgo de ser tiroteados desde el territorio rifeño. Tampoco podían pernoctar en los fuertes, porque la ordenanza prohibía que las personas ajenas al ejército se quedaran en ellos por la noche.

Esta rutina la describe Luis Morote en un telegrama. Explica que por las mañanas va al muelle o a lo alto de las murallas esperando que un barco les traiga “la buena nueva de que se empieza la campaña”. Por las tardes va al campo de instrucción, a los fuertes, “a divisar con el auxilio de unos buenos anteojos de campaña a los moros que se pasean por los alrededores de la mezquita y por el sitio donde estuvo el fuerte de Sidi Guariach”. También dice del Casino Militar que es el centro de noticias y de opinión. Y afirma que cuando llegan los periódicos, “se leen en alta voz y se los disputan materialmente para llevárselos a sus casas” (*El Liberal*, 16 de octubre de 1893).

Durante esta etapa del conflicto, apenas hubo resquicio para reflejar la situación real de los soldados tanto en sus instalaciones como en el frente. No obstante la censura, la audacia de algunos corresponsales logró salvar los controles oficiales y relatar aquello que vieron. Nada más llegar, observan la situación en la que se encuentran los soldados y las infraestructuras con las que cuentan en Melilla. Algunos, como Martos de la Fuente, hacen un llamamiento directo al gobierno sobre la situación sanitaria, al que critica por la carencia de antisépticos y aparatos de cirugía y de todo (*La correspondencia de España*, 7 de octubre de 1893). Ante esta noticia, el ministro de la Guerra mantuvo una conferencia telegráfica con el general Margallo el 9 de octubre

interesándose por la veracidad de lo publicado respecto de los telegramas aparecidos en la prensa sobre la carencia de víveres para la guarnición y lo desatendido que se encontraba el hospital, instando al general a que le pidiese cuanto fuese necesario para las Brigadas Ortega y Monroy, que marcharían inmediatamente a Melilla. El general respondió al ministro que el hospital tenía el material para las necesidades ordinarias y que aun disponía, por evacuación de enfermos, de dos salas para el caso de atender heridos, que la asistencia médica era tan esmerada como podía serlo en cualquier hospital de la península, que la comida era abundante y sana, habiendo suficiente repuesto de víveres para la guarnición (VVAA, 1947: 383). Pero la penuria de recursos con que operaba el ejército en Melilla llegó días después a la prensa extranjera. *The Times* revela la escasez de material bélico con que cuenta la tropa, lo que a juicio de *El Imparcial* de 23 de octubre de 1893 no es sino una reproducción de los informes del propio ministerio.

Además de la situación de los soldados, también preocupaba a la opinión pública el contrabando de armas con que los rifeños se abastecían, pero apenas era tratado por los corresponsales salvo cuando se hacía alguna incautación. Este tema no se trató a fondo en ninguna de las etapas del conflicto, pero afectaba a la seguridad de la tropa. La diferencia abismal que había en cuanto al armamento en la guerra de 1859 fue disminuyendo en las etapas siguientes y aunque en 1893 todavía no era preocupante, sí lo llegó a ser más tarde. Muchas de las armas que iban a parar a manos de combatientes rifeños se fabricaban en España, y también las municiones, y esto era posible porque desde el momento de la fabricación hasta el de la distribución clandestina había sobornos a quienes vigilaban para que esto no se produjera.

Otra disputa informativa entre el ejército, que obviamente lo minimizaba o directamente lo negaba, y los periodistas corrió a cuenta de las trincheras que los rifeños se dedicaban a cavar de día y sobre todo de noche, no sólo en su propio territorio, sino también en el español, incluso en las inmediaciones de los fuertes. De esto informaban periodistas como Luis Morote y Martos de la Fuente y lo observaban todos los corresponsales personalmente que hacían el recorrido por el perímetro defensivo. Y no era una observación individual o excepcional. El 15 de octubre varios corresponsales que iban en grupo llegaron a ver a una distancia de unos 300 metros de las trincheras de los

rifeños, por delante del fuerte de Cabrerizas Altas, perfectamente defendidos y amenazantes con los fusiles, que hicieron uso contra los periodistas (*La Correspondencia de España*, 16 de octubre de 1893). No obstante, a la hora de redactar no todos los corresponsales informaban tan clara y directamente sobre esta cuestión como por ejemplo Martos de la Fuente y Luis Morote. La claridad con que los telegramas se escribían en Melilla era oscurecida en Madrid. Rafael Guerrero dice que el gobierno estableció un *gabinete negro* para “destripar unas veces los telegramas de la prensa, y detenerlos otras” (Guerrero, 1895: 77). Los telegramas llegaban desde Melilla y después eran reexpedidos a los periódicos, previa censura, que cercenaba el contenido de los mismos.

Aunque más que trincheras profundas como las de la I Guerra Mundial, eran zanjas de medio metro y parapetos de piedra, este hecho causaba la indignación de los informadores y de sus jefes en las redacciones de los periódicos, que no entendían la pasividad del gobierno. Éste a su vez, negaba los hechos, como aparece recogido, con tono irónico y cansino, en *El Correo*:

“Por último, se nos significa también en el ministerio de la Guerra que digamos una vez más que el Gobierno no puede creer, a pesar de las noticias de los corresponsales, que los moros hagan trincheras ni ocupen parte alguna de nuestro territorio, porque todo nuestro territorio en Melilla está al alcance de los cañones de los fuertes, y porque una y otra vez ha dicho el general López Domínguez al general Margallo que no comprometa tropas en acción alguna de guerra hasta que él lo ordene; pero que no tolere que los moros ocupen nuestro campo, usando de la fuerza sin contemplaciones para castigarlos y ahuyentarlos” (*El Imparcial*, 17 de octubre de 1893).

A pesar de negar los hechos de cara a los periódicos, el ministro de la Guerra preguntó en reiteradas ocasiones al general Margallo si era cierto, como indicaba la prensa, que los rifeños irrumpían en el campo español y hacían en él atrincheramientos y obras de defensa, encargándole que impidiera “todo paso de nuestro límites y mucho más que se intenten trabajos de ningún género por enemigo en territorio español”, según un telegrama del día 20 de octubre. De ello puede inferirse que o sí lo sabía y era una mera justificación de cara a la opinión pública, o efectivamente, la información que enviaba el gobierno militar de Melilla era incompleta y cobraba valor los telegramas que enviaban los corresponsales (VVAA, 1947: 384).

La crítica arreciaba en la prensa e incluso dentro del propio ejército había malestar al respecto. Dos días después, en otro telegrama, el ministro se sorprendía, de que “ni en una sola pulgada de nuestro campo se hubieran permitido trabajar enemigos sin cañonearlos por lo menos, por insignificantes que fueran”, concluyendo que “nunca debió permitir intrusiones en el campo sin oponerse desde nuestros fuertes”.

Por su parte, el general Margallo se excusaba diciendo que las obras las hacían en las alturas que rodeaban los límites españoles, y consistían en zanjas y montones de piedras que no podían ser destruidos por nuestro cañones, los cuales sólo servían para ahuyentar a los moros que en dichas obras se cobijaban, aunque volvían luego a ellas, como habían demostrado los disparos hechos por el crucero “Conde de Venadito”. El general Margallo se mostraba escéptico sobre la medida sino iba acompañada de refuerzo de tropa.

El telegrama del día 20 del ministro de la Guerra tuvo efecto y supuso la primera acción bélica de relieve para los corresponsales desplazados. El día 21 de octubre, el cañonero “Conde Venadito” disparó desde la bahía con el objetivo de destruir las trincheras que los rifeños habían construido en territorio español ante su negativa a hacerlo ellos mismos, y de castigar a las cabilas a las que pertenecían. Los corresponsales tuvieron conocimiento con unas pocas horas de antelación. Por la mañana comenzó a circular el rumor, y el propio general Margallo fue el encargado de confirmarlo a los periodistas con tiempo suficiente para que pudieran tomar posiciones para observar. Morote, de *El Liberal*, y Ramón Gasset, de *El Imparcial*, fueron los dos únicos corresponsales que informaron desde la cubierta del “Conde Venadito” (*El Liberal*, 22 de octubre de 1893), desde donde se tenía una vista panorámica del efecto de la artillería. El resto se quedaron en Melilla.

Según Morote, les acompañó “el fotógrafo de la casa Company”. Esta información es importante porque no se refiere directamente a Manuel Company, el referente de la fotografía bélica en aquel momento, y hacen pensar que no realizó la cobertura en solitario, sino que lo acompañaba otra persona que tomaba fotografías y no las firmaba. En cambio, en *La Ilustración Española* de 8 de noviembre aparecen unas imágenes desde el “Conde Venadito” correspondientes a esos momentos con el siguiente pie: “de fotografía instantánea, del Sr. Company”. Efectivamente, el mismo Morote menciona

unos días después a “Valero, fotógrafo de la casa Company” (*El Liberal*, 27 de octubre de 1893).

Tanto *El Liberal* como *El Imparcial* disponían de dos personas para poder informar desde ambos lugares. El bombardeo, en el que se emplearon 18 proyectiles, se inició a las 14:56 horas y terminó a las 15:30 horas. Morote escribe sus telegramas desde el puente de mando, junto al capitán, sentado en el suelo con las cuartillas en un banco.

Los telegramas fueron llevados a tierra en barca a intervalos. El “Conde de Venadito” se encontraba fondeado a 2.000 metros de la orilla, y durante los últimos disparos, a una distancia de 1.200 metros. “Al disparar el primer cañonazo al grito de ¡Viva España!, el fotógrafo de la casa Company hizo una fotografía instantánea del grupo” (*El Liberal*, 22 de octubre de 1893).

Sin embargo, esta versión de Morote no coincide plenamente con la de Méndez, de *El Imparcial*. Méndez tuvo conocimiento por la mañana del cañoneo a los rifeños, y tomó una embarcación con la que fue a colocarse detrás del “Conde Venadito”. Organizó un servicio de botes que conducían a tierra sus telegramas, “a fin de que los lectores de *El Imparcial* tengan extenso y verídico relato de los sucesos de este día”. Realizó la narración anotando en sus telegramas la hora exacta en que los escribía para que con toda exactitud pudiera reconstruir el lector los acontecimientos (*El Imparcial*, 22 de octubre de 1893). Así escribió siete despachos (1; 1.15; 1.30; 1.40; 3; 3.15; y 4 de la tarde).

Finalizado el cañoneo y anclado el buque, el comandante del “Conde Venadito” proporcionó un bote para que ambos periodistas pudieran llegar a tierra a poner los telegramas. Ese día el cable funcionaba perfectamente. En doce horas, el aparato Hugue transmitió más de 10.000 palabras (*La Correspondencia de España*, 22 de octubre de 1893).

Después de telegrafiar, los corresponsales se reunieron para redactar un mensaje de felicitación al comandante del navío, al calor del patriotismo:

“Al comandante del crucero Venadito, Exmo. Sr. D. Emilio Díaz Moreu, A V.E. nos dirigimos para felicitarle. A la marina española y a V.E., su valeroso y digno representante, le ha cabido la

honra en ser el primero en romper el fuego contra las kábilas del Riff que mataron a nuestros soldados y que mancillaron nuestra bandera. ¡Viva España! ¡Viva la marina española! ¡Loor al comandante del Venadito, a su oficialidad y su marinería! Hoy es el primer día que sentimos que alentamos, que sentimos el orgullo de llamarnos ESPAÑOLES, que vindicamos nuestra afrenta. 21 de octubre de 1893. Ramón Gasset, Luis Morote, Domingo Blanco, Antonio Rodríguez Lázaro, Manuel Altolaguirre, Eduardo Martos, Federico Joly, José García, Rufino Oliver” (*El Liberal*, 22 de octubre de 1893).

A pesar del cañoneo y de las bajas sufridas entre la población y las casas destrozadas, los rifeños no sólo no deshacían las trincheras en campo español, sino que construían más y continuaban aprovisionándose de armas y municiones clandestinamente. De este modo la tensión iba en aumento. Los corresponsales esperaban impacientes que se lanzara un ataque, mientras que durante los días siguientes acompañaban a los soldados en operaciones militares rutinarias de aprovisionamiento de los fuertes.

2.4.6 Protagonizar la noticia sin poder transmitirla

¿A cuántos corresponsales de guerra no les ha sucedido que han sido testigos únicos de un ataque o de cualquier otra acción singular de guerra y no lo han podido comunicar de manera inmediata a su redacción? Eso es lo que les pasó a algunos de los corresponsales que se hallaban en Melilla durante esos días, en los que la tensión iba en aumento.

El día 27 de octubre, a las 11 de la mañana empezaron los trabajos de la batería y las de una trinchera de 300 metros de largo frente al fuerte Camellos, a una distancia de 800 metros. Poco después de comenzados los trabajos, y ante el considerable número de rifeños que se habían reunido en los límites, en actitud pacífica, el general Margallo ordenó que avanzasen, como fuerzas de protección de este sector, las Secciones de Tiradores Máuser, el Batallón de Cazadores de Cuba y una Batería de Montaña. En el otro sector del campo, al otro lado del río de Oro, se repartieron tres Compañías de Ingenieros, que habían de construir el reducto X (después emplazamiento del fuerte Reina Regente), delante de Cabrerizas Bajas; la batería J, en las faldas de esta, hacia el río de Oro, y unas trincheras en las inmediaciones del fuerte de Cabrerizas Altas. El trabajo fue interrumpido a las tres y media de la tarde.

Margallo había avisado a los periodistas del momento en que se reanudaban las obras. Las hostilidades no sorprendieron en esta ocasión a los periodistas, que se encontraban

en las proximidades desde las nueve de la mañana debido al anuncio del propio general. ¿Dónde estaban en ese preciso instante?

Méndez, que en el ataque del día 2 se había apuntado la primicia informativa de un ataque, se encontraba en las inmediaciones. Envío información en un telegrama fechado el 27 a las 14:40 horas, publicado el 28, refiriendo los preparativos para el combate, el avance de los soldados, los trabajos en Sidi Guariach, el inicio de la aparición de los rifeños y su creciente excitación y el choque inminente. Su último telegrama llegó fechado a las 14:44 horas. En ese instante quedaron interrumpidos los telegramas, cuando era inminente el choque entre los rifeños y los soldados españoles.

Martos de la Fuente, que también fue testigo de las hostilidades, se encontraba con la avanzada que estaba construyendo una trinchera y consiguió enviar telegramas hasta las dos de la tarde con contenido de las doce y media, con la colaboración de un ayudante.

Ramón Gasset, que se hallaba recorriendo el perímetro defensivo, logró unirse al batallón de cazadores de Cuba y aunque lo intentó, no pudo llegar al fuerte de Cabrerizas Altas. Se dirigió al barrio del Polígono de Melilla, donde se puso a salvo del tiroteo.

Boada también estaba en la zona. Sólo consiguió telegrafiar los momentos previos al ataque hasta las tres y media de la tarde, al igual que Morote, que iba con los soldados que realizaban trabajos en el campo de Cabrerizas. En su último telegrama no tenía la confirmación del ataque, sólo hablaba de noticia sin confirmar, pero con visos de veracidad por la fuente que la obtuvo. Fueron los últimos telegramas que recibieron las redacciones de *La Vanguardia* y *El Liberal*.

Los días siguientes se produjo un apagón informativo en Melilla. Los telegramas no llegaban a las redacciones. Se temía por la vida de algunos corresponsales. Martos de la Fuente, que hubo de cruzar a Málaga para comunicar con su redacción, envió un telegrama que sembró la inquietud. Decía que Morote, Blanco y Boada fueron el día 27 al fuerte de Cabrerizas Altas apenas comenzaba el fuego, donde quedaron incomunicados” (*La Correspondencia de España*, 30 de octubre de 1893). En realidad fueron cinco los periodistas que habían entrado en el fuerte de los que no se sabía nada

más: Luis Morote y Antonio Rodríguez Lázaro de *El Liberal*, José Boada de *La Vanguardia*, Domingo Blanco de *El Heraldo de Madrid* y Ramón Oliver, de *El Resumen*. La noticia de la muerte del general Margallo a la entrada del fuerte de Cabrerizas Altas se conocía desde el 28 de octubre en Madrid, difundida de manera oficial por la *Gaceta* a las nueve de la noche.

El ministro de la Guerra recibió el día 28 un parte oficial teleografiado por el coronel del regimiento África, que se difundió a la prensa. En él decía que:

“A las once de la mañana de hoy se empezaron los trabajos de la batería y trincheras, frente al fuerte de Camellos, por una compañía de Ingenieros, protegidas por las secciones de tiradores Máuser, el batallón de cazadores de Cuba y una batería de montaña. Una segunda compañía de Ingenieros con algunos penados trabajaba en el reducto X, y la tercera, en unión de fuerzas de los regimientos de Borbón y Extremadura y de penados, seguía la construcción de línea de trincheras de Rostro Gordo y Cabrerizas Bajas. A las cuatro aproximadamente de la tarde el enemigo ha roto fuego contra los nuestros, desde sus trincheras, en todo el entorno de nuestro campo exterior. El general Margallo estaba en Camellos; el general Ortega en Rostro Gordo. Las fuerzas de Camellos lograron dominar el fuego del enemigo y retirarse con orden. En Rostro Gordo se reunió todo el regimiento de Extremadura, del que un batallón se alojaba en el Polígono. Suspendido el fuego en Camellos, el general Margallo, al regresar a la plaza, viendo que no se retiraban a los fuertes los nuestros de Cabrerizas Altas y de Rostro Gordo, se dirigió hacia allá para ordenar en persona la retirada. El fuego ha cesado, y el general Margallo queda en los fuertes. Mañana daré detalles” (*La Época*, 28 de octubre de 1893).

Esta versión del parte oficial, vaga e inconexa, que *La Época* sospechaba que había sido “suavizado” en el ministerio de la Guerra, que puso en circulación el Gobierno, disparó los rumores en Madrid. El mismo 28 de octubre a las cinco de la tarde llegaba más información al ministerio, transmitida a las 8 de la mañana, referente a la dura lucha que estaban librando los soldados españoles frente a los combatientes rifeños.

Ese mismo día se reunió el Consejo de Ministros y tomó la medida de enviar refuerzos a Melilla (tres batallones de Cazadores, una brigada completa de Infantería, el crucero “Alfonso XII”, el regimiento de Caballería de Santiago) y anunció la inminente llegada del general Macías, nuevo comandante general de la plaza. Estando reunidos los ministros y el presidente, fueron llamados por la reina regente, María Cristina, para presidir el consejo, que a continuación tomó la decisión de elevar a general de división

la categoría de comandante general de Melilla. Durante este período del conflicto, el gabinete ministerial se reunía con frecuencia para leer los telegramas oficiales y las noticias de la prensa y mantener deliberaciones.

Tanto el 27 como el 28 fueron días de tensa espera. Todavía no se conocía lo extremo de los sufrimientos de los soldados, la crudeza de los combates y el número de las bajas. El Gobierno mantenía todavía el control informativo de la situación que perdió parcialmente pocos días después. Antes, el general López Domínguez se dejó entrevistar por *El Heraldo de Madrid*, buscando lavar su responsabilidad a toda costa sobre la situación y cargando las culpas sobre Margallo cuando ya estaba muerto, acusándole de desobediencia por haber comenzado la construcción de atrincheramientos.

Los combates del 27 y del 28 de octubre y sobre todo la muerte del general Margallo desencadenaron un movimiento de exaltación patriótica por toda España, con la prensa clamando venganza y haciendo llamamientos a la guerra (De Madariaga, 200: 88). El día 27 por la tarde se produjo una manifestación de estudiantes por el centro de Madrid, que intenta, sin conseguirlo, entrar en el ministerio de la Guerra. Al saberse desde el 28 por la mañana, por un parte oficial facilitado a los periodistas en el ministerio de la Guerra, la primera noticia de la acción sucedida por la noche en Melilla, la tensión aumentó entre la población y las críticas al gobierno, debido a que se sospechaba que se ocultaba algo y que la versión oficial no era fiel a la verdad. La ciudadanía leía los periódicos en corros y frente a las sedes de los diarios. A las ocho menos cuarto de la noche, *El Heraldo de Madrid* puso a las puertas de su sede en la calle Sevilla el último telegrama del general Ortega en el que se pedían refuerzos con urgencia (*El País*, 29 de octubre de 1893). Los viandantes se paraban a leer la información y los ánimos se iban calentando. Las aglomeraciones crecían y surgieron manifestaciones de manera espontánea, dando vivas al ejército y muera a los rifeños y responsabilizando a López Domínguez, Sagasta, Moret y el ministro de Marina, general Pasquín. Una muchedumbre enarbolando algunas banderas nacionales marchó desde la calle Sevilla y se dirigió por la carrera de San Jerónimo a la calle Cedaceros y calle Alcalá, parando ante el ministerio de la Guerra. En ese punto trataron de recabar la información deseada, pero les fue denegada. Desde ahí siguieron por carrera de San Jerónimo hasta la plaza

del Ángel, pasando frente al Casino Militar, donde dieron vivas a España y al Ejército. La marcha fue recorriendo varios barrios humildes hasta la puerta de Toledo, donde el grupo era muy numeroso. Ahí se dividió, dirigiéndose unos a la puerta del Sol, donde fue contenida por el gobernador civil de Madrid, Alberto Aguilera, y otros a la plaza de Jelenque, deteniéndose frente al domicilio del presidente del Gobierno, Sagasta, girando hacia la puerta del Sol, donde se unieron a los que allí había. Todos juntos continuaron por la calle Mayor, donde se intentó disolverlos -era una manifestación no autorizada- y regresando ya dispersados nuevamente a la puerta del Sol, quedando algunos grupos comentando los sucesos y leyendo la edición extraordinaria de la *Gaceta*, que acababa de publicarse (El País, 29 de octubre de 1893). En ella, sólo aparecían tres fríos y lacónicos telegramas dando cuenta de la acción del 27, uno de ellos sobre la ‘gloriosa muerte’ del general Margallo: en un telegrama sin fechar del coronel Casiellas al ministro de la Guerra, la noticia de la muerte del general Margallo de manera muy escueta: “El general Margallo ha muerto heroicamente al frente de las tropas al salir del fuerte de Cabrerizas” (*Gaceta de Madrid*, 29 de octubre de 1893). Era cerca de la una de la madrugada de la noche del 28 al 29. La incertidumbre atenazaba a la sociedad, pues en los partes oficiales sólo se reconocían algunos heridos, de manera vaga, que había muerto un general, y se sospecha que si los rifeños habían hecho retroceder al ejército, había sido con un número de bajas alto.

Al día siguiente, una comisión organizó una marcha a las tres de la tarde del domingo, por el Salón del Prado, carrera de San Jerónimo, Congreso de los Diputados, Puerta del Sol y por calle de Alcalá al ministerio de la Guerra, en donde existía la pretensión de contactar con el ministro, para disolverse a continuación (*El País*, 28 de octubre de 1893). La comisión, en la que figuraban destacados republicanos, ofreció a los directores de los diarios de Madrid la presidencia de la manifestación. Algunos periodistas de la prensa política republicana trataron de ponerse a la cabeza de la manifestación, lo que fue impedido por los manifestantes al grito de “*esto no es un acto político*” (*La Correspondencia de España*, 30 de octubre de 1893).

En este momento, el Gobierno se mostraba dividido entre los partidarios de la negociación, como el ministro de Asuntos Exteriores, y los que estaban a favor de resolver el conflicto por las armas, como el de la Guerra (De Madariaga, 2000: 88).

La marcha coincidió con las concentraciones multitudinarias de despedida de los soldados que partían para Melilla en la estación del Mediodía, que iban a reforzar las guarniciones. Fueron despedidos por una masa enfervorecida y ansiosa de venganza, a pesar de la indignación reinante por la ausencia de información. *La Correspondencia de España* cifraba en 8.000 el número de manifestantes por las calles de Madrid, llegando a concentrar 30.000 en las inmediaciones de la estación.

Así como crecía la indignación en la opinión pública, los directores de *El Liberal*, *La Vanguardia*, *El Heraldo de Madrid* y *El Resumen* esperaban con incertidumbre saber algo de sus corresponsales con los que habían perdido la comunicación. En la edición del día 31, tras cuatro días sin noticias, *El Liberal* anunció que enviaba a Fabián Ortiz de Pinedo. Pero ese mismo día, los corresponsales consiguieron comunicarse con su redacción y enviar el relato del asedio vivido junto a los soldados en el fuerte durante tres días y tres noches.

2.4.7 Las crónicas de la batalla de Cabrerizas Altas



Ilustración 6. Forte de Cabrerizas Altas. Obtenido de: <http://alcantara.forogratias.es/post18553.html>. Consultado en enero de 2014

Morote, Rodríguez Lázaro, Boada, Blanco y Oliver permanecieron durante los días 27, 28 y 29 incomunicados, sitiados por los rifeños en el fuerte de Cabrerizas Altas con una guarnición de soldados, al mando del general Margallo. Fueron testigos de su muerte, pero no pudieron comunicarlo a sus redacciones, adonde llegó la noticia por un telegrama oficial que la comandancia envió al Gobierno. Su mayor preocupación, más

allá del peligro que corrieron y de la escasez de alimentos y bebida que sufrieron, era hacer llegar a Melilla las crónicas del combate que iban redactando. Esto no era posible porque una milicia rifeña fuertemente armada y temeraria les impedía cruzar la puerta del fuerte. Durante el asedio, los periodistas intentaron escaparse, pero no les fue posible. Así, todos entraron y salieron del fuerte al mismo tiempo. Sin duda, la carrera hacia Melilla de la que distaban unos cuatro kilómetros estuvo llena de peligros, que fueron dejados atrás por el ímpetu por llegar hasta la estación telegráfica. Traían en sus cuadernos la noticia de la muerte del general Margallo, lo que por aquel entonces carecía de valor informativo; conocida en Madrid por telegrama oficial y publicada en los diarios el día 29. Tenían abundante material escrito que no van a poder enviar, porque ha quedado inservible después de tantos días. Pero sobre todo, traían los relatos que habían escrito desde el interior del lugar del asedio, con un punto de vista y unos detalles que sólo ellos tenían. Sólo quedaba por escribir los últimos párrafos de la huida y la llegada a Melilla.

La situación fue tan grave que llegaron a empuñar un arma. Momentos después de la muerte de Margallo, y cuando los sitiados temieron ser asaltados, se colocaron fuera dos cañones para disparar con mayor contundencia contra los rifeños. La audacia de estos de querer capturar las dos piezas de artillería hizo que se decidiera entrarlas y cerrar las puertas. Boada, describió ese momento de gran tensión:

“En aquel minuto de indecible angustia, tomamos todos un fusil, y, calando a toda prisa la bayoneta, nos dispusimos todos a vender caras nuestras vidas. Soldados y periodistas, nos situamos a la entrada del fuerte, haciendo con nuestros cuerpos muralla que impidiese la invasión de aquellos demonios, cuyas balas caían como espesa lluvia” (*La Vanguardia*, 5 de noviembre de 1893).

A este respecto debe ser tenido en cuenta el parte oficial de la acción de Cabrerizas Altas redactado por el coronel del regimiento Extremadura, en el que dice, según lo publicado en *El Liberal*: “Los Sres. D. Luis Morote, D. Antonio Rodríguez Lázaro, D. José Boada y don Eugenio Oliver, redactores de *El Liberal* los dos primeros, del *Heraldo de Madrid*², *La Vanguardia* y *El Resumen*, respectivamente, los demás, habían acudido allí el 27 con las fuerzas a Cabrerizas Altas, permaneciendo allí hasta hoy.

² N. del A.: Nótese que falta el nombre de Domingo Blanco, redactor del *Heraldo de Madrid*.

Durante el combate del 28, todos ellos, por propia petición fueron armados de fusil y bayoneta, combatiendo con los nuestros y distinguiéndose como bravos soldados” (*El Liberal*, 7 de noviembre de 1893).

Los periodistas se pasaron todo el asedio sin dormir, sin apenas comer y beber, en condiciones de extremo riesgo, en todo momento al descubierto, escribiendo desde las escaleras y las almenas del fuerte. Domingo Blanco afirma que

“los periodistas sin descansar un momento, poniendo en orden tantas notas, tantos datos, tanto incidente, que ni siquiera dan idea de la gravedad del combate, de la bravura de nuestras tropas y de la asombrosa temeridad de los moros” (*La Vanguardia*, 3 de noviembre de 1893).

El día 29 por la mañana los periodistas, más que salir del fuerte, huyeron. En un instante que se abrió la puerta, corrieron a transmitir sus telegramas. Por el camino hasta Melilla, corrieron grave peligro, al estar en el punto de alcance de los combatientes rifeños. Morote y Rodríguez Lázaro lo viven con especial alegría:

“A la misma puerta del fuerte se hallaba la guerrilla. Amparados por ella salimos los corresponsales para dirigirnos a la plaza. Las balas menudeaban que era un gusto. Sin reparar en nada, echamos a correr. A unos 200 metros estaba el general Ortega. Nos dio la mano. -¡Gracias a Dios que les veo fuera! –nos dijo. Y nosotros, sin devolvérsela, reanudamos nuestra carrera. Un poco más lejos topamos con el capitán Ruiz. -¡Vivo, vivo! No detenerse. Dentro de un momento esto se pondrá muy duro. Seguimos el consejo y la carrera a escape. Otro encuentro y otra parada. Ahora con la artillería y el batallón de cazadores. El comandante, sin saber de dónde veníamos, grita: -¿Pero de dónde salen ustedes? ¡Estos paisanos no tienen juicio! Y responde Lázaro, echándose a reír nerviosamente, loco de contento de mirarse en el camino de Melilla: -no tendremos juicio, mi comandante, pero tenemos muchos telegramas. -¡Seguir por la derecha, sino os encontraréis entre dos fuegos! –seguía gritando el comandante mientras nos alejábamos nosotros. Por fin llegamos al Polígono y gracias a Dios y a nuestras piernas llegamos a la plaza” (*El Liberal*, 2 de noviembre de 1893).

Su propio periódico daba idea de la expectación con que el diario llegó a las manos de los lectores. Afirmaba que el Ateneo de Madrid felicitó “al intrépido corresponsal Morote”. Y que en Toledo, “el público ha arrebatado los números de *El Liberal* de los vendedores elogiando el valor de los corresponsales que arriesgan la vida en cumplimiento de su deber” (*El Liberal*, 2 de noviembre de 1893).

Boada también dedicaba en su crónica un apartado especial para el momento de la escapada de Cabrerizas Altas:

“A pesar de la terminante prohibición del heroico jefe del fuerte, aprovechamos los corresponsales el que estuviera abierta la puerta para salir de aquella fortaleza, donde tanta miseria y tanto horror habían oprimido nuestros corazones. ¡La angustia, la desesperación, la sed y el hambre que sufrimos entre aquellas tétricas murallas habían terminado ya para nosotros, pero no para aquel puñado de valientes que allí quedaba defendiendo la honra de la patria! A pocos pasos del fuerte, Morote y yo nos encontramos envueltos en una verdadera nube de balas, pero el deseo de llegar á la plaza, para poder telegrafiar, era en nosotros superior al aprecio de nuestra propia existencia. Más de tres cuartos de hora hemos empleado para llegar junto a los muros de Melilla, acosados por las balas enemigas que á miles sentíamos cruzar por sobre nuestras cabezas. Al entrar en la plaza los oficiales nos abrazaban con efusión, regocijados de vernos salvados de tan tremendos peligros” (*La Vanguardia*, 5 de noviembre de 1893).

No obstante, el modo en que el general cayó abatido fue objeto de debate en la prensa. El ministerio de la Guerra consideró que debía defenderse de estas interpretaciones. Por este motivo puso en circulación una versión que explicaba que el general Margallo, confiado tal vez por confidencias falsas de los bajás del campo, por su propia iniciativa, y desde luego por su “gran valor y temerario arrojo”, fue más allá de lo que se le había ordenado con el deseo indudable de terminar pronto y victoriosamente la cuestión planteada. Además, los corresponsales barajaron la hipótesis de que el general Margallo salió a buscar la muerte al saber que iba a ser sustituido en el mando por una carta que recibió el 27 por la mañana, como reconocía entre otros el director de *La Época*, Alfredo Escobar. Pero la carta en que se le comunicaba el relevo al general Margallo fue escrita por el ministro de la Guerra, el general López Domínguez el día 26 y por lo tanto no hubo tiempo para que la hubiera recibido. En cualquier caso, se le indicaba que:

“la importancia de las operaciones que se iban a emprender habían impulsado al Gobierno a aumentar la categoría del Gobernador de la plaza de Melilla, y que cuando conferenciase con el ministro verían el puesto que le podía convenir al general Margallo una vez se designase el general en jefe de las fuerzas expedicionarias”³.

Sus relatos concitaron el interés de los lectores por muy poco tiempo. Un vapor de la compañía Vasco-Andaluza que transportaba mercancías entre Bilbao y Sevilla, el *Cabo*

³ AGM, FA, C. 120, C. 4.

Machichaco, que contenía un importante cargamento de dinamita, se incendió y estalló el 3 de noviembre en el puerto de Santander, ocasionando 590 muertos y centenares de heridos y la destrucción de edificios en un radio de varios kilómetros. Este suceso acaparó las primeras páginas de los periódicos y de la opinión pública durante varios días desde el 4 de noviembre, restando espacio y atención a las noticias del conflicto que se originaban en Melilla. Y algo similar sucedió también días después, aunque en menor medida, tras el atentado anarquista el 7 de noviembre en el Teatro Liceo de Barcelona, que mató de una bomba a 20 personas que asistían a una representación. Precisamente, el anarquismo había cruzado su camino con uno de los protagonistas de esta etapa del conflicto hispano-marroquí. El gobernador militar de Barcelona, general Martínez Campos, fue objeto de un intento de asesinato el 24 de septiembre en la Gran Vía de Barcelona durante un desfile, del que salió levemente herido.

Volviendo al trabajo de los corresponsales de guerra, a continuación se han seleccionado algunos de los pasajes de sus narraciones, redactadas apresuradamente, en condiciones extremas, en medio de la batalla, y dotadas de gran intensidad.

Morote narraba así lo sucedido aquel día, la reacción ante el ataque, sus movimientos y primeras decisiones en aquel instante:

“Habíamos salido Lázaro y yo a recorrer en coche la línea desde Melilla al fuerte Camellos, para ver de cerca los trabajos de atrincheramiento de nuestras tropas, cuando advertimos que hacían fuego al fuerte de Cabrerizas Altas. Nadie esperaba tal ataque y pensamos que sería un fuego ligerísimo que hacían los rifeños desde sus trincheras. Hicimos entonces que el coche saliera a todo correr hacia el fuerte de Cabrerizas Altas, deseando enterarnos de lo que allí pasaba. El cochero, cuando recibió nuestra orden salió a toda carrera, avanzando como un valiente. Las balas del enemigo, que iban menudeando por momentos, silbaban en nuestros oídos. Cuando llegamos al fuerte, que fue cosa de pocos minutos, entramos precipitadamente, bajo una verdadera lluvia de balas. Claro que no había que pensar en salir de aquí. En seguida nos asomamos a las aspilleras, y corriendo de acá para allá procurábamos enterarnos de porqué había empezado el fuego, no sabiendo a qué obedecía suceso tan improvisado. Yo volví a salir del fuerte de Cabrerizas, esperando que de un momento a otro vinieran los generales y que llegaran también refuerzos, porque la guarnición que allí había era insuficiente y mucho más dado el contingente de moros que se veía en todos aquellos alrededores. Mi primer propósito es enviar telegramas con el cochero que vuelve a Melilla, los cuales supongo que no llegarán nunca, corriendo la suerte de otros muchos que he enviado. Pienso igualmente que Lázaro se esté en el

fuerte y quedarme yo en las inmediaciones, lo cual no sé si podré conseguir, porque es un fuego horroroso el que están haciendo los rifeños. Me oculto detrás de una trinchera a medio construir situada entre los fuertes de Camellos y Cabrerizas Bajas, y desde este punto distingo todos los incidentes de la batalla en el fuerte de Cabrerizas Altas. No puedo conseguirlo. El fuego es horroroso. Las balas silban cerca de mis oídos. Tengo que guarecerme a todo correr dentro del fuerte” (*El Liberal*, 1 de noviembre de 1893).

Boada vivió así el inicio del ataque:

“Eran las tres y media de la tarde, Morote de *El Liberal*, Blanco del *Heraldo*, Oliver, Lázaro y el que suscribe dirigímonos á Cabrerizas Altas, teatro en aquella hora de la más enseñada acción. Por el camino nos encontramos con el 2º batallón de Extremadura, que iba a reforzar las tropas metidas en combate. Vitoreamos nosotros a aquellos soldados, que a nuestras aclamaciones contestaron con un entusiasta ¡Viva España! Así qua llegamos a la explanada del fuerte, nos vimos envueltos por un diluvio de balas. El oficial de guardia, ínterin innovaba a sus superiores nuestra presencia, nos obligó a resguardarnos detrás de una garita, librándonos así de aquel incesante gotear de plomo, que hacía inminente nuestra muerte. Entramos por fin en Cabrerizas Altas y allí presenciemos los sangrientos combates, que en forma deshilvanada, desarticulada — la única que es posible en estos instantes de suprema angustia é inefable emoción— voy a relatar a los lectores de *La Vanguardia*” (*La Vanguardia*, 4 de noviembre de 1893).

Boada tuvo un contratiempo para publicar su relato a la vez que el resto de los que se quedaron incomunicados, debido a un fallo en la organización de su trabajo. *La Vanguardia* hubo de reproducir la crónica de Domingo Blanco, de *El Heraldo de Madrid*, para suplir la incidencia. La versión de Boada llegó el día 3 por correo a Barcelona, publicándose en el diario al día siguiente.

En el ámbito de lo anecdótico entra el comportamiento de José Boada, que recogió algunas prendas de ropa de los rifeños que los soldados españoles tomaron como trofeos de guerra en el combate del 28 y fueron expuestos en el Salón de *La Vanguardia*” (*La Vanguardia*, 5 de noviembre de 1893).

A Domingo Blanco, de *El Heraldo de Madrid*, el inicio del tiroteo también le halló cerca del centro de la noticia, como a sus compañeros de jornada. Lo describió intensamente y con gran detalle:

Cuando menos los esperábamos, se oyeron varios disparos de fusil, que salían de las inmediaciones del cerro Cabrerizas, observando -y distinguiendo perfectamente a los pocos

minutos que nuestras fuerzas desplegaban en guerrilla al son de corneta, y que enseguida se dibujaban varias líneas de fuego. No nos cupo duda de que se había roto el fuego e iniciado el combate en los términos mismos del día 2. Con el carruaje que teníamos, salimos Morote, Lázaro, Oliver y Boada, corresponsal de *La Vanguardia* de Barcelona, dirigiéndonos a escape hacia el sitio donde se verificaba la pelea. Íbamos impacientes, y animábamos al cochero; las cuestras impedían caminar con rapidez. Por momentos observábamos que el fuego se generalizaba por toda la línea donde desde anteayer se vieron haciendo trincheras. Abandonamos el coche varias veces, corriendo campo traviesa como locos, para llegar pronto a las trincheras. Una vez allí, los oficiales y soldados nos advertían el peligro que corríamos, invitándonos a que nos alejásemos.

—¡Retírense, paisanos!... ¡Retírense!—oíamos á cada momento;—y hasta un oficial se llegó á nosotros y con galantería exquisita, nos dijo.

—Amigos, este puesto es el nuestro; ustedes se deben al público, a quien han de relatar lo que hagan nuestros soldados. Tal vez llegue momento en que ustedes también tengan que coger el chopo pero ahora con nosotros hay bastante.

Volvimos a la carretera y tomamos de nuevo el carruaje, haciendo en éste, con gran trabajo, la última jornada, porque al llegar al camino que conduce a Cabrerizas Altas, el cochero que oía silbar las balas, se negó á proseguir. Inútiles fueron nuestras súplicas.

—¡Anda que tendrás buena propina!... ¡Dos duros... ¡Tres!... ¡Cinco duros!—dijo otro.

Pero el auriga contestó a nuestras exclamaciones, que por nada del mundo continuaba la marcha; que se volvía á la plaza, porque no quería exponerse a caer en manos de los moros. A todos nos parecía mentira que estuviéramos tan cerca del sitio donde arreciaba el peligro, y sin embargo nos encontrábamos en la boca del lobo. Dejamos al coche, que se volvió á la plaza, y á pié trepamos a un otero, desde donde vimos en toda su grandeza y con todo su horror el espectáculo que se desarrollaba. Nubes de pólvora que salían de los barrancos y de entre las chumberas; bultos que se movían corriendo por todos lados; aullidos, gritos, toques de corneta y algún que otro quejido mezclado con duras interjecciones. Nos hallábamos casi al pié de Cabrerizas. Los oficiales nos gritaban que nos alejásemos, porque era temeridad permanecer allí, y nosotros no sabíamos donde podríamos guarecernos de aquella lluvia de plomo. Nos encaminamos hacia el fuerte, en cuyas paredes veíamos incrustarse las balas. Corriendo llegamos al puente levadizo, y desde la parte de adentro nos dio el alto el centinela. Inmediatamente después de contestar nosotros que éramos periodistas, apareció en la parte de adentro el simpático coronel de Borbón, señor Viana, que con demostraciones de cariño nos invitaba a entrar, sin pérdida de momento, para quitarnos del peligro inminente en el que estábamos” (*La Vanguardia*, 3 de noviembre de 1893).

El relato de Domingo Blanco coincidía con el de sus compañeros en su salida en estampida del fuerte el 29 a primera hora: “Cuando se acercan las tropas, ábrese la puerta del fuerte, y sin esperar otra ocasión, echamos a correr, atravesando por entre una lluvia de balas” (*La Vanguardia*, 1 de noviembre de 1893).

El valor que demostraron los corresponsales no pasó inadvertido para *El Correo Militar*. Uno de sus colaboradores, el escritor Lapoulide, escribió un artículo animando al Gobierno a que concediera la cruz roja del Mérito Militar porque permanecieron encerrados con las tropas en el fuerte de Cabrerizas Altas durante los combates del 27 y 28 de octubre, “y que, según dice el bravo coronel de Extremadura en su parte oficial, *se portaron como valientes*” (*La Época*, 5 de noviembre de 1893).

Aunque las crónicas de mayor valor periodístico fueron las de los corresponsales atrapados en Cabrerizas, sus autores no pudieron escapar del fuerte hasta el 29 por la mañana. En aquel momento, Martos de la Fuente, de *La Correspondencia de España*, que había salido del “teatro de las operaciones militares” a tiempo, que tenía también un buen relato y la noticia de la muerte de Margallo, decidió embarcar para Málaga ante el corte del servicio de cable para la prensa, para poder transmitir su historia. Fue el primero de los corresponsales de los principales diarios nacionales en enviar la información del combate.

No obstante, *La Correspondencia* genera una confusión al explicar el día 5 de diciembre que los telegramas puestos en Melilla por Martos de la Fuente, reseñando los sucesos ocurridos en dicha plaza y campo los días 28, 29 y 30 llegaron a poder de una persona en Málaga, para expedirlos, el día 1º por conducto del viajero don Eulogio Chacón, natural de Estepona, el cual hizo la travesía en el vapor Servando. Dicho señor traía también pliegos para *El Liberal*, *La Época* y el *Diario de Málaga* (*La Correspondencia de España*, 5 de diciembre de 1893).

Méndez también se embarcó para Málaga con el fin de poder transmitir su crónica que había elaborado “desde la plaza con anteojos”, como él mismo reconoce. A pesar de ello consiguió una extensa crónica de gran fuerza. Su compañero Ramón Gasset realizó “Otro relato del combate”, más breve, y también tuvo que ir a enviarlo el 29 a Málaga.

Las noticias que dieron los periodistas se adelantaron a los telegramas oficiales. Tal y como criticaba *La Correspondencia de España*, “el gobierno se ha enterado de la batalla del 27 por los telegramas publicados en la prensa”. Pero, si el periódico tiene una información, y el Gobierno, que es quien tiene que confirmarla, no está en condiciones de hacerlo, ¿cómo podía *La Correspondencia* confirmar la información de su corresponsal? Tuvo que recurrir a los ámbitos bancarios y mercantiles. Según reconoce: “Por confidencias reservadísimas de algunas importantes casas de Banca, hemos comprobado la noticia de haber obtenido ayer en Melilla nuestro ejército una victoria” (*La Correspondencia de España*, 31 de octubre de 1893).

Para *El Globo*, la información de Martos de la Fuente fue la más completa y la que más se aproximó a la verdad. Y abriendo un resquicio de vanidad profesional cuenta *La Correspondencia* que “casi todos los colegas de la mañana coinciden con nosotros en los telegramas que publican de sus corresponsales. Por lo tanto, nada tenemos que añadir a la extensa e interesante relación hecha ayer por nuestro muy querido amigo el sr. Martos de la Fuente” (*La Correspondencia de España*, 31 de octubre de 1893). En este cruce de felicitaciones, *La Correspondencia* destaca el relato de Ramón Gasset, hijo menor del fundador de *El Imparcial*, Eduardo Gasset, que por aquel entonces era un joven periodista, casi un niño, resalta.

Las primeras informaciones sobre las bajas eran imprecisas y tardaron en llegar. El día 30 se dio a conocer que había 12 muertos y 80 heridos de este combate, y sus nombres aparecieron en los diarios de mayor difusión. El día 1 de noviembre, *La Época* publicó un telegrama oficial con la relación de los nombres de los 22 muertos y 88 heridos desde el día 27 hasta el 31 de octubre. Este dato se ajustaba bastante al recogido en *Historias de las Campañas Militares de Marruecos*, que cifra 23 muertos (un general, cuatro oficiales y 18 clases de soldados) y 90 heridos (18 jefes y oficiales y 72 individuos de tropa). Las bajas entre los rifeños no se podían cuantificar con exactitud, debido a que su conocimiento se obtenía de informaciones parciales de rifeños que entraban y salían de Melilla para comerciar. Debieron de ser muy superiores a las españolas pues el “Conde de Venadito” dio cobertura a los sitiados cañoneando el área desde el mar.

En cualquier caso, en Melilla había entonces 3.670 hombres encuadrados en el Batallón Disciplinario, el Regimiento de África, Tiradores Máuser, Regimiento Borbón, Regimiento Extremadura, Batallón de Cuba, Tropas de Ingenieros, Tropas de Artillería y de Caballería. De ellos, un total de 1.500 combatieron el día 27 en diversos lugares y frentes, y el día 28, alrededor de 2.900, contra aproximadamente unos 8.000 rifeños.

2.4.8 Las primeras conclusiones

A partir de este momento, la tensión bélica disminuyó gradualmente. En el plano bélico, desembarcaban más refuerzos y llegó el general Macías, que se hizo cargo del mando. Se ocupó de nuevo Sidi Guariach y los rifeños se retiraron a sus posiciones. Los corresponsales de los diarios de mayor difusión realizaron sus análisis de la situación del conflicto hispano-marroquí tras el primer enfrentamiento serio desde la anterior guerra de África. Aunque en un primer instante tras el combate la palabra victoria fue usada por los periódicos para calificar el resultado de la batalla, por la opinión de los corresponsales más bien habría que calificarla de victoria pírrica. A la hora de enfocar el hecho y sus circunstancias por su parte hay unanimidad. La conclusión a la que llegan los corresponsales que informaron de los enfrentamientos de 1893, se va a volver a repetir más o menos en los mismos términos tras la campaña de 1909 y con mayor amargura en 1921. Son partidarios de un castigo militar, más que de un acuerdo por la vía diplomática, debido a la desconfianza que les causaba el sultán, que apenas servía como interlocutor, y las constantes maniobras dilatorias de los jefes locales que no hacían sino postergar la solución sin una fecha. A ello ayudaba sin duda el sentimiento de superioridad que se tenía sobre los rifeños, que componían una sociedad rural, poco evolucionada y hostil.

En caliente, Martos de la Fuente, de *La Correspondencia de España* aseguraba que:

“el estado de nuestras fuerzas y nuestra posición en este campo no son desesperados pero sí críticos, si los moros pretenden cualquier noche atacar un fuerte, como es de temer. Con las fuerzas actuales no podemos de noche intentar nada. El resultado de cada batalla viene a ser la confirmación de heroísmo de raza, pero en la práctica no más que hombres heridos y muertos. Todo el día se está luchando por desalojar a los moros de fuertes posiciones; se los desaloja, se los vence, se los ahuyenta, y en cuanto anochece hay que replegarse a la plaza y los fuertes, y ellos las vuelven a ocupar. Estamos en presencia de obstáculos mucho más fuertes de los que puede creerse.

Los venceremos; pero hay que tener en cuenta que si el llevar municiones, víveres y agua a cualquier fuerte nos cuesta una acción, ¡cuántos elementos y cuán buena dirección y táctica son precisos para ir a Aguariach! (*La Correspondencia de España*, 30 de octubre de 1893)

Méndez de *El Imparcial* consideraba que:

“es preciso mandar un cuerpo del ejército de 20.000 hombres. Con la gente que hay aquí no puede hacerse más que sostener esta intolerable situación. Vamos a salir a combate diario como no se ocupen las alturas que dominan Sidi Aguariach antes de empezar el fuerte. Indudablemente, los moros tenían concertado su plan para no empezar el combate hasta que no estuviese cercana la noche, pues tenían seguridad de que no podríamos perseguirles en su terreno por falta de fuerzas” (*El Imparcial*, 30 de octubre de 1893).

Luis Morote también se mostraba pesimista sobre el papel de España en el conflicto. Buscó la opinión de oficiales veteranos que participaron en la campaña de 1860, que le dijeron que estaba repitiéndose la misma historia que en los comienzos de aquella guerra. Entonces, cuando las tropas españolas estaban en las cercanías de Ceuta y El Serrallo, caían muchos soldados en emboscadas “sin provecho ni gloria”. Sólo cuando se tomó la acción ofensiva y se libraron batallas pudo causarse bajas a los moros y castigarlos. Por ello, Morote afirmaba que “urge, por consiguiente, o que comience la acción ofensiva o que cesen las expediciones pequeñas a los fuertes. De otra manera, poco a poco se acabará con todo el ejército sin ganar una sola posición. A quince o veinte bajas cada día, en el transcurso de un mes dan cuenta los moros de las fuerzas que hay aquí reunidas” (*El Liberal*, 5 de noviembre de 1893).

En el mismo sentido apuntaba la postura del director de *La Época*, Alfredo Escobar, recién llegado tras el sitio de Cabrerizas, que además añadía que esa situación se daba en el propio terreno español, a las puertas de Melilla, con los soldados disparando desde los fuertes y con cuatro generales en la plaza. Señalaba directamente al ministro de la Guerra como responsable de la situación por su imprevisión y denunciaba la situación:

“o enviar, no ya 12.000 hombres como se creía en un principio, sino probablemente 20.000, sólo para escarmentar a los moros y que nos dejen tranquilos en nuestro campo, con las pérdidas horribles de hombres y dineros que tales esfuerzos suponen, o esta sangría suelta de 10, de 20 o más bajas diarias se prolongará hasta Dios sabe cuándo, menguando quizá el entusiasmo del soldado” (*La Época*, 6 de noviembre de 1893).

2.4.9 La segunda oleada de corresponsales

El asedio de Cabrerizas Altas y el relato que enviaron los corresponsales sacudió como un terremoto las redacciones de los principales diarios. Provocó que una nueva oleada de corresponsales recalaran en Melilla. En esta ocasión se trataba de directores y de firmas de gran prestigio. Así, el día 1 de noviembre descendieron del *Sevilla* Alhama Montes, redactor de *El Imparcial* y auténtico trotamundos que no se perderá la guerra de Filipinas (al que se unió Eduardo Muñoz, destacado en la crítica taurina y musical); el director de *La Época*, Alfredo Escobar (al que luego se sumarán Castillo y Rodrigo Soriano, crítico de arte); Federico Rodríguez Vidaurreta, de *El País*, que se une a Domínguez; Bernardo Rico y sobre todo Simonet, por entonces reputado pintor que llegó como corresponsal artístico de *La Ilustración Española y Americana*; y un buen número de redactores de otros diarios regionales (*El Liberal*, 4 de noviembre de 1893). El director de *El Imparcial*, Rafael Gasset, regresó el día 30 de octubre.

Nada más llegar, los nuevos no podían sino contar otra vez lo que ya se había contado por los corresponsales que había en la plaza. A su favor contaron con la sed de información del combate que había en los españoles, y la expectativa ante un posible y definitivo ataque que resarciera las ansias de revancha que existía sobre todo en los diarios. No había duda que todo lo que se escribiera sobre Melilla se iba a leer en el resto de España con gran voracidad. Así lo pensaba Rafael Gasset, que a su llegada, narró en un telegrama los sucesos del 29 por la tarde, consistentes en un cañoneo de castigo, y los del 30 por la mañana, que trataba los preparativos de un convoy de relevo y abastecimiento a los fuertes de Cabrerizas Altas y Rostrogordo. Al final de su crónica describía la llegada de los heridos a Melilla. Curiosamente, el relato de Gasset coincide plenamente con el de la noticia oficial que viene publicada más adelante en el periódico, firmada por Macías, el general que sustituyó a Margallo (*El Imparcial*, 1 de noviembre de 1893).

Por el contrario, Alfredo Escobar, relató lo sucedido el 2, 3 y 4 dando cuenta del aprovisionamiento de los fuertes, a modo de hecho rutinario, y transmitiendo aburrimiento y hastío (*La Época*, 5 de noviembre de 1893).

En realidad, cuando llegan dos figuras relevantes del periodismo nacional de la época como Rafael Gasset y Alfredo Escobar ha terminado todo, y sólo pueden añadir el traslado de los heridos a la plaza y la llegada de nuevos efectivos. No obstante Gasset opta por exagerar lo que sucede en la plaza para darle mayor dramatismo. Al relato del hostigamiento de un convoy el día 2 de noviembre lo tituló “combate del día 2” y al del día siguiente, “combate del día 3”.

Lo que sucede desde ese momento es que una legión de corresponsales pulula por el territorio de Melilla en busca de noticias que anuncien un ataque inminente, que satisfagan la curiosidad de la sociedad y calmen la preocupación de los padres por sus hijos destinados en el frente. Lo que en realidad relatan de manera rimbombante, sin embargo, son los hostigamientos de que eran objeto los convoyes de aprovisionamiento de los fuertes dentro de los límites del territorio nacional. En ese momento, la actualidad estaba en la Península, concretamente en Santander con la catástrofe del vapor Machichaco y el atentado de Barcelona.

La presencia de más periodistas incomodaba al nuevo general al mando de la plaza. El general Macías decidió restringir los movimientos. Según cuenta Alfredo Escobar, “algunos corresponsales que quisieron ir con el convoy, se encontraron con una orden del general que les prohibía salir de la plaza” (*La Época*, 6 de noviembre de 1893). Y especialmente los del corresponsal del diario republicano *El País* y ex oficial del ejército, Vidaurreta, que al poco tiempo de llegar, el día 11, resultó expulsado por orden del general Macías sin ningún tipo de explicación. La expulsión de este periodista no quedaba explicada tampoco en los días posteriores en la prensa, ni siquiera el mismo corresponsal manifestó ningún argumento en contra, más allá de la lógica indignación del momento, materializada en un telegrama con su firma el 12 a las 8 de la mañana desde Málaga, en el que denunciaba, con grandes caracteres tipográficos, que “como español y caballero protesto de que no se me permita residir en Melilla. Esto cuesta decir la verdad” (*El País*, 13 de noviembre de 1893). No obstante, la causa fundamental no hay que buscarla en la cobertura que realizó durante esos días. Años atrás, el entonces capitán Vidaurreta ejerció como corresponsal para *El País* desde el Peñón de Vélez. En septiembre de 1889 se descubrió el grave incidente del barco contrabandista “Miguel y Teresa”, asaltado por los rifeños y Vidaurreta se permitió denunciar, con

graves acusaciones, al gobernador de la isla (*El Periódico Melillense*, 2011b, recursos telemáticos). Los militares no veían con buenos ojos que uno de los suyos, de tendencia republicana, con funciones de periodista y en un periódico republicano contrario a los intereses del ejército, que había publicado información contraria a los intereses de los militares, siguiera escribiendo con las mismas intenciones.

La expulsión de Vidaurreta causó una gran conmoción entre el colectivo de corresponsales destinados en Melilla. Surgieron muestras de solidaridad entre compañeros en forma de ofrecimientos para continuar informando desde la plaza, pero la rivalidad y el celo profesional llevaron a periódicos como *La Correspondencia de España* a defender a su corresponsal y al resto rechazando el argumento de que la continuación de su corresponsal obedecía a que, a diferencia de Vidaurreta, no contaba la verdad en sus noticias. Lo cuenta así su editorialista:

“Mucho sentimos lo que ha sucedido al corresponsal de *El País*, y esperamos a conocer las causas que han podido influir en la decisión del general Macías. Mientras esto se esclarece, creemos de nuestro deber hacer constar que los demás corresponsales de periódicos, y entre ellos el nuestro, dicen la verdad en sus despachos telegráficos, y en sus cartas, distinguiéndose a veces el de *La Correspondencia de España*, señor Martos de la Fuente, por la severidad de sus juicios, como todo el mundo ha podido apreciar. Hacemos esta afirmación rotunda porque no se crea que el permanecer en Melilla nuestro corresponsal y los de los demás periódicos es a costa de no decir la verdad” (*La Correspondencia de España*, 14 de noviembre de 1893).

No obstante, no fue el único expulsado. Macías también impidió quedarse al corresponsal británico Bennet Burleigh, del *Daily Telegraph*, y al dibujante y los redactores de *Le Monde Illustré*. Por esas fechas intentaron entrar en Melilla no sólo británicos, sino también franceses y portugueses, pero no se permitió la entrada a los corresponsales ni a los agregados militares extranjeros.

Durante esos días se produjeron conflictos entre las empresas para las que trabajaban los corresponsales a cuenta del método de envío de la información. *El País* denunció que *El Imparcial* fletó un vapor inglés para su servicio exclusivo y criticó duramente que un periódico español utilizara la bandera inglesa, cuando las suspicacias nacionales señalaban que Inglaterra protegía secretamente a Marruecos. *El Imparcial* respondió tomando a broma la acusación, añadiendo que iba en compañía de otros colegas, que

para hacer llegar sus notas a las oficinas de telégrafos de la Península, utilizaban el Gibraltaric (Ibídem).

Además, la demanda del servicio del cable era mayor y seguía en las mismas condiciones de precariedad y uso compartido entre el mando militar, con preferencia sobre los corresponsales, que no cesaban de denunciar esta situación.

Tras el combate aparecieron con más fuerza las críticas al Gobierno y al ministro de la Guerra. Conforme pasaban los días se desvanecía la posibilidad de un ataque español. Los periodistas recién llegados desde la península buscaban la acción y se aventuraban hasta la zona fronteriza e incluso se atrevían a poner algún pie del otro lado. Pero no había nada que contar. Para defender el trabajo de los periodistas, Ortiz, de *El Liberal* escribía que “los que estamos en Melilla tenemos la ineludible obligación de decir la verdad, y la verdad es que *todavía no han comenzado las operaciones*”. Y añadía:

“Si exceptuamos los sucesos del 2, 27 y 28 de octubre, aquí no ha ocurrido ni ocurre nada que valga la pena de consignarse a título de victoria, ni siquiera de combate serio. No quiere decir esto que se permanece en la inacción; se despliega, por el contrario, gran actividad en preparativos; lo que no hemos tenido todavía ocasión de presenciar, son las acciones empeñadas de que se habla a diario en la Península. Salvo los combates de los días indicados, y las escaramuzas de muy escasa importancia que precisa sostener para aprovisionar los fuertes, el tiroteo que se sostiene a ratos, y no todos los días, solo sirve para que se comenten sus peripecias durante unos instantes en el Círculo Militar” (*El Liberal*, 19 de noviembre de 1893).

En medio de ese sopor informativo sobresalió la atención que todos los corresponsales dedicaron al caso Farreny. La prensa quedó seducida y elogió el proceder del capitán Francisco Ariza, un militar que causaba desconfianza en ciertos sectores de la milicia por su pasado, que llegó como voluntario para ponerse al mando de un batallón de presidiarios temerarios, conocido como “la guerrilla de la muerte”, que despertó la simpatía de los periodistas, que escribieron elogiosas y extensas cartas y numerosos telegramas, y que no hacía más que sembrar el terror entre los rifeños. Un miembro del batallón de Ariza, José Farreny, cortó las orejas a un rifeño que se aproximaba a Melilla, que resultó ser un confidente del general Macías. Un Consejo de Guerra declaró culpable a Farreny y fue fusilado. Y la guerrilla de la muerte, disuelta.

Una de las claves para explicar la resistencia y los ataques de los rifeños era el de las armas con que contaban. Los rifeños se abastecían con fusiles, pistolas y pólvora que se introducía clandestinamente a través de la propia ciudad de Melilla y de las inmediaciones, con destino a las cabilas fronterizas. De este modo, contaban con fusiles Winchester y, al igual que algunos cuerpos del ejército español, del moderno Mauser. El contrabando de armas fue abordado por los corresponsales de manera esporádica y superficial en los telegramas que enviaban a sus redacciones, y siempre que era aprehendido un alijo. La información no iba mucho más allá de la publicación del volumen de las armas encontradas y las detenciones de los propios contrabandistas. No obstante, el contrabando de armas fue un factor que en este hito del conflicto permitió que la superioridad en armamento de los españoles sobre los rifeños se estrechara. Ya no era como en la guerra de 1859-1860, cuando la superioridad militar española era abismal. En 1893, y posteriormente en 1909 y en las campañas de los años 20, la compra y entrada clandestina de armas en el norte de África facilitaba a los rifeños hacer frente a los soldados españoles, causarles bajas muy numerosas, obligarles a la retirada e incluso ocasionar derrotas.

Manuel Leguineche denuncia en *Annual* la “degeneración de los jefes y oficiales españoles” que vendían armas a los rifeños, enemigos en esos momentos en combate. Llega incluso a citar una versión de la muerte del general Margallo que puso en circulación el escritor y periodista Manuel Ciges Aparicio en su obra *España bajo la monarquía de los Borbones*, que dice que Margallo fue abatido de un tiro por el entonces joven teniente Miguel Primo de Rivera, indignado porque los fusiles con que los moros estaban matando españoles hubiesen sido vendidos ocultamente por el general (Leguineche, 1996:167).

En 1893, solamente en los artículos de más fondo los corresponsales criticaron este comercio de armamento. La censura hubiera prohibido cualquier reportaje sobre el contrabando de armas. De un modo u otro, la prensa no rehuyó el tema, en el que estaban implicados numerosos españoles. A diferencia de las viejas espingardas que los marroquíes utilizaban en la guerra de Tetuán, los fusiles de la guerra de 1893 eran mucho más modernos, y si bien algunos de ellos procedían del contrabando ya tradicional de los rifeños con Gibraltar, la mayor parte eran de origen español. En un

momento dado, el gobierno español había permitido que se vendieran los desechos de los arsenales, pero cuando se prohibió ese comercio, fueron traficantes españoles quienes se encargaron de suministrar a los rifeños fusiles en buen estado, para lo que tenían forzosamente que contar con la complicidad de funcionarios civiles y militares, cuya obligación era impedir ese tráfico. Suponiendo en el mejor de los casos, que no hubo complicidad por parte de ellos, sin negligencia, eran de cualquier manera responsables” (De Madariaga, 2006: 35-36).

Conforme pasaban los días y no se producía el ataque, crecía el desánimo entre los corresponsales. Y se recrudecen las críticas a la postura del gobierno.

El nombramiento del general Martínez Campos como jefe de operaciones en Melilla y su llegada a la plaza seguido de 7.000 soldados más reanimó la actividad periodística. Se dio la circunstancia que el general había sufrido un intento fallido de asesinato por parte de un anarquista durante un desfile en Barcelona poco más dos meses antes de su incorporación al mando en la plaza. Su presencia atrajo a más periodistas, entre los que destacaba Francisco Peris Mencheta, director de *El Noticiero Universal* de Barcelona, *El Noticiero Sevillano*, *La Correspondencia de Valencia* y la agencia Mencheta de noticias.

A su vez, la tensión entre la prensa y el ejército, que era constante, se agravó con la llegada del nuevo enviado del Gobierno. El día 28 de noviembre, el mismo que el general Martínez Campos llegó a Melilla, se produjo la detención y el encarcelamiento del corresponsal de *El Imparcial* Eduardo Muñoz, y del director de *El Economista*, de Málaga, José Molina (*El Imparcial*, 2 de diciembre de 1893) por orden del comandante general de la plaza, el general Macías. El motivo hay que buscarlo en una información que dio el primero del hallazgo en una cueva que hicieron unas personas de un mensaje escrito en árabe y que se quedaron.

El hecho produjo una honda conmoción en los periodistas que trabajaban en Melilla. Cuenta Alhama Montes que la reacción de los periodistas allí desplazados en un primer momento fue la de abandonar todos el lugar, pero les frenó la consideración de que su presencia era necesaria, ante la expectativa de unas próximas operaciones militares (*El Imparcial*, 29 de noviembre de 1893). De manera resolutiva, tomaron la determinación

de pedir su libertad. Una comisión compuesta por Peris Mencheta (encargado de gestionar el encuentro), Luis Morote, Rodrigo Soriano, Saint Aubin, Martos de la Fuente y Alhama Montes se reunieron con el general Martínez Campos la noche siguiente de su llegada (*El imparcial*, 2 de diciembre de 1893). El general accedió y los dos periodistas quedaron libres desde ese momento.

En el encuentro con el general se trataron también otros asuntos de la máxima importancia para los corresponsales para poder llevar a cabo su trabajo, como conocer los criterios que habían de seguir “para guardar silencio cuando sea necesario o decir lo conveniente, pero facilitándoles los medios para llevar a cabo su misión” (*El Liberal*, 2 de diciembre de 1893) y las restricciones en cuanto al tránsito sobre el territorio. En ese mismo encuentro los periodistas conocieron los planes para el día siguiente.

Martínez Campos les prometió todo género de facilidades para obtener noticias y encargó al coronel de Estado Mayor, Navarro, que expidiera unos pases permanentes a todos los periodistas con el siguiente texto: “Permítase el atravesar las líneas avanzadas y acercarse a los fuertes exteriores, al portavoz de este volante (Orden)”, seguido por el nombre del redactor y de la publicación para la que trabaja (*El Liberal*, 2 de diciembre de 1893). Durante la reunión también se abordó la deficiencia del servicio del cable, para la que no había solución posible mientras no se tendiera un cable entre el Peñón y Ceuta, según el veterano militar, para disponer de otra vía telegráfica con la península. No obstante, el general autorizó que cada corresponsal pudiera telegrafiar por cable hasta 89 palabras diarias. Días después Morote protestaba:

“No se ha establecido proporción para la cantidad de telegramas que transmitan, graduándolo según la importancia y tirada de cada periódico, porque hubiera sido imposible establecer criterio entre los corresponsales e impedir que disputaran esto. Y no ha dado permiso el general para que se telegrafiamos más palabras, porque hay aquí más de 50 corresponsales de Madrid y provincias, y no hubiera podido resistir el cable este aluvión de telegramas” (*El Liberal*, 12 de diciembre de 1893).

La incorporación del veterano general al mando de la plaza en Melilla elevó el grado de ánimo en el espíritu de los corresponsales ante la expectativa de una iniciativa militar, pero lo que sucedió es que se dificultó todavía más la tarea de los periodistas, a pesar de sus buenas palabras. Desde ese momento se produjo un cambio en la persona encargada

de transmitir las noticias oficiales a los periodistas. Comienza a encargarse el capitán de Estado Mayor Pío Sánchez Inclán, proveniente de la sección de Justicia en el Estado Mayor. Los periodistas recibieron con gran adulación al nuevo censor, como si esperaran cierta permisividad. *La Correspondencia de España* lo acogió con gran cordialidad: “no podía haber recaído tal nombramiento en persona más instruida y sensata” (*La Correspondencia de España*, 7 de diciembre de 1893). E incluso el mismo Mencheta, comprometido con la exactitud en su profesión, salió en su defensa: “Jamás hubo mayores facilidades para adquirir y publicar noticias exactas de lo que aquí ocurre” (*El Noticiero Sevillano*, 10 de diciembre de 1893).

Como contrapunto a estas manifestaciones se prohibía, mediante un duro bando firmado por el general, la comunicación de noticias relacionadas de manera extensa con las operaciones militares. Además, en vez de iniciarse el avance militar ansiado por los periodistas, comenzó a desplegarse la actividad diplomática. En consonancia, el interés informativo languideció rápido, de conferencia en conferencia entre el general y los enviados rifeños del Muley Araaf. Cuando había algo noticiable, la precaución se extremaba. Así se observa en Morote, no sin cierta ironía:

“La inseguridad del cable y la censura nos obliga a telegrafiar por Málaga, seguros de que con el retraso telegráfico no incurriremos nunca en infracción del bando, adelantando noticias de las operaciones. Martínez Campos sólo merece alabanzas de nosotros. El día del fuego nos concedió que transitiésemos 20 palabras más a cada periódico. El general para todo es lo mismo, con su criterio amplio y su poder suave y tolerable” (*El Liberal*, 21 de diciembre de 1893).

La actividad de los corresponsales se convirtió en rutinaria y anodina. Ante la falta de noticias, algunos buscaban historias de carácter humano de los soldados. Tal es el caso de un pequeño grupo de corresponsales que decidió desafiar el mal tiempo de diciembre, la lluvia, la humedad y el frío. Alfredo Escobar tomó la iniciativa de instalarse en una tienda de campaña, junto a las del resto de la tropa, en compañía de Soriano, Martos de la Fuente, Morote y el corresponsal del *Petit Journal* (*La Época*, 11 de diciembre de 1893).

Decepcionados, la mayoría iniciaron el regreso a partir del 12 de diciembre. Así lo hicieron Jenaro Alas (Fabra), Peris Mencheta (muy indignado por el bando), Blanco, Joly, Gimeno, Burell, Saint Aubin, Ruiz Guerrero y Garay y otros tantos. Otros, en

cambio decidieron quedarse para acompañar al general Martínez Campos, nombrado embajador extraordinario cerca del sultán, para negociar con el sultán de Marruecos en Marraquech las condiciones del acuerdo tras el enfrentamiento bélico. Fueron Boada de *La Vanguardia* (elegido por sus compañeros jefe de la comitiva periodística), Gasset y Muñoz de *El Imparcial*, Morote de *El Liberal*, Soriano de *La Época* y Simonet de *La ilustración Española y Americana*.

Mientras se producía la salida de la expedición, Morote decidió visitar algunas ciudades del interior (Némours, Orán, Tlemcen, Sidi-Bel-Abbés, desde donde escribió cartas de estilo costumbrista), en tanto que su compañero Lázaro se quedaba de guardia en Melilla. A su vez, Soriano fue unos pocos días a Argelia y regresó a Melilla, tras ser avisado de la inminente salida de la embajada extraordinaria. De vuelta en Melilla, todavía hubo de esperar unos días, continuando Castillo con el relato de la información diaria.

2.4.10 Tras la noticia desde Melilla a la corte del sultán

El Gobierno se mostró contrario a la cobertura por parte de los periodistas de la expedición y de las negociaciones con el sultán en Marraquech. De hecho, Martínez Campos llegó a leer a los periodistas un telegrama y una carta de Moret, ministro de Estado, diciéndole que prohibiera en absoluto que los periodistas le acompañaran a Marruecos (*El Liberal*, 4 de enero de 1894). Es probable que detrás de esta carta estuviera la mano de Mariano Juderías Bender, encargado de la prensa de la secretaría particular del ministro (*El Liberal*, 27 de marzo de 1894). En vista de esta prohibición, los periodistas decidieron adelantarse al viaje de Martínez Campos y esperarle en Mazagán, hacia donde partieron desde Tánger.

En aquel momento, Tánger era la capital diplomática de Marruecos y una ciudad cosmopolita con abundante y diversa población extranjera (mayormente del sur de España), con numerosas legaciones. Desde ella, algunos países subvencionaban periódicos con contenidos propagandísticos en la línea de sus intereses colonialistas. Francia se empleó a fondo desde el inicio. En 1889, el británico A. M. Francery fundó *El Diario de Tánger*, periódico subvencionado por la Legación gala, muy crítico con España aunque se escribiera en español. El rotativo dejó de publicarse en 1894. En

1893, un emigrante francés, V.A. Serph fundó *Le Maroc*, un semanario dominical en francés. Aunque desapareció en 1895, volvió a editarse en 1904. En 1883, un judío tangerino, Lévy Cohen, abogado, comerciante y periodista, sacó a la luz *Le Réveil du Maroc*, periódico también subvencionado por la Legación gala, que defendía los intereses de la República y la cultura francesa. A partir de 1889 el director del periódico fue Vial de Kerdec. Éste visitaba cotidianamente la Legación francesa, aportando informes y confidencias, y colaboró en las intrigas que Abdeslam, el jerife de Wazzan llevaba a cabo para extender la influencia gala en el Sultanato. Y por el lado inglés figuró *El Eco Mauritano*, fundado en 1886, en castellano, que seguía los dictados de la Legación británica.

De la misma forma estos países tenían desplazados al Sultanato a corresponsales bien remunerados de los rotativos metropolitanos. Estos últimos también seguían las directrices ideológicas de sus diplomacias, resultando de ello una acción común, tendente a que en Marruecos no se supiera de esos países más que lo conveniente a la política de sus representantes acreditados en Tánger. Periódicamente además se producían campañas de prensa antiespañolas.

Ante esta situación, el ministro plenipotenciario de España en Marruecos advirtió el 24 de abril de 1893 al Gobierno de Sagasta que se creara en Tánger de un órgano de prensa que se convirtiese en el defensor de los intereses españoles y de las acciones emprendidas por la diplomacia hispana en Marruecos, pues éstas eran combatidos sin tregua por los periódicos europeos de la prensa local tangerina, interesados en el desprestigio de todo lo que se opusiera al logro de sus respectivos intereses nacionales. Se quejaba de que los pocos corresponsales de la prensa española desplazados en el Sultanato ejercían sus tareas en condiciones deplorables, estaban mal retribuidos, y por lo tanto permanecían poco interesados en lo que veían: por ello daban noticias poco fidedignas, desfiguradas, y de carácter sensacionalista, ávidos como estaban de aumentar las tiradas. Aquellos periódicos españoles que no tenían corresponsales destacados en Marruecos, tomaban sus noticias de los órganos franceses e ingleses de Tánger. Potestad sugirió al gabinete Sagasta crear un periódico netamente hispano, dirigido por el doctor Mayoral, corresponsal de *El Imparcial* (adicto a la Legación) y escrito por personas traídas de la península, gentes “*instruidas y verdaderamente*

reconocidas por su patriotismo y amor a España” (Pastor Rodríguez, 2008: 115-132). Preveía unos gastos de quinientas pesetas para ponerlo en marcha, y una subvención mensual de 250. A pesar de la necesidad de la creación en Tánger de una publicación defensora de los intereses españoles en Marruecos, nada fue ejecutado en el sentido solicitado por el diplomático español. De hecho hasta el giro imperialista en la política exterior del país que imprimió Silvela, los gobiernos restauracionistas no se preocuparon por favorecer la creación de un medio propagandístico propio en el Sultanato.

Este Tánger se encontraron los corresponsales españoles, desde donde partieron el 19 de enero de 1894 hacia Marraquech, a través de Casablanca y Mazagán. Durante las jornadas, siguieron al general Martínez Campos, a unos cien metros de distancia, para no contravenir la voluntad del Gobierno.

La actitud gubernativa motivó la crítica de Soriano:

“suponemos que el señor Moret no nos impedirá que viajemos por Marruecos. No he de ocultar que nos satisface muy mucho hacer el viaje por nuestra cuenta y riesgo, pues así gozaremos a nuestras anchas de todo, y de todo podremos hablar con libertad absoluta” (*La Época*, 20 de enero de 1894).

Pero en sus cartas apenas hablaba de política y mucho menos de las negociaciones para cerrar el conflicto. Al contrario, se trataba de meros relatos de costumbres y de paisaje, informando *La Época* mediante telegramas fechados en Tánger.

Por Morote se conocen los componentes del grupo:

“Formámosla Boada, mi compañero de cárcel en el fuerte de Cabrerizas Altas, y Simonet y Soriano, mis compañeros de tienda en Horcas Coloradas. Apenas nos conocíamos al venir aquí, y hoy nos une una amistad verdaderamente fraternal. Hasta venimos vestidos lo mismo, uniformados como chicos de escuela. Boada es nuestro director y nuestro jefe. Tiene sobre todos nosotros la superioridad de saber el árabe y de haber visitado en diferentes viajes casi todas las ciudades principales del imperio. Con Marruecos y Tafílete habrá dado la vuelta completa a los dominios del sultán” (*El Liberal*, 30 de enero de 1894).

Si bien Boada, Soriano y Simonet acampaban juntos, los dos corresponsales de *El Imparcial*, Gasset y Muñoz, lo hacían por separado, aunque no lejos de ellos y cerca de Martínez Campos (*La Vanguardia*, 27 de enero de 1894).

Los detalles de la caravana son desvelados también por Morote:

“Llegamos a Mazagán en la mañana del domingo. Instalamos enseguida nuestras tiendas, que nos sirven de comedor, escritorio, dormitorio, cocina y almacén. Tenemos cuatro caballos, tres mulos, tres camellos y tres burros. Llevamos con nosotros al criado Brajen Ben Ali; al intérprete Hach Abdel Kader; al intérprete Ali Ben Mustafá, al cocinero Ahmed Ben Mohamed; al camarero Eugido Bengido; al negro Dadis Ben Hach y a otro negro llamado Jamar” (*El Liberal*, 25 de enero de 1894).

El viaje se realizó a la velocidad del camello, por lo que resultó especialmente lento. Emplearon seis días en llegar a Marraquech. La noticia de la llegada de Martínez Campos consiguió darla Morote en primer lugar. El hecho lo explica *El Liberal*, diciendo que el despacho de su corresponsal fue transmitido con carácter de urgente desde Tánger el día 2 a las 11 de la noche, mientras que el telegrama oficial del embajador se expidió en la misma ciudad el día 3, a la una de la madrugada (*El Liberal*, 4 de febrero de 1894), de modo que una vez más, la diligencia de un periodista hizo que la noticia se conociera en Madrid en la redacción de un periódico antes que en un despacho ministerial.

Aunque a la llegada a la ciudad Martínez Campos les permitió acompañarle de cerca, se prohibió la presencia de los periodistas en el acto de recibimiento del sultán, que no le gustaba tener periodistas a su lado. Estos reclamaron al general y se les permitió que se situaran tres pasos por detrás del embajador. Simonet tomó unas fotografías.

La estancia en Marraquech se prolongó durante varias semanas, mientras se producían las reuniones para fijar los términos de un acuerdo que satisficiera plenamente al gobierno español. Los periodistas no tenían acceso a las reuniones, y Martínez Campos no les contaba nada. No podían hacer su trabajo y recurrieron a las especulaciones y a las crónicas costumbristas marroquíes. Su alojamiento era un campamento formado por ocho tiendas de campaña, para el que eligieron un espacio despejado situado á la

derecha de la alameda central, rodeado de árboles, a las afueras de la medina (*El Liberal*, 4 de febrero de 1894).

Finalmente, el 10 de marzo se firmó el acuerdo que establecía una indemnización de 20 millones de pesetas, el compromiso del sultán de imponer un severo castigo a los culpables de los hechos ocurridos en Melilla y fijar los límites de la zona neutral, de 500 metros de ancho, en la que no pudieran entrar ni españoles ni rifeños. El terreno que ocupaba la mezquita y el cementerio quedarían cerrados por medio de una verja y nadie podría penetrar en este recinto pudiendo ser trasladados a otro sitio los restos mortales que en ella existieran. Además, el sultán prometió establecer en los poblados cercanos a Melilla una guarnición de 450 askaris para evitar o reprimir las agresiones que los rifeños intentaran contra España. También se autorizó la creación de agentes consulares en Fez y Marruecos, facultando a España para que recusase el nombramiento de algún *bajá* o *caid* que haya de ejercer jurisdicción en los territorios limítrofes con Melilla (Guerrero, 1895: 315 y ss).

Una vez firmado el acuerdo, los corresponsales abandonaron Marraquech el día 10 de marzo por la tarde, en dirección a Mazagán, y de ahí a Cádiz, adonde llegaron el día 16. Para cerrar la cobertura, algunos de ellos expresaron sus impresiones negativas del acuerdo alcanzado con Marruecos, destacando el escaso valor del resarcimiento que obtenía España y desconfiando que el sultán cumpliera con lo pactado. Morote concluye cinco meses y medio de cobertura con una opinión pesimista y certera al pensar que la cuestión no quedaba resuelta:

“Calculando bien lo que representa la indemnización, se pierden muchas ilusiones. La moneda en que nos entregarán los cuatro millones -agujereada, de débil lámina- constituirá un peso de cien toneladas de plata, que al precio en que el metal está en el mercado de Londres, representan un valor de dos y medio millones de duros. Esto sin contar los gastos que ha de traer el cobro de cada plazo, si se cobran. Por tanto, puede decirse que la cuestión sólo está conjurada y aplazada, de momento” (*El Liberal*, 17 de marzo de 1894).

La cobertura de Morote contiene muchos de los ingredientes del periodismo de guerra, a pesar de las restricciones que debió afrontar. El rasgo que define su cobertura fue el hecho de estar en el lugar oportuno, el fuerte de Cabrerizas Altas, en el momento oportuno, y aunque no pudo transmitir con inmediatez sus crónicas de ese capítulo de la

historia de España, pudo hacerlo poco después, teniendo entonces un elevado valor periodístico y aún hoy constituyen una referencia. Ese acierto y el hecho de escribir en uno de los diarios más importantes le colocaron como uno de los periodistas españoles más relevantes, cuya figura engrandeció su posterior presencia en Cuba en 1897, entonces en guerra con España. Su compromiso con la verdad le hacía siempre narrar lo que sucedía tal y como era, con un cierto engolamiento en el estilo, propio de la época.

Más optimista, Soriano sintetizó su parecer en un telegrama:

“terminada la negociación después de haberse obtenido todo lo que España pedía, gracias a la habilidad, al talento y a las condiciones de caballerosidad y de energía del general Martínez Campos, que han impresionado vivamente al sultán, se firmará el protocolo y enseguida, probablemente el jueves por la mañana saldremos de esta capital con dirección a Mazagán” (*La Época*, 9 de marzo de 1894).

Este elogioso telegrama no coincide con la línea editorial de su periódico, que por esos días recogía los comentarios de la prensa extranjera, dejando en mal lugar la actitud del Gobierno. Y tampoco está en sintonía con una carta posterior, en la que critica el devenir del conflicto, que compara con una obra de teatro. Describe la actividad de los corresponsales en Marraquech y ensalza su labor, pese a no haber tenido acceso a las reuniones ni haber recibido información fluida, y afirma que:

“desde ese momento, periodistas, artistas y militares, cuantos para nada debíamos intervenir en las conferencias, vivimos consagrados a gozar del sol, del jardín de nuestras delicias, a soñar, recrearnos en expediciones y compras, escribir nuestras impresiones o retener observaciones y estudios rápidos acerca de la vida y costumbres de este originalísimo país. Y no era porque ignoráramos mucha parte de lo que en las negociaciones ocurría, pues el mismo embajador, viendo en los representantes de la Prensa antes a los españoles que a los periodistas, no ocultaba sus propósitos e impresiones. Mas siempre creíamos que era abusar de su honrada amistad hacer revelaciones que pudieran, en lo más mínimo, entorpecer el éxito de las negociaciones. (...) Creyeron siempre los periodistas aquí residentes, que el silencio y la discreción, cuando de tan altos intereses se trata, tienen más precio entre personas y periódicos serios, que la fácil invención y el ameno chisme. No vinieron a Marruecos con propósito de curiosarse de tienda en tienda, de sorprender diálogos o molestar con preguntas, pues esto no hubiera sido digno de ellos ni de sus periódicos. (...) Aun cuando los periodistas agregados a la embajada no ignoraban muchas y muy sustanciosas cosas, habían de atenerse sólo a los signos exteriores, a los hechos públicos que discretamente pudieran revelarse. Por lo cual durante un mes no han visto o no han

‘debido’ ver más que personajes misteriosos que diariamente entraban y salían del pabellón general, caras más o menos satisfechas o tristes, idas y venidas de ministros, diplomáticos y cortesanos; ni han oído ni han debido oír más que frases, conversaciones particulares, impresiones rápidas. Hoy que las negociaciones están casi terminadas puede decirse un poco más. Pero quiero dejar sentado, en honra de los corresponsales políticos, -y repito frases del mismo general- que pocas veces dieron estos una tan alta prueba de sensatez y patriotismo, sacrificando intereses de empresa e impacientes, no siempre justificadas, del público, a sagradas consideraciones” (*La Época*, 13 de marzo de 1894).

No deja de sorprender el tono y el contenido de este periodista, que pocos años después se destacaría como republicano y antimonárquico y azote de Maura en 1909, tras la guerra de Melilla.

Pero tal y como los corresponsales dejaban entrever, España había puesto de manifiesto su debilidad militar -como en 1859- y política y su falta de proyecto colonialista para su porción de Marruecos. Estas circunstancias van a marcar todo el período que España estuvo presente en el Rif y que se repetirá como una cantinela en crónicas, artículos de fondo y editoriales de la prensa española.

Como parte de la estrategia del Gobierno para conseguir una adhesión o un trato más favorable de los periodistas que participaron en la campaña, aquellos que acompañaron al general Martínez Campos a Marraquech, Ramón Gasset, Eduardo Muñoz, Luis Morote, José Boada, Rodrigo Soriano Barroeta y Enrique Simonet recibieron a propuesta de éste la recompensa de Caballero de Carlos III, (*La Época*, 26 de marzo de 1894). Esta práctica se observa con posterioridad en otros momentos del conflicto, en que se distinguió con algún tipo de condecoración a otros periodistas como Rittwagen de *La Correspondencia de España*, Alonso de *Nuevo Mundo*, Arija de *El Mundo Militar*, Dato de *El Ejército Español*, Sánchez del Arco de Fabra, Ascensión de *El Telegrama del Rif*, Rocamora de *Heraldo de Madrid* y al fotógrafo Alfonso Sánchez por su intervención en el combate de Hidum en la campaña de 1909 (*La Época*, 28 de enero de 1910). Como se observará en las campañas de los años veinte, este agasajamiento en forma de medallas dará paso a una relación más tensa.

Algunos de los corresponsales más destacados que realizaron la cobertura de esta etapa del conflicto hispano-marroquí reaparecerán unos pocos años más tarde en la guerra de

Cuba: el citado Luis Morote, por *El Liberal*, pero también Domingo Blanco por *El Imparcial*, y el mismo Rafael Gasset, director del periódico, que realizaría alguna entrevista a los insurgentes en Nueva York. También cabe citar a Rodríguez Lázaro y a Saint Aubin, aunque este último en funciones predominantemente médicas. Sin embargo, más numerosos serían los que más adelante destacaron en la política, como Escobar, que de hecho ya era diputado cuando llegó a Melilla, Gasset, Mencheta, Morote, Lázaro, Saint Aubin, y Soriano.

2.4.11 La organización de la censura y de otras restricciones

Como precedente hay que citar nuevamente la guerra de Crimea, en la que se iniciaron las trabas del Gobierno para el acceso de los corresponsales al frente, debido al efecto que sus crónicas demostraron tener sobre la opinión pública. Y no han hecho más que ir en aumento. Aunque la contienda terminó sin que el comandante en jefe del ejército británico le diera tiempo a prohibir la presencia de periodistas en la zona de combate y otorgar a los reporteros cualquier tipo de ayuda, asistencia o información, los franceses sí lo hicieron (Montagut, 2002: pdf). Posteriormente, en la guerra de Secesión también se impidió la presencia de periodistas en el frente.

En España, aunque en la guerra de África de 1859-60, la prensa se mostró abiertamente partidaria de la intervención, el 12 de noviembre de 1859, el ministro de la Gobernación ordenó mediante una circular a los gobernadores civiles el control de aquellos impresos susceptibles de atentar contra la seguridad del Estado o que pudiesen interferir en las operaciones militares del ejército expedicionario (Gómez Aparicio, 1967: 509). La Constitución vigente en aquel momento era la de 1845, que en su artículo 2º establecía que los españoles podían imprimir y publicar libremente sus ideas sin previa censura, aunque con sujeción a las leyes, lo que en la práctica dejaba el control en manos del Gobierno.

Los periódicos de la época, que destilaban una elevada concentración de nacionalismo y belicismo, formaron una opinión pública totalmente favorable a la guerra. No obstante, a pesar de la victoria, la guerra produjo un fuerte efecto en la opinión pública al ver cuál había sido el resultado y el estado de los soldados al regresar.

Más adelante, la acción contra la prensa estaba perfectamente organizada en torno de un cuerpo legislativo sólido. Como norma suprema, la Constitución de 1876, en su artículo 13 garantizaba la libertad de emisión del pensamiento. Sin embargo, era en el artículo 17 donde radicaba la clave del texto, que contemplaba la posibilidad de suspensión de garantías constitucionales, medida a la que los Gobiernos recurrieron en reiteradas ocasiones. Incluso para evitarse problemas legales, Cánovas hizo aprobar en febrero de 1877 una ley por la que se liberaba a todo Gobierno de responsabilidades que pudieran derivarse de dejar al país sin garantías constitucionales. Además, el Código Penal de 1870, vigente hasta 1928, también afectaba a la prensa al tipificar los delitos que podían ser cometidos por medio de la imprenta (Del Valle, 1981: 75-76). El ejército también estaba habilitado para actuar contra la prensa como canal de expresión de la opinión pública. La Ley de Orden Público de 1870, por la que en determinados casos de suspensión de garantías constitucionales la censura de la prensa podía pasar a dirigirse desde las capitanías generales y el Código de Justicia Militar de 1890, que reservaba a la jurisdicción civil la represión de los delitos de “atentado o desacato, injuria y calumnia” cuando fueran cometidos por medio de imprenta.

De manera más concreta, durante la crisis de 1893, el trabajo de los corresponsales bélicos estuvo en todo momento regido por la Ley de Policía de Imprenta de 26 de julio de 1883, que salvo algunos períodos, estuvo vigente hasta 1936. Suprimía la jurisdicción especial para los delitos de imprenta, que quedaban sometidos al Código Penal, regulaba ampliamente el derecho de réplica y fijaba un marco para que se desarrollara la libertad de prensa (Fuentes y Sebastián, 1998: 141), aunque el recurso a la suspensión de las garantías constitucionales, como se observará en posteriores etapas del conflicto, y la actuación de la censura con carácter permanente y, en última instancia, de los tribunales civiles y militares, condicionará la aplicación de la libertad de imprenta.

No obstante esta normativa, el Consejo de Ministros aprobó el 23 de octubre unas medidas para la prensa que tuvieron vigencia hasta el final de la campaña, en las que se restringía gravemente su actividad. No obstante, *La Época* de 12 de octubre refería un telegrama fechado el día 9 en Melilla del corresponsal de *El Liberal* que señalaba: “ha quedado establecida la previa censura para rectificar los hechos falsos”. Como si se

tratara de una predicción, a partir del 23 el Gobierno solo toleraría la publicación de noticias oficiales o que no afectaran al desarrollo de su acción bélica. El resto de la información podía ser considerada falsa y sus responsables responder ante la Justicia. Lo expresó muy claramente:

“Primero. No existiendo más verdad oficial que los despachos de la autoridad superior de Melilla, cuantas noticias se aparten de ellos se considerarán falsas y se penarán con arreglo al Código Penal.

Segundo. En cuanto comiencen las operaciones militares en gran escala se utilizará el cable entre Melilla y Almería exclusivamente para el servicio oficial, y no se permitirá cursar por el telégrafo de la Península las noticias que estén en desacuerdo con las de origen oficial.

Tercero. Si se propalan noticias para la prensa que causen alarma o sirvan para desprestigio del Ejército, se entablarán por el Ministerio público las demandas correspondientes” (*El Liberal*, 24 de octubre de 1893).

El presidente Sagasta dejaba clara su postura con respecto a los medios de comunicación, contraria a la publicación de noticias referentes a las operaciones militares en Melilla. El presidente justificaba esta decisión en que ningún país consentía la divulgación de noticias sobre relaciones de las fuerzas que se organizaban, los planes y las operaciones que se preparaban y con el argumento de que tampoco podían difundirse sin tener conocimiento previo de ellas a la reina, que entre sus funciones de jefe del Estado figuraban la de jefe del ejército. De todos modos, debido a que fue un acuerdo de Gobierno, no tenía rango de ley y en la práctica los periódicos mantenían la libertad de informar sobre Melilla, eso sí, a través de un aparato censor militar infranqueable, reservándose el derecho de exigir responsabilidades ante un juez y con el Código Penal como referencia para dictar sentencia.

Aunque en número reducido, existían otros corresponsales, de condición militar, que colaboraban con diversas publicaciones y cuyo caso merece la pena mencionar por su vinculación legal. Dentro de las restricciones de los militares en el ejercicio de los derechos y libertades individuales, el ejercicio de la libertad de prensa por su parte, si bien debía desarrollarse en el marco general anteriormente expuesto, tenía alguna limitación añadida, como era la orden del ministro de la Guerra, el general José Chinchilla, que en 1888 dispuso una orden ministerial que prohibía a los militares

escribir en los periódicos sobre cuestiones políticas. Además, una circular de 28 de diciembre del mismo año prohibía asimismo a los militares fundar o dirigir periódicos y ser redactores de los de carácter político (Soria, 1982: 38-39). Parece ser que el carácter propagandístico de los artículos que los militares publicaban en los diarios y revistas les eximía de su responsabilidad, porque un conflicto bélico tiene causas y consecuencias eminentemente políticas.

Con ese marco general, la censura fue el mayor obstáculo que encontraron los corresponsales en Melilla y un elemento consustancial en su actividad durante toda la cobertura del conflicto. Como máximo responsable de la plaza, el general Margallo tenía plenas competencias en materia de censura de prensa. La aplicaba el propio ejército en el Gobierno Militar, de manera directa, por dos personas de su más absoluta confianza.

En concreto, los telegramas que ponían los corresponsales debían ser autorizados por el capitán Eduardo Cuadrado Aznar, según reconoce él mismo a su hermano en una carta (*El Imparcial*, 11 de octubre de 1893) y desvelan algunos corresponsales. En su hoja de servicios⁴ se registra el ascenso a comandante “por mérito de guerra” el 2 de octubre de 1893, precisamente el día del primer enfrentamiento, y ejerce como ayudante de campo del general Margallo. Y no era el único. Las alusiones a otro censor son abundantes, como las de Boada y Morote:

“En este momento, las ocho de la noche, el cable funciona admirablemente. Los telegrafistas piden más y más telegramas, pero como tememos que los sometan a la censura, somos prudentes. Además, tememos molestar al señor asesor Sr. Pego o al ayudante del general al señor Cuadrado, estableciendo una verdadera persecución para que nos censuren” (*El Liberal*, 20 de octubre de 1893).

Se refiere a Francisco Pego Méndez, teniente auditor de 2^a, que cumplía análogas funciones, y que en los meses de octubre y noviembre de 1893 se encontraba destinado en el Gobierno Militar de Melilla⁵.

⁴ Archivo General Militar de Segovia. Hoja de servicios de Eduardo Cuadrado Aznar.

⁵ AGM de Segovia. HS: Francisco Pego Méndez.

El funcionamiento del mecanismo de fiscalización de las noticias, lo describieron los propios corresponsales en sus crónicas, de modo que sus lectores eran plenamente conscientes de que algunas partes de la información que leían podían haber sido suprimidas, quedando mermada la exactitud de la información.

Además del inconveniente que suponía la supresión o alteración del contenido de los telegramas y de las crónicas, el mecanismo supervisor funcionaba a una velocidad insuficiente para que la información recabada pudiera llegar a las redacciones, y a los lectores, en un plazo razonable. Martos de la Fuente fue de los primeros en quejarse de los retrasos que producía la censura, y también en buscar la manera de eludirla:

“Del hecho más importante ocurrido esta semana, apenas si tendrá usted idea, porque la censura telegráfica ha suprimido los telegramas en que los corresponsales hablaban de ello, y creo que soy el único corresponsal que, por haber dado la noticia quitándole la gravedad que indudablemente tenía, he podido telegrafiar algo de ello” (*La Correspondencia de España*, 16 de octubre de 1893).

Martos de la Fuente manifestó también su malestar por los impedimentos que había de salvar para trabajar.

“Es indecible las dificultades con que luchamos los corresponsales de periódicos para adquirir noticias, no sólo se nos trata con reserva, sino con prevención. Explicase la prudencia y el silencio sobre preparativos y planes de campaña; pero hay multitud de casos que concurren, a cuya relación se nos ponen obstáculos. Algunos parece que nos consideran como enemigos de España y que se guardan de nosotros más que de los moros” (*La Correspondencia de España*, 19 de octubre de 1893).

La indignación creció entre los corresponsales durante el mes de octubre, como se pudo comprobar por Morote, que criticó duramente las cortapisas que se ponían a la información, responsabilizando de ello al propio general Margallo:

“Estamos gobernados los corresponsales por la censura previa. El general Margallo no quiere que circulen telegramas, ni aun aquellos que se limiten a la narración de los hechos. No ocurre nada de importancia, pero para los efectos de la información sería lo mismo que ocurriera. El comandante de la plaza reduce a la nada nuestros partes. He aquí una demostración de lo que digo. Anteayer los moros provocaron una escaramuza contra la fuerza del fuerte de Camellos. El coronel Viana la rechazó sin disparar un tiro. El mismo señor Viana me hizo la relación de lo pasado, y tal como me lo dijo lo telegraphié. Pues el señor Margallo dejó sin curso el telegrama.

Cuando no hace esto, interviene el cable. ‘tiene que conferenciar con el Gobierno’, y con esta excusa no nos permite echar culpas a la censura previa y nos deja en situación peor” (*El Liberal*, 14 de octubre de 1893).

Su compañero Rodríguez Lázaro apuntaba en la misma dirección y desvelaba la opinión del general con respecto a los corresponsales:

“El general Margallo se muestra reservadísimo con los periodistas. Cuando se enteró de que habían llegado a Melilla corresponsales de periódicos de Madrid no pudo reprimir un gesto de contrariedad y exclamó: -malo, malo” (Ibídem).

Con el objetivo de mitigar las críticas y el malestar, el día 10 de octubre, el general Margallo invitó a comer en su propia casa a todos los corresponsales en Melilla, pero no hay ninguna referencia publicada del encuentro por los principales diarios, con lo que no es posible conocer el fondo de las conversaciones que se suscitaron durante la comida.

Esta presión sobre los periodistas y la falta de hechos noticiables hizo que algunos de ellos regresen a sus redacciones a los pocos días, como el propio director de *El Imparcial*, Rafael Gasset. Explica que:

“La situación creada al periodista con la censura militar y con las interrupciones del cable; la importancia del problema militar, agravado por los desaciertos y tibiezas del gobierno, y la necesidad en que estábamos los corresponsales de prensa en Melilla de decir al público toda la verdad sin ambajes y sin otros rodeos que los obligados de mi viaje, me han determinado a venir a Madrid solo por dos días, dejando entre tanto montado el servicio de información, para escribir estos renglones donde no los tacha la previa censura ni lo impiden las dificultades telegráficas ni los enormes retrasos de un correo imposible” (*El Imparcial*, 18 de octubre de 1893).

Gasset denunció la incomunicación entre Melilla y la Península, especialmente en lo referente a la ausencia de noticias, y reconoce que le ha sido preciso regresar a Madrid para ver el problema y poder comunicarlo sin la censura militar:

“No me obligaban al viaje las dificultades de un cable intermitentemente tan amigo del gobierno que sólo transmite sus noticias de ida y vuelta, porque yo enviaba mis informes por medio de un vapor fletado por *El Imparcial*, utilizando la línea telegráfica extranjera; y según he visto después, este medio me ha proporcionado la fortuna de que mis cartas telegráficas hayan llegado algunas veces a conocimiento del público con más celeridad que las noticias de otros

compañeros míos, mártires como yo de las irregularidades de un cable que se niega a los trabajos periodísticos apenas viene en conocimiento de que al general López Domínguez no le satisface el proceder de los periodistas que estábamos en Melilla” (*El Imparcial*, 18 de octubre de 1893).

Las fricciones entre los periodistas y los militares se sucedían. El dibujante de la revista *Blanco y Negro*, Arpa, resultó detenido por realizar dibujos de los fuertes. Fue conducido en presencia del general Margallo, que lo puso en libertad, no sin antes advertirle que no tomara vista alguna de los recintos fortificados, pues se contravenían las ordenanzas militares (*La Correspondencia de España*, 20 de octubre de 1893). Y justo antes de la llegada de Martínez Campos, el general Macías, máxima autoridad de la plaza, decidió, nada menos, que encarcelar al corresponsal de *El Imparcial* Eduardo Muñoz, y al director de *El Economista*, de Málaga, José Molina.

La guerra informativa se libraba no sólo en el Gobierno Militar de Melilla sino también en las instancias ministeriales. El control y la contención de la información se ejercían mediante la imposición del silencio y la comunicación de lo que era noticiable. *El Imparcial* dice al respecto lo siguiente:

“En el ministerio de la Guerra sólo se comunicó a la prensa la noticia de no ocurrir novedad en la plaza de Melilla. Sin duda por exceso de celo o mala interpretación de lo acordado por el general López Domínguez, se dijo en las oficinas de dicho ministerio que era inútil la visita de los reporters, pues no se les daría noticia alguna de dicha plaza de África. La orden del ministro no fue ésta, según nuestros informes, y bueno es restablecer la verdad en este punto, porque si no se consiente la comunicación de despachos particulares de Melilla en cuanto comiencen las operaciones militares y además se ocultarán los informes oficiales, ¿cómo se enteraría el país del éxito de la campaña cuando esta se realice? La orden del ministro es que ayer nada se sabía que mereciera publicarse, y que en lo sucesivo se entregarían a la prensa para conocimiento del público los despachos que dirija el gobernador militar o el general en jefe, los cuales tendrán publicidad también en la Gaceta” (*El Imparcial*, 25 de octubre de 1893).

En otras ocasiones, el gobierno negaba la información obtenida por los corresponsales y publicada en los diarios y tenía que salir más tarde a confirmarla, como denuncia también *El Imparcial*. Esta circunstancia se dio en varias ocasiones:

“Desde un principio, el gobierno, ya directamente, ya por medio de sus órganos oficiosos, quiso desmentir las noticias de los corresponsales, y en efecto, el gobierno mismo ha tenido que ratificarlas. Dijeron los corresponsales que los rifeños se mostraban engreídos e insolentes, y

después de las negativas ministeriales vinieron las noticias oficiales a confirmarlo. Dijeron que las kabilas se atrincheraban, y tras las versiones oficiosas que negaban el hecho han resultado aquellos campos llenos de trincheras. Dijeron que éstas habían sido construidas hasta en nuestro mismo territorio, y luego del mentís dado a la noticia vino el propio general Margallo a comprobarla. Dijeron por último que el citado general había ido con los tiradores y una compañía de ingenieros a deshacer los trabajos de los rifeños en nuestro terreno, y se empezó por calificar de disparate la versión, para acabar por comunicarla oficialmente” (*El Imparcial*, 26 de octubre de 1893).

La censura no se limitaba a suprimir una palabra o grupo de palabras, sustituyéndolas por otras, y validaba el resto del telegrama. El telegrama podía verse mermado en su extensión y quedar su contenido falto de coherencia e inservible para su publicación. Este sistema repercutía gravemente en el trabajo del corresponsal, que quedaba mutilado. El procedimiento que empleaban los censores lo conocemos por mano de José Boada, de *La Vanguardia*, que se lo explica a su director, Modesto Sánchez Ortiz:

“Acabo de ver al señor P. [Pego] ó sea el censor telegráfico, y le he preguntado por qué dejó sin curso el telegrama cuya síntesis indicaba á usted en mi carta anterior y ha dicho que porque así lo dispuso el Jefe, quitando al mismo tiempo importancia al hecho. Pero lo bueno es que sigue la censura el mal sistema de inutilizar todo el telegrama aun cuando haya otras noticias que no son pecaminosas. De modo que no extrañe usted que no haya recibido telegramas dando cuenta de que «los moros con antorchas encendidas pretendieron llevarse cárbano existente al lado del incendiado, cejando en su empeño al apercibirse de que en la plaza se cargaban los cañones para hacer fuego sobre ellos.» Como esta noticia iba en el mismo telegrama en que se daba la inutilizada, quedó también sin efecto. No he querido telegrafiar en cuanto me he enterado de ello, porque como el telegrama llevaría una fecha atrasada podría atribuirse á negligencia mía, lo que fue sólo culpa de la censura. Hoy hemos quedado de acuerdo con el censor en que en cuanto vea un telegrama mío, sólo me inutilizará la parte que no quieran que curse, dejando lo que pueda pasar. Así será ya la cosa más razonable y no se expondrá uno a encontrarse con que un telegrama extenso y sólo por una idea que no agrada al censor, quede todo él inutilizado, perjudicando grandemente al periodista. Como he hablado con el censor después de haber echado la carta dirigida á usted en el buzón, le escribo nuevamente por si todavía alcanza el correo estas noticias. Disponga. J. BOADA. Melilla 23 Octubre 1893” (*La Vanguardia*, 29 de octubre de 1893).

No obstante, el sistema de censura era doble, pues al control que se ejercía en Melilla, se sumaba el que se practicaba posteriormente en la oficina de telégrafos que prestaba el

servicio en Madrid y que distribuía posteriormente los telegramas entre los diarios. De esto se quejaba precisamente *La Vanguardia*:

“En efecto, en uno de los telegramas que recibimos anteayer de nuestro compañero señor Boada faltaban 21 palabras de las marcadas; reclamamos á telégrafos, y nos dijeron que Madrid no comunicaba más que aquellas palabras; de modo que además de la de Melilla funciona la censura previa en Madrid. Como necesidad mayor nada tenemos que oponer al establecimiento de la censura, aunque tanto y tanto se presta al abuso; pero siempre que el Estado no cobre, como cobra ahora, palabras que no trasmite, y siempre que la censura se establezca para todos los corresponsales, porque lo curioso en todo esto es que las dos noticias que suprimió á nuestro corresponsal la censura en Melilla, las dejó correr cuando las expidieron los corresponsales de Madrid, y de un colega de aquella capital la tomamos nosotros. Tales anomalías son verdaderamente vergonzosas para la administración española” (Ibídem).

El mal funcionamiento del cable, fuera intencionado o no, y la censura hacía imposible las informaciones importantes de carácter exclusivo. No obstante, existía menor presión censora sobre las cartas que sobre los telegramas. Por ello, los corresponsales aprovechaban para contar en las cartas noticias o detalles que en la oficina de telégrafos eran suprimidos.

Los movimientos de los corresponsales se encontraban restringidos, y desde la llegada de Martínez Campos no se podían alejar de Melilla sino era con un salvoconducto. Los corresponsales españoles sólo podían recorrer el territorio español circundante al núcleo urbano. Lo hacían en compañía de algún oficial y a solas o con otros colegas. Visitaban los fuertes, hacían seguimiento de las operaciones militares y ocasionalmente acompañaban a algún general en misión de reconocimiento para el emplazamiento de artillería, siempre dentro de los límites del campo de Melilla.

Esta presión irá en aumento con el bando dictado el 4 de diciembre de 1893 por el general Martínez Campos (ver anexo 1), tras su incorporación al mando en Melilla. Buscaba callar a los corresponsales y hacer inútil su presencia, lo que ciertamente no llegó a conseguir totalmente. El bando establecía con dureza que “los que comuniquen para su publicación dentro o fuera de la plaza, noticias referentes a los proyectos en operaciones militares, a la situación de las tropas, a la cantidad y calidad del armamento y municiones, y a los medios con que cuenta el ejército para el éxito de la campaña serán pasados por las armas como reos de traición o delito contra el derecho de gentes”.

Asimismo, se dotaba de manera ambigua de amparo normativo para la expulsión a la península de cualquier persona que tuviera una “conducta sospechosa”. Asimismo, evitaba que se repitieran sucesos como el que ocasionó la detención de Muñoz y Molina.

El documento se redactó además con la intención de cortar el contrabando de armas que había entre la península y los rifeños, que contaba con cómplices en Melilla, que ocultaban rifles, algunos de ellos mejores que los del propio ejército español, que no empleaba el Mauser en su totalidad.

Este bando produjo un gran malestar entre los corresponsales en Melilla, a los que dejaba escaso margen para comunicar la información relacionada con el acontecer bélico. Dejó sin palabras a Alhama Montes y Eduardo Muñoz, aunque su periódico sí criticó con ironía la dureza y ambigüedad de los contenidos del bando en un artículo titulado “Apaga y vámonos”. Y vaticinaban que:

“no será muy fácil, ni muy cómoda ni muy segura la tarea de corresponsal en Melilla; pero con este bando paternal los periódicos que deseen mantener sus relaciones con aquella plaza, habrá de tener corresponsales de reserva; porque los activos se van a acabar muy pronto, según el consumo de ellos con que amenaza la disposición del general Martínez Campos” (*El Imparcial*, 6 de diciembre de 1893).

Por su parte, Martos de la Fuente calificó el bando de “enérgico”. Lo resume y no se atreve a comentarlo:

“Llevando a rigor este bando, seremos fusilados dentro de poco todos los corresponsales. Por temor a la primera parte del bando me abstengo de hacer comentarios” (*La Correspondencia de España*, 6 de diciembre de 1893).

Boada tampoco se atrevió a comentarlo, pero su periódico, *La Vanguardia*, dijo que “La prensa, en general, con más ó con menos blandura, considera extremado el Bando del general Martínez Campos” (*La Vanguardia*, 7 de diciembre de 1893).

Llama la atención la postura que adoptó el director de *La Época*, Alfredo Escobar, presente en Melilla en ese momento, que omitió esta importante circunstancia, sino hasta dos días después, cuando Martínez Campos convocó a cuatro corresponsales de los principales diarios nacionales: Alfredo Escobar, director de *La Época*, Saint Aubin,

de *El Herald de Madrid*, Martos de la Fuente, de *La Correspondencia de España* y Alhama Montes de *El Imparcial*, con el objeto de confraternizar con ellos. Durante el encuentro se abordó la situación del conflicto en ese momento y los periodistas aprovecharon para tratar los efectos que el bando tenía entre el colectivo de corresponsales y pidiéndole que no se les aplicara con todo el rigor. Alhama Montes mostraba su disconformidad resaltando la contestación del general Martínez Campos:

“el general contestando que “Ya saben ustedes que el temor a la muerte es un principio moral tan saludable que nos lo enseñan de niños en la religión” (*El Imparcial*, 7 de diciembre de 1893).

Martos de la Fuente, denunció en *La Correspondencia* que:

“Salió la conversación sobre el bando, y nos dijo a los periodistas muy jovialmente que debíamos estarle agradecidos porque nos recordaba la hora de la muerte, para que nos fuésemos preparando y arregláramos nuestras cuentas con Dios. (...) Habló de muchas más cosas con su clara perfección y franqueza habitual recomendándonos suma discreción al dar las noticias por el daño que causan las exageradas y el perjuicio que pueden producir aún más las exactas si se dan prematuramente” (*La Correspondencia de España*, 7 de diciembre de 1893).

Precisamente Martos omite en su telegrama que asistiera el director del periódico conservador, *La Época*. Alfredo Escobar recoge que:

“alguno de los periodistas aventuró tímidamente la idea de que con el bando dictado ayer, condenando a ser pasado por las armas al que comunicara alguna noticia sobre la situación y recursos del Ejército, no se podía escribir con tranquilidad, y el general bromeando dijo: -Todo buen católico lo que pide es saber cuándo le ha de llegar su última hora para ponerse bien con Dios... en estos juicios sumarísimos la capilla es muy breve... ¡Tendrán ustedes una hora muy cortita! -Nosotros preferiríamos tener una muy larga... que nos permitiera tomar un vapor. - También accedo. Al que me dé una noticia falsa, o que pueda influir en la moral del Ejército, le conmutaré la última pena por la de extrañamiento a Fernando Poo... ¿Qué más quieren ustedes?” (*La Época*, 8 de diciembre de 1893).

En contraposición, el mismo día que sus compañeros criticaban el nuevo recorte a la libertad de expresión, Escobar, afín a los militares, publicaba “ha parecido injusto el artículo publicado por *El Liberal* contra el general Macías, cuya excelente dirección es elogiada con todos, por los buenos resultados que está dando” (*La Época*, 7 de diciembre de 1893). En otros como en Peris Mencheta la emisión del bando provocó simple y llanamente su marcha.

Martínez Campos organizó la censura más orgánicamente. Con él llegaron nuevos censores. Se trataba del capitán de Estado Mayor Pío Sánchez Inclán, que ocupaba la sección de Justicia en el Estado Mayor. Ante la intensificación de la presión sobre la información periodística transmitida desde Melilla, los corresponsales trataron de ganarse la benevolencia de sus nuevos censores. *La Correspondencia de España* lo saludó así: “no podía haber recaído tal nombramiento en persona más instruida y sensata” (*La Correspondencia de España*, 7 de diciembre de 1893). Martos decía: “ha sido nombrado para facilitar a los periodistas las noticias oficiales”. E incluso el mismo Mencheta salió en defensa del general Martínez Campos el día 8 de diciembre: “Jamás hubo mayores facilidades para adquirir y publicar noticias exactas de lo que aquí ocurre” (*El Noticiero Sevillano*, 10 de diciembre de 1893).

Además de la censura, también era natural la autocensura. Martos de la Fuente decía:

“He adquirido en mi excursión con los señores de la comisión técnica, datos interesantísimos sobre los puntos estratégicos elegidos para base de las futuras operaciones. Pero estimo un deber de patriotismo y de prudencia no publicarlos, siguiendo la conducta que me he impuesto con todas las noticias que adquiriera relacionadas con el plan de operaciones. Sólo añadiré que esto ha causado verdadero entusiasmo entre los jefes y oficiales por las combinaciones que pueden hacerse al entrar en batalla todas las armas” (*La Correspondencia de España*, 18 de octubre de 1893).

Y no era la única vez que Martos evidenciaba el alcance de sus informaciones:

“Las lanchas del Conde de Venadito practicaron trabajos de sondaje cerca de la desembocadura del río Oro, con el objeto de conocer si allí había fondo suficiente para buques de guerra que pudieran flanquear las trincheras y batirlas con facilidad en su día. Juzgo discreto no decir palabra sobre el resultado de estos trabajos” (*La Correspondencia de España*, 17 de octubre de 1893).

Para salvar la censura y las dificultades de transmisión, los corresponsales optaron por métodos alternativos para enviar sus telegramas desde Melilla a sus redacciones. Tal fue el caso de *El Imparcial*. Su director, Rafael Gasset, explicaba el *modus operandi* para evitar los retrasos que sufren los demás corresponsales en el envío de sus informaciones:

“Envío a Chafarinas por el cable que enlaza entre sí los dos presidios menores, copia de los telegramas que transmito por el cable directo a España. Un vapor fletado por mí para el servicio

exclusivo de *El Imparcial* lleva estos duplicados de mis telegramas desde Chafarinas a Nemours, que es la estación telegráfica argelina más cercana. Desde Nemours mis telegramas serán transmitidos por el cable a Marsella y de esta población, por la vía ordinaria a Madrid” (*El Imparcial*, 10 de octubre de 1893).

No obstante, le llevó varios días organizar un enlace permanente y eficaz. El corresponsal reconocía:

“Me ha sido imposible fletar hasta hoy otro vapor que llevase mis despachos a Nemours y supliera las deficiencias del cable directo; (...) Estoy poniendo los medios para contratar de una manera permanente un vapor que esté de continuo a mis órdenes para el servicio exclusivo de *El Imparcial* y vaya directamente a Némours a dejar allí mis despachos, en vista de que con el cable Melilla-Almería no se puede contar” (*El Imparcial*, 13 de octubre de 1893).

El envío de sus telegramas y cartas fue un problema para los corresponsales. Algunos llegaron incluso a llevarlos personalmente en barco a Málaga, para despacharlos desde allí. Otros recurrieron a métodos más primitivos, como Rodríguez Lázaro, que confió en las palomas mensajeras para enviar sus noticias a Málaga.

“He conseguido encontrar algunas palomas mensajeras y me las llevo a Melilla para practicar pruebas. En el caso de que resulte bien, me enviarán hasta una docena” (*El Imparcial*, 15 de octubre de 1893).

No debió de salir mal la prueba cuando ante la ineficacia de métodos más convencionales, su compañero Morote confirmaba unos días después:

“Utilizo en la actualidad cuatro conductos para enviar mis telegramas. Los mando por los vapores Ville Bone, francés; Gibeltaric inglés; desde Chafarinas, adonde ahora se dirige Blanco, y por el Sevilla. Además, Lázaro soltará seis palomas cuando haya necesidad” (*El Imparcial*, 19 de octubre de 1893).

2.4.12 La experiencia narrada tras el regreso

Los corresponsales que llegaron a Melilla para realizar la cobertura de esta etapa del conflicto disponían de una experiencia suficiente para afrontar las operaciones militares que se desarrollaron. Algunos de ellos eran excelentes narradores. Aunque se encontraban bajo la impresión de los acontecimientos y la dureza de la guerra, sobre todo del combate de los días 27 y 28 de octubre, y la presión que ejercía sobre ellos la

censura, sus crónicas contenían unas dosis de patriotismo, belicismo y un ánimo de venganza que mermaron la imparcialidad con que debieron ser escritas. No obstante, los análisis que realizaron de la situación fueron acertados y cumplieron su función. Gracias a ellos, a su profesionalidad, actividad e intuición, la sociedad de la época pudo conocer una parte de lo que sucedía en Melilla.

En este punto cabe preguntarse si lo que contaron los periodistas era lo que sucedía. Si sus crónicas censuradas contenían elementos verídicos. Obviamente, no contaban aquello que no interesaba a la censura militar, como cuando el ataque a Sidi Guariach en 1893 a la hora de recabar refuerzos en los enfrentamientos de Cabrerizas, de 311 soldados que pudieran aprestarse en la plaza, 111 fueron sacados de domicilios particulares, y se les armó y fueron, vestidos de paisano, a la línea de combate porque no tenían uniforme (Prieto, 1990: 63).

En el conflicto de Melilla de 1893, además de censura, hubo también exageraciones de una parte de la prensa, que llegaron a dar a cualquier escaramuza como la del 2 de octubre el calificativo de gesta heroica. Paralelamente, a la campaña de exaltación del entusiasmo patriótico, esa prensa no dudaba en dar como noticia lo que eran simples rumores no confirmados. Lo más grave era que la desinformación contagió incluso a periódicos como el *Heraldo de Madrid* o *El Imparcial*. El primero se refería a una cruenta batalla en Melilla, enumeraba las tropas que habían tomado parte, las posiciones que habían ocupado y el número de bajas causadas a los rifeños. Basándose en el mismo rumor, *El Imparcial* daba más detalles: en la trinchera de los ‘moros’ había habido una lucha feroz, cuerpo a cuerpo, entre éstos y los soldados españoles, en la que, curiosamente, no había habido ninguna baja por parte española. No existió nunca, por supuesto, tal batalla más que en la mente del que dio origen al rumor y de los que lo difundieron. No se dio ningún parte militar sobre tan glorioso hecho de armas, del que, al parecer, ni el mismo ejército estaba enterado. Eran batallas organizadas y ganadas desde las redacciones de los periódicos en Madrid como el bulo que circuló sobre la toma por el ejército español del monte Gurugú. En otra ocasión, hubo diarios que ‘mataron’ al bajá del campo de Melilla, al que no tuvieron más remedio que ‘resucitar’ a los pocos días para verlo asistir a una conferencia con el general Macías.

Durante la guerra de Melilla se destapó un escándalo del que la prensa, aunque no saliera todo a relucir, se hizo naturalmente eco. Fue éste el del tráfico de armas, en el que estaban implicados numerosos españoles. A diferencia de las viejas espingardas que los marroquíes utilizaban en la guerra de Tetuán, los fusiles de la guerra de 1893 eran mucho más modernos, y si bien algunos de ellos procedían del contrabando ya tradicional de los rifeños con Gibraltar, la mayor parte eran de origen español. En un momento dado, el gobierno español había permitido que se vendieran los desechos de los parques, pero cuando se prohibió ese comercio, fueron traficantes españoles quienes se encargaron de suministrar a los rifeños fusiles en buen estado, para lo que tenían forzosamente que contar con la complicidad de funcionarios civiles y militares, cuya obligación era impedir ese tráfico. Suponiendo en el mejor de los casos, que no hubo complicidad por parte de ellos, sin negligencia, eran de cualquier manera responsables” (De Madariaga, 2006: 35-36).

El silencio que el Gobierno quería imponer hubiera sido posible sin su postura, evitando así mayores sufrimientos a los españoles al calmar su necesidad de noticias de lo que sucedía en Melilla y la suerte de sus familiares que allí eran enviados a luchar. Cumplieron una función social en este sentido, localizando soldados de los que sus familiares carecían de noticias, haciendo llegar donativos tanto monetarios como materiales, y sus empresas periodísticas facilitando la atención a los heridos mediante la creación de hospitales de campaña y de colectas para funerales.

Si durante el tiempo de esta etapa del conflicto la censura reprimió cualquier intento de los corresponsales de reflejar aquello que sucedía y cómo sucedía en Melilla, una vez finalizada la cobertura, algunos de los cronistas que pasaron por allí escribieron libros en los que narraron su experiencia. Tal fue el caso de Francisco Hernández Mir, de *El Porvenir* de Sevilla, de los escasos corresponsales que cubrió todo el conflicto entre 1893 y 1925, que en 1894 publicó *Farrucos y gallinas, Impresiones de un viaje a Melilla*, una recopilación de sus cartas al diario (recursos telemáticos, 2008: pdf). En la misma línea, Ramón García Rodrigo Nosedal de *El Siglo Futuro* publicó en 1894 *La campaña de Melilla*. Los recuerdos de su estancia en Marruecos los plasmó Rodrigo Soriano en *Moros y cristianos, notas de viaje* en 1895 y también José Boada y Romeu, en *Allende el estrecho*, el mismo año. Adolfo Llanos de Alcaraz, que fue militar y ya

participó como tal en la campaña de Tetuán de 1859, en 1893 figuró en la cobertura que *La Ilustración Nacional* hizo del conflicto, publicando *La campaña de Melilla de 1893-1894*, en la que no sólo contaba los sucesos de Cabrerizas Altas, sino que también realizaba un estudio pormenorizado de todas las unidades militares presentes en la plaza así como las que intervinieron en los combates. Igualmente aportaba el número de bajas con los nombres de todos los caídos en combate (Rober, 2011: recursos telemáticos). Luis Morote editó pasados unos años *La moral de la derrota*, en 1900, con un carácter regeneracionista, y posteriormente, en 1908, sacó a la luz en París un pequeño libro, *Sagasta, Melilla, Cuba* donde trata la decadencia del tema colonial hispanoamericano y las vicisitudes de aquellos aciagos días en Marruecos. Y Gonzalo de Reparaz, que en 1893 publicó *Nociones de política hispanomarroquí* (Baig Baños, 1918: recursos telemáticos).



Ilustración 7. Forte de Sidi Aguariach.

Ministerio de Defensa. Ejército de Tierra.



Ilustración 8. Fuerte de Sidi Aguariach.

Ministerio de Defensa. Ejército de Tierra.



Ilustración 9. Fuerte de Sidi Aguariach en la actualidad.

Obtenido de: <http://alcantara.forogratis.es/fuerte-de-la-purissima-o-sidi-guariach-t1190.html>.

2.5 La Conferencia de Algeciras de 1906

Una vez restablecida la situación en Melilla con la presencia de 22.000 soldados y tras la embajada de Martínez Campos que visitó al Sultán en Marraquech en enero de 1894, con la firma de un primer acuerdo el 5 de marzo de 1894, vino el convenio adicional firmado en Madrid el 24 de febrero de 1895, que rebajaba las indemnizaciones pactadas en Marraquech (Bahamonde, 2008: 371) y que daba una vez más la razón a los corresponsales. España había zanjado la cuestión, al menos temporalmente.

En este momento, en el norte de África se desarrollaban los movimientos de las grandes potencias europeas, Francia e Inglaterra, por el control del continente y de la costa mediterránea. Francia había intensificado su presencia en Argelia y Túnez y reconocía los intereses de Italia sobre Tripolitania, actual Libia, para obtener su consentimiento para su presencia en el resto de Marruecos. En este juego de intereses, en 1902 Francia propuso a España compartir el territorio del Sultanato de Marruecos. La parte norte (en la línea de Fez, Tazza y la cuenca del río Sebi) quedaría bajo administración española a cambio del protectorado francés en el resto. En realidad esto era la consecuencia del acuerdo al que los franceses habían llegado con los británicos tras el incidente en 1898 de Fachoda, en la cuenca del Nilo, quienes no querían que una potencia se instalara al otro lado del estrecho de Gibraltar. Francia renunció a su influencia en la región oriental (Egipto y Sudán) a cambio de su hegemonía en la zona occidental. En cualquier caso, era mucho más de lo que el gobierno español podía esperar (De Madariaga, 2006a: 166-171). Fue precisamente en 1902 con motivo de una rebelión de un hombre poderos, el Roguí, contra el sultán.

Algunos periódicos españoles, ávidos de noticias sensacionalistas, engrandecieron y magnificaron las circunstancias de la rebelión del Rogui, dándole a ésta un tratamiento especial y desplazando incluso a corresponsales de guerra al lugar de los combates. A principios de 1903, *El Globo* creyó oportuno destacar a un enviado, un “eminente literato y periodista” de treinta años, Pío Baroja, junto al “redactor artístico”, Juan Gualberto Nessi, al lugar donde se esperaba la lucha. Leguineche apunta que “los enemigos de don Pío dijeron que no se enteró de nada, encerrado en su hotel tangerino” (Leguineche, 1996: 98). Baroja fue testigo de alguna escaramuza:

Aquello fué espantoso. Cuando nos pusimos fuera del alcance de las balas era de ver la satisfacción que denotaban los rostros de todos los curiosos que creían asistir á un simulacro y se encontraban con que la cosa iba de veras. Ya desde lejos vimos quo los ascaris tomaban las alturas a la bayoneta, y que los farias rebeldes huían al interior. Los ginetes árabes trepaban por las rocas como si cabalgaran en cabras monteses y disparaban con una rapidez vertiginosa. (*El Globo*, 20 de enero de 1903).

Desde 1895 España estaba inmersa en una guerra con los cubanos y mantenía otro frente abierto en Filipinas, sin olvidar los gravísimos sucesos que ocurrían en la España peninsular, como el asesinato del presidente del Gobierno, Antonio Cánovas del Castillo en 1897. La superioridad militar de Estados Unidos, que intervino en estos conflictos, supuso la derrota de España y la entrega en 1898 de los restos de los territorios insulares de América (Cuba y Puerto Rico) y Asia (el archipiélago de las Filipinas y de Guam) que formaban parte del imperio. Un año después se vendieron las islas Carolinas y Marianas a Alemania. Todo ello dejó una honda impresión en la sociedad, que asistió al desastroso resultado de la gestión política de un conflicto en el que perecieron decenas de miles de españoles y se hundió una parte importante de la flota de guerra española. En medio de una sociedad polarizada entre el medio rural y el urbano, afectada por grandes carencias, en círculos intelectuales surgió una conciencia regeneradora del país, que criticaba a fondo las estructuras del Estado. El conflicto social se volvía cada vez más intenso y las disputas políticas crecían bajo el reinado de Alfonso XIII, que asumió sus funciones en 1902, cuando cumplió 16 años de edad. En Cataluña, la victoria nacionalista de la Lliga Regionalista en las elecciones locales de 1905, preocupó al ejército por el riesgo que imaginaban para la integridad nacional. La publicación de una viñeta satírica antimilitarista rememorando la victoria de la Lliga Regionalista en una revista afín a la formación nacionalista, *Cu-cut!*, provocó el asalto de un grupo de militares a la redacción de la publicación en Barcelona, lo que provocó una grave crisis en Cataluña, la caída del presidente del Gobierno en ese momento y la aprobación en 1906 de la Ley de Jurisdicciones, que otorgaba a la justicia militar el enjuiciamiento de los delitos contra la patria o el ejército.

Después de la pérdida de las colonias ultramarinas en 1898, la monarquía española necesitaba un campo de acción para su ejército, y Marruecos aparecía como una oportunidad. Sin embargo, el gobierno conservador salido de las elecciones de 1899 de

Francisco Silvela no firmó el acuerdo por considerar que no sería oportuno hacerlo a “espaldas de Inglaterra”, aunque en esta actitud del gobierno español estaba también subyacente el sentimiento de que España, reciente aún el desastre colonial de 1898, no se encontraba en condiciones de lanzarse a empresas exteriores que superaban con mucho sus capacidades. Inglaterra insistió a Francia para que a España se le adjudicara una zona de influencia en el norte de Marruecos, que finalmente aceptó en 1904 con la firma de un tratado con Francia en el que la parte secreta era la más importante, debido a que preveía diferentes posibilidades para el reparto de influencias en Marruecos, incluso en el caso de que la soberanía del sultán desapareciese (Tuñón, 1978: 179-182). La zona española quedaba determinada por una línea del Muluya hasta Larache, dejando fuera Tánger, y con la condición de no fortificar la costa de Melilla, en definitiva, un territorio menor al ofrecido en 1902, porque ahora Fez y Tazza quedaban del lado francés.

Alemania reaccionó ante los acuerdos firmados entre Francia y Reino Unido por un lado y entre Francia y España por otro, saliendo en defensa de sus intereses económicos en la zona de la mano del káiser Guillermo II. La política alemana en Marruecos era guiada por el trust Mannesmann, que se repartía con Krupp la industria siderúrgica y con presencia en el sector eléctrico y del acero. De hecho, los hermanos Mannesmann habían obtenido importantes concesiones mineras en Marruecos durante el siglo XIX (consultar De Madariaga). La voluntad del gobierno alemán de demostrar que Alemania también contaba en la escena internacional y no consentiría que se tomaran decisiones sobre Marruecos a sus espaldas, se tradujo en la visita del emperador Guillermo II a Tánger, que tuvo enorme resonancia, quien el 31 de marzo de 1905 se manifestó públicamente en defensa de la independencia de la soberanía y la independencia de Marruecos y salvaguardar los intereses alemanes en la zona. La intervención de Alemania supuso la apertura de las decisiones que Francia y Reino Unido tomaban sobre Marruecos a otras naciones. El sultán se negaba a adoptar las reformas impuestas por el gobierno francés y propuso una conferencia internacional. Finalmente se celebró entre enero y abril de 1906 en Algeciras con el objetivo de establecer las bases de las presencias de las potencias en Marruecos durante la primera mitad del siglo (Bahamonde, 2008: 372). A ella fueron invitados Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, España, Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Italia, Marruecos, Países Bajos,

Portugal, Rusia y Suecia. El gobierno español de Montero Ríos quería representar el rol de gran potencia, pero para hacer frente a cualquier eventualidad, Francia firmó previamente un tratado secreto con España sobre el reparto recíproco de diversas influencias en Marruecos (Tuñón, 1978: 183). Ambas partes se pusieron de acuerdo en asuntos tales como la policía de los puertos, la vigilancia y la represión del contrabando de armas y los intereses económicos y financieros (De Madariaga, 2006b: 166-171).

2.5.1 El seguimiento desde Algeciras

La Conferencia de Algeciras concitó la atención de los medios de comunicación del momento. Acudieron numerosos corresponsales de la prensa española, pero también del extranjero, que viajaron desde Madrid en el mismo tren que las delegaciones gubernamentales, y aprovecharon para realizar algunas entrevistas y aventajar a sus colegas españoles. Por la prensa nacional se destacaron redactores de casi todos los diarios con sede en Madrid, y también enviaron corresponsales las agencias y algunos periódicos de la prensa regional. Se calcula que esos días había en Algeciras más de setenta periodistas procedentes de periódicos extranjeros (*La Época*, 16 de enero de 1906), aumentados a un centenar el número total por *El Globo*. En efecto, llegaron periodistas de Francia -*Le Matin* hace de diario de cabecera de muchos otros-, Estados Unidos -de donde viene la única mujer periodista de la cobertura, Elisabeth Henry-, Turquía o *Al Moayad*, Aly Zechy, de Egipto, o Robert Cunninghame Graham por *Glasgow Herald*.

La prensa nacional envió a sus corresponsales más expertos y veteranos. *La Correspondencia de España* destacó a Francisco Ruiz, que informaría desde Tánger, y a José Juan Cadenas y Guillermo Rittwagen, situados en Algeciras y Gibraltar. Este diario aseguraba que sus corresponsales tendrían acceso a fuentes que otros compañeros tenían vedadas (*La Correspondencia de España*, 16 de enero de 1906). Precisamente, Rittwagen, que acababa de realizar una expedición por la parte occidental de Marruecos, era el único periodista al que se ha permitido acompañar a los miembros de la delegación marroquí, procedente de Tánger. Tenía la impresión que de la Conferencia no saldría nada práctico, pues el sultán propondría constantes dilaciones, apoyado en las cuestiones fundamentales por Alemania que no consentiría que fuera roto el *statu quo* en beneficio de ninguna potencia (*La Correspondencia de España*, 15 de enero de

1906). *El Liberal* envió a su redactor jefe, Alfredo Vicenti, que acabaría mostrándose pesimista respecto a los resultados de la conferencia, y como refuerzo a Maldonado; por *El Imparcial* fue Eduardo Muñoz, que ya había estado en los sucesos de 1893 en Melilla, y Otero, que hizo de segundo desde Tánger; *El Heraldo de Madrid*, que aboga con optimismo por la paz y a favor de la humanidad, tuvo a José Rocamora como principal redactor, que contó con el apoyo de Aragón; Javier Betegón, de los veteranos del 93 escribió desde Algeciras para *La Época*. El conservador *ABC* destacó a Luis París y Felipe Ovilo, que con optimismo afirmaba que era difícil predecir un resultado a pesar de las halagüeñas noticias que llegaban de Algeciras. Pero concluye:

“El principio es bueno. Francia y Alemania han hecho declaraciones que no puede rechazar Inglaterra (...) España, que está siempre a aquello que sin pérdida de sus derechos asegure la paz; Italia, que siempre ha seguido esa política, y las demás Potencias, que sin tener una intervención tan directa y más lejanos intereses, no se han de oponer a cosa que, asegurando la paz, aleje los peligros de una guerra cuyas consecuencias son difíciles de predecir” (*ABC*, 18 de enero de 1906).

Otro de los corresponsales del 93, José Boada y Romeu, sin desplazarse hasta Algeciras, publicó una serie de tres artículos en *La Vanguardia*, explicando el conflicto con Marruecos, y concluyendo muy patrióticamente que:

“confiamos, sin embargo, que las grandes responsabilidades que pesarían sobre los hombres que en estas circunstancias y sólo por ambiciones mezquinas provocaran una guerra, harán reflexionar á los plenipotenciarios de las naciones reunidos en Algeciras y pondrán el necesario tiento en sus manos para que la Conferencia tenga un resultado satisfactorio, tanto para Marruecos como para las naciones que, como nosotros, consideran cuestión de vida o muerte el que al otro lado del Estrecho se fortifique una nación poderosa, pues la historia con la elocuencia de los hechos ha demostrado claramente que el pueblo que domine en una de las orillas del Estrecho, tarde o temprano acabará por dominar en la otra. No es posible que España consienta sin protesta, como ha dicho el señor Maura en pleno Parlamento, que un solo grano de arena de la costa mediterránea de Marruecos deje de ser marroquí sin pasar a ser español. Esperamos, pues, que en la Conferencia de Algeciras se respeten los legítimos derechos de todos y surja de ella una solución que, evitando futuras guerras, conduzcan á la humanidad por la senda del progreso, sin grandes sacudidas ni derramamientos de sangre” (*La Vanguardia*, 18 de enero de 1906).

También entre los periodistas que estuvieron en Melilla en 1893 y que asistieron a la conferencia se encontraba Francisco Peris Mencheta, fundador y director de la Agencia de Noticias Mencheta, *El Noticiero Sevillano*, *El Noticiero Universal* y *La Correspondencia de Valencia*, para cuyos medios sostuvo el mantenimiento del *status quo* en Marruecos y la necesidad imprescindible de afianzar la paz en el imperio magrebí, sin lo cual la Conferencia resultaría una inocentada internacional (*El Noticiero Sevillano*, 17 de enero de 1906). Le acompañó Antonio Ramos Espinosa de los Monteros, de *El Noticiero Sevillano*, que continuó la cobertura cuando Mencheta la abandonó. Este escritor, arabista y africanista ejerció de cicerone por Algeciras al resto de los periodistas a su llegada.

El desmarque con la línea editorial anterior comienza con *El País*, que no destacó ningún corresponsal particular. Afirmaba que la conferencia producía pena, ira y zozobra en su ánimo. Y le indignaba este tipo de conferencias de las naciones fuertes para desvalijar a las débiles. Pedía que España no se convirtiera en el gendarme de Europa en provecho de Francia, Inglaterra y Alemania y naciones ricas en daño de la nuestra, contra la que concitaríamos el odio de los marroquíes (*El País*, 16 de enero de 1906).

Tiene relevancia la cobertura que planeó *El Globo*, encargada a Cadur el Tanyauí, que expresó el punto de vista del país objeto de la Conferencia. Este periodista, de origen marroquí, residente durante muchos años en Suiza, informó a través de cartas que llevaban el título “La agonía de un pueblo”. Logró que lo contrataran como camarero de un hotel y una vez infiltrado, captó informaciones de conversaciones de los miembros de las delegaciones alojados en él. Explicó su método de trabajo, basado en el envío de cartas:

“que así resultarán más espontáneas, más originales, menos inspiradas en prejuicios ajenos. Me faltarán algunos orígenes de información: los generales, que tendrán casi todos, pero tendré algo muy mío y de propiedad de los lectores” (*El Globo*, 17 de enero de 1906).

Se mostraba favorable a conceder más poder al Sultán, pero si los enviados de las grandes potencias olvidaban la justicia por la ambición, ninguno cedería, y el orgullo, la

soberbia y la ira, convertidas en lluvia de fuego, abrasarían a los pueblos de Europa que se hallarían azotados por terribles conflictos y asoladoras guerras.

La función que la prensa española jugó fue la de fortalecer el consenso. Primero, sobre la necesidad de modernizar Marruecos para incrementar su riqueza y la de las naciones que comerciaban con él. Segundo, sobre el *statu quo* la mejor solución para España (González y Martín, 2007: 192-341) pues se evitaba así el riesgo de una encarnizada guerra en Marruecos. La opinión pública española asistió al reparto de Marruecos con una mezcla de entusiasmo y escepticismo, mas del segundo que del primero, dado que se confiaba poco en las posibilidades de España a la hora de contribuir a modernizar al país vecino.

En general, los corresponsales publicaron buenas impresiones en el inicio de la Conferencia. Su lugar de trabajo estaba habilitado en el ayuntamiento de Algeciras, en el mismo edificio donde se reunieron los representantes de las naciones participantes, con la instalación telegráfica y un salón para periodistas. A pesar de la concentración de informadores de todo el mundo en Algeciras, a los españoles lo que les interesaba esos días era la suerte de Ricardo Torres “Bombita”, que había sufrido una grave cogida en México.

No obstante, al igual que en 1893, los corresponsales encontraron obstáculos a la hora de realizar su labor informativa. La relación entre la delegación española y los periodistas durante la Conferencia se inició con tensiones. En representación de la prensa española, Alfredo Vicenti se entrevistó el día 16 con el máximo representante de la delegación española, el duque de Almodóvar, con el objeto de acordar el modo de facilitar las noticias a los corresponsales de los periódicos españoles. En el aire flotaba la sospecha de que suministraba noticias a los corresponsales extranjeros y se las ocultaba a los españoles. El máximo representante de la delegación española manifestó que iba a dar todas las informaciones posibles, aunque prefería entenderse con un solo periodista, en nombre de todos, para comunicarle aquello que fuera de interés. Vicenti no se opuso y propuso que para no herir susceptibilidades convendría que se turnasen los periodistas para hablar con él. En el encuentro, Almodóvar rogó a la prensa abstenerse de hacer uso de las informaciones que adquirieran extraoficialmente, ya que serían tendenciosas según la procedencia que tengan, francesa o alemana. Y aún añadió

que estaba dispuesto a tratar a los periodistas con las mismas consideraciones y atenciones de que fueran objeto por parte de los embajadores extranjeros (*El Liberal*, 17 de enero de 1906).

Según había acordado el Gobierno, todos los días de sesión se dio una nota oficial igual a los periodistas, que buscaban de ampliar con “interviús” a los miembros de las delegaciones y a todo aquél que creyeran que podía contarles algo interesante. No obstante, el mutismo por parte de los delegados y el espaciamiento y prolongación de las jornadas de la Conferencia mermó el interés de los corresponsales, que regresaron paulatinamente a sus lugares de origen. Uno de los inconvenientes a los que tuvieron que hacer frente los periodistas fue la falta de información concreta, por lo que se escribieron ríos de tinta sobre hipótesis con las que unas delegaciones intentaban intoxicar a otras. Los representantes de las delegaciones gubernamentales buscaban a los corresponsales para colmarlos de atenciones y de noticias y opiniones interesadas. Los propios periodistas reconocían que se fantaseaba mucho.

Dado que las jornadas de la conferencia eran muy espaciadas en el tiempo, un grupo de periodistas de diferentes nacionalidades, aunque principalmente españoles y franceses, emplearon una de estas pausas, hacia el 22 de enero, para realizar una excursión a Ceuta. Sobre la excursión de los periodistas a Ceuta y su campo queda una anécdota curiosa, contada por sus diferentes protagonistas en libros y periódicos, como ha escrito Manuel Fernández Mota en su Memoria histórica de una Conferencia, ya que varios de los periodistas –Betegón y Mencheta, entre otros– se entrevistaron con el célebre Mohamed ben Bulaich, más conocido como El Valiente, quien se defendió de las acusaciones de bandolerismo y asesinatos que protagonizaba a pocos metros de nuestra linde y aún dentro de ella. El asunto no terminaría ahí, ya que el 29 de enero se presentarían dos cabileños en Algeciras a pedir audiencia ante las autoridades marroquíes, suplicando perdón en nombre del Valiente, lo que el anciano Mohamed Torres –embajador extraordinario de Marruecos en la Conferencia– no aceptó, diciéndoles que lo que tenía que hacer era obedecer al sultán. Realmente, y según contó Betegón, las visitas de los partidarios de El Valiente se harían más que frecuentes, las estancias largas y el periodista que se convirtió en su anfitrión tuvo más que preocupaciones con la situación (De Madariaga, 2006b: 194).

2.5.2 La interpretación de los acuerdos de la Conferencia

Como resultado de la Conferencia de Algeciras se alcanzó un acuerdo final que significaba la internacionalización de Marruecos y el reconocimiento de los intereses económicos generales de todas las potencias, pero se reconocía el dominio de España y Francia -previamente acordado entre ambas partes en secreto- en lo político y en sus derechos a ejercer algún tipo de protectorado (Bahamonde, 2008: 372). A Francia le correspondió el protectorado sur y a España el norte. Pero sobre todo, para España marcarían la política exterior, e interior, alentando una penetración militar y una acción política y civilizadora más allá de los territorios históricos, siempre con la aquiescencia de Francia.

Los grandes diarios nacionales defendieron el acuerdo alcanzado tras la Conferencia. *La Correspondencia de España* dijo que:

“los resultados de la Conferencia son altamente satisfactorios para España, y de ello debemos congratularnos, sobre todo si se considera que el halagüeño final que los trabajos diplomáticos internacionales tienen ha venido después de un largo período de inquietudes y zozobras”. (*La Correspondencia de España*, 8 de abril de 1906).

Sobre el acta, *La Correspondencia de España* interpretaba que a España se le habían reconocido la igualdad de derechos en Marruecos, la frontera del Riff, la policía será española en Tetuán y Larache y Tánger y Casablanca hispano-francesa, y la creación de un Banco (*La Correspondencia de España*, 8 de abril de 1906). Por su parte, *El Imparcial* señalaba que “por lo que a España respecta, séanos lícito experimentar honrada, profunda y justificadísima satisfacción (...) Aunque la conferencia no dé a España todo lo que quizá tengamos derecho a conseguir, por lo menos le dará más de lo que tenía anteriormente. Además, hemos logrado un efecto moral de influjo en la relación de los países más potentes (*El Imparcial*, 9 de abril de 1906). Con gran optimismo, *El Liberal* decía que “Provecho y honor ha obtenido en ella España. (...) Desde el año negro de 1898 esta es la primera claridad que nos conforta y nos alumbra”. Es muy entusiasta, sobre todo con el papel del duque de Almodóvar (*El Liberal*, 8 de abril de 1906). *El País* se mostró algo menos efusivo: “Gran parte de la prensa francesa no se muestra entusiasmada con el éxito de la Conferencia de Algeciras. Sucede lo contrario en España. Son pocos los periódicos que no se regocijan ante ese

acontecimiento. Entre ellos se encuentra *El País*, por desgracia nuestra, pues el recelo y la duda son estados de ánimo deprimentes y siempre molestos y desagradables. (...) Ha elegido torpemente Europa el momento para tratar los asuntos de Marruecos, momento en que la autoridad de Abd el Aziz es discutida y negada por una parte considerable de sus súbditos. El sultán no posee más territorios que los que ocupan sus tropas. (...) No vale Marruecos la sangre y el oro que habría de costar una guerra (*El País*, 8 de abril de 1906). En sus conclusiones, Ovilo en *ABC* advertía: “que aquellos habitantes adviertan la bondad de los nuevos procedimientos, que no teman por su libertad, por su independencia, por sus creencias, por sus costumbres; que desde luego se percaten de que sus legítimas autoridades siguen siendo los únicos dueños del país, y de que las reformas que de acuerdo con ellos se introducen, han de redundar en su beneficio”. Y más adelante vaticinaba: “para dominarles a la fuerza por completo es preciso destruirles totalmente (...) consumiendo para ello en hombres y oro cien veces más de lo que vale Marruecos”. Y recomendaba prudencia para la aplicación de las reformas acordadas en la Conferencia. Este sentir moderado era maquillado en la redacción días después por Manuel Troyano, encargado de la crónica política diaria, que afirmaba que España había “salido con una gallardía, que no se pudo presumir. Esto nos debe alentar para una confianza mayor en nosotros mismos” (*ABC*, 29 de marzo de 1906). *La Época* dijo que la conferencia venía a afirmar como órgano de todas las potencias, lo que en otros acuerdos se había afirmado ya para España: la intangibilidad de nuestro derecho y la garantía de que ningún obstáculo se alza en el camino de nuestro desenvolvimiento; de todo aquel desenvolvimiento que nosotros podamos, queramos y sepamos obtener” *La Vanguardia*, 10 de abril de 1906).

2.6 Los sucesos de 1907 en Casablanca

El gobierno conservador salido de las elecciones de abril de 1907, con Antonio Maura a la cabeza, tuvo que enfrentarse con la cuestión de Marruecos, y le resultó un escollo infranqueable. Francia había aprovechado el asesinato del doctor Mauchamp en Marraquech (Tuñón de Lara, 1978:185-186) y una agresión a obreros franceses que trabajaban en una vía férrea del puerto y que atravesaba un cementerio musulmán en Casablanca para imponer el orden, tomar la ciudad en junio y ocupar Ujda y la llanura de Chauia. España se limitó a enviar un cañonero, el Álvaro de Bazán, que no intervino.

Este hecho provocó la reacción de la prensa española, que envió a sus corresponsales especializados en el conflicto. Tras el cañoneo de Casablanca por el “Galilée”, Tánger era la fuente de información y el punto de concentración de la prensa. Pero los periodistas solo encontraban versiones e informaciones que circulaban de boca en boca en los cafés y en los mercados, de dudoso origen y de difícil confirmación. En esa ciudad se instaló Guillermo Rittwagen, que escribía para *La Correspondencia de España*, para el que ya había cubierto la Conferencia de Algeciras un año antes, y al que *The Daily Telegraph* encargó la información de lo ocurrido en Casablanca. También enviaba fotografías a *La Ilustración Artística*. En este momento, Rittwagen ya había recorrido ampliamente el interior de Marruecos, hablaba árabe y contaba con amplios contactos en las legaciones extranjeras en Tánger. Su primer artículo fue para explicar la muerte del Dr. Mauchamp, en marzo de 1907, pero se encontraba activo después de los sucesos de Casablanca. Ya el 2 de agosto informó en un telegrama fechado el 31 de julio en Tánger que los moros de las cabilas fronterizas de Casablanca se venían quejando desde hacía tiempo que el ferrocarril de las obras del puerto penetrase en su territorio y que también protestaban por el control aduanero que ejercían los franceses, por lo que 50 de ellos, armados y seguidos por un grupo más numeroso, asesinando a un maquinista y nueve obreros más. Lo calificaba de horrible carnicería. El día 6 de agosto telegrafió con las primeras noticias del bombardeo de Casablanca y el desembarco francés y el español del Álvaro de Bazán y los días 8 y 9 narró la respuesta de los cabileños y el nuevo bombardeo de la ciudad.

No obstante ser el único corresponsal español, *ABC* aseguraba haber sido el primero en dar la noticia del saqueo y asalto de Casablanca (*ABC*, 8 de septiembre de 1907). En vista del cariz que cobraba la situación, Guillermo Rittwagen se desplazó el 9 de agosto de Tánger a Casablanca. Al llegar al día siguiente, se encontró con dificultades para desembarcar. Se requería un permiso especial del almirante del buque en el que había hecho la travesía, Philibert, quien trató de disuadirlo debido al estado en el que había quedado la ciudad después del bombardeo. Hay que sospechar que lo que detestaba era la presencia en la ciudad de periodistas, y mucho más de nacionalidad española. Ante la tenaz insistencia de Rittwagen, finalmente le firmó el permiso para desembarcar. Fue el primer corresponsal español en llegar a Casablanca. En su crónica de urgencia, narrada en primera persona, publicada en portada, se encuentra una descripción de lo que vio:

“encontré la ciudad casi despoblada y ocupada militarmente por las tropas francesas y españolas. El bombardeo la ha destruido casi por completo. Sólo se han librado de la ruina los edificios de los consulados extranjeros y sus alrededores. La morisma no respetó nada. Lo saqué, quemó y robó todo. El centenar de cadáveres que se hacían en las calles de la población. Por alguna de estas calles es imposible transitar a causa del horrible olor que los cuerpos de los moros muertos despiden. Aumenta la repugnancia del cuadro ver acudir a los perros para cebarse en los cadáveres, devorándolos. Enjambres de moscas vuelan sobre los sucios despojos, convirtiéndose en amenazador vehículo de infección” (*La Correspondencia de España*, 12 de agosto de 1907).

En esta ocasión, la censura no observó inconveniente en que la prensa publicara sobre el enemigo lo que se negaba para el propio bando. La crónica de Rittwagen cifró en más de 500 el número de muertos moros, basándose en fuentes militares, y en ella expresaba también las medidas de saneamiento del lugar, el hambre que llegó a producir muertes por inanición y la lucha por la comida. Dado que no estaba permitido salir de la ciudad, ha de burlar la vigilancia para observar la situación en el campo, llegando pocos días después hasta las canteras, donde tuvo lugar la primera matanza de obreros, a tres kilómetros de Casablanca, escoltado por un destacamento de 20 soldados franceses. En sus impresiones del cañoneo de la población, afirmó que “la historia juzgará severamente esta página de Marruecos, que tiene más de lamentable que de gloriosa, donde la más bastarda política o la más indisciplinable impremeditación e imprudencia han causado la ruina de Casablanca” (*La Correspondencia de España*, 16 de agosto de 1907). La información que Rittwagen envió esos días llegaba principalmente vía telegráfica, aunque también escribía cartas en las que se extendía sobre algunos sucesos. Esos días relata sobre todo la actividad militar, recogiendo ampliamente la acción de las tropas españolas, que hizo simples tareas policiales, y dedicando menos espacio a los efectos que la acción militar ha producido, la carencia de víveres, la carestía de la vida, etc. reconoce el ingenio y el valor de los marroquíes para sobre todo recoge el *modus operandi* de los cabileños para atacar, y diezmar, a los soldados franceses. Y ya avisaba: “si esto sigue así, perderán los soldados de Drude un número de hombres mayor que si diesen una batalla definitiva, bastante para contener la osadía y acometividad moras” (*La Correspondencia de España*, 20 de agosto de 1907).

Mientras él relataba la acción que sobre el terreno realizaba el destacamento español y los buques enviados, *La Correspondencia de España* editorializaba sobre la función que

esos recursos desempeñaban allí, pidiendo explicaciones al gobierno, debido a que algunos diarios franceses criticaban la actitud pasiva del destacamento español, reservando la gesta para las tropas francesas (*La Correspondencia de España*, 20 de agosto de 1907).

El día 16 empezaron a llegar a Casablanca periodistas y fotógrafos de manera generalizada. Los cabileños atacaron el día 18, con lo que se temía un agravamiento de la situación. Por entonces, Leopoldo Romeo, director de *La Correspondencia de España*, interrumpió la cobertura de la Conferencia de La Haya que también realizaba para el *Daily Telegraph*, para dirigirse a Marruecos, donde se puso al frente del equipo de corresponsales. Le siguieron Ricardo J. Catarineu, que se ubicó en Tánger, y Nicanor Rodríguez de Celis, desde Mazagán, que junto con Casablanca, donde se encontraba Rittwagen, fueron los puntos estratégicos para su director a la hora de obtener información.

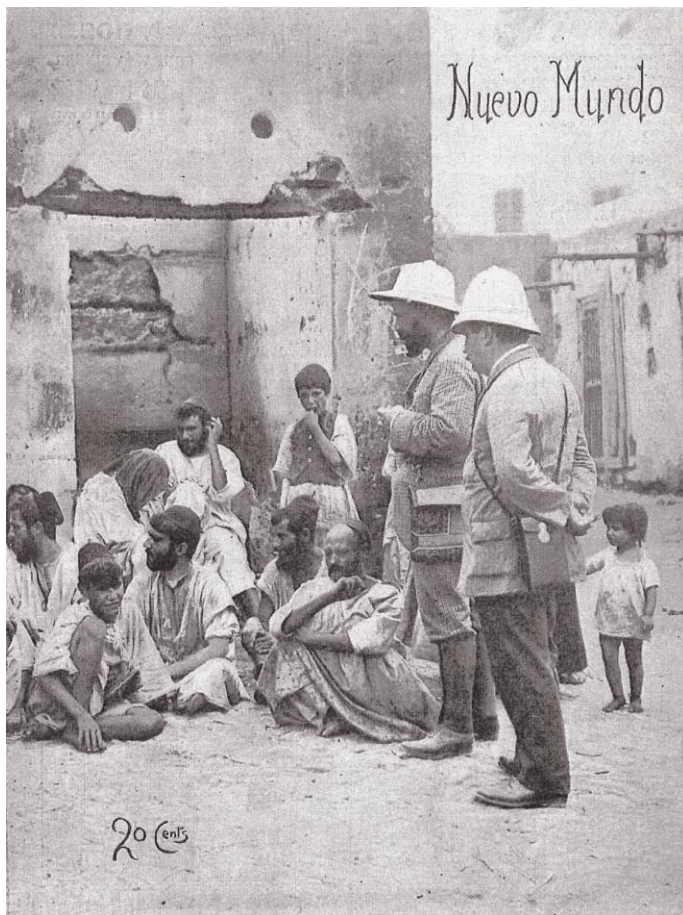


Ilustración 10. El director de “La Correspondencia de España”, Sr. Romeo, y nuestro corresponsal, Sr. Rittwagen, hablando con los judíos en Casablanca. Foto Campúa.

Nuevo Mundo, 5 de septiembre de 1907

Romeo organizó también un dispositivo de transporte propio de las noticias recabadas por sus informadores mediante barcos fletados desde los puertos de Casablanca, Tánger, Mazagán, Safi, Rabat, Mogador y Larache, y con contactos en Fez, Marrakech, Mequinez y otras poblaciones del interior. Con esta iniciativa, Romeo buscaba un servicio rápido y seguro de noticias que permitiera a sus lectores tener informaciones sin interrupciones de los sucesos bélicos que pudieran acontecer. Finalmente, el día 24 llegaron los tres a Casablanca, junto al fotógrafo José Luis Demaría López *Campúa* de *Nuevo Mundo*, a bordo del “Villaverde”, para contemplar el efecto de los bombardeos. Romeo y Caterineu marcharon a Tánger. A partir del día 29, este diario tuvo información firmada por tres corresponsales, y el propio director, desde Marruecos. Rodríguez de Celis llegó el 24 a Mazagán, caminando por las calles de esta ciudad portuaria con un rifle, unas pistolas y su salacot, y auxiliado por un criado armado. Poco después lo relevó Jaime Pujol.

El corresponsal de *El Imparcial*, Darío Pérez, desembarcó en Casablanca el 2 de septiembre, tras navegar a bordo del crucero francés *Cassini*. Cuando salió a recorrer las calles de la ciudad, ya se encontraban limpias de cadáveres. Sus crónicas carecen de la fuerza de las de Rittwagen. *El Liberal* disponía de un corresponsal fijo, Anaxímenes, en Tánger, desde donde informó todo este período, nutriéndose de crónicas del corresponsal de *El Imparcial*, pero envía el día 6 de septiembre a José Nogales. Empezó su itinerario en Tánger, visitando varios puertos, hasta llegar a Casablanca y regresar a Tánger.

Luis Morote, que en 1893 cubrió la guerra de Margallo por *El Liberal*, escribía en 1907 para *El Heraldo de Madrid*. Se hizo visible a partir del 2 de septiembre en Tánger, aunque posteriormente recorrió otras ciudades marroquíes. Su aportación no fue la de un simple corresponsal que comunicara hechos relativos a los sucesos de esos días. Su bautismo de fuego en Cabrerizas le concedió gran renombre y su salida con vida de Cuba lo hizo famoso. Su firma aparecía de manera muy distinguida en portada siempre, en extensos artículos de fondo sobre el régimen marroquí o entrevistas con personalidades como el ministro del Sultán, Mohamed Torres.

El día 7 salieron para Tánger los corresponsales de *ABC* Felipe Ovilo y Francisco Sánchez Ocaña, que llegaron el día 10 en compañía de Francisco Peris Mencheta. Ovilo era un profundo conocedor de los asuntos marroquíes y contaba la experiencia de haber

desempeñado responsabilidades directamente para el Sultán. Su trabajo era completado por el de Sánchez Ocaña. De los últimos en llegar fue Javier Betegón, de *La Época*. Desde Tánger, transmitió tranquilidad en sus crónicas, restó importancia a los hechos y criticó la actitud de algunos de sus compañeros, a los que acusaba de fantasear en sus crónicas, salvando a otros:

“Morote, Darío Pérez, Nogales, Sánchez Ocaña y otros, en sus brillantes crónicas, han llevado hasta el público de España noticias de Marruecos, que han merecido elogios y que han ilustrado la opinión. Dejemos a los aficionados a la nota sensacional que esperen algunos meses para darnos detalles de la lucha entre Muley Abd el-Aziz y Muley Hafid, puesto que una guerra entre hermanos es tema fecundo para entretener a los partidarios de los folletines sangrientos y a los aficionados a las épicas hazañas del *Pernales*” (*La Época*, 30 de septiembre de 1907).

Por referencias de Mencheta, también sabemos que en septiembre anduvieron por allí Luis Ariño, Tomás de Cubas, Rodrigo Soriano y Vivero.

2.6.1 “*Los corresponsales estamos desorientados*”

A pesar del número de corresponsales españoles desplegados en Tánger, no les era posible recopilar información fiable ni completa, por lo que carecían de una visión panorámica del desarrollo diario del conflicto. Esta es una situación común en los conflictos, en los que el corresponsal carece de la perspectiva necesaria, tanto por sus dificultades para recorrer el territorio como de acceso a unas pocas fuentes. Paradójicamente, la información de la que se puede disponer en la redacción central puede ser cuantitativa y cualitativamente mucho mejor. La prensa francesa era para Morote, Rittwagen y compañía una fuente de noticias de lo que sucedía en el conflicto y no era extraño que los diarios editados en París se escribieran con la intención de influir sobre los periodistas españoles, de la que ellos mismos desconfiaban, y de soslayo sobre la política del gobierno español en la zona. Esto era criticado frecuentemente por algunos corresponsales españoles, que en ocasiones se veían obligados a denunciar informaciones tendenciosas francesas o simplemente a desmentirlas.

Además, con tal de obtener información más completa, los corresponsales españoles inquirían también a viajeros que procedían de diferentes puntos del territorio, de otros

españoles, militares o religiosos, en hospitales e incluso en los mercados, pero en general no disponían de buena información. Mencheta reconocía que:

“Los corresponsales estamos desorientados de lo que ocurre cerca del sultán y de los planes que tenga, como lo estamos también respecto a los de Muley-Haffid. Fantasee el lector a su gusto, y quizás sea más exacto su juicio que el que yo puedo formar desde aquí, dadas las circunstancias que me rodean” (*La Correspondencia de Valencia*, 3 de octubre de 1907).

La censura no evitó que referentes periodísticos de la época como Peris Mencheta criticara en sus crónicas que “la paga de los oficiales es insuficiente y que si este estado se prolonga, el que no cuente con dinero suyo tendrá que empeñarse” denunciando de paso la escasez de medios del ejército español (*La Correspondencia de Valencia*, 23 de septiembre de 1907).



Ilustración 11. Efectos de los disparos de la artillería francesa en la caballería marroquí durante una carga. Foto: obtenida con teleobjetivo, por Campúa.

Nuevo Mundo, 26 de septiembre de 1907

Los corresponsales estaban enredados en conocer las intrigas palaciegas del hermano del sultán y en profundizar en el conocimiento de las costumbres, que era sobre lo que escribían, y meras anécdotas de su paso por Marruecos.

Campúa empezó a cobrar relevancia como fotoperiodista de guerra con un reportaje fotográfico que realizó acompañando a las tropas francesas y posteriormente a las españolas en Casablanca. No solamente apareció publicado en sucesivas ediciones de la revista *Nuevo Mundo*, sino que esas fotos se publicaron también en la prensa francesa y

en otros diarios europeos. Hasta entonces, las fotos de esta publicación eran tomadas por el propio Rittwagen. *Campúa* sabía que para obtener una buena foto había que acercarse, como años después certificaría Frank Capa y a punto estuvo de costarle la vida si no hubiera sido salvado por cuestión de segundos de un grupo de jinetes moros que le perseguían por la intervención de la artillería francesa (Nuevo Mundo, 26 de agosto de 1909).

Durante la cobertura de los sucesos de Casablanca, los corresponsales en Marruecos de los periódicos españoles se encontraban en una situación de desventaja con respecto de los de otras naciones en cuanto a la comunicación de sus telegramas. Los españoles carecían de un cable propio, a diferencia del resto de corresponsales de otras nacionalidades, por lo que no podían disfrutar de una tarifa reducida de precios como disfrutaban los demás. Los españoles debían pagar la tarifa completa, que era elevada, y además el sobre precio que suponía el cambio, al pagar en la divisa del país correspondiente. La Compañía de Correos y Telégrafos de España corrigió la situación. Se llegó a un acuerdo con la Administración francesa y con la compañía Eastern, autorizado por real orden de 12 de agosto de 1907, por el que el servicio de prensa a tarifa reducida en 50% podría cursarse por los cables francés e inglés entre Tánger y España en los idiomas español, francés e inglés (*La Correspondencia de España*, 16 de agosto de 1907).

El consulado español en Rabat funcionaba como el cuartel general de los corresponsales. Allí se hospedaron todos excepto Mencheta, que prefirió la residencia de los misioneros franciscanos españoles. Ante la inactividad de los periodistas, el cónsul decidió organizar una visita al palacio del escribano de árabe del consulado de España para conocer la vida en una vivienda árabe. No obstante, trataron de salir de la ciudad, a otros puntos como Salé, lo que consiguieron en un segundo intento, para recorrer la vanguardia del campamento imperial. Sólo consiguieron colarse en palacio y aproximarse al sultán, pero sin hablar con él.

El interés informativo decayó a lo largo del mes de octubre, lo que hizo que los corresponsales abandonaran la cobertura.

Sin embargo, la cuestión de fondo en todo esto, es decir, los intereses mineros seguían sin aparecer en las crónicas de los corresponsales. Sólo unos meses después encontramos una referencia. A principios de 1908, las tropas españolas ocuparon la Restinga y Cabo de Agua y vuelve a haber trasiego de corresponsales hacia Marruecos. En ese momento, ya empieza a vislumbrarse esos intereses. *El Telegrama del Rif* se hace eco del viaje de Mencheta del siguiente modo:

“El veterano periodista ha regresado de su excursión a Beni-Bui-Frur y Zeluan. Viene encantado de la riqueza de las minas, verdaderas montañas de hierro, y del espíritu de los kabileños, que sólo desean comiencen en gran escala los trabajos de explotación” (*La Correspondencia de Valencia*, 2 de marzo de 1908).

Algo debió de sospechar cuando apenas un día después su periódico con sede en Valencia respondió:

“Caigo ahora en la cuenta de que acaso no falten almas piadosas que digan para sus adentros: ‘Mencheta debe tener acciones de la Compañía cuando tanto entusiasmo le producen las minas y tan fácil cree la explotación’. [...] ni tengo acciones, ni las deseo. El capital de que dispongo, producto de cuarenta años de labor honrada, no he de comprometerlo en empresas en las cuales de las circunstancias ha de depender su éxito. Mis cartas reflejan la verdad sin reserva de ninguna clase. [...] de suerte que quiero que quede bien determinado que ningún otro móvil que el patriotismo mueve mis pasos por África e impulsa mi pluma al escribir estas líneas” (*La Correspondencia de Valencia*, 3 de marzo de 1908).

En la corte del sultán, las intrigas aumentaban cada vez más hasta que fue derribado por su hermano Muley-Hafid en enero de 1909. La situación en que quedaba el Rif lo hacía vulnerable a una intervención (Tuñón, 1978: 186). Se aproximaba la guerra y la segunda gran oleada de corresponsales.

2.7 La guerra de 1909 y el desastre del barranco del Lobo

A principios del siglo XX estaba muy extendida la idea de que la región norte de Marruecos, y en especial la cordillera del Rif, ocultaba abundantes yacimientos mineros. Algunos empresarios españoles mostraron interés para explotarlos debido al alto precio que el mineral de hierro había alcanzado y por las señales de agotamiento que daban los yacimientos peninsulares. Además de los españoles, los franceses y los alemanes también se encontraban interesados. A partir de 1905 estos empresarios comenzaron a competir por las concesiones mineras. Aunque la autoridad legítima era la del propio sultán Abd El Aziz, no alcanza a ejercer su autoridad y la región estaba controlada por Jilali ben Dris el Zerhumi, conocido como El Roguú o el pretendiente, por su aspiración a sustituir al sultán pero que no era más que una especie de señor feudal. Con él se realizaban las negociaciones. Se daba la circunstancia que también Sidi Abd El Krim (padre de Abd El Krim, el que más adelante se convertirá en el líder que aglutinará la resistencia de los rifeños), representante de la autoridad en la región de la Guelaya había autorizado diferentes explotaciones mineras a empresarios españoles. Entre estos destacaron el ingeniero Alfonso del Valle y sus socios Enrique McPherson y Clemente Fernández, de un lado; y del otro los hermanos Gonzalo y Álvaro Figueroa. Las negociaciones contaron con el visto bueno de las autoridades españolas.

En junio de 1907, el Roguú les autorizó, para explotar por 99 años, todas las minas de hierro de la provincia de Guelaya, entre las que se encontraban los yacimientos de los montes Uixán y Axara, en el macizo de Beni Bu Ifrur. También autorizó la construcción de un ferrocarril que uniera las minas con Melilla, que distaban unos 28 kilómetros.

Tras una fase de dura competencia por hacerse con las concesiones, los dos grupos llegaron a un acuerdo y se asociaron para constituir en junio de 1908 la Compañía Española de Minas del Rif. Un paso previo a la creación de la empresa fue la constitución del Sindicato Español de las Minas del Rif el 27 de marzo de 1908 con un capital de un millón de pesetas, que aportaron a partes iguales los cuatro grupos representados por el conde de Romanones, una figura clave para la economía y la política española, y Clemente Fernández y Compañía, de Madrid; Juan Antonio Güell, de Barcelona, y Enrique Macpherson de Cádiz. Güell representaba las participaciones accionariales tanto del Banco Hispano Colonial como del Crédito Mercantil y de la

compañía Trasatlántica. No en vano, la ampliación del puerto de Melilla (salida natural del mineral de la zona), licitada en 1907 y encargada a la Trasatlántica, se había planificado, precisamente, para permitir la exportación del mineral rifeño por la plaza española. El Sindicato Español de Minas del Rif dio paso a la Compañía Española de idéntico nombre, constituida el 21 de julio de 1908 en Madrid, con el objetivo de explotar mineral de hierro en las montañas de Uixán y Axara. El capital inicial se fijó entonces en cuatro millones de pesetas, aunque en 1909 se amplió hasta los seis millones, para poder dar entrada a Alejandro de Gandarias y al conde de Zubiría, representantes del grupo vasco, que pronto se hizo con el control de la firma. El grupo francés articulado en la Compañía del Norte Africano acabó entrando también en la Compañía Española de Minas del Rif. Al poco de constituirse, Güell hubo de vender buena parte de sus acciones a la Krupp, por indicación del gobierno de Canalejas, en lo que se observa una jugada diplomática que buscaba la alianza con Alemania frente a un eventual conflicto con Francia. El Roguá también vendió a los franceses la concesión para explotar una pequeña mina de plomo del monte Afra, permitiéndoles la construcción de otro ferrocarril hasta Melilla. La CEMR siguió aumentando su capital y en 1914 contaba con 10 millones de pesetas. Sin embargo, la empresa no pudo iniciar los trabajos hasta la pacificación del territorio en 1914. La tardía puesta en explotación de los yacimientos marcó la imposibilidad de exportar a gran escala durante la primera guerra mundial. La riqueza de los yacimientos de Beni Bu Ifrur compensó enseguida la inversión realizada. Tanto la CEMR como las otras empresas hispanas asentadas en el Protectorado se dedicaron a exportar, en su casi totalidad, el mineral extraído en Marruecos (Martín Corrales, 2002:150-152).

Antes de constituirse ambas sociedades, los respectivos sindicatos que les sirvieron de base comenzaron los trabajos en las minas, haciendo algunas explanaciones para los caminos de acceso, la casa de las oficinas, a las que siguieron las de los ferrocarriles. A fines de junio de 1908, la compañía francesa llegaba en sus explanaciones del ferrocarril hasta el kilómetro 20 en la sección más alejada, y en noviembre la locomotora recorría ya 5 kilómetros, a partir del origen, a 1.100 metros de Melilla. El ferrocarril español fue siempre más atrasado que el francés; enlazaba en los límites de Melilla con el concedido al ingeniero Manuel Becerra, desde el muelle hasta la posada del cabo Moreno, del cual

hizo cesión a la Junta de Obras del Puerto que a su vez llegó a un arreglo con la Compañía Española de Minas del Rif.

El Roguí protegió constantemente los trabajos de ambas vías. Sin embargo, estas concesiones hacían que las cabilas que antes le apoyaban consideraran que les había traicionado y para demostrar su enojo atacaron las explotaciones. El 8 de octubre de 1908 los beniurriagueles, sin causar víctimas, saquearon la casa de la mina española construida en el monte Uixán y obligaron a los obreros que en ella trabajaban a

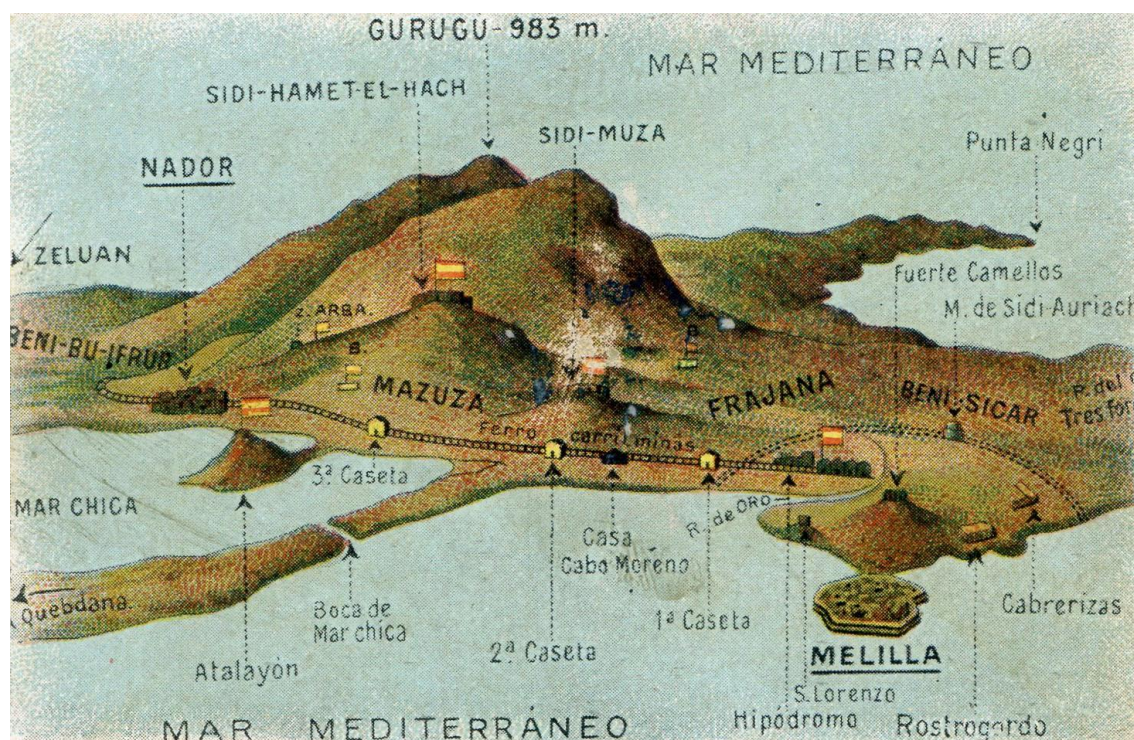


Ilustración 12. Vista de Melilla y sus alrededores

refugiarse en la alcazaba de Zeluán donde El Roguí les amparó, dándoles una indemnización por las ropas y los efectos que les habían robado, y enviándoles a Melilla, custodiados por el Caid El Chadly el día 9. El pretendiente intentó dominar la revuelta, castigando a los cabileños autores de la agresión a los obreros españoles, y los trabajos mineros continuaron el 13, pero el 16 hubo que suspenderlos de nuevo, pues la rebelión contra el Roguí era general en Guelaya, y éste fue bloqueado en la Alcazaba de Zeluán, desde donde tuvo que huir. Finalmente fue apresado y enviado a Fez, donde moriría encarcelado por el sultán. Durante la insurrección de los cabileños contra el pretendiente, el general Marina se limitó a guardar la más absoluta neutralidad, imponiendo respeto a ambos bandos, viéndose obligadas las compañías mineras a

continuar con la interrupción de sus trabajos, toda vez que el Gobierno no apoyó al Roguí.

El año 1909 se inició con la paralización de la actividad minera y sin una autoridad que sustituyera al Roguí, ni siquiera la del propio Sultán. Con el beneplácito de Francia, el Gobierno español encomendó al general Marina, gobernador de Melilla, las gestiones para que las compañías mineras reanudaran sus trabajos de los ferrocarriles, y estimó preciso defender los obreros de las compañías si eran atacados. Las compañías reanudaron su labor en las vías férreas a primeros de junio de 1909.

El día 20 de junio hubo una gran junta en el zoco el Arbaa de Zebuya, a la que concurrieron las cabilas del Rif, Metalza y Beni Buyahi, para deliberar sobre la conveniencia de promover disturbios con los españoles, poniéndose de acuerdo en aplazar toda resolución hasta que transcurrieran veinte días, para dar tiempo a terminar la cosecha y a que regresaran a sus casas los rifeños que fueron a Argelia como jornaleros, o a que el Majzén arreglara las diferencias entre ellos y los europeos. El 30 de junio fue apaleado y desarmado un policía indígena en el zoco de Cherait y el 1 de julio, El Chadly predicaba la guerra, los rifeños intentaban ya impedir los trabajos de la vía francesa (Gallego Ramos, 2005: 57-63).

Para castigar la agresión del 30, el 2 de julio se organizó una columna de todas las armas al mando del general Pedro del Real y Sánchez Paulete, segundo jefe del gobierno militar de Melilla, con la misión de recorrer el Zoco El Arba, Cherait y Lehdara. De los agresores más notables a quienes había que capturar, uno se entregó voluntariamente, el otro intentó huir pero fue capturado más tarde. En los registros se encontraron caballos, armas y municiones por lo que se hicieron hasta seis detenidos más que fueron llevados a Melilla. El día 5, la columna regresó a Melilla. Los días siguientes al regreso de la columna del general Del Real los ánimos de los rifeños se exacerbaron. Decidieron tomar como represalia el sabotaje de los trabajos del ferrocarril minero, arrasar las casetas que estaban a pie de la vías férreas, levantar los rieles y fortificarse y atrincherarse en el Atalayón, con el fin de hacer frente a todo lo que saliese de la ciudad de Melilla. Los trabajos en la vía férrea que se dirigía a las minas del monte Uixán habían avanzado y la vía tenía una longitud de seis kilómetros, llegando hasta el barranco de Sidi-Musa, entre la Segunda y la Tercera Caseta, dentro del valle de Beni Enzar.

2.7.1 La prensa reacciona tras los primeros cañonazos

El día 9 de julio de 1909, trece obreros de la Compañía Española de las Minas del Rif estaban cimentando un puente sobre un arroyo (Martínez Baños, 2009: 87-92), concretamente el barranco de Sidi Musa, del ferrocarril que iba a unir Melilla con los yacimientos del macizo de Beni-Bu-Ifrur, a tres kilómetros de los límites de la localidad, sin ningún tipo de protección. A las ocho y media de la mañana los trabajadores fueron atacados por un numeroso grupo de rifeños armados. Murieron seis obreros españoles y uno resultó herido. Al dar parte, de Melilla salieron primero dos compañías con el objetivo de recoger los cadáveres y los heridos y escoltar a los demás obreros hasta la plaza. Pero debido al fuego con que fueron recibidos al aproximarse al lugar, se optó por pedir refuerzos, que comenzaron a llegar con cuatro compañías y una batería de montaña, al mando del propio general Marina. El enfrentamiento duró hasta la una de la tarde, con el resultado de un teniente, dos oficiales y cuatro soldados muertos y 26 heridos. En los reconocimientos posteriores, se encontraron 40 cadáveres de rifeños. Las tropas habían ocupado las posiciones de Sidi Musa, Sidi Ahmed el Hach y Sidi Alí, a unos 10 kilómetros de Melilla, y aunque el día 9 los trabajadores no estaban protegidos directamente por ninguna fuerza militar, el Gobierno de Maura decidió en ese momento que las nuevas posiciones obtenidas fueran fortificadas e incluso se autoriza al general Marina a ocupar El Atalayón el día 12 (Gallego Ramos, 2005: 91-107), es decir, la falda oriental del Gurugú y la línea marítima de la Mar Chica en dirección a Nador. Lo que había sucedido era justo lo que esperaba el presidente del Gobierno para intervenir en Marruecos, inquieto tras el acuerdo entre Francia y Alemania alcanzado en febrero de 1909.

En ese momento había en Melilla 250 jefes y oficiales y 5.500 soldados. Pero Maura consiguió un crédito extraordinario del Consejo de Estado de 3,2 millones de pesetas, con la oposición de los liberales, para reforzar la guarnición de Melilla. E inmediatamente, se llamó a filas a los reservistas. La escaramuza coincidió con la visita de una delegación del sultán a Madrid.

Con ese pequeño avance se estaba más próximo a los cabileños de Beniensar, Barraca y Nador, con los que celebraba ya frecuentes conferencias favorables a la resolución del asunto de los trabajos ferroviarios, que nuevamente se reanudaron el día 12, y se

organizó ya definitivamente la segunda caseta, para establecer en este extremo de la vía férrea del Norte Africano, un parque de suministros que facilitase el aprovisionamiento de las nuevas posiciones de Sidi Ahmed el Hach, Sidi Musa, a pesar de sus malas condiciones ofensivas y defensivas y estar en las laderas del Gurugú, y el Atalayón, de gran valor militar pues aseguraba la posición de la Mar Chica y flanqueaba Sidi Ahmed y el ferrocarril (Gallego Ramos, 2005: 91-107).

Los corresponsales en Melilla de *La Correspondencia de España* y del vespertino *El Heraldo de Madrid* fueron los primeros en informar de este suceso ese mismo día en la edición de la noche. Por lo que se refiere a *La Correspondencia de España*, Nicanor Rodríguez de Celis (ver anexo bibliográfico), se encontraba en la plaza desde el día 1 de julio. Venía de Fez, donde llegó a inicios de febrero de 1909 para informar de la presencia de la embajada francesa en la ciudad y de las novedades de Marruecos. Por entonces, De Celis conocía a fondo Marruecos fruto de su larga estancia. Este corresponsal se enteró después que el contratista de las obras de la Compañía de España, Vicente Barrachina, y el intérprete, Carlos Cuevas, lo comuniquen al destacamento del campamento del Hipódromo a las ocho de la mañana. Marchó al campo para confirmar personalmente la noticia y ampliarla. Habló con Gregorio Otero, jefe de los trabajos del ferrocarril, que le hizo un relato de lo sucedido.

Sus primeras noticias llegaron en forma de telegramas urgentes depositados en Melilla a las 17.10h., recibidos en la central telefónica de Madrid a las 18.35h. y entregados a la redacción a las 20.40h. con los datos más básicos e inmediatos. El periódico lo publicó en portada, pero se quejó amargamente porque consideró que se le entregaron intencionadamente tarde los telegramas, cuando el periódico ya se voceaba en las calles. Denuncia un trato discriminatorio por parte del Gobierno.

“En sus despachos Rodríguez da todos los detalles que aún no eran conocidos por el Gobierno; relataba la agresión, describía el combate con relación exacta de los muertos y heridos y transmitía lo que hasta horas después no se supo en Madrid. El telegrama, extenso y detallado, era urgente y representaba un buen puñado de pesetas -que en este caso son lo de menos- un gran esfuerzo de actividad por parte de Rodríguez de Celis y un éxito de información que el periódico hubiera ofrecido a sus lectores” (*La Correspondencia de España*, 10 de julio de 1909).

Consideraba que no estaba justificado el retraso en la censura porque *Heraldo de Madrid* pudo publicar la misma noche dos telegramas depositados en Melilla a las 19.15h. y a las 19.20h., es decir, dos horas y unos minutos después de los de Rodríguez de Celis, y a las 21.30h. ya vendía sus ejemplares en Madrid dando la noticia. *La Correspondencia* siembra la duda diciendo que:

“Aun suponiendo que se hubiera hecho con extraordinaria rapidez (...), debe suponerse que los despachos llegaron a la redacción del estimado colega, lo más tarde, a las 8.45 o a las nueve” (Ibídem).

Y no se explica, apuntando a la censura y a Telégrafos, que dos telegramas igualmente urgentes, depositados con dos horas y minutos de diferencia, lleguen a sus destinos a una misma hora.

Por tanto, *El Heraldo de Madrid*, que también tenía un corresponsal permanente en Melilla, que no firmaba sus telegramas, dio la noticia en exclusiva en la capital el día 9 por la noche, con el titular “Agresión a España”. Presumía el diario de anticiparse a todos los periódicos en la publicación de la noticia del ataque de los rifeños a los obreros españoles que se ocupaban en el trabajo de las minas y de la respuesta militar (*El Heraldo de Madrid*, 10 de julio de 1909).

Otro periodista que transita por territorio marroquí en ese momento es el doctor Víctor Ruiz Albéniz, que trabajaba para *Diario Universal*. Ruiz Albéniz había sido enviado por el conde de Romanones, ministro de Fomento, como médico en junio de 1908, de la Compañía Minera del Rif a las minas de Beni bu Ifrur, situadas a unos 32 kilómetros al sudoeste de Melilla. Los derechos de esta explotación habían sido vendidos por el



Ilustración 13. Víctor Ruiz en la casa del Kaid Checha, en Cabo de Agua. A la derecha aparece el también periodista Peris Mencheta, año 1909.

Rogui al Sindicato Español de Minas del Rif, empresa que poco más tarde se transformaría en la CEMR, uno de cuyos principales accionistas era la sociedad G. y A. Figueroa perteneciente a la familia Romanones. Ruiz Albéniz, al que los rifeños apodaron El Tebib Arrumi (el médico cristiano), recorrió todo el Rif, ganándose con su labor como médico la confianza de los rifeños. El médico-periodista realizaba frecuentes excursiones por las tierras no controladas por el ejército español, de las que tomaba apuntes que más tarde sirvieron para confeccionar los primeros mapas del Rif.

También colaboraba con el ejército actuando como guía de las tropas, curando heridos, o como se ha dicho, levantando planos de todos los rincones del Rif. De hecho, ejerció más como médico que como periodista en este tiempo, debido a la campaña que el Ejército español sostenía con los rifeños, distinguiéndose en la atención a los heridos que causó la denominada Carga de Taxdirt que vivió en pleno frente. Pese a ser el corresponsal de *Diario Universal*, realizaba colaboraciones esporádicas con *El Telegrama del Rif* (*El Faro de Melilla*, 24 de marzo de 2012) y con *El Liberal*, y su presencia como corresponsal fue continuada durante las etapas álgidas del conflicto. Sus escritos hablan de la vida de los bereberes y son eminentemente de tipo costumbrista. De su experiencia de esta parte de la campaña publicó en 1909 *La campaña del Rif, la verdad sobre la guerra* y en 1912, *El Riff: estudio de un español en el Norte africano*, en el que analizaba las causas y motivos del conflicto con los bereberes. Más tarde, en 1914, reproduciría sus impresiones en *La carga de Taxdirt*, que rememora la famosa carga de caballería del teniente coronel Cavalcanti a través de la historia de un soldado, “Bu-Suifa” (Copo de nieve), que no deja de ser una historia de tintes belicistas con el trasfondo de las minas. En el primero de ellos, que analiza las causas del conflicto con los marroquíes, advertía que la guerra no había terminado: “Pero... ¿es que ha terminado la campaña? No, en manera alguna. Lo ocurrido en 1909 no es más que el primer capítulo de una larga historia. ¿Será Alhucemas?... ¿Será Ceuta? ¿Será otra vez Guelaya?... no caben predicciones; pero será, será un hecho el que la campaña de 1909 tendrá una segunda, y una tercera, y una enésima parte continuadora” (Rubio Campaña, 2006: 289).

Sin embargo, la primera imagen tardó en llegar. En las primeras ediciones, los diarios reproducían planos de la zona de Melilla donde se detallaban los elementos necesarios

para situar a los lectores y familiarizarlos con los elementos, como las cabilas, las poblaciones, los ríos, las montañas, el ferrocarril. El 11 de julio, *ABC* publicó una fotografía a toda página del lugar tomada con anterioridad del atentado contra los obreros de la vía. Firmada por Morris, y con el siguiente texto: “Camino del Atalayón, Nador, y Zeluán, primera caseta estación en el poblado de Beni Eusar, de la vía española a las minas de Beni Bu-Ifrur, donde anteayer ocurrió la agresión de los rifeños a los trabajadores españoles”. El resto de diarios o bien recurrieron a viñetas humorísticas, vejatorias con la cultura árabe, o a fotografías de una delegación diplomática marroquí que en esos días se encontraba en Madrid. En los días siguientes se publicaron fotografías del embarque de tropas, y esa carrera la siguió liderando *ABC*, que el día 13 reprodujo una instantánea de soldados abordando el *Buenos Aires* en el puerto de Barcelona, titulándola Expedición militar a Marruecos. *Actualidades* también se destacó cuando el día 14, además de la foto de Morris que ya ha publicado *ABC* el día 11, traía otra, también firmada por él, de los trabajos de construcción de la vía férrea asaltada. Un día después, *Nuevo Mundo* publicó unas fotografías de la embajada marroquí en Madrid, al igual que *La Ilustración Española y Americana*, pero con el añadido de unas imágenes del “teatro de los sucesos del Rif” y otras de tipo costumbrista rifeño.

La noticia corrió como la pólvora por las redacciones de los periódicos españoles. Lo que para *La Época* era un “Combate entre nuestras tropas y los moros”, siendo partidario de un castigo a los cabileños compatible con la paz con Marruecos, en *ABC* se reflejaba como “Graves sucesos en Melilla” y ya se preguntaba “¿Comienzo de la guerra? En la misma dirección apuntaba *El País*, que tituló “Agresión contra los mineros”, con el predictivo subtítulo “El prólogo de la guerra”, que responsabilizaba a las compañías mineras de lo sucedido y aún publicaba una versión de la información en la que aseguraba que el ataque estaba anunciado por confidencias que tenía la compañía de rifeños de Quebdana que querían atacar a los trabajadores para hacerlos prisioneros y canjearlos por paisanos suyos apresados por las tropas españolas días atrás en Quebdana, extremo que también recoge el corresponsal de *La Correspondencia Militar*. *El Imparcial*, a través de telegramas de sus corresponsales de Melilla, publicó un extenso relato el día 10, encabezado por el titular a dos columnas “Combates en Melilla”, con la referencia “Rifeños contra españoles”. *El Liberal* anunciaba a una columna “Combate al pie de

Melilla”, con un corresponsal que tampoco firmaba los telegramas que enviaba, y que afirmaba que no sustituiría por un corresponsal especial “hasta tanto sobrevenga alguna irreparable conflagración” (*El Liberal*, 11 de julio de 1909).

Pero conforme pasaban los días, iba fraguándose un clima de resarcimiento entre el estamento militar acuartelado en Melilla. Los periódicos comenzaron a destilar patriotismo y belicismo. El propio Rodríguez de Celis, aunque trataba de disimularlo, se mostraba favorable a una expansión de España en el Rif:

“Aquí todos piensan lo mismo, y todos sienten al unísono. La expansión territorial es anhelada por todos (...). Yo no sé si se equivocan: yo sólo sé que ese es el sentimiento dominante, y yo no soy crítico que juzga, sino repórter que relata. Veo en la expansión, en la ocupación, un porvenir brillante de desarrollo comercial, de iniciativas, de engrandecimiento, y todos a una están dispuestos a coadyuvar a la empresa. Yo aplaudo esa política, porque los moros, más vale que crean que se les viene encima un ciclón que no el que supongan que sólo se avecina un chubasco” (*La Correspondencia de España*, 12 de julio de 1909).

Pero este diario se había mostrado abiertamente contrario a la intervención desde hacía algunas semanas. En un editorial firmado por Juan de Aragón, que no era otro que el seudónimo de Leopoldo Romeo, su director, advertía tanto al Gobierno como al monarca del riesgo de ir a Marruecos, argumentando con rotundidad:

¿A qué vamos á Marruecos? ¿A defender intereses comerciales? Pues si eso se dice, eso es mentira. Y es mentira, porque nosotros no tenemos comercio, en el sentido de expansión. Ahí están Tánger, Larache, Rabat, Casablanca, Mazagán, Saffi, Mogador, Tatúan, Alkazarkebir y Fez. ¿Acaso comerciamos como no sea en ridícula cuantía? ¿Pero acaso no es cierto que hasta España está industrialmente en manos extranjeras? ¿Para qué, pues, venir con esa monserga que a nadie engaña? Antes que pensar en abrir mercados, es menester pensar en crear la materia vendible, el producto elaborado, la industria. Puentes sin viandantes, caminos sin arriería, trenes sin mercancías, hoteles sin viajeros, instrucción sin escuelas, mercados sin industrias, sólo son... ¡cosas de España! Yo comprendo que Inglaterra se abra mercados a tiros, porque tiene qué vender, pero abrirse mercados España a tiros, no me cabe en la cabeza. ¡Intereses comerciales! ¡Pero si eso es una ridícula mentira! En Marruecos, y es menester decirlo y repetirlo, no tenemos intereses comerciales que merezcan derramar ni una sola gota de sangre. Y además ¿acaso sacamos algo práctico con la famosa *Guerra de África*? ¿Acaso sacamos algo con la no menos famosa *guerrita de Melilla*? (...) Morirán unos cuántos soldados, ascenderán otros cuantos, enseñaremos una vez más nuestro desbarajuste, nos pondremos por centésima vez en ridículo llamando al tiroteo, escaramuza; y a la escaramuza, acción de guerra; al encuentro de avanzadas,

combate; al combate, batalla campal; enviaremos más generales que coroneles, más jefes que oficiales, más oficiales que soldados, más promesas que realidades, más proyectos que hechos, y por todo sacar, sacaremos sólo una cosa: sangre al pueblo y dinero al contribuyente. (...) ¿No se adivina que estamos buscando el que nos ataquen para sincerar la agresión? (...) Yo le digo [a Maura], que el ir a Marruecos, es la Revolución, y al decírselo, sirvo á la Patria y al Rey, mucho mejor que haciendo creer al Rey y a la Patria, que el ir á Marruecos, conviene a la Nación y a la Monarquía. (*La Correspondencia de España*, 12 de junio de 1909)

La luz de alerta se encendió en las redacciones. El 12 de julio los periodistas García Cárdenas y Villar embarcaron para Melilla, y también el redactor jefe de *El Noticiero Sevillano*. El día 14 comenzó el desembarco de tropas. El día 16 ya se hallaban en la plaza el redactor José Rocamora y el fotógrafo Alfonso Sánchez García de *El Heraldo de Madrid*, y los corresponsales de *El Noticiero Sevillano*, *El Guadalete*, de Jerez, y *La Unión Mercantil* y *El Cronista* (Juan Villar Ortega), de Málaga. El día 20 llegó desde Tánger, con escala en Málaga, una figura destacada del periodismo nacional, el director de *El Imparcial*, Luis López Ballesteros, que se puso al frente de los corresponsales de su diario. *La Vanguardia* recurrió a los servicios de Cándido Lobera, propietario de *El Telegrama del Rif* y capitán de artillería. El 23 desembarcaron el redactor Francisco Sánchez Ocaña y el fotógrafo Ramón Alba de *ABC* y de los periódicos de que es

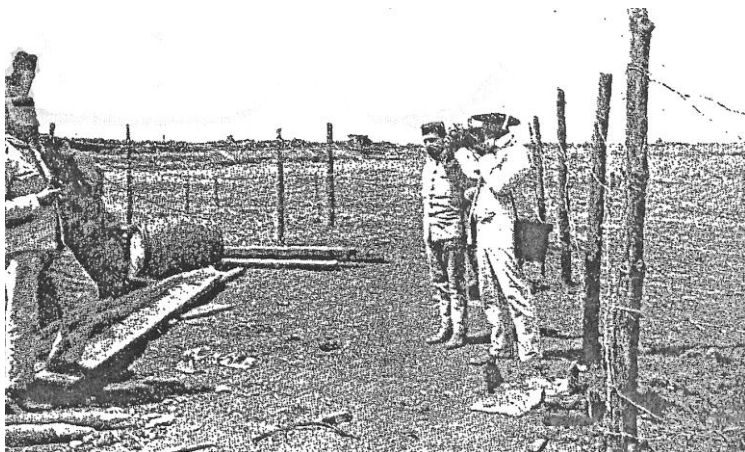


Ilustración 14. Nuestro enviado especial fotográfico, Sr. Alba, en el campo de operaciones. Foto: Goñi

Blanco y Negro, 14 de agosto de 1909.

propietaria la Sociedad Prensa Española. Posteriormente llegó el fotógrafo Francisco Goñi y ficharon al periodista de *El Telegrama del Rif* Jaime Tur. Sánchez Ocaña acumulaba también una buena experiencia, debido a que en 1907, junto con Felipe Ovilo, que fallece tres meses antes, cubrió los sucesos de Casablanca. Por la Agencia Prensa Asociada llegó Mariano Urbano Lanaspá (*El Telegrama del Rif*, 30 de julio de 1909). Días después se incorporó otro referente del periodismo de la época, Francisco Peris

Mencheta, y con amplia experiencia en la tercera guerra carlista y en la crisis del fuerte de Sidi Aguariach de 1893.

La posibilidad de una nueva guerra en Marruecos causaba una gran preocupación en la sociedad, que temía una nueva matanza de soldados, manifestándose abiertamente en contra. El año anterior, las tropas españolas habían ocupado la Restinga y Cabo de Agua y los militares tenían cada vez mayor influencia en la política nacional, por lo que todo indicaba que había grandes probabilidades de un enfrentamiento. Además, el derrocamiento del sultán por su hermano Muley-Hafid (Tuñón de Lara, 1978: 186), aunque reconocido por las potencias en enero de 1909, ocasionaba el rechazo de la población del Rif, lo que todavía añadía más inestabilidad a la región. Así, el día 11 el Partido Socialista había organizado actos de protesta, en sintonía con una parte de la burguesía liberal.



Ilustración 15. Nuestro compañero de redacción sr. Sánchez-Ocaña (X) y varios oficiales conferenciando con unos moros confidentes. Foto Alba. (N. del A.: José Rocamora, de *Heraldo de Madrid* aparece a la derecha).

Actualidades, 17 de agosto de 1909.

De hecho, desde el inicio, los periodistas reconocían lo gravoso en vidas humanas que resultaba la presencia del ejército en el lugar y que la situación no era tan ventajosa, pese a estar frente a grupos de civiles armados únicamente con fusiles Mauser, sin instrucción militar, que se organizaban en guerrilla. Asimismo se manifestaban abiertamente partidarios de lanzar una ofensiva sobre los rifeños, a modo de escarmiento, y eso sí, de depurar responsabilidades una vez realizado. Nicanor Rodríguez de Celis, partidario de la acción militar, comentaba con optimismo después del primer combate:

“Enviaros una opinión acerca del porvenir es muy difícil, pues en mi larga estancia en Marruecos he aprendido que aquí está todo subordinado a la versatilidad de los moros, o mejor dicho a su

condición traidora, que hoy les hace decirse amigos leales y mañana les impele a asesinar al supuesto amigo (...) Creo sin embargo que el general Marina irá hasta donde quiera ir sin necesidad de librar cruentas batallas (...) La ocupación del Kelaia, desde Tres Forcas hasta Beni-Said y desde Restinga hasta Zeluan será pronto un hecho consumado” (*La Correspondencia de España*, 11 de julio de 1909).

Desde posturas más conservadoras, y con una visión clara de la capacidad de un ejército de reemplazo, Sánchez Ocaña se decantaba a favor de un escarmiento rápido y decisivo más que de una guerra a los rifeños. Rechazaba la postura del ejército de estar a la defensiva por lo gravoso en vidas que resultaba. Y ahondaba en una postura crítica al considerar que primero se terminara con la sangría de vidas españolas, de manera tan estéril, y después se depuraran responsabilidades en España, de políticos y no políticos, de quienes fuera. “Porque sino ¡Dios mío! esto va a ser una gran vergüenza” (*ABC*, 29 de julio de 1909). Además de narrar los sucesos bélicos, Sánchez-Ocaña organizó la “Estafeta de ABC” que junto con Jaime Tur y los fotógrafos destacados por el diario iba por los campamentos y hospitales, llevando a los soldados noticias y encargos de sus familiares, escribiendo cartas a los que no sabían escribir o no podían.



Ilustración 16. Grupo de soldados contestando desde una trinchera del zoco a una agresión del enemigo, entre los combatientes se ve a nuestro compañero de redacción, Sr. Tur. Foto: de nuestro compañero Sr. Alba.
(N. del A.: Tur es el cuarto por la izquierda).

Actualidades, 1 de septiembre de 1909.

Todavía más pesimista, López Ballesteros concluía su primera crónica, con el reciente recuerdo de Cuba, afirmando que “esta herida de Melilla es tan grande que por ella puede escaparse en poco tiempo lo que nos resta de energía nacional” (*El Imparcial*, 22 de julio de 1909). Al llegar, Rocamora también describió la situación con preocupación, desconfiando abiertamente de las opciones de un enfrentamiento contra los rifeños:

“Esto es una plaza fuerte cercada por el enemigo, amenazada por vecindad que brinda a la muerte el holocausto de la juventud por la reconquista. Hoy y mañana, si persistimos en nuestra conducta abominable, seremos víctimas de las audacias marroquíes, y la negligencia de España establecerá de hecho un tributo de vidas a la barbarie moruna que hace ya muchos años no debíamos pagar” (*Heraldo de Madrid*, 22 de julio de 1909).

Aunque la prensa liberal y conservadora recurrió a estos argumentos para respaldar la presencia de un ejército en Marruecos, la prensa de izquierdas manifestó su abierta oposición a que el Gobierno arrastrara a la nación a una campaña inoportuna y arriesgada sólo por defender los intereses de las compañías mineras. *El País* de esos días llevaba significativos titulares como “La plutocracia satisfecha” o “Callejón sin salida”, escritos desde la redacción de Madrid, que dan idea de una postura abiertamente en contra de la guerra y del envío de reservistas:

“puede eso satisfacer al egoísmo de clase, de la clase a que pertenecen los accionistas de las minas, no puede satisfacer a ningún buen español ni a ningún hombre honrado” (*El País*, 21 de julio de 1909).

La presencia de los intereses mineros en los telegramas y crónicas de los corresponsales es muy reducido o casi inexistente. El tema se trataba en otros apartados de los diarios y sobre todo en *El País*, que desde el principio fijó muy claro el objetivo de España en Melilla y para qué se enviaba a los soldados. En el resto de la prensa no hubo una denuncia general del origen profundo de los intereses que se defienden. Solo menudea algún comentario puesto en boca ajena, como los gritos que supuestamente dirigían los rifeños en los primeros días de combates a los soldados españoles: “¡tomar mina!, ¡tomar mina!” y que recogía *La Correspondencia de España* del 25 de julio, diario, que como se ha expresado con anterioridad, había manifestado abiertamente su oposición a una aventura militar en Marruecos. A pesar de que la censura militar se ejercía sobre informaciones que afectaban directamente al ejército y no entraban en el análisis de los

intereses económicos de empresas privadas, contrasta el punto de vista de los corresponsales españoles, circunscritos al ámbito del honor patrio y al paternalismo con los rifeños, con el de los extranjeros, que expresaban un punto de vista más cercano a la realidad. Quedan perfectamente visibles ambos pareceres en una entrevista que el corresponsal del *Dagens Nyheter* sueco, David Sprengel, hace al director de *El Imparcial*, Luis López Ballesteros, y que sale publicada en el diario el 23 de agosto de 1909. Desde la primera pregunta se anduvo sin rodeos:

-¿Piensan ustedes, los españoles, obtener ventajas, beneficios económicos, de esta campaña en África? ¿Es una guerra de conquista de territorios? ¿Buscan ustedes utilidades industriales, minas, agricultura, puertos?

-Creo que no, Mr. Sprengel. Creo que el origen de esta campaña fue simplemente el asesinato de cuatro trabajadores españoles, y que su primera finalidad consistió en el castigo del bárbaro desmán.

-Pero, ¿después?

-Después, los rifeños nos han atacado, nos han hecho derramar mucha sangre española. Ahora hay que avanzar.

-Bien, avanzar. ¿Me puede decir usted para qué?

-Mr. Sprengel, hay que salvar el honor nacional.

-¿De modo que sólo se avanza para salvar el honor nacional?

-Sí, señor, principalmente por eso.

-Pero ventajas, ¿ventajas materiales?

-Temo que ninguna.

-Pues no lo entiendo.

No entendía Sprengel una argumentación basada en la movilización de un ejército con el simple objetivo de lavar el honor patrio, descartando el interés económico. E incluso le resultaba incomprensible que un periódico de ideario liberal como *El Imparcial*, defensor de las tesis del partido liberal, y contrario a la política de los conservadores que dirigía el presidente del Gobierno, Maura, apoyara la campaña de Melilla. La justificación de López Ballesteros, que callaba que los trabajadores españoles lo fueran de las empresas mineras, no dejaba lugar a dudas:

“¿pero qué quiere usted que hagamos? Un ejército de 30.000 hombres lucha en África. Hay que ponerse a su lado. Se trata del honor nacional” (*El Imparcial*, 23 de agosto de 1909).

Un mes antes de escribir López Ballesteros este artículo se habían producido altercados muy graves en Madrid, y una auténtica revuelta social en Barcelona que tenían como causa el envío de más soldados a Melilla.

2.7.2 Crece la oposición al conflicto

Después del primer envite, el general Marina pidió refuerzos al Gobierno para doblar el número de efectivos de la guarnición, que le envía tres brigadas mixtas de Cazadores, formadas en su mayoría por reservistas de las quintas de 1903 y 1904. La movilización de hombres que ya habían sido separados del servicio militar y que podían casarse y por lo tanto, fundar una familia fue muy mal recibida por las clases obreras de las principales zonas urbanas. Agravaba el malestar el hecho que legislación de reclutamiento vigente permitía quedar exento de la incorporación a filas mediante el pago de un canon de 6.000 reales, cantidad que no estaba al alcance de las capas sociales inferiores. En Madrid y en Barcelona se congregaron 6.000 hombres que tenían como denominador común su reciente paternidad y ser el principal o el único aporte a la economía familiar. El 18 de julio embarcaron las tropas en el puerto de Barcelona con gran contestación popular. Se produjeron graves altercados ante el embarque de los soldados, que llegaron a desbordar a las fuerzas de orden público, y se dieron casos de reservistas que hubieron de ser subidos a empujones y que se cayeron al mar. Para completar la indignación de los reservistas y de sus familias, conviene que saber varias damas de la alta sociedad catalana repartieron medallitas y escapularios (Tuñón, 1978: 192-193). El ministro de la Gobernación había impedido la circulación de estas noticias por teléfono y telégrafo. El conocimiento de los sucesos llegó a Madrid por personas procedentes de Barcelona y no fue de dominio público hasta el día 20 de julio. Los únicos diarios barceloneses que de hecho reflejaron estos sucesos, que se publicaron obviamente censurados, son *El Noticiero Universal* y *El Progreso*, que cita algunos detalles, según *La Correspondencia de España*, 21 de julio de 1909. Estos sucesos fueron agravándose con los días, dando origen a una auténtica revuelta popular, que ha pasado a la historia como la Semana Trágica de Barcelona. Un día después, el 21, se registra un suceso similar en la estación del Mediodía de Madrid. Una muchedumbre se agolpó en los andenes oponiéndose al envío de miles de padres de familia a un futuro incierto.

2.7.3 “Avanzaremos algo”

Estas dos reveladoras palabras pronunciadas por el general Marina en exclusiva a Rocamora, del *Heraldo de Madrid*, dos días después del desembarco del periodista en Melilla y recogidas en una entrevista que publicó el 18 de julio, alimentaron las expectativas de los partidarios de un castigo a los rifeños, se convirtieron en el estímulo informativo de los periodistas en Melilla y animaron a otros a realizar el viaje. Con estas dos palabras en la mente, los periodistas hacían especulaciones con base en los preparativos, aprovisionamientos, descarga de materiales y llegada de contingentes, todo ello con el fin puesto en descubrir cuándo se lanzaría el avance, ser testigo y poder narrarlo desde primera línea. La competencia por dar la exclusiva del inicio del avance fue febril. Sánchez Ocaña relataba:

“Los periodistas viven constantemente emulados para ver quién hace más, todos estamos con el pie en el estribo, con el lápiz en ristre, con los preparativos hechos, ojo avizor, para no faltar a la salida, porque ¡cualquiera se retrasa y se va solito por ahí adentro un par de horas después que las fuerzas! Y se da el caso gracioso de que unos a otros se ocultan el propósito; de que hay quien pretende ser el primero, y porque no se escape la columna pernocta en los campamentos y no viene de día a la plaza a menos que se haya cerciorado de que volverá a encontrar en su sitio las tiendas de campaña...” (ABC, 22 de septiembre de 1909).

Después del ataque del día 9, se produjeron enfrentamientos con pequeños grupos de rifeños y de francotiradores que disparaban desde los cerros que dominaban el territorio español. Pese a la superioridad tecnológica y numérica, los rifeños causaban pocas pero constantes bajas entre el contingente español. El hecho no pasó desapercibido para los corresponsales, que lo criticaron desde el primer enfrentamiento, a pesar de defender la presencia militar de España en la zona.

Los nombres de los primeros soldados muertos y heridos comenzaron a aparecer en los periódicos el día 12. Por entonces, Melilla tenía acuartelados a 6.000 hombres.

En el teatro de operaciones, los rifeños volvieron a hacer fuego el día 18 sobre las dos y media de la tarde. Hostilizaban las posiciones avanzadas de Sidi Ahmed, donde se estaba construyendo un reducto con capacidad para cuatro compañías y un emplazamiento para dos baterías. Los fotógrafos estuvieron en la línea de fuego.

La crudeza del ataque hizo pedir refuerzos, que llegaron una hora antes del anochecer, compuestos por el batallón de Barcelona (desembarcado el 16). El combate duró toda la noche, con el resultado de 19 muertos, entre jefes y soldados y 31 heridos. A la calma del 19 siguió el ataque del 20, sobre Sidi Musa, Sidi Ahmed y El Atalayón, que resistieron a pesar de que los rifeños llegaban hasta las mismas alambradas de las posiciones (Gallego Ramos, 2005: 105-115). Tenían especial interés en la caída de Sidi Musa que habría provocado la de la Segunda Caseta, en donde estaban instalados los depósitos de aprovisionamiento de las posiciones avanzadas. El ataque fue rechazado, pero perecieron 32 hombres entre oficiales y soldados y hubo 48 heridos. El día 22, los combates llegaron a las puertas de Melilla, hasta la Posada de Cabo Moreno, los Lavaderos (del mineral) y el Hipódromo, lo que llevó al general Marina a pensar en la necesidad de emprender una operación ofensiva para proteger la posición de Sidi Musa y rechazar los ataques. Consiguió su propósito, pero, una vez más, a costa de muchas bajas, causadas por la falta de experiencia de oficiales y soldados en combates con un enemigo que, agazapado en barrancos, no siempre fáciles de detectar, caía por sorpresa sobre las compañías desplegadas para retirarse después con la misma rapidez con la que había atacado. En el combate del día 23, las compañías atacadas fueron las de Figueras, en la que el número de bajas ascendió a dos jefes, ocho oficiales y dieciséis hombres de tropa muertos, y un comandante, diez oficiales y 215 soldados heridos (De Madariaga, 2006: 52-53). Lo que sucedió ese día fue que, por iniciativa propia y contraviniendo las órdenes del general Marina, el coronel Venancio Álvarez Cabrera salió por la noche con el propósito de alcanzar por sorpresa las alturas de Ait-Aixa, a la vista de Sidi Musa. Al amanecer del 23, el coronel Cabrera, desorientado, apareció con su columna en la ladera derecha del barranco del Alfer, muy próximo a la posición de Sidi Musa, con cuyo jefe llegó a comunicar. Los rifeños, al darse cuenta de la desfavorable situación de aquella columna, comenzaron a hostilizarla. El coronel dejó una parte de su fuerza al abrigo de la posición de Sidi Musa y con la restante persiguió a los atacantes, para sacarlos de sus posiciones y hacerlos retroceder, cayendo en el intento él y buena parte de sus hombres (Gallego, 2005: 117-122). Los enfrentamientos tomaron tales proporciones que el general Marina consideró necesario pedir nuevos refuerzos, que fueron llegando los días siguientes hasta la cifra de 17.000 soldados.

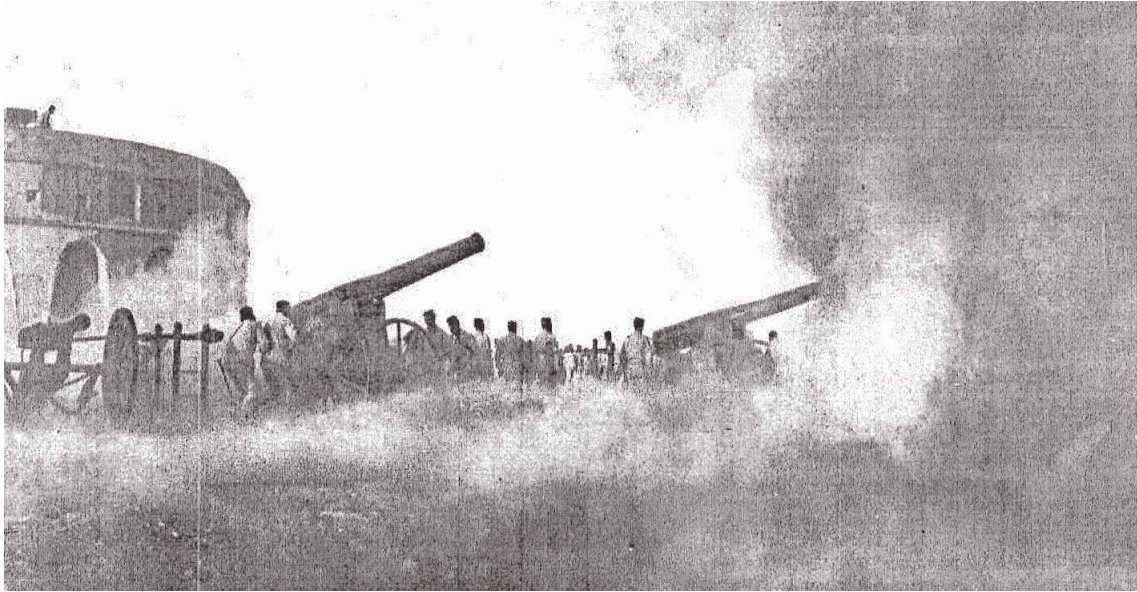


Ilustración 17. Las baterías del fuerte de Camellos, que manda el capitán Asp, haciendo nutrido fuego con los cañones de 15 centímetros. Foto: Goñi

Actualidades, 8 de septiembre de 1909.

Los corresponsales no eran testigos directos de estas operaciones militares, a diferencia de sus compañeros los fotógrafos, que tuvieron acceso a las posiciones de las baterías en presencia del general Marina. Ante la imposibilidad de salir de la plaza, habían de recurrir a soldados y oficiales que regresaban del frente, sobre los cuáles se lanzaban en tromba, o a confidentes que iban y venían de Melilla. Por fin, el día 23 salieron, todos juntos, al campo. El primer relato de los periodistas llegó, por supuesto, después de la nota oficial, que marcaba la pauta de lo que se podía decir, y que los periodistas no podían ni ampliar ni comentar. Sus relatos estaban cargados de elogios a los soldados españoles, minimizando el efecto de las bajas, sin mencionar la indisciplina del coronel muerto y calificándolo de héroe, valiente y patriota. Rocamora, que fue el que más cerca estuvo de las avanzadas ese día, escribió en sus telegramas que:

“el combate ha sido empuñadísimo, de dureza extraordinaria para nuestras tropas, que siguen cubriéndose de gloria con su pujanza y heroísmo. Los jefes y oficiales dan a la tropa el ejemplo admirable de pelear siempre en los sitios de más peligro, a pecho descubierto, enardeciendo el ánimo de sus subordinados con el sacrificio heroico de sus vidas. El combate sigue intensamente. A la hora presente, llevamos doce horas de fuego, mantenidas por nuestros bravos soldados sin mostrar desaliento ni fatigas, bajo un sol cruel que abrasa, sin comer a penas por falta de tiempo, que resta la necesidad de la defensa” (*Heraldo de Madrid*, 24 de julio de 1909).

Ese día iba con su fotógrafo, Alfonso Sánchez García, que firmaba como *Alfonso*, y el corresponsal de la agencia Fabra, Pelayo Sánchez del Arco, todo un veterano que ya había cubierto la campaña de 1860. José Rocamora, que fue el que mejor pudo observar lo que sucedía en primera línea y divisar a los combatientes moros, también fue el que más riesgo corrió. Por muy poco no le alcanzaron las balas de los rifeños. Sus acompañantes *Alfonso* y Pelayo Sánchez del Arco habían retrocedido hasta el campamento del Hipódromo, ayudando a trasladar heridos, como el propio Rocamora, que auxilió a unos camilleros fatigados que regresaban con más heridos (*El Liberal*, 24 de julio de 1909). Las crónicas de ese combate son extensas, con pocas diferencias en el contenido, parecidas en lo descriptivo y en la narración de los hechos, con abundancia de disparos y de comportamientos heroicos. Las de Rocamora y López Ballesteros se diferencian de las de Rodríguez de Celis y de Sánchez Ocaña, que aprovechan que la noche anterior estuvieron departiendo con el coronel Álvarez Cabrera, completando sus informaciones con la conversación que mantuvieron con él. Aunque no lo incluye en su crónica el corresponsal, *ABC* glosa la figura del coronel fallecido en combate. En el otro extremo, Lovera de *La Vanguardia* lo zanja con un breve con un lenguaje y un laconismo que supera el de las notas oficiales.

Las primeras fotografías publicadas fueron de Alfonso Sánchez García en *El Heraldo de Madrid* del 19 de julio. Junto con *Campúa*, de *Nuevo Mundo*, que llegó el 22, formó grupo habitualmente con su compañero Rocamora y con López Ballesteros.

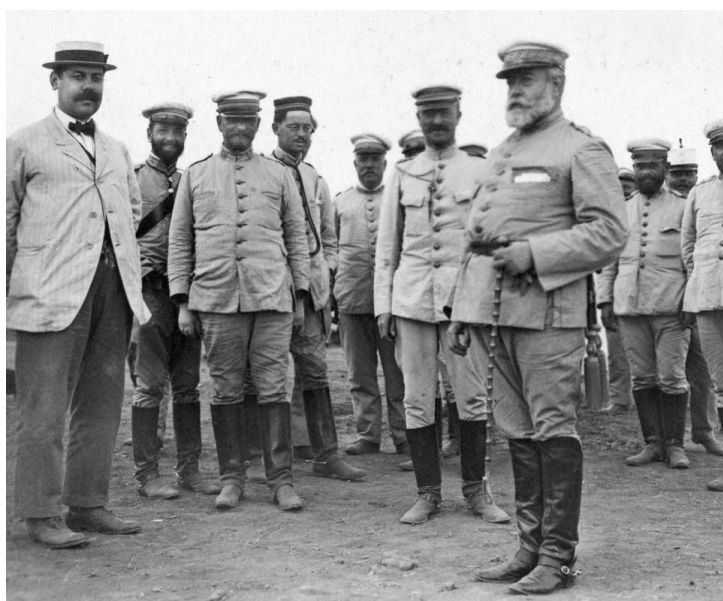


Ilustración 18. El general Marina y su Estado mayor y al lado de ellos nuestro redactor Sr. Rocamora. Fotografía de nuestro enviado a Melilla Sr. Alfonso.

Heraldo de Madrid, 19 de julio de 1909.

Se adjudicó la exclusiva y sus fotos se insertaron en la segunda plana, -dado que con motivo de la muerte del infante D. Carlos aparece una composición con las fotografías de él, su esposa y su hijo-, siendo la principal un posado en la que presentaba al general



Ilustración 19. Trabajos en el campamento. Levantando una trinchera. Fotografía de nuestro enviado a Melilla Sr. Alfonso.

Heraldo de Madrid, 19 de julio de 1909.



Ilustración 20. El fotógrafo de ABC en el globo "Reina Victoria". Nuestro compañero Sr. Alba y el oficial de ingenieros que realizó las observaciones del miércoles en la barquilla del globo momentos antes de la ascensión.

Archivo Fotográfico ABC.

Marina de manera destacada y su Estado Mayor, y a un lado el propio corresponsal, Rocamora, para certificar que la fotografía tenía actualidad. La segunda foto era una instantánea de los trabajos en el campamento que realizaba un grupo de soldados para cavar un atrincheramiento.

Las que desde ese día se publicaron, que solían ser dos y tres diarias, corresponden a escenas de campamento, de alto valor emocional para los lectores, y algunas de relevancia bélica como instantáneas de disparos de cañón y de soldados parapetados.

Hasta ese día sólo se habían publicado fotografías de paisajes en *Nuevo Mundo*, y algunas imágenes en *La Ilustración Española y Americana* de la embajada marroquí en Madrid y paisajes y escenas costumbristas rifeñas. En la revista ilustrada *Actualidades*, en su edición del día 21, aparecían varias instantáneas de gran formato con el general Marina como protagonista mientras conferencia con otros militares, que firma Alba. A él le correspondió el privilegio de realizar la primera fotografía aérea de la historia, desde un



I

Ilustración 21. Melilla desde la barquilla del globo militar. 1 Melilla, 2 Vista Alegre, 3 El Muelle, 4 Almacenes, 5 Río Oro. Fotografía de nuestro enviado especial Sr. Alba.

ABC, 17 de agosto de 1909.

globo militar, durante esta etapa. No obstante su valía, fue publicada en la página 2. *ABC* prefirió dar la portada a una imagen familiar, la del capitán López Ochoa, jefe del fuerte de Sidi Aguariach, su esposa y su hijo Luisito, que protagonizaron la crónica publicada de Sánchez-Ocaña el día anterior. ¿Cuándo se tomó exactamente la foto desde el aire? El día 14 de agosto, que era sábado, *ABC* publicó una foto de Alba subido a un globo posado en tierra y el 17 una imagen aérea de Melilla tomada por Alba. El lunes 23 de agosto el diario anunció que Alba se subió al globo “después de obtener misteriosamente autorización superior”. Esa foto se pudo haber tomado el mismo día 14. Aunque así sea, Campúa de *Nuevo Mundo* también ascendió como Alba numerosas veces en la barquilla desde las que realizó tomas (Montoto, 2009: 16). El fotógrafo M. Asenjo publicó su material elaborado en Melilla en *La Ilustración Artística* a partir del 2 de agosto, aunque otros como Barrios, Guijarro, el capitán Lorduy y el propio Rittwagen también firmaban.

La fotografía del primer combatiente muerto apareció en la edición del día 25 en *ABC*. Se trata del comandante de artillería José Royo, que aparece en el suelo semicubierto



Ilustración 22. El combate del día 23. El general Marina (X) escuchando la lectura de un telegrama del campamento cuando presenciaba el desembarque del batallón de Figueras. Foto de nuestro enviado especial Sr. Alba.

Actualidades, 21 de julio de 1909 y *ABC*, 26 de julio de 1909

por una manta, y del que apenas se ve la cabeza, rodeado de un grupo de soldados y civiles, en actitud solemne. La foto, que firmaba Barrios, está disparada desde el suelo, al nivel del fallecido y lleva como título “Las víctimas de la campaña”. Ramón Alba

publicó su primera imagen el día 21 en *Actualidades* y el 26 en *ABC*. Se trata del general Marina “escuchando la lectura de un telegrama del campamento cuando presenciaba el desembarque del batallón Figueras”.

Ilustración 23. Exposición en el campamento del cadáver del heroico comandante de artillería D. José Royo (x). Foto Barrios.

ABC, 25 de julio de 1909



En la edición del 28 de julio de *Actualidades*, publicó, a doble página, la llegada a la plaza del teniente Alberto Molina, herido y portado en una camilla por soldados. Añadía la información que cuando fue curado de las heridas del combate del día 18, volvió a ser herido el día 23. Publica otra foto de un grupo de heridos que llegan a Melilla, y otras de los principales generales al frente de las operaciones como Marina, Del Real con su Estado Mayor, que son posados.

El segundo militar muerto en la campaña apareció en la portada de la edición del día 28 de *El Heraldo de Madrid*, que firmaba Alfonso, con unas dimensiones considerables. Se trata del “cadáver del teniente coronel Ibáñez Marín, al ser colocado en la caja por los soldados de su batallón”. También en portada pero en el faldón y en mucho menor tamaño publica la escena de un grupo de heridos que son recogidos por el furgón de sanidad para conducirlos al hospital. Se da la circunstancia que esta impactante fotografía se publicó el mismo día que el diario dio a conocer, en su página dos, la muerte del general Pintos y el desastre del barranco del Lobo. Es la edición de la noche. Si se tiene en cuenta que ese mismo día se había puesto a la venta *Actualidades*, que traía la imagen de un teniente herido en camilla, se puede suponer una profunda conmoción en la opinión pública.

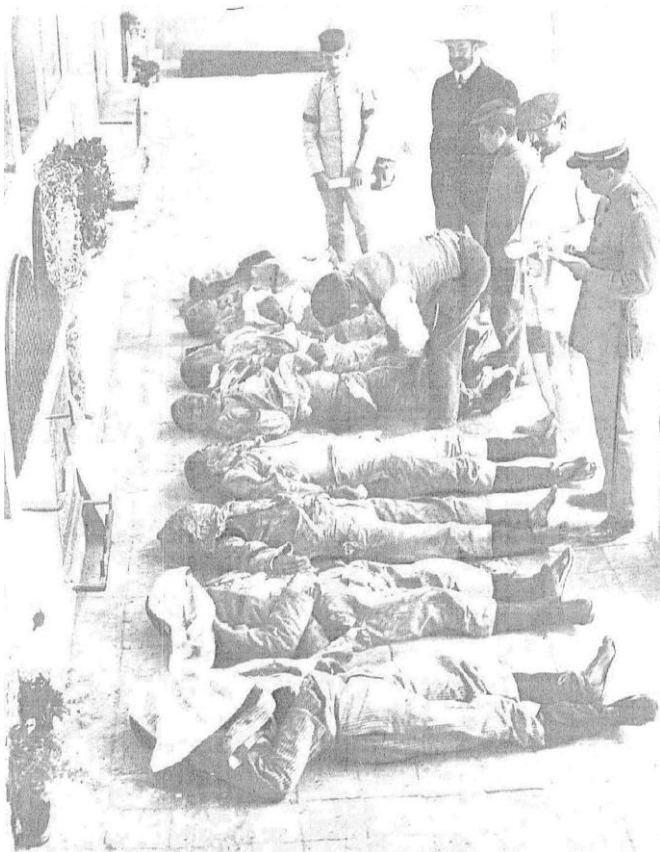


Ilustración 24. Cadáveres de ocho soldados depositados en las galerías del Cementerio de Melilla. El juez militar practicando la identificación de las víctimas. Foto Campúa.

Nuevo Mundo, 29 de julio de 1909.

Campúa firmó sus primeras fotografías de “las víctimas de la guerra”, que aparecieron publicadas en *Nuevo Mundo* el 29 de julio. La más significativa corresponde a un grupo de soldados muertos, pero tiene otras como la de una bodega del ferrocarril minero convertido en tren militar para el traslado de heridos, en el que se observan cuatro que son transportados en camillas; y de un grupo de soldados regresando de una operación que cargan con algunos compañeros heridos que no pueden caminar. También se recogen instantáneas de acciones de disparos de cañón y de fusilería. Se adelantó a *La Ilustración Española y Americana*, que salió el día 30 con un suplemento de cuatro hojas con escenas del campamento y operaciones, que sólo llevaba una foto del desembarque de soldados en Melilla, siendo la de menor relevancia informativa de todas las publicaciones semanales.

2.7.4 La organización de la censura

La capacidad de acción de la prensa en España en 1909 estaba delimitada muy especialmente por la Ley de Jurisdicciones, promulgada en 1906 tras el asalto de los

oficiales de la guarnición de Barcelona a las sedes de las publicaciones catalanistas *Cut* y *La Veu de Catalunya*. Con esta norma, que suponía un importante recorte de las libertades públicas, quedaban sujetos a la jurisdicción militar los delitos de imprenta comprendidos en la vaga denominación de “injurias u ofensas claras o encubiertas al Ejército” (Seoane y Cruz, 2007: 177) y a la patria cuando se efectuaban a través de la prensa u otro medio escrito. Con el transfondo de un gran malestar social, la relación entre el Gobierno, y muy especialmente los militares, y la Prensa era de desconfianza.

Desde un inicio se intentó dificultar el acceso de la población a la información procedente de Melilla. Los telegramas se expedían en la oficina de Telégrafos de la ciudad y llegaban a la Oficina de Telégrafos de Madrid, y de ahí, se remitían al ministerio de la Gobernación, donde eran leídos por un “gabinete negro”, como lo califica *La Correspondencia de España* el 10 de julio de 1909, y devueltos a la oficina madrileña, que los enviaba a los periódicos destinatarios. En ocasiones, el orden de los telegramas era alterado en el ministerio, lo que tenía como consecuencia la dificultad de reconstruir el relato enviado por el corresponsal. *La Correspondencia de España* se quejó de esta práctica, que sufría de vez en cuando, y por la continuada retención de telegramas dirigidos a ella, lo que opinaba que se realizaba intencionadamente y se favorecía a otros diarios.

En Madrid, el día 20 se reunió el Consejo de Ministros tras interrumpir el presidente Maura sus vacaciones. También lo hizo Alfonso XIII, que se limitó a saludar y despedir a los soldados acuartelados para ser enviados a Melilla, tras lo que regresó a San Sebastián, donde veraneaba. La reunión estaba motivada por el asesinato de los trabajadores españoles de las minas, “y facilitar al general Marina cuantos recursos y elementos necesite para mantener sus posiciones y dejar a salvo el nombre de España” (*El Liberal*, 21 de julio de 1909). Se trató exclusivamente la cuestión de Melilla. Al terminar, el ministro de la Guerra dio cuenta detallada de los telegramas recibidos durante estos días, que no habían sido facilitados a la prensa y que en ese momento se hicieron públicos. En el Consejo de Ministros se tomó una medida que afectaba a la prensa: que los periódicos se abstuvieran de poner las noticias de Melilla en carteles y tablones después de las cuatro de la tarde. Con ello, el ministro de Gobernación buscaba evitar aglomeraciones de público en la Puerta del Sol y calles de Alcalá y Sevilla y que

se produjeran incidentes como ya se habían producido un par de días antes, y al igual que en 1893.

Para tranquilizar a la opinión pública, los partes oficiales del gobierno presentaban la intervención como una simple ‘operación de policía’. Pero la opinión pública empezaba a tomar conciencia de que lo que había sucedido en Melilla. España se hallaba ante una campaña militar. Las informaciones que ofrecían los periódicos sobre Melilla dejó de denominarse “sucesos” a convertirse de pleno derecho en “Campaña de Melilla” y empezaron a aparecer en moldes grandes expresiones como ‘campaña sangrienta’ (*El Liberal*), ‘combate sangriento’ (*ABC* y *La Correspondencia de España*) y ‘terrible combate’ (*El Imparcial* y *Heraldo de Madrid*).

La censura se endureció unos días después ante las noticias que rebelaban las numerosas bajas que sufría el ejército español, y por el temor a sucesos como los del 21 de julio en la estación del Mediodía de Madrid, en el que una muchedumbre trató de evitar por la fuerza la salida de reservistas para Melilla, -por cuya información es denunciado *El País* del 22-. Así, el día 25 de julio, el ministro de la Gobernación, La Cierva, prohibió la circulación de noticias sin censurar o contrarias a los intereses del estado. Así se lo comunicaba a los gobernadores civiles, para que se ocuparan de su cumplimiento:

“Habiendo quedado prohibida la expedición de todo despacho particular o de prensa, telegráfico o telefónico, para el interior y para el exterior, que contenga noticias de las operaciones militares de Melilla, movimiento de fuerzas, y cuanto con aquellas se relacione, sólo podrán publicar los periódicos los telegramas oficiales que circulen previa censura para comprobar su exactitud. Si algún periódico publicase otras noticias, aunque sean recibidas por correo, como se trata de revelación de noticias que pueden perjudicar operaciones militares, debe V.E. hacer que en el acto se denuncien y no circulen por correo. Igualmente procurará sean denunciados los periódicos que publiquen los telegramas oficiales con grandes epígrafes sensacionales encaminados a exagerar número víctimas guerra, censurar Ejército o deprimir espíritu público, con daño disciplina militar. La insensata y antipatriótica campaña que viene haciéndose exige una viril defensa de los altos intereses nacionales, que no estoy dispuesto a posponer ni a las pasiones políticas ni al afán de lucro de empresas periodísticas. Cierva”. (*La Correspondencia de España*, 26 de julio de 1909).

La respuesta de la prensa no se hizo esperar. La sombra que extendía el ministro sobre los intereses económicos de las empresas propietarias de los diarios causó tal

indignación que el mismo día *La Correspondencia de España* denunció con un titular a toda página “El gobierno impide todo género de información”, publicó la circular ministerial bajo el título de ‘Silencio’ y contestó que:

“informar bien al público cuesta diariamente unas mil pesetas, y por mucho que vendiéramos, nunca llegaríamos a resarcirnos de esos gastos, por la razón sencilla de que la venta de un número nos deja medio céntimo escaso, y para ganar mil pesetas, deberíamos vender 200.000 números. Los sucesos de Melilla han dado, cuanto más, un aumento de 20.000 números, equivalente a 1.000 céntimos, o sea, 100 pesetas, con lo cual no hay ni para pagar los gastos de un redactor en misión informativa”.

Y culmina diciendo que “asistidos por la razón, respetando las leyes, amando a la Patria, y rindiendo homenaje al Ejército, llegaremos a donde sea menester llegar, para no consentir que en España sea tolerado lo que ya no se practica ni en Persia” (*La Correspondencia de España*, 26 de julio de 1909).

Este comentario fue el detonante para que la última edición de ese día fuera denunciada y recogida, a instancias del Fiscal mediante auto judicial entregado en la redacción a las once de la noche. Por publicar información contraria a los intereses gubernamentales ya habían sido denunciados los días anteriores periódicos como *Nueva España* y *El Mundo* de Madrid, y *El Progreso* y *El Poble Català* de Barcelona. Y a mediados de agosto lo fueron por el mismo motivo, es decir, por haber publicado en sus periódicos noticias y comentarios relacionados con la guerra, los directores de *El Liberal*, *La Vanguardia*, *El Poble Català* y *El Progreso* (*El Imparcial*, 17 de agosto de 1909). Pero sin duda, el encarcelamiento del director de *La Correspondencia de España*, Leopoldo Romeo, sería el que más impacto tendría entre la Prensa.

La protesta se extendió por todas las redacciones de los diarios de tirada nacional y hasta en algunos de ámbito castrense como *La Correspondencia Militar*. Una comisión de periodistas formada por el director de *Diario Universal*, Daniel López, de *El País*, Roberto Castrovido, de *ABC*, Ángel M. Castell, de *La Correspondencia de España*, Leopoldo Romeo, y de *El Liberal*, Alfredo Vicenti, se entrevistó con el ministro de Gobernación, La Cierva, para conocer el espíritu de la circular y hasta dónde llegaban las limitaciones impuestas a los periódicos en lo referente a las noticias de Melilla. Éste les dijo que la prohibición no se refería a los despachos de Melilla, los cuales, habiendo

pasado por la censura del gobernador militar de la plaza, traían ya autoridad suficiente, sino a los de procedencia distinta, relacionados con la campaña, y en que pudiese haber informaciones inexactas, reservables o susceptibles de causar alarma y depresión en el ánimo público. Todos ellos terminaron firmando un texto de protesta. No obstante, pocos momentos después, los corresponsales empezaron a telegrafiar desde Melilla avisando de que aquella oficina de Telégrafos tenía órdenes enviadas por el ministerio de la Gobernación de no transmitir a la Península despacho alguno de la guerra, aunque en él apareciesen el sello y el V. Bº de las autoridades militares. El ministro achacó a un error de la oficina de Telégrafos de Melilla el hecho de que no se transmitieran.

Incluso varias semanas después la censura seguía siendo férrea, como reconocía Sánchez-Ocaña, de *ABC*, que iniciaba su crónica del día sobre la toma del zoco afirmando:

“Muy pocas palabras puedo decir sobre esto, pues la censura mantiene su advertencia prohibiendo reproducir en carta palabras y conceptos que tachó en telegramas. En los míos el lápiz rojo no suprimió más que la tontería de 385 palabras, todas las referentes á detalles topográficos de las cercanías, á la probable consecuencia de continuidad ó de acesión, por decirlo de algún modo y, en fin, a consecuencias inmediatas. Ni siquiera se dejó transmitir detalle alguno de cómo se utilizarán los pozos. En otro despacho se me impidió hablar de los hornos de campaña, y eso que en la noticia iba un merecido elogio á la administración militar. Compañero ha habido que se vengó del rigor de la censura, en cuanto a la esencialidad de la operación, metiendo unos centenares de palabras con pintorescas descripciones, manera un poco rara de pasar el rato” (*ABC*, 30 de agosto de 1909)

A pesar de esta situación, a mediados de julio de 1909 el general Marina realizó unas declaraciones en las que “deseaba que llegaran a Melilla periodistas capaces de realizar una información que importa tanto a España” (*Heraldo de Madrid*, 18 de julio de 1909). Y realmente intercedió por los periodistas ante el ministro de la Guerra, como demuestra un telegrama fechado el 27 de julio, en el que algunos periodistas le expresaron la situación en que quedaban tras las últimas disposiciones y le advirtieron de su retirada⁶.

⁶ AGM, FA, rollo 183, carpeta 8.

Cuando los corresponsales llegaron a Melilla se dieron cuenta de que ni sus telegramas ni sus crónicas podían desviarse del contenido del parte oficial y de las notas oficiosas del día. Podían hablar con los soldados y con los oficiales en el interior y en los campamentos del exterior de la plaza, pero no podían ir más allá. Y mucho menos, comunicarlo libremente. El propio general Marina autorizaba la entrada de los periodistas, a petición del ministro de Estado, como está documentado en el caso del corresponsal del *Standard* W. Lowry Carry el día 2 de agosto⁷.

El general Pedro del Real, del Gobierno Militar, explicaba a los periodistas el método de trabajo que se debía seguir, tratando de impedir “los errores de orientación y diciendo siempre la verdad”:

“Anticipar las noticias al Gobierno y permitir a los corresponsales de los periódicos que utilicen la forma retórica que quieran para exponer su pensamiento. No obstante, la verdad debe ser el fondo de todas las informaciones, para que la opinión pública no sea inducida y arrastrada por los errores ni por los entusiasmos inoportunos, ni por desfallecimientos inmotivados” (*El Heraldo de Madrid*, 16 de julio de 1909).

El servicio de prensa del Ejército en Melilla no sólo recababa la información y después de procesada se comunicaba oficialmente a Madrid. En las dependencias del Gobierno Militar también se hacía un seguimiento de las informaciones que se publicaban sobre el conflicto tanto en la prensa nacional como en la extranjera y la escrita en árabe y después de procesada se enviaba también a Madrid.

Una vez enviada a Madrid, la información se ponía en conocimiento de los corresponsales. Los partes oficiales se encontraban disponibles tarde, después de las nueve de la noche. Esto propiciaba que circularan noticias de todo tipo y se recurría con frecuencia a los oficiales, a los soldados, y también a los confidentes rifeños.

En esta ocasión, por encargo del gobernador militar de la plaza, los comandantes de Estado Mayor Fernando Pérez Lagreda, Jordana y Antonio Rabadán son los responsables de ejercer directamente la censura sobre los textos que debían presentarles los periodistas. Algunos corresponsales que se encuentran en Melilla antes del estallido del conflicto, como Rodríguez de Celis, tenían autorizaciones verbales basadas en

⁷ AGM, FA, R. 183, C. 8.

relaciones de amistad para poder seguir las operaciones y obtener la información. Los censores permanecían en sus despachos dos terceras partes del día y de la noche dedicados a la tarea de leer las informaciones de los periodistas. Los corresponsales mantuvieron una relación muy difícil con los censores, a los que tan pronto elogiaban como denostaban. Mencheta describe su relación con ellos:

“No porque haya tachado con el lápiz rojo algunas noticias, a mi juicio exactas y que me costó sudores el adquirirlas, he de cometer la injusticia de regatear merecimientos al comandante Sr. Pérez Lagreda. Si algún resentimiento tuviese que vengar, que no lo tengo, me bastaría su comportamiento y su exquisita cortesía para calmar mis iras, si fuera capaz de abrigarlas, ante el hecho que voy a citar. Presentéme a que autorizara la transmisión de un telegrama en el instante en que comenzaba a almorzar, y apartando el plato, a medio comer, lo substituyó por mi cuartilla, puso su firma y me retiré agradecido, pensando: ¿Es lícito no dejar comer tranquilo a quien trabaja 18 horas diarias?” (*La Correspondencia de Valencia*, 23 de agosto de 1909, carta XV).

Por lo tanto, sólo después de comunicada la información por los militares al Gobierno, podía ser enviada por los corresponsales a sus redacciones. Y sobre el comandante en jefe de Melilla, el ministro de la Guerra era informado permanentemente de los movimientos de los periodistas y ejercía de manera personal la supervisión del sistema de control desde su despacho. Y se mostraba muy activo en esta función.

El 8 de agosto de 1909, el ministro de la Guerra remitió al general José Marina un recorte de *L'Echo de Paris* para llamar su atención sobre el tratamiento y las referencias a España que realizaban “los extranjeros que tenemos ahí”. Se refería a un artículo firmado por el corresponsal el 31 de julio en Orán. Utilizando como fuente un agente de la Compañía del Norte Africano, acusaba al general Marina de distribuir a las tribus amigas 200 fusiles y municiones que se usaron contra los españoles, que las mujeres de los oficiales españoles pagaban con cartuchos a los indígenas sus compras y que se distribuían fusiles Mauser como premio a los marroquíes el día de la fiesta local de Melilla. El periodista, que firma como S., todavía fue más allá y afirmaba tener unas fotos en las que se observaban operaciones de contrabando en Mar Chica, y concretamente en una de ellas a un comandante español de artillería, hombre de confianza del gobernador militar, encargado de vigilar el desembarco de cajas de fusiles, y que todo el mundo sabía en Orán que un general ya muerto recibía ocho francos por arma entregada a los marroquíes, circulando de mano en mano los recibos

firmados de puño y letra del general. Unas acusaciones tan graves no podían quedar sin desmentir. La maquinaria de comunicación militar se puso en marcha inmediatamente. El mismo día 13 de agosto el coronel en jefe de Estado Mayor de Melilla puso en conocimiento del director general de la Compañía del Norte Africano el contenido del artículo. Este último envió el mismo día 13 una carta de desmentido al director de *L'Echo de Paris* argumentando que el agente era un antiguo capataz de minas que desde el 22 de julio ya no pertenecía a la empresa, usurpando la representación y el nombre de la misma y solicitando, al amparo de la ley, su publicación en el mismo lugar que el artículo origen de la polémica. Una copia de esa carta fue remitida también por la compañía al día siguiente a *El Imparcial*, a *La Correspondencia Militar* y a *El Telegrama del Rif*, solicitando su inserción en un lugar preferente en el periódico, “rindiendo tributo de este modo, por nuestra parte a este ejército digno de todo encomio”⁸. Las explicaciones que dio la compañía al coronel en jefe consistieron en que el supuesto agente, que ya había regresado a Melilla para recoger sus pertenencias, negaba haber hecho declaraciones a nadie.

El ministro volvió a telegrafiar el 13 de agosto de 1909 al comandante en jefe criticando duramente que los corresponsales que había en Melilla y en los campamentos escribían relatos como de “romería”, y que indicaban los objetivos, la dirección de las fuerzas, los reconocimientos que se practicaban, los puntos donde iban a situarse y desvelaban donde se establecían los depósitos de municiones e incluso fotografías de un oficial de caballería seguido de jinetes y que no podía continuarse por ese camino⁹. El propio ministro reconocía que era la segunda vez que daba esta indicación al comandante en jefe y que ya la había hecho al gobernador Militar.

La prensa extranjera fue una de las preocupaciones principales de los servicios de seguimiento de prensa españoles durante todo el conflicto. De hecho, avanzado el conflicto, existía un departamento que se dedicaba exclusivamente a su seguimiento, realizando traducciones, denominado en 1918 “Información del extranjero”, encuadrado en el Estado Mayor Central del Ejército. Se prestaba gran atención a la prensa francesa y la británica, y de manera especial a *The Times*. Desde las embajadas de Londres y

⁸ AGM, FA, R 183, C. 8.

⁹ *Ibídem*.

París se elaboraban informes de los artículos que contradecían la información que se suministraba en los comunicados gubernamentales. Se remitían al ministro de Estado que a su vez los retransmitía al Alto Comisario. El corresponsal de *The Times*, Harris, criticaba con cierta ironía que mientras se sucedían los ataques de los rifeños a los blocaos y las patrullas con graves bajas, para el gobierno las fuerzas españolas y las tribus rivales se encontraban de picnic en amigable compañía en las montañas.

Los esfuerzos por contrarrestar la propaganda alemana han quedado también reflejados en las comunicaciones de los servicios diplomáticos españoles. En el Ministerio de Estado se recibían informes desde el exterior y se intentaba atajar por el Alto Comisario y el Agente diplomático de Tánger. Por un lado la prensa francesa hablaba de la propaganda alemana en Marruecos diciendo que agentes alemanes con el concurso de ciertos periódicos de Barcelona ponían todo en obra para mantener la anarquía en los confines de las zonas española y francesa en Marruecos. Y por otro el *Times*, cuyo corresponsal, Harris, llegó a resultar molesto para el ministro de Estado, Eduardo Dato, y cuando tuvo ocasión así se lo hizo saber al embajador británico en abril de 1918. El día 9 lo ponía en conocimiento del Alto Comisario:

“Le hablé asimismo del Sr. Harris, exponiéndome él triste idea que tenía de aquel periodista diciéndome también que había señalado a su gobierno defecto antipolítico que producían información de dicho Sr. Aceptando la insinuación que le hice de que sería conveniente para los intereses de ambos países que le retirase corresponsalía del citado periódico”¹⁰.

Los seguimientos que se hacía de la prensa nacional en ocasiones culminaban en la retirada de la circulación de uno o varios diarios cuando las noticias eran consideradas “tendenciosas, completamente inexactas y dando a hechos proporciones que no tuvieron”. Así sucedió con *ABC*, *El Sol*, *El Imparcial*, *El Mundo*, *La Unión Mercantil* en julio de 1918. La forma en que informaron de unos sucesos en Larache, discordante con el parte oficial, molestó al alto mando y el general en jefe de la Comandancia de Melilla, ante la posibilidad de que se difundiera entre la población indígena que leía la prensa ocasionando un efecto y un perjuicio para los intereses militares decidió evitar su distribución¹¹.

¹⁰ AGM, FA, C. 168 y 169.

¹¹ AGM, FA, C. 169, C 6.

La censura también alcanzaba a la prensa que llegaba a la jurisdicción española en Marruecos. Por ejemplo, se retenía para su examen la distribución de la edición en árabe entre los líderes de opinión de la población rifeña (cadíes, faquires, etc.) del periódico francés *Es-Gaada* de Rabat, que se ocupaba de asuntos de la guerra con una orientación que no era del agrado del mando. En cambio, esa misma publicación no se retenía si se remitía a la población europea residente, aunque si la información no respondía plenamente a los intereses militares también podía verse afectado su reparto¹². Hacia 1915 se enviaban a la Oficina Indígena de la Comandancia General de Melilla, encargándose personalmente el capitán de artillería José Darleta, que contaba con la colaboración, entre otros, del teniente auditor Joaquín González-Conde García.

La presión de la censura sobre los corresponsales era constante y provocaba situaciones muy graves, como la prohibición durante numerosos días de comunicar el nombre de las víctimas de los resultados de los combates entre los soldados españoles y los combatientes rifeños. La situación sorprendía hasta al conservador *ABC*:

“respetuosos siempre con las autoridades, acatamos esta orden como acatamos todas, pero también muy respetuosamente declaramos que no se nos alcanza el objeto que puede perseguir. Bien está que la censura militar intervenga en cuanto se refiere a planes y medidas y organizaciones, pero a ocultar nombres, ¿para qué? ¿Para llevar la alarma y la intranquilidad a centenares de familias, a todas las familias que tienen deudos en Melilla?” (*ABC*, 23 de julio de 1909).

Otra manera en que el Gobierno ejercía la censura era a través del silencio informativo, a través de la interrupción arbitraria de las comunicaciones telegráficas o telefónicas con la península, para evitar la difusión de noticias que agravaran el malestar social, que había dado excelentes resultados en 1893. Como se puede inferir, se repite el conflicto informativo. Por un lado, los corresponsales, tratando de obtener información, y por el otro, el ejército, dificultándolo y censurando las crónicas que eran enviadas a las redacciones. La diferencia con la etapa de 1893 es que el ejército ha podido refinar su estrategia, y no sólo en Marruecos, sino también en Cuba. Por el contrario, los periodistas, aunque algunos son veteranos de guerra, tampoco pueden hacer gran cosa

¹² AGM, FA, R. 293, C. 6.

por evitar la situación, salvo criticarla una y otra vez. Aunque, como se verá más adelante, sí que hubo iniciativas para saltársela.

Los corresponsales extranjeros también sufrían la misma censura que los españoles, así como la restricción de movimientos. A finales de agosto el general Marina había dictado órdenes para que no se permitiera a los corresponsales permanecer en las líneas avanzadas durante la noche, aunque podían estar allí todo el día y acompañar a las columnas por el campo. La razón de esta orden se justificaba para impedir la llegada al frente de una multitud de corresponsales que resultaban incómodos.

Sirve de muestra del grado de restricciones de movimiento que padecían los corresponsales la siguiente anécdota. En un restaurante de Melilla bromeaban los fotógrafos Arpa, Alba y Ortiz, quien se preguntaba por qué no vendría El Chadly, un lugarteniente de El Roguí, para que lo conocieran todos. El redactor de *La Correspondencia de España*, que oyó hablar del Chadly, se acercó al grupo y les preguntó si lo habían visto. Le dijeron que sí, y le detallaron una entrevista que habían tenido con él, especificando el sitio, la ropa y sus declaraciones y hasta le mostraron un cigarro puro, como prueba irrefutable. El periodista tomó nota de todo y entre él y su director, el mismísimo Leopoldo Romeo, redactaron una crónica de cincuenta y dos palabras. Al ser presentada a la censura, claro es que no la autorizaron, y llegaron hasta a discutir con el comandante Lagreda la veracidad de la información. El hecho se puso en conocimiento del general Arizón, que lo comunicó a su vez al general Marina, y se dispuso que los periodistas comparecieran en el acto ante los generales. Arizón les dijo que iban a ser expulsados de Melilla por haber atravesado la línea avanzada, y que quedarían sujetos al proceso que se mandaba incoar a los oficiales de la línea que les toleraron pasar hacia Nador. Dado el alcance de la situación, confesaron todo a los generales, y no fueron expulsados (*El Heraldo de Madrid*, 19 de agosto de 1909).

En efecto, los desplazamientos en la retaguardia del ejército español estaban permitidos, pero si se quería ser testigo de lo que sucedía en los frentes era preciso un permiso oficial. Según lo acordado en la Junta de Generales de Málaga, el ministro de la Guerra era el encargado de autorizar la presencia de los corresponsales en las batallas. Por supuesto, todos querían ser testigos de los combates, acompañando a las columnas, pero sólo unos pocos lo consiguieron. Peris Mencheta, Leopoldo Romeo y un corresponsal

francés obtuvieron la autorización para seguir las columnas en la ofensiva de agosto. Los demás se quedaron en la Restinga y desde allí informaron de lo que veían, con la fortuna de que algunos combates se podían ver desde allí.

Debido a la llegada de numerosos corresponsales, el general Marina, que disfrutaba de una buena relación con la prensa, decidió que se les entregara un pase, para poder acceder a las posiciones avanzadas y los campamentos militares, pero con la prohibición de pernoctar. El salvoconducto, que debía renovarse diariamente, debía estar validado por la firma y el sello del Gobierno Militar de Melilla. Decía el texto del pase:

“Gobierno militar de Melilla y plazas menores de África: Permítase el paso a (nombre), redactor de (nombre del medio de comunicación), para que pueda llegar hasta los puestos avanzados, no obstante haberse ordenado que se prohíba el paso a los paisanos” (*El Heraldo de Madrid*, 21 de julio de 1909).

De esta manera se prohibía durante el avance de fines de agosto la pernoctación en el zoco de El-Arba a los periodistas, y así fue comunicado también a un grupo de periodistas franceses, que manifestaron su disconformidad por la decisión, y cuya protesta impidió que otro grupo de periodistas ingleses pudiera pernoctar en aquel lugar. Los periodistas franceses amenazaron incluso con abandonar Melilla (*La Correspondencia de España*, 7 de septiembre de 1909).

El corresponsal de *Le Matin*, uno de los diarios franceses de mayor difusión, abandonó la cobertura debido a las dificultades que le ponía el ejército. El caso incluso originó una carta del director de *Le Matin* al embajador en París, en el que protestaba porque su enviado se hubiera visto obligado a retirarse por negársele facilidades que se concedían a sus colegas alemanes, norteamericanos e ingleses. Desde Melilla se argumentó que el corresponsal fue autorizado como todos con un pase amplio,

“pero se conoce que su carácter e impertinencias han debido crearle dificultades y esto unido a falsedades calumniosas que publicaba el periódico respecto este ejército, que por recortes del mismo he tenido conocimiento, obligó retirarle consideraciones que no merecía, conminando esto su retirada y evitándome que yo le hubiese invitado a ello por dichas circunstancias”¹³.

¹³ AGM, FA, R. 183, C. 8.

Además, el Gobernador Militar de Melilla recibió un telegrama del ministro de la Guerra manifestándole la “inconveniencia” de sus informaciones. Parece que la salida del periodista de *Le Matin* estuvo avalada por las altas esferas políticas españolas y alivió a los militares que se sentían afectados por sus artículos.

En plena campaña, las medidas se hicieron más restrictivas. Incluso hay periodistas a los que ni siquiera se les permitió desembarcar al llegar a África, y tenían que regresar a la Península, aun cuando vinieran provistos de su cédula.

El control de la información publicada en la prensa se ejerció durante todo el periodo, no solamente durante las fases álgidas del conflicto, sino que era permanente. Por ejemplo, unas declaraciones del general Aguilera hechas en Melilla a José Belcázar de *Heraldo de Madrid* publicadas el 11 de enero de 1912 le ocasionaron dificultades al jefe militar¹⁴. Refiriéndose a la actitud firme y belicosa que se debía tener con los combatientes rifeños, señalaba que no sabía representar comedias, dando a entender que las operaciones que se hacían y se habían hecho eran comedias. Inmediatamente, el capitán general de Melilla telegrafió al ministro de la Guerra dando parte el supuesto desprestigio que recaía sobre el mando y pidiéndole que aceptara una rectificación de Aguilera y solicitando al propio ministro que advirtiera a generales y jefes de columnas que no se prestaran a celebrar *interviews* con corresponsales. La preocupación por su efecto en la opinión pública generó entre el ministro y el capitán general de Melilla numerosos telegramas durante el mes de enero, tanto más cuando el general Aguilera no sólo no se retractaba sino que se mantenía firme en lo que había dicho, barajándose la posibilidad de relevarlo y poner el caso en manos de la Justicia. Finalmente, las declaraciones de Aguilera pasaron inadvertidas en la opinión pública.

En otras ocasiones, y de manera muy frecuente, el mando consideraba falsa cualquier noticia que no respondiera a sus intereses, retirando de la circulación en el protectorado las publicaciones periódicas para evitar la propagación de esas noticias entre la población indígena.

¹⁴ AGM, FA, C. 162, C. 11.

2.7.5 El desastre del barranco del Lobo, sin corresponsales

La noche del 26 al 27 de julio las cumbres del Gurugú aparecieron con numerosas hogueras, que era la señal que los rifeños utilizaban para avisar a los milicianos de las distintas cabilas de que estaban preparados para el combate contra los españoles. Esa misma noche, los rifeños habían conseguido levantar la vía férrea y dejar inutilizados los raíles a lo largo de un tramo largo, con lo que el transporte del convoy de aprovisionamiento a la segunda caseta, que se hacía por ferrocarril de la Compañía Norte Africano, tuvo que hacerse con mulos. Para proteger el convoy el general Marina dispuso que saliera una columna compuesta de seis compañías de infantería y una sección de artillería de montaña, así como una brigada de cazadores de Madrid, esta última destinada a vigilar las entradas del Barranco del Lobo y del Barranco de Alfer y a proteger la escolta del convoy en caso de agresión por los rifeños. Aunque sufrió ataques, la columna de escolta logró rechazarlos y llegar a su destino, mientras que la brigada de cazadores de Madrid, al mando del general Guillermo Pintos Ledesma, quedó en situación apurada al encontrarse inesperadamente frente a frente con los rifeños. El terreno en que se hallaba la brigada del general Pintos era aparentemente una pendiente suave, pero cortada por barrancos transversales que confluían hacia el mayor de ellos, llamado del Lobo, y con numerosos cerros. Era un terreno difícil de escalar, por el que los soldados ascendían penosamente bajo el fuego de los rifeños que, ocultos tras las ondulaciones y crestas, los iban diezmado. El general Marina, que observaba las operaciones desde los Lavaderos del Mineral, destacó un enlace con instrucciones de que los soldados no abordaran el flanco derecho del Barranco del Lobo, pero ya era demasiado tarde. El enviado regresó con la noticia de la muerte del general Pintos y de otros jefes y oficiales. Tras asumir el mando, el general Marina ordenó el repliegue, pero los batallones, ya completamente diezmados, sólo pudieron hacerlo a partir del medio día protegidos por el fuego de las baterías. El número de bajas de ese día fue de 17 jefes y oficiales y 136 hombres de tropa muertos y de 35 jefes y oficiales y 564 hombres de tropa y soldados heridos; es decir, un total de 752 bajas (De Madariaga, 2006: 53-54). El cadáver del general había sido trasladado después de la una y a las tres y media ya se había producido el desastre. El general Marina regresó a la plaza a las ocho y media de la tarde (Gallego, 2005: 131-136). Los corresponsales, que no fueron testigos directos de la operación, tuvieron las primeras noticias hacia el final de la tarde

y algunos de ellos las transmitieron, pero sus diarios no las publicaron. Otros como Sánchez Ocaña lo justificaron diciendo que se enteraron después de las once de la noche, con detalles confusos y contradictorios, y por eso no comunicaron la noticia.

A esas horas del día 27, entre las tres y las seis de la tarde se reunió en Madrid el Consejo de Ministros, que acordó la suspensión de garantías constitucionales en Barcelona, Tarragona y Gerona.

En ese momento, la postura de los periódicos con respecto a la guerra tiene un punto de inflexión: antes del 26, la prensa se mostraba contraria, y hay periódicos como *El Liberal*, *El País*, *España Nueva* de Madrid y *El Progreso* de Barcelona, que hacen una campaña abiertamente en contra, pero a partir del 26 de julio, como consecuencia de la suspensión de garantías constitucionales y de la promulgación de la censura previa, los diarios realizan un cambio de orientación, y se manifiestan favorables a la guerra, a prodigarse en las crónicas constantes referencias al honor, la patria, el valor y la gloria.

Las primeras informaciones del desastre del barranco del Lobo llegaron a las redacciones en la madrugada del 27 al 28. En aquel momento solo se sabía que se había producido un combate y que las bajas eran sensibles e importantes. Comenzó a circular por Madrid el rumor de la muerte del general Pintos. *El Imparcial* reconocía el día 29 que el 27 a las ocho de la tarde había recibido un telegrama de su director, López Ballesteros, en el que se les comunicaba el hecho. Evidentemente, no pudo publicarlo. Los periódicos del 28 por la mañana aludían a una nota de la Agencia Fabra que insinuaba que se había librado un importantísimo combate.

La información oficial llegó de la mano del ministro de la Gobernación, a las tres y media de la tarde del día siguiente, quien adoptó la estrategia de minimización de la gravedad de los hechos y su disolución en una acción amplia del ejército. Concretamente, dice a los periodistas que había sido una jornada gloriosa para el ejército, aunque con sensibles bajas por lo tremendo del combate que se había producido con motivo del envío de un convoy de aprovisionamiento de agua. El ministro pide a los periodistas que se abstengan de recoger los rumores que habían circulado desde la noche anterior por Madrid sobre el número y la cantidad de las bajas, y sobre el resultado de la operación. Asimismo, les traslada que las tropas conquistaron

y continúan ocupando varias colinas. El ministro les aseguró que a esa hora no podía concretarse el número de bajas del ejército, pero creía que había un general y dos jefes más (*Heraldo de Madrid*, 28 de julio de 1909). Además, se facilitó a la prensa un telegrama oficial, fechado el 27 a las 23.15 de la noche, del Gobernador militar de Melilla en el que ya informaba de la dureza del combate, de la muerte del general Pintos y de al menos 200 bajas más entre muertos y heridos. Decía el despacho oficial:

“Del Gobernador militar al ministro de la Guerra: Esta mañana nueva noticia que grupo numeroso colocado a nuestra derecha en cañada Gurugú había destrozado 200 metros de vía férrea entre primera y segunda caseta. Ante imperiosa necesidad de enviar agua a posiciones avanzadas tuve que organizar un convoy de carros algibes y carricubas y organizar dos fuertes columnas, una con los coroneles Fernández Cuerda y Axó, de protección, y la brigada del general Pintos, que había de apoderarse de algunas lomas en la falda del Gurugú, ocupadas por los moros amenazando nuestra línea. La brigada del general Pintos, en su brioso avance, se apoderó de posiciones necesarias sosteniéndose en ellas todo el día, hasta que de vuelta del convoy dispuse el repliegue a nuestros campamentos, repliegue hecho con toda precisión y serenidad por parte de las tropas. El combate ha sido tenaz y duro por parte de los moros, rechazados varias veces por fuegos en descargas y fuego de artillería, de querer avanzar hasta nosotros. Nuestras bajas han sido numerosas y sensibles. General Pinto ha muerto gloriosamente al frente de su brigada y al frente de sus batallones también han caído muertos los jefes de las Navas y Arapiles. Las bajas entre muertos y heridos de oficiales y tropa comprobadas hasta ahora pasan de doscientas. El enemigo, como antes dije, debe de haberlas sufrido mayores: se le ha hecho varias veces fuego al descubierto” (*Heraldo de Madrid*, 28 de julio de 1909).

La distribución entre los periodistas de despachos oficiales o notas de prensa era algo que se había iniciado en el Gobierno hacia 1905 (Campos Zabala, 2005: 90), por lo que a estas alturas del conflicto, su uso se encontraba extendido. Como se verá en las etapas sucesivas, el recurso a la nota de prensa oficial y su presencia en los espacios destinados a la información del conflicto se extenderá y su publicación será indispensable, especialmente en la última etapa, bajo la dictadura de Primo de Rivera.

Entre la población, el día 28 fue de gran incertidumbre. Las ediciones matinales de los periódicos de Madrid cerraron con el rumor de que el 27 había ocurrido un nuevo y duro combate entre las tropas y los rifeños, y en cambio, el ministro de la Gobernación había querido minimizar el suceso, lo que hizo generar mayor desasosiego en la gente, que empezaba a desconfiar de la verdad oficial y buscaba la confirmación o el desmentido

de una manera rotunda. El anuncio de la convocatoria de un Consejo de Ministros para las once y media aumentó la inquietud. En él se acuerda extender al resto de España la suspensión de garantías constitucionales decretada para Barcelona, Tarragona y Gerona, para evitar el contagio de los desórdenes, como sucedía ya en algunas otras ciudades, y se aprueba el envío de importantes refuerzos y la supresión de la redención en metálico, por la que el hombre que la pagaba no iba a la guerra.

Con la suspensión de garantías constitucionales dejan de tener vigencia los artículos del 4 al 6, 9 y 13 de la Constitución de 1876.

El artículo 4 decía que “ningún español ni extranjero podrá ser detenido sino en los casos y en la forma que las leyes prescriban. Todo detenido será puesto en libertad o entregado a la autoridad judicial dentro de las veinticuatro horas siguientes al acto de la detención. Toda detención se dejará sin efecto o elevará a prisión dentro de las setenta y dos horas de haber sido entregado el detenido al juez competente. La providencia que se dictare, será entregada al interesado dentro del mismo plazo.

El artículo 5. Ningún español podrá ser preso en virtud de mandamiento de juez competente. El auto en el que se haya dictado el mandamiento se ratificará o repondrá, oído el presunto reo, dentro de las setenta y dos horas siguientes al acto de la prisión. Toda persona detenida o presa sin las formalidades legales, o fuera de los casos previstos en la Constitución y en las leyes, será puesta en libertad a petición suya o de cualquier otra persona. La ley determinará la forma de proceder sumarialmente en este caso.

Artículo 6. Nadie podrá entrar en el domicilio de un español, o un extranjero residente en España, sin su consentimiento, excepto en los casos y en la forma expresamente previstos en las leyes. El registro de papeles y efectos se verificará siempre a presencia del interesado o de un individuo de su familia, y en su defecto, de dos testigos vecinos del mismo pueblo.

Artículo 9. Ningún español podrá ser compelido a mudar de domicilio o residencia sino en virtud de mandato de autoridad competente, y en los casos previstos en las leyes.

Artículo 13 (párrafos primero, segundo y tercero) Todo español tiene derecho: de emitir libremente sus ideas y opiniones, ya de palabra, ya por escrito, valiéndose de la imprenta o de otro procedimiento semejante, sin sujeción a la censura previa.

De reunirse pacíficamente.

De asociarse para los fines de la vida humana”.

Con la información oficial ya en circulación, los telegramas de los corresponsales comenzaron a llegar a lo largo del día 28 con la información que se podía publicar, y se insertaron en las ediciones de la noche y en las del 29 por la mañana. Sólo se les permitía telegrafiar la versión oficial del parte distribuido a la mañana siguiente por el Estado Mayor en Melilla y por la tarde en el ministerio de la Gobernación. Dado que ninguno asistió al combate, elaboraron una narración cronológica de lo sucedido basada en los relatos de los heridos y de los soldados y oficiales que estuvieron y en los propios partes oficiales, poniendo en relieve los detalles, con dosis de pasión fingida y supuesto heroísmo, que sólo sirvieron para dar una nota de ambiente de algo que ya se conocía sobradamente, sin aportar información de interés y sin realizar ni siquiera ningún análisis en la línea de que el desastre del barranco del Lobo demostró las consecuencias de un ejército de reservistas improvisados, sin instrucción, lanzados a la lucha recién desembarcados, sin un período de adaptación al terreno. Eran crónicas con reiteradas alusiones al patriotismo y a la gloria. Rocamora de *Heraldo de Madrid* narraba así el momento crucial de la caída en combate del general Pintos:

“El general Pintos dirigió el movimiento de tropas, movilizándolo su brigada, formada por los seis batallones de Figueras, Las Navas, Barbastro, Llerena, Madrid y Arapiles. El general gritó: “¡Viva España!” y avanzó resueltamente hacia las alturas del Gurugú, donde hubo de apearse del caballo para trepar con mayor facilidad, dado lo escabroso del terreno. Las guerrillas seguían el movimiento de avance sin vacilaciones. El general Pintos se recostó un momento sobre una piedra y entonces, un tiro certero de los moros lo dejó muerto” (*Heraldo de Madrid*, 28 de julio de 1909).

Sánchez Ocaña consiguió elaborar para *ABC* una crónica muy completa y detallada, estructurada en varias partes como “preliminares”, “muerte del general Pintos” y “consecuencias del combate”; bien organizada, sin saltos cronológicos ni añadidos innecesarios, firmada el y publicada el 29 de julio. Así relató el momento de la muerte del general Pintos:

“El general Pintos se encontraba con sus dos batallones de vanguardia en las vertientes del Gurugú. Se volvió hacia sus soldados, señaló con su espada la cumbre que ante ellos se erguía, gritó ¡Viva España! Y se lanzó valientemente hacia las alturas, seguido de sus bravos cazadores. El terreno era accidentado, que tuvo que apearse del caballo para trepar á pie. En un momento en que se apoyaba, en una roca para descansar, una bala enemiga le alcanzó y cayó muerto. La tropa no se arredró ante la muerte de su bravo general; por el contrario, rabiosa, frenética, con empuje

extraordinario, llegó á la meseta que se la había mandado tomar, y allí sostuvo dos horas un fuego vivísimo, causando al enemigo muchas bajas”. (*ABC*, 29 de julio de 1909).

Los relatos de los demás corresponsales de la prensa nacional fueron muy similares. En el caso de Rodríguez de Celis, de *La Correspondencia de España*:

Testigos presenciales de los combates me relatan infinitos hechos aislados de valor heroico realizados por nuestros soldados. Un soldado del regimiento de Barbastro, y del cual solo sé que se llama Agustín y es natural de Colmenar de Oreja, luchó cuerpo a cuerpo con un rifeño. Este trató de herirle; pero fué desarmado y recibió la muerte de manos de Agustín. Cuando las tropas regresaron a la plaza, el valiente soldado traía, además de su fusil, el del moro y la guma de éste. Cuando nuestras tropas se sostenían valientemente, un grupo de soldados era objeto preferente de disparos aislados. Extrañados por el hecho, miraron á su alrededor, y vieron que detrás de unas peñas estaba agazapado un moro. Sereno y tranquilo disparaba metódicamente como si estuviera en un puesto de casa. Los soldados se volvieron hacia aquel solo enemigo, enfilándole con sus cañones.

—No—gritó un soldado,—dejádmele á mí.

Y sereno y valiente, se lanzó hacia el sitio donde estaba el moro. Un compañero de este bravo, avanzó con él, corriendo los dos á pecho descubierto hacia las peñas. No habían andado más que unos pasos cuando recibieron algunos tiros. Afortunadamente no les hirieron, y siguieron avanzando donde estaba el moro. Poco después éste quedaba muerto sobre el campo y en el mismo sitio donde había estado tiroteando. Los dos bravos soldados se reunieron á sus compañeros y continuaron peleando. (*La Correspondencia de España*, 30 de julio de 1909).

Como no se podía publicar el número de bajas, Rodríguez de Celis escribía que “la relación de muertos y heridos es incompleta, y se hace imposible, por lo tanto,



Ilustración 25. Soldados del batallón disciplinario de Melilla batiendo al enemigo en Sidi-Muza. Momento de caer herido un oficial. Foto Campúa.

Actualidades, 5 de agosto de 1909.

telegrafiarla. En los hospitales reina completo orden, y se atiende al servicio de los heridos” (*La Correspondencia de España*, 30 de julio de 1909), lo que se hace inverosímil, tanto hoy como entonces, ante una situación como la avalancha de heridos en un hospital precario como era el de Melilla. En los diarios más críticos, como *El País*, se denunciaba la sangre derramada pero se respalda la ocupación del Rif.

Además, la publicación de la noticia del desastre del Barranco del Lobo coincidió con la de la lista, incompleta, con el nombre de más de doscientos militares heridos que hubo en el combate del 23. Eran soldados y oficiales del Batallón Disciplinario, Regimiento de Melilla, Batallón de Alfonso XII, Cazadores de Estella, Figueras, Reus, Barcelona, Las Navas, Barbastro, Alba de Tormes, Mérida, Treviño y Artillería. No obstante, aunque el día 29 se indicó el nombre de los oficiales que han muerto y que las víctimas mortales habían sido 52, pero nada se informaba de los 510 heridos. El 1 de agosto, *La Correspondencia de España* dio el nombre de los heridos que habían sido trasladados al hospital de Málaga el día 28.

Mientras la situación en Madrid era de tensión contenida, en Barcelona la crispación aumentaba. Se convocó una huelga general para el día 26, que transcurrió sin incidentes graves a pesar de que se ordenó la salida del ejército para contener a la multitud. Al día siguiente, 27, llegó la noticia de la muerte de más de 200 soldados de la reserva, en su mayor parte del contingente que había zarpado de Barcelona el día 18. La rabia se hacía incontenible y se produjeron graves altercados en las calles de la ciudad, levantándose barricadas, convirtiéndose en una auténtica insurrección. La protesta, que en un inicio era antibelicista, se convirtió en anticlerical con el incendio de iglesias, conventos y escuelas religiosas. Se proclamó el estado de guerra en la ciudad, intervino el ejército, que resultó desbordado por no existir tropas suficientes para contener la revuelta, que ni siquiera los organizadores podían controlar. Finalmente, el día 29 la situación entró en fase de declive y no afectó a ningún otro punto de España. El Gobierno había aislado Barcelona y había hecho circular la noticia que los sucesos en la ciudad tenían un objetivo separatista. La represión ocasionó un centenar de muertos y graves daños en Barcelona.

Después del desastre, aumentó el interés de la campaña entre la población. La afluencia de corresponsales era incesante. A primeros de agosto dice López Ballesteros que había

en Melilla diez periodistas de la prensa de Madrid, tres de la prensa de Barcelona, y algunos, sin especificar su número, de la de Málaga, Sevilla, Valencia y Bilbao. Para mediados de agosto había en Melilla 58 periodistas, entre redactores y fotógrafos, según el cálculo de *La Unión Mercantil*, de Málaga. A lo largo del conflicto se fueron incorporando un nutrido grupo de periodistas, escritores y africanistas de cierta relevancia, como los escritores Luis de Armiñán, Carmen de Burgos y Rafael Gibert por *El Heraldo de Madrid*. El caso de la escritora Carmen de Burgos *Colombine* resulta especial, al ser considerada la primera corresponsal española en cubrir un conflicto bélico. *Colombine* fue enviada por el periódico a primeros de agosto para estar al lado de la Cruz Roja, dar cuenta de sus trabajos y gestiones, informar a los lectores de los heridos y enfermos y proporcionar datos para contestar a las cartas que recibía el diario pidiendo noticias de soldados que estaban en la guerra. Con sus crónicas compuso un relato corto que se tituló *En la guerra. Episodios de Melilla*. Por *La Correspondencia de España* se incorporaron su director, Leopoldo Romeo, el periodista experto en asuntos marroquíes Guillermo Rittwagen, cuya afición a la fotografía le llevó a publicar en *La Ilustración Artística* aquellos días, Juan Manuel Mata y Fernando Soldevilla, que además de periodista es escritor. Por *ABC* se incorporaron García Cárdenas, Fernando Urquijo por *El Globo*, José Dato por *El Ejército Español* y Benito Marín por *El Cronista* de Málaga, entre otros. El corresponsal de *El Mundo* era el escritor Enrique López de Alarcón; Leal escribía para *El Universo* y Arijá para *Los Sucesos*. En el momento álgido de la Guerra de Melilla en 1909 formaban la *harka* periodística 124 periodistas, según el cálculo de Eduardo López Chavarri, el corresponsal de *Las Provincias* de Valencia.

Asimismo, el conflicto atrajo la atención de numerosos corresponsales de la prensa extranjera, principalmente franceses, británicos e italianos, aunque también de EE UU, que en total superaron ampliamente la decena. A Birdrood y Pritchard hay que sumar a Ahsmead Barlett para Reuter, *London News* había destacado a un redactor artístico, Frederic Villiers, y también tenía representación *The Daily Express*. Además, hay casos de militares como el coronel del ejército inglés Lewis, de *The Times* de Londres, el capitán Fortscue, de *The Standard* de EE UU. Entre los franceses destacaban estaba *Le Temps*, *Le Matin*, *Le Petit Journal*, y de los italianos, *La Stampa* con Cerviglio, e *Il Secolo* de Milán con Mueli y Giovanni Micetti. David Sprengel era el representante del

Dagens Nyheter de Suecia y de la prensa alemana. Antonio Blandina Torres por *La Nación*, de Argentina.

Esta numerosa presencia requería de organización para atender la demanda de los informadores. Y también sugiere una seria competencia por la obtención de recursos para cubrir la campaña. Así lo reconocía el corresponsal de *Las Provincias*:

“La lucha por la cabalgadura ha llegado a ser más empeñada y atroz que la lucha por la noticia; quién busca a todo trance influencia de milicia; quién al dinero confía su suerte; quién busca hasta relaciones diplomáticas para obtener la preciada joya; otros tratan de sobornar a moros amigos; otros piden a España el potro. Y los privilegiados como Mencheta, Ocaña, Tur, Alarcón y algún otro, han comenzado ya sus paseos y sus ensayos, mirándonos a todos los demás infelices pigmeos, desde lo alto de su olímpica dicha” (*Las Provincias*, 25 de agosto de 1909).

Controlar los movimientos de más de un centenar de periodistas no debía de ser una misión fácil para el Gobierno Militar de Melilla. Y por supuesto, no faltó quien trató de saltarse las restricciones de movimientos. A pesar del peligro, y de su edad, Mencheta, Romeo y el corresponsal de *Il Secolo* de Milán buscaron la manera de ir más allá de las líneas españolas. Así, un día, junto a un guía local, se adentraron en “el campo del moro donde han de desenvolverse importantes acontecimientos” (*La Correspondencia de España*, 13 de agosto de 1909). Es la primera vez que se daba esa circunstancia en la guerra de África, pero no se trató más que de una breve incursión. Hasta este momento del conflicto, los corresponsales informaron siempre desde el lado español.

Durante los primeros días de agosto hubo una ausencia de sucesos de relevancia periodística, aunque en realidad, lo que sucedió fue que los reservistas que llegaban a Melilla recibían la instrucción necesaria para poder entrar en campaña y se hacían los preparativos para el avance. Lo define muy bien Rodríguez de Celis:

“Los periodistas que estamos en Melilla atravesamos una grave crisis. Porque fuimos enviados a reseñar grandes hechos, y después de los ocurridos el mes pasado, nada de bulto ocurre, como no sea lo que cae dentro de lo habitual, ya sabido: llegada de tropas y aprestos de guerra; relevos de fuerzas en la plaza, en los fuertes y en las posiciones avanzadas; salidas cronométricas de convoyes para aprovisionar los puestos; cañonazos para contener a los kabileños que pudieran hostilizar a los convoyes; inspección continua de todos los referidos puntos por el general en jefe, y tranquilidad..., tranquilidad a todas horas” (*La Correspondencia de España*, 10 de agosto de 1909).

Así como durante el asedio a Cabrerizas Altas en 1893 los corresponsales tomaron las armas e hicieron uso de ellas contra los combatientes rifeños en una situación de extremo peligro para sus vidas, durante la campaña de 1909 hubo algunos periodistas que no olvidaban llevar un arma entre su equipo de trabajo cuando salían al campo exterior, además de los útiles indispensables como un cuaderno, una pluma, unos gemelos y una cantimplora. El hostigamiento de francotiradores desde las colinas cercanas era constante y con grave efecto de bajas sobre la tropa que escoltaba los convoyes de aprovisionamiento. No obstante, se registró el caso de algún periodista que no usó el arma sólo en defensa propia. Cuenta Rocamora que el día 20 de agosto salió con Leopoldo Bejarano de *El Liberal* y Ascensión, de la prensa malagueña, a recorrer los campamentos avanzados y ver desde ellos la llegada del convoy. En el trayecto entre los reductos fortificados o blocaos (blockhaus) fueron tiroteados por los rifeños y señala que a un periodista inglés casi lo matan. Una vez refugiados en el blocao el redactor de *El Liberal*, Leopoldo Bejarano disparó varias veces sobre un rifeño que cayó cuando menos, herido (*El Heraldo de Madrid*, 21 de agosto de 1909). Días después, en una carta, desvelaba que Ascensión también disparó. Justifica a sus dos compañeros por su juventud, aunque deja claro que “Bejarano, a cada tiro, increpaba a los moros. Su palabra era la expresión de mi callado pensamiento” (*El Heraldo de Madrid*, 24 de agosto de 1909).

2.7.6 Una ofensiva con la prensa en la retaguardia

Durante el mes de agosto y primeros de septiembre se fue concentrando en los alrededores de Melilla una fuerza de 35.000 hombres. Fue adiestrada para evitar que la inexperiencia hiciera incurrir en nuevas derrotas sonadas. Con el fin de comprobar los avances de la tropa y la fuerza rifeña, el general Marina ordenó varios movimientos de fuerzas que resultaron de su agrado. En esta ocasión se trataba de ocupar posiciones que permitieran evitar ataques como el del 9 de julio, por lo que debían escogerse en las proximidades de las líneas férreas mineras, y dentro del campo de tiro de los terrenos donde radicaban los yacimientos cuya explotación estaba ya iniciada (monte Afra y Uixán en Beni Bu Ifror). De no hacerlo así, los trabajos mineros seguirían sin estar garantizados. Era necesario, por tanto, avanzar hasta Nador, establecerse allí en las alturas que dominaban la extensa llanura que siguen en su trazado las dos vías mineras,

y dominar después, por lo menos con el fuego, los montes de las explotaciones (Gallego Ramos, 2005: 168-169). El general Marina era consciente que el objetivo principal debía ser el control del macizo del Gurugú, desde el que los rifeños hostilizaban. De este modo, decidió rodearlo en forma de U y de paso poner en fuga a los rifeños, que no querrían quedarse rodeados. El 20 de septiembre comenzaron las operaciones, que en un primer momento llevaron a controlar la península de Tres Forcas, como primer brazo que rodearía el Gurugú. Dentro de esta operación se produjo la conocida como la triple carga de Taxdir o las tres cargas de Cavalcanti, que los corresponsales inmortalizaron en sus crónicas y que ha quedado también recogida en la historia militar. Consistió en el ataque del escuadrón Alfonso XII de caballería al mando del coronel José Cavalcanti que tomó por sorpresa a las harkas rifeñas.

A Sánchez Ocaña del *ABC* le produjo una honda emoción el narrarlo. A pesar de lo laudatorio del relato, no escapó de la censura, que según se quejó el propio corresponsal eliminó nombres y detalles que una vez recogidos en el parte oficial del general Tovar, podía expresar. Veamos un fragmento de su carta, de gran intensidad, escrita de un modo literario:

“Los moros, que advirtieron el movimiento, se concentraron en aquel frente, lanzándose sobre los nuestros como panteras, corriendo, aullando, con una gritería que daba espanto y aproximándose en dos minutos tan visiblemente, que con toda claridad se les veía los rostros. No había segundo que perder; ni Cataluña podía hacer frente, ni se podía efectuar todo el relevo de la posición en un santiamén. Los moros seguían avanzando... Fue entonces cuando Tovar gritó a su ayudante, el teniente coronel Cavalcanti: -¡Vivo, Cavalcanti! ¡Póngase al frente de esa caballería, y a ellos! De dos saltos de caballo llegó Cavalcanti a donde esta dicha fuerza: eran tan solo dos secciones, y cortas, de Alfonso XII; sus oficiales Alonso Gascó y Spencer. Sonaron cuatro palabras enérgicas, un par de vivas y los caballos salieron disparados. Vímoslos claramente, perfectamente, caer sobre el grupo central de la morisma. Fue un choque brutal, violentísimo, tremendo. Los moros se agrupan, luego corren; luego, de nuevo se reúnen, y la caballería retrocede. Vemos también con toda claridad a un jinete desmontado que agita los brazos. (Era el oficial Spencer, desmontado en el primer momento, que azuzaba a sus soldados y se lanzaba a pie a coger heridos). Momento emocionante. Cavalcanti y Gascó caracolean, reuniendo a los dispersos, y otra vez se lanzan. Nuevo choque, nueva polvareda, nueva desbandada de la morisma; confusión, tropel, caballos que caen, caballos que corren desbocados sobre los moros que han caído... (...) No sé qué más decir, con tantas cosas como agregar pudiera. Pero narrar un episodio del batallón tal es decirlo del otro y del otro y del otro; y sobre

la narración precipitada, pálida, casi incoherente del periodista, está la realidad con más valor que los relatos, con tanta aureola de gloria que en mis pobres palabras no se pueden reflejar” (ABC, 26 de septiembre de 1909)

Menos literario pero de gran riqueza de estilo, firmaron Bejarano y Répide la misma información para *El Liberal*:

“Más tarde, cuando los moros lograron aumentar su número, reanudaron el ataque con un ahínco desesperado. Y nuevamente fueron rechazados y batidos. El flanco izquierdo fue el que con más denuesto atacaban los rifeños. Tres batallones entraron en fuego y dos baterías de campaña. Los soldados, llenos de ardimiento, avanzaron, batiendo al enemigo en la primera y segunda loma izquierda del barranco de Adelfas, en dirección al zoco Had-Benisicar. Al llegar a la tercera loma del cerro, los moros de Benisicar, apoyados por los de Benibugafar, opusieron gran resistencia, embistiendo furiosamente a los cazadores de Tarifa, apoyados por el batallón de Chiclana. Ante la violencia de la acometida mora, ordenó el general Tovar que atacasen los escuadrones de Alfonso XII. La brillantísima acometida de la caballería española aterrorizó al enemigo, que desistió de su empeño de copar a los calzadores de Tarifa, retirándose apresuradamente del lugar de la acción y dejando en nuestro poder gran número de cadáveres. (...) La impasibilidad de los cabileños era abrumadora. Ante la avalancha de nuestros jinetes, esperaban a pie firme trataban de detenerlos pecho a pecho, sujetando los caballos por el bocado. Los soldados, serenos y valientes, acuchillaban sin piedad al osado enemigo, salpicando de sangre sus ropas, arreos y cabalgaduras. A un soldado se le rompió el sable al dar uno de los golpes, y lo sustituyó en el acto con la tercerola, haciendo incesante fuego, a pesar de los extraños y botes que daba el caballo. Una de las veces le falló el tiro, y el moro contra quien quiso hacer fuego saltó ágilmente y le sujetó el caballo. El soldado no se amilanó, y con el trozo de sable que le quedaba, mató á su enemigo. En el combate sostenido han muerto los principales jefes de las cabilas que opusieron resistencia al paso de las fuerzas españolas” (*El Liberal*, 22 de septiembre de 1909).

Por el contrario, si uno lee la carta de Rittwagen de la misma batalla, qué duda cabe que los hechos se mantienen, pero cambia el estilo. Se reduce a poco más que una mera conexión de frases.

“Vamos á reconstituir la acción lo más ordenadamente que nos sea posible. Tomaremos por punto de partida el momento de la bifurcación de las dos columnas. La brigada del campo de Gibraltar llevaba, desde su salida de Rostrogordo, el siguiente orden: A la vanguardia, una sección de Cazadores de Alfonso XII, como exploradora. Seguía el batallón de Cazadores de Cataluña. Una compañía de zapadores minadores. Una batería de Artillería de montaña. Una sección de ametralladoras de la segunda brigada. A continuación, el grueso de la columna. Luego, los cuarteles generales de Tovar y Morales. El batallón de Cazadores de Tarifa. Otra

batería de Artillería de montaña. El batallón de Cazadores de Talavera. Y, finalmente, el escuadrón de Caballería de Cazadores de Alfonso XII. Realizóse la marcha sin novedad desde Rostrogordo hasta las cercanías de Taxdirt. Allí la sección de Caballería encargada de realizar el servicio de exploración fue tiroteada por los moros, que se disponían á impedir ó, por lo menos, á dificultar el avance de las fuerzas españolas. Desplegóse inmediatamente, con rapidez y orden admirables, el batallón de Cazadores de Cataluña, que ocupó ventajosas posiciones sobre las lomas situadas á la derecha de Taxdirt. Sostuvo dicha fuerza el fuego con el enemigo durante tres horas sin interrupción, y logró, al cabo de este tiempo, desalojar completamente de kabileños las lomas inmediatas á aquellas en que los de Cataluña se habían desde un principio situado. Para reforzar la línea de fuego, que era muy extensa—tan extensa que formaba un semicírculo de tres kilómetros, aproximadamente,—dispuso el general que acudiera el batallón de Tarifa. Este fue recibido con fuego nutridísimo, terrible. Logró el enemigo hacernos entonces sensibles bajas. Batiéronse los de Tarifa admirablemente desde los primeros momentos y sin decaer un punto continuaron con imponderable bravura sosteniendo el fuego, que no se interrumpió en el espacio de siete horas. Hubo, como digo, bajas, entre las que hay que apuntar un teniente coronel y algunos oficiales. La columna formó en línea de combate, destacándose el batallón de Chiclana por el flanco izquierdo, y el de Talavera por el derecho, y replegándose entonces el de Cataluña para descansar del fuego continuado y nutridísimo durante tantas horas sostenido por aquel batallón. Desde el extenso frente de la línea de fuego, el batallón de Tarifa forma varias veces en orden cerrado y de este modo contribuye con la mayor eficacia al buen éxito de las descargas cerradas con que se contesta á la incesante fusilería del enemigo. Eran las cuatro de la tarde cuando numerosos grupos de combatientes moros, no vistos hasta entonces, aparecieron hacia la derecha, que ocupaban dos compañías del batallón de Talavera, haciendo contra una y otra fuego nutrido. Viendo que el terreno era á propósito, el general Tovar ordena una carga. Destácase el escuadrón de Cazadores de Alfonso XII. Avanza hasta llegar muy cerca de las lomas ocupadas por los moros, á los cuales sorprende. La carga es arrolladora, valiente, imposible de describir en toda su grandeza. Son los moros arrollados, acuchillados, perseguidos después hasta muy cerca del mar. El enemigo sufre bajas numerosísimas. La mejor prueba la traen, á su vuelta, los bravos del escuadrón, que son sin excepciones cuantos lo constituyen: Traen unos los sables rotos en fuerza de manejarlos, sobre el enemigo, sin tasa ni medida. Los traen todos ensangrentados, señal de que ni uno solo ha dejado de hacer sentir su rabia en la morisma. Pasaron de 30 las bajas de los moros, vistas. Fueron indudablemente, más. Todos los kabileños muertos ó heridos lo fueron de arma blanca. El escuadrón, que sufrió también por su parte algunas pérdidas, sostuvo bien la retirada. Cuando llegó al punto de partida, el general Tovar, entusiasmado por el comportamiento admirable del escuadrón de Alfonso XII, felicitó á éste calurosamente. Tan brillante carga desconcertó al enemigo, especialmente á los combatientes moros que ocupaban las lomas de la derecha y las más cercanas al mar. El batallón de Tarifa tuvo que cargar á la bayoneta, para intimidarlos más, cuando anoecía. Pero como el enemigo, después de retroceder, avanzara de nuevo, hubo necesidad de pedir un refuerzo, y vinieron siete compañías

de la división Sotomayor, al mando de Ayala, y dos batallones de Cazadores, los de las Navas y Arapiles, con el general Alfau. Estas fuerzas, sin embargo, no tuvieron que entrar en acción por haber llegado ya al atardecer, cuando el fuego había disminuido notablemente después de las brillantes cargas referidas. Las fuerzas recién llegadas ocuparon posiciones alrededor del vivac, y así proporcionaron descanso bien merecido á la brillante brigada de Cazadores del campo de Gibraltar” (*La Correspondencia de España*, 22 de septiembre de 1909).

Desde el día 24 de agosto, los periódicos destacaban los preparativos que se realizaban en los campamentos en clave de avance y que pronto saltaron de las redacciones a la calle. Los españoles, según se iba extendiendo el rumor del avance, se dirigieron a las sedes de los diarios ávidos de noticias. La prudencia con que a esas alturas del conflicto escribían los corresponsales hizo que no fueran más allá.



Ilustración 26. Los redactores de *El Liberal*, Pedro de Répide y Leopoldo Bejarano, examinando con un oficial de cazadores de Madrid los barrancos del Gurugú.

El Liberal, 22 de agosto de 1909.

La Época, por todos considerado el órgano gubernamental, pese a no tener un corresponsal, tampoco se atrevía a mucho más que a informar “de un movimiento de fuerzas por tierra y por mar que ha sido interpretado esta tarde por cuantos lo conocían, como indicador de que se ha iniciado un período de actividad en las operaciones” (*La Época*, 24 de agosto de 1909), sin mencionar la palabra avance. Con las ediciones de la noche en la calle, los periodistas de Madrid acudieron a confirmar la noticia con el ministro de Gobernación, que a media noche no les dijo más que “ni confirmo, ni desmiento, las versiones de los periódicos. Solo puedo decir que el Gobierno carece de

noticias” (*La Correspondencia de España*, 25 de agosto de 1909) y que dejaba nuevamente a los redactores en la más absoluta oscuridad informativa.

El avance encontró una fuerte resistencia por parte de los rifeños conformados en auténticas milicias armadas, que nuevamente ocasionaban abundantes bajas entre los españoles. Y a punto estuvieron los periodistas de ser víctimas. El 20 de agosto de 1909, en Sidi-Amet-el Hach, cuando regresaba de Atalayón siguiendo al ejército, Mencheta y Campúa fueron tiroteados por francotiradores (*El Imparcial*, 20 de agosto de 1909), y el día 21 lo fueron Ascensión, Bejarano y Rocamora cuando acompañaban a un convoy entre dos blocaos en la misma zona (*El Imparcial*, 22 de agosto de 1909).

Finalmente, las operaciones se iniciaron el día 20. El movimiento de tropas comenzó de madrugada. La prensa, alojada en el Hotel Victoria, saltó de la cama a las cuatro de la mañana: “La harka periodística se divide en secciones, utilizando caballos unos,

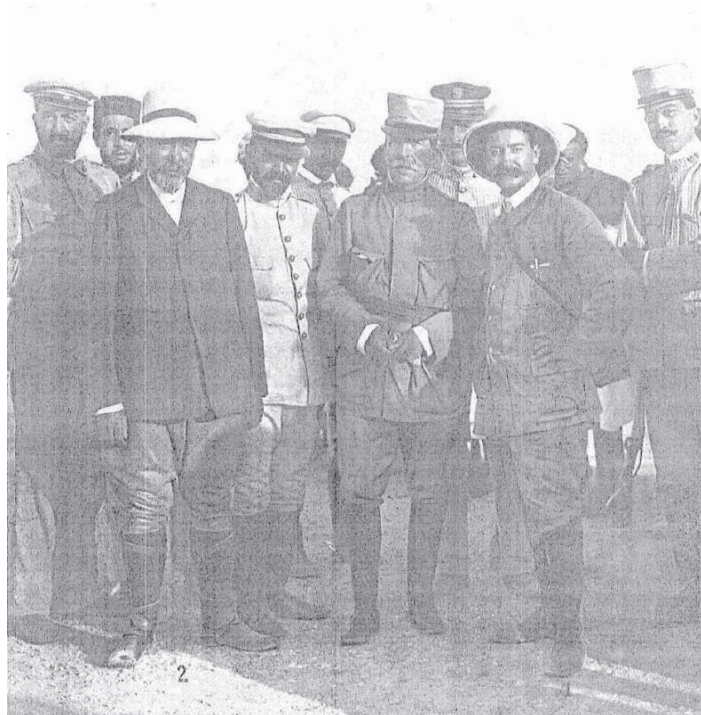


Ilustración 27. Nuestro compañero Campúa (1) y el ilustre periodista Mencheta (2) en el campamento de Camellos, en grupo con el general Tovar y otros jefes y oficiales del Ejército.

Nuevo Mundo, 6 de agosto de 1909.

carruajes otros y las plantas de los pies no pocos por no haber encontrado disponibles ni caballerías ni vehículos” (*La Correspondencia de Valencia*, 24 de septiembre de 1909), escribe Mencheta, que para esa hora ya se encontraba despierto. Escribió una primera crónica de extensión media, fechada a las 3:30 de la madrugada, en la que apuntaba los preparativos militares de relevancia que se estaban produciendo. Inicia su primera carta del 20 con un arranque de patriotismo:

“Son las tres y media de la madrugada cuando apresuradamente escribo para participarles que ha llegado al fin la hora de la venganza, y que en cuanto amanezca vomitarán fuego las baterías de Camellos y de Rostrogordo, sembrando la muerte en el campo enemigo por la parte de Benisicar, por la de Frajana si se siente ‘farruca’” (*La Correspondencia de Valencia*, 24 de septiembre de 1909, carta LVIII).

En realidad, el avance no cogió de sorpresa para los corresponsales. Conocían previamente la hora y el lugar al que debían dirigirse para observar las operaciones porque habían sido avisados para encontrarse a las cinco de la mañana en Rostrogordo con el fin de unirse al cuartel general. Así narraron el avance de las tropas españolas, con algún período de inactividad, durante el mes de septiembre. Tenían autorización para ir a la retaguardia de las columnas que realizaban la ofensiva. Durante estos primeros días se avanzó bordeando el Gurugú por la península de Tres Forcas, como ya se ha referido, con importantes enfrentamientos que reflejó la prensa.

El 26 de septiembre fueron ocupados Nador y las alturas dominantes; y el 27, la alcazaba de Zeluán. En los planes del Gobierno no entraba la ocupación de la alcazaba, dándose por satisfecho con la toma de Nador. Pesaban todavía los sucesos que se produjeron en Madrid y Barcelona a cuenta de los reservistas, y sólo aspiraba a terminar con la época de los sobresaltos, volviendo cuanto antes a la normalidad terminando la campaña decorosamente.

Las tropas españolas ocuparon el 29 de septiembre el estratégico monte Gurugú, desde el que se domina la ciudad de Melilla, desde donde los rifeños hostilizaban con gran eficacia a los soldados españoles que transitaban haciendo el aprovisionamiento de los convoyes. Supuso un hito informativo de primer orden por su simbolismo y significó el principio del fin de la guerra. La noticia causó un auténtico revuelo en Melilla. Con las primeras guerrillas subieron al Gurugú Mencheta, *Campúa* y Scargolip de *Le Matin* (*La Época*, 29 de septiembre de 1909). Extendiendo de una manera dudosa el amor patrio a la prensa francesa, Javier Betegón, de *La Época*, narró el momento:

“Casi simultáneamente llegaron todos a la cúspide: una compañía de Las Navas tiene que despeñarse materialmente por los barrancos y subir los acantilados, con el fusil en bandolera, para llegar frente al pico central. El corresponsal de *Le Matin* la contempla admirado, y grita “¡Viva España!”, “¡Vivan los cazadores de Las Navas!” Otro viva le contesta en castellano más puro: es Mencheta, que desde una roca agita su sombrero” (*La Época*, 7 de octubre de 1909).

Otros periodistas de la prensa nacional se encontraban en las inmediaciones y muchos siguieron la operación desde las zonas altas de la ciudad. En esta ocasión, tampoco servía de nada llegar el primero a la oficina telegráfica para transmitir la noticia antes que los demás. Lo que sucedió en realidad fue que los periodistas corrieron a la oficina de la censura, donde se aglomeraban impacientemente, aguardando la autorización para transmitir la noticia. El permiso lo trajo personalmente el ayudante del general Del Real, el comandante Lagreda, que vino a caballo con la orden. Los primeros telegramas de los periodistas se transmiten hacia las 9:30 horas del 29 y son muy similares. “A las siete de la mañana, han tomado posición del Gurugú, y la bandera de España ondea en todos sus más altos picachos”, escribió el corresponsal de *La Correspondencia de España*, mientras que el de *El Imparcial* informó que “esta mañana a las siete y media ha sido plantada en los picos más altos del Gurugú la bandera española”. Y el de *El Liberal* comenzaba: “La bandera española ondea en lo alto del Gurugú desde las nueve menos cuarto de la mañana”. La noticia se conoció en Madrid hacia las diez de la mañana. Se produjo un estallido de júbilo. La gente acudió ante las sedes de los diarios para leer las últimas informaciones que se exhibían en paneles. La actividad en las redacciones era frenética para recabar el mayor número de informaciones, opiniones y reacciones y salir a la calle antes que la competencia, sabedores de que el público esperaba en la calle, ávido de información. Los diarios de la noche publicaron ampliamente la noticia. *El Imparcial* anunció que “la tirada de pago de los periódicos de que es propietaria la Sociedad Mercantil de España fue el día 30 de septiembre último de 434.051 ejemplares” (*El Imparcial*, 3 de octubre de 1909) y ofrecían los medios para medirlo. *Heraldo de Madrid* también presumía del favor de sus lectores, aunque sin atreverse a dar cifras.

2.7.7 La fotografía de la toma del Gurugú, icono de la victoria



Ilustración 28. El teniente del Disciplinario y los seis soldados de la columna Aizpuru que subieron primero al pico Barbies (985 metros) y que colocaron la primera bandera española en las cumbres del Gurugú. Foto Campúa.

Nuevo Mundo, 7 de octubre de 1909.

Las primeras imágenes de la toma del Gurugú se publicaron el día 6 de octubre en *ABC*. Alba remitió una serie de fotografías del momento en que se desarrollaba el acto solemne del izado de la bandera española en la cumbre, cuando ya estaban presentes el coronel Primo de Rivera y demás jefes y oficiales del regimiento de Melilla. Se publicaron tres en el diario y dos en *Blanco y Negro* el día 9. La más emblemática es

reproducida en ambos medios del grupo y se trata de un posado de grupo ante el mástil de la bandera. No obstante, la foto que quedará como icono de aquel momento pertenece a *Campúa*, que le ha hecho pasar a la historia del fotoperiodismo con un posado del teniente del Disciplinario y sus soldados en la cima del Gurugú.

Aunque la fotografía que se publicó antes fue la de Alba, quien llegó primero debió de ser *Campúa*. La imagen que consiguió el fotógrafo de *ABC* y *Blanco y Negro* es de un momento en el que se izó solemnemente una bandera de grandes dimensiones en un largo mástil, que por sus dimensiones debió de transportarse desde algún otro lugar, dado que en las inmediaciones no había árboles de esta altura.

En cambio la bandera que aparece en la imagen de *Campúa* tiene las franjas verticales, es pequeña y se encontraba atada a una delgada rama de unos dos metros de longitud, en lo que parece una solución de urgencia para inmortalizar el momento por un fotógrafo despabilado. La bandera de la imagen se encuentra dispuesta de manera vertical, lo que puede deberse a que los soldados la ataron de manera improvisada o lo más probable, que fuera una “bandera de mochila o de percha”, de alguno de los soldados fotografiados. La “bandera de mochila” era una enseña con los colores rojo, amarillo y rojo, de 60 por 80 centímetros, que se daba a cada soldado, especialmente a los destinados en el norte de África (Martínez de Baños, 2009: 224).

La difusión de las imágenes de la victoria confiere una idea de la importancia que el ejército y el Gobierno comenzaban a otorgar a la fotografía y que se desarrollará ampliamente en las siguientes etapas. De hecho, en esta etapa, la fotografía, todavía con limitaciones técnicas para recorrer largas distancias detrás de un ejército, cobró importancia en la información que se publicó sobre el conflicto y el número de redactores gráficos se aproximaba al de fotógrafos, cuyo trabajo se alejaba del ilustrador que había predominado hasta entonces. Fueron los años en que se consolidó el periodismo gráfico español y donde el fotoperiodismo de guerra empezó a desarrollarse tras sus orígenes en la campaña de 1859-60, las guerras carlistas y la guerra de Cuba. Al igual que el nombre de los corresponsales se convirtió en familiar para los lectores, la firma de los redactores gráficos también alcanzó esta categoría, entre los que destacaron Alfonso Sánchez García *Alfonso*, José Demaría López *Campúa*, Leopoldo Alonso, Francisco Goñi, José Zegrí, Alba, Serrano Quiles, Quesada, Rectoret, Arnaud, Iglesias y

Ricardo del Rivero, que cubrieron el conflicto hispano-marroquí entre 1907 y 1914 (López Mondéjar, 1999: 143).

La toma de este cerro desde el que los rifeños hostilizaban constantemente a los españoles fue proyectado por el Gobierno como el logro de un objetivo cumplido. El ambiente de euforia alcanzó también a los ministros, que con motivo de tan feliz hecho, buscaban la proximidad de los periodistas. Después de comunicar en Palacio la noticia al rey, el ministro de la Guerra, el general Linares, “que muy excepcionalmente recibe a los periodistas”, les comunicó la noticia a los periodistas, sin detalles. A continuación se dirigió a los periodistas el presidente Maura, que también les informó sin grandes detalles (*Heraldo de Madrid*, 29 de septiembre de 1909). La noticia fue dada como el final de la guerra.

Fue precisamente tras este estado de euforia y de supuesto fin de la campaña militar cuando aparecieron publicadas las primeras imágenes de los cadáveres del desastre del barranco del Lobo, que se encontraba en las estribaciones del Gurugú. Por primera vez, los periodistas podían transitar por la zona y realizaron hallazgos macabros. Según un relato del general Sanjurjo, *Campúa*, que convivía con los oficiales de guerrillas en sus mismas tiendas de campaña, se enteró de que para el amanecer siguiente se proyectaba una operación para recuperar el barranco del Lobo, en cuyas cimas aún quedaban cadáveres de soldados españoles. Aquella noche, sin que nadie pudiera advertirlo, *Campúa* se las arregló para salir del campamento, y poco después del amanecer, cuando empezó a realizarse la operación, los primeros soldados observaron que de la línea enemiga venía un hombre solo, con su mochila, que al divisar las fuerzas españolas agitaba un pañuelo blanco. Era *Campúa* con su máquina, que durante la madrugada había realizado él solo una expedición hasta el lugar. Durante el resto de la mañana fotografió a los soldados que recogían e introducían en furgones algunos cadáveres de los soldados españoles. Las imágenes que mejor se ven son estas últimas, pues las que realizó al alba apenas se intuyen unos bultos sobre la superficie.

La opinión pública los vio por primera vez el 7 de octubre en *Nuevo Mundo*. Alba recogía crudamente un paisaje sembrado de cuerpos de soldados sin vida, que *Actualidades* del día 7 de octubre publicó a doble página a todo lo que daba la revista.

En toda esta campaña raramente aparecen fotografías de rifeños muertos o heridos, solo algunos prisioneros.



Ilustración 29. Soldados recogiendo y metiendo en los furgones los cadáveres de algunos héroes de la acción del 27 de julio encontrados ahora, al tomar el Gurugú, en el célebre barranco del Lobo. Foto Campúa.

Nuevo Mundo, 7 de octubre de 1909.



Ilustración 30. El barranco del Lobo, donde nuestras tropas han encontrado cadáveres de las víctimas del combate del 27 de julio al realizar el avance sobre el Gurugú. En la fotografía se ven los restos de algunos de aquellos héroes. Foto Alba.

Actualidades, 6 de octubre de 1909.

2.7.8 La presión censora y el plante

Tras el desastre del Barranco del Lobo, la pugna entre el Gobierno y la Prensa a cuenta de la censura creció, hasta el punto que Leopoldo Romeo dijo que prefería la censura militar a la ejercida por el Gobierno, -y no fue el único-, porque daba más seguridad a la hora de narrar los hechos y porque era igual para todos.

“Con censura militar sabíamos al minuto cuántos combates eran librados en Cuba, en Filipinas, en Puerto Rico; los partes oficiales decían la verdad desnuda y eran consentidas las ampliaciones periodísticas con solo una excepción: con la excepción de no tolerar una mentira” (*La Correspondencia de España*, 31 de julio de 1909).

El ministro de Gobernación, Lacierva, añadió más leña al fuego al decir a los periodistas que la censura y la suspensión de garantías eran males necesarios y que el Gobierno restablecería la normalidad cuando las circunstancias lo permitieran”, pero se abrió una nueva controversia en torno a noticias falsas publicadas por periódicos extranjeros sobre los sucesos de Melilla y Barcelona, que el ministro negó que se produjeran como consecuencia de la censura y que achacó a “una campaña emprendida por algunos periódicos contra nosotros” (*ABC*, 17 de agosto de 1909). No es esta una cuestión baladí, porque algunos diarios expresaron públicamente su enfado, como *ABC*. Se dio la situación que para escapar al rigor de la censura, había periodistas extranjeros que expedían sus telegramas desde Gibraltar y desde Bilbao, según denunciaba un Sánchez Ocaña resignado a aceptar la censura. Se preguntaba de dónde salían, por qué y por dónde circulaban unas versiones dañinas y malintencionadas, enfiladas a menoscabar el prestigio del general Marina. Y revela que en Melilla se habían recibido, procedentes de periódicos serios bien reputados del extranjero, telegramas pidiendo amplios informes de *sangrientas jornadas* ocurridas ayer, solicitando extensos cablegramas de *la dramática grande lucha* del martes y el miércoles” (*ABC*, 23 de agosto de 1909). Pide además, que los corresponsales extranjeros fueran medidos con el mismo rasero que los españoles.

Con el objetivo de dar servicio durante el mes de agosto a sus redactores en la zona de operaciones y sobre todo burlar la estricta censura que el Gobierno Militar ejercía sobre los textos que redactaban, *La Correspondencia de España* tuvo la iniciativa de

organizar un servicio de comunicaciones marítimas con Melilla. Así, los corresponsales del diario iban en una embarcación a Chafarinas, que también estaba a disposición del Ejército, para enviar desde su estación telegráfica sus crónicas y cuando no podían hacerlo desde las islas, se alejaban hasta Nemours, en Argelia, bajo protectorado francés. Esta iniciativa no era del agrado de los militares, que desaprobaban que su director, Leopoldo Romeo, organizara este servicio. No tardaría en sufrir sus represalias.

La situación de la prensa comenzó a ser insostenible durante la primera semana de septiembre. El día 8, *La Correspondencia de España* publicó un artículo, firmado por su director Leopoldo Romeo, con el pseudónimo de Juan de Aragón, titulado “Paso a la verdad”, sobre la campaña del Rif, que provocó como reacción inmediata la denuncia y recogida de la edición, en aplicación de la ley de Jurisdicciones¹⁵. Hay que dejar constancia de la eficiencia del sistema coercitivo. El artículo salió en la edición de la noche. También hay constancia que recién entrada la madrugada llegó el Comisario General de Policía, Millán Astray, para realizar la notificación, seguido poco después por el secretario del Juzgado Militar, que, no encontrando al director para que fuera a declarar al juzgado, hubo de acudir Francisco Aznar Navarro. Y aún se recogieron los ejemplares sobrantes y se cercioró el juzgado militar a través de un inspector que la edición siguiente no contenía el artículo objeto de la denuncia. No satisfechos con esto, el día siguiente por la mañana, el director, Leopoldo Romeo, por orden de la autoridad militar fue detenido en San Sebastián y trasladado a Madrid por la noche, aplicándosele la ley de Jurisdicciones (*La Correspondencia de España*, 10 de septiembre de 1909). Un consejo de guerra lo condenó a seis meses de cárcel, lo que desencadenó una campaña de solidaridad en su favor.

El ala liberal de la prensa, encabezada por López Ballesteros, criticó duramente la acción de la censura:

“Los redactores y los corresponsales de periódicos están luchando en esta guerra con dificultades casi insuperables para lograr informaciones rápidas y precisas de cuanto ocurre en los extensos territorios que ocupan las tropas, y especialmente en las lejanas avanzadas. Se derrama el dinero,

¹⁵ El citado artículo no se encuentra en la edición del 8 de septiembre de 1909 de la colección de la Hemeroteca Nacional, que dispone sólo de la edición de la mañana.

se multiplican los enviados a cada campamento, se repiten incesantemente las expediciones de los correos buscando a cualquier precio los caballos; así logro yo a duras penas tener antes de media noche conocimiento de lo más culminante que haya ocurrido en aquellas posiciones; la que ocupa por ejemplo el general Aguilera en Cheraut, en el zoco del jueves, dista de Melilla 48 kilómetros y los periodistas no disponemos de nuestros heliógrafos como los que unen El Jenis con el zoco de El Arbaa, el zoco de El Arbaa con la Restinga y la Restinga con la plaza. Ni aun derrochando verdaderos tesoros se podrían reducir las leguas a palmos para hacer una pronta información. (...) Para poder hablar de cuanto ocurre, o que se dice que ocurre, en el campo enemigo, hay que ir en busca de los indígenas refugiados y hacerse eco de cuanto ellos dicen, sin quitar ni poner, ni aventurar juicio alguno. Esto he venido haciendo hasta ahora y esto es lo que hago hoy, advirtiéndole que no todas las veces han resultado inexactas las confidencias” (*El Imparcial*, 11 de septiembre de 1909).

Las nuevas tecnologías de la época, no sólo eran utilizadas por los redactores, sino también aprovechadas por los censores y determinada clase de trabajadores ministeriales. Al día siguiente, *El Imparcial* denunció que:

“La situación de la prensa ha llegado a ser insostenible. No existe la previa censura, pero mediante recados telefónicos, que ni siquiera tienen el necesario carácter de autenticidad, se advierte lo que puede publicarse y hasta se ordena la forma en que será tolerada la publicación. Esto no ha ocurrido jamás en España. Y como si de algo peca ahora la prensa es de una excesiva continencia y de una reserva prudentísima, y en modo alguno hay relación entre el interés de la patria, que todos defendemos, y esos procedimientos gubernativos, una profunda amargura se apodera de los ánimos mejor intencionados. Al patriotismo de la prensa se opone el gobierno prohibiciones arbitrarias y vejatorias (...) Las antiguas leyes de imprenta, inspiradas en un criterio preventivo, la previa censura ejercida por las autoridades civiles o militares, ofrecían una forma legal de reparación y alguna garantía de defensa. Había sentencia de tribunales, documentos oficiales en que la autoridad francamente ordenaba y marcaba límites taxativos y precisos. Ahora se manda callar por señas” (*El Imparcial*, 12 de septiembre de 1909).

La vía telefónica también se utilizó para prohibir la circulación de un artículo de Armiñán, en el *Heraldo*, titulado “Soldados de España”, en el que recogía las opiniones de destacados generales de la plaza. Un emisario de La Cierva requirió el artículo en la redacción, para conocer su contenido con anterioridad a su publicación. El ministro de Gobernación llegó a consultar al de Guerra, en ese momento presidente interino del Consejo de Ministros. El propio La Cierva telefoneó a un redactor del *Heraldo*, y no a su director, Arpe, para notificar que no se podía publicar (*Heraldo de Madrid*, 11 de septiembre de 1909). Hay que hacer notar la ilegalidad de la acción, dado que en

España, aunque se habían suspendido las garantías jurisdiccionales, no existía censura previa.

Ante la gravedad de la situación, a la prensa no le queda otra alternativa que una respuesta que apela a la dignidad profesional. Además del rechazo a la humillación expresado individualmente en las publicaciones, se pudo formar una postura común de rechazo. Los directores y representantes de casi todos los principales diarios de Madrid se reunieron el día 13 en la sede de la Asociación de la Prensa para hacer gestiones para la liberación de Leopoldo Romeo y como medida de protesta contra el Gobierno ante la falta de libertad para publicar sus informaciones. Estuvieron presentes *La Correspondencia de España*, *El Liberal*, *El País*, *El Heraldo de Madrid*, *El Imparcial* y *España Nueva*. Acordaron la inserción de un artículo de protesta, haciendo referencia a la dignidad de la prensa frente al sometimiento y la arbitrariedad del gobierno. Decía así:

“Desde el día 26 de julio el gobierno tiene secuestrada la verdad. Al patriotismo de la prensa, a su prudencia ejemplar, a sus esfuerzos por vigorizar el ánimo público, contesta el gobierno prohibiendo la inserción de las noticias que le parece y de los comentarios que no le cuadran y amenazando con la denuncia o la suspensión de los periódicos. Y porque a la justicia se una la humillación, esas órdenes caprichosas e infundadas se transmiten de modo que ni consta su autenticidad, ni van revestidas de las formas propias de los acuerdos oficiales. Suele ser el teléfono el vehículo de tales vejaciones; cualquier empleado subalterno de una instancia ministerial comunica la orden, sin que la vaguedad de los términos y los posibles errores de ese sistema consientan saber de manera concreta lo que se quiere, sin que quede, no ya documento, pero ni aún huella de la violencia perpetrada en que pudiera fundarse una reclamación el día de la justicia. (...) Pero si el gobierno cree que nos rodean graves peligros, nos amenazan tremendas conflagraciones y sólo podemos salvarnos mediante un interregno de suspensión de garantías, aplíquese la ley y téngase la honrada franqueza de someter la Prensa a la previa censura. Preferimos la privación absoluta de libertad a un régimen de afrenta y oprobio”. Concluye diciendo que no aceptarán las prohibiciones sin autor responsable y las amenazas telefónicas” (*El Heraldo de Madrid*, 13 de septiembre de 1909).

En efecto, a la censura ejercida desde el Gobierno militar en Melilla, a la que ya se le unía la que se ejercía con posterioridad por los gobernadores provinciales, se le comienza a sumar la presión efectuada desde instancias oficiales en forma de llamadas telefónicas conminatorias, que no dejaban rastro administrativo y eran de imposible demostración. Así lo denunciaba explícitamente *El Imparcial*:

“No existe la previa censura, pero mediante recados telefónicos, que ni siquiera tienen el necesario carácter de autenticidad, se advierte lo que puede publicarse y hasta se ordena la forma en que será tolerada la publicación. Esto no ha ocurrido jamás en España” (*El Imparcial*, 12 de septiembre de 1909).

Los directores de los diarios también acordaron llevar su protesta ante el rey Alfonso XIII. Una comisión compuesta por José Ortega Munilla (diputado y periodista), Daniel López (diputado y director de *Diario Universal*), José Trullás (director de *El Correo*), Fernando Soldevilla (exdiputado y redactor jefe de *La Correspondencia de España*) y Francos Rodríguez se desplazaron hasta San Sebastián, donde se encontraba el monarca. También decidieron que representantes de los periódicos adheridos a la protesta visitaran las redacciones de los periódicos del resto de España y recabar su apoyo con el fin de acabar con la situación. Igualmente trataron de atraerse el apoyo de “los hombres más prestigiosos del país”, de todo el marco político de la época, como eran Azcárraga, Dato o Alejandro Pidal entre los conservadores, Moret y Montero Ríos por los liberales, López Domínguez y Canalejas de los demócratas, Costa, Galdós, Azcárate, Sol y Ortega, Melquíades Álvarez, Rodrigo Soriano, Cervera y Azzati entre los republicanos y socialistas como Pablo Iglesias. Las adhesiones de los diarios de toda España fueron muy numerosas, salvo entre los de ideario más conservador. Entre otros, hay que citar a *La Época*, *El Siglo Futuro*, *ABC*, *El Correo Español* y *El Universo*, *Diario de Barcelona*, *La Veu de Catalunya*. *La Vanguardia*, que no contestó a la petición de adhesión cabe situarla en este apartado. *El Noticiero Sevillano* tampoco se adhirió aunque reconoce que hay censura.

Por entonces, estaba preso el director de *La Fraternidad* de Alcoy, en Bilbao el director de *Juventud* y en Valladolid el director del semanario *La Bandera Republicana*. En Barcelona había suspendido la autoridad militar, durante el estado de guerra, los republicanos *Lo poble català*, *El Progreso*, y los semanarios obreristas *Tierra y Libertad*, *Solidaridad Obrera*, y los radicales *Rebeldía* y *El Descamisado*. En Valencia, el gobernador denunciaba frecuentemente a *El Radical*, y a *El Pueblo*, fundado por el republicano Vicente Blasco Ibáñez, al que además precintó y le quitó la maquinaria (*El Imparcial*, 15 de septiembre de 1909). Las denuncias se sucedían. El día 4 de octubre les tocó a *España Nueva*, *El Correo*, *El País* y *El Liberal* por publicar un artículo del republicano Joaquín Costa.

El 29 de septiembre se reunió por última vez el grupo que presionaba al gobierno para que terminaran las arbitrariedades. Decidieron continuar trabajando para conseguir la libertad de Leopoldo Romeo “y algunos periodistas de provincias que están en análoga circunstancias” (*El Imparcial*, 29 de septiembre de 1909). En efecto, el Congreso Internacional de Prensa, reunido en Londres esos días, se solidarizó con los periodistas españoles que habían solicitado la supresión de la censura y la libertad de prensa (*El Liberal*, 6 de octubre de 1909). Fue un golpe al Gobierno en la escena internacional.

La relación con los censores estuvo en todo momento marcada por la espera que tuvieron que soportar los corresponsales. Fernando Urquijo, de *El Globo*, describía indignado un enfrentamiento que tuvo con el oficial encargado de la censura:

“Hace un momento que he acudido como todas las noches al Gobierno militar con mis telegramas redactados para que los apruebe la censura. Penetro en el despacho del comandante Sr. Pérez Lagreda, a quien toca el turno de censor. Los telegramas quedan tachados en las dos terceras partes de su contenido, y el señor Pérez Lagreda, quitando todo jugo a sus palabras de por sí algo secas, me apercibe casi textualmente en estos términos: -Urquijo, he leído su crónica en *El Globo* donde emplea usted la palabra ‘desastre’ para referirse a la acción del 27 y le advierto que pondré ese artículo a disposición del general. Con toda corrección y cortesía como cuadra a un caballero cuando se dirige a otro caballero él le he contestado. Sr. Lagreda, las referencias que me han servido para escribir esas crónicas son de tal naturaleza, tienen un origen tan elevado y tan positivo que me impiden en absoluto dudar ni un instante de su exactitud. Si por escribir al dictado de mi patriotismo y mi conciencia se me amenazara o se me expulsa de Melilla, respetuoso cumpliré cuanto las circunstancias me obliguen a cumplir. A lo que nadie puede obligarme ni nada sería suficiente a conseguirlo, es a que yo acepte en lo más íntimo de mis convicciones una curatela disfrazada, como precio o rescate de mi pluma” (*El Globo*, 16 de septiembre de 1909).

Narraba también Sánchez Ocaña otro choque con Lagreda, que da idea de los regates que los periodistas debían hacer a los censores. Se reproduce un diálogo entre el periodista y el censor:

“Desesperado porque me costó pasar la noche en vela e ir al campamento, exponiéndome a un tiro de los centinelas, y viendo malograda toda mi fatiga, presento este despachito inocente: ‘Amanecer depositáronse banderas; regimiento Rey levantóse campamento. Dos tarde dieronse en Restinga vivas al Rey’. Era lo suficiente para que en la Redacción entendieran que el

regimiento inmemorial había salido y había llegado a la Restinga. El censor suprimió de un tirón los vítores.

-Pero -le advertía yo-repare usted señor Lagreda, que esos vivas no dicen nada.

-Pues entonces, ¿para qué lo cuenta usted?

-¡Toma, porque somos unos monárquicos fervorosos, y estoy seguro que se alegrarán los lectores de ABC de que en la Restinga haya entusiasmo y se vitoree al Monarca!

-No lo dudo; pero como no tenemos noticia oficial de que con cualquier motivo las tropas hayan vitoreado a *Su Majestad* el Rey, no pasa esto” (ABC, 30 de agosto de 1909).

Además de sufrir la censura, los corresponsales recibían unas notas oficiosas en las que se informaba de manera oficial de los sucesos del día, con las que nutrían sus textos.

Durante los aproximadamente tres meses que tuvo lugar la parte de la campaña de 1909 que acaparó la mirada de la opinión pública, todos los periodistas se quejaron del férreo control ejercido por la censura y las restricciones que impone.

Diariamente protestaban a lo largo de sus crónicas por las prohibiciones para telegrafiar hechos que eran eliminados de los telegramas en la oficina de la censura. En algunos casos, como el de Peris Mencheta, la molestia se convertía en enfado porque esta circunstancia ponía en duda el valor de conseguir una exclusiva:

“Pude ayer anticipar algunas horas la noticia del avance de nuestras tropas y de la ocupación por ellas del zoco de El Arba, pero mi diligencia estrellóse ante el lápiz rojo de la censura, que así diga uno cosas tan ciertas como el Evangelio, se tacha el texto en tanto no se da orden superior de que la noticia puede transmitirse en esta o en la otra forma, y se da el caso más de una vez de que al que madruga Dios no le ayuda, resultando apropiado aquel otro refrán de que ‘no por mucho madrugar amanece más temprano’. Me explicaré. Supongamos que un corresponsal ha sabido una noticia dos horas después que otro, la redacta y la entrega a la censura para que autorice su transmisión, y por llegar un minuto después de recibirse la orden de que puede circular, la anticipa a aquél que algunas horas antes la inquirió quizás con riesgo de su vida: el éxito es para quien la pescó en el casino tomando un refresco” (*La Correspondencia de Valencia*, 31 de agosto de 1909, carta XXX).

Y a continuación denuncia la dureza extrema de la censura, a la que, indignado, acusa de ensañarse con sus informaciones:

“A las noticias inexactas o tendenciosas está bien que se pongan trabas y hasta que se castigue a los que inventan fantasías; pero tachar todo el texto de un despacho, excepto la firma, como me ha sucedido a mí, siendo el contenido más ajustado a la verdad que los textos oficiales suelen serlo, eso, si no constituye un abuso intolerable, no faltará mucho para que lo sea” (Ibíd.).

Otros como Fernando Urquijo trataron de atacar a la censura desvelando algunas de sus actuaciones en la guerra que en ese momento España tiene más reciente, la de Cuba y Estados Unidos, que compara con el control establecido respecto de la información con origen en Melilla. Era una crítica que muestra las vergüenzas del sistema de desinformación organizado desde el Gobierno, justificando la actitud de los periodistas, y temiendo que estos fueran objetivo de las culpas de la derrota, como sucedió en 1898, y como efectivamente sucedería tras el desastre de Annual, en 1921, apenas 23 años después.

“Por aceptar esta doctrina de la verdad a medias engañamos a España con la mejor buena fe, dando origen a una explosión de patriotería que nos costó un conflicto con Estados Unidos y un Tratado de París. Publicábamos entonces una lista enorme de buques de guerra, que cotejada con la lista de buques americanos nos daban hasta cierta superioridad. Lo que no dijimos fue que las tres cuartas partes de aquellos buques no existían y que el mejor de los demás era un crucero protegido de segunda clase. A tenor de esto hablábamos de *cañones* como los de Manila que sólo eran inservibles tubos de bronce y *escuadras* como la del almirante Montojo constituidas por antiquísimas e inermes barcas, tumbas de una legión de héroes y blancos inofensivos para los ejercicios de fuego que allí practicó la escuadra yanqui. Eso y más se dijo aconsejados e inspirados por la razón política. Más tarde, esos mismos políticos eludieron toda responsabilidad y no dudaron en lanzar sobre la prensa el peso íntegro de la derrota... ¡Los periódicos, La perra chica, el afán de lucro, el culto a la mentira! De ellos es la culpa, toda la culpa. ¿Quién de nosotros no oyó por entonces y aún ahora mismo todo eso cuando las conversaciones giran en torno de esos hechos retrospectivos? Las enseñanzas del pasado inspiran los procederes del presente, de un presente que, aunque por fortuna no tiene analogías con aquello en la finalidad sustantiva, hace recordar, sin embargo, en lo accesorio, que aún no hemos aprovechado en absoluto las enseñanzas de la experiencia, de una experiencia adquirida a fuerza de sangre y de rubores. Como veis, el patriotismo y la conciencia ponen un veto a la verdad relativa y exigen en mandato supremo toda la verdad noble y honrada” (*El Globo*, 16 de septiembre de 1909).

Los corresponsales extranjeros también sufrían la misma censura que los españoles. E incluso también respecto de la restricción de movimientos. Narra Sánchez Ocaña una anécdota que le sucedió con un corresponsal británico.

“Un corresponsal inglés, por cierto muy activo y muy simpático, que me vio escribir varias cuartillas y momentos después salir del Estado Mayor, yendo y sonriendo, *tradujo* equivocadamente mi sonrisa (que en aquel instante era la del conejo), y como se equivocó en la traducción, error nada extraño puesto que no domina el español, y perdonad el chiste, me siguió hasta Telégrafos y en Telégrafos me felicitó por mi *fortuna* (?) y... alargó el cuello para ver mi entrega. Fue preciso que yo suspendiera la operación y le mostrase mis cuartillas, destrozadas por los tachones encarnados. El hombre entonces exclamó su clásico *¡Aaah, oooh!*, y chapurreó una excusa. ¡Poco saben estos colegas flemáticos, que se quedan tan frescos cuando no pueden telegrafiar, lo que sufrimos los periodistas españoles un poco nerviosos!” (*ABC*, 30 de agosto de 1909).

No obstante, no todo solía ser tan amargamente divertido. Los corresponsales extranjeros que decidían transmitir sus telegramas y crónicas a través de territorios pertenecientes a jurisdicciones que no eran la española, como podía darse el caso de Gibraltar, donde no existía censura, o incluso desde el protectorado francés, donde era mucho menos restrictiva, no se exponían al lápiz rojo, publicándose sus crónicas en sus países con la permisividad que las leyes de prensa establecieran. La veracidad de esas informaciones que se publicaban en el extranjero se encargaba la autoridad española de desmentir, como recoge el *ABC*, que se remite a un artículo publicado en *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián. Dado que una información de naturaleza alarmante elaborada por una agencia de noticias española nunca pudo haber pasado la censura del Gobierno Militar de Melilla, cabe sospechar que fue una agencia de noticias extranjera, y puesto que se publicó en periódico de Francia, es muy probable que fuera francesa. El nombre no trasciende, pero sí se obtuvo por el cónsul y no hay que descartar que sufriera algún tipo de represalia su corresponsal en Melilla. Pero subyace la cuestión de la propaganda que a través de la prensa de su país, el Gobierno francés lanzaba para desprestigiar y minar las aspiraciones españolas en el Rif.

“Los periódicos de la vecina población francesa de Bayona *Le Courier de Bayonne* y *L'Echo des Basses Pyrenées*, requeridos por la representación consular de España en aquella plaza, rectifican anoche las noticias telegráficas que anteayer publicaron, según las cuales Melilla había sido atacada por los rifeños, la destrucción del hospital era completa, un cierto número de soldados habían sido envenenados por aguas contaminadas y la epidemia del cólera había hecho su aparición entre las tropas del ejército que opera en el Rif. Ambos periódicos hacen algo más que rectificar tan estupendas noticias: se lamentan de que haya sido sorprendida su buena fe por una agencia seria, cuyas informaciones ordinariamente están bien depuradas, circunstancia por la

cual nuestros colegas de Bayona en modo alguno pudieron sospechar, no obstante la excepcional gravedad y trascendencia de semejantes noticias, que estas tuvieran carácter ninguno tendencioso. (...) Sin embargo, la gestión de nuestro cónsul en Bayona, cuyo celo no podemos poner en duda, ha podido ser más completa, obteniendo de los citados periódicos de Bayona el nombre de esa agencia que tales falsedades les ha comunicado como *telegrama de Melilla*. (...) Nosotros nos proponemos señalar aquellos casos que lleguen a nuestro conocimiento, como oportunamente señalamos *O Paíz*, de Lisboa, y ahora el de Bayona” (*ABC*, 30 de agosto de 1909).

2.7.9 El final polémico de la cobertura

La cobertura de la campaña finalizó con controversia. Javier Betegón, el corresponsal del progubernamental *La Época*, que se había incorporado el 24 de septiembre, escribió un artículo titulado “Campaña que termina, campaña que comienza”, fechado el 6 de octubre ya desde Málaga, tras abandonar Melilla en unión de otros corresponsales, por creer que allí habrá poco ya que contar. En él se refiere a que “termina la fase bélica pero comienza la pacífica conquista diplomática y comercial de los salvajes kabileños”. La noticia sorprendió al resto de la prensa. En el extremo ideológico opuesto, *El País* se preguntaba qué pasaba, a qué obedecía el cambio dado que estaba previsto enviar más soldados (*El País*, 7 de octubre de 1909). A *El Imparcial* también sorprendió este telegrama de Betegón, e interpretó la información del órgano ministerial como un globo sonda:

“que ha hecho pensar en planes misteriosos del gobierno para los cuales se plantea el estado de la opinión y en los que la suspicacia producida por tantas incongruencias ve alguna relación con las dificultades de que se viene hablando y con los continuados cabildeos de los personajes conservadores” (*El Imparcial*, 7 de octubre de 1909).

El Liberal lo recibió con cierto escepticismo, pero alegrándose del fin de la guerra (*El Liberal*, 7 de octubre de 1909). *La Correspondencia de España* señalaba directamente al Gobierno, que “al abrir en España una espita por la vuelta a la normalidad constitucional, ha cerrado totalmente otra: la que daba salida a la información de la campaña” (*La Correspondencia de España*, 7 de octubre de 1909). En efecto, tras la toma de Zeluán, el día 27 el gobierno acordó restaurar las garantías constitucionales en toda España excepto en las provincias de Barcelona y Gerona; y convocar la tercera

legislatura para el 15 de octubre. Pero como decía *La Correspondencia de España*, había por medio un bando firmado por el general Marina el 5 de octubre, que retrotrae al del general Martínez Campos de la campaña de 1893, que los periodistas no se atreven ni a comentar, con unos requerimientos difíciles de cumplir, especialmente los artículos 2º y 3º:

Artículo 2º. Como reos de sedición serán sometidos a juicio sumarísimo, de ser aprendidos *in fraganti*, los que promuevan por cualquier acto directo la insubordinación en las filas del Ejército o vieran entre las tropas especies que puedan infundir disgusto o tibieza en el cumplimiento de los deberes militares o tiendan a producir desaliento para soportar las fatigas de la campaña.

3º. Las personas extrañas al ejército que de cualquier modo alteren el orden serán castigadas con todo el rigor de la ley, y las que se hiciesen sospechosas a la autoridad por su conducta, serán transportadas inmediatamente a la península, a no ser que por sus actos hayan incurrido en responsabilidad criminal.

La discrepancia sobre el fin de la campaña subió de grado cuando el propio general Marina realizó unas declaraciones al *Diario Universal*, que recogieron el resto de publicaciones el 8 de octubre, en las que afirmaba que la guerra seguía, en una entrevista que Ruiz Albéniz tituló “Ni concluye ni empieza” en contestación a Betegón y por extensión, al Gobierno. No entendía el general que se dieran por terminadas las operaciones militares, sólo porque hubieran sido exitosas las de Benisicar, Nador, Zeluan y Gurugú. Pese a que se dominaba una franja de 100 kilómetros, señalaba que las operaciones no podían darse por terminadas hasta que no se dominara la cabila y la sierra de Beni-Bu-Ifrur. En esos montes se encontraban las minas y habían establecido su base los cabileños de la harka, pero el general argumentaba que desde esa línea de montañas los rifeños podían hostilizar Nador y Zeluan como hostilizaban Melilla desde el cercano Gurugú.

La postura gubernamental, expresada en *La Época*, era justamente la contraria. Cuando se cumplían tres meses del ataque a los soldados del ferrocarril, señalaba que el objetivo de la campaña estaba alcanzado, puesto que España había logrado establecerse sólidamente y en condiciones de desarrollar la acción política y pacificadora, y esto lo hacía compatible con el envío de más soldados. Y en palabras del ministro de Economía, González Besada, recogidas por ese mismo diario, “nuestro objetivo

ofensivo está realmente terminado, o poco menos”. Esta falta de rotundidad gubernamental tenía su origen en el propio ministro de Gobernación, Lacierva, que ante las declaraciones del general Marina salió a decir que “naturalmente” la campaña continuaría en seguida, en la parte de Alhucemas, matizando sus declaraciones al día siguiente. Por su parte, *La Correspondencia Militar* opinaba que la parte militar de la campaña no estaba terminada.

En cualquier caso, en medio de esta confusión de mensajes gubernamentales y militares, los corresponsales comenzaron a abandonar Melilla. Entre los primeros cabe citar a Peris Mencheta, Ruiz Albéniz, Pedro Répide, Juan Mata, y los fotógrafos Goñi y Alfonso. En cambio, otros como Sánchez Ocaña, Tur o Bejarano continuaron. No obstante, a partir de ese momento, el conflicto dejó de tener interés para la opinión pública y la presencia de corresponsales se redujo considerablemente, aunque de hecho la campaña militar continuó. Se produjeron fuertes combates y se ocuparon nuevas posiciones, entre las que destacó la meseta de Atlaten, que dominaba Uxián, el enclave minero. Finalmente, el Gobierno dio por terminada la campaña el 27 de noviembre, comunicando por medio de una nota oficiosa el acuerdo del consejo de ministros para repatriar las tropas. El resultado en el ámbito militar fue la ocupación del Gurugú y la zona de Nador con un ejército de 45.000 hombres (y 13 generales) que sufrió más de 1.500 bajas. En lo político, la caída de un gobierno y algunas reformas legislativas, como la relativa al reclutamiento y la creación de un cuerpo de combate de marroquíes, los Regulares, con el objetivo de disminuir las bajas nacionales, y sobre todo, el restablecimiento en 1910 del sistema de ascensos por méritos de guerra, que se había suprimido después de los abusos cometidos durante las guerras coloniales de Cuba y Filipinas. De hecho, al término de la campaña de 1909 volvieron a distribuirse con generosidad ascensos y condecoraciones, lo que originó el malestar de los sectores del ejército partidarios de los ascensos por antigüedad. Otros, muy especialmente toda una nueva hornada de jóvenes oficiales salidos en aquellos años de las academias, sobre todo de la de Infantería de Toledo, que tendrían todo el protagonismo en etapas posteriores del conflicto, la acogieron con los brazos abiertos porque representaba un acicate para sus ambiciones de hacer rápida carrera en Marruecos (De Madariaga, 2006: 68-69).

Con posterioridad al fin de las hostilidades, el 8 de diciembre viajó una delegación de reconocimiento de los territorios mineros de Melilla. Algunos periodistas regresaron a Melilla para dar cuenta de la riqueza en hierro de la zona y la sumisión de los cabileños a España. Los periodistas regresaron a Melilla nuevamente entre el 9 y el 12 de enero de 1910 con motivo del viaje del ministro de Fomento, Gasset. Algunos de los corresponsales que realizaron la cobertura de la campaña militar del año anterior le acompañaron, como Mencheta, Eduardo Muñoz por *El Imparcial*, Tercero del ABC, Iglesias por *El País*, Ruiz Albéniz por *El Diario Universal*, Horace Trome de la agencia Fabra, y César Belmás, director de la *Gaceta de Obras Públicas*. El ministro viajó con ingenieros para estudiar el territorio con el propósito de encontrar vías de desarrollo para la agricultura, las infraestructuras hidráulicas y viarias, el comercio y por supuesto, la minería.

El año 1911 culminaron los trabajos de tendido de las vías del ferrocarril entre el poblado de San Juan de las Minas y Melilla, quedando abierto al tráfico para el transporte de militares, mercancías y viajeros. El acarreo del mineral hubo de esperar hasta finales de 1914, una vez que la Comisión Arbitral autorizó las exportaciones desde el puerto de Melilla (Filmoteca de Andalucía, 2007: recursos telemáticos).

2.7.10 El conflicto se traslada a las Cortes

Durante todo el conflicto, el Gobierno se empleó en mantener a raya una fuerte contestación social, y política, especialmente del bando socialista, que llegaron a unirse con los republicanos, que consideraba la guerra una protección de los intereses del capital minero. Debido a ello, ordenó a la policía recoger el 7 de octubre los diarios *El Liberal*, *España Nueva* y *El País*, que publicaban declaraciones de Joaquín Costa contra la guerra. Hasta Pérez Galdós publicó su *Carta abierta al pueblo español*.

El 18 de octubre, el mismo día que en París, Londres y otras capitales se registraron grandes manifestaciones en contra del Gobierno español por el fusilamiento de Francisco Ferrer, acusado injustamente de instigar las revueltas barcelonesas, se inició el debate sobre la política del Gobierno. La campaña de Melilla y la situación en Barcelona, en el orden del día. El Congreso de los Diputados presentaba los escaños, las tribunas, incluso las diplomáticas, totalmente llenas. La expectación era grande en la

primera sesión plenaria tras el período vacacional. Presentes, el jefe del gobierno y los ministros de Gracia y Justicia, Guerra, Hacienda, Gobernación, Fomento y Marina. Los liberales acusaron al Gobierno de desconocer la realidad que rodeaba Melilla, adonde había ido desorientado, y criticaban también su imprevisión, por la decisión de desguarnecer Barcelona. El presidente, el conservador Antonio Maura defendió su gestión de la política con Marruecos por la postura evasiva del sultán en las negociaciones en el plano diplomático y por mostrar debilidad ante los ataques de los cabileños. Y afirmó que en 90 días se habían cumplido los objetivos de la campaña. La cuestión de Barcelona suscitó un debate muy acalorado, con continuas interrupciones de republicanos como Rodrigo Soriano. Maura afirmó que en Barcelona “se le dijo al ejército que se le iba a convertir en guardián de minas de los burgueses” y que “lo que hubo en Barcelona fue una explosión de anarquía y republicanismo” (*El Imparcial*, 19 de octubre de 1909).

En el debate del 20 en el Congreso apareció la censura como arma de disputa política entre el ministro de la Gobernación y el líder de los liberales, Moret, en relación a la campaña bélica en Melilla y los sucesos de Barcelona. Dirigiéndose a Moret, denunció el ministro que “haya periodistas que digan en su periódico que han podido organizar un servicio especial para burlar la censura que el general en jefe del ejército de Melilla establece o establecía el gobierno” (en clara referencia a Leopoldo Romeo), y que los periódicos anuncien con grandes titulares el número de las bajas, los prisioneros y los heridos en Melilla y añade que sin estar suspendidas las garantías constitucionales adoptó medidas para evitar que el espíritu público del país se deprimiera. Le echó en cara a Moret lo que hicieron los liberales durante la guerra de Cuba, que protestaron los mismos periódicos que ahora, que se reunieron y que llegaron a amenazar con suspender su publicación. Siguió diciendo el ministro que se le había criticado los límites extremos a que se había llevado la censura y que con ello dañaba el interés nacional. Afirmó que por la rigurosa censura que se ejercía en la península y en Melilla se estaba dañando el interés nacional y se estaba permitiendo que en el extranjero se publicaran noticias de los desastres de las tropas españolas. El ministro leyó una carta sobre el papel de la prensa en la campaña de 1893, de 9 de octubre del general López Domínguez al general Margallo, y publicada como apéndice D, pág. 115, del tomo II de Historia de la Regencia, de Juan Ortega Rubio:

‘Me resta hablar a usted de los periodistas, que son una plaga y con sus telegramas y correspondencias impresionan y contrarían la opinión. Eso no se puede consentir en una plaza de guerra que se defiende y prepara para operaciones. Debe usted ordenar que en Telégrafos no se expida despacho alguno, que usted o la persona de su confianza que de ello encargue no conozca y dé su pase, y por último no consentirá en la plaza a los que comprometan todo con mentiras y exageraciones, poniendo como en ridículo cuanto al gobierno o sus delegados atañía. Sea usted en esto muy severo’.

Lacierva se defendió argumentando que todos los días recibía periodistas españoles y extranjeros a los que había “facilitado toda clase de informaciones y he procurado desvanecer la campaña que se estaba haciendo en el exterior”.

Ese mismo sistema de censura que funcionaba para acallar las informaciones con origen en Melilla actuaba también sobre los tumultos que se producían contra el envío de tropas a África en los casos de Madrid y muy especialmente el de Barcelona, de mayor gravedad, que dio origen a una semana de enfrentamientos.

A este respecto, el ministro Lacierva indicó que:

“al surgir los sucesos de Melilla, ciertos periódicos de la capital de España excitaron a los reservistas, realizando una campaña antimilitarista, aconsejando a aquellos que no se incorporasen, y un periódico de Barcelona, *El Progreso*, les invitó a que diesen de puñaladas a quien ordenase la concentración. Los gritos sediciosos lanzados en el muelle de Barcelona y las proclamas allí repartidas merecieron el aplauso de *El Progreso* y de otros diarios. Lo propio ocurría luego en Madrid con motivo de la salida de las tropas de la estación del Mediodía, donde se quiso impedir que partieran los trenes y se profirieron gritos subversivos. Todo esto, llevado y traído por la prensa hizo mella en ciertos ánimos, excitándolos a la violencia. Frente a aquel movimiento peligrosísimo hice lo que debía hacer, ¿quién hubiera procedido de otro modo?, poniendo el veto a lo que no debía ser publicado, aunque no estuviesen en suspenso las garantías constitucionales” (*El Siglo Futuro*, 20 de octubre de 1909).

El ministro continuó argumentando contra la prensa porque esta decía que debido a la censura no podían defender a España de todas las calumnias que se vertían contra el país en el extranjero. Se preguntaba si después de levantarse la suspensión de garantías alguno de esos periódicos habían protestado contra esas infamias. El ministro dijo que tenía un dossier de telegramas de españoles para el extranjero, que se telegrafiaban desde Cerbera e Irún, difamando constantemente a España presentándola como el país

de la Inquisición, hablando de los desastres de nuestras tropas en Melilla, presentando al gobierno abandonando todos sus deberes respecto de aquellas tropas, anunciando el desastre total, la equivocada política que se seguía en Marruecos. Así, leyó un telegrama fechado en Cerbere el 4 de agosto y publicado sin firmar el 6 de agosto en el *Daily Express* en el que se expresaba que “habiendo fracasado los sometidos rebeldes de Barcelona, están al presente sufriendo las consecuencias” dando cifras de fusilados y lanzando una grave sospecha sobre los “métodos medievales de persuasión” contra los prisioneros. También refirió otro telegrama publicado el 14 de octubre en *España Nueva*: “Durante tres meses España ha retrocedido un siglo. La delación ha recobrado su imperio. Se destierra a ciudadanos inocentes por simples sospechas. Se castiga con rigor la delincuencia del pensamiento. Se fusila cuanto se puede. Se envía a Fernando Póo docenas y más docenas de sospechosos”. El ministro también puso en relieve unas cifras confusas sobre una manifestación en París el domingo, 17 de octubre, convocada por la Federación Socialista del departamento del Sena y *L'Humanité* contra las sentencias por la Semana Trágica. El primer telegrama que llegó a Madrid era de la agencia Fabra, a la que la agencia Havas hacía de corresponsal: “En la manifestación formada por 12.000 personas no había banderas ni emblemas de ninguna clase”. *El Heraldo de Madrid* aumentó a 120.000 el número de manifestantes en la edición de la noche, *El Imparcial* también reflejó 120.000. En una manifestación de unos días antes, *El Liberal* del 17 recoge del *Daily Mail* que pasaron ante la embajada española 200.000 personas y también reproducía la misma cantidad *El Imparcial*, cuando los propios organizadores afirmaban haber sido 20.000. El ministro también sacó a colación un telegrama de *El Imparcial* de su corresponsal en Roma en el que decía: “Agitación tiende a decrecer, contribuyendo a ello enorme sorpresa clases neutras por relativa calma España ante fusilamiento Ferrer, no obstante silencio Maura aquí creído despreciativo”. En el telegrama publicado en *El Imparcial* no aparecía reflejada la parte del minoramiento de la agitación (*El Siglo Futuro*, 20 de octubre de 1909).

Maura era consciente de su debilidad política e incluso llegó a sugerir su posible salida del Gobierno. Alfonso XIII pensó que sólo la salida de los conservadores podía evitar una revolución, por lo que llamó a los liberales a formar gobierno, con Moret a la cabeza y el general Luque como ministro de la Guerra. A pesar del nuevo equipo, Moret declaró que “indudablemente vamos hacia la paz, pero queda aún por realizar una

última etapa del plan de operaciones elaborado por el gobierno anterior” (Tuñón, 1978: 201).

2.7.11 La realidad sortea la censura en los libros

Al igual que sucedió tras los enfrentamientos de 1893, algunos corresponsales se destacaron denunciando las trabas, prohibiciones e incluso amenazas de las que fueron objeto durante la cobertura, realizando un ejercicio de autocrítica en la propia prensa o en libros.

En 1910 Fernando de Urquijo dio a conocer *La campaña del Rif en 1909*, subtitulado Juicios de un testigo. Se trata de un libro de crónicas de este reportero de *El Globo*, que fue enviado para informar de la guerra, y de las que ya dio muestras al poco de regresar de Melilla. Durante los dos meses que permaneció en la zona del conflicto poco pudo informar a sus lectores debido a la férrea censura de prensa que se impuso, pero más tarde sus impresiones quedaron recogidas en este volumen. Urquijo llegó cuando el desastre del Barranco del Lobo ya se había producido, pero aun así ofrece un testimonio de lo que allí vio cuando, transcurrido el tiempo, se pudo acceder al lugar. Tuvo ocasión, sin embargo, de narrar otros hechos de armas posteriores. A través de ellos pone su acento en los elogios a la actuación del ejército español y en la paralela censura a los políticos gobernantes, a quienes atribuye no sólo la entera responsabilidad de toda desgracia acaecida sino también la penuria material en que soldados y oficiales se ven obligados a vivir y a combatir. Ahí reside la idea central de este libro, que lamenta ese abandono por cuanto resta de eficacia en la acción punitiva contra los rifeños. Urquijo, probelicista convencido, se muestra partidario de una guerra total, de absoluta humillación del adversario.

En 1912 apareció *Lo que vi en la guerra; diario de un soldado*, de Eugenio Noel, un conjunto de crónicas que es una ampliación de *Notas de un voluntario en la guerra de 1909*, de 1910. Ofrece una visión interiorizada de la guerra, pero sin cuestionarse en ningún momento la legitimidad de ésta ni las desgracias que acarrea. Lo que fundamentalmente le mueve al rechazo de la campaña es la ocasión que sus organizadores han desperdiciado para regenerar la moral nacional decaída desde la pérdida de los residuos coloniales en el desastre de fin de siglo, el no haber sido capaces

de rehacer el pabellón patrio cuando se brindaba la oportunidad (López Barranco, 2006: 74-92).

En 1913 se publicó “*Episodios de las guerras de África contados por mi caballo*”, una fábula cómica de Leopoldo Bejarano, que narra el abuso padecido por un periodista recién llegado a Melilla para cubrir la información sobre el conflicto a la hora de procurarse un caballo. Bejarano ilustra así el heroísmo y la grandeza de la España del pasado frente a la humillación del presente.

Una de las plumas consagradas del momento, Carmen de Burgos *Colombine*, publicó la novela titulada “*En la guerra*”, en la que narra la historia de un triángulo amoroso ambientada en la guerra de Melilla, con un final trágico truncado por la muerte. Lo interesante de esta publicación es la descripción detallada de los lugares que de un modo u otro estaban relacionados con el enfrentamiento bélico y el tono reporteril de las mismas.

También en materia editorial, Guillermo Rittwagen publicó *Bibliografía de la Campaña de Kalaia-Kabdana de 1909*, Enrique López Alarcón, *Melilla, 1909, diario de la guerra*, y Goñi *Los ferrocarriles del Rif* (Saro, 2010: recursos telemáticos). Pasado el tiempo, Luis de Armiñán escribió *Francia, el dictador y el moro* en 1930.

Además de la denuncia en libros editados, en la prensa, con carácter posterior al fin de la campaña bélica, algunos destacados periodistas como Fernando Urquijo, de *El Globo* y Ruiz Albéniz, de *Mundo* y también Eugenio Noel en *España Nueva*, y *El País* revelan que no pudieron informar con arreglo a la verdad absoluta a sus lectores, por culpa de la censura, a pesar de ser conocedores de los hechos, frente a la prensa conservadora que los calificaba de antimilitaristas. Urquijo desvela alguno de esos sucesos que no se conocieron:

“Todas las noches descendían los moros de las primeras lomas del Gurugú y hostilizaban con frecuencia las posiciones de nuestro flanco izquierdo. Había invariablemente una alarma, unos disparos, unas imprecaciones y una huida de los cabileños a sus guaridas. De tales refriegas en las sombras solíamos registrar dos o tres bajas, a veces ninguna, a veces seis u ocho. Los ingenieros decidieron acabar con aquellas escaramuzas escarmentando a la morisma del único modo y manera que los moros entienden por escarmiento. A este fin colocaron en una caja de cartuchos máuser hacia tres kilogramos de picsita y gran cantidad de piedras. Cerraron la caja

convenientemente, pusiéronle una espoleta y la dejaron en un lugar visible y como si estuviese llena de cartuchos. A la segunda noche oímos en Melilla un pavoroso estruendo. Por la mañana, al hacerse la descubierta fueron hallados dos cadáveres moros víctimas de la explosión cuando trataban de huir con los cartuchos” (*El Globo*, 7 de octubre de 1909).

Critica Urquijo que la censura deformó el relato así: “Al hacer descubierta fuerzas ingenieros esta mañana se encontraron dos cadáveres moros, muertos sin duda por las granadas”.

También critica ahora Fernando Urquijo los errores cometidos por el gobierno en la campaña del Rif, como que no se hubieran enviado la división Orozco y la brigada del Campo de Gibraltar, con 16.000 hombres que hubieran llegado en 24 horas merced a un acuerdo con la compañía Trasatlántica española alcanzado por el general Primo de Ribera, pero al sustituirle el general Linares en el ministerio, éste prefirió buscar contingentes en Cataluña, desguarneciéndola y completando con reservistas casados (*El Globo*, 1 de noviembre de 1909). No le dejaron contar eso desde Melilla en septiembre. Igualmente, dice que la censura no le dejó llamar desastre a la acción del 27 de julio en el barranco del Lobo, y responsabiliza a Linares de enviar tropas que no debieron salir de la península. Dice que los muelles no eran tales, que el mar ha inutilizado muchos cargamentos militares por un elevado valor, que todavía no se han construido barracones para la tropa, que estaban hacinados en tiendas de campaña, que los soldados sólo tienen una puesta, que no tenían tiendas de campaña suficientes, que habiendo destiladoras en el muelle no había agua potable y acusa al general Marina porque debía haber hecho algo más práctico y no haber caído en la benevolencia.

A este respecto, hay que decir que el puerto de Melilla se declaró de interés general por Ley de 7 de mayo de 1902 y se le concedió el 13 de febrero de 1904 una subvención anual de 100.000 pesetas, elevadas a 500.000 pesetas en 1906, una vez aprobado el proyecto definitivo, cuyo presupuesto fue de 3,5 millones de pesetas. Las obras comenzaron el 30 de septiembre de 1907 y debía estar terminado en tres años. Para el momento de la campaña, en el denominado muelle militar como en el civil (ninguno de los dos tenía más de 40 metros de longitud) se acumulaban a la intemperie o rudimentariamente protegidas las mercancías desembarcadas (paja, harina, leña), con el riesgo para el aprovisionamiento de las tropas. Los muelles se encontraban con

frecuencia obturados, a pesar de trabajarse en ellos día y noche para despejarlos de mercancías, y de penetrar hasta los mismos el pequeño ferrocarril de las obras del puerto. Cuando soplaban el viento de levante, unos 150 días de promedio al año, se cerraba la comunicación marítima, debiendo los barcos refugiarse en las islas Chafarinas. Además, los buques tienen que quedar próximamente a un amilla de los muelles, lo que retrasa los embarques y desembarques, sobre todo del ganado y del material, que tiene que acomodarse en lanchones y remolcarse. Ni el número de lanchones disponibles, ni el de grúas para la descarga era el necesario para el movimiento que necesita un contingente de 40.000 soldados (Gallego, 2005: 73-74).

Después de la campaña de 1909, la penetración en el Rif parecía marchar sin dificultades, aunque continuaba la oposición popular. El 27 de diciembre de 1910 la embajada de El Mokri firmó en Madrid un acuerdo por el que España obtenía ventajas similares a las de Francia. Alfonso XIII se mostraba cada vez más entusiasmado por los planes marroquíes, y su viaje a Melilla en enero de 1911 respondió a este interés (Tuñón, 1978: 204). La visita real despertó un interés mediano en la prensa, destacando únicamente entre los corresponsales de la prensa nacional Rodríguez de Celis por *La Correspondencia de España* y Arpe de *El Heraldo de Madrid*.

La cuestión se agravó cuando en marzo de 1911, Francia comunicó a las potencias firmantes del tratado de Algeciras que se veía obligada a afrontar acontecimientos importantes en Marruecos. En vano intentó España que Francia la hiciese partícipe de sus planes. El embajador en París, Pérez Caballero, propuso aplicar el artículo 3º de los acuerdos secretos, esto es, ruptura del *statu quo* por deposición o impotencia del sultán y libertad de acción en las respectivas zonas de influencia. Una red de intereses envolvía a Marruecos. Los hermanos Mannesmann habían obtenido del sultán nuevas concesiones mineras y pretendían tratar con España como de potencia a potencia. Pero otra parte, la Société Marocaine des Travaux Publics, integrada por capitales franceses y alemanes, chocó con sus rivales ingleses. En fin, el empréstito emitido por Marruecos en 1910 fue cubierto por los bancos internacionales en esta proporción: Francia 40%, Alemania, 20%, España, 15%, Inglaterra 15% y otros países 10%. El gobierno español quiso adelantarse al francés. Bajo pretexto de las socorridas agresiones (esta vez a unos pescadores españoles), las tropas españolas operaron en la región de cabo Negro, entre

Ceuta y Tetuán, así como en las márgenes del Kert. Pero la opinión pública española seguía decididamente hostil a la intervención en Marruecos. El 7 de mayo tuvieron lugar 32 manifestaciones contra la guerra de Marruecos en otras tantas capitales de provincia. La de Madrid, presidida por Pablo Iglesias, Benito Pérez Galdós y Gumersindo Azcárate, reunió a varias decenas de millares de personas. Sin embargo, la respuesta de Canalejas a la entrada francesa en Fez fue el envío de los buques de guerra “Cataluña” y “almirante Lobo” a la rada de Larache y luego Alcazarquivir, por las fuerzas al mando del capitán Ovilo. Para ocupar Larache no faltó la ‘agresión’; se trataba de la muerte de un ejemplar de esa rara especie llamada ‘moros protegidos’. En cuanto a Alcazarquivir, el pretexto de la ocupación fue la cabalgata nocturna por el zoco de unos extraños jinetes (Tuñón, 1978: 205-206). El 8 de junio de 1911 desembarcaron las tropas españolas en Larache, lo que fue anunciado por una nota de prensa del Gobierno. No obstante, este breve episodio del conflicto hispano-marroquí carece de relevancia desde el punto de vista de la aportación en el ámbito del periodismo. Los corresponsales realizaron la cobertura en la distancia. *La Correspondencia de España* tenía entonces a Rodríguez de Celis en Tetuán, a Escauriaza en Ceuta y a otro corresponsal en Tánger que firma como “Interino”. Éste último, que dio la noticia del desembarco, que se publicó el sábado 10 de junio, había establecido un servicio de correos entre Larache y Tánger. El 9 por la tarde llegó al corresponsal de Tánger un correo que viene desde Larache para informarle del desembarco de la fuerza de Marina a bordo del Cataluña, que se había producido el 8 a las nueve y media de la noche (*La Correspondencia de España*, 10 de junio de 1911). Este corresponsal adelantó, a pesar de no tener confirmación, la posibilidad de un avance sobre Alcazarquivir. *El Imparcial* tenía en Ceuta a Alfredo Rivera, que desde 1907 era el corresponsal en la zona de *El Adelanto* de Salamanca, y a Ruiz en Tánger, quien firmó la noticia del desembarco. *ABC* a José del Campo Moreno en Tánger y por esos días el escritor Andrés Gay andaba también en Marruecos. Mencheta también anduvo entre Tánger y Larache. Como dato de interés, cabe decir que durante los acontecimientos fue expulsado de Tánger el capitán de Estado Mayor turco y corresponsal del diario egipcio *El Moayard*, Tahar Bit, especialmente crítico con los sucesos que se venían desarrollando en el interior de Marruecos (*El Imparcial*, 12 de junio de 1911).

Esta acción española fue del desagrado de Francia y a partir de ese momento se sucedieron los incidentes entre ambos países. La política de acercamiento a Alemania de Canalejas no dio resultado y quedó desarbolada al firmar Alemania un acuerdo con Francia, que le dejaba las manos libres en Marruecos a cambio de una considerable porción de territorio en el Congo. Y al gobierno español no le quedaba sino esperar a firmar otro tratado con Francia, en el que le asignaba todavía menos superficie, 28.000 kilómetros cuadrados frente a los 572.000 de la zona francesa. El encargado de firmarlo, en 1912 fue Romanones, sucesor del presidente José Canalejas asesinado ese mismo año, y con evidentes intereses en la zona. España cumplía la función de tapón, respondiendo a los intereses británicos. En los años siguientes hubo una expansión de la zona territorial tanto en la zona oriental como en la zona occidental (campana del Kert, toma de Monte Arruit, Tetuán, entre otros), con una penetración que no fue excesivamente difícil (Tussell, 1975: 139-140). La llegada de la I Guerra Mundial detuvo la actividad española en Marruecos, en coherencia con su neutralidad, y el conflicto entró en una fase latente. Mientras tanto, los intereses por las minas siguieron tejiéndose entre alemanes, franceses e ingleses, principalmente.



Ilustración 31. Nuestro corresponsal moro en Fez cambiando impresiones sobre asuntos de actualidad con nuestro enviado especial Sr. Campo Moreno.
Foto Ramón Alba.

ABC, 7 de julio de 1911.

2.8 Los años 20: de Annual a Alhucemas

La I Guerra Mundial había detenido la política colonial española con el fin de mantener el *statu quo* y no comprometer la neutralidad española (VV AA, 1991: 93), mientras en España la grave crisis del sistema turnista había acentuado la inestabilidad política. La situación económica generaba un profundo descontento social entre los habitantes de las grandes ciudades, especialmente Barcelona por su elevada concentración de obreros, que se expresó en 1917 en forma de una huelga general que fue seguida de la represión. La elevada conflictividad social era el principal problema de España en esos momentos.

Se temía una revolución como la acaecida en Rusia y no se dudó en usar el ejército contra la población. Además, las aspiraciones catalanistas cobraban mayor fuerza y fueron reprimidas también con más fuerza por parte del presidente conservador Eduardo Dato. El ejército, que era usado por el Gobierno, también buscaba su influencia en la política y contaba con el favor de Alfonso XIII. Un sector del ejército, destinado en la península, comenzaba a criticar los rápidos y escasamente justificados ascensos de sus compañeros en territorio africano y terminaron por crear las Juntas de Defensa, una asociación de corte sindical sin encaje en la legislación, cuyo desafío originó la dimisión del gobierno del liberal Manuel García Prieto y su legalización por su sucesor, Eduardo Dato, que fue asesinado en marzo de 1921 siendo presidente del Gobierno, mientras el general Fernández Silvestre avanzaba por el protectorado en medio de rifeños supuestamente leales.

En la zona de Melilla descendió la tensión en estos años, lo que se ha atribuido a una política de atracción desarrollada por el general Gómez Jordana, quien, tras la dimisión del general Marina, fue nombrado Alto Comisario y, además, fue investido con el cargo de General en Jefe. Le sucedió en la Comandancia General de Melilla el general Aizpuru, y a Fernández Silvestre, en la de Larache, el general Villalba. En consecuencia, ante la falta de operaciones importantes, la atención de los corresponsales disminuyó.

Después de la Gran Guerra, el avance del ejército sobre la parte española del territorio del protectorado de Marruecos se producía con un seguimiento más que tibio en las Cortes, en la prensa y por tanto en la opinión pública. Por un lado, el general Berenguer,

que había sido nombrado Alto Comisario en Marruecos, llevaba a cabo con prudencia la campaña en la zona occidental del protectorado, al sur de Ceuta, por Yebala, llegando a ocupar Xauen y arrinconar al Raisuni, un bandido que aspiraba al trono de Marruecos. En la zona oriental, su subordinado el general Fernández Silvestre, de carácter temperamental e indisciplinado, avanzaba con gran premura por el interior del territorio de Melilla, hacia el foco de la rebelión en la cabila de Beni Urriaguel, al sur de la bahía de Alhucemas, buscando una gran victoria sobre los rifeños, que eran liderados por Abd-El-Krim.

Durante este periodo latente del conflicto, los periodistas, especialmente los más seducidos por el estamento militar, mantenían una relación de proximidad con los oficiales de más alta graduación, a los que veían con ejemplaridad. A su vez, algunos de ellos, muy jóvenes, habían aprendido que con temeridad frente al enemigo y proximidad al periodista se ascendía rápido en África. Tal fue el caso de Francisco Franco, que en junio de 1916 en la toma de El Biutz resultó herido de bala en el abdomen. Pese a no recibir la ansiada Laureada de San Fernando, la máxima condecoración militar española, le hizo aparecer como agraviado en la prensa y tratado con especial atención por enviados especiales tan distintos como Gregorio Corrochano del *ABC* y el socialista Indalecio Prieto de *El Liberal* bilbaíno (Leguineche, 1996: 67).

2.8.1 La expedición de la prensa a Xauen

A la toma pacífica de la localidad de Xauen le quiso dar el Gobierno una relevancia especial. Para ello formó una expedición de 22 miembros de la prensa nacional, entre los que se encontraban periodistas, fotógrafos, un director de cine y un pintor. Tomaron parte Rubio Salado (*ABC*), Tomás Borrás y Antonio Got (*El Sol*), Montserrat Fénech Muñoz, acompañado por un corresponsal telegráfico apellidado Novelles destinado en Melilla (*La Vanguardia* y *El Telegrama del Rif*), Julio Milego y Enrique Arqués (*La Tribuna*), Armando Guerra, el director de *El Eco de Tetuán*, Gómez, y un enviado de *El Globo* que firmaba como M. T., entre otros. Como fotógrafos estuvieron presentes Alonso y Rubio, cuyas imágenes se publicaron en *Nuevo Mundo*. La exclusiva para filmar se adjudicó a Regia Art Film de Barcelona, que envió a Soler, y el pintor fue Mariano Bertuchi, asentado en Ceuta y que destacó su obra de temática marroquí. A cargo de la comitiva, que partió desde Tetuán, se encontraba el teniente coronel

secretario del Gabinete militar del general Berenguer, Juan Lasquetty, auxiliado por el capitán Feneche (*La Vanguardia*, 26 de octubre de 1920).

Merece la pena fijarse en dos de los miembros de aquel grupo, debido a su proyección. Enrique Arqués fue organizador de los Servicios de Prensa y Propaganda del Protectorado. Armando Guerra era el seudónimo del teniente coronel de Estado Mayor Francisco Martín Llorente, escritor y colaborador asiduo de *El Debate*, *El Correo Catalán* y de periódicos especializados en asuntos militares, que durante la Primera Guerra Mundial publicó controvertidos análisis de las notas e informaciones llegadas de los frentes de guerra (*ABC*, 28 de enero de 2014).



Ilustración 32. Periodistas, escritores y fotógrafos con el general Berenguer y el teniente coronel Lasquetty en Xauen, 1920. Fotografía de Ángel Rubio.

© Colección José Luis Gómez Barceló
(VV AA, 2013, recursos telemáticos)

El general Berenguer tomó la ciudad el 14 de octubre. Las operaciones militares se iniciaron a las cinco de la mañana. Los periodistas salieron poco después para Dar Akkuba, desde donde lo presenciaron. Las tropas entraron sin oposición y seguidamente lo hicieron los periodistas. El diario conservador *La Época* lo narró como una entrada triunfal:

“La ciudad quedó dominada á las once, hora en que fueron tomadas todas las alturas. Dos horas más tarde, el Alto Comisario, con los generales Manzano, Barrera, Davalillo y Vallejo, acompañados de lucidos Estados Mayores, la Comisión civil de Tetuán y representantes de la Prensa, hizo su entrada solemne en Xexauen á los acordes de la Marcha Real, que tocaban las músicas del Serrallo y del regimiento de Ceuta”. (*La Época*, 15 de octubre de 1920)

La exaltación de los valores de la patria guió la pluma de los que firmaron sus crónicas, como Rubio Salado, el corresponsal de *ABC*: “Aún suenan en mis oídos los aplausos, vivas y aclamaciones a nuestro Rey, al Ejército y a España cuando se izaba la bandera en la alcazaba de Xauen; jamás, como bien decía Julio Milego, hemos sentido los que allí nos encontrábamos, más hondamente el sentimiento de Patria” (*ABC*, 26 de octubre de 1920). Y eso que sólo unos días antes hacía todo un propósito de intenciones alentador: “No escatimaremos aplausos por cuanto bueno se haya hecho; pero señalaremos siempre lo que aún falta, y sin ocultar las dificultades que aún se han de vencer, y la escasez de medios que se adivina -que se ve- aunque los profesionales traten de reservarlo” (*ABC*, 9 de octubre de 1920).

Justo lo contrario que el enviado por *La Correspondencia de España*, que dentro de la crítica de su diario, señalaba en una crónica fechada el 20 en Ceuta a su regreso:

“Hemos llegado de Xexauen los periodistas que fuimos con las tropas que ocuparon aquella ciudad. Al llegar aquí hemos observado el gran contraste entre el júbilo por el feliz éxito de la operación y la consternación que produjo la paralización de las obras del puerto. Los periodistas, acompañados del alcalde, presidente de la Cámara de Comercio y autoridades, visitaron a los contratistas, que manifestaron que esta paralización es forzosa, porque no pueden sostener los gastos por más tiempo, mientras el Gobierno no pague algo de los cinco millones que adeuda. Los empréstitos de la Junta de Obras del Puerto han sido declarados desiertos pues salen a la par. Urge que se tomen medidas, para evitar conflicto que ocasionaría esta paralización de las obras. El Gobierno debía ocuparse del asunto en el Consejo de ministros, rebajando el tipo de la emisión, con lo que no se perjudicaría a los intereses de la población, sino *que* favorecería la obra del protectorado, por ser este puerto donde afluyen los buques con mercancías para el ejército, siendo insuficientes los muelles que existen en la actualidad para entrar por ellos todo cuanto necesita este bizarro ejército, que tan gloriosamente hemos visto desfilar por las calles de Xexauen” (*La Correspondencia de España*, 20 de octubre de 1920).

Los periodistas permanecieron tres días completos. El segundo día por la mañana Gómez editó unos pocos ejemplares de *El Eco de Chefchauen*, que llevaba en primera

plana un retrato de Berenguer y un dibujo de la ciudad hecho por Bertuchi y con textos breves de algunos de los periodistas que le acompañaban. Señala Fénech Muñoz que la edición se hizo con una multicopiadora y el original a mano, pero no conviene olvidar que tal y como apunta *La Voz* el 14 de octubre, las tropas llevaban radiotelegrafía, cinematografía e imprenta, por lo que pudo haber habido una colaboración interesada. Esos ejemplares, que el propio Borrás repartió en la plaza de la localidad son el origen de *El Eco de Chefchauen*, que comenzó a editarse en 1920 y en él colaboraba precisamente Tomás Borrás.

Las cuestiones de alojamiento fueron resueltas por el propio Lasquetty en domicilios de vecinos de la localidad, durmiendo en colchonetas en unas habitaciones.

Los periodistas iniciaron el regreso a Tetuán el 16, haciendo noche en Sakia d'ex Xoruta, donde Lasquetty les ofreció una cena con champán. En ella se acordó rendir homenaje al día siguiente en nombre de la prensa española a Constantino Froilán Várela, un soldado que se encontraba sepultado en un lugar próximo (*El Globo*, 29 de octubre de 1920). Continuaron a caballo hasta Kerikera, y desde allí en automóvil hasta Tetuán, a donde llegaron a las seis de la tarde.

A pesar de las facilidades ofrecidas desde el ejército, el seguimiento del acontecimiento en la prensa nacional fue tibio. La información llegó principalmente a través de telegramas fechados en Larache, Tetuán, Melilla y Ceuta, dado que los miembros de la expedición periodística a penas fecharon unas pocas crónicas. En el ámbito fotográfico, han llegado unas panorámicas de Xauen sin temática bélica.

No obstante la tibieza, la aceptación de este hecho por parte de la prensa fue positiva. La interpretación general fue la que resume *El Imparcial*, y por encontrarse en muy parecidos términos en otros diarios, sobre todo en determinados aspectos de estrategia topográfica, puede tratarse de un argumento suministrado por Lasquetty:

“Con la conquista de Xexauen se ha terminado virtualmente la de Yebala; ahora vendrá la pacificación a completar la obra. Es ardua la empresa; pero lo alcanzado desde que el general Berenguer desempeña el cargo de Alto Comisario significa la rectificación de pasadas inexperiencias, dice muy bien lo que va a lograrse en poco tiempo. Quien sepa que han combatido a par nuestro, en la ida a Xexauen, gentes que hacía días se opusieron a ello con las

armas, bien puede confiar en transformaciones prontas y seguras” (*El imparcial*, 15 de octubre de 1920)

La única voz crítica se encuentra en *La Correspondencia de España* de Leopoldo Romeo, que realizó una dura campaña de denuncia con argumentos económicos, que volverá a usar un año después tras el desastre de Annual, que se prolongó durante unos días:

Hoy como en 1909 sigo diciendo que la zona española no vale ni un hombre, ni una peseta, y que es un crimen de lesa patria haber gastado mil quinientos millones en pretender civilizar África, cuando por falta, de recursos está España cada día más africanizada (*La Correspondencia de España*, 16 de octubre de 1920).

De hecho, aprovechaba noticias publicadas por otros diarios, como la que refiere el siguiente párrafo publicada en *La Libertad*, para reforzar sus argumentos:

“El día en que el niño Balbino Martínez no pudo ingresar en el Hospital por no haber cama, eran izadas con toda solemnidad en Chechauen las banderas del Maghzen y de España. Habíamos conquistado un nuevo poblado africano con su territorio correspondiente, y con ello era mayor la gloria de nuestra patria y más numerosas las páginas heroicas de su historia militar; pero con ello no habían disminuido ni en poco ni en mucho los dolores y las amarguras que sufren en la madre patria los ciudadanos españoles. A la misma hora en que los moros recibían a las tropas españolas con vítores, por ver en ellas los representantes de una civilización redentora, se daba en Madrid el espectáculo africano de que unos padres tuviesen que peregrinar con su hijo herido, sin encontrar otra cosa que gentes que les dieron con las puertas en las narices, acompañando los portazos con la ya tradicional frase de “no hay cama” (*La Correspondencia de España*, 20 de octubre de 1920).

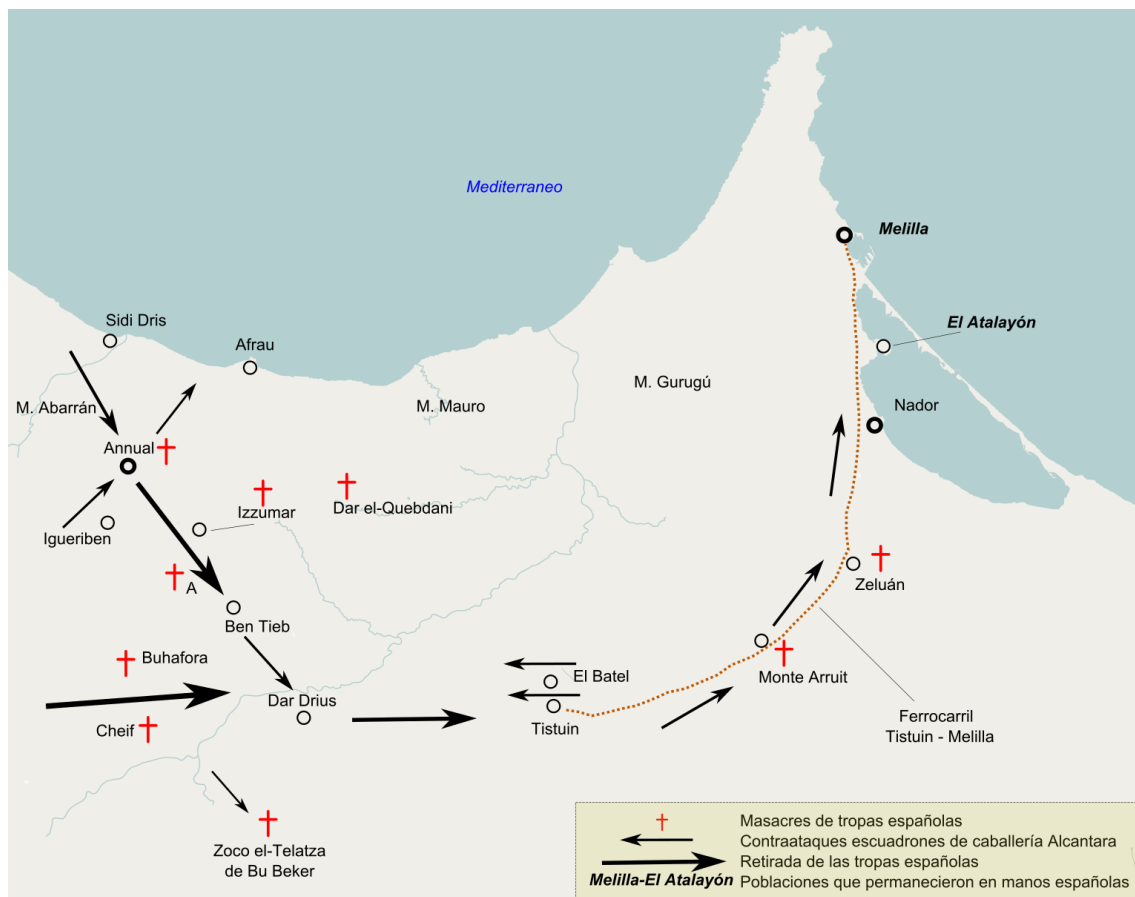
2.8.1 La caída de la Comandancia General de Melilla

En enero de 1921 se había establecido una línea de posiciones apta para el asalto definitivo a la cabila de Beni Urriaguel, que iba desde Sidi Dris, en la costa del Mediterráneo, hasta Afrau y Annual. La fuerza disponible que tenía la Comandancia General de Melilla era de 21.115 hombres, entre jefes, oficiales y tropa. Pero se organizó una campaña de riesgo elevado, liderada por el general Fernández Silvestre, con un ejército mal entrenado, deficientemente armado, sin el equipamiento adecuado, pésimamente alimentado y mal pagado.

En mayo la línea estaba asegurada, pero comenzaron a tenerse informes de unas concentraciones guerrilleras lideradas por Abd-El-Krim, que había sido colaborador y protegido de la autoridad española y exredactor de *El Telegrama del Rif* (Gómez Aparicio, 1967: 643-644), y conocía perfectamente el modo de actuar de los españoles. El general Silvestre no tuvo en cuenta un informe del mes de febrero del coronel Morales, jefe de la Oficina Central de Asuntos Indígenas y de las tropas de la policía, en el que exponía las dificultades que conllevaba seguir el plan de operaciones para la ocupación de la bahía de Alhucemas, por la fuerte oposición que mostraría la cabila de Beni Urriaguel y porque no se podía confiar en las demás cabilas del sector (Tensaman, Beni Ulisech-Gueznaya, Beni Tuzin, Beni Said y Bocoya). No obstante, con el fin de adelantar las líneas desde Annual, Silvestre obtuvo permiso de Berenguer para realizar pequeñas operaciones. Así, consideró posible realizar un avance para llegar al dominio de la parte septentrional de la sierra de Tensaman, a unos 10 kilómetros de Annual, ocupando el monte Abarrán, de 500 metros de altitud, desde donde se controlaba el paso natural de la sierra. Esta operación había sido demandada por los jefes de otros poblados amigos y muy particularmente por los de la fracción de Beni Buidur. Así, el 1 de junio salió de Annual una columna al mando del comandante Villar, que realizó el avance hasta Abarrán. La posición se ocupó sin resistencia, y una vez guarnecida, la columna inició el regreso. Al darse cuenta, los descontentos de Tensaman atacaron la nueva posición y cortaron la retirada de la columna. Abarrán fue tomada por los rifeños, así como el armamento que allí había, con un resultado de 10 oficiales muertos y 40 soldados heridos. No se esperaba los militares que una operación de tan pequeña envergadura tuviera un resultado tan negativo, puesto que Abarrán se ocupó por sorpresa y sin resistencia. La harca amiga de Tensaman dejó de serlo en ese instante y al caer muertos los oficiales, se inició el caos y la posición fue abandonada a la carrera en vez de ser defendida. Ante tal reacción y con la ocasión de incautarse del armamento, el día 2 atacaron Sidi Dris, la posición más meridional, en la desembocadura del río Amekrán, muy próxima a la costa, que resistió 26 horas con la ayuda del cañonero Laya y de la aviación. El día 5, el alto comisario, Dámaso Berenguer, y el general Silvestre se reunieron en el Princesa de Asturias, frente a Sidi Dris. El primero se mostraba preocupado y muy prudente por el giro que tomaban los acontecimientos, pero Silvestre

restó importancia a los hechos y aseguraba que tenía la situación bajo control. Había ocupado Talilit y le pidió permiso para ocupar una posición más, Igueriben.

En ese momento, la mayoría de los puestos del frente se hallaban mal comunicados, a distancia de los puntos de abastecimiento de agua y otros aprovisionamientos. A pesar de la situación desfavorable, el día 7 de junio se avanzó para ocupar Igueriben, una posición adelantada entre Annual e Izummar, que aumentaba la seguridad del camino de Ben Tieb a Annual, pero tenía un inconveniente: la carencia de agua, que obligaría a



Mapa 5. Representación de movimientos de retirada y contraataque que ocasionaron la caída de la Comandancia General de Melilla en 1921

Obtenido de: http://es.wikipedia.org/wiki/Desastre_de_Annual

realizar su abastecimiento a gran distancia de la posición, produciendo dificultad y peligro e incluso a veces, bajas en la tropa. Los caminos naturales que a la posición conducían estaban cruzados por barrancos profundos que en direcciones variadas los cortaban donde se ocultaban los rifeños. La ocupación fue realizada por el coronel Morales, pero los rifeños también se atrincheraron en las inmediaciones, en unas lomas

que dominaban la posición. El 14 por la noche, un contingente harqueño la hostilizó. La agresión fue repelida después de nueve horas de combate, con la ayuda de las baterías de Buimeyan y Annual y un aeroplano. Después hubo unos días de calma aparente en el campo avanzado hasta que el 16 los rifeños quemaron los poblados afines próximos a Talalit y atacó una columna que realizaba operaciones en Buimeyan, en el sector de Annual, con un saldo de 16 muertos y 42 heridos de tropa de la policía indígena y un oficial y tres soldados europeos heridos. A finales de junio cesó la intensidad del hostigamiento rifeño, pero no fue aprovechado por el general Fernández Silvestre para reforzar las posiciones o pedir refuerzos, a pesar de la fuerza que demostraban las harcas de Abd-El-Krim.

Los ataques se reanudan en julio. La posición adelantada de Igueriben fue hostigada los días 3, 4, 6, 7, 8 y 14. El 17 de julio, los rifeños, comandados por Abd-El Krim atacaron la línea Buimeyan-Annual-Igueriben, intentando sin éxito tomar Igueriben. Ese día se enviaron convoyes de abastecimiento a Buimeyan e Igueriben, pero el de éste último no recibió abastecimiento de agua y las reses fueron tiroteadas. En la noche del 18, los rifeños repitieron el asedio contra Igueriben y lo extremaron en la madrugada del 19, extendiendo el ataque a Annual. De madrugada, salieron de Annual dos columnas para socorrer la posición de Igueriben, pero ante la posibilidad de que se les cortara la retirada, regresaron a la posición, acosados hasta el mismo perímetro defensivo del campamento. El general Silvestre comunicó el día 20 la situación al Alto Comisario, el general Berenguer, al que pidió refuerzos terrestres y aéreos con que poder mantener sus posiciones, que estaban amenazadas. Este era el primer telegrama en señalar una situación grave en la Comandancia de Melilla, y la primera vez que aparecía en un documento oficial del general Silvestre una petición de refuerzos, aunque no se fijasen en cuantía ni en clase. Tal telegrama causó una desagradable sorpresa en las altas esferas políticas y militares del país. Porque en su texto se vislumbraban insinuaciones más o menos veladas de derrota.

El ejército era incapaz de romper el asedio de Igueriben para que pudiera llegar un convoy de abastecimiento. El 22 de julio a las dos de la tarde, el comandante Benítez ponía su último despacho desde la posición: “sólo quedan doce cargas de cañón, empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contarlas y al duodécimo disparo,

fuego sobre nosotros, pues moros y españoles estaremos envueltos en la posición”. Aunque se autorizó negociar las condiciones del abandono de la posición, no se hizo, y finalmente se ordenó tajantemente su abandono y el repliegue hasta el lugar más factible, lo que trató de impedirlo la milicia rifeña. Sobrevivieron 37 de los 247 que componían la guarnición.

Esta derrota fue puesta por el general Silvestre el día 21 de julio en conocimiento de su superior, al que envió un telegrama en el que manifestaba:

“Con esta fecha, digo, Ministro, lo siguiente: Día hoy realicé operación anunciada para socorrer Igueriben con esfuerzo supremo, viniendo con resto Regulares y Regimiento Alcántara dirigir tan importante operación. Numerosísimo enemigo atrincherado impidió plan, no obstante operar casi totalidad, acogiendo protección mayor parte guarnición después inutilizar material. Jefes y Oficiales muertos en alambreadas suicidados. Retirada muy sangrienta, recogiendo fuerzas, repito, mayoría territorio Annual, donde me quedo con las mismas totalmente rodeado de enemigos, debido situación gravísima y angustiosa me es urgentísimo envío divisiones con todos los elementos. Intentaré toda clase esfuerzo para conseguir salir esta difícilísima situación, que desconfío por tener cortadas comunicaciones, no cesan de posiciones inmediatas pedirme auxilio que yo necesito”. Esa misma noche Silvestre envió otros radiogramas de socorro. El ministro contestó al comandante general poco después, informándole que el titular de Marina había dispuesto “zarpasen inmediatamente para Alhucemas crucero ‘Princesa Asturias, cañoneros ‘Bonifaz’, Laurín’ y ‘Bazán’, igualmente ordenó al Alto comisario, a quien doy traslado su telegrama y al gobierno Militar de Cádiz, para que requisen esta misma noche vapores surtos puertos y embarquen fuerzas disponibles Tetuán-Ceuta, y con toda urgencia vayan a desembarcar Sidi Dris, o punto que VE juzgue más conveniente (...)”.

La imposibilidad de que los refuerzos llegaran con la inmediatez que se reclamaban hacía presagiar la tragedia. El Alto Comisario tuvo que interrumpir el avance por la región de Yebala en la campaña sobre Beni Arós para reducir al Raisuni, al que estaba a punto de apresar, y regresar a Melilla.

En la madrugada del 22 se reunieron los Jefes presentes en Annual en la que se planteó crudamente la situación y se tomó la decisión de replegar la fuerzas a una línea más retrasada, a Ben Tieb, (a 18 kilómetros en dirección a Dar Drius) para resistir hasta la llegada de los refuerzos, lo que se comunicó por telegrama al ministro de la Guerra a las 5 y al Alto Comisario a las 5,15h. No se avisó a los oficiales ni a los soldados de la decisión hasta el momento de abandonar Annual, cuando se les informó que salieran

equipados como para una operación más. Desde primeras horas del 22, el campamento empezó a ser hostilizado, y ante la proximidad de más fuerzas rifeñas, se decidió evacuar la posición (Repolles y García, 1981: 405-437).

Lo que sucedió a partir de ese instante fue el inicio del desastre. Las primeras fuerzas se replegaron en orden, pero cuando intentó salir el resto, los rifeños habían desbordado las defensas y tiraban contra ellos desde las alturas más próximas desde la izquierda. Los primeros hombres comenzaron a caer, las fuerzas de origen marroquí se amotinaron, disparando contra sus propios oficiales, aumentando el caos. La desbandada se produjo en los del San Fernando y el convoy de mulos, que tiroteados por el enemigo abandonaron el camino viejo y se precipitaron por el nuevo, arrollando en su dispersión a la vanguardia de la columna principal, lo que provocó el pánico y la desbandada de los españoles y ya fue imposible que los oficiales dominasen la situación. Los soldados tiraban las armas, arrojaban la carga de los mulos y montados en ellos buscaban salvarse, dejando en el camino el material, muertos y heridos a los que nadie se detenía a auxiliar (VVAA, 2010: 143-144). El resto de las posiciones de la línea fue cayendo poco a poco y cientos de soldados quedaron cautivos de Abd-El-Krim, por los que más adelante pidió rescate. Entre 8.000 y 10.000 hombres fueron muertos o desaparecidos en Annual, incluido el general Silvestre, los 5.000 soldados marroquíes habían desertado, y el resto, unos 10.000, se encontraban dispersos, atrapados en las posiciones de Nador, Zeluán y Monte Arruit al sur de Melilla, o huían en desbandada en las montañas del Rif (Bahamonde, 2008: 421). Otros autores (Gómez Aparicio, 1967: 643-644) sitúan una gran matanza de alrededor de 15.000 españoles. Esa masacre fue realizada por un enemigo inferior en número, pero con la colaboración de las cabilas que se alzaban al paso de unos soldados que presa del pánico huían hacia Melilla.

Mientras tanto, en la península, la población vivía inmersa en el sopor veraniego con pleno desconocimiento de la gravísima situación que se sufría en el Protectorado. El día 21 de julio, para el diario de mayor tirada, *El Imparcial*, la noticia más importante era las fiestas del aniversario de la catedral de Burgos y la visita que los reyes hicieron. La información sobre Marruecos iba relegada en la página dos, en dos telegramas breves del día anterior, uno fechado en Melilla y otro en Ceuta, bajo el tranquilizador titular “Preparando nuevos avances”, aunque en el texto aparece un dato que en ese momento

no era del todo revelador: “En la Comandancia general adviértese extraordinario movimiento, pero acerca de este y su finalidad se guarda una reserva absoluta” (*El Imparcial*, 21 de julio de 1921), pero que hizo que ese mismo jueves por la noche comenzaran a circular rumores.

2.8.2 El Gobierno calla y minimiza los sucesos de Annual

Al día siguiente, las fiestas del VII centenario de la catedral burgalesa seguía capitalizando la actualidad informativa, a pesar de que en la parte inferior de la portada entró información procedente de Marruecos titulada “Nuevos ataques de los moros” dando la cifra de quince muertos y numerosos heridos (*El Imparcial*, 22 de julio de 1921). Al día siguiente, la realidad dio una amarga sorpresa. Con el recuerdo puesto en la derrota del barranco del Lobo, *La Libertad*, de porte progresista, muy popular, recogía, en su página cinco, los rumores llegados a Madrid, que arreciaron desde las cuatro de la tarde del 22. Estos eran que los rifeños, en gran número, habían emprendido un “furioso” ataque contra la línea de posiciones de Igueriben, Bui-Meyan y Annual. Se añadía que los contingentes indígenas habían intensificado con tal energía su ataque, que las fuerzas de alguna posición se habían vuelto apuradas, teniendo la necesidad el general Silvestre de echar mano de todos los elementos de combate disponibles para contener la acometida. Se hablaba también de la táctica empleada por los rifeños, el número de bajas sufridas por el ejército y del comportamiento de las tropas indígenas (*La Libertad*, 23 de julio de 1921). El suceso sorprendió a la prensa, que adoptó una postura de moderada indignación, sin un distanciamiento claro de la postura gubernamental. *El Imparcial* hablaba de “Los últimos combates en Marruecos” y justificaba en la prudencia y la discreción el silencio que se imponía desde las esferas oficiales. Sin atisbo de crítica, *Heraldo de Madrid* abría con la noticia de “Otra traición de los moros adictos a España” y “Muerte gloriosa del general Silvestre”, igual que *La Voz*, un diario hermano de *El Sol* pero más popular, que también apuntaba la muerte del general en segundo plano, titulado “Los rumores de ayer y las realidades de hoy” y calificaba los sucesos de “contratiempo lamentable” que “no debe ser acogido con histéricas lamentaciones y gestos airados”, manteniendo *El Sol* una línea argumentativa coincidente. El vespertino *La Acción*, “monárquico, católico y patriótico” también argumentaba que “se necesita una gran serenidad para no alarmar a la opinión ante los

graves rumores que circulan, y atenerse patrióticamente a las noticias oficiales que se vayan conociendo”. Por supuesto, con la misma idea salió a la calle *La Época* encabezando con la noticia de “Ataque de los moros a Annual e Igueriben”, en la que informaba de la muerte heroica del general Fernández Silvestre y también, erróneamente, de la del “jefe de los moros, Abd-El-Krim”. Iniciaba su contenido defendiendo la postura gubernamental:

“No hay país que haya ejercido la acción de colonización o protectorado que no haya tropezado de vez en cuando con algún incidente desgraciado y doloroso. No hay pues, que sacar las cosas de quicio, ni alarmar a la gente con derroche de titulares, ramilletes de rumores y tejidos de fantasías”.

Ante esta prensa que buscaba el efecto un balsámico, *La Correspondencia de España* titulaba a grandes caracteres “Sangriento combate en Melilla” y subtitula que el general Fernández Silvestre había muerto, y se preguntaba qué pasaba en Melilla. Por su parte, *ABC* el 24 hacía de su portada una fotografía del general Fernández Silvestre “muerto gloriosamente frente al enemigo en el sangriento combate de Annual”, lamentando en el editorial “el sacrificio estéril de vidas, la sangre derramada: incluyendo en el sacrificio y en la esterilidad al infortunado general Silvestre, a quien su indómita bravura y su afán de éxito pronto y brillante le llevaron a una confianza excesiva y aciaga”.

En esos momentos no circulaba información oficial ni extraoficial de Marruecos, ni siquiera en el sur de España. Tampoco había enviados especiales siguiendo las tropas. De igual modo no se dejaba comunicar ninguna noticia proveniente de los corresponsales residentes en el protectorado, lo que provocó la queja general de la prensa. En tales circunstancias, se produjo la estrategia gubernamental de la confusión informativa. No sólo *La Época* y *ABC* llegaron a anunciar la muerte de Abd El-Krim siguiendo noticias suministradas por el ministerio de la Guerra, lo que no era cierto. Lo único que sabían los periodistas era que el ministro de la Guerra, Luis de Marichalar, había llegado a Madrid el día anterior por la mañana de San Sebastián, que se había reunido con el jefe de Gobierno en una primera ocasión a solas y en una segunda ocasión a las seis de la tarde con los ministros de la Gobernación, Fomento, Gracia y Justicia. Y que el jefe de gobierno había llamado al rey, que se encontraba en San Sebastián, y que éste se dirigía a Madrid.

A falta de confirmación oficial, las especulaciones y los rumores continuaban. El detonante fue un telegrama que la agencia Fabra transmitió, fechado el 22, a las 5.30 de la tarde, en Cádiz, con carácter de urgente que decía:

“Cuando se disponía a zarpar con rumbo a Vigo y Bilbao el trasatlántico Ciudad de Cádiz, recibió orden del Gobierno de desembarcar el pasaje y hacerse a la mar con rumbo a Ceuta, donde debe recoger tropas de refuerzos para el ejército de operaciones de la zona de Melilla”.

A partir de ese momento, los periodistas trataron de confirmar la noticia en los centros oficiales. Por la noche, las fuentes consultadas en el ministerio de la Guerra dijeron que no tenían noticias concretas de Marruecos y el propio ministro se fue sin hablar con los periodistas. Idéntico proceder fue el del presidente del gobierno, el liberal-conservador Manuel Allendesalazar. Únicamente el director general de Seguridad del ministerio de la Gobernación atendió a los periodistas a la una de la madrugada, quien sólo les manifestó que oficialmente no se tenían informes confirmatorios de los rumores. Obviamente, los periódicos tratan de conseguir cualquier tipo de información a través de otras fuentes, pero el servicio telegráfico estaba detenido en Almería, donde llegaba el cable tendido desde Melilla, esperando que se anticipara la referencia oficial de los sucesos de Marruecos.

Hasta el día 23 en que el ministro de la Guerra, Luis de Marichalar, a través de una nota que entregó a los periodistas a las 12:30 horas, no se confirmó a la prensa la noticia de la pérdida de las posiciones de Igueriben y Annual y el suicidio del general Silvestre. Así, *El Heraldo de Madrid* abrió su edición nocturna con la noticia de “Otra traición de los moros adictos a España” y “Muerte gloriosa del general Silvestre” (*El Heraldo de Madrid*, 23 de julio de 1921), con la foto del laureado oficial, manteniéndose en la línea progubernamental. Entre las diez y las doce de la mañana, se reunió el consejo de ministros. A la salida, el ministro de la Guerra, ante los periodistas que esperaban, justificó el silencio gubernamental en que él no podía facilitar informes porque no los tenía, y era tal el número de telegramas cifrados con noticias contradictorias llegadas de distintos puntos, que nada concreto podía decir, y además, el telégrafo no funcionaba con normalidad, “ni yo mismo sabía a qué atenerme”. Hay que recordar que el recurso a la incomunicación telegráfica era una estrategia que había servido en las campañas de 1893 y 1909 y que se volverá a usar en la actual. En ese momento, el ministro dio su

versión de lo sucedido y citó a los directores de los periódicos de Madrid a las tres de la tarde en su despacho. Les explicó porqué el día anterior no se facilitaron noticias sobre los acontecimientos de Melilla, y entró en detalle de los objetivos de Silvestre, al que dio por desaparecido, para alcanzar Alhucemas y la retirada de Annual, con orden al principio, pero sin él después, llegando incluso a afirmar que los rifeños sufrieron bajas como la del cabecilla Abd-El-Krim. En el transcurso de la reunión, el ministro trató de silenciar las críticas que pudieran hacerse desde las redacciones, buscándose un cómplice para evitar una nueva contestación social. Observó a los directores que:

“El Gobierno confía en el patriotismo de la Prensa española y en la colaboración que pueda prestar en estas circunstancias para organizar lo mejor posible los servicios de información. Así, daremos en Guerra una nota verídica, para que la opinión sepa a qué atenerse” (*El Imparcial*, 24 de julio de 1921).

Aun contando de su parte el aparato de censura militar y el control del flujo de las comunicaciones telegráficas y su reparto a las redacciones, se trató de una acción de manipulación urdida desde las más altas instancias ministeriales con el fin de dirigir la orientación de la información publicada a partir de ese momento y por tanto, el trabajo de los corresponsales y evitar que la opinión pública reaccionara.

En este punto, el profesor Celso Almuiña señala que esta ausencia de información oficial se trató de subsanar con la creación de la *Hoja Oficial* desde el 5 de septiembre, “dependiente de los boletines oficiales provinciales en la que se insertó el parte de las operaciones militares del ejército de Marruecos que dé el ministerio de la Guerra, y que el de la Gobernación transmitirá a los gobernadores civiles” con el propósito de cubrir el vacío informativo de los lunes (Almuiña, 1988: 211).

La estrategia que siguió el Gobierno con los medios de comunicación se basó primero en el ocultamiento de lo sucedido y segundo en su minimización, pero siempre tuvo un conocimiento preciso del agravamiento de la situación en Annual, como se desprende de los telegramas que enviaba Silvestre.

Las noticias de Annual produjeron una honda conmoción en el ejército y una consternación hasta el escándalo en la opinión pública. Si bien la prensa en un primer momento, amordazada por la censura, se mostró cautelosa, tardó alrededor de un año en

modificar esta línea editorial, iniciado el año 1922, tras el regreso de Antonio Maura. Durante todo este periodo, los periódicos utilizaron muy activamente la cuestión de Marruecos y buscaron influir profundamente en el Gobierno.

En el caso de *El Sol*, el diario de mayor difusión del momento, con vocación de independiente, fue cambiando su postura con respecto a la guerra y a medida que pasaban los meses, se multiplicaban las críticas y las exigencias de un cambio radical en la dirección de la guerra. El 3 de diciembre de 1921 *El Sol* denunciaba el “desbarajuste y el desorden” que había reinado siempre en la zona española de Marruecos.

Pero veamos de una manera más detallada la posición que adoptan los diarios y qué sirvió de referencia a los corresponsales que van a Melilla. Los periódicos se posicionaron inmediatamente, haciendo los de una línea editorial conservadora y liberal seguidismo de las consignas ministeriales, argumentando lo que hoy se calificaría de “normalidad” y distanciándose los que como *La Libertad* estaban en el otro extremo. Desde posturas más condescendientes como la del conservador *La Época* que argumentaba que:

“No hay país que haya ejercido labor de colonización o protectorado que no haya tropezado de vez en vez con algún incidente desgraciado y doloroso (...) no hay, pues, que sacar las cosas de quicio, ni alarmar a las gentes con derroche de titulares, ramillete de rumores y tejidos de fantasías” (*La Época*, 23 de julio de 1921).

Los mismos argumentos empleaba *La Acción*, que señalaba que importantes columnas francesas habían sufrido gravísimos contratiempos y en el país vecino solo se había demandado con el imperio de la voluntad nacional el castigo de los rebeldes, pero sin explotar esos reveses para campañas antimilitaristas, completamente ilógicas, que aquí empezaban a iniciarse, y que por patriotismo debían ser cortadas de raíz, pidiendo ante todo, serenidad (*La Acción*, 23 de julio de 1921). Y también *La Voz*, que comentaba que:

“Ese revés, de importancia limitada y circunscrita, no debe hacernos perder la serenidad. Contratiempo lamentable, sin duda, pero que no compromete nada ni debe ser recogido con histéricas lamentaciones y gestos airados. En su zona de Marruecos, los franceses han sufrido otros mucho más graves, y, sin embargo no creyeron que debía darles excesiva importancia” (*La Voz*, 23 de julio de 1921).

No lejos de esta argumentación, *El Sol* llega incluso a criticar aquellos que apuntaban a una gran derrota del ejército español.

“Ahora que gracias al hábil mando del general Berenguer, iban perdiendo los alarmistas todos sus argumentos y se advierte claramente que España va rápidamente hacia la total conquista y pacificación de la zona, se aprovecha la situación difícil y arriesgada de algunas posiciones muy avanzadas de la zona melillense para urdir verdaderas novelas e inventar punto por punto, como si los propaladores de la noticia hubieran asistido a los combates, toda una historia de desastre y de completa derrota” (*El Sol*, 23 de julio de 1921).

En cambio, *El Imparcial*, aunque admitía que a los franceses también les había sucedido en su parte de protectorado, criticaba el silencio informativo gubernamental, y afirmaba que si hubiera habido una política de claridad se habría evitado la derrota, pero que “España hará en Marruecos cuanto deba hacer, sin que nada ni nadie consiga persuadirla de lo contrario”. Denunciaba que “harto sabía cómo en la zona melillense se efectuaban operaciones sin previo conocimiento del general Berenguer, y aún contra sus propósitos, enunciados sin ambages, de reducirse por ahora a ocupar una línea de puestos costeros, fácilmente defendibles con el concurso de la Armada”, y aún culpaba al general Fernández Silvestre: “ese percance es hijo del ‘temerario arrojo’ de un soldado lleno de pundonor y heroísmo” (*El Imparcial*, 24 de julio de 1921). También *El Heraldo de Madrid* coincidía con *El Imparcial* en la demanda de transparencia informativa, convencido de la necesidad de continuar la acción en Marruecos, pero recordaba lo nefasto de la campaña de 1909 y señalaba que aparecían errores e improvisaciones de los elementos directivos de la actual campaña que habría que depurar en su día la responsabilidad de lo ocurrido (*El Heraldo de Madrid*, 2 de julio de 1921). Con una postura más crítica sobresalía *La Libertad*, que denunciaba la imprevisión gubernamental y la política africana de España, que era equivocada por depender del ejército y no vincularla a objetivos económicos, sociales y culturales (*La Libertad*, 24 de julio de 1921).

2.8.3 Se declara otra vez la censura

Después del silencio oficial y de conminar a los directores de los diarios de Madrid a defender los intereses del gobierno por la vía del patriotismo, lo que tendrá un efecto relativo, entró en juego la censura, aunque en realidad no existía en las plazas de Marruecos libertad para obtener información y comunicarla, como se ha podido

comprobar por los ejemplos citados con anterioridad en los periodos valle del conflicto. Así, el día 25, el Consejo de Ministros declaró oficialmente la censura previa para evitar que la información del desastre en la Comandancia de Melilla llegara libremente a la opinión pública, lo que no haría sino exacerbar los ánimos antibelicistas de la sociedad:

“A fin de impedir que la inevitable deficiencia de noticias acerca de los incidentes de la zona de Melilla sea suplida por hipótesis aventuradas y apreciaciones individuales, el Gobierno ha acordado que siga proporcionando notas a la Prensa el ministro de la Guerra y que se prohíba toda otra noticia y comentario, sometiendo a la previa censura toda publicación relativa a la materia, para garantizar el exacto cumplimiento de este acuerdo” (*La Correspondencia de España*, 26 de julio de 1921).

Una nota del Archivo General Militar de Madrid y remitida al ministerio de la Gobernación el 28 de julio de 1921 recoge el escaso margen que podía quedar para narrar lo sucedido:

Deben prohibirse en absoluto noticias relativas:

- 1º.- A desertiones y traiciones de tropas indígenas.
- 2º.- A utilización por el enemigo de la artillería pesada.
- 3º.- A influencia de nación alguna extranjera o de sus súbditos en movimientos del enemigo.
- 4º.- A noticias o descripciones de combates o episodios que pudieran herir o molestar al Ejército
- 5º.- A comentarios sobre posible influencia en la zona occidental del protectorado, de lo acaecido en la zona oriental.
- 6º.- A planes futuros que pudiera tener el Gobierno de Su Majestad sobre operaciones o política en la zona de Melilla.
- 7º.- Aquello notoriamente falso o francamente inverosímil.

Deben ser redactados de nuevo en forma de que no alarmen ni impresionen a la opinión:

- 1º.- Los relatos de combates o episodios sangrientos, a fin de quitarles toda truculencia.
- 2º.- La reseña de penalidades y fatigas sufridas por las tropas en la defensa de posiciones o en la retirada.
- 3º.- Lo relativo a canje de prisioneros a fin de que no aparezca la cuantía de lo que se demanda por ello.
- 4ª.- Todo cuanto se refiera a hipotéticas dificultades que pudiera hallar el Gobierno en sus planes sobre Marruecos.
- 5º.- Cuanto el buen sentido de los encargados de la censura estimen pueda entorpecer la acción del Gobierno o dificultar la del Ejército¹⁶.

¹⁶ AGM, FA, C. 172.

La previa censura finalizó temporalmente con la sustitución de Allendesalazar por Maura el 14 de agosto. Sin embargo, se establecieron unos temas sobre los que no podían publicarse noticias: distribuciones de fuerzas dentro de la zona española de Marruecos, movimientos de barcos de guerra, relaciones de bajas que no tuvieran origen oficial y sobre las tropas preparadas para marchar a Marruecos. En realidad lo que se dejó fue una autocensura por parte de los propios directores, que no dio resultado.

Las instrucciones exactas del ministerio de Gobernación a los gobernadores civiles fueron:

Primera. Se suspende hasta nueva orden la obligación de remitir diariamente a los Gobiernos Civiles para ser corregidas y autorizadas las galeradas de los periódicos en que se inserten juicios y noticias relacionadas con la campaña de Marruecos.

Segunda. Queda terminantemente prohibida la publicación de noticias sobre distribución y colocación de fuerzas y servicios del Ejército y Armada en todo el territorio y mares de África, así como las de planos, proyectos, órdenes e instrucciones sobre futuras operaciones terrestres y navales, mediatas e inmediatas.

Tercera. Se prohíbe asimismo la publicación de noticias referentes a posible o probable salida de sus guarniciones y puertos de la península de cuerpos y unidades sueltas y buques de guerra o de transporte de tropas, permitiéndose tan solo las referentes a las salidas o marchas ya efectuadas o a las que vayan a efectuarse en las veinticuatro horas siguientes. A este último efecto se pondrá usía en relación con las autoridades del Ejército o de la Armada que en esa capital ejerzan el mando superior, rogándoles le avisen con alguna mayor anticipación, a ser posible días, horas y estaciones o muelles de embarque, a fin de que usía lo comunique a su vez a la prensa local con la anticipación de las veinticuatro horas que apuntado queda.

Cuarta. Con lo que respecta a bajas ocurridas a nuestras tropas de mar y tierra, solo se publicará el número y los nombres de los muertos, heridos, contusos y desaparecidos que se consignen en los partes oficiales los cuales se comunicarán a la prensa por el mismo sucesivo conducto de las autoridades militares y civiles, sin perjuicio de que las familias a quienes interesa conocer la suerte de los suyos puedan solicitarlo en todo momento del Negociado de Marruecos, establecido en el Ministerio de la Guerra, conforme se dispone en real orden de esta fecha¹⁷.

El 12 de septiembre, La Cierva comunicó a la prensa la vuelta a la situación anterior. Únicamente podrían publicarse desde ese momento las noticias oficiales y las ampliaciones periodísticas que coincidiesen con ellas. Además, no se permitirían blancos ni puntos allí donde actuase el lápiz rojo. Los telegramas y correspondencia censurados en Melilla lo serían nuevamente en Madrid. Las sanciones para quien se saltara la prohibición consistirían en multas de 500 pesetas y en la suspensión en los casos de reincidencia. Este

¹⁷ AG, FA, C. 120.

régimen se mantuvo hasta el 20 de octubre, en que desapareció la previa censura (Del Valle, 1981: 93-94). La mayoría de diarios sufrió esta censura brutal, que llevó a suprimir completamente una crónica de Alfredo Rivera en *El Imparcial* del día 30 de julio.

HERALDO DE MADRID

ANO XXXI-NUM. 1100 Edición y Administración, Precios, 7 Martes 26 de julio de 1921 No se devuelven los originales. CUATRO EDICIONES

ESTABLECIMIENTO DE LA PREVIA CENSURA

EL GOBIERNO SE OPONE A LA PUBLICACION DE NOTICIAS QUE Y A QUE SE HAGAN COMENTARIOS LIBRES POR LA PRENSA

Lo que dice el alto comisario.-Oyendo al general Weyler.-Unas afirmaciones del general Luque.-Otras noticias

Por la verdad y contra la previa censura

El alto comisario de Marruecos, general Weyler, ha expresado su opinión sobre la previa censura, afirmando que el Gobierno se opone a la publicación de noticias que y a que se hagan comentarios libres por la prensa.

El alto comisario de Marruecos, general Weyler, ha expresado su opinión sobre la previa censura, afirmando que el Gobierno se opone a la publicación de noticias que y a que se hagan comentarios libres por la prensa.

El alto comisario de Marruecos, general Weyler, ha expresado su opinión sobre la previa censura, afirmando que el Gobierno se opone a la publicación de noticias que y a que se hagan comentarios libres por la prensa.

Ampliación

El alto comisario de Marruecos, general Weyler, ha expresado su opinión sobre la previa censura, afirmando que el Gobierno se opone a la publicación de noticias que y a que se hagan comentarios libres por la prensa.

Marruecos

El alto comisario de Marruecos, general Weyler, ha expresado su opinión sobre la previa censura, afirmando que el Gobierno se opone a la publicación de noticias que y a que se hagan comentarios libres por la prensa.

Establecimiento de la previa censura

El alto comisario de Marruecos, general Weyler, ha expresado su opinión sobre la previa censura, afirmando que el Gobierno se opone a la publicación de noticias que y a que se hagan comentarios libres por la prensa.

Las restricciones de la previa censura

El alto comisario de Marruecos, general Weyler, ha expresado su opinión sobre la previa censura, afirmando que el Gobierno se opone a la publicación de noticias que y a que se hagan comentarios libres por la prensa.

El ministro de la Guerra conferencia con Berenguer

El ministro de la Guerra, general Berenguer, ha conferenciado con el alto comisario de Marruecos, general Weyler, sobre la previa censura.

Habla el general Luque

El general Luque, alto comisario de Marruecos, ha expresado su opinión sobre la previa censura, afirmando que el Gobierno se opone a la publicación de noticias que y a que se hagan comentarios libres por la prensa.

El Consejo de ministros de anoche

El Consejo de ministros se reunió anoche para discutir la previa censura.

Se establece la previa censura para todas las noticias relativas a los sucesos de Marruecos

Se establece la previa censura para todas las noticias relativas a los sucesos de Marruecos.

¿Dimita el ministro de la Guerra?

Se discute la posibilidad de la dimisión del ministro de la Guerra.

A la salida

Se informa sobre la salida de Marruecos.

Nota oficial

Nota oficial sobre la previa censura.

El veterano soldado no refusa sus impresiones respecto a Marruecos

Un veterano soldado expresa sus impresiones sobre Marruecos.

HABLANDO CON EL GENERAL WEYLER

El veterano soldado no refusa sus impresiones respecto a Marruecos.

El general Weyler, alto comisario de Marruecos, ha expresado su opinión sobre la previa censura, afirmando que el Gobierno se opone a la publicación de noticias que y a que se hagan comentarios libres por la prensa.

Ilustración 33. Portada de *Heraldo de Madrid* de 26 de julio de 1921.

Así, la censura previa era materializada a través del Gobierno civil, que en ese momento, en Madrid, lo ostentaba Gustavo Ruiz de Grijalba y López, a donde debían dirigirse las galeradas. En esta ocasión, como ha quedado especificado, la acción de la censura no se limitaba como en etapas anteriores a suprimir unas partes y publicar el resto como un continuo. Ahora la censura se vuelve feroz. A partir del 26 se dejaron sentir sus efectos en forma de espacios y columnas enteras en blanco en los periódicos, más cuanto más críticos con esta medida, como *El Imparcial* o *La Libertad*, que se quejaba de que la censura recae sobre él con más rigor que con otros. Denunciaba que hasta se le habían censurado incluso palabras propias del ministro de la Guerra y un dibujo de la zona que habían publicado también otros diarios (*La Libertad*, 27 de julio de 1921). Diarios de referencia como *Heraldo de Madrid* abrió el 26 a toda portada titulado que “El Gobierno se opone a la publicación de noticias que (...) y a que se hagan comentarios libres por la prensa”, y publicó a continuación, también censurado de la primera a la última palabra, un alegato “por la verdad y contra la censura previa”, restando el espacio completamente en blanco, así como las declaraciones del general Luque.

Por lo que se refiere a la censura, hubo más consignas en septiembre, que se detallan más adelante, y con carácter previo al momento de la recuperación de las posiciones perdidas en 1921. El 6 de abril de 1922 el Gobierno estipuló lo siguiente respecto de las noticias procedentes de África:

- 1.º No se publicarán noticias telegráficas que procedan directamente del territorio de África.
- 2.º Respecto a las noticias que transmitan por correo los corresponsales, no se dará publicidad a aquellas que se refieran a abastecimientos de tropas y posiciones, organización de las mismas, preparación de material, movimientos ni, en general, ningún hecho que haya de servir de base para ulteriores operaciones. Tampoco se dará noticia de los avituallamientos, salida y movimientos de barcos de guerra.
- 3.º Será permitida la publicación de todas las noticias transmitidas por correo relativas a hechos consumados, siempre que no formen parte de planes no realizados en su totalidad y que no descubran procedimientos o medios empleados que hayan de seguir utilizándose.
- 4.º Se permitirá el comentario de las operaciones ya realizadas, siempre que de ellas se tenga noticia por correo, a menos que el ministro de la Gobernación hubiera advertido, al tiempo de adelantarse esas noticias por telégrafo, la (Conveniencia de que no sean objeto de ampliación o comentario.

5.º No será publicable ningún comentario que pudiera tener el carácter de lo que, con ocasión de la guerra mundial, se calificó con el nombre de "campanas derrotistas". (Del Valle, 1981: 95)

Con el fin de conocer las operaciones del ejército que se fueran a realizar, los periodistas buscaban sus fuentes en soldados de los diferentes regimientos, que protegían omitiendo su nombre. Dado que el general Fernández Silvestre se encontraba fallecido, cobró valor periodístico las declaraciones de su hijo, el teniente de Regulares Manuel Fernández, que se encontraba en la posición con su padre y la abandonó antes de la retirada. Los periodistas lo abordan el 28 por la mañana en Palacio, donde estuvo durante más de una hora informando al rey de los acontecimientos desarrollados en Igueriben y Annual. El hijo declaró que estuvo con su padre hasta el último día en que se tuvieron noticias suyas. “Cuando yo salí de allí le dejé tan animoso y sereno como había sido siempre”. Le preguntaron si se dieron cuenta de la magnitud del peligro y contestó que sí, pero que abandonó la posición para unirse a su escuadrón (*La Libertad*, 29 de julio de 1921).

2.8.4 Los corresponsales revelan la gravedad de lo sucedido

Se permitió a los periódicos tener corresponsales en Melilla y recibir información, y publicarla siempre que se sometiera a la previa censura, que se haría tendiendo a impedir que hubiera contradicción con los informes oficiales. La manifestación bélica del conflicto hispano-marroquí hizo que los corresponsales cruzaran de nuevo el Mediterráneo. En general, todos los periódicos de referencia volvieron a enviar a sus redactores más expertos.

El más intrépido de todos fue José Espinosa, de *El Liberal*, que partió en aeroplano, pilotado por el conocido piloto Geoffrey de Havilland, desde Cuatro Vientos en Madrid hacia Melilla vía Córdoba, Sevilla, Gibraltar y Tetuán (Pando, 1999: 153) y a punto estuvo de no llegar por los contratiempos meteorológicos, mecánicos que tuvo el vuelo, y hasta fue tiroteado. Desde lo alto esperaba ver las posiciones ocupadas últimamente, abandonadas por el ejército o asaltadas por los moros, pero sólo pudo ver en la costa dos pequeños campamentos que mantenían en su parapeto soldados españoles protegidos por dos cañoneros desde la costa. No encontraron al general Silvestre entre Annual y Monte Arruit pero sí descubrió desde el aire al general Navarro prisionero de los rifeños (Ortega y Gasset, 2008: 141). Después de intentarlo en Zeluán y Nador, aterrizó en las

inmediaciones de Cabrerizas Altas, a pesar de que allí no había pista de aterrizaje. Inmediatamente tuvo conocimiento de la situación por boca de varios oficiales. El periodista relató la existencia de una carta de Silvestre dirigida al general Berenguer en la que se decía que “todo ha terminado”. Fue uno de los primeros corresponsales que logró hablar con el general Berenguer tras lo sucedido (Rubio Campaña, 2006:126-128). Publicó la entrevista el día 28.

“Me ha hecho usted pasar un mal rato. El ministro de la Guerra me anunció por telégrafo la llegada, en aeroplano, de varios periodistas madrileños, y al ver que no llegaban, he creído en la posibilidad de una desgracia.

No hay tales periodistas, mi general, -respondemos-. Es un solo periodista enviado por un solo diario, *El Liberal*.

Y bien -se apresura a decir el alto comisario-, dígame lo que ha visto en el campo, porque en estos momentos aún no he conseguido tener noticias del exterior.

Referimos nuestras impresiones, y tal vez ante la persona que ha de decidir la forma de llevar algún socorro a los que aún puedan ser auxiliados. El general continúa preguntando:

Y en Madrid, ¿qué se dice?, ¿qué versiones circulan de cuanto aquí ha ocurrido?

El pueblo cree que Melilla ha tenido que ser evacuada.

Afortunadamente no ha ocurrido, pero bien ha podido suceder. Cuando anoche, poco después de desembarcar en esta plaza, llamé a los jefes de Cuerpo para que me dieran noticias del número de hombres de que se podía disponer para la defensa de esta ciudad”. (*El Liberal*, 28 de julio de 1921)

De hecho, Espinosa publicó una crónica firmada en Melilla. Lo hizo el 26 y en ella narraba las peripecias sufridas para poder aterrizar (Ibíd., 190). Regresó a Madrid al día siguiente a su llegada.

ABC envió a Gregorio Corrochano, por entonces crítico taurino pero que después hizo carrera como corresponsal bélico junto al general Sanjurjo hasta el final del conflicto., Fue el primero en enviar información desde el 25. Su primera crónica llegó censurada y al día siguiente por la noche a la redacción y publicada en la edición del 27. Lo mismo le sucedió a Eduardo Ortega y Gasset, de *La Libertad*, hermano del filósofo José Ortega y Gasset, que llegó a Melilla el 25, y se quejó de análoga circunstancia y que también salió publicada el 27. De nada les sirvió llegar antes. Otros que llegaron después comenzaron a publicar el mismo día. El 26 llegaron Alfredo Rivera, de *El Imparcial*; Juan Guixé, con amplia experiencia como corresponsal en Londres y París, del *Heraldo*

de Madrid; Tomás Borrás de *El Sol*, que ya había sido enviado a Centroeuropa como corresponsal de guerra en 1914. Este diario hizo una cobertura muy amplia, destacando también a Rodolfo Viñas y el dibujante Pedro Lafuente (*El Telegrama del Rif* de 27 de julio de 1921) y a Antonio Got, encargado de *El Sol* en Tetuán (*El Telegrama del Rif*, 28 de julio de 1921) y aun contaría a Víctor Ruiz Albéniz; León de Toledo de *La Correspondencia Militar*. Juan Mata, de *La Correspondencia de España*, un diario que había disminuido mucho su circulación, llegó el 4 de agosto, y Montserrat Fénech Muñoz de *La Vanguardia* comenzó a publicar el 6, aunque aparecían firmadas desde Melilla a partir del 31 de agosto. Además, entre los primeros en llegar también estuvieron el redactor jefe de *La Unión Mercantil*, de Málaga, Trinitario Frías Frita, y el “señor García, enviado por la conocida casa de información gráfica Alfonso” (*El Telegrama del Rif*, 26 de julio de 1921).

La estrategia de minimización de daños emprendida por el Gobierno se hundió con la llegada de los primeros corresponsales a Melilla. Nada más desembarcar, se dieron cuenta de la gravedad de la situación. Alfredo Rivera revelaba que “llego a Melilla bajo la impresión del relato hecho por el gobierno el sábado último, y he de decir que aquella versión refleja de modo muy atenuado la realidad” (*El imparcial*, 27 de julio de 1921). De similar modo se manifestaba Eduardo Ortega, que comentaba que “llegué esta mañana, y aunque mi espíritu venía preparado para el pesimismo, la realidad advertida supera a todo lo imaginable” (*La Libertad*, 27 de julio de 1921); y Juan Mata, olvidándose de las directrices gubernamentales, se mostraba abiertamente pesimista:

“Llegué ayer a la plaza, decidido a mantener, dentro de mis modestos medios, como una obligación patriótica en estos momentos amargos, el necesario optimismo, la confianza que es menester infiltrar en las gentes para que nuestro Ejército pueda seguir luchando. Han transcurrido solo veinticuatro horas, y siento ya desalientos enormes al sorprender la ceguera de las gentes que en España ignoran la situación en el campo de Melilla, el trágico pasado, el indeciso presente, y seguramente, el incierto porvenir” (*La Correspondencia de España*, 9 de agosto de 1921).

Después del primer impacto, los corresponsales fueron a ver al alto comisario, el general Berenguer, al Palacio de la Residencia, que había llegado el día 23 con unos 2.000 hombres. Éste les recibió el día 25 a medio día y les explicó el procedimiento que había que seguir para la obtención de la información por los conductos oficiales y lo

relativo a la censura previo el envío de sus crónicas. Por orden suya, la censura se ejercía por el Estado Mayor de su Cuartel General¹⁸. A continuación, los periodistas se reunieron con el coronel jefe de Estado Mayor del ejército de operaciones en África, Gómez Jordana, que les informó detalladamente de la situación de la plaza y los alrededores (*El Telegrama del Rif*, 26 de julio de 1921).

La misión informativa de los corresponsales tenía grandes dificultades. Además de las propias del control militar que se ejercía sobre la información recibida, el ejército no sabía lo que estaba sucediendo porque no mantenía comunicación con las unidades diseminadas en el campo exterior de Melilla. Y ninguno de ellos se aventuraba a salir a comprobarlo, ni probablemente se les hubiera permitido, y mucho menos transmitir la crónica.

En este contexto, los corresponsales no podían más que contar con sus propias palabras aquello que el ministro de la Guerra había contado, sin muchos más detalles, y la llegada de refuerzos, que empezaron a desembarcar el día 28. Su aportación se basó en los relatos que elaboraban a partir de los testimonios que obtenían de los soldados supervivientes que regresaban a la plaza, que convirtieron en historias de heroísmo, como la del teniente Brabo, veterano del 1909, que logró llegar con vida a Melilla después de una huida peligrosa de Zeluán, las del soldado José González Torres, héroe de Monte Arruit, que narró su aventura “previa la autorización de un amable oficial” (*El Telegrama del Rif*, 11 de agosto de 1921). O historias estremecedoras como la del niño que es degollado junto a su padre, soldado. Pero por lo general, los corresponsales de guerra se limitaban, salvo excepciones, como se verá más adelante, a exaltar a los jefes, a cantar sus actos de heroísmo en combate como era el caso de Millán Astray que “buscaba el rifle enemigo a pecho descubierto, caracoleando sobre su caballo” (Ortega, 2008: 113).

Su otra aportación consistió en un análisis de la situación, que realizaron sobre la versión oficial del ejército, que era la que también manejaba el Gobierno. Había una única versión, la oficial, y no se consultaron otras fuentes. Tampoco se habló con Abd-El-Krim. Juan Mata, que concluyó que faltó prudencia, se interesó por las causas de lo

¹⁸ AGM, FA, R. 433.

sucedido, viendo un aspecto político y otro militar; se preguntaba si se debía a falta de medios de información, a la traición de los confidentes, a la deficiencia de la posición de Annual, al fracaso del Alto Mando, a un momento de pánico, a la traición de las fuerzas indígenas, al fracaso de la política seguida con Abd el-Krim o todo ello unido y mezclado. Afirmaba que “se han cometido injusticias en la compra y venta de terrenos y se han sembrado muchos rencores, tantos que a la hora de la verdad no se ha levantado un brazo amigo”. En el aspecto militar criticaba la eficiencia del alto mando:

“El general Silvestre, hombre de extraordinario valor, no tuvo el suficiente para afrontar la responsabilidad de la derrota. Pudo salvar parte de su ejército, y viendo perdido casi todo, prefirió morir. Murió con heroísmo, románticamente; pero no debió morir. A última hora le aplanó la catástrofe, se sintió con el ánimo vencido, y sus últimos telegramas así lo demuestran”
(*La Correspondencia de España*, 9 de agosto de 1921).

Juan Guixé justificaba lo que sucedió en Annual en la superioridad numérica y de posición del enemigo y su afán de rapacidad. Para él Silvestre era un general corajudo, hipervarónil y heroico. Su opinión de lo sucedido se puede leer en *El Rif en sombras (lo que yo he visto en Melilla)*, donde hace una exposición de los hechos, aborda las causas y las responsabilidades y analiza el fracaso del sueño imperialista español en África.

Gregorio Corrochano no se atrevió a lanzar una hipótesis y se limitó a comunicar que se atenia a las afirmaciones literales que le hacía el Alto Comisario, “cuanto más que ni yo podría repentizar una nota de impresión sin más elementos que las referencias de segunda mano, ni el Estado Mayor lo autorizaría” (*ABC*, 27 de julio de 1921). Hasta el final de las campañas en 1927, Corrochano se desplazaba a Melilla cada vez que crecía el interés informativo, y allí trabó una estrecha amistad con el general Sanjurjo. Su trabajo se completaba con el de Ramón Goy de Silva, poeta y dramaturgo, y autor del soneto que se grabó en un monolito de piedra en el cementerio de guerra de Monte Arruit, hoy en la plaza de España de Melilla. De su paso por el conflicto dejó *Mektub*, su primera novela, que trataba del problema del Protectorado español en Marruecos: el choque de las razas, religiones y culturas diferentes.

Y también Alfredo Rivera se preguntaba, y se respondía, en una crónica mutilada por la censura, culpando expresamente a Silvestre:

“qué pudo engendrar el desordenado repliegue de la masa. La pregunta se contesta por sí sola, y de todos los labios sale una frase de condenación contra un hombre cuyos actos habían de ser fatales para España. El que esto escribe advirtió más de una vez desde estas columnas que la apasionada política desarrollada en otros puntos de nuestra zona acabaría por producir resultados funestos”.

Fénech Muñoz, tampoco llegó al fondo de la cuestión, prefirió abundar en el concepto de heroísmo, sin dejar de ser partidario de depurar responsabilidades.

“Aunque no han sido explicadas aún, parece ser que todo cuanto ha pasado ha sido motivado por la defección de las fuerzas indígenas y la sublevación de las cábilas de retaguardia, que excitadas por las predicaciones de Abd-El-Krim, se levantaron en mafia en un momento dado, interrumpiendo por completo el servicio de convoyes a las posiciones y motivando su caída, por la imposibilidad material de resistir, privadas como quedaron de toda clase de recursos. Que algunas han resistido, hasta el punto de poder citar a sus guarniciones como ejemplos de heroísmo, es cierto, y sus nombres quedarán grabados para siempre en el corazón de todos los españoles. La retirada del general Navarro desde Anual a Monte-Arruit, y la resistencia que sus fuerzas presentan al enemigo desde que aquella empezó el día 21, son hechos que honran tanto al que los dirige, como a las tropas que los llevan a cabo” (*La Vanguardia*, 6 de agosto de 192).

Rafael López Rienda cobró gran notoriedad como corresponsal de guerra con la cobertura informativa de *El Sol*, que se ampliaría posteriormente al denunciar la corrupción en el ejército. De hecho, con anterioridad había sido militar y había estado a las órdenes del general Silvestre. En 1919 se había instalado en Larache, donde se hizo cargo del *Diario Marroquí*, desde donde lo fichó Manuel Aznar para *El Sol*, el diario más prestigioso de la época.

En 1922 publicó *El escándalo del millón de Larache*, en el que narra, con gran detalle y abundante documentación, en 27 capítulos a modo de gran reportaje de investigación, la corrupción existente en la Intendencia española en Marruecos. Aparte de otras publicaciones que se comentan en su cobertura del desembarco de Alhucemas, López Rienda además de reportero, fue productor y director de cine y dramaturgo y se le puede considerar uno de los precursores del periodismo de investigación en España (Rubio Campaña: 2006: 232-255). Sus crónicas se distinguían por alejarse del tono heroico oficial, retratando el conflicto en toda su crudeza, planteando las causas del problema marroquí y describiendo la realidad vivida en primera persona en el propio campo de

batalla (Ruiz, 2010: recursos telemáticos), a lo que contribuía su etapa como militar. La postura respecto lo sucedido la marcaba su director desde Madrid, y que más tarde se trasladaría a Melilla. Manuel Aznar exculpó a los mandos militares:

¿Qué se puede exigir a un hombre (Berenguer) que, en circunstancias como las actuales, no tiene ni artillería buena, ni ametralladoras suficientes, ni un solo tanque, ni aeroplanos de bombardeo, ni automóviles blindados, ni soldados con capacidad de maniobra, ni núcleos de tropas acostumbradas a los ardides de la guerra mora? (*El Sol*, 12 de agosto de 1921).

No obstante, esta postura se fue moderando con el paso del tiempo. En diciembre *El Sol* ya se refiere con claridad al “desbarajuste” de Marruecos.

Entre los más críticos, Eduardo Ortega y Gasset escribió sin escrúpulos de corrupción:

“Mi impresión al ponerme en contacto con este ambiente y ver los hechos sin las mal entendidas disimulaciones e hipocresías que forman la discreción oficial, es que no se trata solo de una derrota aislada, sino la ruina de todo un sistema de falsedades. El Estado actual sigue cambiando el oro de ley del contribuyente por abalorios y cuentas de vidrio. Sus millones, enterrados en estas ariscas montañas, su sangre generosamente vertida, sirven sólo para construir un edificio de cañas y barro, que una ventisca destruye en veinticuatro horas (...) Es un caso el de Melilla de desconcierto, de corrupción local, que no debe quedar impune. Una línea extensísima, de profundidad de más de 150 kilómetros, tenía solo la barrera exterior, el frente de fuego y contacto con enemigos tan formidables como los dirigidos por Abd el-Krim, jefe de la tribu de los Beniurriaguel, verdadera nación que pone en el campo cuarenta mil guerreros, equipados con armamentos modernos, acaso en parte superiores a los de las tropas de España. Algunas imprudencias lanzaron a este jefe, que fue amigo de España, a la más enconada hostilidad. Rota esa primera línea, en la forma que ya conocen los lectores, las columnas españolas se han encontrado sin apoyo en la retaguardia” (*La Libertad*, 29 de julio de 1921).



Ilustración 35. Grupo de moros fugados de Axdir (Mohatar Ben el Hamch-Kaddur, Ben Hamad y Mohamed Ben Alí) hablando con el enviado especial de *El Sol* Sr. López Rienda. Foto Alfonso.

El Sol, 21 de septiembre de 1925.

Ortega redactó todas sus crónicas, hasta la última de 22 de septiembre, como observador privilegiado instalado en Melilla. Realizó un trabajo crítico con el poder y con el ejército, fundamentado, que recopiló en un libro *Annual, relato de un soldado e impresiones de un cronista*, publicado en 1922, en el que en una primera parte recrea los últimos momentos de los soldados que murieron en Annual, apoyado en el testimonio de un superviviente, el soldado Bernabé Nieto, y una segunda parte, en la que narra las operaciones para recuperar el territorio perdido, en unas crónicas en las que no faltan elogios para el general Sanjurjo, ni alusiones y descripciones de personajes importantes como Millán Astray, el general Cabanillas, o el político socialista Indalecio Prieto. Su salida del conflicto, y de Melilla, la hizo identificando los males de una sociedad enferma:

“El pueblo español se ha situado de espaldas a la política... y a sus espaldas, que son amplias y resistentes, la mediocridad de una política despreocupada y sabedora de su irresponsabilidad de hecho, se atreve a todo y se entrega a sus ambiciones, a sus vanidades, con un impudor que, si mirara España, aunque no fuera sino de reojo, sentiría vascas indomables (...) Convencido estoy de que debiéramos estar mirando a intervalos hacia Europa y a nuestra interior resurrección. Si me interesan Nador, y Tahuima, y Zeluán, y estas rocas tan peladas como las cabezas de los moros, es porque los errores de nuestros políticos han hecho que del problema aquí creado dependa la tranquilidad de España entera” (*La Libertad*, 21 de septiembre de 1921).

El diario para el que escribía Ortega y Gasset, *La Libertad*, de distinguió en la cobertura del resto de la prensa. Mientras que la mayoría de periódicos se limitaban a reproducir, sin más comprobaciones, los partes oficiales remitidos por las autoridades militares, lo cual era el propósito de la propaganda del Gobierno, *La Libertad* inició un debate nacional con discusiones y análisis del problema marroquí, lo que dicho sea de paso le sirvió para incrementar sus tiradas, igual que sucedía en la prensa con cada repunte del conflicto. El diario contaba entonces con varios corresponsales en la zona: en agosto fueron enviados a Melilla Eduardo Ortega y Gasset y, poco después, Ezequiel Endériz, mientras Francisco Hernández Mir, uno de los históricos corresponsales de este conflicto que aún estará presente en 1925, fue destinado a Tetuán. Este periodista se convirtió en uno de los primeros en presentar una visión acabada sobre la acción española en Marruecos y las razones de la derrota. En 1922 escribió *Del desastre al fracaso: Un mando funesto*. Ese mismo año publicó la novela *La tragedia del Cuota (Una escuela de ciudadanos)*. Como continuación a la obra anterior y aprovechando su

estancia en el Rif para seguir de cerca las evoluciones de la Guerra en esta ocasión como corresponsal del semanario *Nuevo Mundo*, publicó a su regreso en Madrid en 1927 una nueva obra continuación a la anterior: *Del desastre a la victoria, 1921-1926*, que recoge el éxito del Desembarco de Alhucemas.

Más tarde se les sumará Antonio de Lezama y el dibujante Ricardo Marín. Esta estrategia de la cobertura recibió numerosas críticas por parte de los militares, e incluso sus reporteros llegaron a ser expulsados o apresados. Pero *La Libertad* mantuvo su criterio y, avanzando en su meta de ofrecer la realidad de los campamentos militares y de la situación bélica, dio un nuevo golpe de efecto enviando también a una periodista, Teresa de Escoriaza (ver anexo bibliográfico), a Melilla, que publicó en *La Libertad* entre septiembre y octubre de 1921, como auténtica reportera, superando ampliamente de la función realizada en la etapa anterior por Carmen Burgos, por lo que se va a profundizar brevemente en su trabajo. Además de reportera en la guerra, Escoriaza fue traductora, profesora de idiomas, novelista y trabajó como corresponsal extranjera enviando crónicas desde Nueva York. De su experiencia en África dejó *Del dolor de la guerra (crónicas de la campaña de Marruecos)*. También intervino en los primeros programas de la radio española. Es una de las primeras corresponsales en el extranjero de la historia del periodismo español.

En Melilla, su misión como periodista consistía en ofrecer el lado más humano del combate, preocupándose por los heridos y los enfermos, contando historias emotivas que hablaban de novias y madres, de separación y dolor; sin ahorrar, a veces, duras y aun terribles descripciones. Mientras que sus compañeros Endériz, Ortega y Gasset, Lezama y Hernández Mir recogen datos de bajas, refieren los enfrentamientos y entrevistan a los soldados, Escoriaza les visita en el hospital y en sus cuarteles, ve qué comen y dónde duermen, conversa con ellos de sus familias... y no oculta el lado más cruel de las guerras: heridos rematados, niños martirizados... En todo momento recalca que le interesan los sucesos que son desechados por otros periodistas y se adentra más allá de lo que parece simple anécdota, escribiendo para un público femenino. Como, por ejemplo, la historia del auto blindado que, conteniendo municiones, víveres y el correo, volcó en medio de un camino. Los soldados rescataron víveres y municiones, pero abandonaron las cartas, que fueron a parar a manos de Escoriaza (Palenque, 2006: 367-368).

Aunque Carmen de Burgos, *Colombine*, estuvo en la campaña de 1909 en Melilla, su trabajo está lejos del que ahora desempeña Escoriaza. Las crónicas que *Colombine* enviaba al *Heraldo de Madrid* eran episodios de un relato corto que luego vio la luz en *El Cuento Semanal* (*En la guerra. Episodios de Melilla*, núm. 148, 29 octubre 1909). Escoriaza, sin embargo, escribió una colección de crónicas informativas y siguió el estilo del nuevo género periodístico. Ella fue como uno más del grupo de informadores de *La Libertad*. Dentro de los rasgos del género, sus crónicas mezclaban el testimonio y la impresión de primera mano con la narración y la reflexión personal; y, rasgo también característico en estas fechas, se confunde con el reportaje. Escoriaza usaba siempre la narración en primera persona y el estilo directo, para mejor mostrar la cercanía del dolor y el sufrimiento. Acentuaba siempre su papel como testigo y protagonista, su situación en el vértice de la guerra, viendo, oyendo, sufriendo (Palenque, 2006: 368). De su paso por el conflicto dejó *Del dolor de la guerra*, compuesto por un total de dieciocho crónicas, a modo recopilatorio, con prólogo de Antonio Zozaya.

Durante toda la campaña de 1921 y al año siguiente pasaron por Melilla un número muy elevado de corresponsales. Algunos como Eduardo Rubio, que realizó la cobertura para *El Día Gráfico* de Barcelona, cuyas crónicas sin censurar pueden leerse en su libro *Melilla, al margen del desastre*. La obra incluye una entrevista con el general Fernández Silvestre, que salió publicada la víspera del desastre, y el depravado clima moral que se respiraba en Melilla antes del desastre:

“Melilla era -hay que tener el valor de decirlo- una inmensa casa de juego; las orgías, los escándalos nocturnos en las casas alegres, y hasta los suicidios que entre la oficialidad se registraban, iban aun cuando una desorganización y un estado de vicio muy grande que no podía menos que degradar, en parte, el estado moral de la oficialidad, que, dicho sea de paso, ningún jefe observaba”.

A pesar de esta trayectoria, el nombre de Eduardo Rubio apareció vinculado en la edición del 12 de marzo de 1922 de *El Telegrama del Rif* a un pago por parte de un jugador de 18.000 pesetas a respetables periodistas para conseguir de las autoridades un permiso de juego en casinos y centros recreativos. El periodista fue invitado a abandonar la ciudad. Posteriormente también se le relacionó con el pago de cheques sin

fondos y otras estafas. Por entonces ya se le conocía con el apodo de ‘Chichito’ (Rubio Campaña, 2006: 167-168).

Junto a los corresponsales de guerra acudieron a Marruecos los políticos; algunos de ellos, como el socialista Indalecio Prieto que, en funciones periodísticas, escribió para *El Liberal*. Entre el 1 de septiembre y el 21 de octubre firmó 27 crónicas, con abundantes detalles, en las que explicaba las consecuencias de la tragedia de Annual, la desprotección en la que se encontraba la ciudad y sobre todo de la situación de los soldados que quedaron presos en manos de Abd-El-Krim. Nada más llegar escribió que “todos reconocen que Melilla estuvo, uno, dos, tres días, a merced de los moros. Estos no entraron porque no se les ocurrió o no se les antojó. No había en la plaza fuerzas materiales ni morales con las que oponerles resistencia”. Una de las principales preocupaciones del político y periodista fue la situación de los presos que estaban en manos de Abd-El-Krim. Prieto acompañó a las tropas españolas en la reconquista de Zeluán y en el camino, en el tramo de carretera a partir de Tauima, fue sorprendido por las consecuencias de la tragedia y los cientos de cadáveres con los que se encontró:

“¡Qué triste, qué macabro paseo en aquellos siete kilómetros! Aparecían constantemente por ambas márgenes de la carretera apelotonados en las cunetas o esparcidos entre los rastrojos del campo, cadáveres españoles, negros, descuartizados, deshechos. De vez en cuando el auto hacía virajes violentos. Era que en medio de la carretera había más cadáveres y zigzagueábamos para no pasar por encima. A la izquierda, en pila, una veintena de esqueletos calcinados; más allá, otro manchón negro y otro montículo de huesos señalaban la cremación de más infelices”.

Tras su regreso del Protectorado, Prieto se dedicó a denunciar en las Cortes los horrores de los que había sido testigo. Entre los innumerables discursos que pronunció destaca el de los días 21 y 22 de noviembre de 1922 cuando exigió responsabilidades. De Indalecio Prieto se publicó un libro en 2001 que reúne sus escritos titulado “*Crónicas de guerra. Melilla 1921*” (Rubio Campaña, 2006: 176-180).

2.8.5 Escribir las crónicas sin salir de Melilla

Los periodistas no salieron de la ciudad los primeros días, ni redactores ni fotógrafos. No explicaron el motivo, pero el tradicional punto de vista a informar únicamente desde el interior del perímetro de Melilla iría unido al elevado peligro de desplazarse por una

zona sin protección militar y sin posibilidad de transmitir sus crónicas hasta el regreso a la plaza, una vez revisadas por la censura, lo que disminuía las posibilidades a la nada. No habría que descartar tampoco una prohibición militar para salir de la ciudad. Mientras tanto, se reunían en el café La Peña, en la calle del general Chacel. Las tertulias se alimentaban con los periódicos que llegaban a la plaza, siempre con retraso y una vez revisados por la Comandancia General de Estado Mayor, que era la encargada de autorizar su venta. En ella se leían todos los días entre diez y veinte diarios nacionales, regionales así como la prensa extranjera en busca de contenidos contrarios a los intereses del ejército, prohibiendo la circulación de aquellos que así se expresaban. De hecho, en el ejército estaban mal vistas las publicaciones de izquierda, vedadas para los soldados para evitar el derrotismo, el contagio del abandonismo, pero circulaban con profusión el monárquico *ABC* y el católico *El Debate*.



Ilustración 36. El gobernador militar de Melilla, general Fresneda, conversando con algunos jefes, oficiales y periodistas en el Atalayón. Foto Alfonso.

Mundo Gráfico, 10 de agosto de 1921.

Para obtener información de primera mano de lo sucedido en el frente, de testigos presenciales, sólo se tenía la opción de entrevistar a los soldados que huían de él y que llegaban a la plaza en pésimas condiciones (cuyas declaraciones eran censuradas *a posteriori*). Para los fotógrafos, la dificultad fue mayor, porque no podían documentar de manera gráfica lo sucedido sin salir de Melilla y tampoco había ningún fotógrafo en las posiciones caídas que hubiera tomado imágenes de lo sucedido. Por tanto, las únicas fotos que existen son las posteriores, cuando se produjo la reconquista de la posición, tres meses después.

La alternativa se basaba en obtener información oficial del alto mando. No obstante, las noticias más preciadas, y las únicas aprovechables dentro del día, dada la tardanza de la transmisión telegráfica, se podían conseguir en los barrios populares, donde estaban los cuarteles y vivían las familias de las clases del Ejército. Otro punto de especial interés para los periodistas a la hora de obtener información de primera mano era el aeródromo improvisado frente al Gurugú, donde pasaban al caer la tarde a saber noticias de Monte Arruit por boca de los aviadores. Éstos no desvelaban nada a los periodistas, porque tenían indicación de informar primero al alto mando. No obstante, de vez en cuando alguien contaba algo. Por ello, las crónicas que enviaban a sus redacciones siempre iban por detrás de los hechos, en al menos dos o tres días. Por ejemplo, el 11 de agosto, mientras *La Correspondencia de España* titulaba que “los moros han asaltado la posición de monte Arruit”, Mata informaba de “lo ocurrido en Dar Quebdana”. Hasta el día siguiente, no se publicó la crónica de Mata de la rendición de Monte Arruit. O el caso de *El Imparcial* que el mismo día 11 dio la noticia del asalto a la posición de monte Arruit, mientras Rivera anunciaba la salida para la península del primer contingente de heridos y visitaba un hospital, donde la atención “es maravillosa”. Su crónica de la caída de monte Arruit comenzaba en tono épico:

“Arrogante y sereno, mostrando al mundo un estoico desprecio de la vida y una tenacidad en la defensa como no hay ejemplo, el general barón de Casa-Davalillo, evocando pretéritas hazañas de los antiguos castellanos descendientes del Cid, sigue escribiendo con sangre una página gloriosa y brillante de la historia militar de España” (*El Imparcial*, 11 de septiembre de 1921).

Media crónica presenta este tono, y la otra mitad elaborada con el testimonio de uno de los tres supervivientes que llegaron a Melilla a dar la noticia, Salvador Cuevas, del regimiento de San Fernando. Cuenta los últimos días en la posición, las negociaciones con los moros y la matanza que producen. Contrastó la versión con otros dos soldados que llegaron más tarde.

Durante los primeros días de estancia de los corresponsales, tenían una actividad escasa. Guixé se lamentaba por ello:

“Nadie sabe con exactitud lo que ha pasado con exactitud desde el día 2 en los campos de Melilla, ni lo que está pasando en la ciudad misma. Nadie se figura que lo extraordinario, lo epopéyico,

pasó sólo entre los días 22 y 24, y que en Melilla, desde que llegamos, apenas si ocurre nada, exceptuando la continua llegada de fuerzas” (*El Heraldo de Madrid*, 5 de agosto de 1921).

La realidad desmintió a Juan Guixé, que poco después terminó por arrepentirse de sus afirmaciones. Abd El-Krim avanzaba en dirección a Melilla. El día 29 se iniciaba el asedio de Monte Arruit, donde se concentraron más de 3.000 hombres, y su defensa duró hasta el 9 de agosto, cuando se agotaron los medios para defenderla y se autorizó su rendición, cuyos términos fueron incumplidos por los rifeños. Cuando los españoles salieron desarmados, fueron masacrados. La relación de bajas dada por el general Navarro, ocurridas en los sucesos de Monte Arruit desde el 29 de julio hasta el 9 de agosto fue de 275 muertos y 454 heridos. No obstante, cuando se recuperó la posición, se enterraron 2.604 cadáveres en la posición y sus inmediaciones (Repolles y García, 1981: 449-450).

La noticia de la rendición y de la matanza posterior se transmitió por telegrama el día 10 por los corresponsales y salió publicada al día siguiente. El primero y casi único que consiguió elaborar una crónica con testimonios de los asediados fue Alfredo Rivera, que apareció publicada el día 14 en *El Imparcial*. Las crónicas de sus compañeros abundaban en el heroísmo de los defensores y en la traición de los rifeños, una vez más, pero sin aportar mucho más que los partes oficiales. Previamente, las tropas de Abd El-Krim habían entrado en Nador, el 2 de agosto, y en Zeluán, el 4 de agosto (Bahamonde, 2008: 421). La primera lista de bajas salió publicada el día 30. Mientras los rifeños no cesaban de atacar y hostilizar a las unidades veteranas, los refuerzos pasaron el mes de agosto preparándose para entrar en combate.

Ante esta situación, los corresponsales empezaron a criticar la actitud del alto mando, pero transmitían como propia la argumentación para abandonar a los soldados. Corrochano reconoció no comprender la guerra. No entendía que no se pudiera ir a rescatar a los soldados que estaban todavía por el campo. Guixé advertía que Melilla era una ciudad sitiada y que seguramente los soldados que resistían en el campo de batalla debían de carecer de agua y de municiones, pero no era posible llevarles auxilio. “Se les abandona a su suerte. ¿Por qué? Pues porque el ir en su busca podría ser causa de infructuosa tentativa y de un serio descalabro. Matemáticamente costaría más sangre el intento de salvación que sangre ahorraría la salvación misma. Efectivamente, el general

Berenguer optó por defender la ciudad de Melilla y no arriesgar a los pocos hombres que le quedaban en ir a socorrer a los que estaban en Monte Arruit y en los blocaos de Nador y Zeluán”. Pero como denuncia Albéniz en *Ecce Homo*,

“Todas las tropas que se mandaron desde la Península para defender Melilla, todas ellas llegaron sin grado de instrucción, sin haber hecho sus escuelas prácticas, sin foguearse siquiera; llegando algunos jefes a pedir autorización para ir al campo de tiro para enseñar a cargar los fusiles a los soldados (...) no hay acémilas ni mulos (...) no hay campo de aviación apropiado donde puedan aterrizar los aviones (...) existía una grave penuria de munición hasta el punto de dar órdenes para cohibir los cañonazos (...) y todo esto ocurría el día 25 de julio” (Rubio Campaña, 2006: 303).

Efectivamente, Víctor Ruiz Albéniz, veterano de la campaña de 1909, reaparecía en 1921 otra vez por *Diario Universal*, también en *El Sol*, y con colaboraciones esporádicas en otros medios. Poco antes de viajar a Melilla, escribió *España en el Rif*, entre el 6 y el 26 de agosto, después de los sucesos de Annual. Dedicó su nuevo libro al conde de Romanones, que perdió uno de sus hijos en Marruecos. No conviene olvidar la relación entre ambos, iniciada en 1908. En el prólogo de la obra, Albéniz criticaba la postura de los políticos y la línea informativa que mantenían con la sociedad. Y adelantaba que tenía como propósito averiguar y revelar la verdad de lo que había sucedido en Annual y el porqué del fracaso militar y español en el Protectorado, que no se iba a limitar al envío de crónicas como corresponsal de guerra, sino que quería saber el cómo, el cuándo y el porqué. También avisó de que iba a ‘documentar’ sus informaciones (Rubio, 2006: 290-293). En Melilla, Albéniz realizó una investigación de los hechos sucedidos que llevaron a la caída de la Comandancia, recabó toda la documentación posible y elaboró de manera muy precisa y detallada en 539 páginas, *Ecce Homo. Prueba documental y aportes inéditos sobre las causas del derrumbamiento y consecuencias de él*, publicado en 1922. Albéniz aportó informaciones precisas y concretas sobre lo ocurrido en Annual horas antes del desastre y la forma en que Silvestre dio órdenes contradictorias, la retirada desordenada y hasta el número real de tropas disponibles y del número de atacantes y sus recursos bélicos.

También a primeros de septiembre recaló en Melilla Manuel Aznar, director de *El Sol*. Era todo un experto en cuestiones militares y había escrito profundos artículos sobre El

Raisuli y Abd-el-Malek. Su postura era claramente comprensiva con la acción de los militares y defendía al general Berenguer de esta manera:

“¿Qué se puede exigir a un hombre que, en circunstancias como las actuales, no tiene ni artillería buena, ni ametralladoras suficientes, ni un solo tanque, ni aeroplanos de bombardeo, ni automóviles blindados, ni soldados con capacidad de maniobra, ni núcleos de tropas acostumbradas a los ardides de la guerra mora?” (*El Sol*, 12 de agosto de 1921).

Sus crónicas van sin firmar, en contra de su costumbre, pero probablemente justificada por la censura previa instaurada el 13 de septiembre y la escasa actividad del frente. El 18 de octubre, cuando se levantó la censura, Aznar inició una serie de “España en Marruecos” (Rubio Campaña, 2006: 213). Sus críticas al Ejército y al Gobierno en lo referente a Marruecos causaron controversia. El impacto lo podemos medir por la defensa que se vio obligado a hacer de su postura:

“Ahora resulta -¡cosa más singular!- muy antipatriótico y casi criminal decir la verdad de lo que un periodista honrado ha visto en Marruecos... Después de mi último viaje, creo mi deber dar la voz de alerta y decir que cuanto en Marruecos se incuba puede determinar una gravísima situación dentro del ejército” (Tanco, 2004: 128).



Ilustración 37. Nuestros artilleros transportando una pieza para emplazar a un sitio estratégico, a fin de cañonear al enemigo que se retiraba sin ofrecer resistencia, ante el avance de la columna del general Cabanellas, en la madrugada del 11 del actual. Foto Lázaro.

Mundo Gráfico, 21 de septiembre de 1921.

Para realizar la cobertura, *El Sol* contó con cuatro corresponsales, un dibujante y numerosos colaboradores y enviados especiales. Las crónicas exclusivas se complementaban a diario con despachos sin firma, partes oficiales, listas diarias de bajas, testimonios de protagonistas, opiniones de mandos políticos y militares, amplísimos resúmenes de los debates parlamentarios sobre el conflicto y gráficos de batallas, muchas veces realizados por los propios corresponsales, lo que hoy se denomina infografismo. Got, en particular, contaba con una excelente reputación entre sus compañeros. Cuando se produjo el desastre de Annual, Antonio Got, al contrario que muchos de sus compañeros, no recogió en ningún libro sus crónicas periodísticas ni fue autor de otra obra literaria. De él, cuenta Augusto Vivero en su libro *El*



Ilustración 38. Tropas parapetadas en la azotea de una casa del poblado de El-Arba de Arkeman, disparando sobre el enemigo que huyó ante el avance de nuestros soldados. Foto Campúa.

Mundo Gráfico, 21 de septiembre de 1921.

derrumbamiento que Antonio Got era representante de los intereses del empresario minero vasco Horacio Echevarrieta (quien se encargaría de sufragar el rescate de los soldados prisioneros) y actuaba de intermediario entre el empresario vasco y Abd-El-Krim. Por su parte, Eduardo Rubio relata en *Al margen del desastre* de manera velada una supuesta amistad entre Got y Abd-El-Krim (Rubio, 2006: 185-188).

La ilustración en imágenes del momento era inocua en comparación con lo que había sucedido. Las fotografías de los cadáveres que horrorizaron a la sociedad españolase

aparecieron posteriormente, cuando se recuperaron las posiciones. Las imágenes que publicaron los diarios en aquellos días correspondían a heridos. Las primeras de heridos de Annual pertenecían a Alfonso Sánchez Portela, hijo de Alfonso Sánchez García, que había cubierto la campaña de 1909, cuyo trabajo en la contienda le consagraría como uno de los fotoperiodistas de guerra más destacados de su tiempo (Moreno y Bauluz, 2011: 60). Aparecieron en *El Imparcial* el 29 de julio y en *Mundo Gráfico*. También publicó para *Nuevo Mundo*. El primer muerto no se vio. Era una foto de Zegri del féretro con los restos del coronel Morales, caído en las cuevas de Izumar en plena retirada de Annual, publicada en *ABC* el 5 de agosto. Lázaro publicó en los diarios *La Acción* y *ABC* y en el semanario *Mundo Gráfico*, con imágenes previas y posteriores a la acción bélica, con la característica de posado. Dentro de su trabajo merece una mención destacada su incursión detrás de las líneas rifeñas. Realizó una importante aportación al fotoperiodismo de la guerra de África cuando adoptó el punto de mira del bando contrario, que publicó en dos entregas en *Mundo Gráfico*. Se trata de una serie de fotografías de grupos de combatientes rifeños armados, parapetados, a la espera de los soldados españoles. Mostraron por primera vez cómo se preparaban los rifeños, el enemigo, para hostilizar al ejército español, como se ocultaban y aguardaban su paso, alguna de ellas incluso con gran calidad estética. Para la obtención de estas imágenes cabe inferir que debió de contactar con algún cabecilla de las cabilas locales que intercediera por él para acompañar a un grupo de combatientes. Su publicación no fue impedida por la censura y tampoco generó ningún tipo de controversia en la profesión, a pesar del protagonismo que concedían a la milicia rifeña.

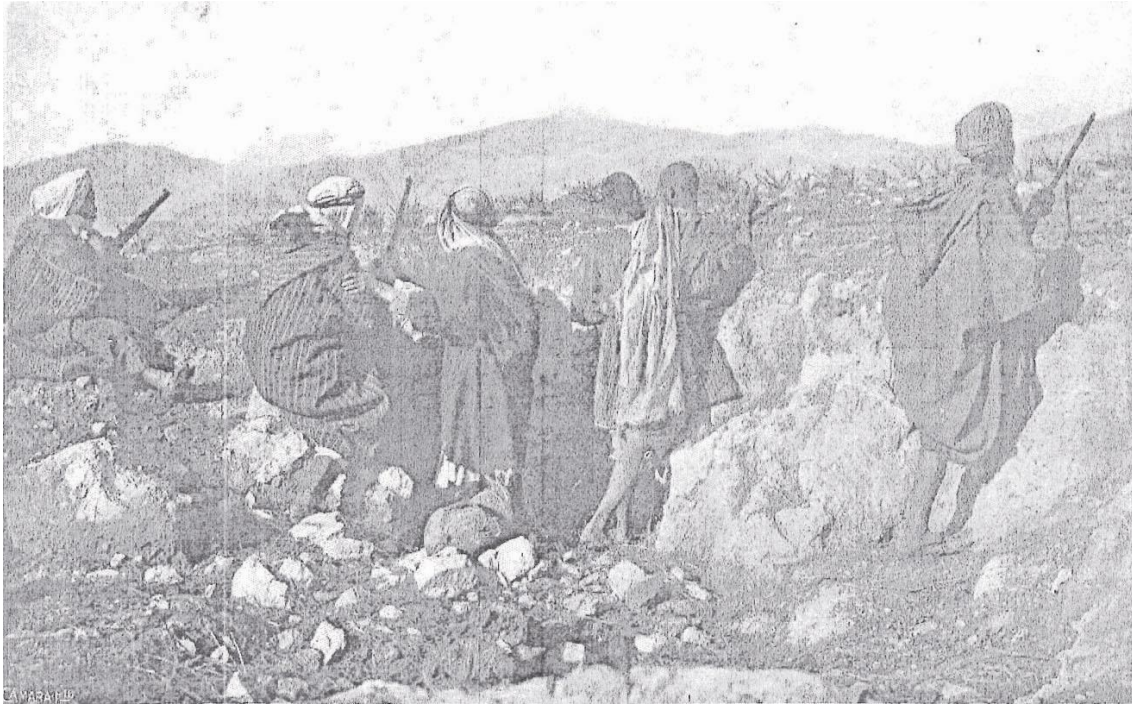


Ilustración 39. Moros de la harca enemiga hostilizando a las fuerzas protectoras de un convoy, parapetados entre los peñascos. Foto Lázar.

Mundo Gráfico, 31 de agosto de 1921.



Ilustración 40. Moros de las kabilas rebeldes inmediatas a Melilla defendiendo una casa atacada por nuestras tropas en su avance. Foto Lázar.

Mundo Gráfico, 31 de agosto de 1921.



Ilustración 41. Una avanzada mora observando desde las alturas del Gururgú los movimientos de nuestras columnas, para facilitar a sus jefes la organización del ataque. Foto Lázaro.

Mundo Gráfico, 14 de septiembre de 1921.

Es destacable una fotografía aérea de la posición de Monte Arruit que consiguió Alfonso desde un avión desde los que se lanzaban provisiones a las tropas sitiadas, que apareció publicada el 17 de agosto en *Mundo Gráfico*.

Durante los días de máxima afluencia de corresponsales, el alto mando decidió organizar excursiones para los periodistas, que seguían a las unidades militares. El día 27 de julio acompañaron a la columna del general Sanjurjo (tercio de extranjeros), que fue de reconocimiento al Atalayón y que salió a las 5:30 horas. Los corresponsales partieron a las 10:30 de la mañana desde el campamento de Rostrogordo en dos automóviles que la autoridad militar puso a su disposición. Llegaron hasta poco más allá de la segunda caseta, donde hicieron una pausa. Contrariados porque no los conducían a un lugar desde donde podían observar algún enfrentamiento, decidieron saltarse la autorización del general Berenguer y avanzar hacia Nador. Sólo consiguieron encontrar un grupo de soldados en dirección a Melilla con unos prisioneros. Fueron descubiertos y se les ordenó regresar a la ciudad, lo que hicieron inmediatamente. Se organizaron más rondas a otros puntos cercanos, como la del 29 al zoco de Sidi-Hamed el Hach, donde se emplazaban unas baterías y otras posteriores.



Ilustración 42. La posición de Monte Arruit, en la que tan heroica resistencia ha hecho durante diez y nueve días la columna del general Navarro, y que asaltada por los moros el día 9 del actual, quedando en poder uno de los jefes de la harca el general Navarro con otros jefes, oficiales y soldados. Vista obtenida desde uno de los aviones que iban diariamente a llevar provisiones a las tropas sitiadas. Foto Alfonso.

Mundo Gráfico, 17 de agosto de 1921.

Entre los jefes y oficiales y los corresponsales que cohabitaban en Melilla se había establecido una relación de proximidad, en la que los primeros buscaban que su nombre saliera publicado de manera continuada y en positivo por el efecto que tenía a la hora de los ascensos y los segundos obtenían a cambio historias de acción, de valentía, de superación y de compañerismo, que era lo que buscaban para su lucimiento ante sus superiores y como herramienta política. Los lectores calmaban su ansiedad lectora con esas historias gloriosas de ardor guerrero. Los militares habían aprendido que muchas veces los prestigios en África se forjaban más en las columnas de los diarios que en el campo de batalla (Ortega, 2008: 145). No obstante, en términos generales, la relación entre el ejército español y la prensa cabría calificarla de tensa a lo largo del conflicto. Hay que recordar que en 1895 y en 1905, los militares atacaron las rotativas de diversos medios madrileños y barceloneses. En 1906, las Cortes, ante las presiones del ejército, aprobaron la Ley de Jurisdicciones, por la que la jurisdicción militar se hacía cargo de los delitos contra la nación y sus símbolos (incluidos los delitos de opinión). En definitiva,

los africanistas mantenían unos vínculos ambiguos con la prensa. Por una parte, como se ha explicado, la necesitaban para fomentar el ambiente patriótico en la metrópolis y contribuir a su carrera militar. Algunos medios como el *ABC*, no ahorraron esfuerzos en ofrecer una imagen positiva del ejército de África (incluso llegaron a publicar, a instancias de la Alta Comisaría, noticias que sabían eran falsas). Los principales mandos militares usaron a la prensa para defender sus posturas políticas y presionar al gobierno. Pero, por otra parte, los militares coloniales detestaban que se publicaran artículos cuestionando al ejército o la colonización. La guerra del Rif, además, tenía una vertiente mediática. Abd El-Krim era consciente del poder de la prensa y siempre que podía concedía entrevistas a periodistas extranjeros. Trataba de ganarse a la opinión pública, ya que pretendía utilizar en su favor la división de la población española con respecto a la guerra colonial. Por eso, muchos africanistas trataban como enemigos a los periodistas críticos con la colonización. Los africanistas creían que con una prensa más favorable el gobierno les habría ofrecido más medios materiales, y que con éstos no habrían sufrido derrotas. En consecuencia, culpaban a los periodistas del desastre de Annual. Por ello trataban de evitar filtraciones que desmoralizasen a la opinión pública y extendieran el derrotismo, y controlaban estrictamente las informaciones sobre Marruecos (incluso presionaban a las autoridades metropolitanas para que no informaran de las repatriaciones de heridos). Pero a pesar de la ocultación sistemática de datos, siempre había filtraciones y los periodistas tenían acceso a noticias que contrariaban al ejército colonial. Por eso las normas censoras, en el protectorado eran todavía más rígidas que en la metrópolis; no se podía publicar ni difundir nada que afectara a la disciplina de las tropas, nada que pudiera provocar el desprestigio de las autoridades, nada que cuestionara la política seguida en la zona, nada que propagara ‘noticias inexactas o noticias exactas pero inconvenientes’. Para evitar la publicación de textos críticos, en muchas ocasiones sólo se permitía que los medios de comunicación reprodujeran las notas oficiales de la Alta Comisaría. Entre las noticias que se censuraban más rígidamente se encontraban las que afectaban a la moral de la población: se ocultó el número de bajas del repliegue de 1924 y de las operaciones de 1926, y se retiraron del mercado las postales que mostraban los cuerpos de las víctimas de Annual. Los africanistas también trataban de evitar la publicación de textos sobre la corrupción en el ejército de África, porque consideraban que afectaban a su honor colectivo (Nerín, 2005: 78-79).

El contrabando de armas fue un tema del que los corresponsales apenas se ocuparon. Cuando lo hicieron, se referían de una manera indeterminada o señalando al protectorado francés como origen y Alhucemas como destino. En los primeros días, Ortega plantea expresamente la cuestión al respecto.

Tampoco profundizaron los corresponsales en especificar la composición de los cuerpos del ejército. La mayor parte de los que se rindió en Monte Arruit estaba compuesta, en gran parte, por hombres dados de baja de las filas del Ejército, que unas veces eran asistentes de jefes y oficiales y otras recaderos de sus amantes. También dice Prieto que en las provincias del sur de España existía la conciencia que determinados individuos del cuerpo de Intendencia iban a África a lucrarse porque deseaban comprar una finca o porque tenían ciertos negocios. En las tiendas de indios, en poblaciones como Melilla y Ceuta, éstos alababan un género caro, un objeto caro, diciendo que de eso compraban las señoras de los militares del Cuerpo de Intendencia. Y que incluso en el asedio de la alcazaba de Zeluán había un auxiliar de Intendencia que se lucraba con el hambre y la sed de los soldados, vendiéndoles a precios inverosímiles la harina, el azúcar, el vinagre y todos los elementos de subsistencia pertenecientes al Estado. También denuncia que un coronel, a quien el general Navarro mandó replegarse desde Dar Drius a Batel para congregarse allí las fuerzas y servir, en caso necesario, de punto de apoyo, le dio un vahído y, recogiendo a un hijo suyo, oficial de Regulares se fue a Melilla. También denuncia al jefe de la Sanidad militar y el estado de los heridos en el hospital de Melilla, que se encontraba en condiciones infrahumanas y que sin embargo el gasto era el doble de lo que costaba la asistencia en los hospitales dirigidos por la Cruz Roja (Prieto, 1990: 64)

2.8.6 Las fotos que horrorizaron a los españoles

En la prensa se había generado un clima de venganza entremezclado con el espíritu de reconquista, que los corresponsales encargaban de alimentar desde Melilla. Juan Mata en *La Correspondencia de España* de 17 de agosto, de una manera moderada decía:

“Viajeros que llegan de España hablan del estado de opinión del país: deseo de venganza, optimismo, afán de la victoria. Las gentes sueñan con un castigo ejemplar. Los soldados rematados, los ayer doloridos de las víctimas, han sido escuchados en España. Se despide a las tropas con aclamaciones, sin una protesta, sin un movimiento de debilidad ni de egoísmo. Es menester dar a la nación lo que la nación anhela: la victoria, la victoria, completa, sin un revés,

sin una vacilación. El pueblo cree en el triunfo y tiene derecho a esperarle. Las guerras modernas se ganan con elementos de combate. La victoria ha de fabricarse en Madrid, en el ministerio de la Guerra”.

Mucho más allá fue *ABC*, que en su edición del 17 de agosto pedía:

“una acción resuelta, enérgica, arrasadora de las guaridas en que se refugian nuestros enemigos” y “exterminar los aduares enemigos, y cuando los cabileños sientan en sus vidas y haciendas el quebranto del escarmiento, entonces habrá llegado la hora de discutir y acordar la política que ha de seguir España en Marruecos”.

Finalmente, el ejército español reconquistó Arruit el 24 de octubre sin oposición. Se esperaba la muerte, pero apareció la barbarie (Pando, 1999: 194). Lo que allí se vio incluso motivó que en el telegrama oficial que se distribuyó a la prensa lo calificara de “espectáculo aterrador”, se hablara del “olor insoportable” que despedían los cadáveres y se diera la cifra de más de 800 muertos, apartándose de la política de comunicación en positivo que se seguía desde el ministerio de la Guerra. El Alto Comisario, el general Berenguer, y el comandante general de Melilla, José Cavalcanti, atendieron a los periodistas antes de entrar en la posición, advirtiéndoles de que el espectáculo que iban a ver era mucho más desolador que otros que se habían encontrado anteriormente, como el de Zeluán (*ABC*, 26 de octubre de 1921). En su primera crónica, los corresponsales que acompañaron a la columna, lo calificaron como “espectáculo aterrador” (Jaime Mariscal de Gante en *La Correspondencia Militar* del 25), se refirieron a “campos sembrados de cadáveres” (Alfredo Cabanillas en *Heraldo de Madrid*), “cuadros espantosos” (Augusto Vivero en *El Imparcial*) y criticaron el “aterrador espectáculo de 2.500 o 3.000 cadáveres que en Monte Arruit son el dolor y la vergüenza de España entera” (Antonio de Lezama, *La Libertad* del 27) a lo que Corrochano, en el *ABC* del 28 después de criticar la desorganización del ejército y de la labor del protectorado echó de menos un desfile patriótico realizado ante la mirada lejana de los rifeños para honrar a las víctimas, aunque la crónica de la entrada la escribió Antonio Pugés. Por su parte, *El Sol* lo describió como “espectáculo emocionante”, sin ahorrarse en detalles del estado de momificación de los cadáveres. Las crónicas que enviaron los corresponsales presentaban muchos elementos en común, tanto en las expresiones utilizadas como en el contenido.

Todos los periódicos insertaron mapas de la zona para localizar los enclaves donde se habían producido los combates, los movimientos de avance y del desaparecido Silvestre, de estudio. En primer lugar se publicaron ilustraciones del arco semiderruido de la entrada de la posición y de los cadáveres sobre los campos, efectuadas a mano de una manera muy rudimentaria, que no revelaban la brutalidad que mostraban las imágenes de los cadáveres que horrorizaron a la sociedad española.

Las descripciones de los corresponsales de la masacre de Monte Arruit precedieron a las fotografías, que empezaron a publicarse el día 27 de octubre. *El Imparcial* destacó tres fotos de Alfonso en las que se veían los primeros cadáveres, tomadas a media distancia, observándose en una de ellas al Alto Comisario junto al cuerpo del teniente coronel Primo de Rivera. Las que distribuyó *ABC* el 28 firmadas por Lázaro eran sobrecogedoras a pesar de ser tomas abiertas y panorámicas. En la prensa diaria dejaron de aparecer fotografías en los días siguientes. Las revistas con secciones gráficas como *Nuevo Mundo* las incluían en la edición del 4 de noviembre: una toma sin firmar en la que aparecían periodistas reconociendo el cadáver de Fernando Primo de Rivera, hermano de Miguel Primo de Rivera y otra, de Alfonso, que encuadraba la caja de un camión rebosante de cuerpos sin vida. Al día siguiente, el 5 de noviembre, *La Esfera* publicó una fotografía a doble página también firmada por Alfonso, titulada La tragedia de Monte Arruit, en la que se pueden observar cadáveres en descomposición. Estas imágenes horrorizaron a la sociedad española al comprobar la realidad más dura de la guerra.

La publicación de estas fotografías tan dramáticas iba contra la censura establecida y en detrimento de la moral de una sociedad, abiertamente en contra del conflicto. El dilema ético sobre la propia captación de las fotos no evitó que se tomaran y se llegaran a hacer postales. La toma de este tipo de fotografías es criticada por la profesión en la actualidad, y con mayor peso en el caso de un cadáver de nacionalidad española. Periodistas con amplia experiencia en conflicto como Julio Fuentes han criticado duramente la actitud de los fotógrafos de las agencias internacionales en el conflicto de los Balcanes, en busca de las víctimas de los francotiradores y de las bombas (Fuentes, 1997: 38).

El propio ejército también distribuyó imágenes aéreas. Se trató de fotografías de bombardeos de posiciones rifeñas tomadas a gran altura, que han de ser localizadas por su correspondiente pie. El capitán Carrillo era uno de los encargados de esta tarea.

Las imágenes que los fotoperiodistas españoles captaron en el otoño, sobre todo de Monte Arruit, reflejan lo peor del conflicto y la crueldad del ser humano. Si en 1893 hubo unos pocos pioneros con Manuel Company como referente y la campaña de 1909 atrajo a numerosos fotógrafos, en esta nueva ocasión desembarcó un colectivo mayor. Y tuvieron la oportunidad para acreditar un gran reconocimiento, como Alfonso Sánchez Portela. Cubrió las operaciones de reconquista del territorio tras el desastre de Annual. Obtuvo instantáneas de los defensores de la Fábrica de Harinas de Nador y de las ruinas repletas de cadáveres de lo que fue la posición de Monte Arruit. Como no disponía de laboratorio en Melilla, enviaba las placas envueltas en papel negro para que durante el trayecto hasta Madrid el material no se velara o sufriera ningún deterioro. El trabajo de Juan Luque marcó un hito en la crónica negra del periodismo español cuando en octubre de 1921 publicó un reportaje fotográfico sobre los estragos cometidos por las tropas de Abd-El-Krim contra la población civil y militar de la ciudad de Monte Arruit. Las fotografías de los cadáveres, putrefactos y mutilados, arrojados en medio de la calle dieron la vuelta al mundo y produjeron un gran impacto entre la población española (Rubio Campaña, 2006: 194-198). Una mención especial merece también el trabajo realizado por José Demaría Vázquez, conocido como Pepe *Campúa*, hijo del *Campúa* que ilustró la campaña del Rif. Cubrió los avances militares posteriores a los desastres de Annual y Monte Arruit, entre finales de septiembre y la última semana de noviembre de 1921, y entre marzo y mayo de 1922, para fotografiar las operaciones aéreas y al Infante Alfonso de Borbón. Una de sus instantáneas más emblemáticas la tomó, como su padre, en el monte Gurugú, con motivo de otra victoria del ejército.



Ilustración 43. A las nueve y media del día 10 del actual fue izada sobre la cima de Basbel, en el Gurugú, la primera bandera española. Hicieron ondear la gloriosa enseña las tropas Regulares que tanto han venido distinguiéndose en la primera parte de las operaciones del avance. Vivas atronadores saludaron el gallardo flamear de nuestra enseña nacional en los abruptos picachos del siniestro macizo, que desde las postrimerías de Julio venía siendo una constante amenaza de la capitalidad de la zona. Nuestra página registra este emocionante episodio de las operaciones de Marruecos, recogido por nuestro querido compañero Sr. Campúa en su brillante campaña informativa.

La Esfera, 15 de octubre de 1921.



Ilustración 44. Corresponsales de Guerra enarbolan la enseña nacional en el pico Kol-la (Monte Gurugú). Foto Lázaro. Realizada el 10 de octubre de 1921. Tomado de: <http://forodeculturadedefensa.blogspot.com.es/2013/05/la-toma-del-gurugu.html>. Fecha de consulta: enero de 2014.

Ambos son considerados los dos mejores notarios gráficos del conflicto. A continuación se reproducen algunas de las instantáneas de Alfonso y Lázaro que aparecieron en las revistas. Muestran numerosas similitudes de escenarios y encuadres, con algún icono como la entrada semiderruida de la fortaleza. Transmiten la desolación que sintieron aquellos que encontraron los cientos y cientos de cadáveres diseminados.



Ilustración 45. La entrada de la posición de Monte Arruit, destruida por las apabilas rebeldes. Foto Alfonso.

La Esfera, 5 de noviembre de 1921.

Ilustración 46. Arco de entrada a la posición de Monte Arruit, en cuyos alrededores y en cuyo recinto han encontrado las fuerzas de ocupación numerosos cadáveres de jefes, oficiales y soldados de la columna del general Navarro, que tan heroicamente se defendió durante diez y nueve días.

Mundo Gráfico, 2 de noviembre de 1921.



Otros como Silva, L. R. Marín, Litrán, Real también recogieron con sus cámaras aquellos hechos y los transmitieron a sus lectores, desarrollando ampliamente el género del fotoperiodismo de guerra en España.

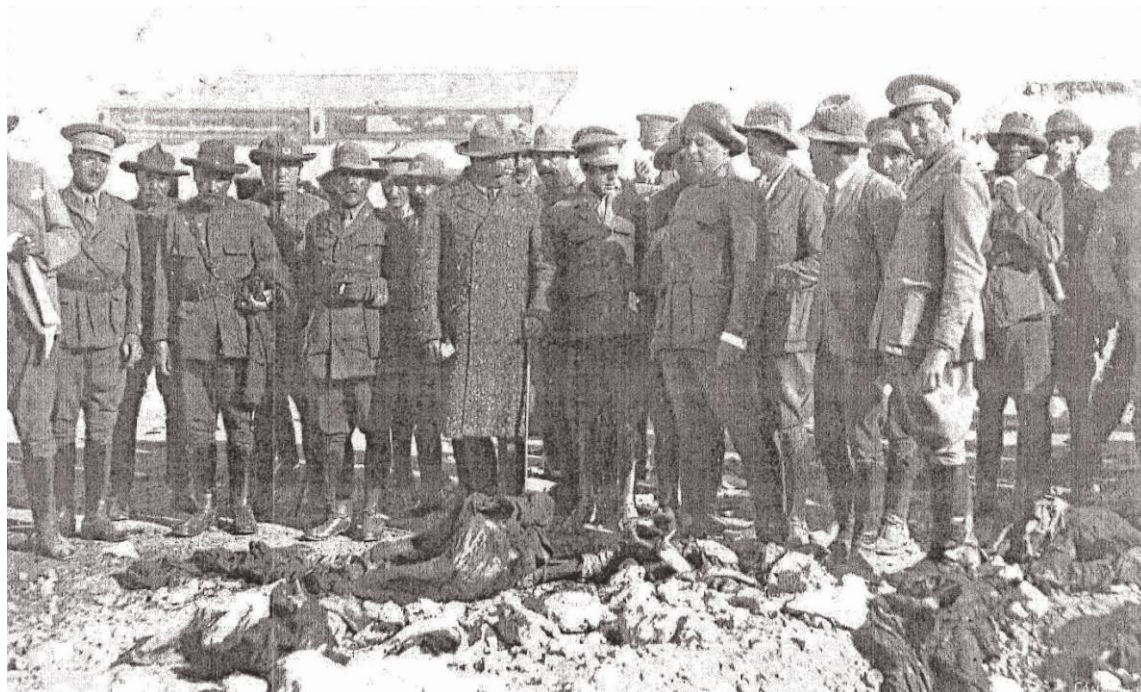


Ilustración 47. El Alto comisario, general Berenguer, y su Cuartel general ante el cadáver del teniente coronel Primo de Rivera, después de su identificación. Foto Alfonso.

Mundo Gráfico, 2 de noviembre de 1921.

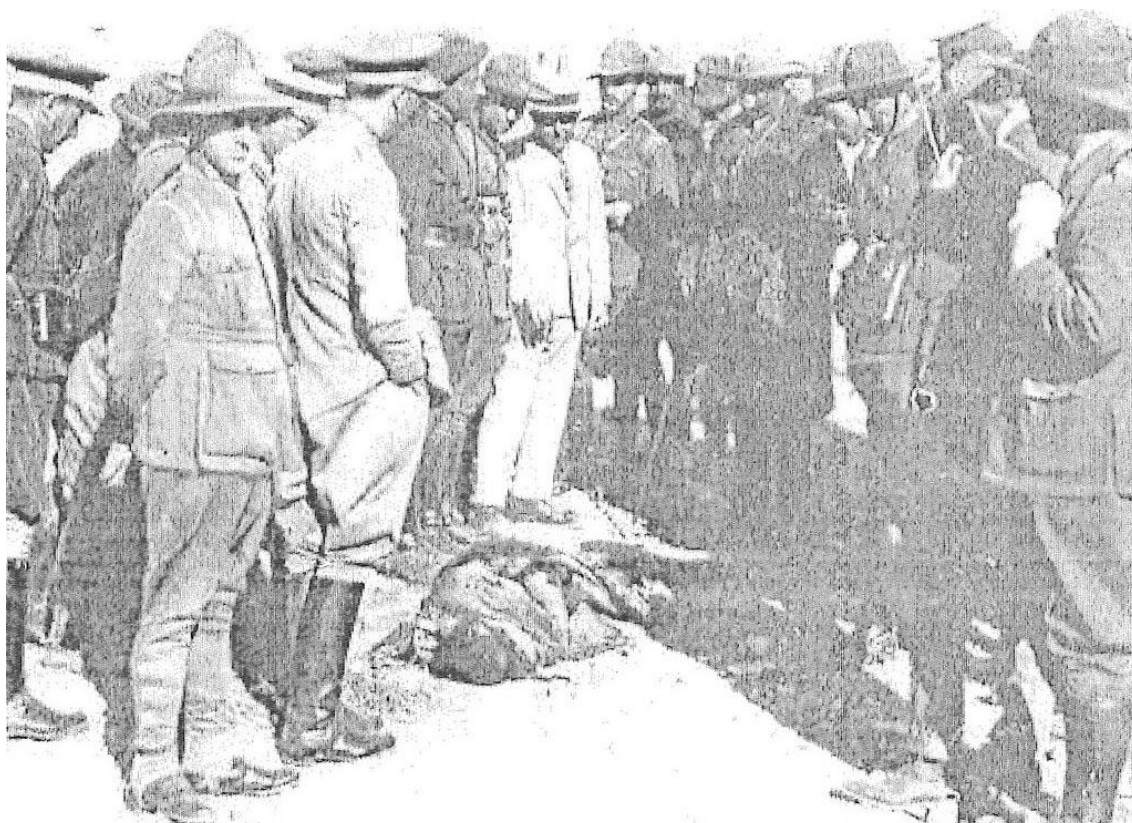


Ilustración 48. El general en jefe contemplando el cadáver de un soldado que tenía las manos atadas con alambre y que se encontraba cerca a la posición. Foto Lázaro.

A partir de 1909, y especialmente entre 1911 y 1927, se recurrió a la fotografía y al cine para popularizar las campañas de Marruecos. La estrategia publicitaria de los africanistas ya incluía anteriormente a dibujantes y pintores. Uno de los que aparecía con mayor frecuencia era el propio Millán Astray y el general Sanjurjo. Tras Annual, en Marruecos se grabaron numerosos documentales bélicos y algunas películas de ficción de temática militar, gracias al apoyo que el ejército ofrecía a los realizadores. El desembarco de Alhucemas constituyó una ocasión perfecta para el lucimiento escénico del ejército español. El director y novelista López Rienda (ex sargento de Regulares) se encargó de registrar toda la acción para mayor gloria de los africanistas. El cine se



Ilustración 49. Cadáveres de jinetes y de caballos de los escuadrones que, con el teniente coronel Primo de Rivera, dieron furiosas cargas en la retirada de la posición de Dar-Drius a la de monte Arruit, y que permanecían insepultos en el campo. Foto Lázaro.

Mundo Gráfico, 2 de noviembre de 1921.

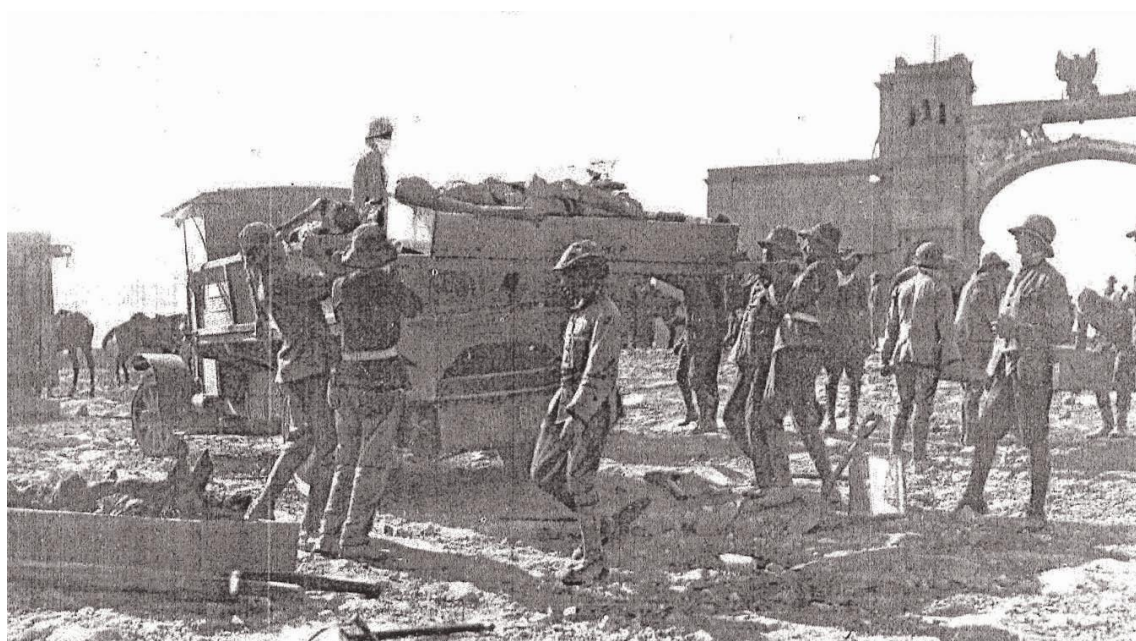


Ilustración 50. Cargando cadáveres en los camiones automóviles para llevarlos a enterrar.

Mundo Gráfico, 2 de noviembre de 1921.

reveló como el aliado más incondicional de los militares en el campo de las artes: todas las películas ofrecían una visión uniformemente épica del ejército colonial. Para mejorar la imagen del ejército colonial también se trató de fomentar la literatura colonialista. Las campañas de Marruecos dieron pie a un cierto número de novelas, centradas en su mayoría en la Legión. Algunos de los escritores más populares de la época escribieron obritas patrióticas en las que se elogiaba a los africanistas.

Los libros publicados por militares coloniales desempeñaron un papel clave en la propaganda africanista (muchos textos fueron subvencionados por las fuerzas de choque a causa de su valor patriótico y castrense). Algunos legionarios escribieron obras narrando sus experiencias bélicas. Los oficiales de cuerpos ‘indígenas’ también tenían tendencia a escribir textos de carácter autobiográfico. Franco, Mola, Berenguer, Goded, Bayo, Hidalgo de Cisneros y Cabanellas escribieron libros sobre su actuación en las campañas de Marruecos.

Las obras escritas por los africanistas durante la guerra del Rif aspiraban a ofrecer pautas para los apologistas del ejército de África. Pretendían construir una historia oficial, y lo lograron, ya que durante mucho tiempo sus informaciones fueron repetidas de forma acrítica (Nerín, 2005: 65-66). Estaban muy marcados por el subjetivismo y el heroísmo.

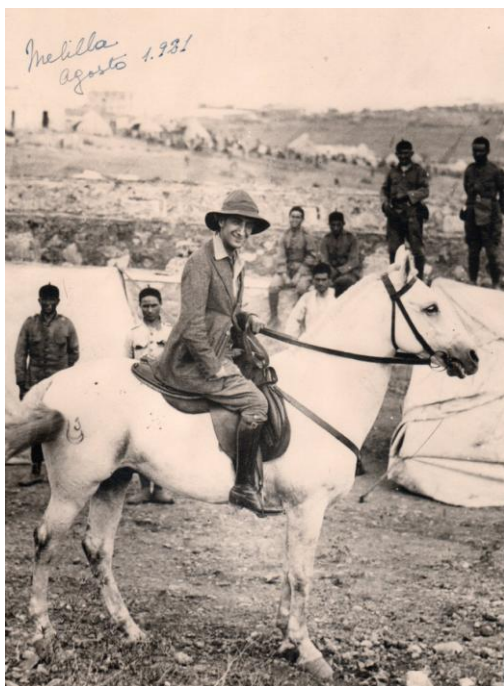


Ilustración 51. José Demaría Vázquez *Campúa hijo*, en agosto de 1921 en Melilla.
Obtenido de:
<http://campuafotografo.es/tag/fotoperiodismo/>

2.8.7 Las consecuencias políticas

Las noticias espeluznantes de Annual produjeron una gran conmoción en el Ejército y una consternación hasta el escándalo en la nación, que a mediados del mes de julio de 1921 estaban más pendientes del precio del pan. La catástrofe del derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla, con todas las posiciones cayendo una tras otra, con soldados españoles masacrados y con los rifeños a las puertas de la plaza causó una crisis institucional. El ministro de Guerra, Luis de Marichalar, encargó el 4 de agosto una investigación de lo sucedido al general Juan Picasso, pero el desastre se atisbaba de tal envergadura que el presidente del Gobierno, el conservador Manuel Allende Salazar, se vio obligado a dimitir. Le sucedió Antonio Maura que formó el quinto y último de sus gobiernos, en el que La Cierva desempeñó la cartera de Guerra (VVAA, 1991: 102-103). La cuestión marroquí, sin embargo, hizo imposible una duración considerable, ya que las acusadas diferencias en sus planteamientos provocaron su caída y, el 8 de marzo de 1922, José Sánchez Guerra, de ideología conservadora, fue llamado para formar un nuevo gobierno, que sería sustituido, a finales de aquel mismo año, por uno de los liberales, presidido por García Prieto y con Alcalá Zamora en el ministerio de la Guerra, el último del llamado sistema canovista. El conocido como Expediente Picasso fue presentado en las Cortes el 18 de abril de 1922, llegándose a constituir una Comisión parlamentaria de las Responsabilidades. Los debates en el Congreso en torno de la cuestión fueron muy duros. La investigación había puesto en evidencia enormes irregularidades, corrupción e ineficacia en el ejército destinado en África. Las disputas en el parlamento se desarrollaban simultáneamente en la prensa, que en un primer momento se mostraba cautelosa, controlada por la censura. Fue más adelante, iniciado el año 1922, cuando los periódicos utilizaron muy activamente la cuestión de Marruecos e influyeron en la crisis abierta por el desastre, decantándose entre berengueristas y antiberengueristas. De los primeros cabe destacar a *La Acción* y a *El Heraldo de Madrid*, mientras que de los segundos a *La Libertad* y *La Voz* (Gómez Aparicio, 1967: 659). También se produjeron grandes manifestaciones por varias ciudades de España, como la del 10 de diciembre en Madrid, de 200.000 personas, en demanda de responsabilidades. Un año después, el Expediente Picasso todavía era objeto de agrias polémicas políticas. El general Dámaso Berenguer fue llamado a declarar en la Comisión pero lo eludió debido a su condición de parlamentario. Empezó a rumorearse

sobre la implicación del propio Alfonso XIII. El paso del Expediente por las Cortes encontraba más dificultades y se decidió tomar una resolución final en torno al dictamen de la Comisión mediante una votación el 1 de octubre de 1923. Las Cortes no llegaron a reunirse. El 13 de septiembre el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, dio un golpe de Estado, disolvió las Cámaras y estableció una dictadura militar con el visto bueno del rey, finalizando así el proceso sin lograr obtener responsabilidades políticas ni de ningún otro tipo.

A diferencia de 1909, la izquierda tuvo en esta ocasión poca capacidad para movilizar una protesta importante en la calle. Influyó también la situación social más general y en especial la movilización de los soldados de cuota, que desactivó la perspectiva de una agitación basada en las viejas denuncias de la contribución de sangre. No obstante, la izquierda monárquica iba a ejercer una incisiva campaña política, favorecida por el hecho de encontrarse libre de responsabilidades de gobierno y por la propia crisis del sistema y los partidos dinásticos. Así, los socialistas y en general la izquierda republicana pudo presentar el fracaso del ejército como una manifestación de la debilidad estructural del sistema político. Los fracasos de Marruecos y las divisiones internas del ejército no eran sino la consecuencia inevitable del exceso de protección y dependencia respecto de los militares de un régimen no democrático, débil y temeroso ante las masas. Fue en esta argumentación de fondo la que dio coherencia a la campaña protagonizada por Indalecio Prieto. Pudo así denunciar la política de recompensas planteada por La Cierva en septiembre de 1921, explicando el historial concreto de muchos de los recompensados, apoyar la cuestión de los rescates de los prisioneros lograda gracias a la intervención del financiero vasco Echevarría que era su amigo, o lograr la readmisión de los expulsados en 1919 de la Escuela de Estado Mayor a raíz entonces de las presiones de las juntas. Era una línea de actuación en la que en el fondo no se condenaba la intervención española en África, sino su fracaso y la relación entre éste y un régimen en crisis.

Por su parte, los liberales tenían ante la cuestión marroquí algunas incomodidades y problemas debido a las responsabilidades gubernamentales que habían ejercido, pero eran plenamente conscientes de la necesidad de ampliar la base social del régimen por la izquierda y como prosecución de una política tradicional se autoatribuían en principio la

capacidad de dirección de la nueva protesta social. Su ocasión llegó a raíz del debate en las Cortes y la constitución de la comisión parlamentaria de responsabilidades, que pronto fue llamada la “comisión de las minorías”, formada por diez conservadores, siete liberales, un reformista, un regionalista, un republicano y un socialista, en la que la mayoría conservadora impuso su criterio contrario a las responsabilidades políticas y gubernamentales. Los liberales y los reformistas, con la abstención de Lerroux, sí pidieron responsabilidades políticas.

2.8.8 El recrudecimiento de la censura

El Ejército se reorganizó con los refuerzos y los materiales que llegaron desde la península y se inició el movimiento de recuperación de los territorios perdidos a mediados de septiembre. El día 17 se produjo el avance hacia Nador y Tahuima, con cobertura de la Armada y un globo cautivo para evitar sorpresas. Y el ejército decidió hacerlo en presencia de los mejores testigos con los que podía contar: los corresponsales. Con suficiente antelación, la Alta Comisaría hizo llegar un aviso a los corresponsales (dejando el aviso en los hoteles donde se alojaban) invitándoles a embarcar en el “Mediterráneo”, que zarparía a las cuatro de la mañana del 12 de septiembre, sin especificar el destino. Más de 20 periodistas se subieron a bordo. Cuando se hizo de día y una vez a la altura del istmo de La Restinga, comprobaron que la columna del general Cabanellas avanzaba hacia el zoco de Arbán de Amekrán. Desafortunadamente, desde la embarcación, situada a tres kilómetros mar adentro, no se observaba con detalle el desarrollo de las operaciones en tierra. Era imposible aproximarse porque el capitán tenía orden de mantener la distancia. Algunos, como José María Díaz, de *La Acción*, se lamentaron de que no se les hubiera permitido acompañar a la columna en tierra (*La Acción*, 14 de septiembre de 1921), pero Gobierno Militar había tenido la precaución de agruparlos en un buque del que no se podía salir para que ninguno tuviera la tentación de realizar su trabajo muy cerca de las tropas. Esta no era más que una de las dificultades que a partir de ese momento iban a sufrir los corresponsales.

Teniendo en cuenta la experiencia, cuando se produjo la recuperación de Nador, la Alta Comisaría volvió a poner a disposición de los corresponsales un pequeño barco, el *Marien*, a bordo del que zarparon a las siete de la mañana del 18 de septiembre para

presenciar la toma de Nador. Augusto Vivero, que había sustituido a su compañero Alfredo Rivera a finales de agosto aquejado de ántrax, se refirió a esta embarcación como “alegre cárcel periodística” (*El Imparcial*, 21 de septiembre de 1921). La reconquista fue un mero ejercicio de artillería. Los corresponsales entraron cuando ya estaba asegurada la posición, aunque algunos relataron en sus crónicas que todavía había tiroteos por las calles y alguno, como a José María Díaz de *La Acción*, a punto estuvo de morir del disparo de un rifleño escondido y hubo de hacer uso del revólver que portaba para repeler la agresión. Encontraron cadáveres, destrucción, lo que transmitieron en sus crónicas, y el olor de la muerte, que se hizo familiar para los que acompañaron a las columnas durante la reconquista. La recuperación de Zeluán y el macizo del Gurugú también fueron resaltados a través de la prensa como triunfos importantes.

A los periodistas se les dificultó el acceso a las fuentes ante la contraofensiva y se restableció la censura previa. Quedaron sometidos a revisión las informaciones, artículos, croquis y dibujos que hacían relación a la campaña de África.

A primeros de septiembre, la autoridad comunicó a la prensa con detalle sobre lo que no se podía escribir. Son especificaciones similares a las adoptadas en otros momentos del conflicto, y en la línea de las remitidas desde el Ejército al ministerio de la Gobernación el 28 de julio de 1921. Iban dirigidas a evitar una mayor contestación social más que a dar pistas a las huestes de Abd-El-Krim:

“Queda terminantemente prohibida la publicación de noticias sobre distribución y colocación de fuerzas y servicios del Ejército y la Armada en todo el territorio y mares de África, así como la de planes, proyectos, órdenes e instrucciones sobre futuras operaciones terrestres y navales, mediatas o inmediatas. Se prohíbe asimismo la publicación de noticias referentes a posible o probable salida de sus guarniciones y puertos de la península, de cuerpos y unidades sueltos y buques de guerra o de transporte de tropas, permitiéndose tan solo las referentes a las salidas de marchas ya efectuadas o a las que vayan a efectuarse en las veinticuatro horas siguientes. En lo que respecta a bajas ocurridas en nuestras tropas de mar y de tierra, sólo se publicarán el número y los nombres de los muertos, heridos, contusos y desaparecidos que se consignen en los partes oficiales, los cuales se comunicarán a la prensa por el mismo sucesivo conducto de las autoridades militares y civiles, sin perjuicio de que las familias a quienes interese conocer la suerte de los suyos puedan solicitarlo en todo momento del Negociado de Marruecos, establecido en el Ministerio de la Guerra. No hablar de gases asfixiantes, tanques, explosivos arrojados desde

aviones, y de ningún otro procedimiento moderno de guerra que se emplee contra los moros o suponga que se vaya a emplear contra los moros. No hablar de detalles de rescate de prisioneros ni dar los nombres de los moros con quienes se trate o los entreguen y sí sólo decir los nombres de los rescatados. No reproducir lo que estos puedan manifestar respecto a malos tratamientos sufridos, cantidad del enemigo y proyectos que se les atribuyen ni nada que pueda rebajar la moral aquí o allí. No hablar de confidentes ni menos dar sus nombres ni retratos” (*La Acción*, 9 de septiembre de 1921).

La reacción no se hizo esperar. Mata denunció que el general Picasso había dado orden de prohibir a los periodistas hablar con los heridos y los prisioneros procedentes del frente, así como de publicar el número y el nombre de las bajas. *La Correspondencia de España* mantuvo una campaña contra la censura y por extensión contra el ministro de la Guerra durante el mes de septiembre. Hasta fin de año, sus ejemplares fueron recogidos por la autoridad varias veces. Algo menos beligerante, *El Imparcial* añadía a la firma de sus enviados el irónico latiguillo “con la colaboración de la censura”. Esta presión dio origen a una protesta unánime de los “periodistas madrileños” el 17 de octubre, porque la censura previa exigía que los escritos se presentasen al censor y había de seguirse tal procedimiento que los periodistas se veían obligados a escribir sus crónicas a primera hora de la mañana o incluso el día de antes, con la consiguiente pérdida de actualidad. En sus crónicas, que tardaban al menos dos días en publicarse, los corresponsales criticaban la proliferación de blocaos, el estado del material de guerra y las condiciones de la tropa. Su actualidad era baja, pero aportaban detalles que la información oficial no proporcionaba. Por su parte, la censura buscaba la ocultación de los errores militares y la exageración de los logros militares como el del Zoco El Arbaa de Arkemán en Beni Sicar, tomado pacíficamente pero que la censura consideró una victoria ante un enemigo superior en número. La censura también justificaba esta medida porque los rifeños conocían las posiciones de los soldados por los diarios, lo que no era cierto, sino por su observación directa. El día 14 de octubre el Consejo de Ministros acordó suprimir la previa censura para la prensa, lo que entró en vigor el día 18 de octubre, la víspera de la apertura de las Cortes.

El ejercicio de la censura no seguía un criterio uniforme con todos los diarios. Algunos se quejaban de que a otros colegas se les toleraba lo que a ellos no. El 21 de septiembre, la censura prohibió en *El Herald de Madrid* la publicación de una fotografía relativa a unos sucesos pasados, pero la publicó *La Acción*, que no la había enviado a revisar por la censura, lo que le supuso una multa de 125 pesetas.

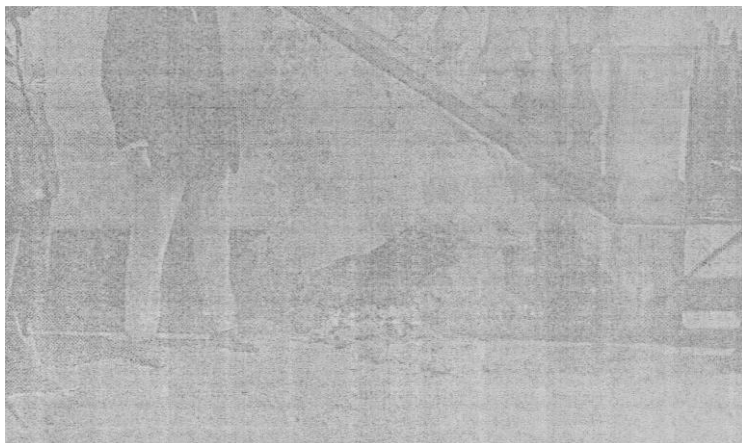


Ilustración 52. Efectos de un disparo de los cañones moros, que demuestra el poco daño que causan por no tener bien colocadas las espoletas. Foto Díaz.

La Acción, 19 de septiembre de 1921.

El movimiento de reconquista continuaba. El 23 de septiembre se tomaba Monte Arbós y se avanzaba hacia Tahuima y Cuarta Caseta. A primeros de octubre se tomó Sebt y Ulad-Dau y desde allí, la meseta de Atlaten., desde donde se dominaban las antiguas posiciones de Beni-Bu-Ifrur. Posteriormente se ocuparon Segangan y San Juan de Las Minas. Unos días después se tomó el macizo del Gurugú, como en 1909 y a mediados del mes se marchó sobre Zeluán. A Monte Arruit se llegó el día 24. Los 3.000 cadáveres insepultos que encontraron despedían un hedor que hacía irrespirable el ambiente. Fueron enterrados en una gran fosa en forma de cruz. A finales de octubre de 1921 se produjo una paralización de las operaciones militares, una vez asegurado el territorio que circundaba Melilla, y recuperadas algunas de las posiciones que se perdieron en julio y agosto. Esto ocasionó el regreso de algunos corresponsales, y la información de la guerra perdió peso en los diarios, que pasó a ser prácticamente de carácter oficial, para satisfacción del Gobierno y de los militares. La sociedad se quedó sin las crónicas de los corresponsales. El conflicto entró a partir de entonces en una fase de menor intensidad, aunque se siguieron recuperando posiciones del sector de Melilla (entre otras la de Uixán) y se consideró necesario incrementar la presencia en la zona de Ceuta ante la agitación de algunas cabilas.

Los corresponsales que siguieron las columnas dieron cuenta del elevado número de cadáveres insepultos de soldados españoles que eran encontrados en descomposición en los campos, muchos de ellos mutilados y con claros síntomas de haber sufrido graves torturas. No se permitió la publicación de estas fotografías, que eran de gran crudeza. Y la crítica que se hizo de las operaciones sobre todo en determinados diarios tampoco fue del agrado. Una crónica titulada *El fracaso de Tuguntz*, firmada por Ezequiel Enderiz en *La Libertad* del 2 de abril de 1922 motivó una queja del Cuerpo de Estado Mayor de Zaragoza dirigida el 4 de abril a la Comisión Informativa del Cuerpo de Estado Mayor en Madrid. Entendía el coronel presidente de la comisión informativa regional de Zaragoza que en el citado artículo “de un modo concreto, terminante y hasta exclusivo, se culpa al Estado Mayor del desastre de aquella resonante operación de los tanques que tanto ha impresionado al país”, reclamando se haga una rectificación. El coronel presidente de la Comisión Informativa de Madrid, Enrique Alix, que solicitó informes a Melilla sobre la acción, a instancias de la “Superioridad” consideró que no era prudente remover el asunto con rectificaciones en la prensa que darían lugar a discusiones y controversias con los corresponsales¹⁹. No obstante, la contestación que desde Melilla le dio el coronel Despujol, expresándole su malestar, evidencia el hartazgo que en un sector importante del ejército existía de los corresponsales:

“La operación Tuguntz no fue un fracaso, sino que constituyó la primera etapa de una muy meditada serie de afortunados avances, y después de rudo trabajo de más de once horas diarias no nos queda tiempo para desmentir las sandeces que pueda ocurrírsele a un redactor cualquiera erigido en crítico militar sin competencia técnica ni otro fundamento para sus censuras que el servir a intereses de determinadas campaña (...) Si nuestros compañeros de la V Región ven quebrantada al leer esas críticas su confianza en nuestra competencia por los juicios de un señor Enderiz o de un Goy de Silva deben designar un compañero que venga aquí a informarse de lo ocurrido y depurar los hechos hasta que renazca su tranquilidad”²⁰.

Aunque contra Ezequiel Enderiz no se tomaron medidas, el otro corresponsal de *La Libertad* en Marruecos, Francisco Hernández Mir, fue expulsado por orden del Alto Comisario el 22 de abril de 1922. Esta decisión fue tomada “por considerar altamente perturbadora” la conducta del periodista en Marruecos, “no sólo con publicación de

¹⁹ AGM, FA, C. 24.

²⁰ *Ibidem*.

noticias y artículos de carácter tendencioso y deprimentes, sino procurando que la tropa y población europea e indígena conozca aquéllos²¹.

A lo largo de esta etapa del conflicto realizaron la cobertura desde Melilla: Goy de Silva para *La Correspondencia de España* (y Pizarroso de la Vega desde Ceuta), Castro para *El Imparcial*, López Rienda firmó para *El Heraldo de Madrid* y *El Sol* desde Larache, Ruiz Albéniz desde Tetuán y Melilla en *La Voz* y también en *El Sol*, Antonio Got en *El Sol*, Luis de Galinsoga en *La Acción*, Eduardo Ortega y Gasset y Hernández Mir en *La Libertad* y José Losada en *ABC*.

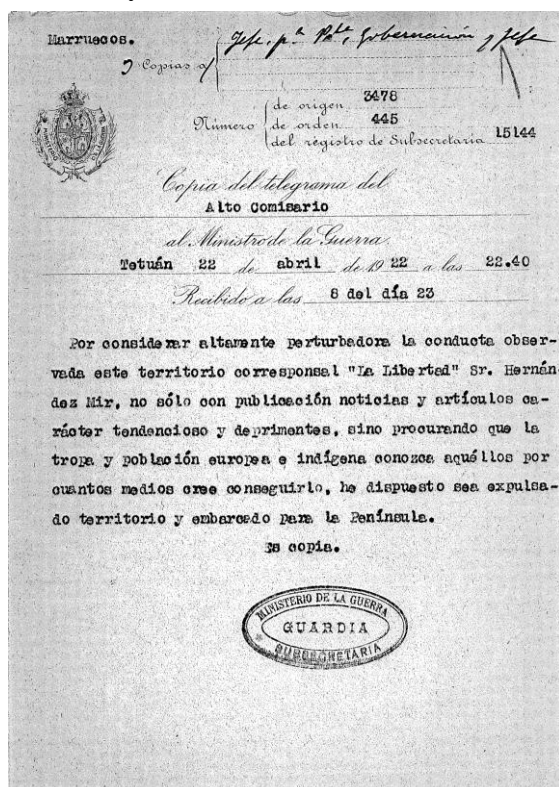


Ilustración 53. Copia del telegrama del Alto Comisario al Ministro de la Guerra, de 22 de abril de 1922, en el que se comunica la expulsión del periodista Hernández Mir del protectorado de Marruecos.

AGM, FA, C. 24.

La cobertura de Mata llegó hasta mediados de octubre, antes de la recuperación de Monte Arruit, sustituyéndole Goy de Silva, con unas crónicas menos guerreras, desde Melilla, sin ir al frente, y José María Burgos más adelante. Con la información recabada de testigos de Monte Arruit, Mata escribió unos artículos que publicó en noviembre, de regreso a la redacción. Alfredo Rivera, de *El Imparcial*, realizó unas crónicas explicativas en las que intentaba aclarar los movimientos de la campaña y circunscribirlos a su verdadera importancia y hacer comprensible todo lo relativo a la campaña, mientras criticaba la lentitud de los avances. Sus denuncias de falta de material de las tropas fueron

²¹ AGM, FA, C. 172.

reproducidas en las sesiones del Congreso de los Diputados de octubre. Además, *El Imparcial* envió a José Andrés Vázquez, de la redacción de Sevilla, a la zona occidental del protectorado, para informar desde Tetuán y Larache, donde había menos actividad que narrar. Jaime Mariscal de Gante estuvo en todo momento presente por *La Correspondencia Militar*. Es relevante destacar la firma de Rosa Moreno Carreras de Mariscal en la columna La guerra vista por una mujer, que escribía desde Melilla. Alfredo Cabanillas por *El Heraldo de Madrid* con crónicas en las que introduce el estilo directo, Tomás Borrás por *El Sol*. Borrás, que era cronista parlamentario, fue enviado en 1920 a Marruecos para cubrir la conquista de Xauén y durante dos años narró el derrumbamiento de la Comandancia de Melilla. Sus vivencias de aquella época quedaron plasmadas en la novela *La pared de la tela de araña* (Rubio Campaña, 2006: 181-15-82).



Ilustración 54. Grupo de periodistas que cubrían la guerra en 1922. Foto: José Navarro Alemany.

Obtenido de: http://epreader.elperiodico.com/PRODUCTOS%5CPeriodico%5CPUBLISH%5C20121014%5Ces%5CPAG204_MEDIA%5C542d4d7b-0d0d-4df4-9049-72fd3ac49718_low.jpg

El ministro de la Guerra, Juan La Cierva hizo una visita de una semana, que inició el 28 de diciembre, hasta el 3 de enero, al protectorado español en el norte de África, junto a un grupo de directores de periódicos madrileños. Le acompañaron José Valdivieso por *El Heraldo de Madrid*, Manuel Aznar por *El Sol*, Torcuato Luca de Tena por *ABC*, Alfredo Escobar de *La Época*. Era una operación de imagen de cara a la opinión pública para demostrar la preocupación del Gobierno por las condiciones del Ejército en África. La impresión que se llevó el ministro fue negativa, al comprobar el pésimo estado de las

instalaciones militares de campaña y los pertrechos de los soldados, así como el de los hospitales y los cuidados que recibían los soldados heridos o enfermos, a pesar de que las condiciones se habían mejorado ostensiblemente con motivo de la visita ministerial y de la prensa.

Recorrió Melilla, las posiciones reconquistadas, entre ellas Monte Arruit, donde se celebró un homenaje a las víctimas, llegando hasta la zona oriental, en Ceuta. Se especuló con la posibilidad que la presencia del ministro guardara relación con una inminente liberación de los prisioneros y se llegó a decir que los periodistas que lo acompañaban se entrevistarían con Abd-El-Krim por ese motivo. Pero esto no sucedió.



Ilustración 55. José Navarro Alemany filma la entrega de armas de los rebeldes en el zoco El Arbaa, al norte de Chauen, en 1922. Obtenido de: <http://www.elperiodico.com/es/noticias/ocio-y-cultura/corresponsal-africa-2224943>

2.8.9 La reclamación de las responsabilidades políticas

En un primer momento, el gobierno quiso limitar el desastre a un error del general Silvestre que debía y podía ser corregido por el mismo ejército. El ministro de la Guerra y el general Berenguer ordenaron ya en los primeros días el inicio de una investigación para conocer lo sucedido y delimitar responsabilidades militares. El trabajo se encargó al general Juan Picasso, miembro del Consejo Superior de Guerra y Marina. De todas

formas, la gravedad de lo sucedido forzó la constitución de un nuevo gobierno de coalición de base dinástica encabezado por Antonio Maura (13 de agosto de 1921 a 7 de marzo de 1922). Era un gobierno orientado a la recuperación de la situación en Marruecos en el que el ministro de la Guerra, Juan La Cierva asumía el reto de obtener una rápida solución militar. Rehízo un ejército en África con 160.000 hombres, a la vez que se inició la recuperación del territorio perdido desde primeros de septiembre de 1921 y concedió cierta notabilidad a oficiales como el coronel José Sanjurjo, el teniente coronel Millán Astray, fundador de la legión, o el comandante de la primera bandera de la Legión, Francisco Franco. La unidad ante la recuperación de la situación se quebraba en el momento de la definición de una política marroquí a largo plazo. Para un sector del gobierno (La Cierva) se debía rehacer la situación anterior con el objetivo de afirmar un control militar completo del Protectorado (y evitar así el control de Abd-El-Krim y Francia). Otro sector (Maura, Cambó, González Hontoria) apostaba en cambio por una ocupación militar de la costa a completar una política civilista y de atracción pacífica de la población marroquí. De hecho, Maura logró aplazar la cuestión hasta que en enero de 1922 la recuperación de la posición de Dar Drius (y por tanto la recuperación de las líneas militares anteriores al desastre de Annual) le obligó a intentar la renovación de las vías intermedias que ya había definido de hecho Berenguer en 1919 y 1920. Se decidió empezar por pacificar la Yebala y la mitad oriental del Rif pero abandonar la idea de una marcha por tierra en dirección a Alhucemas (sólo en un futuro se podría plantear un ataque por mar). Era la única salida ante la imposibilidad de abandonar el Protectorado y la necesidad de limitar al máximo los costes de la ocupación (Bahamonde, 2008: 422-423).

Durante el mes de octubre de 1921, el promaurista *La Acción*, con la firma de “El duque de G.”, seudónimo de su director Manuel Delgado Barreto, emprendió una campaña para que fuesen esclarecidos los antecedentes del desastre de Annual. Esa campaña, resucitada y exacerbada en los meses de enero y febrero de 1923 coincidiendo con la liberación de los cautivos, habría de contribuir en gran medida a la preparación del ambiente propicio para el advenimiento de la Dictadura. Lo que se proponía demostrar Manuel Delgado era que, entre las causas del desastre, ocupaba lugar prominente una turbia combinación de intereses mineros y de contrabando de algunas personalidades de la vida política y económica del país. Según escribe Manuel Delgado (El duque de G.),

el empresario bilbaíno Horacio Echevarrieta había gestionado con Abd-El-Krim, con anterioridad al desastre, determinadas concesiones mineras, para lo que se sirvió de dos intermediarios marroquíes: Idris-ben-Said y Asarkán, más conocido por el apodo de “El pajarito”. Dice que “los dos tienen una intimidad grande con Abd-El-Krim, el mayor” y que “Idris, como se demostrará es el principal agente del señor minero bilbaíno que trató con Abd-El-Krim la compra de concesiones mineras” (*La Acción*, 22 de octubre de 1921). Iniciados los tanteos, acudieron varios licitadores, porque “entre las personas que se dedican a esta clase de asuntos sabíase que las minas enclavadas en las lomas y montañas de Beni Urriaguel, frente al Peñón, eran tan ricas o más aún que las del Rif en hierro y en otros minerales. Además, la explotación, con el mar inmediato, resultaba ventajosísima”. Y que “logró el predominio un grupo del que, según se dice, era personalidad sobresaliente el señor don Horacio Echevarrieta, tan conocido por su brillante situación financiera cuanto por sus ideas avanzadas, que han determinado su estrecha relación con las representaciones de los partidos más radicales” (*La Acción*, 25 de octubre de 1921). Las concesiones habían sido logradas incluso en competencia con “otro grupo minero integrado por personalidades de significación conservadora”. Y revela que “el avance de las tropas españolas -nos hallamos en el verano de 1921- por la línea Batel-Sidi Dris, encaminaba a la ocupación de Alhucemas, pudiera tener por exclusivo objeto garantizar la explotación de las minas sin intervención suya (de Abd-El-Krim), y entonces éste organizó la harca, echó sobre el Rif el peso de la cabila de Beni Urriaguel, fuerza motriz de casi todos los movimientos bélicos en nuestra zona de influencia, y se produjo la catástrofe, cuya magnitud no sospechó ni el propio Abd-El-Krim” (*La Acción*, 26 de octubre de 1921). Eran tan graves estas acusaciones, que Horacio Echevarrieta se apresuró a desmentirlas. Pero la opinión pública, más requerida entonces por el doble problema de las responsabilidades y de la suerte de los prisioneros, no les dedicó particular atención. Después, en enero de 1923, cuando el nuevo ministro de Estado, Santiago Alba, confió a Echevarrieta la misión de rescatar a los cautivos y de llevar a cabo con Abd-El-Krim negociaciones directas de paz, Manuel Delgado-el duque de G. reprodujo la campaña con los antiguos y con nuevos argumentos. Nadie se atrevió a rectificar. Por el contrario, *El Liberal*, periódico afecto a Echevarrieta, trató de justificar su conducta: “el señor Echevarrieta había creado intereses con los moros y había conseguido, no conquistar minas y terrenos en Beni

Urriaguel, sino adquirirlos o arrendarlos en beneficio suyo y de los indígenas sobre tratos formales y beneficiosos. Si una acción militar extemporánea y torpe no lo hubiera impedido, las minas de Alhucemas estarían en explotación, dando trabajo a moros y cristianos, y abiertos en esa parte, la más brava del Rif, ‘los caminos de la civilización’. Y los moros han visto en ese español la suprema y la máxima autoridad para pactar”.

Ante las reiteradas inculpaciones de *La Acción*, no tuvo otro remedio Echevarrieta que aclarar las cosas, incluso rectificando sus terminantes desmentidos de hacía quince meses. Ese mismo día 28 fueron definitivamente rescatados los prisioneros, y, al llegar a Madrid el 31, Echevarrieta formuló unas declaraciones a la prensa con las que, en el fondo, venía a confirmar todo lo sostenido por Manuel Delgado. Con anterioridad al desastre -puntuada en sus declaraciones-, los hermanos Mannesman le hablaron de los ricos yacimientos mineros de Beni Urriaguel y, como consecuencia, se puso en relación con Abd-El-Krim, el cual, por intermedio de Idris-Ben-Said, aceptó que un ingeniero comprobase la existencia de los yacimientos, pero previo el pago de un millón de pesetas. Rechazada tal propuesta, Abd-El-Krim, según manifestó literalmente Echevarrieta, “accedió a que se reconocieran los terrenos de su cabila, pero con una nueva condición: el general Fernández Silvestre no debería seguir avanzando, por el momento. Abd-El-Krim le facilitaría la ocupación, poco más tarde, de cabo Quilates y otros puntos estratégicos de la costa; luego podría entrar en Alhucemas sin derramar sangre. El general Silvestre y el entonces alto comisario, general Berenguer, mostraronse conformes con lo solicitado por Abd-El-Krim. Pero más tarde, y al regreso de un viaje que hizo la península el general Silvestre, se arrepintió de haber accedido a la pretensión del cabecilla indígena y reanudó el avance. Al llegar a este punto rompí definitivamente toda relación con el citado moro y desistí por completo de todo negocio de minas. Así se lo participé a Idris-Ben-Said” (Gómez Aparicio, 1967: 664-666).

Mientras tanto, el ejército se encontraba agraviado, dividido y enfrentado entre partidarios de una acción en Marruecos, los africanistas, y los miembros de las juntas de Defensa, los juntistas. Los primeros criticaban a los políticos dinásticos que no habían escuchado las reiteradas demandas del ejército en África y que no habían dado importancia a la presencia española en Marruecos, y culpaban a los segundos de haber generalizado un ambiente de desmoralización y poca confianza pública en el ejército.

Estos otros denunciaban la ineficacia del ejército africano, acusándole de actuar al margen de la técnica y la profesionalidad científica, sólo para obtener medallas, ascensos y mejores retribuciones. Criticaban la impaciencia del general Silvestre y la lenidad de las tesis de penetración pacífica que todo lo fiaba a unas tropas indígenas. También se quejaban porque Berenguer había demostrado escaso valor para socorrer a los de Monte Arruit.

A Maura le sucedió Sánchez Guerra, del 8 de marzo a 5 de diciembre de 1922, que continuó la política diseñada por el gobierno anterior y llevó el debate de las responsabilidades a las Cortes, donde se formó una comisión parlamentaria, quedando obligados los partidos monárquicos a aceptar el debate. Durante su mandato, el 18 de abril de 1922, el general Picasso terminó su informe (Bahamonde, 2008: 423-424).

Las conclusiones a las que llegaba el general Picasso revestían extrema gravedad: “la política que se seguía en la zona de Melilla era mala y contraproducente, porque aunque buena y lógica la organización, no se cumplía. En la organización militar tampoco se pueden hacer elogios: se concedían permisos excesivos en número y tiempo; era desacertada la distribución de las fuerzas, llevada al límite de la resistencia; la fortificación de las posiciones era deficiente; no se ensayó la construcción de aljibes; era mala la traza de los caminos, especialmente el de Izumar a Annual; no era bueno el servicio de automóviles; la intendencia no respondía a las necesidades; el servicio de Estado Mayor era casi nulo; el de Aviación era verdaderamente lamentable; el de Regulares no estaba organizado en la forma debida, y tal vez por esto sobrevino la desertión”. En lo que se refiere a la retirada de Annual, aseveraba: “a partir del momento de la retirada no se ha podido hacer luz sobre los hechos. Se abandona todo, las fuerzas van revueltas y sin jefes, en huida vergonzosa, sin más idea que la salvación individual” (Gómez Aparicio, 1967: 652-653). El Consejo Superior de Guerra y Marina dictó el procesamiento de 39 militares el 10 de julio. Pese a la presión política, junto al procesamiento de 37 oficiales de baja graduación se incluyó al final al propio Dámaso Berenguer (como alto comisario) y los generales Silvestre -si estuviera vivo- y el general Navarro, segundo jefe militar de Melilla, que se encontraba prisionero de Abdel -Krim (Bahamonde, 2008: 424).

Terminado el estudio de tales conclusiones por el Consejo Superior de Guerra y Marina, una información de *La Libertad* -la primera que se publicaba sobre el “expediente”- determinó cambios trascendentales en la dirección de la campaña en Marruecos:

El Consejo Supremo, al examinar el resultado de las investigaciones en la zona de Melilla, sufrió una dolorosa impresión. Los acontecimientos desarrollados durante el desastre fueron de tal naturaleza que, aun dispuesto el ánimo de los consejeros a admitir los mayores pesimismos, tuvieron una sorpresa. Y puntualizaba: “el supremo declara primer responsable de la catástrofe de Melilla al general Berenguer. Aparecen después como inmediatos responsables los generales Silvestre y Navarro: al primero se le incluye por considerársele como desaparecido. Se le acusa de negligencia, como al general Berenguer, y de haber abandonado al enemigo posiciones que pudieron resistir y que no lo hicieron por carecer de elementos debido a deficiencias del mando” (*La Libertad*, 7 de julio de 1922).

Cuando se publicó aquella información, el general Berenguer, mantenido al frente de la Alta Comisaría, se hallaba en viaje con dirección a Madrid sin que se le hubiere comunicado nada de lo actuado por el Consejo. Tuvo la primera noticia al leer *La Libertad*, por lo que dimitió inmediatamente como alto Comisario y como general en jefe del Ejército en Marruecos. Tampoco el ministro de la Guerra, el general Olaguer-Feliú, había informado al jefe del Gobierno, Sánchez Guerra, que se enteró por el periódico y que obligó a aquél a dimitir (Gómez Aparicio, 1967: 653-654).

El gobierno aceptó iniciar la discusión del Expediente Picasso en las Cortes y nombró al general Burguete -un enemigo público de Berenguer- como alto comisario. Éste intentó negociar con el Raisuni en septiembre de 1922, pero en el Rif la actuación de Abd-El-Krim forzaba la agitación y las presiones del militarismo de los africanistas. Al fin, de nuevo un cuerpo expedicionario de 30.000 hombres avanzó hacia Alhucemas siguiendo la ruta que había fijado en 1921 el general Silvestre. Una nueva emboscada en Tizzi Azza que causó 121 bajas puso de nuevo de relieve el gran peligro de la operación.

Antes de que el Expediente Picasso prosperase, el general Miguel Primo de Rivera, seguido por otros militares, dio un golpe de estado el 13 de octubre de 1923. El proceso de depuración de responsabilidades se cortó en seco. El pronunciamiento contó con los apoyos necesarios para salir adelante gracias a la escasa oposición que encontró, debido a la inestabilidad política que atravesaba el país y las promesas de regeneración política,

y que benefició a aquellos a los que empezaban a aparecer responsables, como el propio Alfonso XIII. Se estableció un Directorio Militar, presidido por el general, que actuó con mano dura en el ámbito del orden público, y quedando el sistema político reducido a un partido, la Unión Patriótica, siguiendo el modelo fascista que Mussolini había implantado en Italia. La situación económica había pasado de una etapa de bonanza durante la I Guerra Mundial consecuencia de la política de neutralidad de España que incrementó las exportaciones a otra de crisis debido al fin del efecto dinamizador de la contienda. Sólo los sectores que se modernizaron como la siderurgia y la química se desarrollaron. Aunque Primo de Rivera era partidario de abandonar el territorio africano por la carga que suponía para la nación, cambió de parecer a raíz de una visita posterior que hizo y tomó conciencia de dar una solución definitiva al problema que Marruecos suponía para España.

2.8.10 La Libertad entrevista al líder rifeño

Después del Desastre de Annual, en julio de 1921 y hasta inicios de 1923, el problema que revestía mayor gravedad era el de los varios centenares de prisioneros españoles en manos de Abd-El-Krim. Se fue abriendo paso la opción del pago de un rescate entre los Gobiernos, frente a los militares que consideraban como un deber de honor la liberación de los cautivos por procedimientos bélicos. La opción del rescate era apasionadamente defendida por *La Libertad*, órgano periodístico del reformista ministro de Estado, Santiago Alba, en el que Horacio Echevarrieta y Juan March Ordinas habían realizado aportaciones pecuniarias. El gobierno realizó el encargo a Horacio Echevarrieta, acaudalado empresario que había tenido relaciones de negocio con Abd-El-Krim. Precisamente *La Libertad* se apunta una exclusiva periodística. El 2 de agosto de 1922 anunció que su director, Luis de Oteyza, y los fotógrafos Alfonso Sánchez Portela (hijo de Alfonso Sánchez García, que cubrió la campaña de 1909) y José Díaz Casariego, desembarcaron en Axdir para entrevistarse con Abd-El-Krim y los cautivos, y el día 4 confirmó el éxito de su propósito: “he hablado con el general Navarro y con Abd-El-Krim, he visitado a los prisioneros y he recorrido el territorio”.

La Libertad anunció como reportaje sensacional la entrada de Oteyza y los gráficos en el campo enemigo, en el que mantuvo una entrevista de cuatro horas con el líder rifeño en la que se aborda la relación de Abd-El-Krim con España, habla de los prisioneros y

manifiesta abiertamente su ideario contrario al protectorado y proclive a una independencia del Rif. Los españoles conocieron la imagen del cabecilla rifeño gracias a las fotografías que Alfonso le tomó en actitud desafiante, y causaron gran impacto en la opinión pública española (Moreno y Bauluz, 2011: 60). El material gráfico publicado en *Nuevo Mundo* llevó la firma de ambos, sin distinguir las fotografías de uno o de otro. Llegar hasta él no fue fácil. La expedición se gestó a finales de junio a través de los contactos de Abd-el-Krim en Madrid. A primeros de julio, Oteyza y Alfonso lo habían intentado desde la zona francesa, pero no pudieron pasar de Taurit. Lo intentaron nuevamente y el día 25 de julio, le fue impedido desembarcar, y se tuvo que limitar a entregar a Sidi Ali el Marham la carta que llevaba para Abd-El-Krim. Después de esto, una noche fletó una embarcación y llegó hasta la altura del cabo Quilates, pero un cañonero que patrullaba la zona disparó contra la embarcación, viéndose obligado a regresar a Melilla. Recabó una autorización para que no interfiriera la patrulla naval y, a pesar de eso, decidió desembarcar en un lugar oculto y fuera del alcance de los cañones de la plaza, por no estar seguro de que se lo permitieran finalmente²². De aquel viaje escribió Luis de Oteyza ocho extensos reportajes en los que dio la palabra al cabecilla rifeño, de su propio puño y letra:

“Las puertas del Rif están abiertas para todos los paisanos españoles, como lo han estado para el director de La Libertad” (*La Libertad*, 6 de agosto de 1922)

“Señor don Luis de Oteyza, director de La Libertad. -como le he manifestado de palabra le reitero por escrito que el Rif no combate a los españoles ni siente ningún odio hacia el Pueblo Español. El Rif combate a ese imperialismo invasor que quiere arrancarle la libertad a fuerza de sacrificios morales y materiales del noble Pueblo Español. Le ruego manifieste a su Pueblo que los Rifeños están dispuestos y en condiciones de prolongar la lucha contra el Español armado que pretenda quitarle sus derechos y sin embargo tienen sus puertas abiertas para recibir al Español sin armas como técnico, comerciante, industrial, agricultor y obrero” (*La Libertad*, 8 de agosto de 1922)

Aquellos reportajes, cuya publicación se inició la víspera del aniversario de la caída de Monte Arruit, generaron cierto debate, tanto en el mundo periodístico como en la opinión pública, y en el propio gobierno, para el que “hubiera sido preferible que no se hubiese realizado” y tuvieron más detractores que admiradores (Gómez Aparicio, 1967:

²² Existe un detallado relato de la organización de la expedición en *La Libertad* del 6 de agosto de 1922.

657-659). *El Sol* respondió que “hablando con el director de *La Libertad*, Abd-el-Krim ha llamado asesinos a nuestros aviadores militares. El calificativo del jefe moro va contra el arma más que contra quienes la emplean bajo un deber imperativo. Además, Abd-El-Krim está bajo la sugestión de una hora romántica. Si sus ensueños se realizaran, si su pueblo llegase a ser un Estado independiente, civilizado y medianamente poderoso, no dejaría de emplear en el ejercicio de la guerra o en la salvaguardia de la paz los medios de destrucción más a la moda”. Y aún iba más lejos cuando dice que “las cobardes matanzas de Nador, Zeluán y Monte Arruit no parecen pesar, en cambio, sobre el recuerdo de este fantástico Abd-el-Krim. Y en ellas sí que se asesinó a débiles mujeres, niños inocentes y hombres indefensos. Entre la cruel injusticia cometida por un explosivo ciego y el asesinato consciente perpetrado de modo directo por la mano de un hombre, hay una notable diferencia”. Y concluye “Abd-El-Krim debería cambiar impresiones sobre esto con ese pintoresco Consejo de ministros que acaba de entregar a la máquina fotográfica” (*El Sol*, 9 de agosto de 1922).

Con el título de “La sainetesca república del Rif”, *La Acción* manifestaba su punto de vista sobre lo que en el plano periodístico consideró un éxito, pero señalaba que “es una sensación deprimente y dolorosa la que producen en nuestro ánimo esas engoladas declaraciones del jefecillo rifeño erigido en presidente de una República de facinerosos” y añadía que “es lamentable que la Prensa española otorgue beligerancia de pueblo civilizado a unas tribus de estructura primitiva cuyos emisarios diplomáticos han sido arrojados de los ministerios en Londres por mediación de un portero desdeñoso” (*La Acción*, 10 de agosto de 1922). *La Época* afirmó que “el relato es interesante periodísticamente, pero ello no obsta para que como españoles lamentemos algunos juicios que el cronista intercala en su relación, y el hecho de que nos presente al jefe de los moros rebelde como un personaje al que no duda en llamar ‘presidente de la República del Rif’. La publicación de ciertos documentos y la repetición de determinadas afirmaciones de Abd-El-Krim no han debido, a nuestro juicio, utilizarse para la publicidad” (*La Época*, 9 de agosto de 1922). *La Época* se refería a una carta del hermano de Abd-El-Krim.

Precisamente con motivo del aniversario de la caída de Monte Arruit, *La Voz* del 9 de agosto de 1922 publicó un extenso artículo ilustrado con dos fotografías de Alfonso de la posición una vez fue reconquistada en las que aparecen cadáveres sin sepultar.

Este encuentro entre Oteyza y Abd-El-Krim fue único entre los periodistas españoles, y concitó críticas de la prensa española. Pero esta distancia que el líder rifeño dispensaba a la prensa nacional, desaparecía a la hora de recibir a periodistas de otras nacionalidades. Abd el-Krim solía recibir corresponsales extranjeros en Axdir, pero sus declaraciones eran, por lo general contradictorias, siendo muy difícil poder adivinar lo que realmente llevaba entre manos. Vincent Sheean y Paul Scott Mowrer se hallaban entre los corresponsales que se entrevistaron con Abd el-Krim en Axdir. Mowrer, en la primavera de 1925, informó que Abdel-Krim opinaba que la presencia de los españoles en Marruecos tocaba a su fin. Como Sheean, Mowrer quedó impresionado ante la autoridad y la inteligencia de los Abd el-Krim, dejándolos convencidos de que los rifeños eran unos patriotas sinceros. Abd el-Krim se mantenía bien informado de los acontecimientos del mundo exterior, recibiendo en su despacho gran cantidad de periódicos extranjeros, revistas, incluso de modas. Continuó manteniendo correspondencia con antiguos colegas españoles suyos, entre ellos Cándido Lobera, con quien había trabajado en *El Telegrama del Rif* de Melilla (Woolman, 1971: 173-174). Efectivamente, la figura del cabecilla rifeño y su causa había llamado la atención de algunos corresponsales de guerra de la época. Aunque entre los españoles había un rechazo hacia lo que significaba, salvo alguna excepción como se ha visto, la curiosidad por comprobar si podía un grupo de salvajes derrotar a un ejército como el español o el francés les condujo a aproximarse hasta él y a alguno incluso le sedujo su figura como al británico Repington, que con el grado de teniente coronel describió en el *London Daily Telegraph* a Abd-El-Krim como “bandido interesante” aunque reconociendo que no podrían resistir durante mucho tiempo, lo que como no sucedía le llevó a cambiar de opinión. Boy Cable, corresponsal del *London Daily Chronicle* atravesó el mismo itinerario con respecto a su parecer de la guerra (Woolman, 1971: 157-160).

Finalmente, el 27 de enero de 1923 fueron liberados los soldados que Abd-El-Krim tenía retenidos, a cambio de más de cuatro millones de pesetas que pagó el Gobierno. A partir de ese momento se extremó la crítica periodística contra los militares, porque los

liberados dieron a conocer detalles espeluznantes sobre su cautiverio, indebidamente prolongado a los ojos de muchos, y con la renovación de los relatos, enriquecidos con pormenores ignorados hasta entonces, del desastre de julio de 1921. La irritación de los oficiales jóvenes que reclamaban una acción inmediata y enérgica contra los rebeldes marroquíes subió de tono (Gómez Aparicio, 1967: 661).

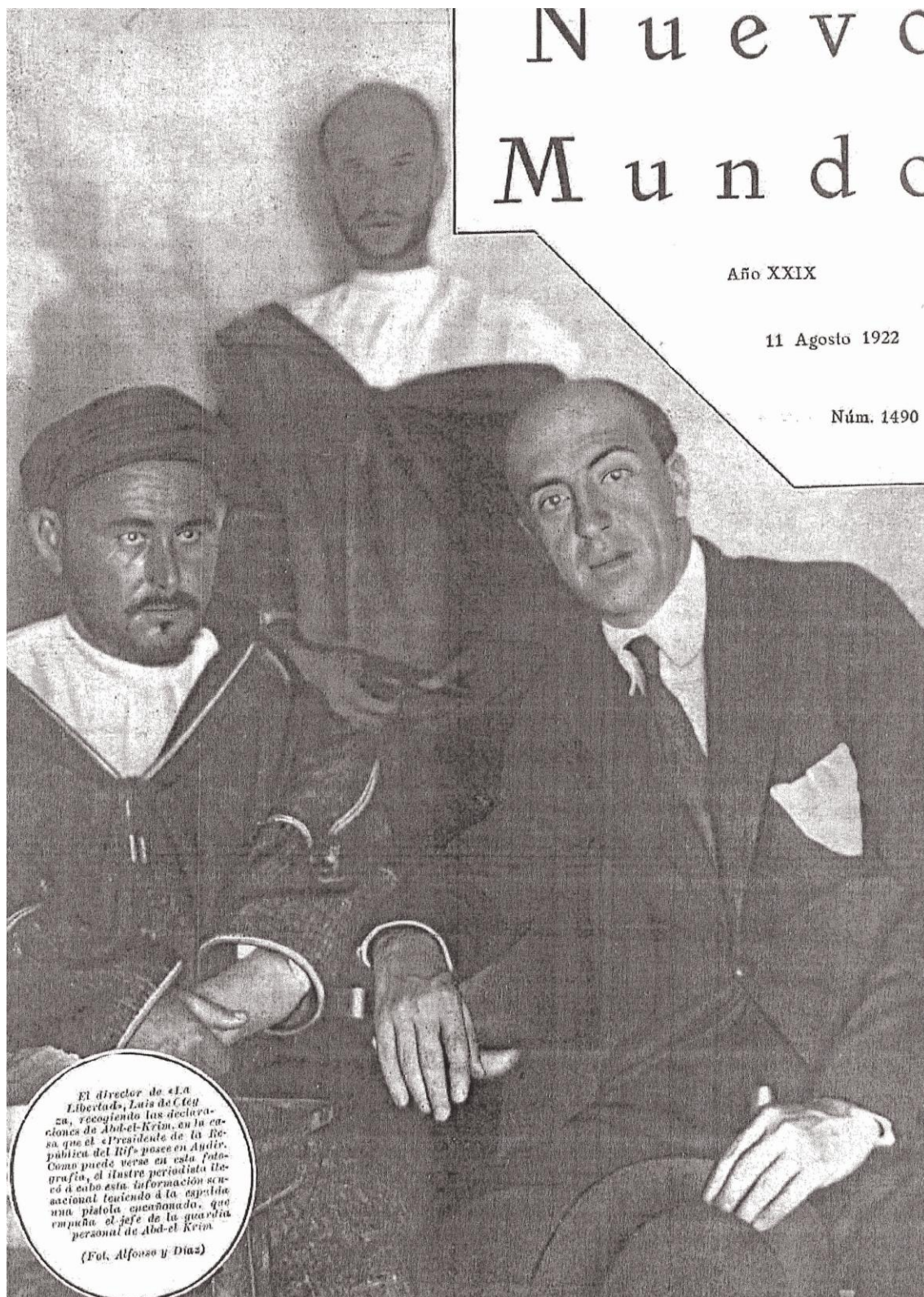
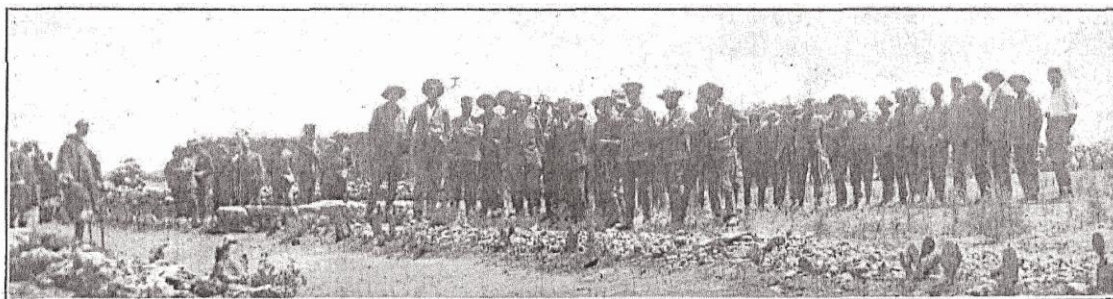


Ilustración 56. El director de "La Libertad", Luis de Oteiza, recogiendo las declaraciones del Abd-El-Krim, en la casa que el "Presidente de la República del Rif" posee en Aydir. Como puede verse en esta fotografía, el ilustre periodista llevó a cabo esta información sensacional teniendo a la espalda una pistola encañonando, que empuña el jefe de la guardia personal de Abd-El-Krim. Foto Alfonso y Díaz.

Nuevo Mundo, 11 de agosto de 1922.



Grupo de los oficiales prisioneros en el campamento de Aydir, á quienes Abd-el-Krim mandó formar cuando, acompañados por el jefe rifeño, llegaron Oteyza, Díaz y Alfonso á visitar á nuestros infortunados compatriotas

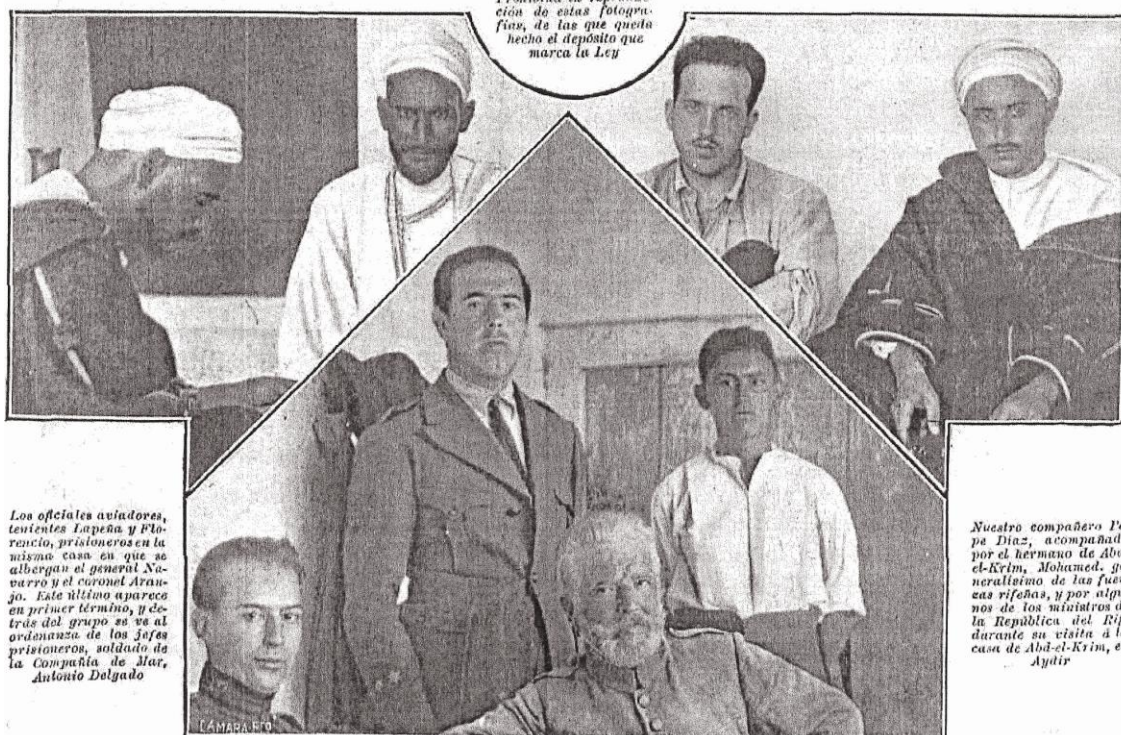


Sidi Mohamed Abd-el-Krim (el último á la derecha),

Una visita á los prisioneros españoles del campamento de Aydir

(Fots. Alfonso y Díaz)
Prohibida la reproducción de estas fotografías, de las que queda hecho el depósito que marca la Ley

presidiendo un consejo de la República Libre del Rif



Los oficiales aviadores, tenientes Lapena y Florencio, prisioneros en la misma casa en que se albergan el general Navarro y el coronel Aranzajo. Este último aparece en primer término, y detrás del grupo se ve al ordenanza de los jefes prisioneros, soldado de la Compañía de Mar, Antonio Delgado

Nuestro compañero Pepe Díaz, acompañado por el hermano de Abd-el-Krim, Mohamed, generalísimo de las fuerzas rifeñas, y por algunos de los ministros de la República del Rif, durante su visita á la casa de Abd-el-Krim, en Aydir

Ilustración 57. En la tercera foto, "Nuestro compañero Pepe Díaz, acompañado por el hermano de Abd-El-Krim, Mohamed, generalísimo de las fuerzas rifeñas, y por algunos de los ministros de la República del Rif, durante la visita a la casa de Abd-el-Krim, en Aydir". Fotos Alfonso y Díaz.

Nuevo Mundo, 11 de agosto de 1922.

2.8.11 La gran operación aeronaval en Alhucemas

Tras la derrota de las tropas españolas en julio de 1921 y la retirada de efectivos de la zona más cercana a Ceuta en diciembre de 1924 para reajustar y fortalecer el despliegue, un Abd-El-Krim pletórico se atrevió a atacar a los franceses en el sur, en el río Uarga en abril de 1925, causándoles también una severa derrota, otro “Annual”. Esto hizo que los gobiernos francés y español se entendieran para actuar contra el líder rebelde, que en ese momento se encontraba en su apogeo bélico y político. Fue en estos años en los que recibía a los corresponsales extranjeros y a los enviados de empresarios en busca de concesiones mineras. En mayo de 1925 Francia y España iniciaron una colaboración que dio lugar a una gran operación aeronaval en la que el ejército español llevó el peso (Tussell, 1975: 191). Se decidió desplegar una fuerza muy numerosa en la costa, cerca de Axdir. El lugar no se eligió por casualidad. Ahí tenía su base Abd-el-Krim, y la cabila de los Beni Urriaguel era el foco de la insurgencia rifeña.

Desde hacía años, todas las operaciones militares españolas, incluida la de 1921, conducida por Fernández Silvestre, tuvieron como objetivo la ocupación de Alhucemas, y habían resultado un fracaso. Por ello, el general Primo de Rivera expuso al mariscal Pétain el plan de desembarco en Alhucemas, concebido años atrás, retomándolo con el convencimiento de que desembarcando allí se anularía el foco rebelde (Blanco Núñez, 2010: 80-84).

El propósito de la operación se fijó en el desembarco de 18.000 hombres, aunque finalmente fueron 13.000 los desembarcados, para ocupar una base de operaciones en la zona de Alhucemas y hacer frente a unos 11.000 hombres que se calculaba que podrían haber reunido los rifeños. Esta operación constituía la primera acción anfibia en la que participaba España en la era moderna y ello, junto al fracaso de una operación similar anglofrancesa en Gallipoli en 1915 durante la Primera Guerra Mundial, suponía un gran reto. Por si fuera poco, el terreno presentaba dificultades para realizar el desembarco, además de ser una región bien conocida por los rifeños. Ello llevó a Primo de Rivera a investigar los motivos del desastre de Gallipoli y preparar una cuidadosa planificación para el desembarco.

El probable conocimiento de la proyectada operación impulsó al líder rifeño a fortificar, artillar y minar la zona. Estas circunstancias obligaron al mando español a cambiar el lugar del desembarco, eligiéndose la Playa de la Cebadilla y Cala del Quemado, al oeste de la bahía de Alhucemas, guardándose secreto sobre el lugar elegido. El primer y principal esfuerzo para apoderarse de la cabeza de playa se ejerció en esas playas; una vez conseguido con éxito este desembarco, el segundo esfuerzo se realizaría en algunas de las calas adyacentes o bien se aprovecharía el éxito inicial para profundizar y ampliar la cabeza de playa, dependiendo de las circunstancias.

Los meses de junio y sobre todo julio y agosto se dedicaron a planificar minuciosamente la operación y a preparar a la opinión pública, tanto la española, como la francesa. En junio, una comisión de parlamentarios franceses visitó Fez y el frente cercano. Por la prensa española acudieron Antonio de Lezama, el redactor jefe de *La Libertad*, Gregorio Corrochano de *ABC*, Antonio Got de *La Correspondencia de España*, López Rienda de *El Sol* y Leopoldo Bejarano, a estas alturas el más veterano, por *El Liberal*. Su trabajo estuvo orientado en todo momento por los servicios de prensa de los franceses e incluso se alojaban los cinco en el mismo hotel.

Así, al igual que en la zona española Gobierno Militar se encargaba de la censura de la prensa, en la zona francesa existía un organismo similar, denominado Bureau de Presse, dirigido por el jefe de Estado Mayor el comandante Gettem, de carácter rígido e inflexible, que solo recibía a los periodistas acreditados. Todos los corresponsales españoles instalados en Casablanca recurrían al Bureau de Presse. Aunque cumplía una función restrictiva a su trabajo, causaba la admiración de algún corresponsal, como Antonio de Lezama, afirmando que “aquello es una oficina de información”. Llegó incluso a ironizar con el parecido físico y “espiritual” del oficial que ejercía la censura en Casablanca con el encargado de la censura militar en Madrid, Pedro Rico.

En cualquier caso, parece evidente una consigna hacia los corresponsales españoles por la vía de un trato cordial, frente a las presiones sobre los corresponsales ingleses, que terminaron por abandonar la cobertura desde ese punto. En el fondo, no era más que una guerra mediática que libraba el gobierno francés, que agasajaba a los periodistas españoles para a través de ellos tratar de influir en la opinión pública española y poner

dificultades a los británicos para evitar su molesta presencia, debido a las objeciones que ejercía Inglaterra sobre Francia respecto de su expansión por el norte de África.

A pesar de las críticas de la prensa francesa hacia la acción española durante todo el conflicto, y de las polémicas que había habido entre la prensa y los corresponsales españoles y franceses, todo cambió en aras de la colaboración entre ambos gobiernos. Lezama se manifestaba ahora “francófilo entusiasta” y Corrochano también buscaba limar asperezas:

“Por eso cuanto la prensa española haga por olvidar los agravios y por prestar una colaboración cordial a Francia, es prevenir las consecuencias y mirar un poco lejos -no muy lejos. Hay que escribir de Francia mirando a España, con el pensamiento puesto en España, como si de nosotros mismos se tratara” (*ABC*, 20 de junio de 1925).

Los cinco corresponsales españoles realizarán un itinerario similar guiados por el mando francés, comenzando en junio por Casablanca, después Fez, el acercamiento hasta el frente en la zona norte de Uazán, viendo hospitales, cuarteles, y aeródromos -lo que parece que entusiasmó vivamente a López Rienda-, a Tánger ante la posibilidad de recabar información de mayor interés de los preparativos del ataque y finalmente hacia Ceuta para llegar a Melilla a finales de agosto y primeros de septiembre. Las fuentes consultadas fueron comunes y comunes fueron también algunos de los contenidos, aunque buscaban la manera de diferenciarse, aportando sus propias interpretaciones. A lo largo de toda esta etapa, el trabajo de los corresponsales se realizó con carácter general en grupo, basándose en las mismas fuentes y recorriendo los mismos lugares. Las diferencias en las crónicas fueron estrechas en cuanto al contenido. En cambio, los lectores encontraron las particularidades del punto de vista de cada corresponsal, que era realmente lo poco que podían aportar. Aunque los cinco periodistas se encargaron de acercar la información a sus lectores, fue Corrochano el que le dio un mejor sentido con las explicaciones y sobre todo las comparaciones que hacía entre los hechos bélicos en la zona francesa y en la española, relacionando grandes derrotas en un bando y en otro, y relacionando también las consecuencias políticas de ello.

Durante los meses de junio a agosto, los periodos de inactividad fueron prolongados y los periodistas volvieron a tener las mismas sensaciones que sus colegas de etapas anteriores:

“En este noble afán informativo para nada piensa en las dificultades con que suelen tropezar los preparativos, confidencias, movimientos y batallas, y así resulta que pasan los días y los días vagando por los lugares pintorescos de la población elegida como cuartel general y atiborrándose de la adecuada literatura. Múltiples y variadas consideraciones obstaculizan las visitas al frente en la zona francesa; visitas que se realizarán, estoy seguro de ello. En el momento preciso y oportuno. Ávido de noticias, el corresponsal devora los periódicos, y las comunicaciones ociosas que da el comandante Gettem, sin encontrar en ello el succulento pasto espiritual a sus insaciables apetitos”. (*La Libertad*, 3 de julio de 1925)

El mes de agosto se dedicó a una planificación minuciosa. En la entrevista de Primo de Rivera con el mariscal Pétain, celebrada el 21 de agosto en Algeciras, se trató sobre la estrategia del desembarco en Alhucemas y la época idónea y quedó firmado el acuerdo. Al planificar el desembarco los mandos españoles tuvieron muy en cuenta las razones que condujeron al fracaso la acción militar sobre Gallípoli durante la Primera Guerra Mundial, que se saldó con 200.000 bajas entre las fuerzas aliadas, como fueron: la ausencia de un mando único que integrase no solamente las distintas fuerzas de cada país sino que coordinara el total de las fuerzas armadas participantes y la falta de un plan detallado de acción, con los objetivos a conseguir, para cada una de las unidades de los tres ejércitos.

2.8.12 La censura permanente y personal de Primo de Rivera

Con la llegada de la dictadura, se organizó una estructura de poder en la que la comunicación encontraba una función relevante, aunque en 1918 ya existía un Negociado de la Prensa dentro del Ministerio de la Guerra. Con la vocación de periodista frustrado y consciente de la influencia de la opinión pública como fondo, Primo de Rivera constituyó el Negociado de Información y Prensa, integrado en el Directorio Militar, por real decreto relativo a la reorganización del citado órgano, publicado en 22 de diciembre de 1923. Este hecho resulta novedoso porque era la primera vez que un organismo de estas características se adscribía a la Administración Central del Estado, dotándolo con unos presupuestos, una infraestructura estable y una plantilla de personal (Campos Zabala, 2005: 92), y contrasta con 1859, y también 1893 cuando se daban casos de miembros del Gobierno que no atendían a los periodistas que solicitaban nuevos datos o buscaban la confirmación de informaciones. El 21 de abril, el teniente coronel del Estado Mayor Pedro Rico Parada fue presentado a los periodistas

como el Jefe del Negociado de Prensa de la Presidencia, que cumpliría con las funciones de proporcionar la información de la política del Gobierno a los representantes de la Prensa, aunque el general Vallespinosa, miembro del directorio, tuvo un importante protagonismo también. Pedro Rico ejerció la Jefatura de Prensa de la Presidencia durante los dos años siguientes, sucediéndole el teniente coronel Eduardo Hernández Vidal, más conocido por el seudónimo de Celedonio de la Iglesia, quien se mantuvo en el cargo hasta el final del mandato de Primo de Rivera, volviendo a ejercer este cargo años después. Ese era el órgano encargado de ejercer la censura previa y transmitir las notas oficiosas, muchas de las cuales eran escritas por el propio dictador. Las competencias del Negociado se transfirieron a los Gobiernos Civiles para hacer el sistema más efectivo. Conviene destacar que a pesar de haberse instaurado una dictadura militar y estar declarado el estado de guerra hasta 1925, la censura no tenía carácter militar. Ciertamente la controlaban los militares, pero la llevaban a cabo los gobernadores civiles. La represión informativa alcanzaba a todos los temas, y en lo referente a la guerra de Marruecos se tachaban las noticias sobre la salida de tropas. Como uno de los temas fundamentales del régimen, el conflicto con Marruecos ocupó una delegación específica de la censura de Primo de Rivera, que se adjudicó al general Jordana (Santonja, 1986: 17), hijo del general Francisco Gómez Jordana. El silencio con que se trataba sugiere a Del Valle que han quedado para siempre en el misterio operaciones militares y sus bajas.

Ante la inminencia de una gran operación hispano-francesa en la parte española del protectorado, los periodistas se iban congregando en Melilla. Asimismo, el ejército tomó medidas para controlar la actividad de la avalancha de periodistas, nacionales y extranjeros, que se avecinaba. Entre tanto, escribían crónicas sobre los preparativos. Para desplazarse requerían autorización militar. El Alto Mando se preocupaba de ofrecer a los periodistas toda clase de medios para el seguimiento de las maniobras, manteniéndolos bajo control, y con las restricciones propias de la censura. Se encargó al general Despujols que organizara el servicio de corresponsales nacionales y extranjeros para las operaciones, “proporcionándoles facilidades y comodidades posibles”²³. El encargo de organizar el servicio de corresponsales españoles y extranjeros en la zona de Tetuán recayó en el comandante de ingenieros José Samaniego (*El Heraldo de Madrid*,

²³ AGM, FA, R. 655.

4 de septiembre de 1925), que hablaba francés e inglés. El 27 de agosto, Antonio de Lezama de *La Libertad*, Gutiérrez de Miguel de *La Voz*, y Leopoldo Bejarano de *El Liberal* solicitaron permiso para visitar la plaza de Alhucemas, lo que se tramitó desde la comandancia General de Melilla por el coronel en jefe de Estado Mayor al General en Jefe de Tetuán, quien respondió el 2 de septiembre que no había inconveniente si eran “discretos en lo que escribieran respecto a la plaza de Alhucemas”. Los periodistas estuvieron acompañados por el coronel de Artillería Germán Sanz Pelayo y el de ingenieros Emilio Luna Barba y se puso a su disposición el vapor España nº 5, cuyo comandante también fue avisado de la visita²⁴. Los movimientos por las filas españolas no siempre eran autorizados, motivando la prohibición por razones de seguridad.

Análogo procedimiento se seguía con los corresponsales extranjeros. El director para Europa del *Chicago Tribune*, Fhoyd Gibons, y el corresponsal del *Daily Express* de Londres, Clarke Ashworth, procedentes de la zona francesa, solicitaron permiso el 26 de agosto para visitar los campamentos principales, las posiciones de la línea y la isla de Alhucemas, que fue concedido sin objeciones²⁵. El jefe de la policía gubernativa de Melilla receló de ellos e informó al coronel de Estado Mayor José Sánchez Ocaña de la llegada de los periodistas Rosemary Ohman, de 25 años, Fhoyd Gibons de 38 años, ambos con pasaporte de EE UU y Clarke Ashworth, de 24 años, inglés, que declaraban ser corresponsales de guerra del *Daily Express*, dando detalles del hotel donde se alojaban y avisando que había ordenado “una vigilancia discreta por si se descubriera en ellos tratos con personas sospechosas” y que comunicaría los resultados de la vigilancia al día siguiente²⁶.

El Negociado de Información y Prensa de la Alta Comisaría de España en Marruecos, con sede en Tetuán, también se ocupaba de tareas propagandísticas organizando la difusión de publicaciones de interés, como de la *El Islah*, un semanario editado en lengua árabe, cuya cabecera se puede traducir como La Reforma y que era considerado por el alto mando como el periódico político del protectorado. Esta publicación contenía artículos políticos y literarios y otras noticias “que enaltecían la labor civilizadora de España en Marruecos” (*ABC*, 26 de febrero de 1925). Se hacía llegar por suscripción a

²⁴ AGM, FA, R. 655.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ *Ibidem*.

cadíes y funcionarios indígenas a través de las Oficinas de Intervención. El propio jefe del Negociado solicitaba se remitieran desde la Comandancia General de Melilla “cuantas noticias o informaciones se consideren de eficacia para la finalidad de nuestra acción en las kábilas y puedan servir en cualquier forma al interés político o al prestigio de nuestro Protectorado”²⁷. A *El Islah* se le unió el 22 de marzo 1928 *Al Ittihad*, La Unión, una revista ilustrada, escrita también en árabe, en cuyo primer número incluía un artículo de Primo de Rivera ensalzando la labor civilizadora de España en América, haciéndola extensiva a África.

2.8.13 La última gran cobertura del conflicto

La última reunión hispano-francesa, de máximo nivel, preparatoria del desembarco tuvo lugar en Algeciras el 31 de agosto. Un grupo de periodistas compuesto por Antonio de Lezama de *La Libertad*, Bejarano de *El Liberal*, Gutiérrez de Miguel de *La Voz* y Arístides de Campomanes, de *La Unión Mercantil*, de Málaga, que se encontraban en Melilla, se enteraron de la reunión por el general Sanjurjo, que asistía y que iba a ser la máxima autoridad en tierra durante la operación combinada. Sanjurjo, voló en hidroavión, y ofreció una única plaza para los cuatro periodistas, que al final fue ocupada por Lezama por decisión de sus compañeros. A la salida de la reunión, Primo de Rivera entregó una nota de prensa a los medios, sin realizar declaraciones de interés. Pese a viajar con el general Sanjurjo, Lezama no pudo obtener más información relevante de lo tratado. Y aunque voló de regreso con él, tampoco obtuvo nada que pudiera utilizar para su crónica. Se limitó a plasmar su suposición de lo que iba a suceder: “Todos estos apresuramientos me hacen pensar que la fecha de esas maniobras y operaciones es ya inmediata” (*La Libertad*, 1 de septiembre de 1925).

Toda la prensa nacional y buena parte de la regional se encontraba a primeros de septiembre representada en Melilla. Además de los ya citados, hay que añadir a Artigas Arpón, de *La Voz*, José Pérez Bances, el único que realizó la cobertura desde el lado francés, por *Heraldo de Madrid*, y Ruiz Albéniz y Fernández de Castro de *Informaciones*. Entre los redactores gráficos se encontraban Zegrí, por *ABC* y *Blanco y*

²⁷ *Ibidem*.

Negro, Alfonso, Díaz Casariego, que publicaba en varios diarios y revistas y otros como Zarco, Litrán y Perera y Costa Salas.

Desde Melilla, los corresponsales continuaban con la tarea de crear un clima de opinión favorable a un nuevo impulso a la presencia militar de España en Marruecos, en la línea del seguidismo patriótico de sus predecesores y en sintonía con los intereses del Gobierno y del ejército. La mayor parte de la información que llegaba de los preparativos de la acción combinada era oficial y pasada por la censura, limitada a la certificación de los movimientos de la tropa.

La Libertad, que en la etapa anterior se había apartado del resto de diarios, se alineó con el resto de publicaciones y contribuyó a crear un estado de opinión favorable a una nueva aventura en África. Así se expresaba por boca de Lezama:

“Ya fracasaron los trabajos para llegar a una paz. Los enviados franceses y españoles, que esperaban la llegada de los emisarios de Abd-el-Krim, se han vuelto, en vista de que el jefe beniurriaguel no ha querido comisionar a nadie para buscar una fórmula de arreglo” (*La Libertad*, 29 de agosto de 1925).

Antonio de Lezama era el redactor jefe del diario y se oponía políticamente a la dictadura, durante la que fue encarcelado. Permaneció en total cuatro meses en Marruecos, cubriendo la comisión de los parlamentarios franceses en Fez, las operaciones de las tropas españolas en la zona occidental, el desembarco y el avance a Malmusi, la toma de Monte Palomas, de la Rocosa y la incursión en Axdir. En la zona francesa, se entrevistó con el mariscal Lyautey. A Casablanca llegó en avión desde Málaga el día 17 de junio, regresando a mediados de octubre. De su estancia en Marruecos dejó medio centenar de crónicas extensas, con mucha viveza y detalle todo lo que observó.

López Rienda, que publicaba en *El Sol* y cuyos artículos aparecían también en *La Vanguardia*, firmó desde junio y hasta su regreso cerca de 50 crónicas. En ese momento se está defendiendo de una querrela contra el libro en el que denunciaba la corrupción en la intendencia militar de Larache. Tiene un estilo directo, vivo, pero denso y un tanto recargado. Son textos informativos e interpretativos en los que se muestra partidario de la intervención en Marruecos. Plantea el inicio de las hostilidades como la única

solución posible ante la actitud de Abd-El-Krim, sobre quien descarga toda la responsabilidad, algo en lo que coincide con otros corresponsales:

“Ni franceses ni españoles queremos la fuerza. Pero es Abd-el-Krim quien no quiere que termine. De la guerra viven y medran él y sus secuaces, aunque para que ellos vivan, mueran a diario muchos de los fanáticos que, por ellos empujados, creen dar la vida por la causa del Islam” (*La Vanguardia*, 23 de agosto de 1925).

Con igual rotundidad, Gutiérrez de Miguel planteaba en *La Voz* que no quedaba más alternativa que el enfrentamiento y que éste se producía por culpa de Abd-El-Krim:

“Todo hace pensar que el cabecilla rebelde, con una tenacidad que bien puede ser soberbia o impotencia para contener a las cabilas que él lanzó a la guerra, no quiere oír las voces sensatas que le brindan la paz. La propaganda no cesa, y allí donde puede monta un puesto la traición y hace víctimas la celada” (*La Voz*, 22 de agosto de 1925).

Entre el 20 de agosto y el 5 de octubre, Gutiérrez de Miguel escribió una veintena de crónicas con un lenguaje claro, conciso y limpio de expresiones patrióticas y de exaltación al ejército. Son narraciones donde predomina lo meramente informativo, bien hilvanadas, muchas de ellas contadas en primera persona sin adornos ni descripciones innecesarias. Las cartas de Gutiérrez de Miguel comunican hechos y situaciones, sin gran abundancia de datos más allá de los necesarios.

El crítico taurino de *ABC* reconvertido a corresponsal bélico, Corrochano, narró en una treintena de crónicas su parecer del desembarco y los preparativos. Con un estilo rayano en lo literario, sencillo y muy divulgativo enseñó a sus lectores lo que sucedía en el protectorado, dejando claro en todo momento el filtro censor que debían superar sus textos, algunos de los cuales se perdieron en el correo.

La Correspondencia de España, con sus días de gloria en el conflicto ya lejanos, encargó la misión informativa a Antonio Got, que también firmaba en *El Telegrama del Rif*, fue directamente a lo importante, sin preámbulos ni circunloquios, explicándolo de manera clara, concreta y concisa. No en vano, su director publicó así su cobertura:

“un escritor de la competencia, de la incansable actividad, de las condiciones periodísticas unánimemente reconocidas de Got, notable dibujante, cartógrafo especializado, escritor con pleno conocimiento de las cuestiones militares, y además con singular amenidad de pluma; un

verdadero corresponsal de guerra a la moderna” (*La Correspondencia de España*, 13 de junio de 1925).

Los periodistas estaban muy pendientes de todas las operaciones que realizaba el ejército. Previamente al desembarco se efectuaron varios simulacros al objeto de adiestrar a las fuerzas y coordinar las acciones, que presenciaron los corresponsales. Así, el día 3 de septiembre la columna de maniobra de Melilla mandada por el general Fernández Pérez realizó prácticas en la ensenada de la antigua ciudad de Casaza, situada en la parte occidental de la base de la península de Tres Forcas, aproximadamente en la misma latitud que tiene Melilla. También se invitó a algunos periodistas a una ceremonia de perdón entre dos clanes rifeños por una disputa de ganado en la que España ejerció el arbitraje.

No obstante, lo que resultaba de mayor valor periodístico para los corresponsales era una excursión al peñón de Alhucemas tras el ataque rifeño del día 20 de agosto. Los siete periodistas que obtuvieron permiso para desplazarse, hubieron de regresar precipitadamente para unirse a la flota que zarpaba de Melilla. El destino no se comunicó ni se desvelaba en las crónicas, pero que se suponía que era la bahía de Alhucemas, para desembarcar en pleno territorio controlado por Abd-El-Krim.

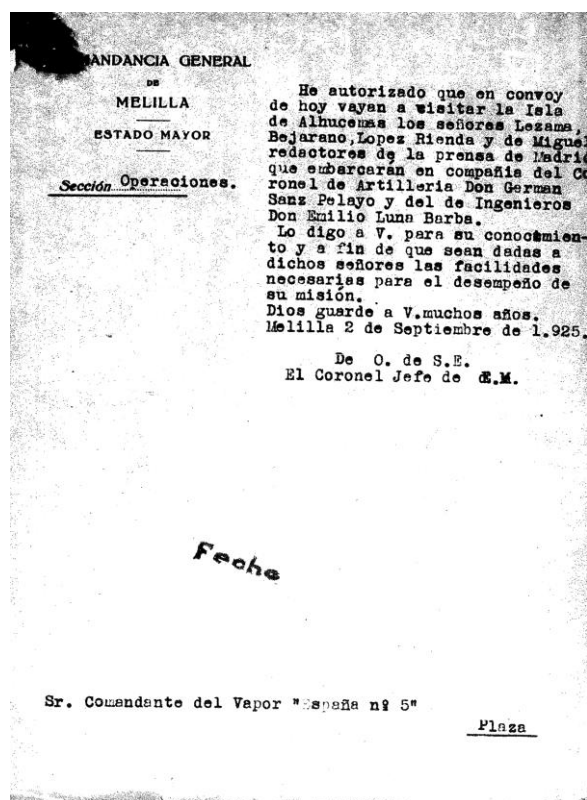


Ilustración 58. Copia de la autorización que el Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla concedió el 2 de septiembre de 1925 a los corresponsales Lezama, Bejarano, López Rienda y De Miguel para visitar la isla de Alhucemas, dirigida al comandante de la embarcación que los había de transportar. AGM, FA, R.

El 5 de septiembre de 1925 empezó el embarque de las tropas y el material de guerra en los buques de la Compañía Trasmediterránea. A las 17.25 horas de ese día las fuerzas de Ceuta abandonaban el puerto en dirección a Uad Lau. Por otra parte, las fuerzas de Melilla se hicieron a la mar para Sidi Dris en la noche del 5 al 6. Una parte de la prensa iba con ellos (Font Betanzos, 2009: 57-74).

Los periodistas zarparon desde Melilla el 5 de septiembre en el buque de tipo mercante “Lázaro” y desde Ceuta en el “Escolano”, buque de análoga tipología, el mismo día, puestos al servicio de la prensa por la autoridad militar. En el primero iba una amplia representación de redactores de la prensa nacional, regional y del norte de África, así como de gráficos; alguno de estos últimos iba también en el Romeu. A los ya citados hay que añadir Jaime Mariscal de Gante y el fotógrafo Luque por *La Correspondencia Militar*, Marcial Buj por *Heraldo de Aragón*, Juan Berenguer por United Press y Emilio López López de *El Telegrama del Rif*. Entre la prensa internacional destacaba Rosemary Drachman, la corresponsal del *Tucson Citizen* de Arizona. Además, a bordo del Lázaro iban el Cuartel general y dos banderas del Tercio.

Así lo describía Antonio de Lezama en su crónica:

“Todos los periodistas nos pusimos al habla con el general Sanjurjo, y ya obtenida la autorización para asistir a las operaciones, el coronel de Estado Mayor Sánchez Ocaña nos puso al corriente de los barcos que al día siguiente a las diez de la mañana, debían salir con rumbo desconocido” (*La Libertad*, 12 de septiembre de 1925).

El día 6 de septiembre, en su travesía a Alhucemas, el convoy de Ceuta efectuó un simulacro de desembarco en el Uad Lau, donde fondearon algunos buques de guerra y cuatro transportes con las luces encendidas mientras se bombardeaban algunos objetivos; el convoy de Melilla también simuló desembarcar en Sidi Dris. Llegados al objetivo, a las 11.20 las tropas transbordaron a las lanchas K de desembarco y se puso rumbo al Morro Nuevo ocultando su llegada por cortinas de humo.

El 7 de septiembre era el día elegido para efectuar la operación. Abd-El-Krim, que tenía referencias de esta acción, había decidido malograr el plan hispano-francés adelantándose mediante un contraataque en la capital del Protectorado español, Tetuán. Confiaba en que la toma de este enclave estratégico contrarrestaría el efecto del posible

desembarco. E incluso la caída de Tetuán podría significar el fin del Gobierno de Primo de Rivera y dejaría en una tesitura difícil al rey Alfonso XIII. El 3 de septiembre comenzó un duro cañoneo sobre una de las fortificaciones del perímetro defensivo de Tetuán, denominada Kudia Tahar, elegida por su ubicación clave.

El día 7 amaneció con condiciones atmosféricas adversas. Una espesa niebla apenas permitía divisar la costa. Además, una fuerte marejada disgregó los barcos, dispuestos frente Alhucemas desde el día anterior. En vista de ello, el general Primo de Rivera, que tenía como propósito efectuar la operación de noche a la luz de la luna para lograr el efecto de la sorpresa y evitar el mayor número de bajas, decidió aplazar un día más el desembarco. No obstante, durante la espera, los españoles bombardearon la playa de Suani, los franceses bombardearon Cabo Quilates y las fuerzas de Melilla se presentaron otra vez sobre Sidi Dris. Al amanecer del día 8, las corrientes se intensificaron, pero la operación no podía sufrir un nuevo retraso y perder el factor sorpresa (Repolles y García, 1981b: 63-65). El minado por parte de Abd el Krim de la zona llevó al mando español a elegir las playas de Ixdain y la Cebadilla, al oeste de Alhucemas, para realizar el desembarco (Font Betanzos, 2009: 57-74).

El día 8 por la mañana se inició el bombardeo sobre las posiciones de la playa para cubrir el desembarco de las lanchas, que se quedaron varadas a 50 metros de la orilla, demasiado lejos. Este inconveniente, que impidió descender a los carros de combate y la artillería, fue resuelto por el coronel Franco que ordenó a su cornetín tocar “al ataque”; sus legionarios y los harkeños de Muñoz Grandes se lanzaron al agua llevando fusiles y munición en alto. Las dos primeras olas (coroneles Franco y Martín) desembarcaron rápidamente y a las 13.00 horas ya estaban en tierra. Pronto empezaron los combates que, al finalizar el día, habían causado 12 muertos y 91 heridos entre el ejército español, lo que, no obstante, se consideró un éxito. Pero la logística comenzó a angustiar (se habían consumido 265.677 cartuchos de fusil y más de 500 granadas de mano) porque la reserva del coronel Campins no pudo desembarcar hasta la noche por la lentitud en descargar lo transportado en las barcazas (Blanco Núñez, 2010: 80-84). Ese mismo día se publicó la noticia del desembarco, por telegrama. A pesar de los avances tecnológicos, los diarios no pudieron publicar la primera crónica del desembarco redactada por los corresponsales hasta el día 11, precisamente cuando la columna

Goded alcanzó Morro Nuevo y Abd-El-Krim desencadenaba un contraataque nocturno. La incursión ya avanzada en la bahía de Alhucemas y las noticias que llegaban de Kudia Tahar hicieron que el avance sobre los objetivos no encontrase dificultad insalvable.

2.8.14 El desembarco visto desde cubierta

Toda la prensa se encontraba recluida a bordo en el momento del desembarco, la mañana del día 8 de septiembre de 1925. López Rienda contó quince periodistas y fotógrafos y Antonio de Lezama 27 entre nacionales y extranjeros. La única facilidad que concedió la autoridad militar a los periodistas fue la de acercar la embarcación hasta unos dos kilómetros de la línea de costa. Sus crónicas narraron el desembarco observado desde la cubierta. Como carecían de comunicaciones con sus redacciones, no pudieron enviarlas hasta unos días después, con lo que comenzaron a publicarse a partir del 11 en *El Sol*, y en otros medios aún después. Preocupado por la incomunicación sin correo en el Lázaro durante dos días, sin poder enviar su material, y ante la posibilidad de permanecer dos días más en la misma situación, Jaime Mariscal de *La Correspondencia Militar* decidió abandonar el barco para ir a Melilla. Pidió permiso y le fue concedido. Depositó sus crónicas en Correos, con el propósito de regresar inmediatamente en hidroavión desde la base de Mar Chica, pero no lo consiguió. A pesar de dejar sus crónicas para que salieran, no lo hicieron, porque el gobierno había requisado el vapor correo. Finalmente asegura que lo consiguió por otros medios que no desvela. El malestar estaba presente entre los corresponsales, por no tener la autorización para desembarcar junto a los soldados. Así lo expresaba Lezama en su crónica del 8, que se lamentaba de que no pudiera bajar a tierra. Comentaba desesperado que “En cuanto vea una K me lanzo a ella como un legionario enloquecido” (*La Libertad*, 14 de septiembre de 1925).

El control total sobre los movimientos de los corresponsales y de las comunicaciones y hasta del correo permitió que la primera información que se suministrara y que se publicara fuera la oficial. Una vez culminado el desembarco, el general Primo de Rivera, desde el acorazado “Alfonso XIII”, envió al rey y al Gobierno un radiograma:

“A las doce las tropas han puesto pie en la bahía de Cebadilla. A las doce y media han coronado la posición, tras breve preparación de fuego y sin gran resistencia” (*El Sol*, 8 de septiembre de 1925).

Así, la noticia fue dada los propios militares al Rey y a los periodistas tras comunicársela a éste en Palacio y al Gobierno. En esta ocasión, el Gobierno no se enteraba por la prensa, como en etapas anteriores del conflicto. Poco después de las dos y cuarto de la tarde del 8, el jefe de la censura facilitó a los periodistas el telegrama siguiente:

“El general Primo de Rivera, a bordo del acorazado Alfonso XIII dirige el siguiente radiograma a S.M. y al Gobierno: a las doce las tropas han puesto pie en la bahía de Cebadilla. A las doce y treinta han coronado la posición tras breve preparación de fuego y sin gran resistencia. Las fuerzas que han desembarcado en la bahía de Cebadilla, situada en la península de Morro Nuevo (bahía de Alhucemas) son las del general Saro” (*El Imparcial*, 9 de septiembre de 1925).

Poco antes de las once de la noche se entregó otro parte oficial a los periodistas de Madrid como ampliación del entregado a las dos y cuarto. Los sucesivos partes oficiales trataban del elevado espíritu de las tropas españolas y del rechazo al fuego procedente de los combatientes rifeños. Para completar el control sobre la información, los periódicos eran revisados por la censura militar.

En las ediciones de esa noche se publicó la noticia. *Heraldo de Madrid*: “A las doce del día, nuestras tropas han desembarcado felizmente en la bahía de Alhucemas”, con idéntico titular en el resto de la prensa. Hay que tener en cuenta que la información de que se disponía en ese momento no era otra que la oficial, dado que las crónicas de los corresponsales no pudieron ser enviadas hasta el día 11. Por su parte, el jefe del Gabinete de Prensa suministraba partes oficiales a los periodistas y desde el 14 de septiembre se encargó de la censura de Prensa el comandante de Estado Mayor Domínguez Otero (*La Correspondencia Militar*, 15 de septiembre de 1925).

Mientras los enviados de la prensa se encontraban retenidos a bordo de los buques sin poder desembarcar, como se ha referido anteriormente, había surgido un auténtico punto caliente informativo, que careció de cobertura periodística: Kudia Tahar, que logró resistir y preservar la integridad de Tetuán y que hubiera significado un duro golpe al desembarco y al ánimo de la opinión pública. Con el propósito de informar de estos combates partió Artigas Arpón, de *La Voz*, nada más producirse el desembarco, del que escribirá dos crónicas fechadas en Tetuán.

Finalmente, el día 10 se produjo el deseado desembarco de periodistas (Corrochano, de *ABC* revela que el 8 por la noche un capitán lo bajó a tierra), que era muy esperado por todos, y especialmente por Mariscal, que reconocía con elevado espíritu patriótico:

“He realizado uno de los sueños de mi vida, pisar tierra de Alhucemas. Lo que en dicho momento pasó por mí no sé expresarlo y lo sintetizo en esta frase: me sentí más español que nunca; más orgulloso que nunca de ser español” (*La Correspondencia Militar*, 14 de septiembre de 1925).

Y Corrochano aseguraba que “los que hemos asistido al desembarco de Alhucemas sabemos lo que es vivir la nacionalidad” (*ABC*, 10 de septiembre de 1925). El despliegue militar hispano francés impresionó a López Rienda, que escribió que “jamás se ha visto en África una operación de esta envergadura, con tantos elementos y tantísima preparación artillera” (*El Sol*, 11 de septiembre de 1925). Las primeras crónicas de los corresponsales nacionales expresaron emoción, orgullo, patriotismo y un claro sentimiento de superioridad. Es destacable que 16 años después de la emblemática toma del Gurugú, con la bandera española como protagonista del inicio de aquellas crónicas, se repite el recurso patriótico en algunas de las crónicas de ahora, como la de López Rienda, que se iniciaba de esta forma:

“Ya hemos clavado en el pico más alto de Morro Nuevo, en la bahía de Alhucemas, la bandera española. Ya ondea, acariciada por las brisas mediterráneas, frente a Axdir, en el pórtico del foco de la rebelión, la bandera hispana...” (*La Vanguardia*, 16 de septiembre de 1925)

Los periodistas de *La Voz* se repartieron el trabajo. Artigas Arpón se encargó del relato del desembarco y Gutiérrez de Miguel de los momentos posteriores al desembarco.

El Alto Mando organizó una excursión de un día para los periodistas en tierra. El general Saro dio permiso para recorrer la pequeña península de Morro Nuevo, donde se les mostró las ruinas de la casa donde tenía su puesto de mando el jefe rifeño de ese sector. Fueron embarcados nuevamente, en esta ocasión en el “Escolano”.

Además de la acción bélica sobre el territorio, Abd-El-Krim batallaba también esos días en el frente periodístico. *La Correspondencia Militar* se hacía eco de una información publicada en *The Times*, que basándose en una información de fuente rifeña calificaba

de fracaso el desembarco hispano-francés y recogía un telefonema que el líder rifeño dirigía al corresponsal del diario británico y que se publica íntegramente.

“Cuartel general rifeño: Los intentos españoles de desembarco en Uad Lau y Alhucemas ayer, han sido rechazados con grandes pérdidas del enemigo. En Uad Lau, la artillería rifeña ha echado a pique varios transportes españoles y otros buques, y en Alhucemas gran número de barcos han sido destruidos. En Beni Hosmar, contingentes de la tribu de Wad Ras han roto la línea y han establecido posiciones en retaguardia” (*La Correspondencia Militar*, 15 de septiembre de 1925).

En términos generales, el diario inglés de referencia internacional juzgaba intempestiva, inoportuna y peligrosa la acción de Alhucemas, comprometida la situación de las tropas en aquel sector, incongruente y contradictoria la acción de España en Marruecos, alarmante y grave, a propósito del desembarco, la situación financiera y económica del país, recelosa la actitud del pueblo, bajo el forzado silencio de los patriotas y los intelectuales (*ABC*, 26 de septiembre de 1925).

Este tratamiento informativo de una parte de la prensa británica *Daily News* y *The Times*, llegó a ocasionar una protesta ante este último del embajador en Londres, Merry del Val, y era considerado como antiespañol por la prensa conservadora. *ABC* criticó que el corresponsal del *Daily News*, desde Málaga, escribiera un relato de falsos acontecimientos “que están en pugna con el elevado espíritu, el patriotismo y la disciplina del ejército español” (*ABC*, 18 de septiembre de 1925).

Los periodistas españoles y extranjeros pasaron del “Lázaro” al “Escolano”, que se acercó todo lo posible a tierra, frente a Morro Nuevo, para facilitar su tarea observadora. Mariscal de Gante se quejó de las dificultades: “Las operaciones que se efectúan por mar, sin ningún enlace por tierra, son de una enorme dificultad informativa. Para informar un día, tenemos que perder tres o cuatro” (*La Correspondencia Militar*, 14 de septiembre de 1925).

La larga estancia en el barco no era del agrado de los periodistas. Lezama, en su crónica del 11 dice:

“En cuanto me fue posible salí del Escolano. Aquello era una cárcel, el buque hospital de los periodistas, que allí nos habíamos congregado en número de veintisiete, aunque algunos de ellos

no inspirasen todas las debidas confianzas ni por su nacionalidad ni por su proceder” (*La Libertad*, 17 de septiembre de 1925).

No todos los periodistas españoles se encontraban en ese momento cubriendo el inicio de la campaña desde el lado español. Pérez Bances, de *Heraldo de Madrid*, estaba agregado al cuartel general del ejército francés. Firmaba sus crónicas desde Rabat y más tarde lo hizo desde Fez, lejos de Alhucemas. No fue testigo directo del desembarco. En sus crónicas detalla los preparativos en la retaguardia y analiza desde un punto de vista político los movimientos militares sobre el territorio, entrevistando en una ocasión al sustituto de mariscal Lyautey, Urban Blanc. Solamente se desplazó en una ocasión, agregado al cuartel general, a Ain Aticha, una posición en la que los franceses resistieron varios días asediados por los rifeños. Sus textos carecen de interés informativo, e incluso el propio periódico cubre las noticias del frente francés con telegramas fechados en Fez. Son textos especulativos sobre las decisiones que tomará el ejército francés tras el desembarco. Como anecdótico cabe calificar la incursión que Corrochano hizo en una ocasión al lado francés, para dar cuenta de los movimientos militares que se producen allí.

Las primeras fotografías del desembarco se publicaron el día 11 en *La Correspondencia Militar*. Tomadas desde la misma playa, iban firmadas por Luque, uno de los principales fotógrafos de esta etapa del conflicto. Recogían el momento en que los legionarios descienden de las barcazas y pisan la arena, cargados con el material.

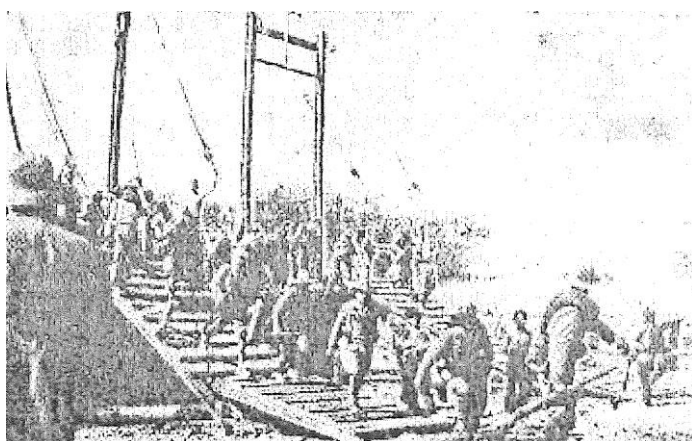


Ilustración 59. Los legionarios desembarcan rápidamente y siguiendo a sus oficiales corren playa adelante formando las guerrillas de muerte. Foto Luque.

La Correspondencia Militar, 11 de septiembre de 1925.

Las primeras imágenes de Alfonso Sánchez Portela desde tierra se publicaron el 12 en *La Voz*. Son de las tropas en Morro Nuevo, una vez asegurada la posición. En cambio, el 14 en *El Sol* publicó una imagen de “las fuerzas de ingenieros-pontoneros, primeras que pisaron tierra en la playa de Cebadilla, para construir un puente que facilitase el desembarco de la columna”, que sin duda se tomó previamente. Publicó otra de la columna del general Saro avanzando por la playa, con el mar y los buques al fondo, hecha desde una loma. En *El Herald* aparecieron el día 15 dos fotos de Ortiz: una de la playa en la que se observan “las fuerzas de Regulares desembarcadas en la playa de Cebadilla”, que fue en portada, y otra de la tropa ya establecida sobre la playa, con los buques al fondo, tomada desde la ladera de la montaña. También el 15 exhibía *ABC* tres fotos tomadas en tierra por Zegri, del aspecto de la playa durante el desembarco de víveres y material, de los primeros atrincheramientos y la bahía vista desde las trincheras. Inevitablemente, el trabajo de unos y otros tiene muchos elementos comunes. El ejército también distribuyó material gráfico, como una toma aérea de la

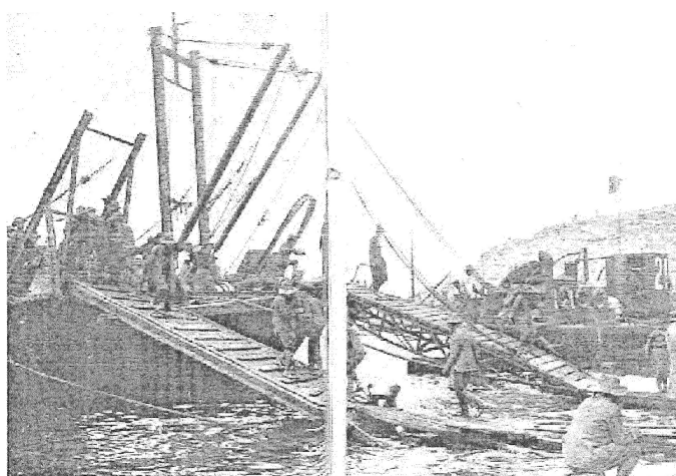


Ilustración 60. Primeras fuerzas de Ingenieros pontoneros que desembarcaron en la playa de Cebadilla y que fortificaron las posiciones conquistadas. Foto Alfonso.

Nuevo Mundo, 16 de septiembre de 1925.

operación en el momento que las columnas descendían de los buques y se dirigían a la playa, que publicó *La Voz* el día 15. Díaz Casariego publicó sus primeras fotos en *Mundo Gráfico* el 16 de septiembre, a bordo del Jaime I, de los ejercicios de tiro a bordo y de tierra, días después del desembarco. Ese día, Alfonso publicó fotos desde tierra del desembarco, cuando ya se había producido la primera oleada. Retrata operaciones de asentamiento. Zarco también puso en circulación fotos, de momentos posteriores a los combates. Otros fotógrafos que recogieron aquellos momentos fueron

Litrán y Perera. ¿Cómo se enviaron todas estas fotos a las redacciones centrales? Desde el día 8 por la mañana hasta el día 11 que empiezan a publicarse las primeras fotos, apenas pasaron tres días, que en los medios de mayor difusión se convirtieron en cuatro o más. El material pudo ser enviado por el itinerario convencional hasta Melilla y desde allí a Málaga por barco y hasta Madrid por ferrocarril o carretera, lo que seguramente requería un mínimo de tres días. Puede aventurarse la hipótesis de que los periódicos hubieran contratado un servicio para que el fotógrafo fuera recogido directamente del “Escolano” y llevado a un punto de la costa peninsular próximo con buenas conexiones de movilidad con Madrid

En el ejemplar del 23 se aparecieron más fotos de Alfonso de momentos de combate de las columnas de ayuda camino de Kudia Tahar, y el 30 más fotos de Alfonso desde las posiciones disparando. En *Nuevo Mundo* también se insertaron fotos del desembarco, de Costa Salas, Zarco. La Agencia Gráfica también tomó fotos y la Aviación Militar. Ruiz Albéniz firmó fotos en *Nuevo Mundo* del 9 de octubre. De la toma de Axdir también circularon fotos, concretamente de Alfonso.

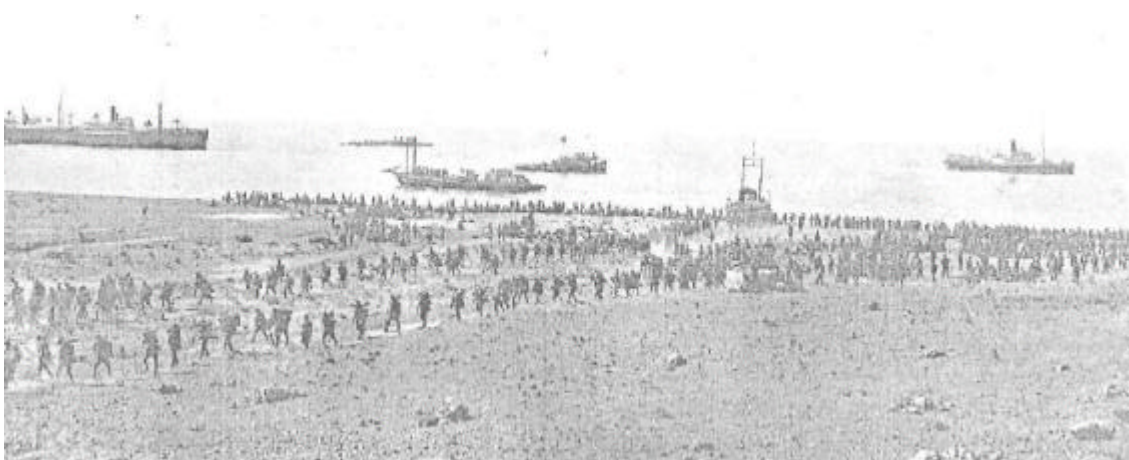


Ilustración 61. A media tarde, las barcasas, vacías ya, quedan en el abra, y los últimos soldados desembarcados se forman en la playa y suben, siguiendo a sus compañeros, al asalto de las alturas cercanas. Foto Zarco.

Nuevo Mundo, 18 de septiembre de 1925.

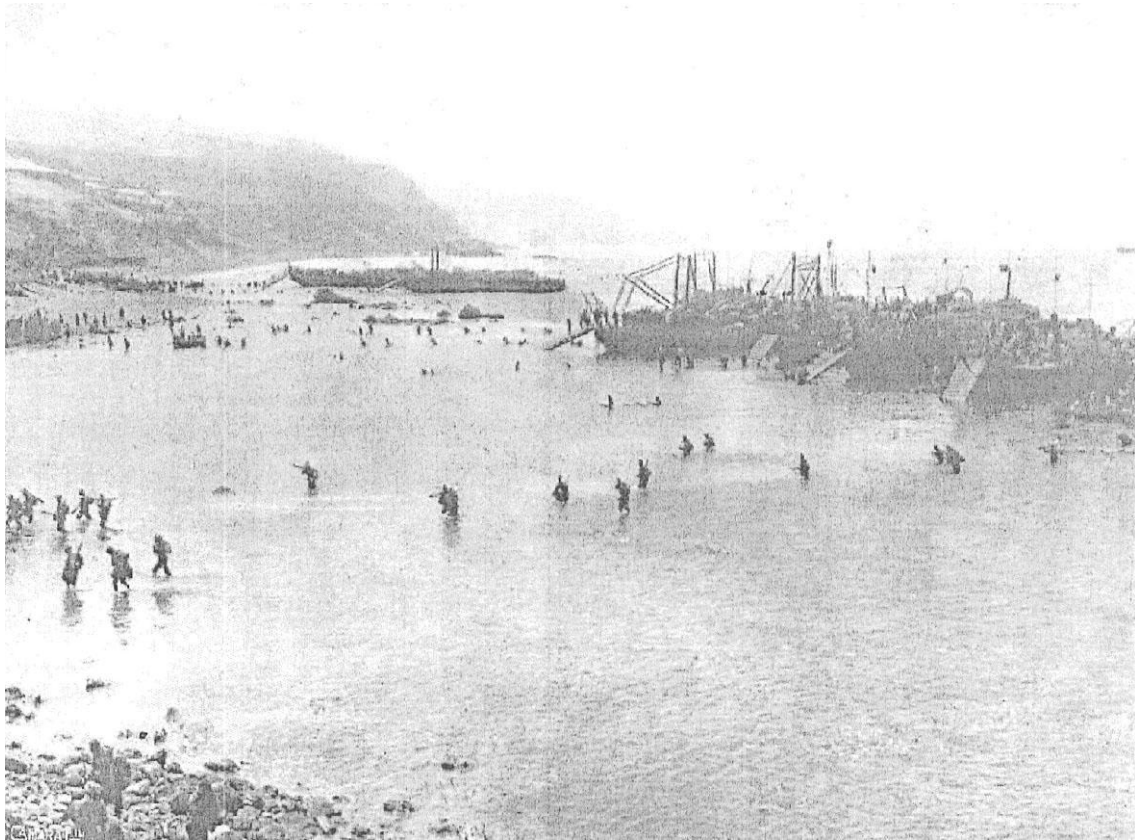


Ilustración 62. La hora del desembarco en Alhucemas el 8 de septiembre a mediodía. Al fondo, las barcas inmovilizadas por falta de calado. Sobre ellas, apiñados, los hombres que guardan la orden, en tanto que las fuerzas de avanzada ganan la orilla con agua hasta el pecho. Foto Costa Salas.

Nuevo Mundo, 18 de septiembre de 1925.

No obstante, para la historia ha quedado una toma aérea suministrada por la propia aviación militar del momento preciso en que los soldados pusieron pie en la playa de la Cebadilla.



Ilustración 63. Desembarco de Alhucemas. Foto suministrada por la aviación militar.
Fuente: <http://www.abc.es/historia-militar/20140112/abci-desembarco-alhucemas-tropas-espanolas-201401111236.html>

Las víctimas aparecieron en la prensa el día 15. En *El Sol* se vio la primera foto de un soldado herido trasladado por dos enfermeros y de un moro herido atendido por un oficial médico, ambas con la firma de Alfonso.

Con el objetivo de desplazarse a Kudia Tahar, el día 14 el “Escolano” hizo escala en Ceuta y los corresponsales fueron a Tetuán, tras la entrada de las tropas.

Poco a poco las noticias procedentes del frente decrecieron en importancia y su presencia en la prensa disminuyó, aunque no dejó de estar encabezada por la información oficial.



Ilustración 64. Obuses de las columnas liberadoras de la posición de Kudia Tahar, haciendo fuego sobre el enemigo que la asediaba, y que fue puesto en dispersión por nuestras tropas. Foto Alfonso.

Mundo Gráfico, 23 de septiembre de 1925

2.8.15 Los empotrados de Alhucemas

La figura del periodista empotrado o incrustado o incorporado a una unidad militar aparece claramente definido en la última etapa del conflicto hispano-marroquí. La relación entre las decenas de reporteros españoles y extranjeros que acudían a Melilla cada vez que había un momento álgido fue siempre tensa y de desconfianza con los

militares, y cómo no, de interés, especialmente para la oficialidad. Tanto en los enfrentamientos de 1893 como en la campaña de 1909, los periodistas estuvieron adscritos al cuartel general en los momentos que fueron convocados por el general en jefe de la plaza para asistir a alguna batalla, pero no se puede aplicar el calificativo de empotrado a aquellos pocos que tuvieron la suerte de tener autorización de desplazarse ocasionalmente al frente.

Como se ha señalado con anterioridad, pocos días después de la llegada de los corresponsales tras el desastre de Annual, el Alto Mando organizó algunas visitas guiadas de unos pocos periodistas a algunas posiciones que habían sido recuperadas a los rifeños. En ningún momento, los periodistas acompañaban a una columna de soldados de manera estable e incluso cuando se organizaba algún avance, el Servicio de Prensa del Ejército se encargaba de custodiarlos en alguna embarcación, por ser más fácil su control, alejados del frente y sin comunicaciones. Sólo existe el precedente de acompañamiento a unidades militares de manera continuada con la reconquista de las posiciones perdidas como las de Monte Arruit. La experiencia, sin embargo, se repitió de una manera perfeccionada en Alhucemas, cuando un reducido grupo de reporteros se integró en una unidad militar que avanzaba por un territorio hostil que estaba siendo conquistado a los rifeños.

Una vez se produjo el desembarco en la playa de la Cebadilla, desapareció la nube de corresponsales, volviendo unos a Melilla, y otros a Ceuta y Tetuán. Quedaron cuatro, que se integraron en la bandera del Tercio del comandante Ricardo Rada: Antonio de Lezama de *La Libertad*, Gutiérrez de Miguel de *La Voz*, Antonio Got de *La Correspondencia de España* y Arístides de Campomanes de *La Unión Mercantil*. El ejército les proporcionó los medios de subsistencia, como víveres, y las infraestructuras necesarias para alojarse, siempre junto a los soldados. Formaron parte del primer pool de medios organizado de la historia del periodismo en una operación militar similar.

A través del testimonio de Lezama es posible imaginarse la situación:

“Tú no sabes, lector, si no lo has pasado, lo que es llevar, como llevo yo y mis compañeros, una semana durmiendo en el suelo, sin quitarnos ni siquiera las botas, envueltos en un capote o en una manta, al aire libre, entre tinieblas y oyendo las silbadoras balas de los ‘pacos’, el tableteo de las ametralladoras y el estampido de los cañones, cuyos proyectiles rasgan el aire como el alarido

de una fiera. Apenas nos acostamos sobre los sacos terreros, rellenos de esparto, y cerramos enérgicamente los ojos para dormirnos, los rifeños empiezan a disparar tiros” (*La Libertad*, 18 de septiembre de 1925).

A la mañana siguiente de pisar tierra, los cuatro periodistas empotrados recorrieron Morro Nuevo y las líneas avanzadas, junto a los jefes militares. Pese a su reducido número, el efecto de la presencia de los periodistas buscaba ser minorizado aún más por los mandos, que a la hora de las excursiones a los puestos avanzados pedían que fueran los menos posibles, poniendo como excusa la dificultad del territorio y la evitación de peligros, como en alguna ocasión hizo el coronel Franco (*La Libertad*, 18 de septiembre de 1925).

Durante el mes de setiembre y los primeros días de octubre, estos cuatro corresponsales siguieron, relegados a una cierta distancia, los avances del ejército para dominar los terrenos próximos y las alturas a la bahía de Alhucemas. Pero de igual modo que en ocasiones anteriores se les dificultó su presencia en la primera línea, facilitándoles en alguna ocasión su trabajo mediante el acceso a algunos nuevos puestos avanzados consolidados, a casas desde las que el mando rifeño dirigía sus movimientos e incluso a prisioneros. Para completar la presión que se ejercía sobre ellos, las crónicas que enviaban a sus redacciones eran revisadas, y censuradas cuando el contenido no se adecuaba a lo establecido. Así, muchas de las cartas se limitaban a ser un diario personal de algún periodista, o describían los recursos materiales y los medios técnicos con que contaba el ejército, se centraban en la narración de operaciones militares, con datos de la orografía rifeña, o elogiaban profusamente a los cuerpos y los generales y otros jefes que participaban en el aseguramiento de la bahía de Alhucemas y la toma de Axdir, bastión del cabecilla rifeño, donde contaba con grandes apoyos.

Las crónicas de Artigas Arpón carecían de esa intensidad, pero eran igualmente descriptivas. Así narraba la toma del Cerro de las Palomas:

“Salimos por detrás de la posición de Cardeñosa, por el barranco. Hubo un momento emocionante. Tuvo que lanzarse la harca a un asalto arrollador y heroico. El enemigo esperaba en la enfilada del barranco con tres ametralladoras, que en cuanto asomamos abrieron un fuego nutridísimo. El comandante Varela arrojó la gorra a lo alto, y en medio de una gritería infernal y de fuego de fusil imponente nos lanzamos al fondo de la depresión, amparados por las

ametralladoras del Tercio, que habían sido colocadas en nuestra retaguardia. El trance fue difícil para la harca que avanzaba seguida de una bandera del Tercio, pero encontrando gran resistencia en el enemigo, hasta que éste vio aparecer sobre sus cabezas a la columna que había realizado la maniobra envolvente, y entonces escapó, abandonando los objetivos, los cuales fueron coronados por nosotros. La furia de la derrota trataron de saciarla disparando los cañones contra los ingenieros, a los que costó gran trabajo fortificar el Cerro de las Palomas” (*La Voz*, 3 de octubre de 1925).

López Rienda, que no estaba entre los empotrados, firma desde “Tierra de Alhucemas” una crónica sobre los rasgos del asalto de Yebel Malmusi, y aunque carece de la viveza de las anteriores, cuyos responsables presenciaron las operaciones, con López Rienda puede darse el caso que no viviera el avance personalmente, sí contiene abundantes detalles de los que puede inducirse que si no estuvo allí, alguien que sí estuvo debió de contárselo.

“En el avance hacia Malmusi, unos bombarderos de la Legión y unas guerrillas Regulares tropezaron con unas cuevas donde había más de veinte rifeños escondidos. Delante de las cuevas tenían puestas unas piedras a modo de parapeto y no había forma humana de sacarlos de allí. Salían de la cueva, asomaban el fusil por entre las piedras y disparaban sobre las guerrillas nuestras. Y cuando veían llegar las granadas de mano que les arrojaban los bombarderos de la Legión volvían a esconderse” (*El Sol*, 30 de septiembre de 1925).

Como no podía informar de los hechos del frente, escribía reportajes sobre los recursos militares, barcos-hospital, la aviación, algunos cautivos, en lo que se podría denominar despliegue de la propaganda bélica por parte del bando español.

El tutelaje ejercido por los generales y otros mandos no era una garantía total de seguridad. Durante los primeros días de cobertura terrestre, los corresponsales vivieron algún momento de peligro, tal y como narra Lezama, que reconoció que iba armado, al regresar de una excursión a una posición avanzada.

“A saltos, en una loca carrera, bajamos la cuesta. Las balas silban como en el estreno de un autor malo; pero ¿qué importa? ¡Si los corresponsales hemos venido a eso: a ver y a vivir la guerra!” (*La Libertad*, 17 de septiembre de 1925).

Y fue precisamente este corresponsal el que tuvo la mala suerte de ser herido de carácter leve en el hombro izquierdo, tras la explosión de un proyectil, que no le impidió

continuar con el desempeño de sus funciones. Fue más por torpeza del propio periodista, por no saltar, mientras se encontraba embarcando para realizar una cobertura. Los otros periodistas que le acompañaron resultaron ilesos al realizar un movimiento evasivo.

No fue el único percance que hubo. En la toma del Cerro de las Palomas, cuando Alfonso (hijo) y Zarco se adelantaron a la columna y se encontraban fotografiando los cadáveres de unos rifeños, les cayó una granada tan cerca que consiguió derribar a Zarco, sin constancia de lesiones (*El Sol*, 30 de septiembre de 1925).

Durante los días que duró la travesía, el desembarco y la toma de la bahía de Alhucemas y sus inmediaciones, se dio el caso de periodistas que simulaban firmar la crónica desde las posiciones avanzadas. Eso molesta a los cuatro corresponsales que siguen a las columnas, y especialmente a Antonio de Lezama. En su crónica del 19, La guerra contada por los que no la ven, firmada desde la bahía de Alhucemas, critica que:

“Hay en esta profesión de periodista dos clases de individuos: aquellos que la ejercen de buena fe, con acrisolada honradez, y quienes actúan empleando procedimientos de viveza y pensando, antes que nada, en su propia conveniencia y comodidad, aun a costa de engañar al público. Yo sé de un compañero mío que está escribiendo en estos momentos a mi lado, después de haber pasado otra noche de incomodidad y de peligro, que mientras sufría las amarguras de un asedio y hacía toda clase de locuras para comunicarse con su periódico, otro compañerito se levantaba de la cama, en Melilla, a las doce, iba a Comandancia General, y con las noticias allí recogidas se fabricaba un articulito que fechaba con la mayor frescura en los sitios donde se batía el cobre. Ahora, precisamente ahora ha ocurrido algo por el estilo. En el Escolano se reunieron 27 periodistas, entre extranjeros y españoles. Hecho el desembarco, pisaron la playa tres o cuatro su buena hora y media, y sin perder minuto salieron disparados para Melilla, y Ceuta, y Málaga, y desde allí se hartaron de escribir episodios de la campaña como presenciados por ellos. Aislados totalmente del resto del mundo, porque carecemos de telégrafo y el correo es algo inseguro y problemático por la falta de barcos y el temporal, los cuatro corresponsales que aquí estamos no podemos hacer otra cosa que recoger concienzudamente aquellas impresiones que solo viéndolas se pueden percibir y confiarlas al azar de un correo aun no organizado” (*La Libertad*, 26 de septiembre de 1925).

Este periodista, del que no hay constancia por otros compañeros de que se quedara en el territorio ocupado, firma desde Morro Nuevo crónicas fechadas desde el 12 de septiembre en *El Sol* y *La Vanguardia*, sin constancia de que esté en el campamento con

los cuatro de la bahía de Alhucemas. Esto lo denuncia Lezama en una crónica del 19, un día después de que por primera vez desde el día 8 recibieran noticias y periódicos de España. Sería dudoso que el periodista anduviera por su cuenta y libremente por el territorio ocupado a los rifeños. En cambio, Lezama hace referencia a Víctor Ruiz Albéniz el 22 de septiembre, que hizo aparición en el campamento donde estaban acogidos los cuatro corresponsales. El otro periodista que llevaba un itinerario diferente era Corrochano, que regresó de la zona francesa a Morro Nuevo. Dado que la base de los periodistas se hallaba a bordo del “Escolano”, allí se encontró:

“con los mismos periodistas que nos acompañaron al desembarco. Ordenan sus notas, sus exiguas notas, que apenas componen una crónica: Emilio Herrero, de la United Press; Emilio López, corresponsal de *ABC*; Milego, de *El Imparcial*; Sánchez del Arco, de *El Noticiero Sevillano*; Santos Fernández, de *El Heraldo de Marruecos*; y Zegri, que numera sus últimas placas fotográficas. De los extranjeros, quedan dos alemanes; los otros, los norteamericanos, fueron conmigo a Fez, y Rosa Mary, la escritora inglesa, menuda y tímida, que anota, asustadita, sus impresiones de guerra, no está ya” (*ABC*, 26 de septiembre de 1925).

De este modo, se puede inferir que existían dos grupos de periodistas que cubrieron el desembarco y las operaciones posteriores: los que lo seguían desde tierra y los que lo seguían desde el mar y podrían realizar alguna excursión ocasional a tierra.

Los periodistas empotrados abandonaron el día 25 el campamento de Morro Nuevo y se mudaron a otro, en una posición más avanzada, en Malmusi. Su nuevo campamento consistía en un agujero excavado en la tierra, rodeado de una barrera de piedras de medio metro y sacos terreros, una lona por encima a modo de techo y unas camillas y esparto. Las posibilidades de comunicación de los corresponsales mejoraron a partir del día 3 de octubre, cuando se estableció un servicio telegráfico entre Morro Nuevo, Alhucemas y España. Desde ese día, la información que se recibía en las redacciones disponía de más actualidad.

En todo este tiempo, los corresponsales han enviado crónica en la que describían el territorio interior de la bahía, las operaciones militares, que siempre eran lideradas por mandos que eran acreedores de abundantes y constantes elogios, unido a algunas explicaciones del sentido de los avances. El enemigo era visto por los corresponsales de

lejos, con la ayuda de los prismáticos, o prisionero, con autorización militar para entrevistarlos.

En los últimos días, los corresponsales siguieron al ejército en la toma de los últimos objetivos militares para el completo control de la bahía, como el Monte de las Palomas. Los mandos organizaron una visita a la casa de un caid de la zona, presuntamente construida por prisioneros españoles, en la que se descubrieron documentos de Abd-El-Krim. Finalmente, se tomó la localidad de Axdir, la capital de la zona y bastión del cabecilla rifeño, lo que narraron, mencionando el saqueo realizado.

2.8.16 El regreso de los corresponsales

El desembarco de Alhucemas ha pasado a la historia con la categoría de exitoso y ejemplar en cuanto a su planificación, pero no fue un paseo militar. Se había conseguido descongestionar el frente y acabar con las bolsas de resistencia rifeña tras duros enfrentamientos. Las bajas para conseguirlo ascendieron a 24 jefes y oficiales y 337 soldados (132 europeos y 205 indígenas) muertos, y 109 jefes y oficiales y 1.866 soldados (786 europeos y 1.080 indígenas) heridos. Seguían siendo muy elevadas para la entidad del oponente, con una formación y unos recursos imposibles de comparar con los españoles. Alhucemas había supuesto la derrota de Abd-El-Krim, pero no suponía la victoria en el conflicto. Durante el invierno de 1925 a 1926 se llevaron a cabo más operaciones y se mantuvo la cooperación hispano-francesa.

A primeros de octubre de 1925, Gutiérrez daba por terminada la parte de las operaciones bélicas y pasa al comentario. Interpretaba que:

“No hemos llegado al fin del problema, como opinan algunos irreflexivos optimistas, si no al principio del fin. Es decir, que no lo hemos resuelto pero que estamos en camino de resolverlo. Militarmente han sido conseguidos los objetivos que se proponía el Mando al desembarcar en las costas de Bocoya. Dominamos la parte occidental de la bahía de Alhucemas hasta La Roca, y delante de nuestras posiciones se extienden las casas de Aydir, capital de la cabila de Beni-Urriaguel (...) Puede decirse que hemos conquistado el Aydir militar y tal vez el político; pero el Aydir sentimental se nos ha escapado otra vez” (*La Voz*, 13 de octubre de 1925).

Por su parte, Antonio de Lezama, argumenta que hasta ese momento no había hecho crítica de la campaña, tanto por un criterio particular pero también por las “imposiciones” del momento, pero creía que:

“Quien dice que la guerra ha terminado peca de ligero, por lo menos. La guerra no ha terminado. Son los de ahora momentos difíciles para España y para Francia. Colocados en la situación en que nos hallamos, si es preciso avanzar resueltamente a fondo, hágase sin perder minuto. No engañemos al pueblo tergiversando la verdad. Esto y solo esto es lo patriótico y lo de periodista que pone la verdad en la pluma. Dígase con nobleza: la guerra, ya que la comenzamos, la seguiremos con prudencia y la finalizaremos con decisión; pero es preciso tener paciencia y no cerrar las cintas de nuestras bolsas ni dar por terminados por completo los sacrificios personales”. “Es preciso que los corresponsales que tengan la conciencia de la propia responsabilidad, hablen clara y valientemente” (*La Libertad*, 15 de octubre de 1925).

En similares términos se planteaba López Rienda el futuro del conflicto entre España y Marruecos:

“¿Ha terminado la guerra? No. Estamos en buen camino; hemos recobrado ante las cábilas mucho prestigio, sin el cual nadie podría aspirar a que impusiésemos un protectorado que los indómitos rechazan. Los aires del interior acusan luchas intestinas entre partidarios del majzén y amigos de Abd-el-Krim. Disidencias entre los que hasta nuestra entrada en Alhucemas estaban tan unidas. Desmembramiento de las cábilas que formaban el sólido bloque rifeño... - Esto ya no es poco para que tengamos fe en el porvenir. Pero el término de la guerra no es por ahora más que esto: una agradable y posible esperanza, que todos aguardamos anhelantes ver convertida en realidad, porque todos estamos cansados de los sacrificios sin cuento que Marruecos nos cuesta, de esta guerra inacabable que se lleva la sangre más preciosa: la de la juventud española...” (*La Vanguardia*, 28 de octubre de 1925)

López Rienda, que adquiriría gran fama como corresponsal de guerra, editó un libro *Del Uarga a Alhucemas*, en el que recopiló sus impresiones. Otros corresponsales que expresaron sus puntos de vista sobre esta parte de la campaña fueron el veterano corresponsal Francisco Hernández Mir, que ya había estado presente en la campaña de 1893, que en 1926 publicó *Del desastre a la victoria (1921-1926). Ante las hordas del Rif*.

Víctor Ruiz Albéniz, que en la etapa anterior del conflicto se había mostrado partidario del general Berenguer, como la mayoría de sus compañeros, frente al general Silvestre,

empezó a mostrar sus simpatías por un joven coronel, Francisco Franco, al que entrevistó poco después del desembarco, en el campamento que La Legión había montado en la Cebadilla y que salió publicada el día 29 de septiembre en *Informaciones*, del que el propio Albéniz era director. En cada una de las crónicas de Albéniz del frente había una serie de detalles-denuncia que demostraban que el periodista no se limitaba a un relato plano de lo que vivía. Buscaba la explicación y las incongruencias de aquella situación. En 1927 escribió *Tánger y la colaboración franco-española en Marruecos*.

A mediados de octubre regresaron Antonio de Lezama, Valentín Gutiérrez de Miguel, Pérez Bances, Corrochano, que poco después volverá con su director Luca de Tena invitado por Primo de Rivera. López Rienda pasó a Tetuán.

El máximo responsable de la censura militar también extrajo sus conclusiones una vez terminado el trabajo. Primo de Rivera hizo el día 8 de octubre desde Tetuán unas declaraciones elogiando la censura de la prensa:

Leo que ciertos periódicos alegan la asistencia a la censura para justificar su silencio alrededor de las últimas y gloriosas jornadas del Ejército y la Marina, que han emocionado a España entera, y que es de esperar sean para el bien nacional. Por fortuna hay bastantes que se sobreponen a tales pasiones y laboran decididamente por España y el prestigio de sus armas. Bendita mil veces la censura, que sin privar al pueblo español de la enorme cultura que la Prensa difunde ni del conocimiento de lo que por el mundo pasa, ha atajado las hablillas, murmuraciones, fantasías, personalismos y noticias en general, de origen indocumentado e irresponsable, que al acogerlas y difundirlas la Prensa provocan amargos e inquietos estados de opinión que hacen imposible toda labor de conveniencia patria” (*La Libertad*, 9 de octubre de 1925).

Una vez más, la censura se había sobrepuesto a la verdad. Los movimientos de los corresponsales estuvieron restringidos por el Alto Mando, su labor tutelada en todo momento y sus textos debieron acomodarse a los preceptos impuestos por la oficina de prensa, que al igual que en el lado francés, eliminaba las inconveniencias.

Sobre la relación entre los periodistas y el ejército, en Lezama se encuentra la prueba de lo expresado:

“Mi convivencia con los jefes y oficiales de la sexta bandera fue lo que hizo asistir a las operaciones militares con la columna del coronel Franco; pero como la interesantísima ocupación de Morro Viejo y los altos de Malmusi es obra también de otra columna, la que manda el general Fernández Pérez, vulgarmente llamada la columna de Melilla, hoy he visitado el campamento donde está el general Sanjurjo, y luego he ido al cuartel general de Fernández Pérez para que quienes llevaban el mando de las fuerzas procedentes de Melilla me explicasen cómo habían actuado estas. Todos, generales, jefes y oficiales, dieron plena satisfacción a mis deseos, y finalmente los capitanes Montalvo y Lázaro, me hicieron un relato, que procuro reproducir fielmente, la acción del 23. Al final, elogios para todos los generales y jefes” (*La Libertad*, 30 de septiembre de 1925).

Además, Got colaboró con el ejército realizando ilustraciones de los terrenos para afinar la puntería (*La Libertad*, 29 de septiembre de 1925).

En la península, el 3 de diciembre, el Directorio Militar era sustituido por un Directorio Civil, pero Primo de Rivera se mantenía al frente como presidente de un Consejo de Ministros que incorporaba algunos miembros civiles con un perfil técnico, que coexistían con otros militares, algunos como el general Severiano Martínez Anido, que reprimió con prácticas terroristas el movimiento sindical en Barcelona entre 1920 y 1922. Cuando cesó el Directorio Militar en diciembre de 1925, el Negociado de Información y Prensa pasó a denominarse Gabinete de Información y Censura de Prensa, con su misma organización, e integrado en la Presidencia del Consejo de Ministros, por real decreto ley de 16 de diciembre de 1925.

La grave derrota infligida a Abd-El-Krim, tanto en su fuerza bélica, como en su prestigio, le forzó al reconocimiento de su inferioridad y finalmente a entregarse a las autoridades francesas, en 1926. Con ello Marruecos vio desaparecer la amenaza de su destrucción por la incipiente República del Rif, que había logrado dominar gran parte de su territorio y disponer de mucha fuerza armada, moneda y bandera propias. Con una victoria incontestable en Beni Urriaguel, la campaña militar de ocupación del territorio del protectorado continuó hasta 1927, cuando se dio por terminada. El 10 de julio de 1927 el general José Sanjurjo emitió su Orden General declarando el final de la guerra, que queda para la historia del conflicto hispano-marroquí:

“Se ha dado fin a la campaña de Marruecos, que durante dieciocho años ha constituido un problema para los Gobiernos, llegando en momentos críticos a producir serias inquietudes a la

Nación, que, pródiga, vertió aquí su sangre y sus energías morales y económicas para mantener el legado de altivez y gallardía que nos dejaron nuestros antepasados, conquistadores del Mundo”

Fue entonces, como habían asegurado los corresponsales la guerra de 1859, en los enfrentamientos de 1893, en la campaña de 1909 y tras el desastre de Annual, cuando Marruecos dejó de ser un problema para la política española y para los españoles, lo que duró hasta el final del protectorado, en 1956, cuando se proclamó la independencia de Marruecos.

3. EL ANÁLISIS DEL TRABAJO DE LOS CORRESPONSALES

Una vez efectuado el trabajo desde el punto de vista histórico, en el que se han puesto de relieve aspectos relacionados directamente con la labor de los corresponsales, fotoperiodistas y su interacción con los militares y los rifeños, de manera cronológica en cuatro hitos entre finales del siglo XIX y principios del XX, se va a proceder a su estudio analítico.

En primer lugar se va a abordar el contenido escrito informativo, en atención a los géneros utilizados, y de manera especial la crónica; el lenguaje, en el que se va a observar la evolución entre 1893 y 1925; las fuentes, entre esquivas y accesibles, según las circunstancias. A la hora de analizar los textos se ha tenido en cuenta los lugares a los que aluden, es decir, los escenarios en los que se desarrolló el conflicto y su aparición en las crónicas, así como los actores, esto es, los protagonistas de las historias que se presentaron a la sociedad, de falsos héroes castrenses frente a despreciables enemigos. Asimismo, se ha tenido en cuenta las aportaciones realizadas en el ámbito de las I Jornadas Internacionales sobre la Crónica de Guerra, que en noviembre de 2013 tuvieron lugar en Valladolid.

Debido a la importancia que la fotografía tuvo durante este periodo, primeramente por su inicio, posteriormente con su desarrollo y sobre todo las atrocidades que mostraron, se ha abierto un espacio para su análisis, desde el punto de vista de la función del fotorreportero.

En los apartados anteriores de esta tesis se ha relatado la práctica del gobierno de turno y del ejército para impedir que la sociedad conociera aquello que sucedía en África y que los corresponsales se esforzaban por transmitir a sus redacciones. Se ha descrito lo que hacían unos y otros durante la crisis del fuerte de Sidi Aguariach de 1893, los enfrentamientos de 1909 y en los años veinte, sobre todo, tras el desastre militar del verano de 1921, y durante la dictadura del general Primo de Rivera, en el momento del desembarco de Alhucemas, en 1925, en el que se introdujeron algunas novedades para el control de los informadores. Sin embargo, ahora se va a proceder al estudio del control del flujo informativo desde un enfoque integral, dentro de una estrategia general

que se completaba con la propaganda y la restricción de los movimientos de los corresponsales en África y del acceso a los sistemas de comunicación.

Junto al efecto que producían todas estas dificultades en el contenido informativo, se ha abordado también la relación entre el corresponsal y su redacción central, considerando el grado de autonomía que tuvieron para trabajar y la reproducción del material enviado, con un guiño humorístico de cómo se veían los propios corresponsales y fotógrafos bélicos en sus inicios en Melilla.

Por encima de la relación con el gobierno, el ejército y su empresa periodística, el autor de la tesis ha buscado cualidades como la profesionalidad, la responsabilidad, la ética y la ideología, con el fin de conocer la calidad de su función.

Por último, se ha reservado un apartado exclusivo para describir aquellos aspectos internos de la labor de los corresponsales y los fotorreporteros: sus herramientas diarias de trabajo (cuadernos, plumas, prismáticos, cámaras), sus alojamientos y los métodos de desplazamiento.

En definitiva, se trata de estudiar la cobertura de los corresponsales, más que desde un punto de vista cronológico, de una manera transversal para centrarse en el fondo de la cuestión, dejando de lado la evolución temporal, para obtener claves que ayuden a formar una conclusión sobre el trabajo que realizaron.

3.1 El contenido informativo

Sería imposible calcular la cantidad de textos que los corresponsales españoles escribieron y enviaron a las redacciones centrales desde el norte de África durante todo el tiempo que duró el conflicto. El flujo sur-norte de noticias demostraría por sí solo los momentos de mayor y menor intensidad y la presencia de más o menos corresponsales. Esta parte de la investigación aborda este estudio, sin embargo, interesa el análisis de los aspectos cualitativos: el lenguaje que emplearon, los géneros de los que se sirvieron para sus informaciones y de qué fuentes obtuvieron los datos con los que escribían sus relatos. También es interesante ver de cerca los escenarios por los que se desplazaron y qué proyección tuvo su propia figura. Su estudio se hace más interesante porque esas crónicas se escribieron en un momento en que en España el periodismo está

evolucionando desde un modelo tradicional ideologizado, orientado a unos colectivos bien definidos, hacia otro modelo de difusión masiva donde prima lo informativo.

3.1.1 Los géneros

Los diarios publicaron la información procedente del conflicto en formatos diferentes. El más común era el de noticia, que se enviaba por telégrafo y se ajustaba a las necesidades de inmediatez informativa. Por lo general se cursaban con carácter de urgente. En las primeras etapas era usual que el corresponsal enviara la mayor parte de información por telegrama y enviara a parte y con posterioridad por correo postal cartas o crónicas en las que ampliaba y comentaba esa información. Cuando el conflicto fue tocando a su fin y especialmente tras el desastre de 1921, cambió el modo de operar. Debido al avance de las comunicaciones y a la importancia de los partes oficiales, los corresponsales redujeron sustancialmente el envío de telegramas urgentes noticiosos para centrarse en la escritura de crónicas o reportajes, adquiriendo una cierta especialización del género. Las agencias de noticias, con periodistas destacados en el terreno, cumplieron su función con eficacia. El campo de la inmediatez informativa les fue arrebatado poco a poco y de una doble función informativa e interpretativa, pasaron a cumplir una función meramente interpretativa, que se mantenía, a la que se incorporaba un elemento nuevo: el entretenimiento. El espectáculo de la guerra daba sus primeros y dubitativos pasos. Para ello resultaba ideal la crónica, que empezó siendo un complemento a la noticia, de la que se independizó y cobró personalidad propia. Resultaron muy adecuadas para informar a los lectores. Las entrevistas o interviús fue un género que se cultivó con más intensidad hacia el final del conflicto y por lo general estaban reservadas a jefes militares.

La noticia en estado puro llegaba por telegrama, que tenía una extensión variable y proporcional a la importancia del suceso, pudiendo ser un breve u ocupar más de una columna del diario. Sus contenidos carecían de orden o jerarquía. Se trataba de una sucesión cronológica de hechos unidos sin relación unos con otros, muchos de ellos sin trascendencia objetiva, que no siempre iban diferenciados por un encabezado. Sirva como ejemplo este de Eduardo Muñoz publicado en 1893:

Tiroteo en el Polígono

En la mañana de hoy y durante una hora se ha sostenido desde las avanzadas del Polígono un nutrido fuego de fusilería contra los moros. Estos se corrieron hacia la cañada llamada aquí de “La Muerte”. El número de moros que acudieron á este sitio era grande, pero estaban muy bien municionados, según pudo observarse por el vivísimo fuego que hicieron.

En Cabrerizas

Entre Cabrerizas Bajas y Altas, en un repliegue del terreno, ha habido durante dos horas un grueso pelotón de rifeños que hicieron fuego sobre el campamento. Hallábanse tan bien colocados los moros, que el fuego de cañón del fuerte inmediato ni les causó ni les podía causar daño alguno. Fue necesario destacar varias guerrillas, que desde Horcas Coloradas hicieron machas descargas, con las que consiguieron desalojar al enemigo de sus posiciones.

Más cañonazos

Por fortuna no hemos tenido que lamentar ninguna baja. Después del tiroteo hubo tranquilidad absoluta. Las fuerzas que están en el campamento hacen ejercicios. Solo turba este reposo el cañoneo de los fuertes que de cuando en cuando retumba en el espacio.

Un accidente

Un artillero, al hacer evolución una pieza rodada, fue atropellado, y una rueda la pasó sobre un pie. La lesión es de poca importancia.

El Temerario

El *Temerario* sale ahora hacia el Peñón para ver si allí ocurre alguna novedad y regresará en seguida.

En Frajana

Hoy era día de feria en Frajana; se ha visto á muy pocos moros, todos vestidos con jaiques blancos, señal de guerra entre estas gentes que, por lo visto, disponen de un vestuario abundante para indicar cuándo están de buenas y cuándo de malas. Hacia el poblado de Frajana, que según se supone no ha quedado destruido del todo, pasaron muchos grupos de rífenos.

Descubierta por Santiago

Es tal el deseo que las tropas tienen de entrar en operaciones que hoy, cuando por orden del general Macías salió de paseo el regimiento de dragones de Santiago, los bravos jinetes avanzaron, llegando hasta más allá de la puerta de Camellos. Ahí metieron espuelas a los caballos y se introdujeron de rondón en el campo moro. Hicieron una hermosa y completa descubierta, regresando a la plaza sin oír ni un solo tiro. Había muchos moros en las cañadas; pero no se atrevieron a foguear a los soldados porque les aterró aquel aluvión de jinetes.

La propuesta de recompensas

A las cinco de la tarde se han recibido aquí las propuestas de recompensa por los combates de los días 27, 28, 29 y 30 de Octubre y 3 de Noviembre. Comprenden a dos jefes, cuatro capitanes, ocho subalternos y 60 soldados. No debo ocultar que ha producido penosa impresión, porque en aquellas operaciones entraron 10 cuerpos y resultaron escasas las recompensas. (*El Imparcial* 15 de noviembre de 1893)

Como se puede observar, carece de una estructura, no se priorizan unos contenidos sobre otros en función de su gravedad. De hecho, se podría cambiar el orden de los párrafos y no hacerlo el sentido. Dentro de su rudimentariedad, sólo se aprecia una cierta ordenación cronológica. En cambio, en 1909 existían otros telegramas de últimas noticias más elaborados, en los que ya existía una organización de los contenidos que hacía más agradable y fluida la lectura, como este de José Rocamora, que se redactó en la etapa siguiente:

Noticias recibidas de Alhucemas comunican que al amanecer de ayer un pequeño grupo de moros, situado en las colinas y barrancos más próximos, hizo fuego nutrido contra la plaza. Las tropas contestaron con fuego también nutrido, secundándolo los cañones tan certeramente, que destruyeron las dos únicas casas que desde la plaza podían verse. El enemigo no desistió por esto en su ataque. Por el contrario, continuaron hostilizando todo el día y parte de la noche ocultos en los zarzales, chumberas y matorrales. Los cañones hicieron al enemigo numerosas bajas, y se les vio recoger los muertos y heridos. Nuestras tropas no tuvieron bajas; a pesar de que el enemigo ocupaba posiciones ventajosas. Durante todo el tiempo que duró el tiroteo los soldados dieron pruebas de entusiasmo, que en algunos momentos hubo que contener para que la calma y la serenidad se mantuviesen en las filas. A pesar de que el enemigo fue castigado ayer duramente, esta mañana, casi amanecido, reanudó el tiroteo. El fuego de fusilería sobre la plaza fue más intenso que el de ayer, y no cesó hasta cerca de las once de la mañana. Nuestras tropas y los cañones de las baterías contestaron con fuego nutridísimo. En este tiroteo, el enemigo ha tenido, como ayer, numerosas bajas. En nuestras fuerzas no hay que lamentar, por fortuna, ni siquiera un contuso. (*Heraldo de Madrid*, 8 de agosto de 1909).

Se trata también de un telegrama de última hora en el que se narran dos hechos que aparecen conectados temporalmente, pero su redacción aparece más estructurada, narrando primero lo sucedido, haciendo una comparación más detallada a continuación y terminando con la relación de bajas.

El género en el que los corresponsales se encontraban más cómodos para comunicar los acontecimientos fue la crónica. Esta permitía la narración de los hechos y dejaba espacio para una interpretación por parte de los corresponsales. Aquí entraban también las cartas enviadas por correo ordinario y las cartas telegráficas, según la denominación de la época. En este género encontraron gran valor al hecho de imprimir su estilo y narrar de manera diferenciada la información elaborada por ellos mismos, diferenciándose unos diarios de otros, y sobre todo alejarla de la transmitida en los partes oficiales. Los lectores también buscaron que les fuera mostrado y explicado el conflicto, en su contexto y con la documentación y las fuentes más pertinentes.

José Luis Martínez Albertos define la crónica como un “género híbrido”, justo entre los informativos y los “editorializantes” y considera que se trata de “un producto literario predominantemente latino”, casi desconocido en el periodismo anglosajón. Y explica que esta crónica latina es “una narración directa e inmediata de una noticia con ciertos elementos valorativos, que siempre deben ser secundarios respecto a la narración del hecho en sí. Intenta reflejar lo acaecido entre dos fechas” (Martínez Albertos, 1993: 346). En la misma línea se decanta Luis Alberto Hernando Cuadrado, para quien la crónica es un género híbrido, que participa a la vez de los rasgos de los géneros informativos y de los interpretativos, aunque concede un predominio de los primeros sobre los segundos (Hernando Cuadrado, 2000: 21-22). Clasifica las crónicas en dos grupos: las que cubren un lugar y las que cubren un tema. Al primer grupo pertenecen las de corresponsal en el extranjero y en consecuencia la de guerra. En el segundo se encontrarían las deportivas, taurinas, políticas, de sociedad, de sucesos y judiciales.

Partiendo de la definición de Martínez Albertos, se trata de una narración directa e inmediata de una noticia con elementos valorativos, secundarios (Martínez Albertos, 1993: 346), y por tanto, se ajustaba al relato de los sucesos del día de manera cronológica, permitía una explicación de lo que sucedía y daba cabida a alguna interpretación de la evolución del conflicto o sobre las decisiones de las que debían

informar. Las crónicas de la guerra de Marruecos resultan una fuente indispensable para los historiadores que buscan conocer el día a día de los sucesos del conflicto, a pesar de haber sido censuradas, y constituyen un patrimonio informativo y literario del periodismo español de primer orden.

Periodistas y escritores que se desplazaron al norte de África y que recorrieron Marruecos escribieron cientos de crónicas de diferente tipo, con temas, estilos y lenguajes diversos. La temática principal fue bélica, relativa a los ataques, las operaciones de reconocimiento y avituallamiento y sus preparativos, los cuerpos del ejército, el armamento, las infraestructuras militares, los atrincheramientos, el colonialismo, el valor del guerrero, el patriotismo, las víctimas, el odio, el dolor y la venganza. También las hubo críticas, de ambiente, sobre todo de Melilla, Casablanca, Rabat o Fez, y costumbristas, inspiradas en el exotismo de lo árabe.

Las crónicas de los enfrentamientos acercaron la guerra a los lectores desde el inicio, evolucionando desde el engolamiento literario y la épica heredera del periodismo decimonónico hacia contenidos menos literarios y más informativos pero igualmente moralizadores. Acabaron siendo el formato estrella y también sus autores, que gozaron de relevancia profesional y social. Rafael Gasset, director de *El Imparcial*, empleó este género para informar triunfalmente a sus lectores de la amplia superioridad de los militares españoles respecto de los rifeños:

Cada disparo de la artillería es seguido de gritos y bravos de los soldados. Las piezas de montaña disparan una granada. La seguimos, puede decirse, con la mirada. Cae en la trinchera mora con admirable acierto, vuelan por el aire entre tierra y piedras moros y caballos, y salen huyendo los atrincherados. Dos proyectiles disparados desde Cabrerizas se llevan por delante la mezquita mora, que cae en ruinas. Descubro un grupo de moros que saca arrastrando de la trinchera varios heridos o muertos por nuestra certera granada. ¡Bravo por la artillería! Sobreviene en esto uno de los momentos más angustiosos y al mismo tiempo más sublimes de la acción. Se vio adelantar al batallón de cazadores de Cuba desplegado en guerrilla bajo un fuego horroroso que se le hacía desde la trinchera mora. Entre polvo y humo le veo llegar silencioso y a la bayoneta hasta la trinchera. Es indecible la emoción que experimentamos cuantos le miramos con los ojos puestos en la masa del batallón y el corazón en la patria. Los Cazadores llegan al a trinchera y la desalojan con temerario valor a la bayoneta. Movidos por el mismo sentimiento cuantos presenciamos el hecho gritamos desde el fuerte: -¡Viva el batallón! El formidable empuje con

que los cazadores de Cuba se han ido sobre la trinchera les ha hecho rebasar el límite de la misma. La chusma mora huye dando gritos. (*El Imparcial*, 30 de octubre de 1893).

Entre 1893 y 1909 se produjo una ligera evolución de la crónica. Se reduce la exaltación gratuita a la patria, al rey y a otras personalidades y cualidades militares, y se presta más atención a la narración, que es más descriptiva, como se puede leer en Sánchez-Ocaña en *ABC*:

La morisma, cuya táctica es ya conocida de nuestras tropas, acercábase arteramente, y por medio de disparos sueltos pretendían provocar descargas cerradas, que ellos toman siempre como blanco, guiándose de los fogonazos; pero nuestros soldados, obedeciendo ciegamente y con admirable serenidad las órdenes de jefes y oficiales, destruyeron la táctica rifeña, economizando disparos a la vez. Esto confió a los cabileños, que avanzaron en dirección del Hipódromo y del zoco, haciendo nuestras posiciones avanzadas algunos disparos, a los que respondían los moros, dando con ello lugar a que la línea de tiradores hicieran rápidas descargas y fueran rechazados. Las piezas de artillería siguieron con disparos sueltos bombardeando los barrancos del Gurugú. (*ABC*, 26 de julio de 1909).

La crónica bélica continuó perfeccionándose con la llegada del periodismo de empresa, momento en que comenzó la aparición del reportaje. Lo que pierde de literatura lo gana en información. Aparecen excelentes narradores capaces de transmitir a través de sus palabras las imágenes de la guerra, reflejando la superioridad militar sin exaltaciones patrióticas. El enviado especial de *La Correspondencia de España*, Juan Mata, narraba así la reconquista de Nador en septiembre de 1921:

Antes que las guerrillas se aproximen a remontar la primera loma, un lanchón, situado cerca de Nador, sobre el cual hay una batería de montaña, rompe el fuego contra la playa. Se oyen los cañonazos algo lejanos y las blancas explosiones de los «shrapnells» ponen un aliento de vida en el muerto poblado. Tira la batería con intervalos, los necesarios para cargar y rectificar el tiro; pero parece que después de cada serie de disparos se detienen los artilleros, contentos de su obra, para examinar el destrozo. Un surtidor de agua se eleva en el mar cerca del lanchón. Es una granada enemiga. Los moros disparan desde las Tetas de Nador la artillería cogida a nuestro ejército. El Atalayón, que parecía esperar con anhelo este instante, despierta. Lanza cuatro granadas, casi simultáneas, que cruzan el aire, y le hacen vibrar como una tela desgarrada. Los latigazos secos, estridentes, de las detonaciones nos sorprenden. En el vértice del cono que forma la posición artillada por los moros, las explosiones levantan furiosos remolinos de polvo rojizo, que se esparce. Ha empezado el combate. Por la primera loma avanzan las guerrillas. Los soldados, a menos de mil metros de distancia de nuestra embarcación, suben ágiles y.

agazapados, y a los pocos pasos se detienen y se arrojan al suelo. El Atalayón bate la loma. La tercera caseta, con sus baterías, aumenta el fuego, y los obuses de la posición anteayer artillada contestan a las baterías enemigas. El general Berenguer, desde el Atalayón, contempla con sus gemelos el campo de combate y transmite órdenes, que se dan por teléfono, a la tropa. El fuego de artillería aumenta por instantes. Aquí surgen los resplandores de una nueva batería, que acaba de ser puesta en posición. Allí algunos fogonazos nos advierten de la presencia de otras nuevas piezas. Se oye un estampido formidable, espantoso, y en el barranco de Sidi Alí estalla algo que levanta un fantasma de humo blanco. Es que tira la escuadra... La explosión ha sido tan formidable, que los gases cenicientos se extienden por la entrada del barranco y la ocultan. Al estallar la enorme granada de 305, los gases, como en un juego pirotécnico, se elevan a muchos metros, formando como bucles o espirales, que pinten un nimbo de aristas que emergen de un rojo cráter. El aire ha temblado y ha azotado los rostros y el monte, herido en la piedra y en la tierra virgen, ha saltado en pedazos. Durante mucho tiempo, el viento se ocupa en remover y agitar los blancos flecos que la explosión ha dejado en el aire y el polvo negro va volviendo a la tierra y deja de nuevo transparente la atmósfera. (*La Correspondencia de España*, el 20 de septiembre de 1921)

Antonio de Lezama, que en 1925 fue empotrado con las tropas españolas en la toma de los picos de Malmusi, en los alrededores de la bahía de Alhucemas, demuestra su pericia narrativa:

Obedeciendo indicaciones del coronel, nuestra artillería empieza a funcionar, y por encima de nuestras cabezas cruzan silbando las granadas de 105. Por el barranco pasan como monstruosas orugas los tanques. Las baterías tiran sobre las primeras lomas de los cuernos de Xauen. Los blancos son realmente admirables. Hacia Morro Viejo vemos las siluetas de la jarka Varela, que avanza para descolgarse sobre la Cala del Quemado. Es un momento de honda emoción. Sin alterarse un punto, exclama Franco: — La sexta bandera que salga del barranco y se asome a las primeras crestas. ¡A Muñoz Grande, que vaya al asalto y que corone las primeras crestas! En plena batalla se intensifica extraordinariamente el tiroteo de fusil y ametralladora. Villalba avanza por la derecha de nuestro reducto con su jarka. Desde la casa fortificada tiran los moros con ametralladora. La aviación funciona con acierto; pero el número de aviones es reducido. Del crestón derecho y de nuestro reducto fortificado salen, en loca carrera, hombres y hombres, que, despreciando el diluvio de balas, van a meterse en el infierno del fuego enemigo. Se ordena a las baterías que prolonguen su fuego a los crestones siguientes, pues las jarkas van alcanzando sus objetivos, y así vemos a los soldados de Muñoz Grande coronar la primera cresta y continuar hacia las otras. Vemos venir al primer herido, que es un jarqueño que se apoya en un compañero. (*La Libertad*, 29 de septiembre de 1925).

Se trata de narraciones más limpias, ágiles, que incitan a continuar su lectura, donde se recoge con gran detalle y viveza un mayor número de hechos. Su lectura recrea el momento en el que fueron concebidas y es fácil imaginar el interés con el que eran leídas en la península para conocer la evolución de la ofensiva.

La crónica evolucionó hacia la descripción tras ser reportaje informativo -épico- en un primer momento. Unas fueron elaboradas y atractivas; otras, sosas, cargadas de tópicos y que no resisten el paso del tiempo. Desde el diario conservador *La Época*, Javier Betegón escribe una elogiosa crónica en un tono muy distante al que elaboraban otros colegas suyos:

Conviene insistir en el brillante combate sostenido el día 20 por la división del general Tovar. Tuvo importancia extraordinaria, y merced a este hecho de armas dominamos desde la península de Tres Forcas hasta las estribaciones del Gurugú. Los moros tuvieron en dicho combate más de cien muertos y 500 heridos. He tenido el honor de visitar al general Marina, que está satisfechísimo. Me dijo que la división Tovar regresaría hoy a sus campamentos, y que había comisionado al general Arizón para recibir a dichas tropas. Fui con este general, acompañado de su ayudante y el dibujante Goñi. En un llano que hay cerca del poblado de Frajana, el general Arizón dispuso que formase el escuadrón de Alfonso XII, que venía en vanguardia de la división Tovar. Este escuadrón, que ha conquistado en su carga títulos tan heroicos como los Lanceros del Rey en Treviño, tenía en este momento formados 56 hombres a caballo, a las órdenes del capitán D. José Álvarez Moreno. El general Arizón dijo, dirigiéndose al escuadrón: «Valientes oficiales, clases y soldados: os felicito en nombre de toda la Caballería»; y volviéndose á las otras fuerzas del arma, allí presentes, exclamó: «Ya tendréis ocasiones de alcanzar la misma gloria; pero hoy Alfonso XII merece todos los honores». Felicitó también al teniente coronel Cavalcanti, que se sumó a dicho escuadrón, siendo dicho jefe en la carga un brillante sable más. Terminó gritando: «¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Viva la Caballería española!» Estos vivas fueron contestados por los soldados, que vienen llenos de gloria y traen infinitos trofeos de su proeza. Un soldado gritó: «¡Viva el Ejército!» El escuadrón tuvo siete muertos y nueve heridos; siete caballos muertos y 11 heridos. (*La Época*, 25 de septiembre de 1909).

Como se puede observar, no todas poseían un fuerte ritmo narrativo o una acción trepidante. Sus formas eran variadas. Pero siempre existía una voluntad de proximidad al lector, a pesar de la censura. Las crónicas de guerra convirtieron en personajes muy próximos al soldado y especialmente a los generales, y confirieron relevancia profesional a los periodistas que las firmaban.

El deseo de los corresponsales era situarse en primera línea de fuego para escribir unas crónicas en las que se reflejara el espíritu mismo de la guerra. De los que fueron testigos de un ataque en primera línea, Domingo Blanco, de *Heraldo de Madrid*, que elaboró una excelente crónica del sitio de Cabrerizas, dominaba a la perfección el género y consiguió imprimir gran viveza y realismo a su relato, no exento de la rigidez de la época. Veamos cómo narró el momento de mayor intensidad de la batalla, cuando es abatido el general Margallo:

“Salen los sitiados, y del barranco temible en que durante toda la noche hemos sentido hervir a la morisma, surge como tromba de fuego, una espantosa descarga de fusilería. Escribo estos apuntes ensordecido por el estrépito de la lucha. Fijando mucho los ojos descubro entre el humo y la confusión de las fuerzas, a Margallo, animando a las guerrillas. Da pronto, cuando esperábamos un avance, todos vuelven precipitadamente rechazados por el enemigo. Para nosotros, la gente no hecha a estas visimas tragedias, la cosa es horrible. Parécenos que el enemigo se nos mete por las puertas. Es supremo el trance, soberana la exaltación. Cálase bayoneta, y al grito de ¡á ellos! salen otra vez los nuestros, y a su cabeza, siempre avanzando, siempre arengando, siempre bravo y delirante siempre el general Margallo. De pronto, el general cae como herido por un rayo. Cuantos hay en la puerta corren a recogerlo. Laboriosamente lo consiguen y lo traen muerto. ¡Muerto, con la noble cabeza atravesada por un balazo certero! Transcurre media hora inolvidable. Media hora, durante la cual, el genio de la angustia y del espanto lo domina todo. Repónense un tanto nuestros soldados, salen otra vez, y enseguida vuelven dejándose en el campo poco menos de la mitad. Como si unidos por el cariño de un ángel quisiera unirlos también la misma caricia de la desgracia, traen herido al teniente de artillería Saltos, futuro yerno del general Margallo”. (*La Vanguardia*, 3 de noviembre de 1893).

En cambio, la crónica de otro de los sitiados, Morote, resulta de la conexión de varios testimonios y la observación personal, con un hilo conductor, pero no es fluida. En este pasaje narra el mismo momento que Blanco. Nótese la diferencia:

Era uno de los momentos de más fuego y de mayor peligro. Margallo no atendió a consejos; se empeñó en salir. Ya una batería había vuelto precipitadamente, habiendo hecho solo dos disparos. Como que salir no era exponerse solo a los fusiles rifeños, era meterse en la misma boca de sus cañones. El general no se disuadió con nada. Pensamos todos que lo que intenta es un suicidio en que le acompañarán muchos soldados. A las últimas observaciones, que ni la disciplina puede contener, contesta “¡andando!”, y se pone al frente de la guerrilla, y sale con ésta y con Ortega. Las balas fríen a los soldados. Están tan cerca unos de otros, que a los nuestros que caen, los rematan los moros a pedradas. Creemos que nos van a tomar el fuerte. No queda más recurso que una desesperada carga a la bayoneta. Aquí dentro es terrible la ansiedad.

De pronto oímos unos gritos de desesperación: -¡Socorro, socorro! ¡Lo han matado! Los da Cuadrado, el ayudante del general. Delante de la garita, provocando las balas, esperándolas, se había puesto Margallo. Era un soberbio blanco y los moros, le apuntaron con todo sosiego. Le dieron en la misma sien, y cayó y rodó como una pelota. Dos soldados lo arrastraron hacia el fuerte. Al entrar, su cabeza rebotaba contra el puente. Ponemos el cadáver en una camilla y en ella quédanse los sesos. (*El Liberal*, 2 de noviembre de 1893)

Las crónicas de guerra sirven para construir un relato de un hecho del que el corresponsal es testigo. Transmite esa realidad al lector, que entiende como verídico el relato. En un contexto periodístico con artículos de opinión laudatorios, con noticias absolutamente controladas, el único resquicio que quedaba de libertad creativa para la información eran las crónicas, pero también se encontraban controladas totalmente por los censores. Si bien se ocultaron numerosos detalles y acontecimientos, existió una crítica constante hacia la propia censura y también a la actitud del Gobierno, para instar a un avance o a una ocupación pacífica, y a las condiciones en las que se encuentra la tropa, con la intención de que se mejoraran.

En cualquier caso, en las crónicas fueron la principal fuente informativa de la sociedad que quería saber de la guerra. Los diarios no tenían la competencia de ningún otro medio de comunicación, más que un incipiente cine en los momentos finales, y aquello que se publicaba tenía un impacto muy grande en la población peninsular. Incluso los diarios que no tenían enviados especiales buscaron la manera de publicar crónicas de la guerra de Marruecos.

Las crónicas recogían elementos literarios como los diálogos y las entrevistas, como fue el caso de Rocamora con el general Marina en 1909, que le reveló la exclusiva de un avance:

Después me atrevía a realizar la siguiente pregunta:

—¿Y avanzará usted?

—No sé—me contestó—. Eso dependerá de las circunstancias.

Quedó un momento vacilante, y después me dijo con firmeza:

—Sí; puedo asegurar á usted que avanzaremos algo.

—Lo cierto es—le repliqué—que esa bandera no se arriará y que no retrocederemos.

—Eso nunca—exclamó el general—. Usted sabe—añadió—que yo tengo aquí que realizar dos misiones: una, como general que soy en campaña, y otra, porque he de ceñirme a las órdenes del Gobierno; de modo que obraré poniendo siempre en armonía mis deberes de soldado con los que me imponga la obediencia á las órdenes que reciba de Madrid. (*Heraldo de Madrid*, 18 de julio de 1909).

La entrevista más destacada de todo el conflicto fue la que Oteyza consiguió hacer al cabecilla rifeño, Abd-El-Krim, un año después del desastre de Monte Arruit y unos pocos meses antes de la culminación de las negociaciones para la liberación de los soldados españoles hechos prisioneros. Se publicó en varias entregas desde el 8 de agosto de 1922. En ella el director de *La Libertad* inquirió por los aspectos de mayor polémica:

—Entonces, sidi — pregunté insinuante—, ¿estás dispuesto a aceptar la paz y la amistad con España?

—Siempre que no haya cosa que se relacione con ningún lazo de yugo.

—Pero el protectorado no es una dominación, y...

—No—responde rápido—; de ninguna manera. El protectorado es un nombre que se ha dado al modo de avasallar nuestros derechos. En tu Gobierno no tiene la palabra otro sentido.

—¿Así, pues, no queréis más que la independencia?

—Nada más.

3.1.2 *El lenguaje*

La evolución que la sociedad en todos sus ámbitos así como el conflicto experimentaron a lo largo de más de 30 años quedó reflejado también en el lenguaje y en el estilo de los textos informativos. Aunque existen diferencias entre corresponsales, en las primeras etapas, sobre todo en 1893 y hasta 1909 es posible encontrar un lenguaje más recargado, pomposo, elogioso y literario que el que aparecerá después. Se podría considerar una excepción el lenguaje que utilizó Peris Mencheta, que desde el inicio escribió de una

manera más ajustada al lenguaje periodístico actual, es decir, con limpieza y precisión, de una manera más directa y emotiva que sus compañeros, algo distante del tono mayestático propio de la época, lo que fue un ejemplo para muchos y el precursor del entonces conocido como estilo Mencheta.

A través de un vocabulario amplio se forjó un clima bélico general que sirvió para ensalzar al ejército español, que era “nuestro” y “valiente” y a los soldados, jefes y oficiales, que eran “valerosos”, “bravos” y “bizarros” y buscaban la “gloria”, o expresado de una manera más clara, cuando caían víctimas del fuego rifeño encontraban una “muerte gloriosa”. Por el contrario, el rifeño es invariablemente “moro”, al que con frecuencia acompañan los calificativos de cobarde, astuto, feroz y traidor. Un recurso estilístico para dar color a las crónicas y noticias fue el empleo de palabras españolas mal pronunciadas al estilo marroquí: *mujeras*, *fusilas*, y también las expresiones: *estar farrucos*, *estar gallinas*. La primera la asociaba siempre a la predisposición del ejército de España a realizar alguna ofensiva y la segunda la asociaba al estado de ánimo del día de los marroquíes para hostigar a las tropas españolas. Los periodistas más exacerbados recurrían a la épica patriótica citando a los Reyes Católicos y recordando la expulsión en 1492 de los pobladores musulmanes de España.

Una característica presente en la mayoría de las crónicas y telegramas y por supuesto entrevistas es el uso de los verbos en primera persona del singular, lo que imprime un fuerte personalismo, convirtiendo sus trabajos en una proyección de su personalidad y en un diario de la guerra. La censura, y la autocensura que supuso el patriotismo, impidió profundizar en los hechos pero no en el análisis ni en la crítica. Se basaron en una estructura informativo-narrativa, con gran profusión de detalles que carecían de relevancia para la audiencia, pero que disimulaban la carencia de profundidad y de información. En los últimos años las crónicas son igualmente literarias, menos pomposas, pero el lenguaje se vuelve informativo. Una crónica del desembarco de Alhucemas o de la toma del cerro de las Palomas en 1925 presenta diferencias importantes con una crónica del sitio de Cabrerizas o de los hostigamientos de los convoyes de 1893, salvo la de Domingo Blanco de *Heraldo de Madrid*, que ha resistido el paso del tiempo.

Pérez Bances, que se encuentra por primera vez ante el peligro de una batalla, describe de una manera muy evocadora el camino que le lleva hasta el frente francés tras el desembarco de Alhucemas:

Pasa de media noche. El automóvil corre por entre estos jardines y arboledas opulentos que hacen de Fez una ciudad única y deliciosa. La ruta signe un trazado caprichoso por entre huertas y parques dormidos. Poco después comienza a trepar por una de las lomas que dominan a Fez entre olivos centenarios. Es una pista recién construida; pero los camiones y automóviles de todas clases que la recorren incesantemente llevando tropas, municiones, vituallas a toda velocidad la han maltratado bastante, y una nube de polvo nos cerca. Una luna incipiente ilumina apenas con un halo lechoso los viejos olivos que sueñan a entrambos lados del camino. Vamos camino del frente francés (*Heraldo de Madrid*, 22 de septiembre de 1925).

Antonio de Lezama introduce, en una de las últimas crónicas del período el inicio del avance sobre el Monte de las Palomas tras el desembarco de Alhucemas:

Ya está todo preparado. En el mar, los barcos de guerra y mercantes, uno de los cuales, por cierto, se hunde lentamente en la playa de la Cebadilla; en el cielo, los aviones y el dirigible vuelan con el ronquido ensordecedor de sus potentes motores, llevando en su interior o colgados de las alas los terribles proyectiles de trilita; los soldados marchan en interminables filas, y bajan hacia el río Tislit. Otro tanto debe ocurrir en la columna de Melilla, a la que vemos bajar de Morro Viejo, la posición intermedia y las posiciones de retaguardia, para reconcentrarse sobre las pendientes que bajan a Cala Bonita y el valle que hay entre Tara Mará y monte de las Palomas, y que sube hacia el collado que une el Cónico con Buyibar. (*La Libertad*, 6 de octubre de 1925).

Se trata de crónicas informativas con un marcado personalismo, pero que inducen a una lectura más amena, que van a suponer un punto de partida para las crónicas que algunos de ellos escribirán durante la Guerra Civil.

De la tipología encontramos tanto las descriptivas, que se acercan al reportaje, como las doctrinarias, que se acercan al discurso. Si la columna de opinión permite la expansión del autor en la exposición de su juicio, la crónica se aproxima a la dimensión genérica de los sucesos, de la realidad. Como si el lector contemplará *in situ* la realidad donde silban las balas y estallan los obuses.

3.1.3 *Las fuentes*

Los corresponsales que cubrieron el conflicto hispano-marroquí encontraron dificultades importantes de acceso y en algunos momentos incluso para recabar de fuente fidedigna algo de información. Como contrapartida, la carencia de noticias hizo que proliferaran los rumores y que circularan de manera irremediable. El Gobierno lo sabía muy bien y no dudó en alimentarlo en los momentos de mayor tensión. Justo todo lo contrario que sucedía cuando había algo positivo que comunicar, momento en el que el general, el ministro o el presidente buscaban la proximidad del periodista.

La dependencia del Gobierno por parte de las redacciones centrales, y del Gobernador militar y los jefes por él autorizados por parte de los corresponsales marcó durante todas las etapas el contenido de las crónicas y de los telegramas. No obstante, también se dio una relación de cooperación. Los periodistas necesitaban historias de valor y patriotismo que presentar a unos diarios en plena expansión empresarial, y los militares, más allá del interés de reclamar un reconocimiento a su acción en África, aprendieron que la presencia de su nombre en la prensa mejoraba su consideración entre la jerarquía castrense y podía contribuir a la consecución de un ascenso, que al fin y al cabo era uno de los objetivos de su presencia allí. La relación diaria y de proximidad no significó que el corresponsal se sometiera al interés del Ejército más allá de lo que la censura imponía, a parte de los casos de autocensura que de manera expresa se produjeron, porque las críticas, quejas y lamentaciones fueron constantes durante todo el tiempo. Sólo cabe citar como excepción aquellos periodistas que representaban a los diarios con una línea editorial afín al Ejército o al Gobierno.

Los periodistas que se desplazaron a África apenas pudieron informarse de manera personal y directa de lo que sucedía en el frente, debido a la restricción de movimientos, si no era por la vía del servicio de prensa militar, los partes oficiales, escasos en contenido, que se distribuían tarde. Esta fue la fuente oficial que manejaron en todo momento, de manera intensiva, y que resultó insatisfactoria porque no sirvió ni a las necesidades ni a los intereses de los corresponsales al estar estrechamente vinculada con la censura y la propaganda y no adecuarse a los tiempos de su rutina productiva. También funcionaba la estrategia contraria de los servicios de prensa, que consistía en

abrumar al periodista con una cantidad de detalles y datos superfluos sobre operaciones y material, de la que no era fácil abstraerse, y que se utilizó en las etapas posteriores.

Sobre el terreno los corresponsales buscaron alternativas a través de oficiales y soldados de algunas unidades determinadas, como los que procedían de alguna operación militar, los que estaban alojados en los barrios periféricos y posteriormente los aviadores. Pero su inclusión como fuente solo se podía hacer si era autorizada por la censura, por lo que en la práctica, poca información se podía aprovechar, lo que además anulaba cualquier exclusiva que se pudiera obtener.

El carácter único de la fuente informante, que además controlaba el servicio telegráfico, dificultó no solo la transmisión, sino la confirmación por parte de los corresponsales y también por parte de las redacciones centrales. Si además, sucedía que la otra fuente oficial, la gubernativa, enmudecía, como sucedía en caso de severo revés, el corresponsal y la redacción central quedaban incomunicados, con lo que se dificultaba todavía más el trabajo. Al diario no le quedaba más remedio que buscar discretamente otra fuente fuera del circuito oficial. Las compañías con intereses en Melilla, mercantiles o financieras, que solían tener una información muy actualizada, auxiliaban en muchas ocasiones a los periódicos en este sentido. La redacción central de *La Correspondencia de España* de 31 de octubre, antes de recibir la información de su corresponsal por encontrarse interrumpido el servicio telegráfico, publicó: “Por confidencias reservadísimas de algunas importantes casas de Banca, hemos comprobado la noticia de haber obtenido ayer en Melilla nuestro ejército una victoria”. Apunta que los grandes centros de banca y mercantiles tienen noticias de los sucesos graves antes que los gobiernos, y lo justifica afirmando que “en la Bolsa se supo el pronunciamiento de la escuadra española en Cádiz en 1868 tres horas antes que el Gobierno y la reina” (*La Correspondencia de España*, 31 de octubre de 1893). El mismo diario recoge ese mismo día que:

“el corresponsal de una importante publicación extranjera, refiriéndose a noticias recibidas en una casa de comercio de Gibraltar, confirmaba esta tarde los rumores de haber obtenido nuestras tropas una completa victoria sobre los rifeños en el día de ayer” (*La Correspondencia de España*, 31 de octubre de 1893).

De hecho, Silva, el corresponsal de ese diario en Lisboa, cuando informa de Brasil aludía a estas entidades al mismo nivel que las agencias de noticias:

“Son esperadas con ansiedad en Lisboa noticias de la insurrección brasileña, pues poco adelantan sobre aquellos sucesos las que se han recibido últimamente en los diversos centros bancarios de esta capital” (La Correspondencia de España, 31 de octubre de 1893).

Los corresponsales también recurrieron a los aldeanos de las cabilas del entorno de Melilla, que entraban a comerciar, para preguntarles por la situación en el exterior. No les conferían gran credibilidad salvo excepciones, así como a algunos comerciantes hebreos de Ceuta y Melilla y viajeros.

De hecho, ante la opacidad informativa, entre los periódicos hubo una competencia por ganarse a los lectores poniendo la credibilidad como reclamo, asegurando que sus corresponsales tendrían acceso a fuentes que otros compañeros tenían veladas.

Los propios periodistas que se encontraban en el norte de África acudían al circuito de retroalimentación. Además de la prensa nacional, que se distribuía una vez censurada, se informaban del desarrollo del conflicto por la prensa francesa que llegaba a otras ciudades de los actuales Marruecos y Argelia. Esos artículos resultaban la base con los que elaborar sus propias crónicas a través de la crítica de su contenido, al que restaban credibilidad por proceder de Francia, cuyo gobierno tenía interés en influir sobre el español. Pero a diferencia de la guerra con Cuba en la que las agencias de noticias estadounidenses influyeron sobre la información que del conflicto se tenía en la sociedad española, en la guerra con los rifeños no hubo ese colonialismo informativo. Los corresponsales españoles fueron la primera fuente informativa para la sociedad española, pero la escasez de fuentes confiables disponibles hizo que la información que publicaran los diarios tuviera un elevado número de elementos en común y no sirviera para que la sociedad supiera lo que estaba pasando en realidad. Y no por desplazarse hasta África obtuvieron mejor información. Melilla y Ceuta concentraron las fuentes oficiales en el protectorado español de Marruecos, desde donde se atendía a los periodistas, destacando también Tánger como interesante para la obtención de informaciones por su carácter de ciudad de tránsito internacional. Orán y Casablanca lo fueron en el protectorado francés. La pobreza de fuentes produjo pobreza informativa.

Las fuentes oficiales no ayudaron a realizar su trabajo, más bien al contrario, trataron de sumirlos en el mayor de los desconocimientos y se dieron situaciones dolorosas como tras la caída de la comandancia general de Melilla en 1921 en la que ni siquiera sabían lo que pasaba en las posiciones avanzadas, ni se aventuraban a salir.

El ambiente de incertidumbre general en el que se desenvolvían los corresponsales hacía que pasaran mucho tiempo narrando historias de valor humano, escribiendo sobre meras especulaciones y haciéndose eco de los rumores o desmintiendo informaciones que publicaban otros diarios. Los cafés y muy especialmente el Casino Militar de Melilla se convirtieron en los principales mentideros que frecuentaron. Debieron realizar un ejercicio de desenmascaramiento de la realidad que se les presentaba para evitar su propio engaño y el de los lectores y aguzar el instinto para descubrir alguna pista que les llevara a alguna información consistente, como sucedió con el telegrama que la agencia Fabra transmitió, fechado el 22 de julio de 1921, a las 5.30 de la tarde, en Cádiz, con carácter de urgente que decía:

“Cuando se disponía a zarpar con rumbo a Vigo y Bilbao el trasatlántico Ciudad de Cádiz, recibió orden del Gobierno de desembarcar el pasaje y hacerse a la mar con rumbo a Ceuta, donde debe recoger tropas de refuerzos para el ejército de operaciones de la zona de Melilla”.

A partir de ese momento, los periodistas trataron de confirmar la noticia en los centros oficiales, pero no se les confirmó hasta el día 23 en que el ministro de la Guerra, Luis de Marichalar, a través de una nota que entregó a los periodistas a las 12:30 horas, no se comunicó a la prensa la noticia de la pérdida de las posiciones de Igueriben y Annual y la muerte del general Silvestre.

El reto de los corresponsales durante el conflicto fue las dificultades de acceso a fuentes no oficiales con información fiable, abstenerse del dirigismo de las fuentes oficiales y de la complacencia y superar la opacidad de las fuentes para poder narrar lo que estaba sucediendo y hacer una interpretación de ello. Si no lograron lo primero, por culpa de la censura, hasta que algunos de ellos publicaron sus libros, acertaron plenamente en lo segundo, demostrando poseer una de las cualidades más apreciadas en el periodismo, la capacidad de análisis de la realidad.

3.1.4 Los escenarios

La construcción del discurso narrativo se fundamentó en unos elementos fijos y en otros variables. Entre los primeros se encontraban los escenarios del propio conflicto, que fueron ampliándose según pasaron los años, aunque sobre todos ellos destacó Melilla, como principal referente, y sus subescenarios: los fuertes y los barrios de la ciudad; el monte Gurugú, el monte Atalayón, Mar Chica y la bahía de Alhucemas, que se convirtieron en escenarios bélicos de gran simbolismo, sobre todo el barranco del Lobo y Monte Arruit. Corresponden a los lugares en los que se producían las victorias y las derrotas, donde se celebraba un cañonazo certero o se recogían los cadáveres de los soldados, en definitiva, donde sucedían las noticias.

Rocamora de *Heraldo de Madrid* dotó de una fuerte carga emocional uno de aquellos escenarios:

“Visité esta mañana el barranco del Lobo, el siniestro lugar donde se libraron los tremendos combates del 23 y 27 de julio. Los jefes y oficiales del batallón de las Navas estaban cumpliendo allí con su deber. El imperio de las armas españolas ha convertido en sitio completamente nuestro aquel lugar donde tan combatidas fueron nuestras fuerzas, y donde tan generosamente se derramó sangre de nuestros soldados. Pude recorrer el célebre barranco y pasear sin cuidado por donde, desde el 9 de julio, era imposible poner la planta sin seguro riesgo de la vida” (*Heraldo de Madrid*, 27 de septiembre de 1909).

El escenario de la otra gran tragedia que narraron los corresponsales y cuya imagen trasladaron los fotorreporteros a España fue Monte Arruit. Augusto Rivero, de *El Imparcial*, describió la fortaleza en relación a la muerte:

“En el recinto fortificado, todo ruinas y desolación, todavía es más salvaje el vaho de crueldad que flota sobre el monstruoso cementerio. Por dondequiera, entre escombros, restos profanados, mutilados, indignificados. Aquí, en la enfermería, donde se remató a un montón de muchachos inermes, que aun conservan residuos de vendajes sobre las desgarraduras de las heridas. Más lejos, en el que fue camposanto de héroes, revueltas sepulturas, míseros despojos en putrefacción pregonan la obra de la codicia incapaz de defenderse ante ningún respeto humano. Y así en todas partes, así en todos los que fueron edificios; donde se ponen los ojos hay muertos, muertos, muertos... Mil, dos mil, tres mil. ¡Quién sabe!” (*El Imparcial*, 29 de octubre de 1921).

Por el contrario, Rodríguez de Celis, de *La Correspondencia de España*, describe la vista desde el Gurugú, un monte estratégico para la defensa de Melilla, horas después de su toma por el ejército español en 1909. Con la euforia propia del momento, el monte dejaba de ser hostil y amenazador:

“Ambos picachos alcanzan una elevación grandísima. Desde los dos se dominan inmensas extensiones por todas partes. Tienen ambos una altura aproximadamente igual. Parece, sin embargo, á simple vista ligeramente más alto el de la izquierda. La ascensión ha sido durísima por la naturaleza de aquellas alturas, cubiertas de breñales, que crecen entre las rocas, y salpicadas de peñascos verdaderamente molestos. Desde los puntos culminantes de los dos picachos la vista se pierde en grandes barrancos, enormes simas y abismos insondables. Es el panorama soberbio y bravío. Su contemplación suspende el ánimo y lleva al alma raudales de emoción infinita” (*La Correspondencia de España*, 30 de septiembre de 1909).

El territorio del norte de África era prácticamente desconocido para el ejército español. Se carecía de mapas topográficos y otros elementos que pudieran ayudar a la hora de recorrerlo o de hacer incursiones. Por este motivo, cuando los periodistas se distanciaban de Melilla y llegaban a los límites de la zona neutral o seguían a las columnas fuera de ella, esos territorios se convertían en hostiles. Y así van a ser considerados siempre, destacando los peligros que podían acechar tras cada barranco, la ausencia de manantiales o ríos donde beber o la escasa vegetación, que cuando existía era el lugar en el que se ocultaban los rifeños para emboscar a las tropas españolas. Existió en todo momento un sentimiento de periodismo de frontera entre los corresponsales. Melilla cobró en esos años un halo especial, de ciudad refugio y descanso y punta de lanza de la hispanidad rodeada de enemigos por todas partes, que los corresponsales se encargaban de ampliar en sus crónicas describiendo con detalle el aspecto y la vida en ella, acercando a los lectores una geografía lejana, haciéndosela familiar a fuerza de repetir sus nombres. Como contrapunto narraban el peligro que se corría fuera de los límites del territorio, el cerco que suponían los hostigamientos diarios, las hogueras que se encendían por la noche en las alturas del Gurugú y las trincheras que cavaban dentro de los límites del territorio español.

Los grandes tótems fueron el Gurugú y los fuertes, sobre todo antes de los años veinte. Los periodistas visitaban con gran frecuencia las guarniciones establecidas en aquellas fortalezas, que conocemos gracias al trabajo de los ilustradores y los fotoperiodistas,

que encontraron en ellos un punto de referencia para sus trabajos. Desde los fuertes oteaban a los rifeños, en su interior recababan historias de la tropa y de las operaciones que se hacían con base en ellos.

La importancia de los fuertes nos la da Luis Morote después del asedio al de Cabrerizas Altas, en el que murió el general Margallo en octubre de 1893, y aprovecha para criticar uno de los puntos débiles de su defensa: el abastecimiento, que se hacía mediante convoyes, al igual que sucedió con los blocaos en los años veinte:

“Los fuertes se han hecho para defender la plaza. Sólo á este título se reconoce y se recomienda su utilidad. De tener, como ahora, que defenderlos y que mantenerlos Melilla, podría prescindirse casi en absoluto de su existencia. Con las puertas cerradas, levado el puente, en perfecta incomunicación con la plaza, cada día que se va en su socorro déjanse numerosas bajas en el camino; cualquiera diría que se va a hacer una carretera de sangre a Sidi Aguariach. Alguien ha pensado que si la caricatura pudiera llegar a estas cosas de África y poner de relieve torpezas y desaciertos, podría pintar una larga fila de tropas de infantería y artillería, llevando con cuidado sumo, bien a Camellos, bien á Cabrerizas Altas, no un considerable repuesto de víveres y municiones, que la más vulgar previsión debiera contener sino un... sorbete” (*El Liberal*, 9 de noviembre de 1893).

Para hacernos una idea de las distancias entre los fuertes, la ciudad y los hitos orográficos, dentro de los cuales se desenvolvían los corresponsales, Sánchez-Ocaña, de *ABC*, transmite a sus lectores una pequeña descripción al llegar a Melilla en 1909:

“Y así, cuando se pisa Melilla -en un día de fuego, sobre todo-, y desde el mismo desembarcadero, se advierten á simple vista, con fijos contornos, campamentos, y cuarteles y fuertes, que no parece sino que con la mano se van á tocar, y el Atalayón, que en los mapas veíamos tan lejos, y que está ahí perfectamente recortado, sobre todo cuando se pueden ver, como hoy, después del ataque nocturno, veía yo con unos lentes prismáticos moverse a los soldados de uno y otro campamento, hasta el monte dicho, practicando la descubierta, se comprende que se diga que la plaza asiste a la campaña” (*ABC*, 29 de julio de 1909).

3.1.5 Los agentes

Los protagonistas de las historias que narraban los corresponsales eran los jefes militares. Las noticias y las crónicas están repletas de sus nombres y cualidades positivas. En proporción a la jerarquía castrense, los oficiales también percibían cierta relevancia periodística, quedando en último lugar los soldados como grupo, salvo

cuando excepcional e individualmente se le distinguía como héroe, categoría que se aplicaba muy especialmente a la cúpula militar. Esos militares, que se hallaban inmersos en una atmósfera de corrupción, indisciplina y prácticas antirreglamentarias eran transformados por los corresponsales en los textos periodísticos en líderes infalibles, valientes guerreros, generosos al dar su vida por la patria, momento en que alcanzaban la gloria. Eran los buenos, porque eran los nuestros, y los rifeños eran el enemigo porque habían atacado la acción civilizadora de España en Marruecos. Se trataba de un planteamiento maniqueo.

La loa no era únicamente cosa de redactores. El propio director de *El Imparcial*, López Ballesteros, se fijó en la figura del general Marina, en 1909, en una actitud que se manifestó de manera particular en Mencheta, Escobar, Gasset y otros directivos de diarios con todos los máximos responsables militares de Melilla:

“Yo pensaba admirado: ¿Cómo podrá este hombre conservar esta fría, esta imperturbable serenidad en semejantes circunstancias?... Desde esa hora comencé á formarme una idea exacta de la característica del valor militar del general en jefe”. (*El Imparcial*, 10 de agosto de 1909).

En este sentido, el trabajo de los fotoperiodistas vino a reforzar esta dimensión que dieron los corresponsales a los militares, porque por primera vez podían ser observados por los lectores desde la península, conocerlos e identificarse con ellos. No obstante, perdían su condición humana para convertirse en grandes líderes, especialmente los generales Margallo, Martínez Campos, Marina, Fernández Silvestre, Sanjurjo, Berenguer y otros comandantes cuyas hazañas eran elogiadas constantemente por los periodistas. Se alababan cualidades psicológicas como su inteligencia y habilidad, y otras como el valor, el esfuerzo, el compromiso con la patria. Era una descripción superficial, que no iba más allá. Esto surgía de la observación directa y de la relación de proximidad que mantenían. Los corresponsales elegían al protagonista de sus crónicas, aunque el personaje también podía elegirlos a ellos por propio interés, y a continuación lo investían de unas cualidades y una acción que lo engrandeciera. Lo que sucedía era un fraude periodístico, porque se exageraban tanto sus cualidades como las operaciones que realizaban, convirtiendo en valor la temeridad en la carrera por conseguir un ascenso, la indisciplina en todo lo contrario y simples hostigamientos de convoyes rutinarios de aprovisionamiento en feroces combates. Si se hubiera

profundizado en las descripciones y se hubiera hecho con honestidad, se hubiera descubierto con facilidad ese engaño, pero en las noticias los líderes militares aparecían como héroes cuando en realidad la cobardía era un rasgo que caracterizaba a muchos de ellos, únicamente preocupados por el ansiado ascenso.

Otro protagonista habitual de las noticias fue el propio periodista, que utilizaba la primera persona del singular en sus textos y aparecía su foto en el propio diario, incluso acompañando a las noticias que firmaba. Esto lo hizo sobre todo Rocamora en *Heraldo de Madrid* (ver página 150) en 1909 y testimonialmente Pedro de Répide y Leopoldo Bejarano en *El Liberal* (ver página 179) en 1909 y López Rienda en *El Sol* en 1925 (ver página 230). También era frecuente encontrar fotos en las que aparecían periodistas y fotógrafos durante su jornada laboral en las revistas ilustradas y así se destacaba en los pies de foto. Esto era un hecho que se aceptaba con naturalidad y convertía las crónicas en un diario personal de la guerra. Sería inadmisibles hoy como ejemplo de buen periodismo. Sin duda sería considerado como una plataforma de autopromoción que por lo reiterativo se relacionaría con la megalomanía. Ciertamente, muchos de ellos llegaron a África en busca de prestigio profesional, como era el caso de redactores o escritores, incluso cuando ya no lo necesitaban, sobre todo en las primeras etapas, como los directores de los diarios.

No obstante, el predominio de la personalidad del periodista sobre el contenido informativo puede tener otras consideraciones. Más allá de ser un estilo frecuente en la época, puede ocultar también un trabajo realizado indebidamente. En todo momento, los periodistas remarcaban la circunstancia de haber sido testigos de tal o cual hecho u operación militar para dar credibilidad a su versión de lo sucedido. Si bien el periodista debe dar fe de los sucesos, los testigos son quienes deben figurar como protagonistas. El protagonista de la noticia no puede ser el periodista, ni tampoco el general. El soldado era el auténtico protagonista y muy pocas veces aparecía como tal en las narraciones.

Este recurso estilístico era utilizado por un elevado número de corresponsales, aunque no por la totalidad. Algunas informaciones parecían auténticos diarios de la guerra, hora por hora, como las de Mencheta, pese a lo cual eran totalmente informativas y estaban dotadas de la mayor credibilidad. Martos de la Fuente formaba también parte de la

noticia, explicando su manera de obtenerla, como si haciéndolo así quisiera ganar transparencia frente a la censura:

En mi interés por referir a los lectores de LA CORRESPONDENCIA lo que ocurra en los fuertes, establezco por ahora mi cuartel en el de Camellos, donde se halla también el primogénito de los condes de Caserta, simpático teniente de artillería; los oficiales de la propia arma D. José Gómez Lacalle y D. Ángel Grao; y los de infantería capitán D. Luis Peláez y primeros tenientes D. Manuel Dasí, D. Antonio Rodríguez y D. Gonzalo de la Pezuela, todos apreciables y sumamente tratables, que me hacen una acogida lisonjera. Vean ustedes como mato dos pájaros de un tiro, pues sin perder de vista las operaciones, que examinaré detalladamente, con un hermoso antejo de que dispone el fuerte, estoy al lado de los tiradores que manda mi querido amigo el distinguido oficial Sr. Cabezas, y seguiré las peripecias de un nuevo empleo que va a darse al Maüser desde la importante posición de Camellos. (*La Correspondencia de España*, 7 de noviembre de 1893).

En otras ocasiones, el protagonismo del periodista se combinaba con la expresión de sus sentimientos personales. La relación que surge entre informadores y militares quedó también reflejada en los momentos más dolorosos, como en el caso de Rocamora, tras ser acibillada la columna del coronel Cabrera, quien realizó un avance sin autorización a finales de julio de 1909 y falleció:

Regreso del campo hace un momento para depositar estos despachos. Los periodistas hemos tenido un día también rudo. Aparte de la impresión consiguiente a la desgracia de ver morir valerosos soldados, ilustres jefes y oficiales y algunos amigos íntimos, con los que convivía fraternalmente desde mi llegada, hemos tenido que andar lo indecible para formar ligero juicio sobre lo que sucedía, sufrir los rigores de un sol y de un calor que a veces desvanecía y aun correr algunos pequeños riesgos, inevitables en esta clase de informaciones. Un recuerdo tristísimo para mí es el del heroico coronel Álvarez Cabrera. Anoche estuve en su tienda de campaña. Caballeroso y amable como siempre, invitóme a cenar con él, cosa que había hecho yo ya, por lo que no pude aceptar. Acompañélo un rato, y hablamos mucho de la campaña, de sus ilusiones, de su segura confianza en un brillantísimo triunfo, de nuestras esperanzas de resurgimiento nacional, de todo lo que dos hombres serenos y amantes de su patria y su ejército, suelen hablar en el campo de batalla. (*Heraldo de Madrid*, 27 de julio de 1909).

Una manera de suavizar la primera persona del singular era mediante el uso de la primera del plural, lo que era del gusto de otro buen número de corresponsales, que no renunciaban a protagonizar su trabajo. Teresa Escoriaza, como otros compañeros suyos,

lo utilizó en unos relatos con perfil literario, ejerciendo de narrador omnisciente, atrapando al lector en la aventura:

Habíamos intentado ir a la línea de fuego atraídos por las noticias que de la empeñada acción llegaban a la plaza pero sin tiempo para solicitar el automóvil en la Alta Comisaría, tuvimos que tomar un coche de alquiler. Esto hizo que nos quedásemos a menos de la mitad del camino. El cochero, bravamente, apenas dejamos la protección del campamento de Cabrerizas, se negó a seguir. -Si los caballos fuesen míos..., dijo para indicarnos lo indomable de su valor. Mas los caballos no eran suyos, y no se podía exponer a que los matasen. Seguimos a pie un rato, y al fin hubimos de sentarnos en el borde de la carretera. (*La Libertad*, 21 de septiembre de 1921).

La elección por parte del periodista de la persona verbal es una manera de influir y manifestar su opinión, y la mayoría de los que se escribieron tuvieron esta característica. Un texto se puede escribir en cualquiera de las personas y tiempos. Los corresponsales eligieron mayoritariamente la primera persona del singular, y desde ese momento se convierten en narradores con licencia para reflejar opiniones, que son parte de la acción. En lógica, se implicaron y tomaron abiertamente posición. Mantuvieron un conflicto moral interno entre el deber patriótico, forzado por los censores, y la narración de la verdad, objetivo de la práctica totalidad de los corresponsales que acudieron al conflicto. Y aunque no pudieron narrar libremente el conflicto, lo criticaron desde el inicio, mostraron su perplejidad, su indignación, su enfado e incluso compasión por aquellos soldados que se enviaban desde la península a un futuro incierto. Este protagonismo intencionado se hallaba acentuado por sus prolongadas estancias de cobertura, que podía llegar a ser de más de tres meses. Como se ha referido anteriormente, solo unos pocos corresponsales de los que realizaron la cobertura conocían ampliamente la zona y la cultura árabe o rifeña. De entre estos cabe destacar los que se habían instalado hace algún tiempo en la región y vivieron los periodos de calma o los que eran los corresponsales habituales. El caso más relevante de estos últimos fue Méndez, de *El Imparcial*, que dio la exclusiva del ataque de 1893. Estos periodistas tenían la posibilidad de hacer un análisis más exacto de la situación. Aunque para Rodríguez de Celis parece que un conocimiento más profundo de los rifeños resultara precisamente un obstáculo para hacer un vaticinio sobre el desarrollo del conflicto:

“Enviaros una opinión acerca del porvenir es muy difícil, pues en mi larga estancia en Marruecos he aprendido que aquí está todo subordinado a la versatilidad de los moros, o mejor dicho a su condición traidora, que hoy les hace decirse amigos leales y mañana les impele a asesinar al supuesto amigo” (*La Correspondencia de España*, 11 de julio de 1909).

El corresponsal representaba a un medio de comunicación, a una empresa, a una ideología política y a una concepción del mundo. Esto último se veía acentuado por cubrir una guerra de tipo colonial. La potencia española, heredera de un imperio en el que nunca se ponía el sol, civilizaba unos salvajes primitivos. La influencia en el conflicto no se limitaba a la elección de la primera persona, ni por supuesto a la selección de los contenidos que incluirá en sus narraciones. La presencia de los corresponsales motivaba la adopción de medidas específicas por parte del Gobierno y del Ejército, como se ha reflejado en sus comunicaciones, y alteraba el curso de los acontecimientos. Por el bando español, ya se ha referido el trato distinguido que un amplio número de la jerarquía militar deseosa de ascensos dispensaba a los informadores. En cuanto a los rifeños, siempre desconfiaron de la veracidad de sus declaraciones. ¿Qué valor tienen unos testimonios tomados con el condicionamiento de la presencia de militares españoles y con el objetivo de espiar en el interior de las plazas o en el más inocuo de los casos dedicarse al comercio de subsistencia?



Ilustración 65. Un camión lleno de cadáveres hallados en Monte-Arruit. Foto: Alfonso.

Mundo Gráfico, 4 de noviembre de 1921

Las noticias de los desastres que escribieron los corresponsales revelaron a la sociedad el horror de la guerra, sobre todo tras el barranco del Lobo en 1909, pero lo que escandalizó fue las fotos del horror de 1921 de Monte Arruit que tomaron sus compañeros los fotoperiodistas, tanto Alfonso hijo como Lázaro. Es la influencia del periodismo al desarrollo de la guerra.

Debe ser consciente de estas limitaciones para abordar la realidad e incluso, si quiere ser realmente honesto, debe mostrar estas limitaciones para que el lector entienda de qué razonamiento proviene la interpretación de la realidad. En la mayoría de casos, la actuación del periodista frente a los hechos no corresponde a la de un ciudadano corriente, suele disponer de más recursos y preparado y no puede asumir el rol de soldado. El periodista puede escribir una crónica desde la visión del otro cuando escribe en tercera persona y utiliza como focalizador a alguien que ha presenciado los hechos.

Tanto en 1893 como en 1909, existen corresponsales que llegan con un conocimiento del territorio y la población, Rittwagen, Boada, o que incluso se encuentran residiendo en la zona, a diferencia de 1921, que llegan todos tras producirse los desastres de Abarrán y Annual y por su puesto, la operación de desembarque en Alhucemas. Sus relatos se distinguen por iniciarse en el momento de su llegada, frente al narrador local, que cuenta con la ventaja de que su crónica comience antes de que sucedan los hechos. Lo repentino del ataque de las obras del fuerte de Sidi Guariach en 1893 no era inesperado por el ejército y el Gobierno, pero sorprendió a casi toda la prensa, que acudió en masa y aún pudieron narrar algunas escaramuzas, de las que la de Cabrerizas fue la más seria. La circunstancia de periodista residente le valió a Méndez la exclusiva de la guerra. En 1909 se repitió el mismo patrón. Unos obreros sin escolta era algo que los rifeños no pudieron resistir para tomarse represalias. Y nueva oleada de periodistas a Melilla. Sólo De Celis llevaba ventaja, pero no pudo apuntarse la exclusiva, que se anotó el periodista del *Heraldo de Madrid*, debido a un retraso en la entrega de los telegramas de su corresponsal a *La Correspondencia de España*. El caso de 1921 fue bien distinto, debido al exceso de confianza de la máxima autoridad militar; pero no había más periodistas que alguno residente en Melilla, y los que llegaron, tardaron en publicar. En 1925 la operación de desembarque había sido programada con anterioridad y había un buen número de corresponsales esperando desde hacía varias semanas el

momento. Además, se organizó su confinamiento en alta mar, desde donde observar la maniobra.

3.2 El control del flujo informativo

3.2.1 La aplicación de la censura

De manera muy escueta, el diccionario de la Real Academia Española define censura como la intervención que ejerce el censor gubernativo. En realidad es algo mucho más complejo y tiene múltiples vertientes, como la censura militar, la política o la gubernativa, entre otras. Puede entenderse como la supresión de contenidos contrarios a los intereses bien sean de los partidos políticos, del gobierno de turno o del ejército. Precisamente en tiempos de guerra, los periodistas han encontrado siempre dificultades, no ya para acceder al frente, sino simplemente a la hora de informar. Se han tenido que enfrentar a la censura, a la propaganda y en cualquier caso a la persuasión. Lamentablemente, los periodistas han salido perdiendo, y con ellos la sociedad, que no ha podido conocer la realidad de lo sucedido. No es banal aquel argumento del senador Hiram Johnson de EE UU, quien dijo en 1917, en medio del conflicto hispano-marroquí, que “la verdad es la primera víctima de una guerra”.

La censura, a la que está íntimamente ligada la propaganda, afecta a los canales de comunicación, así como a la misma fuente (Pizarroso, 2007: 29), y es consustancial al secreto de las operaciones militares y a las bajas y daños ocasionados por el enemigo. Además, crea tensiones y desconfianzas entre periodistas y militares, defensores del derecho a informar los primeros, y del secreto militar y la seguridad nacional los segundos.

Por sí misma, la censura es un instrumento esencial en el control del flujo de la información. En tiempo de guerra tiene una doble función: evitar que pueda llegar al enemigo información de valor militar e influir en la mente de los ciudadanos. Asimismo, la censura de guerra se ejerce de dos maneras: una, en las fuentes donde surge la información y otra, en los medios de comunicación. (Pizarroso, 2007: 29-70). Como efectos de la censura aparece el rumor, que es sobre lo que escribieron muchos de los corresponsales que cubrieron el conflicto, y la desconfianza hacia su fuente, que algunos disimulaban y otros no, pero que era conocido por los lectores, que exigían

saber la verdad en momentos de gran incertidumbre. La censura tiene múltiples repercusiones y efectos perversos. En primer lugar, la desconfianza. Cuando se hace patente que la censura está actuando sobre la información, la gente desconfía de la información que recibe.

En las sociedades con un nivel de democracia escaso o nulo, como era la española del siglo XIX y parte del XX, los gobiernos restringían la libertad de expresión y el derecho a la información. Los corresponsales españoles hubieron de acatar en todas las coberturas del conflicto la censura gubernamental que establecían las leyes nacionales, y la censura militar, en forma de bando o de cualquier otro modo, que circunstancialmente venía a agravarla y que además debía ser acatada por los corresponsales extranjeros, siempre que transmitieran sus crónicas desde el bando español.

Los orígenes de la censura militar, así como la gubernamental, son difusos por cuanto que en la antigüedad no se fijaban normas que la regularan. En el caso de la censura militar moderna, Alfonso Rojo sitúa su origen normativo en una orden del comandante en jefe del ejército británico sir William Codrington, el 25 de febrero de 1856, que prohibió la publicación de detalles que pudieran ser ‘valiosos al enemigo’ y autorizó la expulsión inmediata de todo corresponsal sospechoso de haberlo hecho (Rojo, 1995: 54). En España, la Ley de Imprenta de 1864, salida del ministerio de la Gobernación, dirigido por Cánovas del Castillo, advertía en su artículo 52:

“serán juzgados por los Tribunales que establece la Ordenanza, pero con sujeción a la penalidad establecida en esta Ley, los escritos que tiendan a rebajar la fidelidad o disciplina de la fuerza armada de algún modo que no esté previsto en las Leyes militares”. (Ley de Imprenta de 1864).

Al control de los textos se le unía el de las imágenes. La misma ley de Policía e Imprenta de 1883 que afectaba a los telegramas y las cartas consideraba en su artículo 1 el material gráfico como cualquier otro impreso:

“se considera impreso la manifestación del pensamiento por medio de la imprenta, litografía, fotografía o por otro procedimiento mecánico de los empleados hasta el día, o que en adelante se emplearen para la reproducción de las palabras, signos y figuras sobre papel, tela o cualquier otra materia”. (Ley de Policía e Imprenta de 1883)

Salvo la última etapa del conflicto, coincidente con la dictadura de Primo de Rivera en la que hubo una estructura jerarquizada y estable, la censura previa de publicaciones periódicas, encomendadas a las capitanías generales durante los estados de guerra y al ministerio de Gobernación el resto del tiempo, tuvo un efecto relativo, debido a la conflictividad social (Gonzalo Santonja, 1986: 16).

Aunque la censura tiene un objetivo amplio, la que tuvieron que hacer frente los corresponsales y los medios de comunicación de la época fue de noticias más que de pensamiento (Del Valle, 1981: 74), puesto que la represión sobre las noticias que contradijeran la imagen que el Estado pretendía dar de sí mismo será la línea maestra que guíe las relaciones entre la prensa y el poder político a excepción de los años de dictadura de Primo de Rivera, que presentan unas características propias.

Los corresponsales y los fotógrafos e ilustradores que cubrieron el conflicto hispano-marroquí durante los siglos XIX y primer tercio del siglo XX trabajaron en todo momento dentro de los límites que les permitía la censura. Era una censura fundamentada en una normativa legal, pero dejaba un margen a la arbitrariedad o subjetividad del censor que la interpretaba para dificultar más el acceso a la información y a las fuentes. La censura se ejerció durante todo el conflicto y se intensificó en los momentos álgidos. No fue posible evadirla en origen en los territorios del norte de África porque los propios encargados de ejecutarla, el ejército, era el que además controlaba el uso del telégrafo en la oficina telegráfica, que para mayores garantías tenía carácter único en uno de los lugares con mayor concentración de corresponsales a lo largo de todo el conflicto como fue Melilla. Como segundo filtro, a su llegada a Madrid los telegramas eran revisados en busca de inconveniencias.

Básicamente, la estrategia consistía en minimizar y relativizar a los corresponsales todos los hechos de armas propios o ajenos que produjeran un perjuicio en el bando español, siendo más impenetrable el silencio cuanto más grave el suceso, impidiendo por todos los medios su confirmación en África o en Madrid; en suministrar detalles y datos a los corresponsales con los que pudieran elaborar crónicas sobre operaciones rutinarias o irrelevantes estratégicamente, que destacasen el poder militar nacional, y que engrandecieran la labor civilizadora de España en África. Además, se suministró información falsa, que fue criticada una vez finalizada cada etapa del conflicto.

La estrategia fue eficaz pero no pudo evitar que tras el conflicto algunos periodistas publicaran libros en los que completaban su trabajo. Relataban su experiencia de una manera reposada y aportaban datos y situaciones que la censura había prohibido.

El director de *El Globo*, Fernando de Urquijo, que estuvo entre agosto y octubre de 1909 en Melilla, a pesar de mostrarse manifiestamente a favor de una acción militar importante, desveló en 1910 alguno de esos sucesos que no se conocieron en *La campaña del Rif en 1909, juicios de un testigo*:

“Todas las noches descendían los moros de las primeras lomas del Gurugú y hostilizaban con frecuencia las posiciones de nuestro flanco izquierdo. Había invariablemente una alarma, unos disparos, unas imprecaciones y una huida de los cabileños a sus guaridas. De tales refriegas en las sombras solíamos registrar dos o tres bajas, a veces ninguna, a veces seis u ocho. Los ingenieros decidieron acabar con aquellas escaramuzas escarmentando a la morisma del único modo y manera que los moros entienden por escarmiento. A este fin colocaron en una caja de cartuchos máuser hacia tres kilogramos de picsita y gran cantidad de piedras. Cerraron la caja convenientemente, pusieronle una espoleta y la dejaron en un lugar visible y como si estuviese llena de cartuchos. A la segunda noche oímos en Melilla un pavoroso estruendo. Por la mañana, al hacerse la descubierta fueron hallados dos cadáveres moros víctimas de la explosión cuando trataban de huir con los cartuchos” (*El Globo*, 7 de octubre de 1909).

Urquijo critica que la censura deformó el relato así: “Al hacer descubierta fuerzas ingenieros esta mañana se encontraron dos cadáveres moros, muertos sin duda por las granadas”. (*El Globo*, 7 de octubre de 1909).

Pero el hecho de que siguieran las indicaciones de la censura para su material, no quiere decir que los corresponsales estuvieran de acuerdo, al menos la mayoría. Salvo excepciones que se encuentran en las publicaciones que servían como portavoz extraoficial del Gobierno, los periodistas de la prensa nacional, regional y extranjera que pasaron por el territorio español en África criticaron duramente y de manera ininterrumpida el efecto que sobre su trabajo tenía la aplicación de la censura, tanto en la fase de recolección como en la de redacción y transmisión y que hacía inútil la obtención de información exclusiva relevante. Las tachaduras del lápiz rojo llegaban a dejar sin sentido, reducir considerablemente la extensión, en algunos casos hasta la nada, los textos. En muchos casos se prohibía simple y llanamente su envío a la redacción, sin ningún tipo de condescendencia por la influencia del diario o la veteranía

EL IMPARCIAL
NÚMERO SUELTO: 10 céntimos

EL IMPARCIAL

DIARIO LIBERAL
FUNDADO POR D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

SABADO 30 DE JULIO DE 1921
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Calle del Duque de Alba, 4

LOS SUCESOS DE MARRUECOS

Nador, Zeluán y Monte Arruit siguen resistiendo

La columna Casa - Davalillo se bate en Monte Arruit

De nuestro redactor en campaña

Noticias de Melilla y su campo

Nuevos blocaos.—Nador, Zeluán y Monte Arruit.—Auxilios por medio de aviación.—Oficiales rescatados.

Llegada de fugitivos

A las doce y cuarto se recibió anochecido en el

Ministerio de la Guerra el siguiente despacho

oficial de las operaciones de Melilla:

«El resumen de las operaciones de hoy es el

siguiente:

La situación sigue igual. Una columna

mandada por el general Sanjurjo ha establecido

varios blocaos que rodean el fuerte

Alagón, Sidi-Hamed, Sidi-Alina y Alina, y

facilitan la segunda línea, que las guarniciones

de guarnición por un batallón. Las fuerzas

han cambiado, sin más pérdida que el capitán

Bartolomé, de legión de Ceuta, conde-

do, un herido grave y tres leños del Torco, y

una leva de zapadores. Total, tres bajas.

El enemigo ha sido batido, y especialmente

parte del que se retiró en guerrilla con un resto

de la columna, a los que se dejó llegar a corta

distancia de nuestras líneas, siendo heridos

con fuego de fusil, ametralladora y artillería.

La situación de las antiguas posiciones que

son conservadas es la siguiente: En Peñón,

Alhucemas, Chafarinas y Cabo de Agua, sin

movimiento; Zeluán y Nador, siguen sosteniendo

con elementos con que cuentan, lo mismo

que Monte Arruit.

Mérida, muy temeroso se propone el alto

comisario auxiliar al general Navarro, así

como a Zeluán, con elementos que levan

viveres y municiones.

Siempre en actividad las obras para defender

la plaza y la organización de las fuerzas

que allí se van concentrando.

Han sido rescatados el capitán médico Pe-

re, teniente Saura y oficial de policía de re-

gular Sastre Matanzas. También han lle-

gado a Chafarinas procedentes de Port Said

(zona francesa) dos embarcaciones con 23

refugiados y familias fugitivas del Zoro y re-

siduos de Berrane en completo estado de

desesperación.

Según manifestaciones, hechas con muchos

más del Zoro y de otras varias posiciones

y poblados en número superior a 300 hom-

bres, acusando los rebeldes de poca lealtad

al acercamiento a las autoridades france-

sas de Berrane y Port Said por haberles

asistido en cambio. También manifestaciones

que cuando en dicho último punto brutasen

comprados que no pueden trasladarse a

otras de última hora por falta de embar-

ciones, por lo que lo ha dispuesto que vaya

un camión a recogerlos.

La columna del general Navarro

resiste en Monte Arruit

A las tres de la tarde de ayer fué facilitada

la siguiente nota oficial:

«Se ha recibido parte de Zeluán trasladando

al general Navarro, desde Monte

Arruit, donde había llegado ayer tarde. El

partido, muy incompleto y aun no terminado

de recibir, porque el día, muy húmedo, dificultó

la comunicación telefónica, dice que ha

hecho el despliegue con el resto de la co-

luna en posición muy favorable y usando

que le sea fácil registrar más.

Los aviadores han hecho reconocimiento,

observando las fortalezas Monte Arruit, don-

de había mucho ganado y masa grande de

bestias.

En Zeluán está defendido todavía el acor-

do.

Salió el general Sanjurjo con un convoy

a reforzar Sidi Anel el Hoch, y cuando llegó

a la división que da a Nador, sostuvo fuego

con el enemigo.

Ataque a una posición.—Nuevos re-

fuertos.—En la zona francesa.—In-

dustriales perjudicados

Mérida 29 (mediodía, urgente).—Un grupo

enemigo tiró ayer tarde la posición de

Sidi Anel el Hoch, que está guarnecida por

fuertes del regimiento de Sevilla y del Ter-

cio extranjero. La columna francesa por el

general Sanjurjo cubren a los grupos que

hostilizaban la posición y los dispersó rápi-

damente.

Después de esto se efectuó un convoy de

aprovechamiento a la posición y fué ho-

stizado por fuego de artillería.

Procedentes de Valencia llegaron un batallón

de Melilla, una ambulancia de Sanidad

y una batería.

Potencia el ejército de Melilla.

Conclusión por movimientos vivieron a

la plaza algunos soldados de la guarnición

de Sidi Anel el Hoch, que se encontraban en poder

de los rebeldes de Ued-Bufler.

La columna que ocupaba en el momento

de la plaza, ante la imposibilidad de mantener

el resto de las fuerzas, efectuó varias marchas

y se retiró a la zona francesa, abandonando

la posición de Ued-Bufler. Los mil

licias franceses dispararon a nuestros solda-

dos una vez de cañón.

Anoché se reunieron las Cámaras de Co-

mercio y Agricultura, Unión General, otras

entidades económicas y representantes de

la Prensa para tratar de pedir garantías

para los comerciantes e industriales estable-

cidos en varias de las posiciones que han

sido recibidas durante el movimiento insur-

reccional de las colonias.

Las autoridades civiles acordaron solicitar

el concurso de las autoridades para el más

rápido logro de su propósito.

Liberación de unos guardias civiles.

Actos de salvajismo de los cabileños

Mérida 29 (mediodía, urgente).—Se con-

con los detalles de la liberación del cabo de

la Guardia civil Juan Ruiz Sánchez y de ca-

stros guardias destacados en San Juan de las

Minas.

Con el cabo vivían su esposa, una hermana

y tres niños. Permanecieron en su casa equi-

tos en casa de un indiano, antiguo empleado

en la Compañía Española de Minas del Rif,

en la Compañía de Morte, almorzando, los

falidos del Gungá acompañados de dos mo-

nos blancos.

En el trayecto vieron varios cañaverales.

Dicen los guías que los blancos han que-

rido la estación y el poblado de San Juan

de las Minas y han roto el cable transmi-

tor de las vagonetas del mineral.

Encontraron los guías libertados a va-

rias montañas que venían botellas de flores y

cañabros de tabaco; estas provisiones del con-

sejo que en Nador tenía la Compañía Arre-

ndataria Marroquí.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

censura para su publicación y el director del diario decidió protestar dejando el espacio que iba a ocupar en portada en blanco.

o la prominencia del corresponsal. En clave humorística pero con visos de verosimilitud, Eduardo Chávarri, el corresponsal de *Las Provincias* de Valencia de 1909 relató que Francisco Peris Mencheta “pone al día cinco mil telegramas de quince palabras, en recortes de papel, y conserva uno del que la censura le borró hasta la firma” (*La Correspondencia de España*, 3 de septiembre de 1909). Con las fotografías, debido a las exigencias del sistema de revelado, no hay constancia de que la censura se hiciera en Melilla, sino que se hacía cuando las galeradas se llevaban al gobierno civil.

Esta censura ocasionaba un perjuicio en los lectores, al ocultárseles la verdad, pero también en los corresponsales, porque minaba su credibilidad como fuente informativa produciendo un alejamiento de la exactitud y veracidad que suponía para sus crónicas.

La intensificación gradual de la censura condujo desde una fase inicial más paternalista a otra más dura, coincidente con los momentos de mayor gravedad tras el desastre de Annual en 1921. La prensa contestó a esto dejando en blanco los espacios censurados, que podían ser de columnas enteras, debido a la prohibición de un artículo o más completos, como le sucedió a Alfredo Rivera, lo que fue considerado por la autoridad como una muestra de rebeldía y amenazó con fuertes castigos si no se cubrían.

La crítica que hacían los corresponsales sobre el terreno y sus directores desde los despachos iba acompañada de un aviso a sus lectores, en el sentido de que aquello que leían había sido revisado por la censura. En el caso de los corresponsales, dentro de las propias crónicas o telegramas que enviaban y en el caso de los periódicos, en la columna que hacía las veces de editorial o en recuadros destacados. A la acción de la censura también contrapusieron su audacia e insistencia por realizar su trabajo.

Por el contrario, la censura permitió la circulación de noticias optimistas sin confirmación. Esta situación tan contraria a la ética profesional, con casos similares en otros conflictos bélicos, es advertida por Manuel Leguineche, que asegura que en la tribu periodística de Marruecos hubo de todo: mentirosos, pelotas, manipuladores, hiperbólicos, valientes, propagandistas de la fe, gente dispuesta a contar la verdad y luchar contra la censura, y que el director de *La Voz* Eduardo Fajardo se inventó un amplio servicio de crónicas que fechaba en Melilla y escribía en la mesa de un café

madrileño. Lo hizo tan bien y tenía una imaginación tan fértil que la tirada de su periódico subió como la espuma (Leguineche, 1996: 105).

Frente a todo esto, la autocensura funcionó como una justificación patriótica o de mera cautela. Martos de la Fuente decía:

“He adquirido en mi excursión con los señores de la comisión técnica, datos interesantísimos sobre los puntos estratégicos elegidos para base de las futuras operaciones. Pero estimo un deber de patriotismo y de prudencia no publicarlos, siguiendo la conducta que me he impuesto con todas las noticias que adquiriera relacionadas con el plan de operaciones. Sólo añadiré que esto ha causado verdadero entusiasmo entre los jefes y oficiales por las combinaciones que pueden hacerse al entrar en batalla todas las armas” (*La Correspondencia de España*, 18 de octubre de 1893).

La relación con los censores fue siempre difícil porque suponía un freno en el contenido y en la rutina productiva, debido a los tiempos que les marcaban desde la oficina censora, contrarios a la inmediatez de la noticia, y los trámites burocráticos a los que tenían que hacer frente para mantener sus salvoconductos vigentes. En muchas ocasiones fue muy tensa y se llegaron a producir encarcelamientos y expulsiones de corresponsales. A pesar de que la veteranía de algunos corresponsales en el conflicto y el conocimiento de los mecanismos de la censura podían inducir a pensar que podían esperar un trato más laxo por parte de los censores, esto no era así. Leopoldo Bejarano, que estuvo entre 1893 y 1925 fue también expulsado. Esto demuestra que a pesar de todo, los periodistas se mantuvieron fieles a su función como cronistas de la realidad y realizaron una presión desde el terreno y otra por los directores de la prensa nacional desde Madrid.

Los periodistas acumularon experiencia en su relación con los censores y la censura, pero en esta competencia por el control del contenido siempre llevaron la ventaja los militares. Tuvieron oportunidad de perfeccionar el sistema de censura, sobre todo tras la guerra de Cuba y las experiencias de la I Guerra Mundial, en la que aunque España no participó, no pudo permanecer ajena a las mismas. A pesar de ello, la brutalidad de lo sucedido en julio de 1921 apenas pudo ser silenciado antes de llegar los corresponsales, sí sirvió para evitar las críticas demoledoras que una prensa libre hubiera hecho. No obstante, la magnitud del suceso fue tal que se llevó por delante un gobierno. El

desembarco de 1925 fue un mero ejercicio de control con los corresponsales a bordo y los empotrados con una unidad militar.

Lo que no pudo evitar la censura en 1921 fue la comparación entre las sucesivas etapas del conflicto, otra de las aportaciones de los corresponsales. Las comparaciones con la campaña de 1909 fueron frecuentes. El 2 de agosto de 1921, Leopoldo Romeo firmó un artículo contra la censura. “También existió en 1909. ¡Y en 1909 estamos! Otra vez Sidi Musa, otra vez El Atalayón, otra vez todos los dolores de 1909 demostrando que los ¡¡¡idos millones!!! gastados sólo han servido para eso, para volver a 1909”. Días después, el 15 insiste: “lo dije en 1904, en 1907, en 1909, siempre y por desgracia he acertado: ‘dominaremos donde pisamos mientras lo que pisemos esté guarnecido por fuerzas capaces de dominarlo’”. Y también: “en 1909 ratifiqué mis puntos de vista y sostuve el criterio de que necesitaríamos 100.000 hombres y 100.000.000 millones anuales. ¿Me equivoqué? No. Llevamos gastadas en África ¡¡¡3.400.000.000 pesetas!!!!” El 8 de agosto Mata escribió: “No, no está todo peor que en 1909, ni siquiera como en 1909”. Defiende que hay que enviar más tropas a Melilla y recuerda que la campaña de 1909 terminó cuando se enviaron 55.000 hombres. El 11 de agosto dice “El aprovisionamiento de las posiciones de primera línea sigue costándonos sensibles bajas. La situación es idéntica a la de 1909, en que los convoyes eran atacados desde las faldas del Gurugú. La historia se repite en idénticos términos que entonces”. Guixé, algo más benevolente, hemos vuelto, casi, casi, a 1909. *La Libertad* compara con el barranco del Lobo.

La censura del bando español constituyó el elemento ajeno al periodista que tuvo una incidencia transcendental en el desarrollo de su trabajo. Los militares se convirtieron en la primera fuente en importancia, sobre todo los jefes encargados de comunicar las noticias y los partes oficiales. La población civil, especialmente la de origen árabe ocupó un lugar muy reducido debido a que los corresponsales consideraban de escaso valor informativo. Los miembros de las asociaciones asistenciales como la Cruz Roja Española no aparecen como fuentes consultadas. Ocasionalmente se cita algún médico.

Como responsables han quedado señalados el general Margallo, que tuvo una relación distante con los corresponsales y no dudó en dificultar su labor con una interpretación amplia de la ley. Le sucedió el general Martínez Campos, que si bien se mostró más

cercano y afable, aumentó la tensión y el grado de dificultad a la prensa, acotando la libertad de movimientos y recurriendo al miedo a través de un bando por el que los periodistas podían ser “pasados por las armas” por comunicar noticias relativas al ejército. El general Macías, que asumió el mando en el breve lapso entre la muerte de Margallo y la llegada de Martínez Campos, no dudó en encarcelar a tres corresponsales por haber comunicado la noticia del encuentro fortuito de un mensaje en árabe en una cueva por parte de unas personas. Posteriormente, el general Marina, mantuvo en la práctica una relación más colaboradora con los corresponsales, pero el Gobierno incrementó las trabas a las redacciones centrales. El general Berenguer fue el responsable de la censura en los momentos más dolorosos de la campaña de 1921 y no le tembló el pulso para expulsar a la península a cuantos periodistas y fotógrafos contravenían sus indicaciones. Y por último, el general Primo de Rivera, que mantuvo una relación con los corresponsales a través de notas oficiales.

3.2.2 La restricción de los movimientos

Los reporteros que cubrieron los enfrentamientos, salvo algunas excepciones, carecían de experiencia periodística en conflictos bélicos, pero fueron la primera generación de corresponsales de guerra españoles. Y Marruecos el lugar en el que se estrenaron la práctica totalidad de ellos. En 1893 los enviados al conflicto adquirieron una experiencia que les serviría más adelante, no ya en 1898 en Cuba, donde fueron muy pocos, sino en otros momentos álgidos del conflicto hispano-marroquí y en la primera Guerra Mundial.

La presencia de corresponsales para informar de conflicto desde África fue en aumento a lo largo de todo el periodo. Desde apenas un puñado de periodistas que participaron en la campaña de 1859-60 se puede estimar en más de 200, sin caer en exageraciones, en la década de los años 20, especialmente tras la caída de la comandancia de Melilla y el desembarco de Alhucemas los corresponsales, tanto redactores como fotógrafos o ilustradores que informaron desde el continente africano. Esta afluencia puntual y creciente se explica por la cercanía del norte de África con respecto a la península ibérica y por la pujanza económica que mostraba la industria periodística nacional y, sobre todo, extranjera. La imprevisibilidad y la lentitud del ferrocarril para llegar hasta

Málaga y la dificultad para encontrar un barco que cruzara hasta Melilla no impidieron que los corresponsales llegaran a su destino en unos tiempos razonables para la época.

Cuando hay decenas de periodistas recorriendo un escenario bélico con la única restricción que dicta el sentido común, a la autoridad se le hace indispensable controlar la información a la que tienen acceso. Así lo estimó el Gobierno en los períodos álgidos del conflicto, en 1909, en 1921 y en 1925, en los que debido a su número necesitó destinar recursos humanos y crear un dispositivo que gestionara su relación con este colectivo. El sistema, que fue perfeccionándose con la experiencia que iba acumulando tras cada período, demostró agilidad en lo que interesaba y lentitud en lo que no, quedando los corresponsales atrapados en él sin remisión. Si se quería informar, había que seguir los planteamientos que establecía. La relación que mantuvieron los corresponsales con los jefes y oficiales del ejército fue tensa. Eran dos colectivos que se desconocían y que carecían de un marco de referencia que ordenara de alguna manera su labor. Todo lo contrario que hoy, que la relación entre unos y otros cuenta con numerosas pautas establecidas, siempre eso sí, desde el lado militar, que es el que controla la relación, y hasta se escriben libros como el del coronel en la reserva José Luis Serrano Ramírez, *Manual militar para periodistas*, que consiste en la información básica que los periodistas e incluso estudiantes de periodismo deben manejar sobre el Ejército español. Los corresponsales de antaño no lo tuvieron y a juzgar por su manera de trabajar, no lo necesitaron.

Los periodistas que llegaron a las plazas españolas en África y especialmente a Melilla cuando la tensión bélica crecía debían identificarse como tales ante la autoridad civil y militar, que autorizaba su entrada. Se dieron numerosos casos de prohibición de desembarque porque la presencia de más periodistas podía entorpecer la consecución de las pretensiones gubernamentales y del propio ejército. Como medida extrema, la expulsión de corresponsales (nacionales como Vidaurreta y Bejarano y extranjeros) también fue un acto recurrente por parte de la autoridad militar para alejar a los que consideraba incómodos debido a la orientación de sus informaciones, tanto de nacionalidad española como extranjera, que también era seguida desde las embajadas.

Para recorrer los fuertes y las posiciones avanzadas en los momentos de tensión bélica y máxima afluencia de periodistas, se requería un salvoconducto expedido por la

autoridad militar de Melilla. Sólo lo obtenían una parte de ellos y debía renovarse constantemente. En los periodos de intensidad latente o en los que no existía riesgo de hostigamiento, los periodistas podían recorrer, por sus propios medios el perímetro defensivo de la ciudad sin un documento que lo autorizara, solamente con el consentimiento o una autorización verbal por parte de los jefes militares. Con el paso de los años, el ejército ordenó el movimiento de los periodistas dentro de Melilla para facilitar el cumplimiento de sus intereses. De este modo, se organizaron excursiones a algunos emplazamientos donde existían posiciones españolas en las que se hacían explicaciones y demostraciones del material o se enseñaba el armamento o las instalaciones incautadas a los rifeños, seguimientos a distancia a las columnas de los soldados y confinamientos en embarcaciones desde las que poder seguir las operaciones de avance. El propósito real se manifestaba en seguida, y no era otro que mantener juntos y apartados y evitar que fueran testigos directos de lo que sucedía en el campo de batalla. Cuando el número de periodistas sobre el escenario del conflicto fue muy numeroso y desbordó todas las previsiones, la ordenación de la presencia de los corresponsales de guerra en los territorios donde se desarrolló la campaña militar resultó favorable para el Gobierno y el Ejército, quedando relegados los intereses de los corresponsales a un segundo plano.

El alto mando bloqueó el acceso al frente. En ningún momento los periodistas pudieron presenciar *in situ* los enfrentamientos, sino a distancia. Solo existió una salvedad: cuando cuatro periodistas, ante el inicio de las hostilidades, se refugiaron en el fuerte de Cabrerizas en 1893, sufriendo un asedio de unos días, lo que hay que calificarlo de hecho fortuito. Existió otro grupo reducido de corresponsales, los cuatro empotrados de Alhucemas de 1925, que vivieron integrados en una unidad militar, la bandera del Tercio del comandante Ricardo Rada, la ocupación de las inmediaciones tras el desembarco. En realidad, esto se aleja de la esencia del periodismo, pero es lo que se permitió.

Para desplazarse a los fuertes o a los puestos avanzados, el periodista necesitaba un medio de transporte. No sólo necesitaba una ayuda sólida de su propio periódico para proporcionarse una cabalgadura o un vehículo, sino que muchos de ellos, recurrían a las facilidades que daba el ejército para seguir las acciones de combate. La dependencia del

Ejército para desplazarse no ocasionaba ningún reparo a ciertos corresponsales para pedir abiertamente su colaboración. Una noche del 30 de noviembre de 1893, un grupo de periodistas españoles destacados en Melilla se reunió con el recién llegado general Martínez Campos para ponerse a sus órdenes y conocer los criterios que habían de seguir, “para guardar silencio cuando sea necesario o decir lo conveniente, pero facilitándoles los medios para llevar a cabo su misión” (*El Liberal*, 2 de diciembre de 1893). Ante esto, que se publicó en la prensa del momento con gran naturalidad, hay una actitud comprensiva por una parte de los corresponsales, que demandan esta ayuda a cambio de unas determinadas condiciones de identificación con la causa o patriotismo sin ningún tipo de remordimiento de conciencia. En cambio, otros compañeros que cubrieron el conflicto en etapas posteriores criticaron abiertamente las trabas que el ejército les ponía para desplazarse y para hacer el seguimiento de las maniobras, a pesar de que les facilitaba vehículos y embarcaciones. Aquellos corresponsales que consiguieron un lugar en un transporte proporcionado por los militares, que fueron empotrados con ellos, gozaron de mayor seguridad y tuvieron acceso a determinados escenarios a los que no pudieron llegar los demás periodistas. El ejército lo sabía y buscó atraerse al mayor número de periodistas, para lo cual en cada etapa contó con mayores recursos para ofrecerles.

El alejamiento de los periodistas del frente conduce a la reflexión inevitable de si se puede escribir un reportaje en profundidad de la guerra sin ser testigo directo de ella. De hecho, en la guerra de Marruecos a los periodistas de la redacción central y a los corresponsales en África les resultaba muy difícil saber lo que estaba ocurriendo. Los motivos eran similares. En primer lugar, por la ocultación de la información a la que jugaron los gobiernos sucesivos tanto en Madrid como en Melilla, Ceuta o Tánger. A esto habría que añadir la censura, las amenazas que de uno u otro modo se practicaban desde ámbitos ministeriales, incluso vía telefónica como las denunciadas en 1909, y la falta de visión global de lo que sucede, propia del corresponsal que se encuentra en el lugar donde se producen las hostilidades. El objetivo es ganar la guerra en el ámbito informativo, controlar la información a base de la propaganda. Se puede perder la guerra sobre el terreno pero se puede ganar en los medios de opinión y en la opinión pública. Y eso es lo que intentaba el Gobierno.

La estructura y el sistema concebido para controlar a los periodistas se ejecutaba a través de oficiales, generalmente próximos al gobernador militar de la ciudad o pertenecientes al Estado Mayor. Pero dejar la aplicación de los criterios “desinformativos” a la flexibilidad del mando de turno no parece razonable. De todos modos, el periodista trataba de aprovechar cualquier resquicio para obtener aquella información que el ejército quería ocultar. Evidentemente, acompañando al ejército se podía trabajar con seguridad y ofrecer información del frente, pero aquella información no era sensible y respondía a los intereses militares. El ejército siempre dificultó cualquier otra iniciativa periodística que no se ajustara a determinados parámetros. En España la censura y los bandos militares prohibieron la obtención y la comunicación de la mayor parte de la información. Además, se suministraban numerosos partes oficiales, se proporcionaba material para elaborar reportajes sobre la capacidad bélica de la aviación y la armada en la línea de saturar a los periodistas con datos y anécdotas. Y cuantas más historias de heroísmo mejor, de modo que la guerra se presentaba a los lectores a través de noticias que informaban pero que también entretenían. Había dos bandos, en el que la audiencia jugaba en uno de ellos, España, y quería ganar al otro, Marruecos. La estrategia del ejército de exagerar las victorias y minimizar las derrotas encajaba perfectamente.

El trabajo de los corresponsales españoles se desarrolló de manera general desde el lado español, con alguna excepción testimonial. Ni periodistas ni fotógrafos fueron más allá de los límites territoriales más que en una ocasión Mencheta y Campúa en 1909, y Lázaro en 1921, que anduvo con una milicia rifeña. Desde el protectorado francés enviaron sus crónicas en 1925 Gregorio Corrochano, Antonio de Lezama, Antonio Got, López Rienda y Leopoldo Bejarano, que acompañaron durante unos días a una comisión de parlamentarios galos por el protectorado francés. Y José Pérez Bances de *Heraldo de Madrid* que en los días anteriores y posteriores al desembarco de Alhucemas informó también desde el protectorado francés, pero sin aportar datos de gran interés para los lectores o sobre el desarrollo de las operaciones. En cualquier caso, no es una información desde el otro bando, desde el punto de vista rifeño salvo la del fotógrafo Lázaro, que enseñó a los españoles cómo se preparaban los rifeños para luchar contra los españoles. Merece una mención a parte el caso de Cadur el Tanayui. Con motivo de las sesiones de la Conferencia de Algeciras, en 1906, alguien que firma como El

Tanyaui narró desde el punto de vista marroquí para *El Globo* parte de la trastienda de los encuentros de los miembros de las delegaciones participantes que tenían lugar en el hotel donde se hospedaban. En ningún otro momento del conflicto aparece una crónica o telegrama de similares características a las de Cadur el Tanyaui, que curiosamente las realizó desde territorio español, en Algeciras, donde no tenía que tomar más precauciones que las de no ser descubierta su identidad. Los corresponsales españoles no informaron nunca desde el lado rifeño de lo sucedido en el territorio del protectorado. Cuando recorrieron el Mogreb en tiempos de latencia del conflicto, no escribieron en ningún momento ninguna crónica de tema bélico.

En cualquier guerra existe una dificultad intrínseca de tránsito por las vías de comunicación, que afecta a los ejércitos y sobre todo de la población civil, a la que los periodistas no fueron ajenos. El efecto disuasorio de la inseguridad, el deterioro de los caminos y los controles que establecen los combatientes limitaron los desplazamientos aunque no los evitaron, como fue el caso de algunos fotoperiodistas, Campúa, Lázaro, y llegaron a hacerlos prácticamente imposibles si no se iba fuertemente protegido o con las debidas autorizaciones. Ciertamente existía un elevado riesgo de ser abatidos por un francotirador, de los que merodeaban en los alrededores de la zona de Melilla. Y recorrer los caminos del Rif en busca de fuentes no oficiales sin escolta fue algo que no hicieron los corresponsales españoles. Si los casos de Campúa o sobre todo Lázaro siguiendo a algún grupo de guerrilleros hubieran proliferado, la censura le hubiera impedido enviar y publicar el material. Tampoco existe constancia que se intentara desde el lado francés, que también disponía de sus censores. A ello se añadía la dificultad de que los combatientes rifeños no eran grupos estables. Estaban formados por campesinos que se juntaban y disolvían en función del calendario de las labores de los cultivos de los que vivían. Hubieran tenido más libertad para cubrir las luchas, porque interesaba a la causa rifeña, pero no para publicar en la prensa española, tan limitada por la censura, por lo que el trabajo hubiera sido estéril si no se hubiera publicado en la prensa extranjera, lo que tampoco sucedió. Sólo el director de *La Libertad*, Luis de Oteyza, acompañado por los fotógrafos José Sánchez Portela y José Díaz Casariego, se atrevió a llegar hasta el mismísimo Abd-El-Krim y publicar la entrevista a su regreso en 1922.

El riesgo de morir cazado por un francotirador estuvo siempre presente, sobre todo en 1893 y 1909 y aún en 1921, si se salía de Melilla. No iban identificados de una manera especial, algunos incluso vestían el uniforme militar, pero de manera general su indumentaria era civil.

Pero que los corresponsales españoles no precedieran a las columnas, no quiere decir que los de otras nacionalidades no lo hicieran. El líder rifeño recibía a periodistas extranjeros y no era inaccesible siquiera a los españoles, lo que demuestra el propio encuentro con Oteyza. Probablemente la animadversión hacia el español fuera mayor que al inglés, pero existían unos riesgos comunes a todos los periodistas que se aventuraban en el Rif. La única manera de publicar los trabajos desde el bando rifeño sin el impedimento de la censura hubiera sido a través de la prensa inglesa, alemana o norteamericana, de lo que tampoco hay constancia. Pero aun así, en las embajadas se hacía un seguimiento de lo publicado en la prensa del país, y elaboraban informes sobre lo publicado, que eran enviados a España. El temor a las represalias pudo haber cortado esta vía.

3.2.3 El acceso a los sistemas de comunicación

A lo largo del conflicto, los corresponsales enviaron sus textos a las redacciones centrales a través del telégrafo, que fue el método más usado debido a la inmediatez que ofrecía. La evolución del telégrafo y el conflicto van unidos en el norte de África. Llegó primero a Ceuta desde Tarifa en 1859, como consecuencia del inicio de las hostilidades. A Melilla llegó posteriormente, en 1891, desde Almería. Los territorios españoles del norte de África, además de con la península también estaban conectados entre sí, lo que en cierto modo facilitaba que los corresponsales pudieran telegrafiar sin regresar a Ceuta o Melilla. Así, había un cable que unía Ceuta y el Peñón de la Gomera y otros que comunicaban Melilla con Chafarinas, Alhucemas y Alhucemas con el Peñón de la Gomera.

El telégrafo fue el sistema elegido cuando el contenido respondía a las características de importancia y actualidad. Como era controlado por la autoridad militar, que además tenía prioridad de uso, los periodistas sólo podían disponer de él siempre que estuviera libre, lo que en muchas ocasiones no coincidía con los tiempos que necesitaban los periodistas en su producción informativa. Muchos de ellos protestaban en sus

telegramas y ante el jefe militar en Melilla porque el ejército lo ocupaba innecesariamente para impedir su uso por la prensa cuando había algún hecho noticiable relevante que comunicar con inmediatez. El general Martínez Campos, en el momento de hacerse cargo de la comandancia general de Melilla en 1893, hubo de atender personalmente una reclamación de este tipo. Como toda respuesta autorizó que cada corresponsal pudiera telegrafiar por cable hasta 89 palabras diarias. En esa etapa del conflicto, el servicio se prestaba en condiciones de precariedad. Sólo se disponía de un telégrafo Morse, que por la referencia de Morote pudo haber sido sustituido por un aparato Hughes -más rápido que el anterior- y de un oficial y un auxiliar, lo que da idea de su insuficiencia para atender los envíos propios del ejército y de decenas de periodistas, aunque en los momentos de mayor fluidez podía enviar en doce horas más de 10.000 palabras. Los Morse y los Hughes eran los únicos aparatos utilizados. Por otro lado, la lentitud en la recepción de telegramas fue también motivo de molestias, en parte por la lentitud a la que se veía sometido el tránsito de telegramas y porque antes de ser entregados a los destinatarios debían ser leídos por la autoridad militar.

Otra estratagema del ejército con su uso consistía en interrumpir el servicio del cable con el mismo propósito. No obstante, hay que dejar constancia de que el servicio era deficiente, con constantes averías, e insuficiente cuando aumentaba la demanda de su uso como consecuencia de una mayor afluencia de corresponsales. El cable a Melilla había sido fabricado e instalado por la compañía italiana Pirelli, que en cambio no fue la encargada en 1894 de unir Ceuta con el Peñón de la Gomera, que realizó una empresa inglesa.

Ante las dificultades ocasionales, pero coincidentes con los momentos de mayor interés informativo, los periodistas buscaron métodos alternativos para enviar sus textos a las redacciones de sus diarios. Uno de los utilizados fue el desplazarse a la estación telegráfica de Málaga. Esto tenía el inconveniente de un viaje que entre la ida y la vuelta podía durar un mínimo de tres días. Por ese motivo, algunos confiaron en otras personas que desde el norte de África viajaban a la península para que hicieran llegar tanto telegramas como cartas a la dirección de su diario. Un método que se empleó en más de un momento y por varios directores fue el de organizar un servicio de transporte marítimo de la información, mediante el alquiler de embarcaciones. Sin duda, el más

curioso de todos y no por ello menos efectivo resultó el empleado por Antonio Lázaro. Envío palomas mensajeras, con las que pudo sacar sus noticias de Melilla.

Para todos los textos que carecían de urgencia, se usaba el correo ordinario. Mediante este sistema se enviaban las crónicas más extensas en formato de carta, permitiendo la censura detalles que se suprimían en los telegramas. Esto era así porque el viaje de la carta duraba varios días, y a la llegada a su destino, el ejército consideraba que aquellos detalles no ponían en peligro su acción. Pero de modo análogo al telégrafo, los corresponsales también criticaron el funcionamiento del servicio de correos, tanto por la tardanza con que eran entregados las crónicas en sus destinos como por las desapariciones de las mismas que con cierta frecuencia se producían. También se criticó con reiteración el horario de atención, que no se adaptaba a los tiempos de producción periodística. La ineficacia del telégrafo y del correo español contrastaba con los servicios de correos o telégrafos de otras nacionalidades, especialmente el francés, que los corresponsales tenían a su alcance, dado que eran más rápidos y mejor organizados, a un coste más elevado, a los que los corresponsales se vieron obligados a recurrir.

Durante todo el conflicto, la velocidad máxima de transmisión de las noticias fue la que podía proporcionar el telégrafo. El avance de las tecnologías llevó a la introducción del teléfono en la última parte estudiada aquí del conflicto hispano-marroquí. Tras el desembarco de Alhucemas, los periodistas que iban empotrados pudieron hacer uso de este nuevo sistema de comunicación, lo que permitía conversar en tiempo real con sus jefes e incluso dictar las crónicas.

3.2.4 La influencia de la propaganda

Aunque la propaganda bélica inició su expansión con la Primera Guerra Mundial, a través de diferentes formas se encuentra presente a lo largo de todo el conflicto hispano-marroquí. Fue llevada a cabo por el Gobierno y el Ejército y contó con la colaboración de los periódicos afines a ellos, que difundieron textos (comentarios y artículos de opinión, principalmente) e imágenes y defendieron de manera general la versión oficial.

La estrategia se articuló a través de la puesta en circulación de información falsa con apariencia de veracidad, de la prohibición para su difusión de información verídica y

por supuesto, el mutismo informativo. Con ella se buscaba convertir a los corresponsales en involuntarios agentes propagandísticos y atraerse la credibilidad que o bien ellos como firmas prominentes o su empresa periodística habían conseguido. De hecho, la consciencia que muchos de ellos tenían de esta situación produjo constantes enfrentamientos entre los directores de los diarios y la autoridad, y entre los propios corresponsales y los militares encargados de la censura en África.

El Gobierno centró su mensaje en la benévola misión civilizadora de España, heredera de un imperio en el que no se ponía el sol, en la repetición de una única versión oficial que minimizaba los fracasos y los daños y engrandecía los éxitos, los derechos concedidos a los españoles en el protectorado y no inquietar a Francia ni a otras potencias que vigilaban de cerca como Inglaterra y Alemania. Todo ello con la conveniente dosis de patriotismo de la época, que los periódicos se encargaron de extremar hasta la reclamación de castigo, escarmiento, venganza y mano dura en los momentos de mayor presión.

De este modo se conformaba en la opinión pública un estado favorable a una intervención militar, en los primeros momentos. Conforme el conflicto fue dando a conocer los horrores y las penalidades que sufrían los soldados, y la inexistencia de unos beneficios tangibles para la sociedad, incluso a pesar del control que se hacía a través de la censura, esta se fue posicionando en contra de la presencia de España en África, sobre todo a partir de 1909, debiendo intensificar el Gobierno su labor para dar una imagen positiva del conflicto y justificar su continuidad al frente del protectorado de Marruecos. El primer destinatario de la propaganda era la sociedad española, mediante los corresponsales, pero a través de otros métodos se ejercía también sobre el pueblo rifeño. El lanzamiento de pasquines escritos en lengua árabe por la aviación española fomentando la rendición y la bondad de la acción civilizadora y la publicación de revistas en el mismo idioma acentuando la necesidad de una tutela para difundir entre las élites jerárquicas del Rif y Marruecos en general. Además de las dos sociedades implicadas directamente en el conflicto, el Gobierno español también seguía la difusión de las noticias con origen en las ciudades del norte de África y distribuidas por la prensa francesa y británica, y las reacciones que principalmente el gobierno francés pudiera tener.

Entre 1893 y 1925, las fuentes autorizadas suministraron intencionadamente datos e informaciones que resultaron falsos. Una de las noticias transmitidas por los corresponsales como verdaderas y obtenida de fuente oficial, el propio ministerio de la Guerra, fue la de la muerte del cabecilla rifeño Abd-El-Krim, que luego resultó ser falsa, en cuya trampa no cayeron los corresponsales, que tampoco tenían posibilidades de confirmar o desmentir. Fueron los diarios conservadores *ABC* y *La Época* los encargados de difundirla con el fin de consolar a la opinión pública ante la grave derrota de Annual y la muerte del general Fernández Silvestre.

El recurso habitual por parte de los jefes militares de suministrar unos contenidos y omitir otros era compensado por la prensa mediante la inclusión de numerosos datos o información de carácter superficial que no hacía sino añadir “ruido informativo” y contribuir a la desinformación, simulando todo lo contrario, de modo que parecía que en el Rif reinaba la paz y tranquilidad y las relaciones entre los rifeños y los españoles se regían por la concordia. En este sentido se facilitaba información a los corresponsales sobre las características del material de guerra disponible por el ejército en África: fusilería, artillería, armada e incluso aviación y se omitía especialmente lo relativo a armas químicas. De este modo, se que la sociedad sintiera que tenía información suficiente sobre el desarrollo del conflicto, pero la estrategia quedaba desarmada por la constante alusión al origen censurado de la información, la falta de transparencia con que el Gobierno trataba de ocultar los reveses bélicos y la tardanza en la comunicación final.

No obstante, la oficina de censura se encargaba de cercenar todos aquellos telegramas o crónicas enviados por correo ordinario cuyos contenidos informativos eran considerados inconvenientes. Al contrario, se permitía la publicación de noticias favorables, aunque fueran inventadas, como denuncia Alfredo Rivera respecto de la falsa noticia de la toma de Nador, tras la desgracia de Annual:

“No es extraño que en algunos periódicos de Madrid aparezcan crónicas con sensacionales noticias, que permite publicar la censura por sernos favorables, puesto que en determinados diarios de esta localidad aparecen afirmaciones tan fantásticas como absurdas” (*El Imparcial*, 4 de agosto de 1921).

El acceso de los corresponsales a los puntos de interés informativo estuvo restringido. Se seleccionó a algunos de ellos para que pudieran acceder de manera privilegiada a determinados puestos avanzados de los que no se esperaba una crítica o un comportamiento desafecto. La autoridad gubernativa y militar empleó frecuentemente la estrategia de expulsar a los corresponsales de la zona, con lo que se imposibilitaba al periódico poseer información de primera mano y ser testigo de las operaciones militares, habiéndose de remitir a la información oficial y a la que llegaba por agencia, sin posibilidad de contraste.

Además, se usó con inusitada frecuencia la interrupción de las comunicaciones entre la orilla sur y la norte y se retrasó hasta lo angustioso la circulación de las malas noticias, que buscaban ser compensadas con otras positivas. El apagón informativo por parte de la autoridad militar buscaba evitar la conmoción social, pero también apaciguar una reacción incómoda que se suponía perjudicaría los intereses en África. Los corresponsales trataron de superar esta situación con la utilización de otros medios con los que transmitir sus textos, que emplearon ocasionalmente pero no de manera permanente.

Además de la palabra, se utilizó la imagen. Los dibujos, la fotografía y sobre todo el cine fueron los grandes aliados de los defensores de la presencia de España en África, que ensalzaban el valor de los militares españoles, y de manera singular de Millán Astray y de Sanjurjo.

Tras Annual, en Marruecos se grabaron numerosos documentales bélicos y algunas películas de ficción de temática militar, gracias al apoyo que el ejército ofrecía a los realizadores. El corresponsal, director y novelista López Rienda (ex sargento de Regulares) se encargó de registrar toda la acción para mayor gloria de los africanistas. En el cine todas las películas ofrecían una visión uniformemente épica del ejército colonial. Para mejorar la imagen del ejército colonial también se trató de fomentar la literatura colonialista. Las campañas de Marruecos dieron pie a un cierto número de novelas, centradas en su mayoría en la Legión. Algunos de los escritores más populares de la época escribieron libros patrióticos en los que se elogiaba a los africanistas.

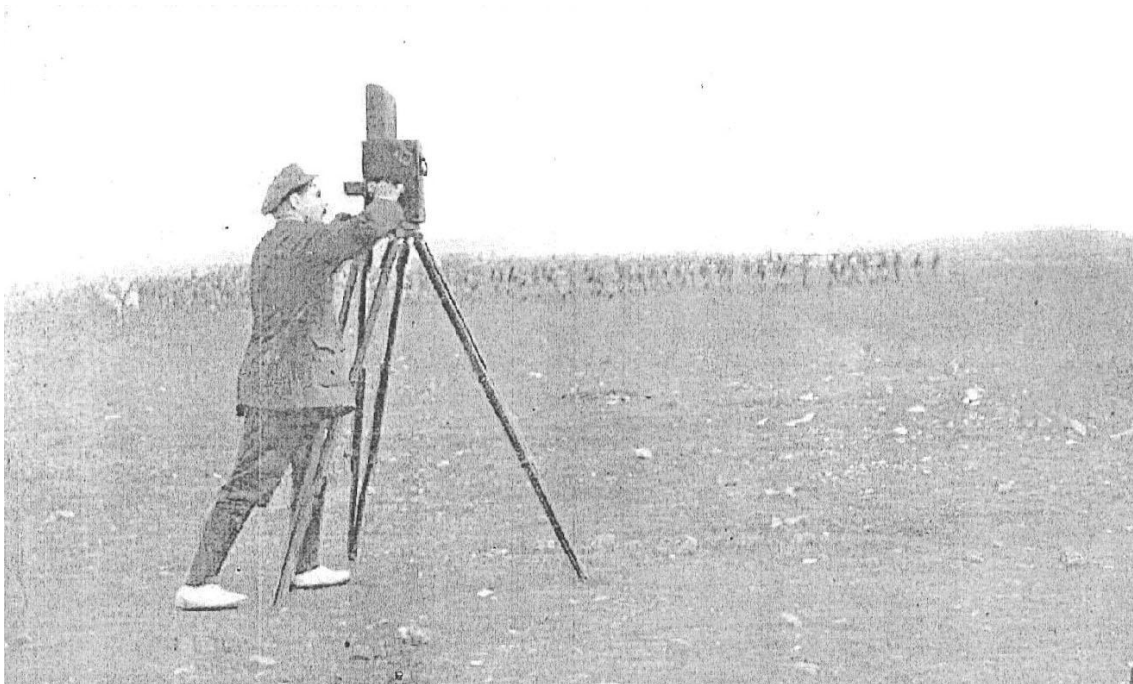


Ilustración 67. El fotógrafo D. Ricardo Baños, de la casa Hispano-Films, de Barcelona, impresionando una película en el campo de batalla. Merced a la rapidez con que en todos sus servicios procede esta casa, única en España, se dedica a la manufactura de películas cinematográficas en gran escala, el público de Barcelona puede ver todas las noches en los cinematógrafos los episodios de la guerra acaecidos el día anterior. Foto Alonso.

Nuevo Mundo, 30 de septiembre de 1909.

Los libros publicados por militares coloniales desempeñaron un papel clave en la propaganda africanista (muchos textos fueron subvencionados por las fuerzas de choque a causa de su valor patriótico y castrense). Algunos legionarios escribieron obras narrando sus experiencias bélicas. Los oficiales de cuerpos ‘indígenas’ también tenían tendencia a escribir textos de carácter autobiográfico. Franco, Mola, Berenguer, Goded, Bayo, Hidalgo de Cisneros y Cabanellas escribieron libros sobre su actuación en las campañas de Marruecos.

Las obras escritas por los africanistas durante la guerra del Rif aspiraban a ofrecer pautas para los apologistas del ejército de África. Pretendían construir una historia oficial, y lo lograron, ya que durante mucho tiempo sus informaciones fueron repetidas de forma acrítica (Nerín, 2005: 65-66). Estaban muy marcados por el subjetivismo y el heroísmo y eran el contrapunto a los libros en los que los periodistas contaban su auténtica versión de lo sucedido.

3.3 La información gráfica

Junto a la información escrita, la imagen aportó a los lectores una visión más completa de lo que pasaba en África. Los españoles pudieron observar, sin desplazarse, qué hacía su ejército, cómo se preparaba, cómo combatía y también cómo moría. Durante los años estudiados aquí, la tecnología alrededor de la fotografía evolucionó rápido. Desde el carronato-laboratorio en pos de las columnas de 1893 se pasó en 1925 a cámaras ligeras que permitían realizar tomas con mayor fiabilidad. El avance también se dio en el ámbito de la reproducción. Después de un breve apunte histórico del nacimiento del fotoperiodismo, se aborda la función del fotógrafo en el conflicto, sobre todo en relación a las imágenes más duras de los cadáveres, y recogiendo la visión de dos fotorreporteros actuales de reconocido prestigio: Gervasio Sánchez y Javier Bauluz.

3.3.1 El nacimiento del fotoperiodismo bélico

Las limitaciones técnicas hicieron que el fotoperiodismo bélico se incorporara progresivamente como un elemento informativo más de las contiendas a partir de la segunda mitad del siglo XIX. La guerra entre Estados Unidos y México supuso un antecedente con un daguerrotipo anónimo de 1847 del general Wool, posando a caballo delante de sus oficiales en una calle de Saltillo; y posteriormente los calotipos de la segunda guerra de los Sijs entre 1848 y 1849, y la segunda guerra de Birmania entre 1852 y 1853, realizados por John McCosh. Se trata de imágenes tomadas en escenarios bélicos. De la perfección de la técnica y la dimensión que había adquirido la fotografía surgió la figura del fotoperiodismo de guerra, convirtiéndose desde entonces en un instrumento útil para la prensa por el acercamiento de la realidad de las campañas y una aportación de mayor información, y en motivo de preocupación para los gobernantes y los militares (Fernández-Rivero, 2011: 459).

Otro fotógrafo, el inglés Roger Fenton, fue capaz de aproximar esa realidad bélica un poco más a los lectores durante la guerra de Crimea (1854-1856) pero sin mostrar sus horrores. Aunque no pudo tomar fotografías de las batallas, consiguió retratos de los campos después del enfrentamiento. Fotografió cadáveres de soldados caídos en combate, prisioneros, grupos de combatientes, edificios bombardeados, infraestructuras y también fotografías de oficiales y soldados. A esa guerra se desplazaron otros

fotógrafos como James Robertson, Felice Beato, Ernest Edouard de Caranza y Carol Popp de Szathmari, para muchos considerado el primero de los fotoperiodistas de guerra, pero la pérdida de sus trabajos lo ha relegado en importancia pero no en mérito (Fernández-Rivero, 2011: 463-465).

A lo largo del siglo XIX se desarrollaron otros conflictos bélicos, como la guerra de Secesión (1861-1865) que concentró el mayor número de fotógrafos del momento, la guerra Franco-prusiana (1870-1871), la Guerra Carlista, en la que Charles Monney recogió los preparativos de la defensa de Bilbao en 1874.



Ilustración 68. Vista del campamento del Ejército español instalado en la ladera del fortín de Serrallo. Enrique Facio. 1860. Fuente: (Moreno y Bauluz, 2011:15).

En 1859 la fotografía acababa de llegar a España, por lo que durante la denominada Campaña de África o de Tetuán los corresponsales gráficos eran aún, en su mayoría, pintores y dibujantes. Destacó Enrique Facio, que trabajó para Pedro Antonio de Alarcón. Del reportaje que hizo sobresale una imagen del campamento español junto al Serrallo, en Ceuta, que lo convierte en el primer fotoperiodista bélico español.

Posteriormente, en 1893 se desplazaron a Melilla José Arpa, José Blanco y Enrique Simonet, aunque este último destacó sobre todo como ilustrador, pero sus fotos eran la

base de los grabados que publicaba *La Ilustración Española y Americana*. Las primeras imágenes de guerra se reflejaron mediante grabados, porque era la manera más sencilla en que la prensa podía reproducirlas. Por aquellos meses pasaron por Melilla otros como Comas y Lafora, que enviaron material a la prensa, pero la figura más relevante e influyente fue Manuel Company, que llevaba su laboratorio ambulante en un carromato, y que mostró el embarque de tropas desde el puerto de Málaga y otra serie de fotografías de preparativos y hasta el primer cañoneo desde un buque de guerra contra los rifeños. En las revistas ilustradas españolas como *La Ilustración Española y Americana*, *La Ilustración Artística* y *Blanco y Negro* la fotografía se abría paso y también contribuyeron a su desarrollo, reservando secciones específicas, pero su publicación iba unida a la de composiciones pictóricas o dibujos de acciones bélicas ficticias de enfrentamientos entre las tropas españolas y los rifeños. Si hacer unas cuantas fotografías con aquellos medios era todo un logro, enviarlas y que se publicaran como grabado no lo era menos. Predominaba la imagen estática o semiestática de vistas generales, de tropas en formación o en posición de alerta, posados de grupo, edificios civiles, los fuertes y el embarcadero.

Para la siguiente etapa del conflicto, en 1909, la tecnología permitía la impresión de la fotografía directamente en el periódico sin necesidad de recurrir al grabado. Las imágenes ganaron en nitidez y en movimiento. La fotografía estática cedió espacio a la dinámica: se capturaron los primeros cañonazos, los soldados aparecían realizando actividades relacionadas con tareas de reconocimiento, con la construcción de perímetros defensivos, campamentos como los de Facio pero rebosantes de soldados y cabalgaduras, grandes panorámicas de Melilla y de los montes cercanos por los que avanzaban las columnas y escenas posteriores a la confrontación como la izada de la bandera española como símbolo de victoria en el monte Gurugú. Y tras la toma del Gurugú apareció la cara de la derrota en el barranco del Lobo. José Demaría López *Campúa* se adelantó incluso a las columnas españolas que reconocían el barranco del Lobo y consiguió fotografiar los cadáveres de los soldados. Era la primera vez que la crueldad del conflicto aparecía de una manera tan abierta y brutal. Eran el anticipo de lo que en 1921 Alfonso Sánchez García *Alfonso* y Lázaro mostraron en Monte Arruit, que resultó más duro a la vista, porque los cadáveres aparecían esqueletizados. Ambos

causaron una honda impresión en la sociedad, pero los de Monte Arruit provocaron una profunda reacción social de repulsa hacia la guerra de África.

La fotografía acompañó la actividad militar en el territorio español del norte de África. Además de los que se desplazaron con ocasión de los repuntes del conflicto, numerosos fotógrafos cambiaron sus estudios de la península por otros que se abrieron en África, que compaginaron el retrato y el reportaje para particulares con las corresponsalías gráficas para periódicos y revistas, y con la edición de postales fotográficas y litográficas. Las propias autoridades invitaban a los fotógrafos a entrar con el ejército en las ocupaciones de Larache, Tetuán o Xauen como parte de la prensa. Era un hecho que la fuerza de sus imágenes era tan importante o más que la de lo escrito por los periodistas y escritores. Asimismo, el Ejército contaba con sus propios fotógrafos, que realizaron reconocimientos del territorio con sus cámaras, siendo especialmente interesantes las vistas aéreas que cubren desde las zonas rurales a los campamentos militares, sin olvidarse de las poblaciones, como es el caso de Francisco Ortiz Echagüe (VV AA, 2013, recursos telemáticos).

3.3.2 La función del fotógrafo en el conflicto

En realidad ese es el propósito de un fotoperiodista cuando acude a cubrir un conflicto bélico: llamar la atención a los lectores sobre lo que está pasando, despertar las conciencias y generar un movimiento de protección a favor de una determinada nación o colectivo, especialmente si es débil o se encuentra desamparado.



Ilustración 69. Carga de caballería que dieron los bravos jinetes de Lusitania en la falda del monte Arbós para desalojar al enemigo de las posiciones en que esperaba el avance de las columnas de Sanjurjo, Berenguer y Cabanellas hacia Sebt. Foto Campúa.

Mundo Gráfico, 12 de octubre de 1921.



Ilustración 70. Nuestra artillería haciendo fuego desde Monte Arbós, mientras las tropas de las columnas de Sanjurjo y Berenguer se apoderaban, mediante reñidísimo combate y venciendo la tenaz resistencia de los moros, de las posiciones de Segangan y Atlaten, en la mañana del 5 del actual. Foto Campúa. *Mundo Gráfico*, 12 de octubre de 1921

Dentro de esta corriente, Gervasio Sánchez, Premio Nacional de Fotografía, considera que “es importante que el público conozca la verdad sobre las consecuencias de las guerras para que reflexione sobre la necesidad moral de buscar soluciones. Que los ciudadanos se enfrenten al dolor de la guerra, que sepan que los que sufren o mueren desconocen las razones de sus tragedias. Una sociedad que reivindica imágenes asépticas de la violencia está condenada al fracaso” (*El País*, 24 de abril de 2012)

Las imágenes de 1909 de *Campúa* padre, meros bultos diseminados en tierra o cubiertos por sábanas siendo recogidos por camilleros, dentro de la gravedad, mostraban una realidad con respeto a la intimidad y el honor de los fallecidos, evitando también el dolor en sus familiares. No se identifica a los cadáveres. En las de Alfonso se observan perfectamente las costillas y otros detalles morbosos de los fallecidos. No hay que olvidar que se trata de muertos cercanos, de soldados españoles. Desde luego, buscaban informar de la manera más veraz posible de los efectos de una guerra que no era una simple operación policial, como se llegó a calificar por el gobierno, pero sin provocar esa repulsión que se produjo en 1921. De haberse tratado de combatientes rifeños quizá el tratamiento hubiera sido distinto. En este sentido, Javier Bauluz, premio Pulitzer, opina que “la línea está en que [las imágenes] lleguen al corazón y la cabeza, no al estómago. Que te hagan pensar. Si sabes que algo es tan duro que no se va a publicar, de alguna manera te autocensuras” (*El País*, 24 de abril de 2012).

La foto de Alfonso de cientos de cadáveres de jóvenes de origen humilde, ciertamente el componente más frágil de aquella guerra, sin el entrenamiento y equipo necesarios, embarcados para Melilla por voluntad gubernativa y dirigidos por una superioridad corrupta, evidenciaban las vergüenzas de la clase política y militar, constituía una

denuncia y reflejaba la realidad sin atenuantes. ¿Debieron publicarse aquellas fotos o no? ¿Informaban o herían la sensibilidad? La censura las dejó pasar, pero no volvieron a aparecer más e incluso se sacaron de la circulación las postales que se editaron. En cualquier caso, ejercer como fotorreportero en una guerra en que tu propio país está inmerso no es fácil. Desde este punto de vista, la campaña de 1921 fue la más controvertida de todas para los fotoperiodistas que entraron en Monte Arruit con las tropas que recuperaron la posición. Había cientos de cadáveres de soldados españoles en estado de putrefacción dentro y fuera del fuerte con signos de tortura.

La cobertura del conflicto supuso el éxito profesional para dos familias de fotógrafos: los Campúa y los Alfonso, padres e hijos. José Demaría Vázquez, al igual que Alfonso Sánchez García, amigos y a la vez adversarios, publicaron la mayor parte de su trabajo realizado en el norte de África en el semanario gráfico *La Esfera*, dirigido por Francisco Verdugo Landi. Vinculada al grupo *Prensa Gráfica*, se trataba de una novedosa revista nacida en 1914 y que llamó en seguida la atención por la calidad y cuidado de sus imágenes. El impacto que causó su aportación gráfica fue extraordinario. Campúa comenzó a colaborar en ella desde el primer número y pronto se convirtió en una de sus *estrellas* tanto por la exclusividad de su cobertura gráfica –aprovechando el privilegiado acceso que había desarrollado con la Casa Real - como por la popular sección fija de entrevistas que publicó durante varias semanas junto a *El Caballero Audaz*. La famosa relación literaria finalizó cuando éste último fue nombrado director de *Nuevo Mundo* y Campúa de *Mundo Gráfico* en agosto de 1920. A sus cincuenta y un años, decidió ceder la cámara a su hijo y se entregó a la dirección de esa revista y el negocio del teatro y la imagen regentando el local *Madrid Cinema* –que después recuperaría su nombre original de *Teatro Maravillas*-. Evidentemente estos estrechos lazos personales facilitaron que su hijo empezara a colaborar con *La Esfera*, el semanario que permaneció siendo regido por Verdugo (Moreno, 2013: 8).

A pesar de que todavía los artistas de la fotografía tenían que tomar sus instantáneas con armatostes de madera y artilugios metálicos –las pequeñas y flexibles *Leica* y *Contax* todavía se encontraban en fase de prototipos-, Campúa destacó no sólo por el encuadre y ángulo de sus imágenes sino por el sentido periodístico de sus reportajes que captaban tanto la realidad de las acciones bélicas como el sufrimiento y pesares de sus

protagonistas. Además de las dificultades técnicas, la cobertura fotográfica de la campaña, en la que destacó también otro joven fotógrafo que luego volvería a sobresalir durante la guerra civil española, José María Díaz Casariego, se complicó extremadamente a raíz del desastre de Annual, ya que el entonces Alto Comisario de España en Marruecos, general Dámaso Berenguer, dio órdenes estrictas de limitar el acceso de los periodistas a la primera línea y, en concreto, se les prohibió su presencia cerca de las operaciones bélicas. Cualquiera que intentara burlarlas era embarcado y devuelto a la península.

El conflicto hispano-marroquí distó mucho de recalar en la categoría de espectáculo visual con la irrupción de la fotografía, pero los pies de foto le daban intensidad. No sólo resaltaban el trabajo del fotoperiodista, donde por lo general figuraba su nombre, sino que describían la escena, con sus actores, y la localización, con alguna libertad para hacerla emocionante. Así se convertían fotos de avances militares de escasa o nula oposición con heroicos combates. En otras ocasiones reflejaban el lado más doloroso, con los muertos y los heridos. En estos casos, el texto elaborado en la redacción magnificaba la labor del fotoperiodista, como en la siguiente instantánea de Campúa.

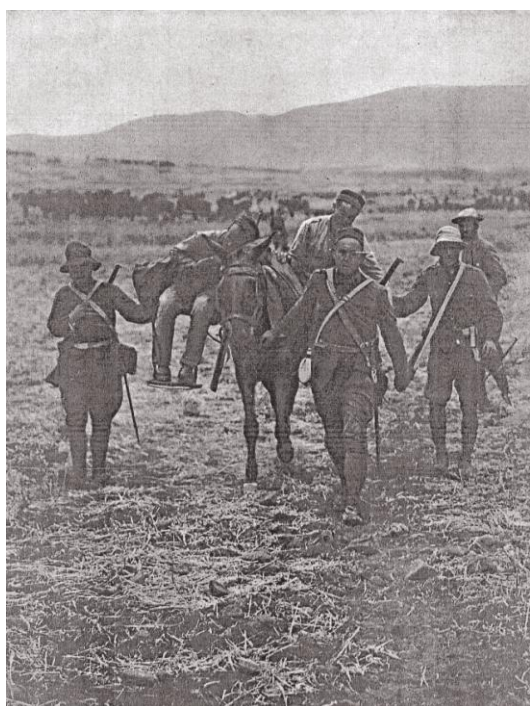


Ilustración 71. He ahí uno de los cuadros más llenos de emoción que ofrece la guerra: la conducción de heridos desde la línea de fuego al hospital de sangre más cercano. Cuadro de dolor y de sufrimiento, pero también de silencioso heroísmo y de cristiana abnegación, que si despierta y acicata los sentimientos compasivos, acreciendo nuestro amor al combatiente y enfervorizándonos en el deseo de contribuir al alivio de sus males, nos llena de admiración sin límites hacia esos otros soldados, los bravos sanitarios, cuya principal misión es la de arrebatar los ensangrentados cuerpos de sus hermanos de armas, alejándolos del campo de batalla, a la insaciable ferocidad rifeña.

Foto Campúa.

La Esfera, 19 de noviembre de 1921.

Al igual que en las crónicas, también se dieron las comparaciones entre distintos momentos del conflicto en el ámbito de las imágenes, como esta que hizo *Mundo Gráfico* en 1921 a cuenta de unas fotos de Campúa.

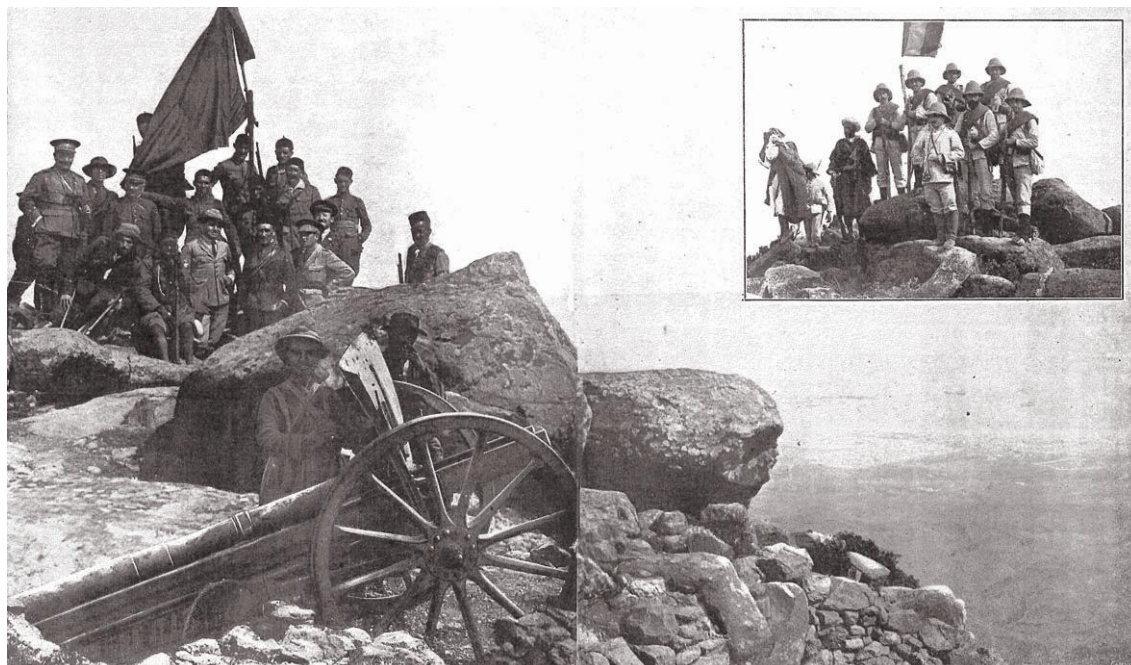


Ilustración 72. Dos culminantes momentos históricos de nuestra acción en Marruecos. Grupo de soldados que durante la campaña de 1909 fueron los que primeramente escalaron el Gurugú y plantaron la bandera española en su cumbre. El grupo de valientes que en la guerra actual realizaron la misma hazaña de poner nuestro pabellón en el pico más alto del funesto monte. En primer término uno de los cañones con que los moros lanzaban proyectiles a las posiciones y a la plaza de Melilla que ha sido recuperado por nuestras tropas. Foto Campúa.

Mundo Gráfico, 19 de octubre de 1921.



Ilustración 73. Un soldado de infantería disparando sobre el enemigo al amparo del muro de una casa derruida, durante el último avance de nuestras tropas hacia Yazanen.

Foto Campúa.

Mundo Gráfico, 23 de noviembre de 1921.



Ilustración 74. El general Fresneda y su Estado Mayor rodeado de los soldados de su columna al ocupar los altos de Hardum.

Foto Alfonso.

La Esfera, 5 de noviembre de 1921.

Este tipo de imágenes triunfales se encuentran a lo largo del conflicto, pero con frecuencia en la etapa de 1921 posterior a los desastres, concretamente durante la reconquista de las posiciones perdidas en julio. Su difusión coincidía con los intereses del ejército y del propio gobierno para mantener la moral de la tropa y recuperar el apoyo de la sociedad.

Además de los fotoperiodistas citados, que cobraron gran relevancia profesional por sus coberturas y se convirtieron en referentes para la profesión, se destacaron Francisco Goñi, José Zegrí, Leopoldo Alonso, Ramón Alba, Serrano Quiles, Quesada, Rectoret, Arnaud, Iglesias, Ricardo del Rivero y el capitán Manuel Lorduy cuyas fotos se publicaron en *La Ilustración Española y Americana*. La afluencia de fotógrafos y los resultados, sobre todo de la victoria, que la fotografía proporcionó, a pesar de las dificultades técnicas que todavía la limitaban, provocó la consolidación del fotoperiodismo bélico en España y que el Gobierno y el ejército comenzaran a concederle su importancia. Los pintores y los dibujantes, que transmitían una imagen

idílica y heroica de la guerra, disminuyeron drásticamente su importancia en la prensa frente a los reporteros gráficos, cuyo trabajo comenzaba a ser muy diferente. El fotoperiodista captaba esa misma realidad con toda su crudeza y su figura empezó a hacerse familiar en las campañas, con el laboratorio fotográfico ambulante a modo de carro o ambulancia tirado por caballos en las que trasladaba todo su material.

Durante los años siguientes, los fotoperiodistas, al igual que los corresponsales continuaron con la cobertura del conflicto, bien desde la Conferencia de Algeciras en 1906 como en Casablanca en 1907, la campaña del Kert de 1911 y las tomas de Larache y de Alcazarquivir en 1911; la de Arcila en 1912 y en 1913 la de Tetuán.

Alfonso Sánchez García (hijo de Alfonso Sánchez Portela) logró un éxito profesional al tomar las fotografías del cabecilla rifeño, Abd-El-Krim, entrevistado por Luis Oteyza en 1922 por *La Libertad*. Mostró por primera vez el rostro de la rebelión, que impactó a la opinión pública. Le acompañó el fotógrafo José Díez Casariego, aunque las imágenes publicadas fueron las de un Alfonso que cubrió también la toma de Axdir, el centro de la región controlada por Abd-El-Krim. De otro gran maestro de la fotografía bélica, Juan Luque, son las primeras fotos publicadas del desembarco de Alhucemas en 1925, del momento en que los legionarios descienden de las barcazas y avanzan hacia la playa de la Cebadilla y fue de los fotoperiodistas que adquirió relieve profesional en esta etapa. Hay unas instantáneas de momentos previos de Alfonso, pero que vieron la luz más tarde. Ortiz, Zegrí, Zarco, Litrán, Perera y Costa Salas, entre otros, cubrieron el inicio de esta campaña.

Como se ha apuntado antes, la censura también se encargó de actuar contra el trabajo de los fotoperiodistas. A la sociedad no le bastaban los posados de los jefes y oficiales o de grupos, o del armamento, que era poco menos de lo que se permitía. La censura impidió que la mayoría de las imágenes del horror se difundieran. Había que involucrar a la población en una guerra propia, que estaba al otro lado del estrecho de Gibraltar, pero sin la presencia del enemigo. Como si fuera una guerra limpia, sin víctimas y sin carencias. Si hubo manipulación fotográfica con intención propagandística, no consta, pero no es posible descartarla.

Ante la voluntad gubernamental, la periodística buscó todo lo contrario. Con la fotografía se mostraron los éxitos militares de 1859-1860, de 1893 y 1909, pero también con ella se dio a conocer a toda la población española los desastres de 1909 y de 1921, el principal logro de los fotógrafos, con unas imágenes que sirvieron para concienciar a todos, pero en especial a los políticos, de que había que tomar una posición definitiva sobre la presencia militar en Marruecos (Gómez Barceló, 2007: 57-81), lo que se hizo en 1925. Y allí estuvieron también los fotoperiodistas para contarlo.



Ilustración 75. Tropas de la columna Sanjurjo batiendo al enemigo, que hizo una tenaz resistencia para oponerse a la ocupación del monte de la Esponja, que fue tomado por asalto.

Foto Alfonso.

Mundo Gráfico, 9 de noviembre de 1921.

3.4 La relación del corresponsal con la redacción central

3.4.1 La autonomía sobre el territorio

Debido a las limitaciones de comunicación con las redacciones centrales de sus periódicos, los corresponsales que cubrieron el conflicto entre 1859 y 1925 dispusieron de un ámbito de maniobra que les permitía trabajar siguiendo su propio criterio profesional y también su instinto periodístico. El periodista podía comunicarse directamente con sus superiores a través del telégrafo y realizar consultas, pero únicamente cuando se encontraba en la oficina telegráfica o en un punto donde hubiera una estación telegráfica. El teléfono se puso al alcance de los periodistas empotrados que desembarcaron en Alhucemas al final de las operaciones de aseguramiento del entorno de la bahía, hacia octubre de 1925. De este modo, el corresponsal podía recibir instrucciones sobre su labor, pero si se encontraba siguiendo a las tropas en campaña y consideraba necesario consultar sobre cualquier asunto, o las circunstancias sobre las que se le habían dado instrucciones cambiaban repentinamente, podían pasar muchas horas o incluso días hasta que pudiera comunicarse y recibir nuevas instrucciones. Los fallos en el servicio y las interrupciones deliberadas provocaban también la incomunicación entre la redacción y el periodista. Por ello, el corresponsal debía tomar sus propias decisiones a la hora de planificar su trabajo. Así fue desde 1859. El corresponsal que cubría la guerra de África debía tomar sobre el terreno numerosas decisiones de manera personal. De esta modo tenía un mayor control sobre su función, en contraposición a la figura del corresponsal que en la actualidad es enviado por una empresa periodística a un lugar en conflicto, donde gracias a las nuevas tecnologías en el ámbito de la comunicación puede mantener una relación más fluida y directa con sus superiores, reduciendo el margen de maniobra del corresponsal sobre el desarrollo de su labor. No obstante, aunque tuviera un mayor control sobre el modo de llevar a cabo su trabajo, y lo que escribía, sin apartarse de la línea editorial, esto no quiere decir que tuviera un mayor control sobre el material que finalmente se publicaba. En cualquier caso, debía enviar el material diariamente a sus superiores.

De la distancia con respecto a la redacción central cabe inferir una información menos dirigida. En ningún momento pudo ser debido al estricto control de la censura y a la

línea ideológica que seguía el diario correspondiente. En la práctica no hubo margen para tomar iniciativas importantes sobre a dónde ir, a qué responsables entrevistar ni había ningún incentivo para conseguir una exclusiva. A pesar de las intromisiones que sufrieron por parte del ejército, incluyendo detenciones, expulsiones y hasta espionaje, los periodistas se esforzaron en llevar a cabo su trabajo y criticaron al gobierno y a la autoridad militar de turno cuando se les impidió. Incluso esta distancia se vio disuelta en muchas ocasiones porque los propios directores de los periódicos se incorporaron a la cobertura, ejerciendo como firma principal, relegando al hasta entonces enviado a una función secundaria.

Si por un lado hubo una distancia con sus jefes, por otro lado existió una relación estrecha con sus colegas. Evidentemente, hubo excepciones, pero a lo largo de todo el conflicto, los corresponsales relataron anécdotas que demostraron el compañerismo y la solidaridad que se dispensaron. El hecho de conocerse algunos de ellos con carácter previo a su llegada al conflicto y las reducidas dimensiones de Ceuta y sobre todo de Melilla, donde más tiempo estuvieron, frecuentando los mismos lugares donde se encontraban los focos informativos, cafeterías y hasta el alojamiento, evidencian una convivencia de muchos de ellos durante varios meses de manera continuada. La cobertura tuvo un halo de aventura y romanticismo, pero sin la carga ideológica que luego aparecerá entre los corresponsales de la guerra civil.

3.4.2 La reproducción del material enviado

La publicación del material que los corresponsales enviaban desde África pasaba varios filtros hasta llegar a la redacción del diario. En primer lugar el de la censura en origen, que afectaba a los textos, tanto cartas o crónicas como telegramas, siendo estos últimos revisados también posteriormente en la oficina telegráfica en Madrid.

De este modo, los textos de los telegramas llegaban a las redacciones incompletos. En ocasiones, el lápiz rojo de la censura no impedía su comprensión y los redactores del diario que los recibían podían transcribirlos de forma inteligible. Pero el ensañamiento que algunos telegramas sufrían era tal que no se entendía el contenido y resultaban inservibles, por lo que no se publicaban. Tras los sucesos de Annual en 1921, los directores de los diarios decidieron desafiar a la autoridad y dejar columnas en blanco

en el diario, incluida la primera plana, para protestar por las condiciones de la censura que hacían inútil el trabajo del corresponsal.

Por lo general, salvo extravío, lo que tampoco era extraño, se publicaban todas las cartas de los corresponsales, de manera completa, en un lugar privilegiado dentro del diario, bien fuera la primera página, la última o una página impar, que frecuentemente era la tercera. Ese espacio devino en un buen número de diarios en una sección específica. El desarrollo de la tipografía hizo que los textos de las primeras etapas fueran menos llamativos que las posteriores, donde además ganó espacio la fotografía que ejercía una función ilustrativa de los reportajes.

La evolución tecnológica impedía inicialmente la reproducción de las fotografías que los redactores gráficos tomaban del conflicto. Esto era suplido mediante dibujos efectuados a mano. La impresión de las fotos del conflicto se generalizó en los años 20, alrededor del desembarco de Alhucemas y el desastre de Annual.

3.4.3 La relación con el entorno

El periodista es un observador de su entorno y un notario de la realidad. Para la realización de un trabajo completo ha de establecer una vinculación con todos los agentes que intervienen en el conflicto, o al menos, con el mayor número posible de ellos. A Melilla y al resto de emplazamientos españoles en el norte de África llegaron periodistas con un nivel de formación universitaria y también con amplios conocimientos sobre Marruecos y el Magreb, la cultura, la religión y la lengua árabe o al menos la experiencia de informar desde el extranjero y el dominio del francés. Fueron una minoría y algunos de ellos estuvieron en los diarios nacionales de mayor trayectoria y reconocimiento. Pero por Ceuta, Melilla y el reto del Protectorado pasaron centenares de corresponsales de la prensa nacional y regional e incluso local que se apuntaron al conflicto en los momentos de mayor interés sin un bagaje cultural suficiente. El desconocimiento del idioma y el prejuicio hacia el moro al que había que civilizar, la cultura, la religión y las costumbres diferentes se erigieron en una barrera para la mayoría de ellos, que no eran capaces de pasear por los mercados de las cabilas limítrofes a recabar la opinión de los lugareños. Sólo preguntaban a algunos campesinos que entraban a comerciar en Melilla con los excedentes de su escasa producción de

frutas, hortalizas o aves, que, por cierto, estaban muy interesados en conservar unas excelentes relaciones para que se les continuara permitiendo la entrada, continuar con sus ventas y observar todo lo que sucedía allí dentro. Por supuesto, de ninguna manera se atrevieron a subir a las cumbres del Gurugú cuando se encendían las hogueras para convocar a los habitantes de la zona a que empuñaran las armas contra los españoles. Algunos de ellos explican su estrategia diaria para recabar información, y toda es dentro de los límites de Melilla: Gobierno Militar (fuente oficial), muelle (información española), campo de instrucción (información española), fuertes (información española) y casino militar (rumores). Una manera de evitar experiencias frustrantes y aprovechar al máximo el potencial informativo es aplicar las estrategias y rutinas productivas más adecuadas para la búsqueda de la información, algo que quedaba cercenado por el dirigismo y la censura. Esto se trató de completar con la experiencia en la cobertura de conflictos que tenían algunos de ellos, sobre todo en las etapas posteriores, o en corresponsalías en el extranjero, en la relación con la censura, y a pesar de disponer de ciertos recursos para dotarse de los medios materiales para realizar su trabajo, la accesibilidad de las fuentes y la disposición de la población rifeña en núcleos rurales reducidos, dispersos y alejados unos de otros y su rechazo a buscar la proximidad de los periodistas. La vinculación con el territorio, español, que mantuvieron la mayoría de periodistas disminuyó la posibilidad de obtener información de calidad.

3.4.4 La corresponsalía como prestigio

Informar desde el mismo punto en que se está produciendo la noticia es una aspiración de todo medio de comunicación y la demostración de un compromiso con la verdad y con los lectores para suministrarles una información de máxima calidad. El afán por informar de unos hechos bélicos que marcaban la política interna, el interés por incrementar las ventas con historias de heroísmo y la necesidad de las familias de saber de la suerte de los suyos llevó a África entre 1893 y 1925 a numerosos corresponsales y fotógrafos con el fin de recabar material de primera mano que ofrecer a los lectores, que en un cálculo estimativo se pueden establecer en más de 500, de los que alrededor de un centenar corresponden a los diarios nacionales de mayor difusión. En algunos casos de la prensa nacional como *El Imparcial*, *La Correspondencia de España* ya cuentan con algún periodista que trabaja de manera estable en la corresponsalía. La que concentró

mayor interés informativo para los corresponsales fue Melilla, por encontrarse en el centro del interés informativo, en cuyas inmediaciones se desarrollaron buena parte de los acontecimientos bélicos. Los periodistas españoles también eligieron otros puntos del norte de África en el que se establecieron corresponsalías, coincidentes con los nudos de comunicaciones como Tánger y Ceuta. En estos casos, los enviados desde la redacción central llegan para reforzar la información y suele ser frecuente que se desplacen más de un redactor y un ilustrador o fotógrafo. El dispositivo censor del Gobierno y del Ejército suministra partes oficiales a los corresponsales, que han de buscar otros datos que puedan publicarse fuera de ellos. Aunque se ven muy limitados para realizar su aportación profesional, encuentran un resquicio por la vía del relato de anécdotas de su paso por el conflicto, vivencias de soldados que regresan del frente, descripciones de Melilla y mucho relato costumbrista.

Muchos de los corresponsales que llegaron a Melilla a cubrir el conflicto pronto cobraron notoriedad entre los lectores, con la publicación continuada durante semanas y meses de sus crónicas y debido a la influencia de la prensa, como único medio de comunicación de masas. La oportunidad de ampliar su prestigio profesional no fue desaprovechada por la mayoría de directores de la prensa nacional del momento, que también acudieron a África, sobre todo en 1893, 1909 y 1921. Escribieron crónicas y artículos más analíticos y críticos que los de sus subordinados, confiriendo mayor importancia todavía a los acontecimientos.

Y los que no fueron interesados en engrandecer su prestigio profesional, ¿por qué fueron? En el periodismo de guerra, quienes toman la decisión de ir a un país en conflicto o a un frente bélico presentan unas inquietudes que no aparecen en otros colegas de profesión. Por tanto, habría que preguntarse por qué quieren ser corresponsales de guerra. La pregunta se la han hecho muchos de ellos. La respuesta más frecuente deja claro que quieren contar a las sociedades acomodadas historias de personas que sufren la guerra con el objetivo de buscar una reacción en la opinión pública para cambiar esas situaciones dramáticas. Pero al regreso de la guerra, algunos llegan a casa con la sensación de haber fallado, de no haber podido cumplir con ese objetivo. Como refiere David Jiménez, corresponsal de *El Mundo* en Afganistán, con motivo del octavo aniversario del asesinato de Julio Fuentes. Jiménez se lamenta por

“fallar al no haber podido situar al lector en el lugar de las víctimas, algo imposible cuando ni siquiera tú eres una de ellas; fallado ante los Gobiernos y los Ejércitos, cada vez más efectivos en lograr que la primera víctima de todo conflicto sea la verdad; fallado porque has estado en la guerra sin estar del todo y, cuando has querido, has cogido el avión y has vuelto a la seguridad de tu ciudad, una opción utópica para aquellos que dejas atrás” (Jiménez, 2009: recursos telemáticos).

La guerra es cada vez más difícil de contar, existen demasiadas trabas que superar. En este escenario, Alberto Piris reconoce dos tipos de periodismo de guerra: el que busca impresionar al público y el que resulta de la manipulación y del control de los cuarteles generales en ruedas de prensa, comunicados oficiales y de las grandes agencias de noticias que no se atreven a desmentir a sus gobiernos. Esta visión pesimista reduce la función de los profesionales a recolectores de imágenes de acción y sangre o a correa de transmisión de los gabinetes de prensa. La misión de los periodistas consiste en buscar el equilibrio entre ambos extremos, pero en África, esta visión se ajusta a la realidad.

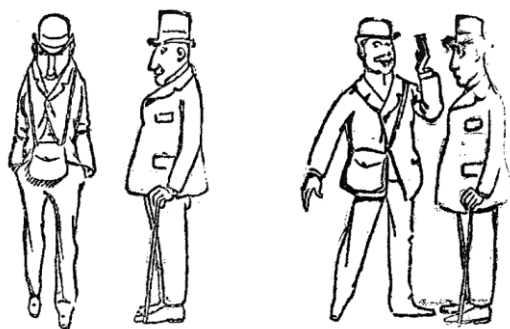
3.4.5 El humor gráfico

El conflicto tuvo también otra mirada, que se expresó al margen de las crónicas de los corresponsales, los telegramas, los directores de los diarios y los numerosos artículos de firmas ilustres. En la prensa española de finales del XIX se producía el esplendor del humor gráfico, a la vez que en Estados Unidos triunfaban las historietas de The Yellow Kid. Con más sátira que ironía se abordaron aspectos militares, políticos, sociales y culturales relacionados con las diferentes campañas y presentaban al rifeño como si de un salvaje se tratara.

La propia actividad de los redactores y los fotógrafos desplazados al norte de África quedó reflejada también dentro de algunas de aquellas viñetas. Resulta de especial interés una colección publicada en *La Correspondencia de España* entre octubre y diciembre de 1893, coincidente con las hostilidades en Melilla, en las que se ridiculizaban los métodos de trabajo de los corresponsales y los fotoperiodistas llegados a la ciudad. En la página siguiente se muestra una selección de seis por su vinculación estrecha con el objeto de la presente tesis. Van sin firmar pero dada su proximidad temporal, y sus características comunes debieron de haber sido realizadas por la misma persona.

El mensaje de fondo que transmite el humorista resulta redundante con el que los corresponsales hicieron llegar personalmente a través de sus crónicas y telegramas a los lectores y que el propio periódico expresaba también en sus páginas: la supresión de contenidos por parte de la censura, que hacía que los textos llegaran incompletos y muchas veces carecían de sentido, con lo que se imposibilitaba conocer de manera fiable lo que sucedía. En otras viñetas se evidenciaba la diferencia entre las versiones de los hechos por parte del gobierno y por parte de los corresponsales, la guerra de la información, que también se aspiraba a ganar y entorpecía igualmente el propósito periodístico de comunicar la verdad a la sociedad. De la restricción de movimientos que sufrieron en Melilla en aquella primera etapa también dejó constancia otra viñeta, comparando la actividad corresponsal con una enfermedad que sufriera el ejército, la corresponsalitis aguda, dándose la paradoja que el que parece enemigo, “el moro”, pasa a ser tratado como amigo, y el que parece amigo, el corresponsal de la propia nacionalidad, recibe peor trato que aquel.

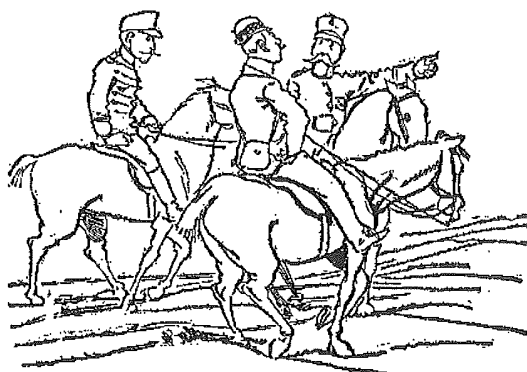
Más allá de producir una sonrisa con un tema serio como el de la ocultación de la verdad, aquellas viñetas enseñaron por primera vez, y antes que las propias fotografías, cómo se desempeñaban los corresponsales y los fotoperiodistas sobre el terreno. Vemos su indumentaria, sus útiles de trabajo y cómo se desplazaban acompañados siempre por un soldado.



Los Corresponsales

-¿Adónde vas? -¿De dónde vienes?
-A Melilla -De Melilla, hombre, de Melilla.

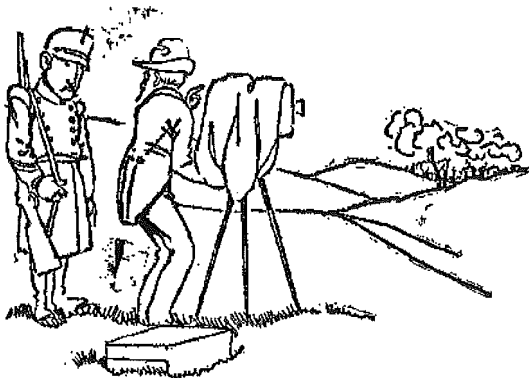
La Correspondencia de España, 18 de octubre de 1893



Guerra moderna. Corresponsales en campaña

-Me parece, general, que las tropas se van a la derecha.
-Sí, el enemigo se ha corrido hacia aquel lado.
-¡Ah, pero eso no puede ser, porque yo anuncié en el periódico que el movimiento envolvente sería a la izquierda! Dé usted contraorden.

La Correspondencia de España, 25 de octubre de 1893



Guerra moderna

-Hombre, vaya usted a escape a decir al general que dejen de hacer fuego un ratito, porque con el humo no me sale ningún cliché bueno.

La Correspondencia de España, 26 de octubre de 1893



Corresponsalitis aguda

-Ese es un periodista; si habla, fuego; si mira, fuego; si tose, fuego.
-¿Y al moro?
-Ese es moro de paz. Café y tabaco.

La Correspondencia de España, 7 de diciembre de 1893

Medallas morunas

MEDALLAS MORUNAS



Actitud de los moros según el Gobierno

Ídem de los ídem según los corresponsales

La Correspondencia de España, 11 de octubre de 1893

Cómo empieza y como acaba

CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA



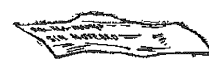
Telegrama que envió el corresponsal



Cómo sale del gobierno militar de Melilla



Cómo sale de Gobernación
periódico



Cómo llega al

La Correspondencia de España, 13 de octubre de 1893

3.5 La profesionalidad, la ética y la ideología

Uno de los aspectos claves de este trabajo consiste en descubrir si los corresponsales que cubrieron el conflicto desempeñaron su labor con profesionalidad, si buscaron la imparcialidad y la objetividad, si pudieron ejercer su trabajo en plenas condiciones y si los análisis que realizaron en sus interpretaciones del conflicto se ajustaron a la realidad.

3.5.1 La Profesionalidad

Durante este periodo no hay ninguna institución académica que imparta una formación específica sobre periodismo o comunicación y mucho menos especializada en el periodismo de conflictos. Por lo general, los que se dan cita en África son *reporters* que trabajaban de manera continuada en la redacción de un diario, aficionados a la escritura, constando solo en una minoría de ellos estudios universitarios, concretamente del ámbito de las letras, como por ejemplo el derecho, pero tampoco faltaron los ingenieros ni los médicos. Los que tenían una formación más amplia desarrollaron una carrera exitosa en la profesión y saltaron a la política, llegando a ser diputados o a ostentar cargos de responsabilidad, incluso ministerial, en la administración del Estado. En torno del conflicto también se dieron cita escritores, de más o menos renombre, que encontraron en el Rif un material excelente para escribir obras literarias sobre la guerra con un trasfondo periodístico. Entre ellos se encuentran Colombine, Armiñán y otros.

La longevidad del conflicto ha permitido comprobar la evolución en la figura del corresponsal. Dentro de la generación de los que narraron la guerra de 1859-60, el corresponsal se identificaba como un militar que desempeñaba funciones de periodista, mientras que en 1893, el cronista-soldado empezaba a quedar relegado por el personal civil que ejercía, con mayor o menor exclusividad debido a la precariedad, el periodismo como profesión. Con ello había comenzado la profesionalización del corresponsal bélico, como periodista especializado en cubrir guerras de manera continuada.

Aunque durante esta etapa todavía existían los militares-periodistas, que deambulaban por los territorios del norte de África con su uniforme, predominó el periodista que carecía de una relación directa con el Ejército. De hecho, la figura del militar que ejercía

como periodista fue desapareciendo paulatinamente durante los años siguientes y como contrapartida, el *reporter* o periodista adquirió cada vez más experiencia en el conflicto, profundizando en sus conocimientos castrenses y del norte de África, llegándose a dar el caso de algunos veteranos como Francisco Hernández Mir y Leopoldo Bejarano que estuvieron presentes, en diferentes publicaciones, en 1893, 1909, 1921 y 1925. Fueron los dos únicos periodistas españoles que estuvieron presentes en todas las etapas.

De una mayor experiencia por parte de los periodistas en el conflicto se podría inferir que se encontraban en mejores condiciones para afrontar su trabajo, pero en realidad no sucedía así. Durante este tiempo, el ejército también perfeccionó su sistema para impedir que los periodistas realizaran libremente su trabajo.

Algunos de los periodistas que eran auténticos expertos en la materia antes de ser enviados, muchos de ellos encuadrados en los diarios nacionales de referencia y alguno de ámbito regional o local. Entre todos se puede destacar a Guillermo Rittwagen y Nicanor Rodríguez de Celis de *La Correspondencia de España*, José Boada de *La Vanguardia*, José García Rufino de *Blanco y Negro*, Víctor Ruiz Albéniz al que los propios rifeños llamaban El Tebib Arrumi (el médico cristiano), Felipe Ovilo, José Rocamora del *Heraldo de Madrid*, Antonio Ramos Espinosa de los Monteros de *El Noticiero Sevillano* en la Conferencia de Algeciras, y algún que otro trotamundos como Manuel Alhama Montes y Juan José Cadenas. Además de los que tenían amplia experiencia en África o habían trabajado desde el extranjero, otros muchos fueron enviados a Melilla y al resto del territorio norte africano con una solvencia acreditada previamente como redactores en otras áreas temáticas, con frecuencia en la crítica taurina, literaria, teatral o de arte en general, y también iniciados en la información política. No faltaron los que disponían de una trayectoria de prestigio en el periodismo, algunos incluso con responsabilidades de dirección.

El conocimiento de otros idiomas fue un factor relevante en la selección de los periodistas que cubrieron el conflicto. Los diarios prefirieron a los que hablaban francés o se encontraban familiarizados con esta lengua por haber trabajado en Francia o haber recorrido previamente el Magreb. Y el ejército trababa de seguir también el mismo criterio en la elección de su personal que atendía a los miembros de la prensa. Dado que muchos de los corresponsales no salían de Melilla, Ceuta o su entorno, no se hacía tan

importante en la práctica el conocimiento del francés, porque las fuentes principales a las que recurrían hablaban español. En cambio, el conocimiento del francés se hacía muy interesante para leer la prensa francesa que se distribuía en la zona española o para acceder a las fuentes oficiales y no oficiales en la zona francesa, algo que de todos modos no sucedió sino ocasionalmente. Los rifeños que entraban en Melilla eran capaces de hacerse entender también en castellano. Y cuando era necesario, se recurría a alguna persona que hacía de traductor. Y lo mismo sucedía cuando se hacían desplazamientos a otras zonas.

El dominio de la lengua que hablaban los rifeños, el conocimiento de la cultura de los habitantes de las cabilas de la zona, de la cultura árabe y de la religión musulmana en general, es decir, el entendimiento del entorno social, económico y cultural de aquellas personas a las que se consideraba el enemigo, se hacía interesante para poder contactar directamente con los habitantes de la región.

Por fortuna para los lectores y desgracia de los militares, debido a las prolongadas estancias, la comprensión de los entresijos del conflicto y el conocimiento de los usos y costumbres locales se hizo posible. Cuanto más tiempo pasaba el periodista en destino, mayores probabilidades había de que la información mejorara en calidad, pero en la práctica esto no era así. A su vez se creaban una relaciones contraproducentes con las fuentes oficiales.

Evidentemente, en función de cómo interactúa el periodista con el entorno, así recoge la información. Por un lado existía la facilidad, que en ocasiones se convertía en dificultad insalvable, de acceso a las fuentes oficiales españolas: Gobierno y Ejército. Por el otro, los rifeños, campesinos y pequeños mercaderes, que frecuentaban las ciudades españolas del norte de África, representaban una fuente dudosamente fiable para los periodistas españoles. A esto hay que añadir el prejuicio hacia el rifeño, que en la inmensa mayoría de corresponsales queda reflejado a través de expresiones peyorativas. Al otro lado de la frontera estaba el peligro y el “enemigo”. El tránsito por los caminos en los períodos de tensión bélica podía ocasionar un grave riesgo en la vida de los periodistas, agravado por el desconocimiento del terreno y del idioma. Los francotiradores merodeaban por los fuertes avanzados de Melilla. Los únicos desplazamientos que se realizaban por los protectorados francés y español se hacían por

ferrocarril entre localidades norteafricanas que empezaban a acostumbrarse a la presencia de europeos. Con el precedente de Lázaro para *Mundo Gráfico* en 1921, solo *La Libertad* dio en 1922 otro paso que contribuyó a conocer los combatientes del bando rifeño y que aportó un grado de dignidad al tratamiento que la prensa española le dispensaba. No resultó nada sencillo, pero finalmente, un periodista y dos fotógrafos accedieron al líder rifeño y recogieron por un momento el punto de vista del otro lado del conflicto de una fuente de primera magnitud. Las coberturas que en 1925 se hicieron desde el lado francés y las excursiones de unas pocas horas fuera de Melilla que puntualmente se realizaron en 1893 o 1909, como la de Mencheta, sólo cabe calificarlas de anecdóticas por su irrelevante aportación informativa para los lectores. En algunos casos incluso cabría calificarlas de mero acto de justificación ante la competencia o vanidad profesional, como fue el caso de Corrochano, que según él desembarcó en la playa de la Cebadilla el 8 de septiembre, antes que ningún otro colega, y sin embargo no escribió nada al respecto.

Por tanto, aunque no daban por buena la información, trabajaron siempre con la obtenida dentro del perímetro español, especialmente la contenida en los partes oficiales, la procedente de los jefes militares en sede oficial y la que circulaba en el Casino Militar de Melilla, bares y otros locales públicos que no eran sino meros rumores, especulaciones y manifestaciones de deseos inalcanzados.

Las necesidades informativas de los periodistas eran cubiertas desde dentro. Las fuentes en esencia eran dos, la gubernamental en la península, y la militar en África, con la que se relacionaban directamente los corresponsales. La información circulante era básicamente la misma y todos tenían acceso. El contenido se diferenciaba solamente en detalles y anécdotas.

3.5.2 *La Ética*

La ética del corresponsal suele sucumbir ante la posibilidad de una exclusiva o la consecución de unos planos sangrientos. En este segundo caso, los fotoperiodistas que tuvieron acceso a los cadáveres, Campúa y Alfonso han pasado a la historia en parte por las imágenes de los soldados acribillados en el barranco del Lobo en 1909 y en Monte Arruit en 1921, y aunque aquellas imágenes causaron una honda repulsa sobre el mismo

conflicto, los fotógrafos que las hicieron son hoy figuras referentes del fotoperiodismo español.

El primer compromiso ético del periodista es el respeto a la verdad y de ahí deriva su credibilidad ante la sociedad. Pero en Melilla y en el resto del Protectorado, los corresponsales carecieron de la libertad de investigar. Se dificultó continuamente el acceso a las fuentes, se trababa la contrastación de las noticias en las sedes ministeriales, lo que obligaba a recurrir a entidades de negocio con intereses en la zona, que solían disponer de información exacta y actualizada. Se prohibía la difusión de información veraz y la realización de comentarios y críticas contrarios al Gobierno y al Ejército. De hecho, la principal lucha que mantuvieron los corresponsales fue contra el sistema coercitivo implantado por el Gobierno, en el que participaba el Ejército, para evitar que los periodistas contaran la verdad. La verdad era la máxima aspiración de todos ellos, y no pudieron hacerlo, pese a sus constantes críticas e iniciativas. La información no siempre iba separada de la opinión.

Una crítica constante de la mayoría de los corresponsales de la prensa nacional se centró en los obstáculos que el Ejército ponía para la obtención de la información. Además de las condiciones que la censura establecía en varias disposiciones normativas que se aprobaron durante todo el periodo, se adoptó con éxito el confinamiento de los corresponsales en embarcaciones para seguir las operaciones terrestres a distancia desde el mar. A este habría que añadir el empotramiento que vivieron en 1925 durante varias semanas cuatro corresponsales tras el desembarco de Alhucemas, que fue más allá de las excursiones tuteladas a las que el ejército había empezado a acostumbrar a los informadores. No se conocen los criterios de selección de esos cuatro corresponsales, pertenecientes a tres diarios nacionales: *La Correspondencia de España*, *La Libertad* y *La Voz*, y uno local, *La Unión Mercantil*, de Málaga. Sorprende en el caso de *La Libertad*, por entonces propiedad de Juan March, de carácter progresista, claramente escorado a la izquierda, contrario a la dictadura de Primo de Rivera y que había entrevistado al mismísimo Abd El Krim. No sorprende tanto quizá el vespertino *La Voz*, que era el complemento de *El Sol*, ambos de Nicolás María de Urgoiti, el magnate español de la prensa del momento. *La Correspondencia de España*, de carácter

conservador y escasa circulación, que apuraba sus últimos días de vida tras 76 años de existencia.

La constancia de las críticas al trato que recibieron por parte del Ejército en lo que a la recolección, elaboración y envío de información se refiere demuestran la defensa que de su trabajo hicieron en aras de una imparcialidad que vista desde la actualidad resulta irreconocible pero no para la época. Si un a un periodista le ponen dificultades en la obtención de la información, debe contarlos. El hecho que los primeros códigos deontológicos aparecieron hacia 1910 en Estados Unidos y posteriormente en Europa no quiere decir que no se defendieran y se intentaran respetar los principios de veracidad, objetividad e imparcialidad y se tratara, aunque no en todos los casos se hacía, distinguir la información de la opinión, tal y como ha quedado referido. En la guerra con Marruecos se respetaron muy pocas normas por parte del ejército y del Gobierno, como en general sucede, y ello afectó a los periodistas, lo que en los momentos de máxima gravedad suscitó una postura de unidad para la defensa del compañero, como fue el caso de los encarcelamientos de los corresponsales de *El Imparcial* y *El Economista* de Málaga y la expulsión del de *El País* en 1893, del arresto y reclusión del director de *La Correspondencia de España* en 1909, y también ante los golpes de censura gubernativa.

La honestidad de muchos de ellos y su compromiso con el deber de transmitir la verdad a la sociedad llevó a oponerse expresamente y a distanciarse del Gobierno, da escribir libros al terminar cada etapa del conflicto en los que denunciaban el comportamiento gubernamental y militar con respecto a su trabajo en África y transmitían una versión de los hechos que se apartaba de la oficial, que ellos mismos habían reproducido con mayor o menor fidelidad. Su credibilidad como periodistas y la credibilidad de su medio de comunicación estaban en juego. Por eso la mayoría de ellos no hacía más que advertir al lector constantemente de la intervención de la censura en sus textos.

La objetividad informativa fue el propósito de todos los corresponsales que cubrieron el conflicto. Algunos lo manifestaron en sus propósitos al inicio de su cobertura e incluso su diario anunciaba su envío con esa aspiración. Fue una mera declaración de intenciones que se convirtió en papel mojado nada más pisar África. La influencia de la censura impidió que las crónicas, y sobre todo los telegramas, carecieran de este rasgo

esencial del buen periodismo. Del grado de asimilación de los valores patrios por los propios corresponsales y el fomento que del mismo se hacía por parte del Ejército se infiere que los periodistas, en medio de su aturdimiento, no podían aspirar más que a narrar con alguna exactitud.

Si la objetividad se persiguió, la imparcialidad no se consiguió. Aunque alguno de ellos lo anunciara como propósito de su cobertura, se implicaron y tomaron partido por el bando propio, lo que era visto como algo natural. En una guerra, los periodistas nacionales de un país no siempre toman partido por su propia nación, pero en este caso, todos cerraron filas con España. Y aunque las críticas a los gobiernos de turno fueron duras y constantes y la prensa modificó su postura respecto al conflicto en paralelo a la evolución que experimentó en la sociedad, un nacionalismo agrandado, una denostación constante al rifeño, que para muchos era un perfecto desconocido, y un sentimiento de superioridad expresado sin vergüenza, que hacía de España una potencia civilizadora con reminiscencias de un imperio colonial perdido, hacía que los intereses del Gobierno y del Ejército coincidieran con los de la prensa y distorsionaran la labor de los corresponsales. A pesar de ello, se sucedieron los enfrentamientos entre los directores de prensa, y sus enviados al conflicto, y los ministros y los presidentes debido a la presión que sobre ellos se ejercía.

La diferencia entre opinión e información no siempre estaba bien definida en los textos que enviaban los corresponsales. A pesar de lo expresado por algunos y el seguimiento de las crónicas de otros, se observa que las informaciones tendenciosas estaban presentes. En los momentos clave del conflicto, los corresponsales realizaron análisis de las consecuencias de las acciones bélicas y diplomáticas desarrolladas. Por lo general, las conclusiones a las que llegaron fueron acertadas. La mayoría de ellos eran partidarios de un duro escarmiento mediante una ofensiva militar que demostrara el poder superior de España, debido a la escasa efectividad de los intentos de solución diplomática por las constantes maniobras dilatorias que les resultaban exasperantes. Y efectivamente, Marruecos dejó de ser conflictivo cuando los gobiernos de España y Francia decidieron unirse para lanzar una ofensiva anfibia con un ejército compuesto por 13.000 soldados y abundante artillería que anuló la rebelión de Abd El Krim en 1925.

3.5.3 La Responsabilidad

La de periodista es una profesión especial, por las implicaciones que conlleva su ejercicio ligado a la libertad de expresión, de comunicación y de formación de la opinión pública de la sociedad. En el artículo 20.1.d la Constitución española de 1978 es reconocido como uno de los derechos fundamentales de los españoles y viene recogido como el derecho a comunicar o recibir información veraz por cualquier medio de difusión. Debe pensarse que la práctica de tal profesión lleva consigo unas responsabilidades. En el caso de los corresponsales de guerra tiene unas particularidades respecto del desarrollo de los conflictos bélicos que cubren, pues trabajan en unas circunstancias de dificultad, peligrosidad y gravedad extrema. No es fácil escribir una crónica apresuradamente, con el sonido de la artillería de fondo, y que se entienda. En este caso, el mayor desafío es saber discernir. La información elaborada debe estar basada en los principios que inspiran la profesión. De otro modo, no sólo se estaría faltando seguramente a la verdad, sino que se estaría manipulando la formación de la opinión pública de la sociedad. No es fácil, sobre todo, cuando no se tienen todos los datos para redactar una crónica completa. Sin embargo, es exigible al periodista, que tiene una elevada responsabilidad. A su vez, la sociedad también tiene otra responsabilidad ineludible, la de reaccionar contra las injusticias que suceden en el mundo, como las manifestaciones que se sucedieron contra la invasión de Irak y el “No a la guerra”. Y por supuesto, el medio de comunicación para el que trabaja, que tiene una responsabilidad en cuanto a su situación laboral, de manera que no tenga ningún condicionamiento para desarrollar su labor, y a su situación con respecto a la audiencia, con rigor. Los corresponsales españoles que se desplazaron a África actuaron con responsabilidad dentro de unos límites. Su participación en el conflicto estaba inspirada por unos principios que quedaron traicionados a su pesar y solo fueron reintegrados al finalizar cada etapa, con la publicación de su auténtica versión de lo sucedido en unos libros que escapaban a la lectura de los seguidores de los diarios.

Además de ser un profesional, también es un ser humano, con un punto de vista personal sobre el asunto, con una ideología y con unos condicionamientos relativos a la línea editorial del medio en el que trabaja. Indudablemente, estos factores no deberían influir a la hora de elaborar la información, pero por desgracia no siempre es así. ¿Cómo

se puede evitar que afecten a su responsabilidad? El corresponsal de guerra necesita la ayuda de su empresa para desarrollar plenamente su responsabilidad, que en ese momento se transfiere a la opinión pública.

En esta misión, el corresponsal no puede estar solo. Necesita de la colaboración de otros para desarrollar plenamente esa responsabilidad. Dentro de su propio ámbito, en su empresa, sus superiores deben ayudarlo en su cometido. Existen limitaciones económicas y políticas que hay que tratar de superar. Por sí misma, una persona, aunque cuente con una herramienta potente como es la noticia, no puede parar la guerra ni influir contundentemente en la conciencia de millones de personas. Su aportación, que ciertamente resulta cualitativa, es una más.

La complejidad en el desarrollo de las funciones de los corresponsales de guerra viene marcada por la responsabilidad que tienen con la opinión pública y con la evolución del propio conflicto bélico que cubren. No obstante, no es algo inherente a su figura, sino que comienza en la empresa para la que trabaja, que le inviste de esa influencia, y termina en la opinión pública, de la que espera una reacción. Están para informar y explicar los conflictos bélicos a los que acuden, de la manera más completa y veraz posible. Evidentemente, han de superar situaciones de todo tipo, desde salvar intereses propagandísticos de las partes hasta proteger su propia vida. En sus manos está el ayudar a una resolución rápida del conflicto o a influir en su evolución. En momentos, debe tomar decisiones apoyado en su conciencia, tratando de buscar siempre el respeto de los principios periodísticos, lo que en determinadas circunstancias no es sencillo. Todos los bandos intentan influirle, buscando nuevos modos cada vez. E incluso él mismo se convierte en objetivo a batir. Sin embargo, debe realizar su trabajo, responder al desafío de saber lo que pasa y contarlo sin engaños. A través de las injusticias de la guerra que narra, trata de agitar las conciencias de la sociedad, en busca de una reacción. En un contexto de opulencia informativa, los mensajes del corresponsal en los conflictos deben superar varias barreras hasta cumplir su objetivo. En ocasiones, los políticos y los gobernantes, que son unos actores sociales esenciales, están atentos a liderar las reacciones sociales que se puedan generar, lógicamente en aras de sus propios intereses.

El patriotismo de los corresponsales españoles que cubrieron el conflicto es algo que hoy parecería exagerado y hasta incomprensible, pero entonces cerraron filas con España y sirvieron durante buena parte del tiempo de correa de transmisión del Gobierno. Esto va claramente en contra de los principios del periodismo. Los corresponsales de guerra tienen una responsabilidad con su audiencia, y más aún, con la opinión pública, por encima de las condiciones que pongan los gobiernos y los militares a la hora de realizar la cobertura informativa. No pueden ocultar esa responsabilidad. Los periodistas forman parte de un instrumento muy poderoso capaz de influir en la conciencia de las personas, ayudándoles en la formación de una determinada opinión sobre una cuestión o un acontecimiento. Cumplen una función social. Un corresponsal de guerra tiene una responsabilidad y una capacidad de influencia porque pertenece a un medio de comunicación. Es un hecho indisociable. Sin un medio de comunicación la responsabilidad no decrece, pero en cambio lo hace la intensidad que la que se puede influir. El que influye es sobre todo el medio. ¡El medio es el mensaje!, dijo Marshall MacLuhan, hay que tenerlo siempre presente. Lo que sucede es que el periodista o corresponsal de guerra y su medio influyen sobre otras personas. Esta influencia se debe medir en su justa medida en un contexto de opulencia informativa. Katz y Lazarsfeld ya lo apuntaban en los años cincuenta: los medios de comunicación tienen una influencia limitada en la opinión pública²⁸, pero en los años del conflicto la influencia de la prensa era muy elevada.

Como componentes de un medio de comunicación, su responsabilidad comenzó en el momento que tomaron la decisión de cubrir el conflicto armado y ésta alcanzó incluso hasta la manera en que lo contaron. Lamentablemente, a aquellos corresponsales no les quedó mucho más que hacer sobre las cuestiones informativas esenciales, pues se convirtieron en un peón en el tablero de un juego que tuvo tres bandas: los ejércitos, las grandes corporaciones y los gobernantes. En su ámbito de acción, habían de limitarse a informar y a denunciar la injusticia que se estaba produciendo en un lugar con una sociedad, aunque eso no fue siempre así. Ahí su compromiso no estuvo con las víctimas del conflicto: los rifeños y los soldados españoles. En una guerra en la que un país aplasta a otro y la población civil es una víctima, no se puede concebir la neutralidad

²⁸ *"Two-Step flow of communications"*

informativa, sino que se ha de buscar una objetividad entendida en favor del débil. Aquellos periodistas tenían el deber de contar que la víctima estaba siendo oprimida.

Además de su cometido a la hora de denunciar injusticias, el trabajo de un corresponsal no tiene sentido sino es para explicar *in situ* un conflicto bélico entre las partes. Por desgracia, la realidad que describieron estaba fragmentada. La visión de la realidad que tuvieron fue incompleta, porque no cubrieron el conflicto desde el otro frente, el rifeño salvo de manera ocasional y superficial. Al dar una visión incompleta, su información adoleció de rigor. Y por otro lado, aunque resultara visualmente impactante las imágenes del fragor del combate, no son explicativas, tan solo se observa el disparo de un cañón o sólo el armamento o soldados en posición de disparo, y nada más. La difusión de cifras de muertos y sus nombres y graduaciones que se producían tras cada ataque quedó en el extremo opuesto de la función explicativa. Ante esto se echó en falta una explicación del fondo del conflicto, con abundante información sobre las minas y los intereses económicos que giraban en torno de ellas.

El seguimiento que los rifeños podían hacer de las operaciones españolas a través de la prensa, que a África llegaba ya de por sí censurada, puede considerarse de mínimo o nulo. Este tipo de precauciones podían tener si acaso más sentido en la etapa final, cuando los rifeños cuentan con un armamento y una organización en cuanto anticipación que podía presentar batalla a los ejércitos francés y español. Pero aún así, era tal la superioridad franco-española que la revelación del punto del desembarque no hubiera podido evitar la ocupación completa del Rif y la neutralización del foco rebelde, aunque quizá hubiera producido un mayor número de víctimas.

3.6 La logística y la tecnología

El período de 32 años que abarca este análisis, entre 1893 y 1925, en el que se haya comprendida la segunda revolución industrial y la primera guerra mundial, se produjeron numerosos avances en el campo de la ciencia y de la tecnología y comenzaron a generalizarse otros que se habían producido con anterioridad. El telégrafo primero y el teléfono unos cuantos años después comenzaron a convertirse en herramientas de uso frecuente por los corresponsales para la transmisión de las noticias que redactaban.

Los útiles de los corresponsales bélicos en los conflictos a principios del siglo XXI mantienen numerosas similitudes con los de finales del XIX. Aunque evidentemente la tecnología permite utilizar aparatos de grabación y reproducción de voz e imagen y de transmisión instantánea de reducidas dimensiones, fáciles de manejar que permiten una comunicación directa con la redacción central vía satélite.

Desde Pedro Antonio de Alarcón hasta Gregorio Corrochano usaron unos cuadernos o carnets sobre los que tomaban las notas que luego eran transformadas en las crónicas y telegramas. Iban provistos de varios, así como de plumas para escribir. Un artículo imprescindible en su equipaje eran unos prismáticos con los que poder otear el horizonte en busca de los efectos de los disparos y de las posiciones donde se situaban los rifeños.



Ilustración 76.

Corresponsal tomando notas en las trincheras avanzadas del Campamento de Horcas Coloradas. De fotografía del Sr. Company

El Liberal, 26 de noviembre de 1893

3.6.1 El alojamiento

Los periodistas y los fotógrafos llegaban con sus herramientas de trabajo, pero sin resolver cuestiones como el alojamiento y el transporte. Lo primero se lo procuraban una vez llegaban a su destino. En los momentos álgidos del conflicto era muy difícil encontrar una habitación disponible en las ciudades donde se obtenían las noticias, especialmente en Melilla. El hotel que ofreció alojamiento a los corresponsales en los primeros años del conflicto fue el Colón, que cuando estalló el conflicto en julio de 1909 ofrecía alojamiento a partir de 50 céntimos y una pensión completa por dos pesetas (*El Telegrama del Rif*, 10 de julio de 1909). El Reina Victoria, abierto en el

centro de la ciudad en 1908, se convirtió en la referencia obligada de todos ellos desde entonces. Se trataba de un edificio de estilo modernista, amplio, de 45 habitaciones que constaba de planta baja y dos alturas, muy bien equipado para la época y que se mantuvo abierto durante todo el periodo (*El Telegrama de Melilla*, 13 de diciembre de 2009). En Tánger, por ejemplo era el Bristol y hasta el consulado español en Rabat se convirtió en alojamiento improvisado para ellos en 1907. En Melilla, era tal la demanda de camas que incluso periodistas con una reputación a sus espaldas y con importantes contactos en la política no tuvieron más remedio que convertir una mesa en un mal catre por varios días.

A primeros de agosto de 1909, Peris Mencheta se refería a la incomodidad de su cama en el hotel Victoria, como le llamaban no sin cierta ironía los corresponsales, y salía al paso de las críticas de otros compañeros que envidiaban sus condiciones de descanso:

“Me tenía ofrecido el dueño del establecimiento que hoy me cambiaría de cuarto y supliría el catre destartelado con una cama buena, por regresar a la Península el que lo ocupaba, y no ha podido cumplirme la palabra porque causas ajenas a su voluntad han hecho que la habitación ofrecida la ocupe mi amigo particular el diputado carlista D. Joaquín Llorens, que ha llegado esta mañana, y del muelle se dirigió al Gobierno a cumplimentar a los generales Marina y Arizón. Continuaré pues viviendo junto a la cocina y el fregadero, pisando carbón y fango cada vez que me dirija a mi cuarto, y el Sr. Llorens, acabadito de llegar, disfrutará de bueno y aseado hospedaje. ¡Y aún hay quien cree que yo gozo de una influencia extraordinaria!” (*La Correspondencia de Valencia*, 14 de agosto de 1909).

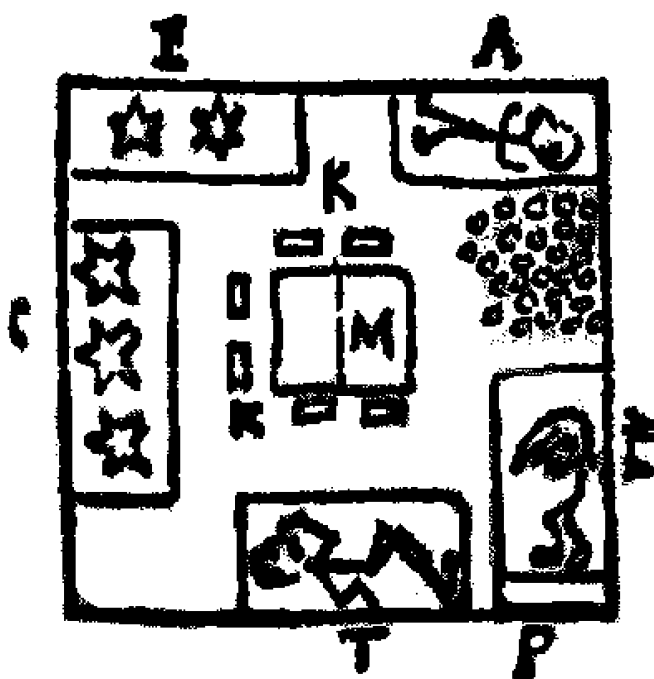


Ilustración 77. Croquis de la tienda de campaña del capitán Lavín.

Leyenda:

C: Lavín.
Estrellas: tenientes
A: Alba
ALA: Alarcón
T: Tur
M: mesa hecha con cajas
K: cajas alrededor para hacer la mesa Entre Alba y Alarcón: botellas de Vichy, Insalus, Toga, etc. y algunas de jerez.

Las Provincias, 29 de octubre de 1909

La alternativa a los alojamientos en los establecimientos hoteleros era la casa de particulares. No era común que lo reconocieran, pero el director de *La Correspondencia de España*, Leopoldo Romeo, y un redactor suyo, Mata, pernoctaron en el domicilio del abogado Manuel Ferrer durante su estancia en 1909 en Melilla. Otras alternativas fueron la tienda de campaña y algún convento.

En alguna ocasión tenían permiso para pernoctar con alguna unidad militar. Sirva como ejemplo la noche que pasaron del 16 al 17 de octubre de 1909 Alarcón, Tur y Alba en la tienda del capitán Lavín, de cuya constancia queda el dibujo que hizo el propio Alarcón. El habitáculo estaba construido en las ruinas de una casa sobre el armazón de unos raíles de vía férrea encontrados en las inmediaciones. Sus protagonistas dejaron constancia en una foto después de la visita del corresponsal de *Las Provincias*, Eduardo López Chávarri.



Ilustración 78. Periodistas y oficiales. Dos de nuestros compañeros en Melilla han sido obsequiados por varios oficiales con una comida en Nador. Durante la amistosa fiesta, en la cual fraternizaron militares y periodistas, se obtuvo la presente instantánea. En ella aparecen de izquierda á derecha, los oficiales Sres. Calderón y Vaquero, el corresponsal de *Las Provincias*, de Valencia, Sr. López Chávarri; nuestro *reporter* fotógrafo Sr. Alba, el teniente coronel Sr. Durillo, el médico Sr. Pastor, el teniente Muñoz, el capitán Lavín y nuestro compañero Tur. Foto Alba.

ABC, 2 de noviembre de 1909.

3.6.2 El transporte

Para poder recorrer el perímetro defensivo de los fuertes de Melilla y seguir a las tropas era imprescindible un medio de transporte y si se quería pernoctar, una tienda de campaña. En los primeros momentos del conflicto, el caballo fue utilizado para realizar esos desplazamientos. Su demanda fue muy elevada, sobre todo en la campaña de 1909, debido al abundante número de *reporters* gráficos y corresponsales, y resultaba muy difícil conseguir uno para acompañar a las columnas, regresar a la ciudad y poder transmitir antes la información. Dado que en las cuadras de las unidades que empleaban caballería y en las cocheras no quedaban apenas disponibles, en los momentos previos de los avances su precio podía oscilar entre 400 y 600 pesetas, que era una cantidad desorbitada, para un animal que iba a ser dado de baja. Otra opción era tratar con los rifeños de los alrededores, que ofrecían caballos también en malas condiciones. De la dificultad de ello, dan fe, entre otros, Sánchez-Ocaña, de *ABC*, que dedica un artículo completo al asunto. Finalmente, consiguió un “caballo manso pero asaz grande” que de lejos no le hacía parecer un periodista, “sino un chocolatero de los clásicos de la barra...” (*ABC*, 4 de septiembre de 1909).

Otro que pudo considerarse un privilegiado fue Peris Mencheta. En sus cartas deja constancia de sus prolongados recorridos:

“Son las once de la noche cuando rendido por la fatiga, después de 19 horas de movimiento, ordeno mis breves apuntes del día para comunicarlos a mis lectores. Con decir que he recorrido hoy 40 kilómetros a caballo, desde Melilla al pie del monte Tauima y regreso a esta ciudad, pasando por el Atalayón y por Nador, se tendrá una idea de la jornada que he resistido, a pesar de mis años” (*La Correspondencia de Valencia*, 26 de septiembre de 1909, carta LXVI).

Sus prolongadas y diarias jornadas terminaron por debilitar tanto al animal que murió de agotamiento, a finales de agosto, y hubo de reemplazarlo por otro, lo que no le resultó sencillo.

Quien no disponía de caballo o mula, debía esperar al regreso de los soldados para conocer las informaciones de primera mano. Cuando la inmediatez lo requería, quien no tenía caballo, usaba algún carruaje o, sencillamente, deambulaba bajo el sol.

Más adelante, el Ejército puso vehículos a disposición de los corresponsales para realizar visitas guiadas a las posiciones avanzadas, con lo que por un lado encontraron facilidades para aproximarse al frente y acceder a informaciones que sin salir de Melilla no hubieran podido obtener, pero por otro carecían de libertad para conducir el vehículo hacia los puntos de mayor interés informativo. Lo mismo sucedió cuando aceptaron subir a bordo de embarcaciones desde la que seguir los combates creyendo que iban a estar cerca de las columnas. Las facilidades, que eran reclamadas por los periodistas para llevar a cabo su trabajo, a menudo se convertían en dificultades para el seguimiento de la noticia.

Los desplazamientos por mar fueron poco frecuentes, pero también hubieron de alquilar los servicios de pequeñas embarcaciones para viajar entre determinados puntos de la costa norteafricana y para el envío del material informativo. Fue utilizado siempre como medio alternativo ante las dificultades que planteaba el transporte por tierra. El Ejército también puso a su disposición barcos para que pudieran seguir, de lejos, los avances y los enfrentamientos con los rifeños.

Los periodistas trabajaron en solitario y formando pareja o grupo con otros compañeros. Solo unos pocos corresponsales lo reconocieron, pero usaron los servicios de otras personas que les ayudaron a llevar los textos de los telegramas que escribían desde su ubicación hasta la oficina de telégrafos y de telegrafiarlos.

Puesto que los periodistas tenían prohibido pernoctar en las posiciones avanzadas, las visitas y los recorridos que realizaban duraban como máximo un día. Pero cuando siguieron a las columnas de los soldados, tanto en 1859-60 como en 1921 y sobre todo en 1925 dejaron la intendencia en manos del ejército, que se encargó de facilitarles los víveres y las tiendas de campaña.

3.6.3 El uso de las armas

A pesar de que la palabra fue el arma principal que los corresponsales utilizaron a lo largo de todo el conflicto, llevar un revólver fue relativamente frecuente entre ellos. Tenía una mera función defensiva, formando parte de su dispositivo de seguridad. Existía un riesgo elevado de sufrir hostigamiento si se salía de las calles de Melilla y de otras ciudades

controladas por los españoles y los franceses, como les sucedió a Mencheta y a Campúa el 20 de agosto de 1909, en Sidi-Amet-el Hach, cuando regresaban del Atalayón siguiendo al ejército, a José Espinosa cuando volaba en julio de 1921 hacia Melilla, y a José María Díaz también en septiembre de 1921 en la reconquista de Nador. En algunos casos, no era el propio corresponsal el que llevaba el arma, sino su asistente.

El uso de las armas entre los periodistas quedó reflejado en las crónicas del asedio a Cabrerizas en 1893, cuando los corresponsales que sufrieron el ataque de los rifeños hubieron de colaborar en la defensa de la guarnición. El propio Morote, con preocupación, se lamentaba por no poder salir del fuerte y del escaso valor que tiene noticia al no poderla transmitir:

“A los periodistas se nos entregan fusiles con la bayoneta calada y municiones.” [...] “Los corresponsales escribimos con el fusil al lado, mientras cae un diluvio de balas. Estamos desesperados, porque se ha ido el general Ortega con los ingenieros y el Disciplinario, que estaban desplegados en guerrilla, y no hemos podido irnos con ellos”. [...] Importa poco el peligro que se corre aquí. Lo que importa es que no hay medio de enviar los telegramas” (*El Liberal*, 1 de noviembre de 1893).

En otros momentos de hostigamiento, los periodistas Bejarano y Ascensión, con la anuencia de Rocamora, también hicieron fuego contra los rifeños, siempre en compañía de los cuerpos del ejército y en instalaciones fortificadas, como en 1909 en los blocaos ante los francotiradores.

Y entre los fotógrafos, Alba, de *ABC*, reconoce que mientras esperaba el momento oportuno para hacer fotografías también disparó contra los rifeños en alguna ocasión:

“Había allí un soldado que estaba arreglándose no sé qué cosa, creo que una leve herida, y le cogí el fusil y disparé, disparé sobre el grupo que mejor se divisaba allá a lo lejos, procurando tirar con calma y aprovechando los proyectiles. No puedo decir si hice alguna baja. Luego continué mi tarea fotográfica” (*Las Provincias*, 29 de octubre de 1909).

Aunque muchos de ellos daban en sus crónicas mucho espacio a situaciones de riesgo que afrontaban los soldados, añadiendo grandes dosis de heroísmos y épica, los corresponsales nunca anduvieron por el frente o por delante de las líneas españolas más que de manera anecdótica. En el mejor de los casos acompañaron a las columnas en la retaguardia, por lo que el peligro real que corrieron sus vidas fue reducido. Como suele pasar en todos los

conflictos, el riesgo para sus vidas venía de los francotiradores, que destacaban por su puntería, algunos de los cuales llegaban a alcanzar las edificaciones de las afueras de Melilla.

4. CONCLUSIONES

El conflicto entre España y Marruecos ha generado una gran atracción en los periodistas españoles desde 1893 hasta 1925. Reporteros de la prensa nacional, regional y local y fotógrafos, con alguna experiencia o mayoritariamente sin ella, acudieron apresuradamente a Melilla y a otros lugares del norte de África cada vez que la tensión estallaba, con el objetivo de contar de una manera veraz lo que sucedía. La prensa española no ha variado el modo en que reacciona frente a cualquier muestra de crisis diplomática entre ambos países. En la actualidad todavía mantiene una sensibilidad muy elevada.

En atención a una estimación basada en el propio material estudiado, en los momentos de mayor interés informativo pasaron en total más de quinientos corresponsales y fotógrafos por Melilla, Ceuta y el resto del territorio del protectorado que España ejerció sobre Marruecos. Algunos llegaron como profesionales experimentados, habían realizado estancias duraderas en el país, tenían amplios conocimientos de la cultura árabe o contaban con experiencia en conflictos bélicos. Pero la mayoría carecían de una formación adecuada. Fueron los más expuestos a no entender la dimensión del conflicto y para realizar los análisis más completos, lo que facilitaba los intereses gubernamentales y militares y restaba calidad a la información que se transmitió.

Los corresponsales llegaron siempre en tromba tras el estallido de las hostilidades, salvo en 1925, que asistieron a una operación militar programada. Y salieron, por lo general, cuando se relajaba la tensión o cuando la presión de la censura hacía inútil su trabajo. Sus coberturas, que se prolongaron entre unos pocos días y hasta varios meses, se realizaron principalmente durante los momentos de tensión política y militar. Su presencia informando de la expansión del dominio español en el norte de África fuera de estos períodos fue comparativamente muy reducida.

Los más audaces buscaron siempre el frente para ser testigos directos, y en algún caso protagonista, de las historias, aunque a muy pocos y excepcionalmente se les permitió. La mayoría trabajó desde la retaguardia, con las declaraciones de aquellos testigos o militares que el propio ejército les propuso, y alguno incluso desde los cafés de Madrid.

El norte de África albergó el origen del periodismo bélico español. A los de la generación de 1893 les cupo el honor de recoger la herencia de sus compañeros de 1859 y elevarla hasta donde les dejaron sus empresas y la censura. Fueron los primeros corresponsales de guerra de corte profesional y pusieron los pilares del periodismo de guerra español moderno. La vuelta al mismo escenario en 1909 se realizó sin el mismo halo de épica, y con la lección aprendida también en 1898 en Cuba, pero no les sirvió de gran ayuda. Tampoco a quienes participaron después, en las campañas de los años 20, que dispusieron de mayores facilidades y comodidades de comunicación y transporte, pero debieron enfrentarse a unos servicios de prensa más potentes que aprovecharon las tácticas de propaganda ensayadas en la I Guerra Mundial. Algunos de los que realizaron coberturas entre 1921 y 1925 alcanzaron su plenitud en la Guerra Civil. Destacaron Leopoldo Bejarano y Francisco Hernández Mir como testigos de todas las etapas, pero un buen número de ellos cubrió dos etapas, generalmente las más próximas temporalmente, las de 1893 y 1909 y las de 1921 y 1925.

De este modo, el periodista español, que ejercía como crítico taurino, artístico o parlamentario en la península o en el mejor de los casos con alguna experiencia en el extranjero, se convirtió en corresponsal de guerra y sus crónicas en el referente del periodismo bélico español moderno. Asimismo, el fotógrafo de estudio, de corridas de toros y de eventos de tipo social se transformó en fotorreportero en el mismo escenario, perdiendo su inocencia al enseñar a los lectores los cadáveres de la guerra.

El gobierno y del ejército mantuvieron una guerra comunicativa con el corresponsal para mostrar a la sociedad su tarea en Marruecos. Para ello, por un lado se desarrollaron iniciativas legislativas que ampararon el ejercicio de la censura, que hubieron de ser reforzadas con otras disposiciones de menor rango de ámbito ministerial y castrense, y hasta con intimidaciones verbales. Por otro, el ejército implantó la censura al máximo nivel y con una organización que se reforzó a cada etapa. Fuera de la estructura orgánica, dependiente del gobernador militar de Melilla, el general Margallo, a través de personal militar de su máxima confianza en 1893; y de manera más estructurada, a través de tres comandantes de Estado Mayor en 1909, dependientes a su vez del general Marina. A partir de ese momento, la estructura creció y se consolidó a través de negociados de prensa en África, en el ministerio de la Guerra y en la presidencia del

Consejo de Ministros en 1925, con una impronta personal del general Primo de Rivera. Esto da idea de que aquellos periodistas trataron de cumplir su cometido, buscaron constantemente los límites de la libertad de prensa y que su número creció en cada etapa.

Su función de guardianes se vio alterada cuando en los momentos en los que se agudizó el conflicto, el Gobierno, que ejerció una fuerte presión sobre, les exigió parcialidad. La censura les obligó a contar el conflicto de una determinada manera, comunicando la versión oficial, pero dejaron claro que había una realidad oculta. Eran buscados como testigos de las victorias, como en Alhucemas, donde incluso se seleccionó un grupo de ellos, que fue empotrado con una unidad militar, pero rehuidos tras las derrotas. Y no dudó en expulsarlos y encarcelarlos en Melilla y también en la península. Esta situación contradictoria, difícilmente comprensible, fue expresada abiertamente por los periodistas con el objetivo de restar valor a la versión publicada manteniendo la credibilidad periodística, e hizo que las crónicas y las informaciones no se desviaran de la línea marcada por la censura a la vez que criticaban la acción de gobierno. Prefirieron resistir la censura por narrar y solo cedieron una vez, en 1909, cuando la presión fue insuperable.

A este doble juego se añadía una relación de interés con los jefes y oficiales militares destinados en África, que ofrecían historias de valor y heroísmo a cambio de menciones en los diarios que ayudaban a conseguir una medalla y un ascenso. Debían acceder a las consignas y método de trabajo del Ejército si querían contar el conflicto a sus lectores. Eran unos condicionamientos que impedían cualquier información independiente. Cada texto era revisado previamente por un censor militar y transmitido por el telégrafo, que también era controlado por los militares. Y una vez en la oficina telegráfica donde se recibían en Madrid eran vueltos a revisar. Los corresponsales extranjeros debían someterse al mismo control que los españoles, pero con la diferencia de que podían saltarse estos condicionamientos y transmitir otra versión, lo que hicieron algunos. Para ello debía telegrafiar desde Gibraltar, territorio británico, donde no existían este tipo de impedimentos.

La estrategia del gobierno con los corresponsales consistió en dificultar el acceso a la información, dar información inútil y dar información falsa. El silencio informativo sólo

fue efectivo en el muy corto plazo y tuvo efectos negativos para los gobiernos que tuvieron que afrontar una fuerte respuesta por parte de la opinión pública provocada por la desconfianza de la versión que se publicaba y aunque se buscó la identificación de los medios con los intereses de España, lo que se consiguió fue unirlos, a excepción de los más afines, en su contra. Hizo caer presidentes de Gobierno y las consecuencias del desastre de 1921 trajeron un golpe de Estado en 1923 seguido de una dictadura. La censura que impuso el gobierno fue efectiva pero desacreditaba la información que llegaba de África porque los corresponsales advertían de que sus textos venían censurados en los momentos más duros. Tras las severas derrotas de Annual y Monte Arruit los diarios publicaron las crónicas de los corresponsales con espacios en blanco de los párrafos suprimidos o cuando la censura no pasaba la crónica, el diario dejaba su espacio, varias columnas, en blanco, como medida de protesta. Esta censura restringió la manera en que los periodistas realizaron sus informaciones y sus interpretaciones del conflicto. La información falsa también supuso un problema para los corresponsales.

Dentro del clima bélico existente, el material que enviaron recogía todos los movimientos militares rutinarios o carentes de interés especial que se producían en su ámbito de cobertura, detalles autorizados del armamento, numerosos rumores y anécdotas coloristas, descripciones del entorno y del ambiente y en ocasiones excepcionales, relatos de ofensivas, de batallas con sus héroes. Parece que ya que no se podía lograr una información de calidad, al menos se transmitiera mucha, para dar la sensación de informar bien.

Pese a la estructura legal organizada por el gobierno contra la libre circulación de la información y su materialización en las oficinas censoras, principalmente en Melilla, los corresponsales se esforzaron por realizar sus pesquisas más allá de las fuentes oficiales y militares para completar sus crónicas y sus estancias en los puntos más avanzados para observar directamente y sin el filtro de la nota oficial lo que sucedía. Había muchas facilidades para acceder a los jefes de mayor graduación en la retaguardia, y escasas para acceder a los puntos avanzados y todavía menos para tomar testimonios de los soldados que servían de primera línea de los puestos defensivos o avanzadas. En ocasiones no quedaba más remedio que recurrir a las tertulias del Casino Militar, donde los rumores estaban a la orden del día, a los comerciantes o a los “moros amigos de

España”. La retroalimentación entre los corresponsales se producía cuando recibían la prensa de la península, que era algo que se producía casi a diario, que pasaba previamente por la censura militar de la plaza y cuando se reunían en los cafés de Melilla.

Todo esto complicaba mucho el trabajo. No sólo había que salir a buscar una información que valiera la pena, sino que después había que esperar incluso hasta varias horas el turno de la censura y sufrir la mutilación de la crónica. Obviamente, la censura hacía que los corresponsales ingeniaran giros narrativos y otros métodos para salvar, en la medida de lo posible, esas restricciones. Con cierta gracia, Leopoldo Bejarano, de *El Liberal*, se atrevió a telegrafiar, en términos de calculada ambigüedad, a su redacción que “mañana comenzaré a trabajar activamente” (*El Liberal*, 24 de agosto de 1909).

En cualquier caso, por su originalidad, acceso a las fuentes y literalidad, las crónicas de mayor interés se corresponden con los momentos de máxima intensidad bélica, como el asedio de Cabrerizas Altas en 1893, que vivieron y narraron Domingo Blanco, Luis Morote y su compañero de redacción Antonio Lázaro, José Boada y Ramón Oliver; el avance de 1909, con la carga de Taxdir, la reconquista de las posiciones perdidas en 1921 y el desembarco de Alhucemas en 1925. Algunas de ellas resultan realmente memorables y son las precursoras de las que se escribieron posteriormente durante la Guerra Civil. Las que recogen las derrotas del barranco del Lobo de 1909 y de 1921 conmovieron hondamente a los lectores. Una selección de ellas se encuentra en el anexo 2.

Todos los corresponsales, los más y los menos afines, carecieron de libertad de movimientos. Necesitaron de una autorización por escrito para recorrer el territorio, se les confinó en barcos para observar avances por tierra y aunque gozaron de ciertas facilidades materiales asignadas por el ejército esto solo supuso una mejora en los detalles de la información. La expulsión se utilizó con frecuencia por parte del ejército para alejar a los corresponsales más incómodos.

Asimismo, todos trabajaron con el mismo nivel de libertad, tolerado por un fuerte sentimiento patriótico y por la participación en el propio bando. Se trataba de librar una guerra para dominar un territorio y una población que habían sido encomendados a

España. Una guerra que iba en contra del sentimiento antibelicista que se había instalado en la sociedad y que la castigaba con las levadas de soldados de reemplazo. La presencia de los corresponsales se hacía incómoda a los políticos gobernantes y a los militares, pero resultaba útil a las familias que tenían a alguno de sus miembros destinados en África para tener más detalles de su suerte. Rara vez el periodista español creó empatía con el rifeño, al que definió con desprecio, la otra víctima junto a los soldados españoles que eran obligados a ir a combatir sin la preparación y el material adecuados a las órdenes de una superioridad corrupta. La dignidad profesional de los corresponsales españoles que cubrieron el conflicto, salvo la complicidad y el servilismo de los más afines, no puede ponerse en duda. Su cobertura tampoco.

La guerra comunicativa continuó al terminar cada etapa del conflicto. Los corresponsales entendieron que el campo de batalla estaba quizá más en España, para ganarse la opinión pública, que en Marruecos. A través de la narración de sus experiencias de una manera más pausada en libros, el corresponsal trataba de hacer el conflicto más comprensible y desvelaba algunos aspectos de la cobertura informativa que habían tenido que permanecer ocultos por la censura. Era la continuación por la batalla de la opinión pública. Esta necesidad se mantiene vigente entre los corresponsales de guerra.

A parte de informar, los corresponsales intentaron también explicar las causas del conflicto con base en las relaciones internacionales del momento, argumentaron a favor de una intervención militar, sobre todo en las primeras etapas siguiendo los intereses gubernamentales y militares, y virando hacia posturas menos intervencionistas e incluso abandonistas conforme el conflicto evolucionaba en paralelo al sentir de la opinión pública. Esto no eran más que meras especulaciones sobre artículos publicados en otros diarios o percepciones personales. Los corresponsales no fueron al fondo del conflicto real, es decir, apenas fueron más allá del interés político de Reino Unido porque España hiciera de freno a Francia en la orilla sur del Mediterráneo frente a Gibraltar. Tocaron tangencialmente la cuestión económica y comercial y no profundizaron en el interés minero, detonante en 1909, que tenía a una parte del empresariado pendiente por las concesiones y la extracción de metales, sobre todo de hierro. Del contrabando de armas que iban a parar a la guerrilla rifeña con el consiguiente perjuicio para el soldado

informaban ocasionalmente cuando la Guardia Civil aprehendía algún alijo de armas. En sus crónicas de ambiente o de cualquier tema no se refleja el estado de corrupción que existía en Melilla y el protectorado, salvo en este último caso Rafael López Rienda en su libro *El millón de Larache*. Algunos periodistas hicieron tímidas denuncias de la escasez de material del que disponían los soldados y las difíciles condiciones de intendencia que debían sufrir para sobrevivir en los campamentos. Las críticas más duras que permitió la censura se hicieron tras los desastres de 1921, por no poder ayudar a los soldados que se encontraban en las posiciones que cayeron y por carecer de una estrategia de avance adecuada. La ausencia de estos aspectos en la información que llegaba a los lectores demuestra la eficacia del sistema censor.

Las imágenes que reflejaron los efectos de las derrotas y del horror son las que han pasado a la historia, más que las de las victorias. No son instantáneas, sino tomas posteriores a la victoria o a la derrota. Entre las exclusivas destacó la entrevista a Abd-El-Krim que consiguió Luis de Oteyza para *La Libertad* en 1922 y que en su momento contó con detractores dentro del mundo periodístico, mostrando a los españoles quién era el cabecilla de los rifeños rebeldes.

A pesar de las reticencias del Gobierno y las dificultades del Ejército, ¿qué les impulsó a ir una y otra vez? Es una pregunta plenamente vigente para los conflictos actuales. Junto al lógico interés por narrar un conflicto de primera magnitud política, económica y social, en aquel momento la prensa española experimentaba un gran crecimiento, transitaba desde un modelo de partido a otro industrial que necesitaba de contenidos que atrajeran a un mayor número de lectores. La guerra contenía todos los elementos necesarios, sobre todo a partir de la publicación de fotografías de las escenas de campamentos, de avances y de víctimas. El prestigio profesional que se podía adquirir no era desdeñable, y tampoco hay que destacar la oportunidad de aventura.

Un mayor número de corresponsales en Melilla y otros puntos informativos de primer orden no significó una información mejor, aunque sí más abundante y con detalles que ampliaban los escuetos partes oficiales. Se enviaron miles y miles de telegramas con información que se publicaban con un día o a los sumo dos días de retraso, salvo en momentos excepcionalmente graves, que se retenían. Se escribieron cientos de crónicas de toda temática que recreaban la actividad y los escenarios del conflicto, que llegaban a

la redacción varios días más tarde y además se publicaron cientos de fotografías que mostraron todo aquello sobre lo que se escribía.

¿Estuvo la sociedad convenientemente informada? El Gobierno trató por todos los medios de retrasar la llegada de la información de los corresponsales a la península con el fin de manipular la opinión pública y evitar una fuerte reacción o al menos para moderarla. El lector sabía esto y supo que estaba mal informado, porque los periodistas recordaban continuamente que las informaciones habían sido censuradas, como así lo anunciaba el propio diario, y sobre todo por los silencios gubernamentales que generaron una ansiedad profunda en la sociedad cuando las derrotas fueron más severas. Los corresponsales se centraron en un análisis de la evolución, en meras elucubraciones, y acertaron en la manera en que terminaría, pero no explicaron los verdaderos motivos del conflicto, los intereses económicos que giraban en torno de las minas.

Muchas veces la población urbana no tenía otro medio de informarse que acudir a los edificios de los periódicos, en cuyas fachadas se colgaban unas pizarras con las últimas noticias recibidas. Y estas aglomeraciones de personas indignadas era precisamente lo que los gobernadores civiles querían evitar. Así, la información llegaba tarde, en cantidad insuficiente o directamente se ocultaba. Entonces circulaban rumores. Y por Madrid circularon de todo tipo cuando se sospechaba que había habido problemas. Lamentablemente, mucha información o se destruyó o no llegó hasta la actualidad. Los corresponsales sólo transmitieron una versión, muy próxima a la oficial, primero por telegrama urgente, y luego por correo ordinario, en forma de crónica. Con la llegada de la Dictadura de Primo de Rivera, primero se publicaba la información oficial y después la de los corresponsales. Perdieron la guerra informativa y con ellos la sociedad. Sólo apareció algún retazo de realidad una vez terminada cada etapa del conflicto, en sus libros.

¿Fueron independientes? Por un lado, su postura respecto de la guerra evolucionó en paralelo al desengaño de la sociedad, por la que se sintieron examinados. Y por otro, se alinearon a regañadientes con el poder político, pero expresaron públicamente su distanciamiento de la línea gubernamental. Defendieron los intereses del ejército y de sus empresas. Esto conllevó una merma de la capacidad analítica, crítica e informativa. No obstante, siempre acertaron en el vaticinio de la resolución del conflicto: la

pacificación mediante una acción militar contundente. A pesar de todas las dificultades que debieron afrontar y que su dignidad profesional les impelió a realizar su trabajo de manera correcta, la independencia y la objetividad resultaron inalcanzables para ellos.

¿La prensa debió tomar otras medidas haber ante las graves condiciones de censura impuestas? Los directores de prensa críticos con la actitud gubernamental manifestaron abiertamente su oposición al sistema de censura extrema, emprendiendo acciones para, cuando menos, aminorarla, especialmente en 1909, tras el encarcelamiento de Leopoldo Romeo. Apelaron al ministro responsable y al presidente del Gobierno. Incluso recurrieron a la máxima instancia, al Rey, pero siempre fueron tolerantes con cierto grado de censura, justificada en razones patrióticas. Sólo hubo una decisión contundente, en 1909, en Melilla, de un grupo de periodistas que abandonó la cobertura, aunque coincidiendo con el declive del interés informativo.

¿Es este el comportamiento que cabe esperar de un corresponsal? A los periodistas también se les deben exigir responsabilidades. Un corresponsal se desplaza hasta una guerra para contar lo que sucede, y si no puede contarlos, ha de explicar porqué, cosa que hicieron todos salvo los más afines. El dilema de comunicar una noticia que puede perjudicar al propio bando aparece como en el caso de las fotografías que muestran muy de cerca cadáveres de compatriotas. No resulta sencillo establecer un límite entre lo que se puede y se debe comunicar y lo que no, al igual que las imágenes que se pueden tomar y las que no. En el caso de África, la evidencia manifiesta que se silenciaron muchas informaciones tanto por imperativo de la censura como por decisión personal del corresponsal, como así lo expresan ellos mismos, algunos de los cuales parece que no pudieron escapar de la mentalidad militar. Analizar cualitativamente esto no desviaría de pensar que la moral de la época perdonaba este comportamiento. Juzgado con la moral actual, no hay dudas. Las fotografías de Monte Arruit de 1921 cumplieron su función agitadora de conciencias y las del barranco del Lobo de 1909 también. Parece que la protección de este derecho entre las víctimas españolas es algo que no requiere discusión, pero no está tan claro cuando la víctima era un rifeño. ¿Qué buscaban los corresponsales? Contar a la sociedad historias de personas que sufren la guerra con el objetivo de buscar un impacto y una reacción en la opinión pública,

especialmente a partir de 1909 y sobre todo en 1921, con el fin de cambiar esas situaciones dramáticas.

¿Qué criterio deontológico siguieron? Más allá de su buena voluntad y el mínimo margen que la línea editorial y la comunicación oficialista dejó a su cometido, carecieron en de un marco jurídico que regulara cuestiones de ética. De hecho, los corresponsales de guerra siguen sin tener un estatuto propio, aunque su necesidad se debatió en el I Encuentro de Periodistas del Mediterráneo, que tuvo lugar en Almería en 2005. En aquel foro se elaboró un documento basado en las recomendaciones de la FIP y en convenios de empresa y recoge aspectos relativos a la seguridad de los corresponsales y a cuestiones meramente laborales. Según Dardo Gómez, sólo algunas empresas como la editora de *El Mundo* han adoptado alguno de los planteamientos que allí se hacían en sus convenios (Prnoticias, 2009: recursos telemáticos).

¿Qué aportaron los corresponsales al conflicto? Su aportación momentánea quedó reflejada en unos telegramas informativos que servían para seguir día a día, hora a hora, la actualidad del conflicto, y podían incluso adelantarse a las comunicaciones que el capitán general de Melilla realizaba al ministro de la Guerra. Además, han dejado unas crónicas, censuradas, pero ricas en detalles, que satisficieron la elevada demanda informativa de la sociedad. Los corresponsales, y también los fotorreporteros, hicieron vibrar a los españoles, llevaron la alegría y el dolor de la guerra a las ciudades y a los pueblos más remotos de donde salieron aquellos soldados. La contaron de la manera más profesional que les fue permitida y que fueron capaces, y denunciaron todas las dificultades que se les puso. Aunque su principal aportación llegó pasado el momento álgido de cada etapa del conflicto. La publicación de obras sin el control de la censura sacó a la luz muchos aspectos de gran interés que no se podían decir desde Melilla. Sin su presencia, la información que hubiera suministrado el Gobierno hubiera sido menor cuantitativa y cualitativamente. También en el ámbito solidario supieron estar a la altura de las circunstancias, siendo emisarios de las campañas que sus diarios emprendieron para mejorar las condiciones de los soldados en los campamentos y en los hospitales.

Los corresponsales viajaron a África para contar la verdad de lo que sucedía. Así lo manifestaban los más convencidos. Su compromiso era con los hechos y de este modo contribuyeron a generar un estado de opinión pública que al principio fue favorable a la

intervención, como en 1859 y en 1893, pero que fue evolucionando hacia posiciones claramente antimilitaristas que se expresaban vivamente en las calles y que derivó en revueltas populares como las de Madrid y sobre todo Barcelona en 1909 y a una investigación parlamentaria, el expediente Picasso, en 1921 que apuntó a graves responsabilidades, la caída de gobiernos y en última instancia un golpe de Estado que de la mano de uno de los generales africanos trajo un profundo cambio político con la dictadura de 1923. Sus crónicas también sirvieron para alimentar el debate político, en especial en el Congreso de los Diputados. Esa indignación de la sociedad sobre todo en los momentos más trágicos como tras los desastres del Barranco del Lobo y de Annual y su respuesta en la calle cabe apuntarla como un éxito del trabajo de los corresponsales de guerra, a pesar de la censura y de la propaganda.

En definitiva, no fue el conflicto internacional que más y que mejor se ha narrado de la historia del periodismo de guerra español, pero fue el primero, marcó una tendencia y se narró de primera mano. Una mayoría de corresponsales de la prensa nacional, la inmensa mayoría sin experiencia bélica, demostraron su profesionalidad, sus valores éticos y se implicaron abiertamente. Aunque fueron víctimas de un aparato censor que ejerció el monopolio de las fuentes y de las transmisiones, lo que produjo precisamente esa pobreza informativa, y de un nacionalismo exacerbado que no entendía otra solución que una intervención militar, fue paradójicamente en sus análisis donde estuvieron más acertados: Marruecos dejó de ser un problema político para España cuando se venció militarmente a los últimos rebeldes rifeños, lo que paradójicamente coincidía con la voluntad militar.

FUENTES

5.1 Fuentes Primarias

5.1.1 Fuentes inéditas

5.1.1.1 Archivos

Archivo General Militar de Madrid. Fondos relativos a África.

Archivo General Militar de Segovia. Hojas de servicio del personal del ejército

5.1.1.2 Hemerografía

Biblioteca Nacional. Fondos digitalizados: *Actualidades*, *La Correspondencia de España*, *La Época*, *La Esfera*, *El Globo*, *Heraldo de Madrid*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *La Libertad*, *Mundo Gráfico*, *El Noticiero Sevillano*, *Nuevo Mundo*, *El País*, *El Siglo Futuro*, *El Sol* y *La Voz*.

Biblioteca Virtual de Prensa Histórica. Fondos digitalizados. *El Telegrama del Rif*

Biblioteca Valenciana. Fondos microfilmados: *Las Provincias*, *La Correspondencia de Valencia*,

Hemeroteca de *ABC*

Hemeroteca de *La Vanguardia*

Años: 1893, 1903, 1906, 1907, 1908, 1909, 1910, 1911, 1912, 1920, 1921, 1922 y 1925.

5.1.1.3 Cartografía

Ministerio de Defensa. Ejército de Tierra. Fondos digitalizados. Plano de Melilla y los fuertes exteriores. Obtenido de:

<http://www.ejercito.mde.es/Galerias/Imagenes/unidades/Madrid/ihycm/ihycm-2501-m.jpg>. Consultado en enero de 2014

Instituto Cartográfico de Cataluña. Fondos digitalizados: Mapa protectorado Marruecos

1912: <http://cartotecadigital.icc.cat/cdm/ref/collection/africa/id/749>

Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico. Fondos digitalizados.

Melilla 1893

<http://mdc.cbuc.cat/cdm/ref/collection/mapesCEC/id/76>

Melilla 1909 (el de las inscripciones)

<http://mdc.cbuc.cat/cdm/ref/collection/mapesCEC/id/188>

Vista de Melilla con las casetas:

http://melillacampaade1909.blogspot.com.es/2009_04_10_archive.html

5.2 Fuentes Secundarias

5.2.1 Bibliografía

Altabella, J., *Corresponsales de guerra: su historia y su actuación de Jenofonte a Knickerbocker pasando por Peris Mencheta*, Febo, Madrid, 1945

Anta, J., *Gonzalo de Reparaz (1860-1939): Del africanismo regeneracionista al iberismo revolucionario*, DEA, U. Barcelona, 2007

Bahamonde, A.; Martínez, G. y Otero, L.E., *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España: 1700-1936*, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Madrid, 1993

Bahamonde, A. y otros, *Historia de España, siglo XX, 1875-1939*, Cátedra, Madrid, 2008

Buscarini, A., *Epístolas líricas. Correspondencia con Antonio de Lezama*, Buscarini, Logroño, 2007

Cáseda, J. F., *El Calahorrano, una publicación periódica de finales del XIX*, Amigos de la Historia de Calahorra, Calahorra, 1998

Chiappe, D., *Tan real como la ficción. Herramientas narrativas en periodismo*, Laertes, Barcelona, 2010

De Madariaga, R., *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, La Biblioteca de Melilla. UNED. 2000

De Madariaga, R., *En el barranco del Lobo; las guerras de Marruecos*, Alianza, Madrid, 2006

Fernández, A., *Historia Universal, Edad Contemporánea*, Vicens Vives, Barcelona, 1990

Fernández, M. A., *Gaspar Núñez de Arce: Crónicas periodística de la Guerra de África (1859-1860)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003

Fernández-Rivero, J. A., *La fotografía militar en la guerra de África: Enrique Facio*. Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 2011

Fuentes, J., *Sarajevo, juicio final*, Plaza y Janés, Barcelona, 1997

Fuentes, J. F. y Sebastián, J. F., *Historia del periodismo español*, Síntesis, Madrid, 1998

Gallego, E., *La campaña del Rif de 1909*, Algazara, Málaga, 2005

García Anné, C., *Vida de periodistas ilustres*, Barcelona, 1924

Gómez Aparicio, P., *Historia del periodismo español*, v. 3, Editorial Nacional, Madrid, 1967

González, J. A., *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África*, Anthropos, Barcelona, 2004

González Alcantud, J. A. y Martín Corrales, E., *La Conferencia de Algeciras en 1906*, Bellaterra, Barcelona, 2006

Guerrero, R., *Crónica de la guerra del Rif*, M. Maucchi, Barcelona, 1895

Hernando Cuadrado, L. A., *El discurso periodístico*. Editorial Verbum, Madrid, 2000

Lacomba, J. A., *Historia Contemporánea: de las revoluciones burguesas a 1914*, Alhambra Universidad, Madrid, 1988

Leguineche, M., *Annual, 1921, el desastre de España en el Rif*, Alfaguara, Madrid, 1996

López Barranco, L. J., *El Rif en armas; la narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Marenostum, Madrid, 2006

López de Zuazo, A., *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense, Madrid, 1981

López Mondéjar, P., *Historia de la fotografía en España*, Lumwerk, Barcelona, 1999

Martín Corrales E., *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912)*, Bellaterra, Barcelona, 2002

Martínez Albertos, J. L. *Curso general de Redacción Periodística. Edición revisada*, Paraninfo, Madrid, 1993

Martínez de Baños, F., *Aduares y gumías, Melilla, 1909*, Delsan, Zaragoza, 2009

Moreno, R. y Demaría Campúa, J. F., *José Demaría Campúa: Viviendo entre fotos. Antología de un reportero y artista gráfico*, Península, Madrid, 2013

Moreno, R. y Bauluz, A., *Fotoperiodistas de guerra españoles*, Turner, Madrid, 2011

Nerín, G., *La guerra que vino de África*, Crítica, Barcelona, 2005

Ortega y Gasset, E., *Anual: relato de un soldado e impresiones de un cronista*, Del Viento, La Coruña, 2008

Ossorio, M., *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Imprenta y Litografía de J. Palacio, Madrid, 1903

Pascual, I. M., *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio Democrático (1868-1874)*, CESIC. RB Servicios editoriales, Madrid, 2002

Pizarroso, A., *Nuevas guerras, vieja propaganda: de Vietnam a Irak*, Cátedra, Madrid, 2005

- Pizarroso, A., *Periodismo de guerra*, Síntesis, Madrid, 2007
- Prieto, I., *Con el rey o contra el rey, guerra de Marruecos, 2ª parte*, Planeta, Barcelona, 1990
- Repoyes de Zayas J. y García Agud, A., *Historia de las campañas de Marruecos*, v. 3, *Continuación, interrupción y fin de las campañas de Yebala (1919-1920), situación en la región occidental (Ceuta-Tetuán, Larache) hasta el 13 de septiembre de 1923, acción militar y política en la Comandancia General de Melilla (1920-1923), derrumbamiento y conquista*, Madrid, 1981a
- Repoyes de Zayas J. y García Agud, A., *Historia de las campañas de Marruecos. vol.4, Desde la Constitución del Directorio Militar hasta el fin victorioso de la acción militar de España en Marruecos*, Madrid, 1981b
- Rojo, A., *Reportero de guerra*, Planeta, Barcelona, 1995
- Sánchez Vigil, coord., *La fotografía en España, de los orígenes al siglo XXI*, Espasa Calpe, Madrid, 2001
- Santonja, G., *Del lápiz rojo al lápiz libre*, Anthropos, Barcelona, 1986
- Seoane, M. C., y Cruz, M. D., *Cuatro siglos de periodismo en España. De los avisos a los periódicos digitales*, Alianza, Madrid, 2007
- Seoane M. C. y Sáiz M. D., *Historia del periodismo en España*, v. 3. *El siglo XX: 1898-1936*, Alianza Editorial, Madrid, 1996
- Seoane M. C. y Sáiz M. D., *Historia del periodismo en España*, v. 3. *El siglo XX: 1898-1936*, Alianza Editorial, Madrid, 1998
- Serrano, P., *Contra la neutralidad*, Península, Barcelona, 2011
- Silva, L., *Siete ciudades de África*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2012
- Sistiaga, J., *Ninguna guerra se parece a otra*, Plaza y Janés, Barcelona, 2004
- Tanco, J., *Manuel Aznar, periodista y diplomático*, Planeta, Madrid, 2004
- Tuñón de Lara, M., *La España del siglo XIX, de la primera república a la crisis de 1898*, Laia, Barcelona, 1978
- Tussell, X., *La España del siglo XX, desde Alfonso XIII hasta la muerte de Carrero Blanco*, Dopesa, Barcelona, 1975
- VV AA, *Atlas ilustrado de las guerras de Marruecos 1859-1926*, Susaeta, Madrid, 2010

VV AA, *Historia de España. Alfonso XIII y la II República (1898-1936)*, Gredos, Madrid, 1991

VV AA, *Historia de las campañas de Marruecos, vol.1, Antecedentes (hasta mediados del siglo XIX), Guerra hispano-marroquí de 1859-1860, conflicto en el Campo exterior de Melilla años 1893-1894*, Servicio histórico militar, Madrid, 1947

VV AA, *Obras maestras: Alfonso*, La Fábrica, Madrid, 2012

VV AA, *José Couso, la mirada incómoda*, H.A.C., Madrid, 2004

Woolman, D., *Abd-El-Krim y la guerra del Rif*, Oikos-Tau, Barcelona, 1971

5.2.2 Tesis Doctorales

La Porte, P., *El desastre de Annual y la crisis de la restauración en España (1921-1923)*, Tesis Doctoral, U. Complutense, 1997

Rubio, A., *Periodistas españoles en la guerra del Rif (Marruecos), 1921-1923: origen del periodismo de investigación en España*, Tesis Doctoral, Madrid, 2006

Sánchez Vigil, J. M., *La documentación fotográfica en España. Revista La Esfera (1914-1920)*, Tesis doctoral, Madrid, 1995

5.2.3 Revistas Pdf

Almuiña Fernández, C. J., *El desastre de Annual (1921) y su proyección sobre la opinión pública española*, Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea, Nº 8, 1988, pgs. 181-246. Obtenido de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=66297>. Fecha de consulta: enero de 2014.

Blanco Núñez, J. M., *El desembarco de Alhucemas, 1925*, Atenea, Nº 18, julio 2010, pgs. 80-84. Obtenido de: http://www.ateneadigital.es/RevistaAtenea/REVISTA/WebA/portadas/Articulo2_18.pdf Fecha de consulta: octubre de 2012.

Campos Zabala, M. V., *La administración comunicativa en España: orígenes de la función de portavoz del Gobierno*, Doxa, Nº 3, mayo 2005, pgs. 87-106. Obtenido de: http://www.doxacomunicacion.es/pdf/articulocampos_1.pdf. Fecha de consulta: octubre de 2013

De la Torre del Río, R., *Preparando la Conferencia de Algeciras: el acuerdo hispano-francés de 1 de septiembre de 1905 sobre Marruecos*, Cuadernos de Historia Contemporánea, vol. Extraordinario, 2007. Obtenido de: <http://www.revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/download/.../6772>. Fecha de consulta: marzo de 2012.

Del Valle, J. A., *La censura gubernativa de prensa en España (1914-1931)*, Revista de Estudios Políticos (Nueva época) 21, mayo-junio 1981, pgs. 73-126. Obtenido de: <http://eprints.ucm.es/23904/1/T35001.pdf>. Fecha de consulta: marzo de 2012)

Font Betanzos F., *La compañía Trasmediterránea en el desembarco de Alhucemas*, Revista de historia naval, Año 27, N° 107, 2009, pgs. 57-74. Obtenido de: http://www.portalcultura.mde.es/Galerias/revistas/ficheros/RHN_107.pdf. fecha de consulta: octubre de 2012

Gómez Barceló, J. L., *Fotografía española en Marruecos: realidades soñadas, ensoñaciones recreadas*, Melanges de la Casa de Velázquez, N° 37-1, 2007, pgs. 57-81. Obtenido de: http://www.uah.es/estudios/asignaturas/descarga_fichero.asp?CodAsig=69545&CodPlan=61&Anno=2012-13. Fecha de consulta: marzo de 2012

Guillamet, J., *Joaquín Mola Martínez y Víctor Balaguer, corresponsales en la guerra de Italia, 1859*, Obra periodística, N° 3 mayo 2012. PDF. Consultado en: <http://www.upf.edu/obraperiodistica/es/anuari-2012/corresponsales-guerra-italia-1859.html>. Fecha de consulta: octubre de 2013.

Guzmán, E., *Periodistas depurados, condenados o fusilados al término de nuestra guerra civil*, Triunfo, N° 710, 04/09/1976, pg. 28. Obtenido de: <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2523260.pdf>. Fecha de consulta: marzo de 2012

Martínez Salazar, Á., *Los primeros corresponsales de guerra españoles*, Historia 16, N° 272, 01/12/1998. Obtenido de: <http://www.upf.edu/obraperiodistica/es/anuari-2012/corresponsales-guerra-italia-1859.html>. Fecha de consulta: marzo de 2012

Martínez Salazar, Á., *Pero no, la guerra no es bonita: Aproximación a la figura del corresponsal de guerra*, Sancho El Sabio, N° 7, 1997, pg. 112. Obtenido de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/ejemplar?codigo=15830>. Fecha de consulta: marzo de 2012.

Montoto Simón, J., *La compañía de globos en la campaña de Melilla de 1909*, Aeroplano, revista aeronáutica, N° 27, año 2009, pg. 16. Obtenido de: http://www.portalcultura.mde.es/Galerias/revistas/ficheros/Aeroplano_27.pdf. Fecha de consulta: enero de 2014.

Palenque, M., *Ni ofelias ni amazonas, sino seres completos: aproximación a Teresa de Escoriaza*, Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura, N° 719, 2006. Obtenido de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=20071>. Fecha de consulta: marzo de 2012.

Robles Muñoz, C., *España y el equilibrio Mediterráneo (1890-1891)*, Hispania, N° 208, 2001. Obtenido de: <http://hispania.revistas.csic.es/index.php/hispania/article/viewFile/299/299>. Fecha de consulta: marzo de 2012.

Robles Muñoz, C., *Guerra de Melilla y reajustes en Europa (1893-1894)*, Hispania, N° 203, 1999. Obtenido de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9649>. Fecha de consulta: diciembre de 2012.

Sánchez Camacho, A., *Augusto Vivero, un periodista represaliado por el franquismo*, Historia y comunicación social, N° 14, 2009, pgs. 143-156. Obtenido de: <http://revistas.ucm.es/index.php/HICS/article/view/HICS0909110143A>. Fecha de consulta: octubre de 2012.

Soria, C., *La Ley española de Policía de Imprenta de 1883*, Documentación de las ciencias de la información, vol. N° VI, 1982. Obtenido de: <http://revistas.ucm.es/index.php/DCIN/article/viewFile/DCIN8282110011A/20623>. Fecha de consulta: mayo de 2012.

Mateos Fernández, J. C., *Cuestión de honor: los periodistas se baten en duelo*, Historia y comunicación social, N° 3, 1998, pgs. 323-341. Obtenido de: <https://revistas.ucm.es/index.php/HICS/article/viewFile/HICS9898110323A/19817>. Fecha de consulta: marzo de 2012.

5.2.4 Ponencias Pdf

De Madariaga, R., *La Conferencia de Algeciras de 1906: una tregua en el reparto de Marruecos*, Algeciras, 2006b, pdf, pgs. 166-171, Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano, Congreso Internacional *La Conferencia Internacional de Algeciras de 1906. Cien años después*. Obtenido de: <http://www.algeciras.es/cultura/museos/publicaciones/La%20Conferencia%20de%20Algeciras.pdf>. Fecha de consulta: marzo de 2012.

Montagut, A, *Corresponsales de guerra españoles. Una historia de conflictos bélicos, los avances técnicos y la censura militar*, Santander, 2002, pdf, Publicado: 25/07/2002, consultado: 02/01/2014, Seminario Corresponsales de guerra, presuntos implicados, UIMP, Santander, 25-27 de julio de 2002. Obtenido de: [www.bduimp.es/archivo/.../pdf/02_10046_11 Montagut_idc9498.pdf](http://www.bduimp.es/archivo/.../pdf/02_10046_11_Montagut_idc9498.pdf)

5.2.5 Recursos Telemáticos

Arqueología de las Imágenes. *Francisco de Goñi y Soler*. Obtenido de: <http://arqueologiadeimagenes.blogspot.com.es/2012/12/francisco-de-goni-y-soler-1873-1936.html>. Fecha de consulta: octubre de 2012.

Asociación de la Prensa de Madrid. *Secretarios generales, siglos XIX y XX*. Obtenido de: <http://www.apmadrid.es/apm/secretarios-generales/secretarios-generales-siglos-xix-y-xx>. Fecha de publicación: 19 de enero de 2009. Fecha de consulta: diciembre de 2012.

Baig Baños, A: *Antonio Real y Real (Media peseta). Héroe fabulosos de la guerra de Melilla del año 1893*. Imprenta del Asilo de huérfanos del S. C. de Jesús. Madrid 1918. Obtenido de:

http://novela-colonial-hispanoaficana.blogspot.com.es/2013_08_01_archive.html.

Fecha de consulta: octubre de 2012

Barrera López, J. M., *El Ultraísmo de Sevilla (Historia y textos)*. (Sevilla: Alfar, 1987). 2 vols. Obtenido de: <http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=sanchez-del-arco-manuel>. Fecha de consulta: diciembre de 2012.

Diario Sur. Benito Marín. Obtenido de: <http://servicios.diariosur.es/fijas/calles/2.htm>. Fecha de consulta: enero de 2014.

Filmoteca de Andalucía: *La Compañía Española de las Minas del Rif*. Documental. Proyección: noviembre de 2007. Obtenido de: http://www.filmotecadeandalucia.com/recursospelis/1069_lacompaniaespan/hojasala_la_compan_1.pdf. Fecha de consulta: octubre de 2012

Fundación Pablo Iglesias. Valentín Gutiérrez de Miguel. Obtenido de: http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/15373_gutierrez-miguel-valentin. Fecha de consulta: octubre de 2012.

Fundación Pablo Iglesias. Rodolfo Viñas Arcos. Obtenido de: http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/3659_vinas-arcos-rodolfo. Fecha de consulta: enero de 2014.

Gran Enciclopedia Aragonesa, *Darío Pérez García*. Obtenido de: http://www.encyclopedia-aragonesa.com/voz.asp?voz_id=10071. Fecha de publicación: agosto 2008. Fecha de consulta: octubre de 2012.

Jiménez, D., *Ocho años sin Julio Fuentes*. Obtenido de: <http://www.elmundo.es/elmundo/2009/11/19/internacional/1258650684.html>. Fecha de publicación: 19 de noviembre de 2009. Fecha de consulta: diciembre de 2012.

El Periódico Melillense (a). Obtenido de: <http://www.melillense.net/paginas/historia/servipubli/paginas/fichas/0056.html>. Fecha de consulta: marzo 2011.

El Periódico Melillense (b). Obtenido de: <http://www.melillense.net/paginas/historia/saro/paginas/villacampa08.html>. Fecha de consulta: marzo de 2011.

Prnoticias, *¿Un estatuto de corresponsal de Guerra?*, Prnoticias. Obtenido de: <http://www.prnoticias.es/index.php/component/content/10037495?task=view>. Fecha de publicación: 18 de agosto de 2009. Fecha de consulta: diciembre de 2012

Recuperación del Patrimonio Cultural de Adra, 2008: <http://adracultural.es/pdf/inmaculada/mir.pdf>. Fecha de consulta: octubre de 2012.

Rober, M., *El conflicto hispano-marroquí y la aparición del corresponsal de guerra*. Obtenido de: <http://www.elfarodigital.es/melilla/cultura/51194-el-conflicto-hispano-marroqui-y-la-aparicion-del-corresponsal-de-guerra.html>. Fecha de publicación: 30 de mayo de 2011. Fecha de consulta: octubre de 2012

Ruiz, J. M., *Corresponsalía de guerra: Rafael López Rienda*. Obtenido de: <http://www.elfarodigital.es/ceuta/sociedad/27269-corresponsalia-de-guerra-rafael-lopez-rienda.html>. Fecha de publicación: 21 de noviembre de 2010. Fecha de consulta: octubre de 2012

Sáiz, J. R., *Emilio Herrero, corresponsal en Madrid, adelantó la caída de Primo de Rivera*. Cuadernos de Campoo. Diciembre de 2004. Obtenido de: http://www.joseramonsaiz.es/especiales/prensa/emilio_herrero.htm. Fecha de consulta: diciembre de 2012

Saro Gandarillas, D., *Mi Biblioteca Virtual. Campaña de Marruecos*. Obtenido de: http://saromibibliotecavirtual.blogspot.com.es/2010/01/mi-biblioteca-virtual-campana-de_17.html. Fecha de publicación: enero de 2010. Fecha de consulta: octubre de 2012

VV AA, Colección José Luis Gómez Barceló, *El Protectorado Español en Marruecos, la historia trascendida*, 2013. Obtenido de: <http://www.lahistoriatrascendida.es/fotografia-en-el-tiempo-del-protectorado/>. Fecha de consulta: enero de 2014.

ANEXO 1. DOCUMENTOS

Bando del general Martínez Campos

“Resuelto a mantener en las tropas la más severa disciplina y a hacer que por toda clase de personas se observen las leyes y usos de la guerra, y deseando prevenir responsabilidades, aunque para exigir las sea innecesario recordar los preceptos legales, en uso de las facultades que las ordenanzas y demás leyes me confieren, ordeno y mando:

Artículo 1º. Serán pasados por las armas como reos de traición o delito contra el derecho de gentes.

Primero. Los que en el plazo de veinticuatro horas no entreguen en el Principal de esta plaza las armas, municiones y efectos de guerra que tengan en su poder sin autorización competente.

Segundo. Los que impidan la oportuna llegada de confidentes o parlamentarios a la plaza o a mi cuartel general, y los que retarden la llegada de noticias y datos referentes al enemigo, que procedan de su campo.

Tercero. Los que comuniquen para su publicación dentro o fuera de la plaza, noticias referentes a los proyectos en operaciones militares, a la situación de las tropas, a la cantidad y calidad del armamento y municiones, y a los medios con que cuenta el ejército para el éxito de la campaña.

Cuarto. Los que propalen especies o emitan juicios que puedan infundir en las tropas tibieza en el cumplimiento de sus deberes o desaliento para soportar las fatigas del servicio y no tener ciega confianza en sus jefes.

Quinto. Los que atenten contra un parlamentario, confidentes, prisioneros de guerra o enemigo constituido en rehenes causándole mutilación o añadiendo ignominias al atentado con infracción de los deberes que el derecho internacional impone a todos los pueblos cultos.

Artículo 2º. Los que sin estar comprendidos en el caso quinto del artículo anterior ofendan de palabra u obra a un parlamentario, confidente, prisionero de guerra o persona constituida en rehenes, serán castigados con la pena mayor de las señaladas en el art. 232 del Código de Justicia Militar.

Artículo 3º. Los que sin pertenecer al ejército y no estando provistos del competente permiso, rebasen en sus salidas al campo la primera línea de los fuertes, serán considerados como culpables de sostener correspondencia con el enemigo, proporcionándole avisos o noticias de que pueda aprovecharse.

Artículo 4º. Los reos de los delitos enumerados en el artículo 1º y de cuantos deban calificarse de traición, atentado a la disciplina militar, al orden público y a la fuerza armada, serán sometidos a procedimiento sumarísimo, cualesquiera que sea su nacionalidad, estado civil y condición.

Artículo 5º. Los que siendo extraños al ejército promuevan escándalos u observen conducta sospechosa, serán trasladados a la Península después de cumplir la pena correspondiente.

Melilla, a 4 de diciembre de 1893. El capitán general en jefe, Arsenio Martínez Campos y Antón” (*El Imparcial*, 6 de diciembre de 1893).

Con el detenimiento que merece será comentada esa circular que nos deja atónitos, pues jamás creímos llegase nadie en nuestro país á atreverse á tanto. Es tan crítico el presente momento, que no queremos adoptar determinación ninguna sin madura meditación.

Por lo que se refiere al ruin insulto que contienen las últimas líneas, solamente he de decir al ministro que las firma, que hablar de afán de lucro en estos momentos es sencillamente una tontería de lamentable gusto y de dudosa exactitud.

Informar bien al público cuesta diariamente unas mil pesetas, y por mucho que vendiéramos, nunca llegaríamos á resarcirnos de esos gastos, por la razón sencilla de que la venta de un número nos deja medio céntimo escaso, y para ganar mil pesetas necesitaríamos vender 200.000 números. Los sucesos de Metilla han dado, cuando más, un aumento de 20.000 números, equivalente á 10.000 céntimos, ó sea 100 pesetas, con lo cual no hay ni para pagar los gastos de un redactor en misión informativa.

¡Ya ve el ministro con qué facilidad son destruidas sus insidiosas acusaciones de afán de lucro, y con qué claridad demostramos que al informar al público extensamente no nos guía ningún bajo afán de lucro. LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA se pondrá muy pronto en contacto espiritual con el público, y le demostrará varias cosas. Entre otras, que asistidos por la razón, respetando las leyes, amando á la Patria, y rindiendo homenaje al Ejército, llegaremos á dónde sea menester llegar, para no consentir que en España sea tolerado lo que ya no se practica ni en Persia.

La época de las cobardías ha pasado, y vamos á comenzar otra época: la del cumplimiento del deber.

Y por hoy, basta con lo dicho, y con anunciar que antes de tolerar los atropellos de una dictadura civil, preferiremos [dejar de vivir](#). ¡Y mientras tanto, que Dios salve á la Patria y que Dios ampare á las Instituciones, porque las Instituciones y la Patria bien necesitan del amparo de Dios, cuanto á la salvaguardia de tales ministros están encomendadas!

La Correspondencia de España, 26 de julio de 1909

Explicación y protesta

Enterados insuficientemente de la circular enviada á los gobernadores de provincias, nos reunimos anteayer, 25 de julio, varios directores de periódicos de Madrid para examinar la situación que aquella medida nos creaba, y, sobre todo, para averiguar su alcance, visto que no teníamos respecto del particular más que informes verbales y datos de referencia.

A indicación de un compañero, bienquisto en los centros oficiales, y habiendo deliberado sobre su propuesta, acordamos que algunos de los reunidos pasasen á conferenciar con el señor ministro de la Gobernación para saber de cierto cuál era el espíritu de la circular y hasta dónde llegaban las limitaciones impuestas á los periódicos en lo tocante á noticias de Melilla.

Fueron designados á tal efecto los señores D. Daniel López, director de «Diario Universal»; D. Roberto Castrovido, director de «El País»; D. Ángel M. Castell, director de «ABC»; D. Leopoldo Romeo, director de «La Correspondencia de España», y D. Alfredo Vicenti, director de «El Liberal». Así lo hicieron; pero, en conciencia, declaran que de haber conocido antes los términos en que estaba redactada la circular, guardadores del propio decoro y de la dignidad de clase no hubieran puesto los pies en el despacho del señor ministro.

Este, no bien entablada la consulta, les manifestó amablemente que la prohibición no se refería á los despachos de Melilla, los cuales, habiendo pasado por la censura del gobernador militar de la plaza, traían ya autoridad suficiente, sino á los de procedencia distinta, relacionados con la campaña, y en que pudiese haber informaciones inexactas, reservables o susceptibles de causar alarma y depresión en el ánimo público.

En forma cortés, e invocando razones que llevaban en su conciencia de españoles cuantos le oían, explicó la necesidad de no permitir el uso de epígrafes y titulares que, por su calidad y visualidad, prejuzgasen los sucesos influyesen perniciosamente en el espíritu de los lectores.

Los comisionados, allanándose á una conveniencia gubernamental cohonestada en nombre del patriotismo, se rindieron de buen grado a la demanda, y, deseosa de obtener

garantías, extremaron la lealtad hasta el punto de indicar al ministro que no tendrían reparo, aun siendo totalmente opuestos al régimen de previa censura, en llevar á consulta los despachos dudosos.

Aprobadas y hasta agradecidas estas manifestaciones, en que cada cual reservaba su criterio, y expuestos punto por punto varios casos que el señor ministro resolvió satisfactoriamente, dióse por terminada la entrevista, que había durado tres cuartos de hora.

Momentos después enterábanse los comisionados y sus compañeros de los términos ofensivos empleados en la circular, y no tardando, recibían noticias de sus correspondientes de Melilla con el aviso de que aquella oficina de Telégrafos tenía órdenes enviadas por el ministerio de la Gobernación, de no transmitir á la Península despacho alguno de la guerra, aunque en él apareciera el sello y el V. B. de las autoridades militares.

Pudo tal orden ser anterior á la visita; pero obligado estaba el ministro á notificarlo á sus visitantes, en vez de ofrecerles cosas de cuyo incumplimiento tenía de antemano la certidumbre.

Protestan, en vista de todo, los que suscriben contra los términos injuriosos de la circular, que, conocidos á tiempo, les hubieran ahorrado un paso tan desagradable como inútil, y á su protesta de escritores unen la de ciudadanos contra un procedimiento que anula la Constitución y las leyes del Estado, y que atenta no sólo á los derechos; pero también al trabajo y á la propiedad legítima de los españoles.

Medios tiene el Gobierno de suspender en parte ó del todo las garantías fundamentales; no facultades para suprimirlas de hecho, por su sólo arbitrio y sin que proceda la declaración oportuna.

A reserva de las acciones que entable la Prensa, pues que aun hay Justicia en España, nos creemos obligados en el presente caso, que es de fuerza mayor, á dar estas explicaciones al público, para que queden en su lugar los respetos que le debemos y el que nos debemos á nosotros mismos.

En Madrid, á 26 de julio de 1909.—*Daniel López, Roberto Castrovido, Ángel M. Castell, Leopoldo Romeo, Alfredo Vicenti.*

La correspondencia de España, 27 de julio de 1909

ANEXO 2. SELECCIÓN DE CRÓNICAS DE LOS CORRESPONSALES

CRÓNICAS DEL ASEDIO A CABRERIZAS ALTAS

***Heraldo de Madrid*, 3 de noviembre de 1893**

Noche del 27 al 28

Fuego a la luz de la luna

Rancho. Periodistas y militares.

Desde las aspilleras se distinguen los fogonazos de los disparos que hacen los moros, lo que sirve de blanco al fuego de nuestros soldados, aunque con éxito dudoso. Una luna espléndida alumbra el campo, pero su luz no es bastante para distinguir a los moros. En el fuerte se ordena todo, y en seguida se hace el rancho para la tropa, y se prepara un arroz para los generales, jefes, oficiales y periodistas. Nosotros escribimos á la luz de una bujía, colocada en el cuello de una botella. Los oficiales nos obsequian con pan, vino, chocolate, chorizos y cuanto hay en la cantina. A pesar de la amargura que nos rodea, se ven algunos chispazos de genio y buen humor, que se contienen porque en la habitación inmediata encuéntranse los capitanes heridos López Herrera y Porras, á los cuales todos felicitamos por su bravura. Acércome a la cama de López, quien me hace el siguiente relato:

Relato de un herido

A las doce salió el capitán López Herrera y los oficiales don Antonio Soler, don Manuel Moreno, don Juan Sos y 150 hombres para hacer y proteger las trincheras que hacían los ingenieros entre Cabrerizas Altas y Bajas, e instalar algunas baterías. Llegados allí, y distribuidas las piezas en sitio conveniente, hízose el reconocimiento general, avanzando hasta la misma cuenca del río. Al advertir los moros el movimiento, agrupáronse al otro lado del río, cerca de Sidi-Auariach. Como el objetivo no era avanzar, se estacionaron en los mencionados puntos.

Entonces los moros dirigiéronse hacia, la izquierda, vadeando el río y tratando de tomar posiciones frente á nuestros soldados; el oficial señor Porras adelantóse a tomar posiciones en un cerro inmediato, consiguiéndolo antes de que acudieran los moros; más, necesitado de refuerzos, llegó a prestárselos con 35 hombres el teniente Soler, y con 15 más que tenía López Herrera, quedaron en el cerro dominando la cuenca y el sitio atrincherado.

Los moros aumentan por momentos; protegidos por sus trincheras, sólo se encontraban a 200 metros de nuestros soldados. El oficial señor Herrera envió al sargento Vicien, pidiendo permiso al teniente coronel Ducal, que estaba en el fuerte, para hacer fuego, recibida contestación de sostenerse en aquel punto y obrar según las circunstancias, pues no podía consultarse a la plaza por la interrupción del teléfono; el señor López Herrera valióse entonces de un soldado que sabe árabe, para intimar á los moros la retirada de nuestro terreno. En aquel momento la aglomeración de moros fue extraordinaria, y por única contestación algunos disparos.

Se rompe el fuego

Entonces el oficial señor López mandó contestar á sus soldados en la misma forma, ordenando que se le incorporaran los soldados que estaban detrás. Esto ocurría á las tres y media. Herido el bravo capitán en el brazo derecho desde los primeros momentos, continuó, no obstante, a pie firme, dirigiendo todas las operaciones del caso y manteniendo la disciplina y la bizarría de sus tropas, enfrente de un enemigo cien veces superior por el número.

El capitán López Herrera

Enterado el jefe del fuerte de que el capitán señor López Herrera estaba herido, mandóle retirar, enviándole el relevo. Su llegada al fuerte promovió una manifestación de entusiasmo; todos los jefes lo abrazaron; yo presencié su cura, y admiré la fortaleza y el noble arranque con que, en medio de tus sufrimientos, pedía volver a las guerrillas. No pudo conseguirlo, porque se había iniciado ya la retirada general.

La retirada

Fue ésta dirigida bravamente por el capitán Coello, que se colocó al frente de dos secciones; la última en retirarse fue la del teniente Roger. En esta retirada no se sabe qué admirar más, si el asombroso arrojo de nuestros soldados, que por vez primera entraban en fuego, ó la táctica maravillosa con que desconcertaban al enemigo. Muchos de esos soldados no llevan siquiera un año en filas, y, sin embargo, batiéronse como leones, batiéronse como si estuvieran curtidos por el aire humeante de los combates. Para retirar a nuestros soldados de la pelea, tenían necesidad los oficiales de emplear la fuerza para vencer la tenacidad con que nuestros bisoños soldados se empeñaban en triunfar ó morir. El regimiento Borbón ha escrito en ese día una de las páginas más hermosas de la historia de nuestro ejército; fue el primero en llegar aquí, con cazadores de Cuba, y es también el

primero que tiene el honor de hacer cara al enemigo, haciéndole sentir el peso de nuestro derecho y de nuestra indignación. Bien hacia Málaga el día aquel de entusiasmo y gloria, en que despidiera al regimiento de Borbón, como una de las mejores fuerzas de la patria.

Incidentes

Al ordenar la retirada el teniente Roger, un soldado de su sección díjole:

—Mi teniente, ¡que se quedan ahí cuatro compañeros!

—¿Dónde?

—¡Ahí al frente, á la derecha!

Y entonces el teniente Roger volvióse á su gente, grítales, los enardece, y al asomarse á la colina, vióse casi envuelto por una avalancha de moros; hace fuego, pelea con su sable, dispara su revólver, arremete, y logra, merced á su arrojo, salvar á aquellos desgraciados. Al volver, encuéntrase en la colina inmediata con los ingenieros que allí trabajaban. De nuevo anima á su gente, rompe el fuego y logra, por último, salvar á unos y á otros. Recuéntanse las fuerzas, y desde luego se nota la falta de dos soldados de la segunda compañía, mandada por Manzuco. Esto dice que uno de aquellas, llamado Juan Rodríguez García, quedó muerto de un balazo en el oído; pero replica otro que no debió ser así, porque al intentar recogerle los soldados, vieron que agonizaba, echándole entonces la bendición, y siguiendo la retirada, porque urgía, dada la proximidad del enemigo.

El otro soldado se supone se encuentra en algún otro fuerte. Durante toda la noche no ha cesado el tiroteo de los moros, que desde bien cerca disparan y nos insultan con palabras que los que las entienden dicen son soeces.

Vemos que el *Venadito* no cesa de hacer disparos, y que la plaza, por su parte, tampoco cesa el cañoneo. Ignoramos lo que ocurre, como ellos ignoran cuanto aquí nos pasa, pues inútilmente se quiere a cada momento hacer que funcione el teléfono. Encontrándose en la terraza, recibe un balazo, que entra por las aspilleras, el herrador de la sección de caballería, Toribio Sánchez, produciéndole una contusión en un hombro; de modo que ni aún aquí se está seguro. No sólo asombra esta tenacidad de los moros; es más asombrosa su lucha de esta tarde. Cuando las granadas caían en sus trincheras, en vez de retirarse, corrían hacia nuestros soldados. Conociendo, como conocen nuestros toques de corneta y nuestra táctica, era de esperar que apresuraran su retirada'. Por esto lamenta tanto el general Margallo que tuviéramos que retirarnos tan tarde. Verdad es que nuestras guerrillas ni cían ni querían oír los toques, llevadas por un gran

entusiasmo por la pelea, entusiasmo que les hubiera hecho estar en las posiciones hasta por la noche. Los heridos son: Capitanes Porras y López; sargento de Extremadura, Saldaña; soldados del mismo, Rafael de Raure, José Carrasco y Manuel González; soldados de Borbón, Alfonso Toro, Miguel Trijuana, Manuel Castilla, Ramón Amador y Manuel Prieto Díaz. En las guerrillas estuvo curando á algunos el médico de Extremadura, don Manuel Puig, y luego en el fuerte ayudando á su compañero. Encuéntrase gravemente herido y refugiado en Cabrerizas Bajas el capitán de Borbón don Antonio Ibot. Además de éste, que creemos esté agonizando ó muerto, los heridos graves son dos soldados de Borbón y uno de Extremadura.

La sed

A tantas penalidades únese la sed, la sed que comienza á enloquecernos y á consumirnos. Los pozos están casi agotados. Queremos café y es imposible hacerlo por falta de un poco de agua. En la cantina un cabo acomete al cantinero, porque éste se niega á venderle una botella de vino. Comienza la lucha por la existencia y por el instinto. La bestia humana amenaza reaparecer. Los jefes hablan y se imponen. Al grito de *¡viva España!*, el espíritu generoso despierta y las flaquezas de la carne se dominan.

Un rasgo de Margallo

Durante todo el fuego, Margallo, acompañado sólo de su ayudante y hermano político, señor Cuadrado, no abandonó un momento las guerrillas. Allí alentaba á los soldados, dirigía personalmente á cada uno palabras de entusiasmo y cariño; parecía como que á su alrededor no silbaba una nube de balas. ¡Qué héroe! ¡Qué hombre! Y su grandeza y su valor; y su generosidad y el temple de su alma resplandecen más aún cuando, ya lodo el mundo en salvo dentro del fuerte queda el último para entrar el general Margallo. — Ya no hay nadie fuera, —dijo sencillamente, mientras la puerta se cerraba, recibiendo nuevos balazos de los rifeños.

La jornada del 28

Al amanecer

Está amaneciendo. La noche ha transcurrido sin cesar los tiros. Nadie ha dormido. Unos sobre el suelo y otros arrimados á la pared, desde generales hasta tenientes, todos han pasado así la noche. Los periodistas sin descansar un momento, poniendo en orden tantas notas, tantos datos, tanto incidente, que ni siquiera dan idea de la gravedad del combate, de la bravura de nuestras tropas y de la asombrosa temeridad de los moros. Los cañones

llevan hechos casi todos los disparos del repuesto, y los fusiles han consumido veinte mil cartuchos. Suponemos que las bajas en el enemigo habrán sido numerosas, aunque se ignoran. Los moros envíanos, á guisa de desayuno, una rociada de plomo; silban las balas atrozmente, y es peligrosísimo el estar en la terraza. Nuestros soldados contestan con fuego de cañón, haciéndose los primeros disparos con la luz del alba.

A la seis el fuego es general, y se continuará hasta que se despejen estos alrededores, para ver si podemos salir. Al hacer los primeros disparos, el conde del Peñón, que apuntaba, recibió una leve contusión en un hombro. En este momento sale el capitán de Estado Mayor señor Picazo con una pareja de caballería, protegiéndolo una guerrilla de so hombres de Borbón, al mando del teniente González. Se dirigen á Rostrogordo para utilizar aquel teléfono y comunicar á la plaza órdenes del general Margallo.

Esta salida es peligrosísima, pues nos rodean infinidad de moros que no cesan de hacer fuego. Muy cerca cae un moro muerto por un certero balazo de nuestros tiradores. La chusma morisca acude á recogerle. En aquel momento, uno de los del pelotón cae herido por otro disparo nuestro sin embargo, logran llevarse los cadáveres casi de la misma puerta del fuerte.

Crece el hormigueo

Al mando de un sargento de Extremadura, sale una sección de tiradores, y apenas dan algunos pasos, son rodeados por el luego enemigo. Nuestros tiradores contestan en la misma forma. En este instante, los moros forman una masa formidable, inmensa, un hormiguero, si vale la frase de gigantescas proporciones. De aquel mar humano, que ondula, se encrespa, ruge, avanza, retrocede y ni un solo momento deja de agitar sus olas de chillonas notas de color, surge una verdadera corriente de fuego. Las balas silban á millares; creeríase que todos los truenos y todos los rayos del cielo se habían desencadenado de pronto. Lo que tardó en trazar estas líneas tarda en volver herido uno de los tiradores que acaban de salir. Llámase José Cañabate Acosta, natural de Sanontí, Almería. Viene herido en la parte superior del muslo. Como si la Naturaleza quisiera acompañarle, esta jornada terrible, una tempestad furiosa estalla: el cielo está negro; llueve á torrentes.

El héroe

En la puerta del fuerte el heroico Margallo aparece de pié, impasible, desafiando las balas de los enemigos. A todos conmueve la figura sublime del general, para cuyo patriotismo ni las inclemencias del cielo ni la muerte á dos pasos no significan nada.

Nueva defensa

Los proyectiles rifeños caen en la misma puerta del fuerte. Todos rodeamos al general rogándole que se retire. Tenemos que emplear casi la fuerza para lograrlo. Sale otra sección de Extremadura. No bien su comandante, don Fernando Segovia, da la voz de ¡fuego!, se desencadena enfrente una verdadera lluvia de plomo.

Da miedo ver salir á estos soldados, teniendo alrededor innumerables enemigos, parapetados en las mismas trincheras que hicieran, estos días. No es posible imaginar nada semejante. Esto es horroroso, pero es también un espectáculo sublime. Cerca se divisan más camillas: más soldados heridos. Llámense Manuel Cuesta, de Haré, Granada (contusión en la pierna izquierda); Pedro Valero y Lucena, de Moclín, Granada (roto el brazo derecho); Juan Escalada Carmena (un balazo en el codo). ¡Qué espanto! ¡Qué desolación! Esto no es una batalla, es un fusilamiento. Apenas salen nuestros soldados, vuelven jadeantes, pálidos, trayendo nuevos muertos y heridos.

Otro héroe

Allí queda, sobre el campo, el sargento de tiradores de Extremadura, Augusto Rodríguez Noguera. Rodéanle otros cadáveres. El sargento muere, después de una lucha desesperada. Desde el fuerte se le ha visto combatir cuerpo a cuerpo con la canalla mora. De cuatro disparos que hizo, dejó dos enemigos, en tierra. Al cuarto disparo cayóse a su vez. Su heroísmo fue completo, fue admirable. Aún en estos momentos en que parece que cada uno de estos soldados lleva dentro el aliento de la patria y el genio de la guerra. Rodríguez Noguera era jerezano, hijo de un comandante de ejército. Toda su familia reside en la ciudad andaluza. Anoche mismo pasé largo rato departiendo con él. Se mostraba, no sólo animoso, sino jovialísimo. Era lo que se llama un real mozo, de gran presencia; barba rubia y gracejo singular. Su muerte ha sido verdaderamente llorada. Otro de los muertos es el soldado Félix Navarro Martín.

Más heridos

Esta lúgubre procesión no acaba. Llegan nuevas camillas. En ellas vienen el cabo Coronado Fuentes, con herida en el brazo, y Manuel Sánchez Moreno, con terrible herida allí donde la espalda pierde su nombre honesto.

En salvo

Milagrosamente vemos llegar buenos y sanos al capitán Cossi y a los tenientes Roldans, Bens y Sánchez Ortega. Parece mentira que hayan podido salvarse,

Los otros fuertes. En pleno sitio

Nada se sabe de ellos. ¿Qué habrá sucedido? Los moros no cesan de avanzar. Estamos verdaderamente sitiados. Cuando vuelven a nuestro fuerte los últimos soldados se ordena que cese el fuego de cañón, convencidos, como estamos, de que dada la situación de nuestros enemigos, los estragos del cañoneo son escasos y casi ineficaces.

Lo que veo

Esperamos anhelosos y rendidos ya por la necesidad y el cansancio, víveres y municiones que no llegan. Queriendo adivinarlos en el camino, erizado de dificultades, me asomo al campo, y no veo más que el espectáculo triste de los cadáveres. Junto al fuerte, casi en la puerta, hállanse mezclados, mezclados por la muerte niveladora, un sargento y dos soldados cristianos y un moro de espantable cara.

El rifeño y los muertos

Los moros que están en el barranco inmediato parece que quieren llevarse aquel cadáver; pero, no pueden, pues en cuanto asoman por entre las matas, los disparos de la fusilería infatigable obliganles a volver á la madriguera. Y en tanto continúa la estruendosa sinfonía de los cañones, y desde la terraza veo como los fuertes todos, y la plaza, y el *Venadito*, arrojan por sus bocas de muerte el fuego y el plomo. No se interrumpe el cañoneo, pero no se vé; tampoco disminuir la línea de enemigos.

Resultados de una salida

En la de esta mañana, á primera hora, resultó contuso en una pierna el teniente Roldan. ¡Cuántos apuros para curarlo, por la escasez de medios!

Buscando comunicación

El capitán de Estado Mayor, Carrillo, ha ido a Rostrogordo en busca de comunicación. Creemos que no la ha encontrado por estar interrumpida la línea telefónica, y le vemos pasar como un rayo hacia la plaza. A las diez vemos que avanza hacia el fuerte una guerrilla batiendo los barrancos en que están los moros fuera del alcance de los cañones y sin trazas de retirarse. Deben de ser los disciplinarios y los cazadores de Cuba.

El pan del bloqueo

Repártese el rancho y el pan. Para cada dos estómagos una ración menguada, y el coronel dice:

—Hay que partirlo como hermanos.

¡Con qué envidia los vemos comer!

Acércase el trance

Las guerrillas continúan avanzando hacia nosotros como una promesa de salvación. Bátense valientemente, y á derecha é izquierda se dispersa el enemigo. Margallo grita, nervioso y descompuesto:

—¡Al campo muchachos!

Empieza á salir la tropa. Creo que podremos salir todos. Son las diez y media de la mañana.

La embestida

Salen los sitiados, y del barranco temible en que durante toda la noche hemos sentido hervir á la morisma, surge como tromba de fuego, una espantosa descarga de fusilería. Escribo estos apuntes ensordecido por el estrépito de la lucha. Fijando mucho los ojos descubro entre el humo y la confusión de las fuerzas, á Margado, animando a las guerrillas.

Da pronto, cuando esperábamos un avance, todos vuelven precipitadamente rechazados por el enemigo. Para nosotros, la gente no hecha a estas visimas tragedias, la cosa es horrible. Parécenos que el enemigo se nos mete por las puertas. Es supremo el trance, soberana la exaltación. Cálase bayoneta, y al grito de ¡a ellos! Salen otra vez los nuestros, y á su cabeza, siempre avanzando, siempre arengando, siempre bravo y delirante siempre el general Margallo.

La muerte

De pronto, el general cae como herido por un rayo. Cuantos hay en la puerta corren a recogerlo. Laboriosamente lo consiguen y lo traen muerto. ¡Muerto, con la noble cabeza atravesada por un balazo certero! Transcurre media hora inolvidable. Media hora, durante la cual, el genio de la angustia y del espanto lo domina todo. Reponerse un tanto nuestros soldados, salen otra vez, y enseguida vuelven dejándose en el campo poco menos de la mitad. Como si unidos por el cariño de un ángel quisiera unirlos también la misma caricia de la desgracia, traen herido al teniente de artillería Saltos, futuro yerno del general Margallo, y que había salido con dos piezas de montaña.

El rasgo de la jornada

Esas piezas de montaña, sacadas por orden del general, cayeron en poder de los moros, que inmediatamente intentaron volverlas contra nosotros. Salió á recogerlas el teniente Primo de Rivera, sobrino del general marqués de Estella, y con un puñado de hambres

las consigue y nos las trae, a cambio de un aplauso formidable en estos momentos de muerte. Los heridos son innumerables, muchos los muertos. Y allá abajo sigue avanzando, batiéndose heroicamente en guerrillas, el Disciplinario que protege el convoy.

Muerte de un escritor

Con el convoy viene Pepe Valero, un comandante de Administración militar, prestigioso y bizarro, escritor brillantísimo, amigo inmejorable. Cuando va a entrar, hiérole en el estomago una bala, y los periodistas salimos á recogerlo. Su herida es gravísima.

¡Vivan los disciplinarios!

Llega el teniente coronel del batallón de disciplinarios. Don Ángel Mir, y lo abrazamos victoreando a sus hombres. Al avanzar han limpiado de moros los alrededores del fuerte. Ellos nos han salvado a todos. Renace el entusiasmo, vuelve á todos la fiereza, la emulación es fecunda. ¡Aun hay patria!

Entra el convoy

El batallón disciplinario avanza valientemente, llegando hasta colocarse en nuestras trincheras, en las que hasta entonces habita estado parapetados los moros; rechaza bizarramente a éstos, lanzándolos con furioso ímpetu hasta mucho más allá de aquellas posiciones, desde las que nos han hecho un fuego mortífero y nutridísimo. Esta carga heroica, que immortalizará a tan brava guerrilla, permite que el convoy descargue, aunque precipitadamente y con alguna confusión, y mientras nosotros tomamos rápidamente nota de estos acontecimientos, que se suceden como verdadero vértigo, salen precipitadamente del fuerte, sin que yo me enterara de ello, el general Ortega y su Estado Mayor, con el coronel de Borbón señor Viana. Cuando me entero de ello, corro á la puerta, cotí ánimo de salir a todo trance; pero, al llegar, ésta se cierra ante mí, y vuelvo á quedar encerrado con los demás compañeros, siendo inútiles mis súplicas e instancias repetidísimas para que me permitan la salida. Y sabe Dios hasta cuándo permaneceré encerrado en esta torre, donde nada útil para nadie puedo hacer.

La situación, aunque ha mejorado algún tanto, sigue siendo en extremo crítica.

Situación horrible

Estamos sitiados por un enemigo furioso e innumerable, que no deja de hacer horroroso fuego sobre el fuerte y desde puntos siempre ocultos ala vista de nuestros soldados.

Carecemos de víveres. Agua sólo han dejado dos cubas, y resulta muy peligroso pedir un vaso de ella a los centinelas que la guardan, pues la defienden como el más preciado tesoro.

Entre muertos y heridos

Imposible describir lo que aquí pasa. Este patio está lleno de heridos, a quienes los médicos hacen curas provisionales, por no disponer de otros elementos. La solicitud y cariño de los facultativos, suple en lo posible la falta de vendajes, medicamentos y material sanitario. Cuando vamos de uno a otro lado, hemos de hacerlo con gran cuidado, para no tropezar con algún cadáver. En estos momentos son cinco los muertos que hay en el patio. Dos tenientes del regimiento de Extremadura: don Teodoro Valverde y don Juan García Cabrelles; el primero de éstos, soltero; el segundo, casado y con tres hijos.

El Disciplinario se retira

El valiente batallón Disciplinario, cuyos soldados se baten siempre como leones, se ve obligado a replegarse hacia este fuerte, por serle imposible resistir una furiosa acometida de caballería mora, que en número de más de 2.000 jinetes viene sobre ellos como nube asoladora, contra la cual toda defensa sería locura. Estos salvajes se abalanzan sobre las trincheras con un valor y una temeridad delirantes, que sólo se concibe en las fanáticas creencias que ellos tienen, según las cuales, los que mueren en lucha con los cristianos van inmediatamente, en cuerpo y alma, al Paraíso. Hasta piedras tiran á nuestros soldados. El Disciplinario queda por fin encerrado en el fuerte con nosotros y las balas enemigas, formando una verdadera lluvia de fuego y plomo, caen sobre el fuerte, hiriendo á algunos soldados que ocupan las aspilleras.

Las víctimas

Hecho el recuento, resultan 50 heridos y seis muertos. Entre los primeros hay seis oficiales, uno de ellos el capitán del Disciplinario don Lucas Hernández, que tiene dos balazos en una pierna.

Situación desesperada

Desde las aspilleras vemos un soldado herido, que hace esfuerzos sobrehumanos, arrastrándose hacia el fuerte. Lo persiguen los moros, que intentan cogerlo para apoderarse de su armamento y vestuario; pero desde aquí se le defiende, disparando continuamente sobre sus perseguidores. El infeliz soldado pasa angustias horribles. Su situación es desesperada; pero animado por el auxilio del fuerte, su espíritu no decae, y,

esforzándose más y más, logra aumentar algo la distancia que le separa de los moros. Viendo éstos que se les escapa una presa que creían segura, lanzan gritos horribles que nada tienen de humano, y, dando un salto de tigre, cinco de estas fieras, se lanzan sedientas de sangre sobre nuestro infeliz soldado, que viendo llegado su último instante, cierra los ojos y pone su pensamiento en Dios...

Una descarga cerrada, hecha en aquel preciso instante por nuestros soldados sobre las fieras, derriba por tierra á tres de ellos, que mueren instantáneamente, y espanta a los otros dos, que huyen despavoridos a refugiarse en sus trincheras, para seguir haciendo fuego a mansalva. El herido lanza un grito de alegría inmensa; grito inarticulado, potente, indefinible, que se escapa de su angustioso pecho al volver de la muerte a la vida. ¡Está salvo!... tiste infortunado, a quien servicio tan eminente pudo prestarse desde las aspilleras se llama Antonio San José, y pertenece al valeroso batallón Disciplinario. Para curarlo es conducido á una habitación, en donde encuentra también herido al capitán de su compañía. Al verlo, se lanza á él, abrazándole, y le dice:

—Más quisiera haber muerto yo que verle á usted herido, mi capitán.

Un cadáver

Delante del fuerte yace el cadáver de uno de nuestros valientes soldados. Los moros han intentado repetidas veces apoderarse de él, para despojarlo de sus ropas y cebar su furor en él con sus acostumbradas profanaciones; pero los fusiles de nuestros soldados lo impiden. En una ocasión llega un riffeño hasta á coger el cadáver por un pié, y arrastrarlo á alguna distancia; pero una certera bala que parte del fuerte, le hace pegar con la vida tal profanación. Este resultado hace á los moros desistir de su empeño; el cadáver, por ahora, está seguro: pero en llegando la noche, es seguro que se lo llevarán. Entonces los moros salen de sus trincheras, y no sólo llegan hasta el foso, sino que invaden nuestro campo y llegan hasta el Polígono y las cercanías de la plaza.

La situación se complica

Nuestra situación se hace por momentos más angustiosa. Hemos comido rancho, habiendo tenido con los corresponsales la atención de considerarnos como a los jefes y los oficiales. Además, el coronel nos ha hecho participar de las vituallas que él recibió por el convoy y que repartió con la oficialidad. El agua está escasísima y sigue defendida por centinelas, y como el rancho estaba salado, resulta la situación verdaderamente complicada, pues los soldados quieren agua a todo trance.

Los heridos carecen de todo

La situación de los heridos es infinitamente peor que la de la guarnición y la nuestra. Los dos médicos que aquí existen los curan y asisten todo lo mejor que pueden, multiplicando sus esfuerzos sin cesar; pero como sólo cuentan con un botiquín insuficiente, claro es que los heridos no tienen, ni con mucho, lo que su estado requiere. La extrema gravedad de algunos de ellos exige sean trasladados donde puédase practicarles curas completas definitivas y donde se les pueda dar caldo y no haya necesidad de escatimarlos hasta el agua.

Del 28 al 29

Noche horrorosa

Con esto, con los cadáveres insepultos, la aglomeración de gente, y sin esperanzas de auxilio, ahora que no está aquí el Estado Mayor, la situación es horrorosa, y yo, hago el firme propósito de salir de aquí en la primera ocasión que encuentre, puesto que aquí nada hago, de nada sirvo, ni de nada puedo servir, ni al periódico, ni al ejército, ni á nadie; antes bien, resulto perjudicial, pues consumo una ración y un sorbo de agua, que puede servir para uno de* estos bravos defensores de la patria, y que yo tomo siempre con pena y con rubor, obligado por la más imperiosa y tremenda de las necesidades. Todos los corresponsales hemos diferentes veces querido salir á todo riesgo, pero no nos lo han consentido; no queriendo el jefe arrostrar la responsabilidad moral de dejarnos marchar á una muerte cierta. ¡Ojalá no hubiera salido nadie esta mañana, y no tendríamos que lamentar tantas desgracias, tan inútiles y tan infecundas! Veo ahora asombrado convida aún á los oficiales que salieron; al coronel Serrano, al teniente coronel Vilches, á todos los que saltan haciendo de soldados y que en la misma puerta del fuerte, á nuestra vista, eran cruelmente fusilados por el enemigo, que los freía con un horrible fuego continuado en el que las balas caían en el fuerte á granel, como si fueran arrojadas con espuelas. Ni aún trasladar puedo al papel mis impresiones para conservar la hilación en el relato de estos tristísimos acontecimientos; el alma está acongojada después de tanta amargura y a la vista de tanto dolor. ¡Esto es horrible, y seria preciso un corazón de roca y nervios de acero para no sentirse agobiado con tanta desdicha, can tan prolongado cuadro de desolación!

Desesperación del cronista

Nuestra desesperación aumenta, por sernos imposible referir todo esto, que es la verdad triste y desgraciada. Mañana, 29, queremos salir á todo trance, aunque nos cueste la

vida, y el coronel Serra se opone resueltamente á ello, facilitándonos un certificado en que así consta. Pasamos horas y horas en medio de la mayor tristeza y llena el alma de indecible amargura, lamentando la trágica muerte del general Margallo, que sucumbió heroicamente dirigiendo una guerrilla como un simple teniente. Todos á una decíanle en el momento en que se disponía á salir:

—No salga usted, mi general.

Pero él, sin oír nada ni atender á nadie, salía y entraba, cruzando continuamente por entre una verdadera lluvia de fuego, hasta recibir la mortal herida, cayendo desplomado al suelo sin proferir ni una palabra, ni un quejido, ni un lamento.

El tercer gobernador

El bizarro general Margallo, que igualmente que su padre y que su abuelo ha encontrado una trágica y heroica muerte en el campo de batalla, es el tercer gobernador de la plaza de Melilla que muere gloriosamente combatiendo á los marroquíes, nuestros eternos y traidores enemigos. Fue el primero de estos héroes el general don Cirios Ramírez de Arellano, que sucumbió con la mayor parte de las tropas que llevaba, el día 18 de julio de 1646, y tres años más tarde murió del mismo modo el general don Luis Sotomayor con toda la guarnición de la plaza, pues que sólo escaparon con vida veinte hombres. Felizmente en esta ocasión, al lamentar la dolorísima pérdida del gobernador de la plaza, no hay que deplorar un desastre para la patria, como en aquellas dos tristísimas fechas.

Enterramientos

En el foso de este fuerte han sido enterrados nueve cadáveres, á menos de media vara de profundidad, por encontrarse en seguida roca viva. En estas circunstancias tan críticas, y en reflexiones tan tristes, transcurre la noche del 28 al 29, y hasta la madrugada del 30, durmiendo algunos ratos en el suelo, todo lo más sobre una manta, manteniéndose el espíritu en un continuo sobresalto, imposible de soportar, despertando á cada momento por tremendas descargas ó por cañonazos, sin conciliar un solo momento de sueño tranquilo, pues mil fantasmas forma la mente febril en el momento en que se cierran los ojos, abultándose y desfigurándose los hechos por la inconsciencia del sueño. Al amanecer de este día vemos en todos los alrededores del fuerte guerrillas de nuestras valientes tropas, que conducen un convoy con víveres y que vienen á recoger los heridos que están aquí con nosotros. Cuando se acercan las tropas, ábrese la puerta del

fuerte, y sin esperar otra ocasión, echamos a correr, atravesando por entre una lluvia de balas.

Osadía de los rifeños

Como demostración del atrevimiento de los moros, hago mención del hecho de que cinco de ellos llegaron hasta la misma explanada del fuerte para quitar el fusil á un soldado herido, como ya referí en uno de mis anteriores telegramas. Por la noche los moros recorren nuestro campo con toda libertad, recogen sus muertos y heridos, y los nuestros, si alguna vez queda alguno, y se llevan cuantos despojos del combate encuentran.

En la plaza

Al llegar á Melilla se nos hace un cariñosísimo recibimiento. Todos nos abrazan con efusión, dándonos mil enhorabuenas. En el vapor *África*, por donde envió estos telegramas, van a Málaga los heridos del día 2, para dar lugar aquí á los de las últimas jornadas.

Domingo Blanco.

***El Liberal*, 1 de noviembre de 1893**

DÍA 28

DIEZ TELEGRAMAS URGENTES.

Melilla. Málaga 31 (11h.).

Son las cinco y media de la mañana. Los moros siguen ocupando nuestras trincheras, y desde ellas hacen fuego. Se hallan también en la carretera que conduce a Melilla. Va a hacérseles fuego de cañón. Se han formado las compañías, se les han repartido municiones. De la segunda compañía de Borbón faltan dos soldados. Llámense: uno Andrés Martínez Aliaga, y el otro Francisco Toscano Huertas. Ha empezado el cañoneo. Los generales se proponen hacer una salida. Estamos apuntando. Al segundo disparo el conde del Peñón recibe un balazo en un hombro, que afortunadamente sólo le ha destrozado la guerrera. Una pareja de caballería y una sección del regimiento de Borbón, a las órdenes del oficial González Galiano, sale á descubierta. El enemigo le manda un fuego nutridísimo. Con la descubierta va el capitán de Estado Mayor Sr. Picazo. Dirígese a Rostrogordo para ver si funciona el teléfono y es posible entenderse con la plaza.

Un valiente

Al poco tiempo sale el capitán de Rostrogordo, y a galope tendido dirígese a Melilla. Es un acto de heroísmo extraordinario el de este oficial. Un sargento de Extremadura mata a un moro. Del barranco salen muchos y luchan hasta que consiguen llevársele arrastrando. Va a sacarse una compañía para que flanquee el costado izquierdo del fuerte. El cañón no cesa de disparar metralla. Son las siete y media, un soldado de la descubierta vuelve diciendo que el barranco está lleno de moros. A los dos minutos de salir los tiradores vuelve herido en una pierna el soldado José Cañábate, natural de la provincia de Almería. Sale otra sección de Extremadura al mando de un teniente para flanquear el fuerte por el lado derecho. Desde la puerta dirige Margallo las operaciones. Otra sección de Extremadura va a reservar las anteriores. El comandante del mismo regimiento, D. Fernando Segovia, sale a dar órdenes. Vuelve en seguida, y tras él, el soldado Manuel Cuesta, hijo de Llorca, provincia de Granada. Tiene una contusión en una pierna. Quiere salir de nuevo a recoger el fusil y no se lo permiten.

Muertos

El fuego del enemigo se hace más nutrido cada vez. Atacan por todos los lados. Las secciones van entrando precipitadamente. Es imposible resistir fuera el tiroteo espesísimo del enemigo. Vienen heridos Pedro Valera Lucena de Moclín (Granada) que tiene roto el brazo derecho; Juan Escala Carmona, cabo, con un brazo roto. Queda muerto en el campo el sargento de tiradores Augusto Rodríguez Nogueras—que se portó como héroe en la salida—y algunos soldados más. Solo nuestro fuerte hace fuego. Es posible que haya sido copada la sección de Borbón que salió de descubierta. Otro muerto es Félix Navarro Martín. También quedó en el campo. El cabo de Extremadura José Coronado Fuentes, tiene una herida en un brazo y el soldado Moreno un balazo en el trasero. Estamos sin agua. Los dos pozos del fuerte están secos. Una guerrilla nuestra se acerca con el capitán Sol. Son las ocho y media. Bajan de la terraza al corneta de Extremadura Antonio Zorrilla Hernández, hijo de Uleila (Almería). Un proyectil que entró por la aspillera le atravesó el hombro derecho.

Margallo

Margallo, con su ayudante Cuadrado, salió poniéndose al frente de la guerrilla. Allí permaneció durante un rato con un heroísmo y una temeridad inconcebibles. Rostrogordo está disparando. Aquí, en la cantina, no hay ni pan. Van escaseando las municiones de fusil. De artillería hay bastantes. Todos los fuertes están tirando ahora. El soldado nuestro que quedó herido en el campo, fue acuchillado por los moros, que intentaron quemarlo. El enemigo dispara ya a 200 metros. Ha habido necesidad de poner una pantalla de madera blindada en la abertura de la batería. En vista de la escasez de municiones, se economizan tiros de fusil. El *Conde de Venadito* y la plaza no cesan de hacer fuego. El oficial de Extremadura D. Francisco Roldán Carrillo, que salió con los tiradores, recibió de rebote un balazo en la pierna izquierda, que le causó una fuerte contusión. Son las diez de la mañana. El fuego de la plaza y el de todos los fuertes, incluso el nuestro va logrando desalojar de sus posiciones al enemigo. Son unos momentos de desesperación y angustia indescriptibles. Por dos o tres veces avanzan y retroceden rápidamente las guerrillas

Muerte de Margallo.—El teniente Primo de Rivera.—Mir y el Disciplinario

Los soldados calan las bayonetas y cargan. Hay inminente peligro de que entren los moros en el fuerte. El fuego ya no es fuego. Es una nube de balas que silban y pasan por encima de nosotros, o caen a nuestros pies cuando no dejan en tierra a un combatiente.

Si he de calificarlo de alguna manera, tengo que decir que lo anterior fué solo un simulacro. El general Margallo está en la explanada del fuerte. No puede concebirse qué valor demuestra ante las balas, que le rodean por todas partes. Impávido, imperturbable, con una temeridad que nos produce escalofríos, da voces de mando, arenga a los soldados grita a cuantos le rodean y alza de cuando en cuando la cabeza para mirar serenamente alguna bala que silba cerca de él. En un momento en que se vuelve para dar una orden, un proyectil le alcanza y cae instantáneamente muerto. Su ayudante Cuadrado y el general Ortega son los primeros que acuden para recogerle y traerlo al fuerte. El general Ortega dispone que una pareja de caballería vaya a Rostrogordo para que salgan las tropas que allí hay.

Las camillas entran numerosos heridos, entre ellos un comandante. A los periodistas se nos entregan fusiles con la bayoneta calada y municiones. Ortega dirige ahora la acción. Entra herido gravemente el capitán Lucas Hernández y muertos los tenientes Teodoro Valverde y García Cabreles, ambos del regimiento de Extremadura. El último es casado y con tres hijos. De seis oficiales de Extremadura que han salido con fuerzas, solo uno ha vuelto. El teniente de artillería, Salto, futuro yerno de Margallo, emplazó dos cañones en la explanada del fuerte, é hizo cuatro disparos al enemigo. El teniente recibió una herida de poca gravedad en el brazo izquierdo.

Esto es un desastre espantoso. El pánico domina a las fuerzas. Vemos venir el batallón Disciplinario y otro de ingenieros trayendo convoy. Luchan heroicamente. El cabo Agustín Juan Leopoldo es el primero del Disciplinario que entra en el fuerte.

Los moros van a apoderarse de dos piezas emplazadas en la planicie del fuerte por el teniente Salto. Acuden a centenares. Háceseles fuego en descargas, matando á muchos. El oficial Primo de Rivera sale con algunos soldados y trae una pieza. El teniente Arturo González, con otros pocos valientes, hace otra salida y vuelve con la que quedaba en la planicie. Un minuto más en realizar estos actos de valor y el enemigo se apodera de las piezas.

Entran en el fuerte los batallones Disciplinario y de ingenieros con el convoy de municiones y víveres. El teniente coronel Mir, jefe del Disciplinario, es abrazado por todos nosotros. Ambos batallones se han portado heroicamente. Los soldados han luchado como fieras consiguiendo hacer huir a los moros. Un soldado trae una guma, otro un pistolón de rifeños.

El patio y las habitaciones del fuerte están llenos de heridos. Han traído también muchos muertos. Uno de los primeros, sin salvación posible por la índole de sus heridas, muere después de una horrible agonía. Los médicos no saben qué hacerse para atender a tanto desgraciado. El capitán Cossi, del regimiento de Extremadura, tiene un balazo en una pierna. Las tropas vuelven a salir y traen otra infinidad de heridos. La catástrofe que nos abrume se presenta cada vez mayor.

Los corresponsales escribimos con el fusil al lado, mientras cae un diluvio de balas. Estamos desesperados, porque se ha ido el general Ortega con los ingenieros y el Disciplinario, que estaban desplegados en guerrilla, y no hemos podido irnos con ellos. En medio de la confusión atroz que reina, y mientras andábamos de acá para allá tomando notas, hizo su salida el general, sin que lo notáramos nosotros. Importa poco el peligro que se corre aquí. Lo que importa es que no hay medio de enviar estos telegramas.

Horrores de la acción

Seguimos sitiados sin que sepamos hasta cuándo ha de durar situación semejante. El fuego continúa formidable, horrísono, causándonos numerosas bajas. Maldición sobre los causantes de esta ruina. A las tres de la tarde nos hemos desayunado los soldados, jefes, oficiales y corresponsales. Estamos á cuarto de ración, con agua y pan. No hay aceite ni sal para la comida. Ya no podremos comer hasta mañana. Desde hace dos horas viene arrastrándose hacia el fuerte el soldado herido Antonio San José, que pertenece al Disciplinario. Los moros quieren acercársele, pero el fuego que se les hace los contiene, hasta que por fin llega á entrar el infeliz herido. El capitán del Disciplinario D. Faustino Álvarez, ha cogido á un moro una gumía y una pistola. El comandante del Disciplinario, D. Francisco López Cavedo, se apodera de otra pistola. El capitán de Borbón, D. Valeriano Mauzucu, está hecho un valiente. Solo del Disciplinario tenemos aquí los siguientes heridos: Sargento Enrique Almoguera; soldados Antonio San José, Manuel Surana, Ángel Loja, Ambrosio Santiago, Pablo Muñoz, Julio Martínez, Manuel Antolín, Juan Mestres. Contuso el teniente Juan González, y muertos el sargento Joaquín Buesada y el soldado Julián Aranda. Además han quedado en el campo multitud de caballos y muertos. El segundo batallón de Extremadura ha sido diezmado. El total de heridos y curados aquí es de cincuenta. El más grave de aquéllos es el comandante Valero.

Escena horrible

En la cantina está la mujer, cuyo marido era soldado. Le han traído muerto. La escena que presenciamos cuando le vio llegar fue horrible. La infeliz mujer había suplicado al oficial con quien el muerto iba, que no sacara á su marido, porque presentía para él una desgracia. Los abanderados Primo de Rivera y Marín de la Foronda luchan desesperadamente contra los soldados, que quieren agua y comida.

Lázaro.

El Liberal, 2 de noviembre de 1893

A la luz de la luna

A las ocho y media de la noche del 29, reanudado el fuego por parte de los moros, y reanudado con ímpetu creciente, mientras los soldados del fuerte contestaban disparando desde las aspilleras, el patio presentaba un espectáculo hermoso y triste. Los oficiales heridos, liados en mantas, echados por los rincones, fumaban y hablaban comentando la marcha de los sucesos. En un ángulo curaban al caballo del conde de Peñón, que tenía una pata destrozada de un balazo, mientras su amo le miraba conmovido. De tiempo en tiempo las charlas se interrumpían por el lamento de un herido, por la llegada de otro, por una descarga más nutrida que las anteriores.

Así se pasó esta noche, con hambre y con sueño, desesperados e iracundos mientras la fría luz de la luna alumbraba a los combatientes.

El comandante D. José Valero, que era profesor en Ávila, venido ahora voluntariamente salió a las puertas del fuerte cuando arreciaba más el tiroteo.

-¡Cómo tiran, cómo tiran!—decía a los que estaban a su lado.

Y no dijo más. Un proyectil le penetró en el estómago y en gravísimo estado lo arrastraron al interior.

Antonio San José

Es, como ya he referido, el soldado del Disciplinario que, herido por los moros, quedado sobre el campo, llegó arrastrando, en un calvario amargo de dos horas, a la entrada del fuerte. Los detalles de su peregrinación espantan. Viósele salir á rastras del fondo de una trinchera. Todos nos asomamos para verle y todo el mundo estaba angustiadísimo, creyendo que nunca llegaría. Los moros le disparan y le siguen. Él, con fatiga imperturbable, se arrastra hacia el fuerte. Trae el brazo izquierdo herido. Viene desangrándose. Con los anteojos podemos ver la expresión de su cara, que ya ni es humana ni descriptible.

-No llega-, nos decimos todos.

Los soldados, los paisanos le miran desde la aspillera. Unas descargas nutridísimas, certeras que parece que llevan nuestra rabia, detienen a los riffeños, que ya en bastante número iban a darle alcance. En aquel momento el soldado llega a nuestras posiciones. Siempre arrastrándose, siempre dando la cara al enemigo, siempre con la bayoneta en alto y con el fusil que no abandona. Al cabo entra, tira sus armas y cae rendido, después

de mirarnos con una alegría inmensa. Es un héroe. Pudo resistir para salvarse, pudo sacar la bayoneta para, intentar el último recurso: pero el fusil inútil, el fusil sin carga, estorbo para su defensa y su camino, que él no abandonó, sin embargo, y que nos arrojó a nosotros con aquella mirada desecha, es un título que exige para Antonio San José la recompensa que se le debe al héroe.

Cómo murió Margallo

Era uno de los momentos de más fuego y de mayor peligro. Margallo no atendía a consejos, se empeñó en salir. Ya una batería había vuelto precipitadamente, habiendo hecho solo dos disparos. Como que salir no era exponerse ante los fusiles rifeños, era meterse en la misma boca de sus cañones. El general no se disuadió con nada. Pensamos todos que lo que intenta es un suicidio en el que le acompañarán muchos soldados. A las últimas observaciones, que ni la disciplina puede contener, contesta: ¡andando!, se pone al frente de la guerrilla, y sale con ésta y con Ortega.

Las balas fríen a los soldados. Están tan cerca unos de otros, que á los nuestros que caen, les rematan los moros a pedradas. Creemos que nos van a tomar el fuerte. No queda más recurso que una desesperada carga á la bayoneta. Aquí dentro es terrible la ansiedad. De pronto unos gritos de desesperación:

-¡Socorro, socorro! ¡Lo han matado!

Los da cuadrado, el ayudante del general.

Delante de la garita, provocando las balas, esperándolas, se había puesto Margallo. Era un soberbio blanco y los moros le apuntaron con todo sosiego. Le dieron en la misma sien, y cayó y rodó como pelota. Dos soldados lo arrastraron hacia el fuerte. Al entrar, su cabeza rebotaba contra el puente. Ponemos el cadáver en una camilla y en ella quédanse los sesos. Más tarde, cuando iban á llevarle á Melilla, envuelto en una manta, expuesto todavía á que una nueva bala de los moros acabara la mutilación de su cuerpo sin vida, me llegué á él, le destapé y pude contemplarle.

Su cara era una confirmación de su valor heroico. Llevaba impresa en ella la impasibilidad para el peligro, la calma, la osadía. Tiene un orificio en el temporal derecho.

Me volví al fuerte y allá iba en él, entre sus soldados á la plaza, acompañado por el nutrido tiroteo y los asaltos de los moros, que además de su vida querían llevarse su cadáver.

Habla el egoísmo

El hambre, la desesperación, la ira de vernos encerrados, había puesto coto á toda consideración y dado suelta al instinto. Para la custodia de nuestras pocas municiones, del pozo de agua, de los escasos frascos de aguardiente, había dos oficiales y unos cuantos soldados con la bayoneta calada, defensores de nosotros contra nosotros mismos.

Se inventaban –como ya he dicho- mil pretextos para la violación de la consigna. Pedía uno agua en nombre de un herido; otro de parte de un oficial, todos agotaban las excusas, impulsados por la necesidad inaguantable.

Lleno el fuerte de heridos; sin sitios donde echarse a descansar, el muerto era desalojado de la camilla y sobre su sangre coagulada y los pedazos desprendidos de su carne se recostaba sin repulsión un soldado y desfallecía. No quedaba ya compañerismo, ni sentimiento ni nada de nada, sino de la disciplina.

Aquí es donde se pudo probar el verdadero valor de los oficiales con hambre y fatiga y con cansancio, desfallecidos como todos sosteniendo la situación y el espíritu de la tropa.

Unas horas más y habríamos matado a los caballos. Otras cuántas sobre estas y no podemos pensar lo que habría ocurrido. La llegada del Disciplinario con municiones y con víveres fue lo que puso fin a esta situación desesperada dentro, y los moros desde afuera aullando, dando saltos, agitando los jaiques y llamando a los suyos en la misma puerta de nuestro fuerte sitiado.

¡Fuera las cuartillas! ¡Andando los paisanos!

Esto nos dijo el coronel Velasco, en un momento en que los moros se acercaban tanto, que nos hicieron temer que se tomara el fuerte. Así hicimos los periodistas. Nos llenamos los bolsillos de la americana y del pantalón de cartuchos, tomamos las armas y nos dispusimos á lo que fuera necesario en aquella carga que se iba á dar á la caballería mora. Esta llegó á la puerta. Vacilaba. Si hubiera querido, entra en el fuerte. Pensó, sin duda, que era fácil la entrada, pero casi imposible la salida, y se alejó. ¡Qué rato de angustia! Tratando de defender la propia vida, hasta los heridos se arrastraban al patio, dispuestos á morir matando y á volver para sí el último tiro, antes de caer con vida en manos de los moros.

También nos salvamos esta vez porque se retiraron los rifeños.

Intentos de fuga.—¡Si hubiera tabaco!

Ya con el Disciplinario en el fuerte, libertados del hambre y del asalto, seguimos sujetos á una cautividad que nos parecía eterna.

En la mañana del lunes vemos llegar un convoy con municiones; traerán tal vez la libertad... Y todo el mundo se echó fuera del fuerte.

Las guerrillas.—¡A la plaza!—¡Estos paisanos!—No habrá Juicio, pero pondremos telegramas.

A la misma puerta del fuerte se hallaba la guerrilla. Amparados por ella salimos los corresponsales para dirigimos á la plaza. Las balas menudeaban que era un gusto. Sin reparar en nada, echamos á correr. A unos 200 metros estaba el general Ortega. Nos dio la mano.

—¡Gracias á Dios que los veo fuera!— nos dijo.

Y nosotros, sin devolvérsela, reanudamos la carrera. Un poco más lejos topamos con el capitán Ruiz.

— ¡Vivo, vivo! No detenerse. Dentro de un momento esto se pondrá muy duro.

Seguimos el consejo y la carrera á escape. Otro encuentro y otra parada. Ahora con la artillería y el batallón de cazadores. El comandante, sin saber de dónde veníamos, grita; —¿Pero de dónde salen ustedes? ¡Estos paisanos no tienen juicio!

Y responde Lázaro, echándose á reír nerviosamente, loco de contento de mirarse en camino de Melilla:

—No tendremos juicio, mi comandante, pero tenemos muchos telegramas.

—¡Seguir por la derecha, si no os encontraréis entre dos fuegos!—seguía gritando el comandante mientras nos alejábamos nosotros.

Por fin llegamos al Polígono y gracias á Dios y á nuestras piernas llegamos a la plaza. Y el recibimiento que nos hicieron, y la llegada de los heridos, y el día tristísimo que fué para Melilla, este en que no hubo familia que no llorara alguna pérdida, ya lo saben ustedes por mis anteriores telegramas.

El sargento Rodríguez.—Pobre padre y pobre novia

En una de las retiradas de las guerrillas, en las que estaban los tiradores, entraron estos á la desbandada, gritando:

— ¡Nos han matado á nuestro sargento!

Estaba éste con dos soldados oculto tras de unas piedras.

—Allí hay dos moros, José María—dijo á uno de ellos.

Fué á apuntar, se descubrió, y recibió un balazo.

—¡Ma!...—exclamó el desgraciado, y con esta silaba de una invocación suprema terminó su vida.

Se llamaba el infeliz Augusto Rodríguez, era hijo de un comandante retirado que vive en Jerez. El estaba enamorado de una joven, con la que mantenía relaciones íntimas. Quería casarse y su padre se oponía. El coronel Velasco, que le apreciaba mucho, le aconsejó repetidas veces que obedeciera y no diera disgustos a su padre. El sargento prometió hacerlo, y aplazar su casamiento hasta que volviera de campaña. El comandante Alós recogió de su cadáver el reloj y una sortija. ¡Pobre novia y pobre padre!

Luis Morote

***La Vanguardia*, 4 de noviembre de 1893**

De Camellos á Cabrerizas Altas

Estábamos, desde las 9 de la mañana, en el fuerte de los Camellos, dispuestos á asistir al comienzo de las operaciones, á 900 metros de la fortificación, cuando oímos repetidos disparos de fusilería por la parte de Cabrerizas Altas. Allá nos impulsaban nuestro deber y natural arranque, mas antes quise poner un telegrama, que presumo no habrá llegado á su destino, como sus anteriores compañeros.

Eran las tres y media de la tarde, Morote de *El Liberal*, Blanco del *Heraldo*, Oliver, Lázaro y el que suscribe nos dirigíamos á Cabrerizas Altas, teatro en aquella hora de la más enseñada acción. Por el camino nos encontramos con el 2.º batallón de Extremadura, que iba á reforzar las tropas metidas en combate. Vitoreamos nosotros á aquellos soldados, que á nuestras aclamaciones contestaron con un entusiasta ¡Viva España!

Así que llegamos a la explanada del fuerte, nos vimos envueltos por un diluvio de balas. El oficial de guardia, ínterin innovaba á sus superiores nuestra presencia, nos obligó á resguardarnos detrás de una garita, librándonos así de aquel incesante gotear de plomo, que hacía inminente nuestra muerte. Entramos por fin en Cabrerizas Altas y allí presenciábamos los sangrientos combates, que en forma deshilvanada, desarticulada—la única que es posible en estos instantes de suprema angustia é inefable emoción—voy á relatar á los lectores de LA VANGUARDIA.

En Cabrerizas Altas

Los datos y noticias que voy á transmitir, como redactadas en 11 lugar más comprometido de la acción y en los momentos más apremiantes de las terribles escenas, podrán cuando menos ayudar al lector á formarse una idea de la trágica acción, de que me tocó ser presencial testigo. La lucha tan tremenda, tan tremenda, que hubo un momento, al disponer los generales Ortega y Margallo la retirada, que creímos todos que los moros entraban en el fuerte sin más remisión.

Pero los nuestros no cejan. Son las 5 y 14 de la tarde y el *Venadito* dispara cañonazo tras cañonazo contra los enemigos de la Mezquita. Las baterías del fortín, comenzado hoy arrojan certeros proyectiles á la cañada de Benisicar. La artillería de Cabrerizas y Rostro Gordo tampoco callan en aquella competencia de fuego atronador.

En la situación de ánimo que es de suponer, allí nos enteran de las cosas del conflicto. Los soldados destinados á la construcción de trincheras, habíanse visto súbitamente agredidos por numerosas hordas de rifeños. Los nuestros habían contestado con ardimiento á la acometida, generalizándose de pronto el fuego por toda la línea de combate. El batallón de Extremadura, que habíamos visto en el camino, acaba de llegar á la fortificación. Nuestros fuegos hacen grandes destrozos en el campo moro, destruyendo muchas casas de Benisicar.

El coronel de Borbón dirige las operaciones desde Cabrerizas; Ortega desde Rostrogordo. El fuego de los moros es cada vez más nutrido; los soldados luchan con entusiasmo indecible, al grito de ¡Viva España!

De vez en cuando, llegan al fuerte los oscuros héroes que deben retirarse de la lucha. Ya es un soldado herido por una bala que, entrada por el omóplato, le ha salido por la espalda. Ya el capitán de la tercera compañía de Borbón en el brazo izquierdo destrozado. Estas escenas de dolor alternan con vítores y aclamaciones á los valientes que saben cumplir con su deber. Allí está el cabo de cañón del ángulo derecho de Cabrerizas haciendo magníficos blancos con sus granadas sobre las trincheras moras. Allí el capitán López que á pesar de sus heridas quiere volver al campo de batalla á todo trance, siendo preciso, para evitarlo, que se le deniegue el permiso por mandato superior. ¡Todo es abnegación y heroísmo en este puñado de soldados de la patria! Así lo reconoce el general Ortega, que, llegado al fuerte en estos instantes, elogia la conducta de las tropas. Los heridos Además de los dos referidos, he de mencionar un soldado del regimiento de Borbón, herido en un muslo; el capitán López Herma, en un brazo; el individuo Alfonso Torres en la región dorsal; el sargento de Extremadura Antonio Saldaña de una contusión en la mejilla izquierda; el soldado de Borbón Miguel Tripiana, herido en la región lumbar. En el momento de haber apuntado estos nombres en el papel, veo caer delante de mí á otro soldado de Borbón. No muy lejos cae también un oficial. Los moros arrecian de un modo horrible y aunque los nuestros no desmayan un solo instante y nuestros cañonazos incendian los caseríos de Benisicar, la avalancha rifeña crece y avanza hacia la fortificación.

La retirada

Las tropas empiezan á replegarse en Cabrerizas Altas, mientras el conde Peñón es socorrido de inminente riesgo, en el que sólo pierde su caballo. Estamos cercados de

moros por todas partes. Es inútil pensar en salir de este fuerte completamente sitiado. Aquí nos toca pernoctar á todos incluso á los generales Margallo y Ortega. Aun zumba en mis oídos el estruendo ensordecedor de la artillería y fusilería, al de terminarse la retirada. Las balas silban horrorosamente al rededor de nuestras cabezas. Al terminar la acción, el espectáculo es imponente de terror. Los cañones disparan sus proyectiles, haciendo retemblar el fuerte, que parece desplomarse y hundirse para siempre.

Una de las últimas compañías que han llegado al fuerte ha sido la 2.^a del 2.º batallón de Extremadura, al mando de don Luis Cossi, siendo notable que no haya tenido ninguna baja. A más de este batallón, hállanse aquí replegados el de Extremadura y los Estados Mayores de los dos heroicos generales. Margallo, al empezar el fuego, se hallaba en el fortín hoy principiado. Al tener que iniciar la retirada, se dirigió en un principio hacia Camellos, mas luego vino á Cabrerizas, pasando antes por Rostrogordo. A este fuerte se encaminaba Ortega, al estallar la formidable arremetida de los moros, que hizo abandonar á nuestras tropas las trincheras. Durante el fragor de la lucha, he visto más de una vez al general, casi en las mismas guerrillas, dirigir la acción con admirable serenidad.

Son las siete y media de la noche. La oscuridad se nos ha venido encima, después de un día de horribles emociones. Del campo enemigo llegan á nuestros oídos algunos disparos. Nuestro fuerte los contesta con intermitencias. ¡Cuándo y cómo saldremos de Cabrerizas Altas!

La jornada del 28

Por la mañana

Serían las seis cuando las piezas de nuestro fuerte ya se disponían á cañonear el campo enemigo. Las tropas permanecen en la fortificación y los moros ocupan todas las trincheras que abandonamos ayer. Los batallones de Borbón y Extremadura son los que han de salir á desalojarlos de nuestras perdidas posiciones. Entre tanto los moros hacen un fuego nutridísimo.

El capitán de Estado Mayor Picazo, con dos soldados de caballería y protegido por 20 hombres de Borbón, efectúa una salida de Cabrerizas, encaminándose á Rostrogordo, para ver si desde allí era posible comunicar telefónicamente con la plaza de Melilla. En el ínterin, Margallo y Ortega conferencian, adoptando por fin la resolución de verificar en seguida la salida. Acaba de llegar Picazo de Rostrogordo sin la menor novedad, cuando

una guerrilla, formada por soldados de Borbón, ya salía del fuerte, empezando por ocupar una pequeña trinchera situada sobre un barranco. Acto seguido, sale una sección de tiradores de Extremadura, que toma posiciones frente por frente de Cabrerizas. A unos y á otros les reciben los moros, que colman todos los barrancos, con vivísimo fuego de fusilería. Los cañones de nuestro fuerte contestan disparando torrentes de metralla. Margallo, bajo una lluvia de balas, dirige impávido la operación. Otras secciones de tiradores refuerzan las primeras, mientras el comandante del 2.º batallón de Extremadura se pone al frente de las guerrillas. Entretanto van llegando heridos á Cabrerizas y todo el mundo se pregunta con ansiedad, cuando llegarán los refuerzos de la plaza. El primero que viene herido es un tirador de Extremadura, José Cañamate, de un balazo en la rodilla; después Manuel Cuesta, parte interior pierna derecha; Pedro Valero, en un brazo; cabo Coronado, en un codo; el corneta de Extremadura, Antonio Zorrilla de un balazo en el radio; etc., etc. Añádase el heroico fallecimiento del sargento Augusto Rodríguez Novel. Un momento antes de morir decía á un compañero de guerrilla: Apunta bien, chico, que veo á unos moros... No pudo acabar la frase, pues una bala le hizo caer de bruces sobre el suelo. En medio de todos estos valientes destácase la figura de Margallo mandando personalmente las guerrillas entre los fuegos cruzados de los rifeños. Como en una ocasión viese el general unos paquetes de cartuchos esparcidos por el suelo, bajóse á recogerlos con la mayor tranquilidad. En este momento empiezan á oírse retumbar las baterías de Melilla. Sin duda, Picazo pudo llegar á la plaza sin contratiempo, pues se le ha visto trasponer el ceno del Polígono. ¡Ojalá que sea así, pues aquí empezamos á carecer de lo más preciso! Escasean los víveres, las municiones, y sino vienen pronto refuerzos de tropas no sabemos lo que va á suceder.

La muerte de Margallo

El *Conde de Venadito*, no deja un instante de ametrallar á la kábila de Mazuza. La plaza de Melilla también hace fuego en todas direcciones, aunque desgraciadamente con escaso éxito. Todos los fuertes cañonean á cual mejor. Todo el campo es un reguero de fuego, á las diez de la mañana, y todos poseémosla imponente convicción deque estamos asistiendo á una verdadera batalla campal, quizás precursora de una gran tragedia. A las diez y media, se sacan del fuerte dos piezas de montaña. Los fuegos arrecian por ambas partes de una manera espantosa. Los moros arremeten como furias del infierno, envalentonados por su incalculable número. Los nuestros resisten

heroicamente. Todas las miradas se dirigen á Margallo, que aparece como ser invulnerable entre tantos valientes que sucumben á un lado y otro del general. Alas de pronto, se tambalea y cae, herido de un balazo en la cabeza. ¡Margallo muerto! ¡Margallo muerto! Aquel grito es anuncio de nuestra perdición.

José Boada y Romeu.

CRÓNICA DE LA REBELIÓN DE 1903

El Globo, 20 de enero de 1903

La Razzia contra los Fasias.

A las tres de la tarde de hoy, se ha formado en la Alcazaba da Tánger, una columna compuesta de 300 á 400 ascaris, armados de carabinas Winchester, y un piquete de ginetes que escoltaban al gobernador de la ciudad. Se trató de unir á la columna una ametralladora, un cañón de montaña; pero á última hora hubo dificultades, y las piezas de artillería llegaron al sitio de la acción, cuando había terminado. Se trataba de castigar á los habitantes de unos aduares de la tribu de los Fasias, cercanos á la ciudad, que los días pasados habían atacado á los Fasias de Tansa el Balia (Tánger la vieja) habían degollado algunas reses y pegado fuego á unas chozas del aduar.

Sería largo da explicar el motivo de la lucha entre dos aduares pertenecientes á la misma kabila. Baste decir que los de Tansa el Baba acatan al gobernador de Tánger, y los otros, separándose del bajalato de la ciudad, han reconocido la autoridad del bajá de Anghera.

La columna salió de Abazabn á las dos; un sol espléndido brillaba en el cielo. Al frente del piquete de caballería marchaba un portaestandarte, llevando la enseña roja del sultán, y detrás de él caracoleaban los soldados de caballería armados con rifles y espingardas, y con los sables ceñidos muy altos á la cintura.

Los tambores batían un redoble desentonado, pero marcial, y un corneta soplabá con toda su alma una guerrera tocata. La columna atravesó el zoco grande, y por un camino en cuesta desembocó en la playa. En el misino zoco alquilé un caballo y seguí de lejos á la columna, que atravesó el Red Falk (río de la pesca), y dejando los arenales, se internó en el campo. Delante de mí se desarrollaba un panorama de montañas. Desde el cabo de Torre Blanquilla, este de la bahía de Tánger, subí el monte hasta las alturas de Anghera, habitada por los terribles guerreros que tanto lucharon con Muley Hassan. En las últimas estribaciones que lindan con el valle está Taiya el Bahía que ahora no es más que un montón de cenizas. Todavía vemos la columna de humo que se eleva al cielo.

Hacia la izquierda se abre el valle de Mogoda—Eladir Mogoda, que dicen los moros—cerrado por la parte de Tánger, por un cerro de poca altura, llamado El Schaf.

Para mejor ver el panorama, subo en mi penco al cerro y allí me encuentro con un tropel de aficionados que han venido de la ciudad, moros, judíos y europeos que miran desde la altura, escondidos entre gigantescas pitas y chumberas como la columna de soldados

atraviesa el río por un puentecillo. Se dirige por en medio de los fangales á ganar otro puentecillo blanco que se ve en el centro del valle. A mi lado galopa un moro en un magnífico caballo y un corresponsal inglés montado en un penco de alquiler que se desespera porque el moro no puede responder á sus preguntas. En cambio, a mí me viene de perilla este encuentro, porque el moro habla el español como un andaluz y me dice los nombres y detalles del paisaje que veo.

La columna, entre tanto, alcanza el puente y se dispone atacar un aduar de poquísimas chozas, que según me dicen es Mogoda la pequeña. Los ascaris, sin desplegarse en guerrilla, sino en montón, suben hasta las afueras, y sin disparar un tiro les pegan fuego, espantan hacia el valle á unas cuantas roses y se vuelven á incorporar á la columna. Los ginetes galopan por la llanura, y hasta la altura en donde estoy llegan sus gritos.

Envalentonado con la poca resistencia que veo en las kabilas, -propongo al moro que habla español, que nos acerquemos al campo de batalla. Acepta la proposición y bajamos á galope tendido la cuesta del Gehaf y llegamos al llano.

La columna ha rebasado, entre tanto, Mogoda. El Guebira, un poblado compuesto de muchas chozas cubiertas de paja, que domina el llano desde una loma; cuando llegamos á alcanzar á los ascaris, éstos se separan en grupos y se preparan al combate. El aduar parece desierto; el sol poniente ilumina, con su luz dorada, las enormes chumberas que salen entre las rocas; por la llanura vénse galopar á los soldados de caballería, que cargan los fusiles á la carrera ó persiguen al ganado que los ascaris encuentran en las primeras chozas. Unos cuantos corresponsales y cuatro señoritas inglesas, armadas de sus kodaks correspondientes, enfocan el aduar desde sus monturas.

De repente brilla una llamarada. Han pegado fuego á una choza, después de saquearla luego á otra; se oye una gritería atroz, los soldados se disputan el botín, y entre tanto, el grueso de la columna comienza á acercarse á Mogoda El quebira batiendo tambores con un toque rápido. En una loma calva y amarilla, que se destaca de las demás, llenas de verdura, aparece un grupo de moros armados. Uno de ellos, cubierto por una chilaba amarilla, que el viento agita como una bandera, contempla, apoyado en un riñe, el destrozo que los ascaris hacen en el aduar. Es una figura magnífica. De repente hace una seña y desaparecen los moros en un barranco. Los ascaris de avanzada se agazapan entre las chumberas y corren á guarecerse tras los troncos de los olivos que hay en la vertiente.

Entre tanto la columna sigue su marcha y cuando está enfrente del barranco recibe una descarga cerrada. Contar el pánico que se produjo entre los curiosos me es imposible, salimos á galope tendido en todas direcciones, á mi lado pasó una miss con una velocidad increíble, un corresponsal, gran ginete por cierto, parecía montado en un galgo. A mi caballo, con la violencia del esfuerzo para ponerlo al galope, se le torció la silla y tuve que apearme á colocarla en medio de un tiroteo y una gritería ensordecedores.

Aquello fué espantoso. Cuando nos pusimos fuera del alcance de las balas era de ver la satisfacción que denotaban los rostros de todos los curiosos que creían asistir á un simulacro y se encontraban con que la cosa iba de veras.

Ya desde lejos vimos que los ascaris tomaban las alturas a la bayoneta, y que los farías rebeldes huían al interior. Los ginetes árabes trepaban por las rocas como si cabalgaran en cabras monteses y disparaban con una rapidez vertiginosa.

Por el valle se extendía un tropel de ganado de todas clases, y el aduar era una inmensa hoguera. Volvió á formarse la columna que emprendió la vuelta á Tánger. Al llegar al puente blanco vimos la ametralladora y el cañón que, por fin, había podido montarse, pero que llegaba tarde.

Cada soldado llevaba su botín; vi vender una ternera por cuatro pesetas, una magnífica espingarda, por diez, y una bandeja de bastante mérito, por dos.

A un pobre moro curioso que había ido al combate á distraerse, le dieron un tiro en un brazo; salieron heridos tres ascaris y se hicieron dos prisioneros. Los Farias de Mogoda perdieron todo lo que poseían y murieron de quince á veinte de ellos.

El resultado útil suele ser encarnizar los odios y aumentar el conflicto. Mañana también habrá tiros, porque los disparates, ó gordos ó no hacerlos.

Pío Baroja

Tánger, 15 de Enero.

CRÓNICA DE LOS SUCESOS DE CASABLANCA

La Correspondencia de España, 12 de agosto de 1907

Casablanca, 10. Acabo de llegar á este puerto, cumpliendo las órdenes de ese periódico. Me encontré al llegar con que para poder desembarcar me era necesario proveerme de un permiso especial del almirante Philibert, que manda la escuadra francesa. En vista de esto, fui a visitar al almirante francés á bordo de su buque, y dándome á conocer como enviado de *La Correspondencia de España*, le rogué que me concediera un permiso especial para bajar a tierra.

Philibert me manifestó que si tal hacia habría de ser por mi cuenta y riesgo, pues había mucho peligro en lo que yo intentaba. Añadió que la ciudad estaba enteramente saqueada y que no contenía víveres de ninguna clase; de suerte que en ella cada cual tendría que proveer según pudiese á su propia subsistencia. Insistí á pesar de esto, en desembarcar.

Ante mi tenacidad, el almirante Philibert me concedió el permiso solicitado. Mientras en un bote me trasladaba á la playa, dirigí los gemelos á la ciudad, pudiendo apreciar los horribles efectos del bombardeo y saqueo que ha sufrido.

Las palabras del almirante francés me habían hecho adivinar la magnitud del desastre. No obstante, nunca pude creer que éste fuera tan grande. Encontré la ciudad casi despoblada y ocupada militarmente por las tropas francesas y españolas. El bombardeo la ha destruido casi por completo. Sólo se han librado de la ruina los edificios de los Consulados extranjeros y sus alrededores.

La morisma no respetó nada. Lo saqueó, quemó y robó todo. Da pena ver tanta desolación. Las casas, los almacenes y el Banco marroquí tienen rotas sus puertas y ventanas, destrozados sus muebles.

He visto algunas calles llenas de trigo y cebada, que la morisma sacó de los almacenes derramándolo en la vía pública solo por el placer de destruir.

Cientos de cadáveres.

A todos estos desastres añádase el espectáculo de los centenares de cadáveres que se hacinan en las calles de la población. Por algunas de estas calles es imposible transitar á causa del horrible olor que los cuerpos de los moros muertos despiden. Aumenta la repugnancia del cuadro el ver acudir á los perros para cebarse en los cadáveres,

devorándolos. Enjambres de moscas vuelan sobre los sucios despojos, convirtiéndose en amenazador vehículo de infección. No es posible concebir cosa más repugnante.

He procurado informarme de la cifra aproximada de las bajas sufridas por los moros. Según me han dicho, los marinos españoles y franceses, ayudados por el terrible bombardeo de los barcos, limpiaron las calles de kabileños, haciendo una matanza increíble. Pasan de quinientos los moros muertos dentro del recinto de la población. En la playa y en los alrededores fueron ametralladas numerosas hordas de marroquíes, y seguramente el número de cadáveres no ha sido allí menor que en la ciudad.

Al pisar la playa pude ver infinidad de caballos muertos que presentaban horribles heridas. Algunas personas me han dicho que estos caballos pertenecían á los jinetes moros que intentaron oponerse al desembarco, y que fueron materialmente barridos por los cañones del *Bazán* y del *Galilée*.

Medidas de saneamiento.—Cremaciones.

La putrefacción de tantos cuerpos muertos de hombres y bestias hace temer una espantosa epidemia. El general Drude, de acuerdo con el bajá moro, ha dispuesto medidas enérgicas para sanear la población.

De orden suya, centenares de judíos y de moros de los arrabales limpian las calles de cadáveres y transportan éstos en carros a la playa, quemándolos allí en grandes hogueras.

Muchos de los judíos y moros ocupados en este trabajo han caído desmayados por no poder soportar el espantoso hedor.

Hambre terrible.—Muertos por inanición.

El saqueo de la ciudad ha sido tan completo, que no queda en ella un pan siquiera. Hace cinco días que la población judía y mora de los arrabales no tiene que comer. Han muerto de inanición muchas personas, entre ellas algunos comerciantes ricos que en los sucesos del lunes y del martes perdieron todo cuanto poseían.

Vagan por las calles espectros vivientes, que acuden á la playa y a las líneas del interior, rogando a los soldados que los socorran con algo para mitigar su hambre.

Muchas mujeres, llevando en brazos á sus hijos, van á las calles que el salvajismo kabileño sembró de trigo y cebada y comen estos cereales con indescriptible avidez.

Cualquier comestible, por pobre que sea, cuesta sumas fabulosas. Un pan de munición se vende á cinco duros; un par de huevos á dos, y un vaso de agua á uno. Muchos moros

pobres se escapan al campo, impulsados á ello, mas que por su odio á los cristianos, por él hambre devoradora que les espolea.

He visto hoy, en mi paseo por la ciudad, á muchos infelices que escarbaban en los montones de basura tratando de encontrar algo que comer, y engullendo ávidamente las mayores porquerías.

En la playa.—Pelea por los víveres.

El barco en que he llegado á Casa Blanca es un vapor inglés, fletado por la comunidad israelita de Tánger para llevar víveres á sus hermanos de Casa Blanca. Cuando cundió por la ciudad la noticia del arribo de este barco, acudieron á la playa infinidad de judíos de ambos sexos. Pálidos, medio desnudos, implorantes, se apiñaron á la orilla del agua, acechando el momento en que los víveres fueran desembarcados. También acudieron, atraídos por igual noticia, muchos moros de Casa Blanca, á quienes el hambre hacía implorar la caridad de los judíos, que hasta hoy despreciaron.

La Comisión israelita tangerina, temiendo ser saqueada, pidió á los franceses que facilitaran tropas para vigilar el reparto de las provisiones. Cuando llegaron á la playa las primeras chalupas, produjéronse las escenas más emocionantes. La primera lancha que llegó iba cargada de pan. Infinidad de judíos y moros lanzáronse al mar, y rodeada por ellos la lancha llegó á tierra. El reparto de los víveres por esta lancha, conducidos, ejecutóse en un abrir y cerrar de ojos. Moros y judíos se disputaban encarnizadamente el menguado socorro, luchando á brazo partido por cogerlo de los primeros, y llegando para ello hasta golpearse con la mayor brutalidad. A la arribada de cada nueva lancha, reproducíase la misma escena, cada vez más violenta.

Buques y tropas.

Cuando el vapor que me condujo llegó á este puerto, había en él los barcos siguientes: Los cruceros franceses *Gloire*, *Dugueidon* y *Cassini* y el transporte *Vive* y el cañonero español *Álvaro de Bazán*.

Además había anclados diez buques mercantes, detenidos de orden superior. Contienen millares de habitantes de Casa Blanca, que se refugiaron en ellos huyendo del bombardeo. Los restantes buques de la escuadra francesa, que manda el almirante Philibert, han sido distribuidos en los demás puertos de la costa, para garantizar la seguridad de los europeos. El almirante Philibert tiene su pabellón en el crucero *Gloire*.

Han desembarcado los franceses las fuerzas siguientes: un batallón de la legión extranjera y otro de tiradores argelinos, con su contingente completo. Un escuadrón de cazadores. Otro de *spahis*. Varios destacamentos de ingenieros. Baterías de artillería de montaña. Secciones de Sanidad militar. Alguna tropa de línea. En total, las fuerzas francesas desembarcadas ascienden á 5.000 hombres, sin contar con los marinos de la escuadra. Ha tomado el mando de la plaza el comandante Magín, jefe de la policía de Tánger.

En las avanzadas.—Aduares quemados. Combates.

Las tropas francesas acampan á dos kilómetros de la ciudad, donde se han atrincherado. Sus avanzadas sostienen frecuentes combates con los kabileños, que les hacen objeto de continuas agresiones. En los combates entablados por dichas avanzadas, éstas llegaron á los primeros aduares de las kabilas cercanas, que fueron abandonados por los moros. Los franceses pegaron fuego á los referidos aduares, retirándose luego á sus líneas. Ayer por la tarde numerosos kabileños á caballo amagaron un ataque á los batallones franceses. Hubo un fuego nutridísimo por ambas partes. Los moros se retiraron, dejando algunos muertos en el campo. Los franceses tuvieron un muerto y varios heridos graves. Por la noche se reprodujo el combate, durando el fuego, con intermitencias, hasta el amanecer.

Los marinos españoles. Nuestros heridos.

Los marinos españoles del *Álvaro de Bazán* continúan escoltando el Consulado. No han salido de la ciudad, y, por lo tanto, no han vuelto atener choque alguno con los kabileños. En el Consulado de España hay cuatro heridos. Dos de ellos pertenecen a la dotación del *Bazán*. Los otros dos son paisanos. Todos ellos recibieron sus heridas durante el asedio que sufrió el mencionado Consulado español. Dos de ellos están graves, aun más que por sus heridas, por la falta de aire puro que se siente en la ciudad, convertida en un verdadero pudridero. Toda la colonia española alaba el bravo comportamiento de la dotación del *Álvaro de Bazán*, gracias á la cual ha logrado salvarse.

Las pérdidas francesas.

He visitado el Consulado francés, que se halla convertido en hospital de sangre. En lechos preparados al efecto hay diez y nueve heridos de bala, todos ellos franceses. Estos tuvieron hasta ahora tres muertos en los diversos combates sostenidos con la

morisma. No han sufrido más bajas, gracias á la eficaz protección de los barcos, que con su bombardeo limpiaron de muros la playa, la ciudad y las afueras.

Mulay Amin,—La guarnición mora.

El bajá de la plaza, Muley Amin, ha perdido toda autoridad y todo prestigio. Dice que él no tiene la culpa de nada de lo que sucede. Se ha sometido á Francia abdicado el mando en manos de los franceses. Disponía Muley Amin de un grueso destacamento de askaris; pero de nada le sirvieren estas tropas. Los askaris, apenas se desarrollaron los sucesos del 6, huyeron al campo con armas y municiones, reuniéndose á los kabileños. Según parece, volvieron con ellos, tomando parte activísima en el asalto y saqueo de la ciudad. Esta fué atacada, no sólo por los kabileños y los askaris, sino también por el populacho de los suburbios, que, ebrio de sangre, se dirigió el primero al barrio judío. Muley Amin quedó solo, y dando muestras de gran desesperación, se dirigió al Consulado francés, declinando toda responsabilidad. Durante muchas horas la ciudad estuvo en poder de los invasores. A no ser por el pronto desembarco de las tropas francesas y españolas, hubiera sido total la matanza de los europeos. Cuando llegaron los refuerzos, los defensores de los Consulados carecían ya casi de municiones.

En el campo moro.

Aunque se prohíbe la salida á las afueras, logré salir al campo moro y alejarme algo extramuros. Recorríanlo patrullas de franceses, que hacían volverse á la ciudad á cuantos la abandonaban. Por lo que he podido saber, toda la región de Casa Blanca está en plena revolución. Según dicen algunos judíos, llegados hoy de las afueras y que se han refugiado en la ciudad, la importante y numerosísima tribu de Abda se ha unido a la de Chania para combatir á los franceses. Los santones recorren los aduares predicando la guerra santa.

Con los gemelos veo á lo lejos verdaderas nubes de kabileños, que contiene apenas el miedo á los franceses. De vez en cuando se ve avanzar grupos de jinetes, que galopan gesticulantes, hacen fuego y desaparecen. He podido observar el efecto causado en el suelo por las granadas de los barcos. La tierra está removida y agujereada, habiéndose incrustado en ella algunas bombas sin estallar. El espacio comprendido entre la ciudad y las líneas francesas, distantes dos kilómetros, presenta un espectáculo terrible. De trecho en trecho se amontonan cadáveres de moros y de sus caballos, con horribles heridas. Los cascos de las bombas les han decapitado, cortado brazos y piernas ó abierto el

vientre. Es un cuadro terrible. En algunas chumberas he podido ver troncos informes, espantosamente mutilados por la acción de los proyectiles. Cuando me disponía á llevar más adelante mis investigaciones, una patrulla francesa me hizo volver á la ciudad.

Contra el pillaje.—Fusilamientos.

No obstante el gran número de tropas que ocupan la ciudad y sus contornos, pululan en ella los ladrones, que dan pruebas de una audacia inaudita. Muchos judíos, para desquitarse del saqueo que sufrieron el lunes y el martes, se dedican á entrar en las casas deshabitadas, robando en ellas cuanto encuentran á mano. Además, durante la noche última muchos cadáveres fueron despojados de sus vestiduras.

El comandante de la plaza, Magín, ha publicado un bando que contiene enérgicas medidas contra el pillaje. En él se dispone que rija de un modo riguroso la ley marcial y que sean fusilados inmediatamente todos los infractores de ella.

Hoy, poco antes de yo desembarcar, las patrullas francesas cogieron *in fraganti* á una docena de moros, que con la mayor desvergüenza se dedicaban a robar las casas y desvalijar á los cadáveres. Todos esos moros fueron fusilados en el *zoco* para escarmiento de los demás. Estas ejecuciones han impresionado mucho á los moros y judíos que quedan en ésta y que son relativamente pocos.

Últimas notas.

Muchas mezquitas han sido destruidas, unas por el bombardeo y otras por los mismos moros. Según me dicen algunos franceses, en breve desembarcarán más tropas. Como el hambre sigue y los víveres llegados son insuficientes para subvenir á las necesidades de las tropas y del vecindario, se ha pedido á Tánger nuevos víveres con toda urgencia. Esta tarde, según dicen, es esperado un vapor mercante con 40 toneladas de provisiones. Créese que con su llegada bajarán los precios extraordinarios que los víveres alcanzan hoy.

Guillermo Rittwagen

LAS CRÓNICAS DE LA GUERRA DE 1909

La Correspondencia de Valencia, 24 de septiembre de 1909

Melilla, 20.

Son las tres y media de la madrugada cuando apresuradamente escribo para participarles que ha llegado al fin la hora de la venganza, y que en cuanto amanezca vomitarán fuego las baterías de Camellos y de Rostrogordo, sembrando la muerte en el campo enemigo por la parte de Benisicar, y por la de Frajana si siente *farruca*.

El cuartel general, que saldrá á las cinco de la mañana, se situará, de primera intención, en la cumbre de Rostrogordo, y después allí donde las circunstancias aconsejen la presencia del general Marina. La noche última ha sido de mucho trasiego en los campamentos, y á esta hora nadie duerme en ellos; todos se aprestan para estar listos al toque de diana, que no tardará en oírse.

Las fuerzas que se ponen en movimiento primeramente son las de la división Tovar, á las que se agregan algunas de África y de Melilla, tres baterías Schneider y una de montaña. Se calcula de 6 á 8.000 los combatientes.

Alguna vez tenía que acertar en mis vaticinios; la primera acción importante que se efectuará después de la tregua á que nos obligaron circunstancias que no hay por qué recordar se entablará en territorio de Benisicar, como dije hace tres días.

Es posible que al propio tiempo, ó muy poco después se emprenda una operación desde Alí Xerif á Zeluán. Si así sucede obtendremos dos victorias simultáneamente, y quien lo dude poco tardará en convencerse, si no se ha convencido ya, en virtud de los sucesos, cuando esta carta se publique.

Como el telégrafo anticipará los detalles, considero ocioso mencionar los que conozco, para creer en un inmediato triunfo de nuestras tropas, y esperar que el castigo de los rebeldes sea tan duro y ejemplar, que no haya precedentes en las costas rifeñas. No ha comenzado la operación, y mi fantasía me hace ver arrasados los poblados en toda la extensión que puede alcanzar el fuego de nuestras baterías, y para que el lector aprecie bien los hechos, le diré que el término medio del alcance de nuestra artillería es de 5.000 metros y el máximo de 8.000; de suerte que el *despejo de la plaza* va á hacerse de un modo rapidísimo y la *corrida* será de las que dejan memoria.

Clarea ya el día, y como tengo que acudir á las cinco para agregarme en Rostrogordo al cuartel general, doy fin á este avance de la jornada de hoy. ¡Que la fortuna nos ayude!

F. Peris Mencheta

La Correspondencia de España, 22 de septiembre de 1909

VIVAC DE TAXDIRT, 20 de septiembre.

Desde la kabila de Beni Sicar, en cuyo territorio me encuentro por haber seguido la marcha de la división Tovar, puedo referir el importante hecho de armas acaecido hoy. Cuando salió de Melilla el general Tovar con las tropas de su mando, las baterías del fuerte de Camellos y del Hipódromo, así como los cañones emplazados en los restantes fuertes, abrieron fuego. Ambas columnas, pues así quedó distribuida la división, pusieron en marcha hacia el poblado de Dar-El-Hach Biran, fracción de Tauript Bunirghen, donde las brigadas Alfau y Morales se bifurcaron, yendo el general Marina con la primera brigada de Cazadores de Madrid y el general Tovar con la segunda de Cazadores de Andalucía.

La brigada Alfau continuó por el camino de la derecha, tomando la dirección Norte, hasta las cercanías del poblado de Jateb. Allí los moros comenzaron á hacer frente á nuestras tropas, haciendo contra ellas algunas descargas de fusilería. En vista de ello, fué emplazada inmediatamente la Artillería de montaña. Comenzó ésta el cañoneo y fueron pronto disueltos los primeros agresores. El batallón de Cazadores de Barbastro ocupó los puestos reservados á las guerrillas avanzadas. Tiroteárose estas guerrillas con los moros, los cuales nos causaron una sola baja, con la circunstancia de haber alcanzado á esta víctima de la guerra tres balazos á un tiempo.

Conferencia de Marina

La vanguardia de la columna continuó su marcha, que no se interrumpió hasta que hubo llegado al aduar de Juble. Sus moradores, al apercibirse de la proximidad de nuestras tropas, hablan adoptado el partido de recibirlas con bandera blanca, en señal de paz y amistad. Del poblado salió una Comisión bastante numerosa. Algunos de los kabileños que la constituían llevaban también pequeñas banderas blancas. La Comisión mostró deseos de conferenciar con el general en jefe, á cuya presencia fué llevada. Mientras conferenciaba la Comisión con el general Marina, el batallón de Cazadores de Figueras ocupó el poblado sin encontrar resistencia de ninguna clase.

La brigada Morales.

Entretanto se oía continuamente vivo fuego en dirección al punto donde se encontraba la brigada del general Morales, que desde Dar-el-Hach Bisan, punto donde se habían bifurcado las columnas, tomó la dirección del poblado de Taxdirt.

Instrucciones a los marinos.

El general Marina continuó caminando con reducida escolta y sin hacer alto en la marcha hasta que llegó á orillas del mar, al otro lado de la península de Tres Forcas. Uoa vez en la costa, los marinos que acompañaban al general, en jefe del ejército de operaciones se pusieron en comunicación con sus compañeros los tripulantes del crucero «Carlos V» y del cañonero a Pinzón», que, como ya .sabréis, se encuentran en esta agua para proteger los movimientos de las fuerzas de la división Tovar. Bien pronto se destacó del crucero mencionado un oficial, que tocó tierra y conferenció con el general Marina, de quien directamente recibió instrucciones.

Un aviso de Tovar.

Apenas celebrada la entrevista del oficial de la escuadra con el general Marina, recibió éste un parte del general Tovar comunicándole que una acción serla habíase entablado. En cuanto me enteré de que tal cosa ocurría, decidí separarme del cuartel general de Marina para encaminarme al lugar de la acción.

Por virtud de una confidencia muy oportuna, supe que, salvando por cierto punto la distancia que mediaba entre una y otra brigada, podría conseguir en escaso tiempo mi propósito de presenciar la acción comenzada. Utilicé, sin dudar un instante, las buenas referencias.

A medida, que me acercaba al lugar del combate, iba dándome cuenta, cada vez más cabal, de que la lucha tenía verdadera importancia. Era nutridísimo el fuego de cañón y de fusilería que se escuchaba. Comencé cuando ya había avanzado bastante a oír silbar las balas enemigas.

Primeramente tropecé con la ambulancia que había sido instalada en el aduar. Este estaba ya lleno de heridos. Caminando cada vez con más apresuramiento, llegué por fin al cuartel general del jefe de la división y pude situarme en el mismo punto desde donde el general Tovar dirigía personalmente la acción.

Cómo empezó el combate.

Vamos á reconstituir la acción lo más ordenadamente que nos sea posible. Tomaremos por punto de partida el momento de la bifurcación de las dos columnas. La brigada del campo de Gibraltar llevaba, desde su salida de Rostrogordo, el siguiente orden:

A la vanguardia, una sección de Cazadores de Alfonso XII, como exploradora. Seguía el batallón de Cazadores de Cataluña. Una compañía de zapadores minadores. Una batería de Artillería de montaña. Una sección de ametralladoras de la segunda brigada. A continuación, el grueso de la columna. Luego, los cuarteles generales de Tovar y Morales. El batallón de Cazadores de Tarifa.

Otra batería de Artillería de montaña. El batallón de Cazadores de Talavera. Y, finalmente, el escuadrón de Caballería de Cazadores de Alfonso XII.

Realizóse la marcha sin novedad desde Rostrogordo hasta las cercanías de Taxdirt. Allí la sección de Caballería encargada de realizar el servicio de exploración fué tiroteada por los moros, que se disponían á impedir ó, por lo menos, á dificultar el avance de las fuerzas españolas. Desplegóse inmediatamente, con rapidez y orden admirables, el batallón de Cazadores de Cataluña, que ocupó ventajosas posiciones sobre las lomas situadas á la derecha de Taxdirt. Sostuvo dicha fuerza el fuego con el enemigo durante tres horas sin interrupción, y logró al cabo de ese tiempo desalojar completamente de kabileños las lomas inmediatas á aquellas en que los de Cataluña se habían desde un principio situado.

Reforzando la línea.

Para reforzar la línea de fuego, que era muy extensa—tan extensa que formaba un semicírculo de tres kilómetros, aproximadamente,— dispuso el general que acudiera el batallón de Tarifa. Este fué recibido con fuego nutridísimo, terrible. Logró el enemigo hacernos entonces sensibles bajas.

Batiéronse los de Tarifa admirablemente desde los primeros momentos y sin decaer un punto continuaron con imponderable bravura sosteniendo el fuego, que no se interrumpió en el espacio de siete horas. Hubo, como digo, bajas, entre las que hay que apuntar un teniente coronel y algunos oficiales. La columna formó en línea de combate, destacándose el batallón de Chiclana por el flanco izquierdo, y el de Talavera por el derecho, y replegándose entonces el de Cataluña para descansar del fuego continuado y nutridísimo durante tantas horas sostenido por aquel batallón...

Desde el extenso frente de la línea de fuego, el batallón de Tarifa forma varias veces en orden cerrado y de este modo contribuye con la mayor eficacia al buen éxito de las descargas cerradas con que se contesta á la incesante fusilería del enemigo.

El enemigo aumenta.—Una carga.

Eran las cuatro de la tarde cuando numerosos grupos de combatientes moros, no vistos hasta entonces, aparecieron hacia la derecha, que ocupaban dos compañías del batallón de Talavera, haciendo contra una y otra fuego nutrido. Viendo que el terreno era á propósito, el general Tovar ordena una carga. Destácase el escuadrón de Cazadores de Alfonso XII. Avanza hasta llegar muy cerca de las lomas ocupadas por los moros, á los cuales sorprende. La carga es arrolladora, valiente, imposible de describir en toda su grandeza. Son los moros arrollados, acuchillados, perseguidos después hasta muy cerca del mar. El enemigo sufre bajas numerosísimas. La mejor prueba la traen, á su vuelta, los bravos del escuadrón, que son sin excepciones cuantos lo constituyen: Traen unos los sables rotos en fuerza de manejarlos, sobre el enemigo, sin tasa ni medida. Los traen todos ensangrentados, señal de que ni uno solo ha dejado de hacer sentir su rabia en la morisma. Pasaron de 30 las bajas de los moros, vistas. Fueron, indudablemente, más.

Todos los kabileños muertos ó - heridos lo fueron de arma blanca. El escuadrón, que sufrió también por su parte algunas pérdidas, sostuvo bien la retirada.

Cuando llegó al punto de partida, el general Tovar, entusiasmado por el comportamiento admirable del escuadrón de Alfonso XII, felicitó á éste calurosamente.

Nuestras líneas reforzadas.

Tan brillante carga desconcertó al enemigo, especialmente á los combatientes moros que ocupaban las lomas de la derecha y las más cercanas al mar. El batallón de Tarifa tuvo que cargar á la bayoneta, para intimidarlos más, cuando anochecía. Pero como el enemigo, después de retroceder, avanzara de nuevo, hubo necesidad de pedir un refuerzo, y vinieron siete compañías de la división Sotomayor, al mando de Ayala, y dos batallones de Cazadores, los de las Navas y Arapiles, con el general Alfau. Estas fuerzas, sin embargo, no tuvieron que entrar en acción por haber llegado ya al atardecer, cuando el fuego había disminuido notablemente después de las brillantes cargas referidas.

Las fuerzas recién llegadas ocuparon posiciones alrededor del vivac, y así proporcionaron descanso bien merecido á la brillante brigada de Cazadores del campo de Gibraltar.

Después del combate

También á última hora de la tarde llegó á estas posiciones el general en jefe. Conferenció largo rato con el jefe de la división. Este dio cuenta minuciosa al general Marina de la operación realizada.

Los nuestros se han defendido bravamente de la acometida del enemigo, que fué violenta. Demostraron los moros un odio indescriptible y un furor bélico insuperable, efecto natural de la exacerbación de su propio fanatismo durante la lucha. Además, causaron á los moros considerables bajas, que aumentaron por el hecho de incurrir algunos en rasgos de audacia que solo podían acercarles el término de la vida.

Ultimas impresiones.

A la hora en que redacto estas notas—once de la noche—los moros disparan débilmente contra nuestras posiciones. Se les contesta con facilidad porque disfrutamos de luna clarísima.

Con las descargas consigue el enemigo mantener el vivac en estado de alarma durante toda la noche. Los heridos serán llevados mañana á Melilla. De aquella plaza dista esta posición doce kilómetros. Probablemente mañana vendrán nuevos refuerzos, para continuar las operaciones en esta región. El general Marina regresó, ya tarde, al vivac. El general Alfau ha pernoctado allí y es probable que regrese mañana. Figuran entre los heridos: un capitán, ayudante del general (*suprimido el nombre del general*). Lo está sólo levemente. Tiene la herida en una pierna. Un comandante de Estado Mayor. Varios oficiales. Merece ser citado en particular, por lo admirablemente que se ha batido, el batallón de Cazadores de Tarifa. Ha sostenido el fuego, sin interrupción, siete horas. El espíritu de las tropas es excelente. Yo no he visto nunca entusiasmo tan grande como el que han demostrado los del escuadrón de Alfonso XII al emprender la brillante carga ya descrita. Todos volvieron ufanos con sus sables completamente ensangrentados.

Durante la acción inutilizáronse dos mulos cargados de municiones. En esta posición abunda el agua. Desde ella dominamos el mar por ambas partes de la península de Tres Forcas. También el Cabo del mismo nombre.

Me voy á dormir. Mi cuerpo, cansado, caerá sobre un montón de paja, pues en el vivac no hay tienda ninguna. ¡Qué Dios me depare buena noche!

Rittwagen

ABC, 26 de septiembre de 1909

La batalla del día 20

No pensaba utilizar para nada estos días el correo. Su irregularidad es tal, que me exponía a que se publicaran mis cuartillas a los diez días de escritas; pero no tengo otro remedio que apelar a este alcance postal para complementar la información del lunes, pues el amigo Gar-Car me envía aviso desde Melilla advirtiéndome que de mis primeras notas apenas dejó pasar la censura lo esencial, y de la crónica telegráfica ha tachado bonitamente la mitad del texto. ¿Qué decir ya de estos rigores que tan fieramente acosan aquí al informador? ¿Para qué clamar en balde, puesto que no se escuchaban, no se juzga prudente y justo el escuchar nuestras quejas?

No cabe negar que esta campaña es un verdadero martirio para el periodista; los mayores esfuerzos, los más resueltos atrevimientos de nada le sirven: la censura es inexorable, y tras el lápiz rojo que mutila los despachos se ve la advertencia para las noticias postales.

*

He escrito en la cabecera de estas líneas la palabra *batalla*, y en realidad no lo hago ni por impresión ni por juicio propio, que maldito si yo entiendo de estas cosas de guerra; lo escribo porque es ésa la calificación que dan todos los militares al combate del lunes por su extensión y porque en él jugaron las tres Armas.

La intervención de la Caballería fue tan inesperada como eficaz. Sobre ello basaron esencialmente mis noticias; pero el censor suprimió nombres y detalles que ahora, consignados ya en el parte oficial de Tovar, considero lícito publicar.

Cataluña, como ya dije en mi crónica, se estaba batiendo desde primera hora, pues fue este Cuerpo el que hizo todo el desfile de vanguardia y coronó las alturas y formó los frentes principales.

Tenía bastantes bajas, escasa munición; los soldados no habían descansado un minuto; era preciso relevarle. Diósele orden de irse acercando, y al mismo tiempo orden á Tarifa para que avanzara.

Los moros, que advirtieron el movimiento, se concentraron en aquel frente, lanzándose sobre los nuestros como panteras, corriendo, aullando, con una gritería que daba espanto, y aproximándose en dos minutos tan visiblemente, que con toda claridad se les veía los rostros. No había segundo que perder; ni Cataluña podía hacer frente, ni se

podía efectuar todo el relevo de la posición en un santiamén... Fué entonces cuando gritó Tovar á su ayudante, el teniente coronel Cavalcanti:

-¡Vivo, Cavalcanti! ¡Póngase al frente de esa Caballería, y á ellos!

De dos saltos de caballo llegó Cavalcanti adonde estaba dicha fuerza: eran tan sólo dos secciones, y cortas, de Alfonso XII; sus oficiales, Alonso Gascó y Spencer. Sonaron cuatro palabras enérgicas, un par de viva, y los caballos salieron disparados.

Vímoslos claramente, perfectamente, caer sobre el grupo central de la morisma. Fue un choque brutal, violentísimo, tremendo. Los moros se agrupan, luego corren; luego, de nuevo, se reúnen, y la Caballería retrocede. Vemos también con toda claridad á un jinete desmontado que agita los brazos. (Era el oficial Spencer, desmontado en el primer momento, que azuzaba á sus soldados y se lanzaba á pie á recoger heridos). Momento emocionante. Cavalcanti y Gascó caracolean, reuniendo á los dispersos, y otra vez se lanzan. Nuevo choque, nueva polvareda, nueva desbandada de la morisma; confusión, tropel, caballos que caen, caballos que corren desbocados sobre los moros que han caído... Suenan en las guerrillas bravos y vivas. Tarifa, que ya ha coronado la loma, despliega unos pelotones bien protegidos para recoger heridos. Entre tanto, las secciones se han reunido una vez más, y por tercera, con los sablees en alto, se lanzan al galope... y se pierden de vista.

Un minuto, menos aún, veinte segundos de ansiedad, y entre el ruido de las descargas y de la artillería, que sigue disparando sobre la derecha, aparecen en grupo nuestros jinetes. Suenan vítores ensordecedores, y Tarifa avanza sus primeras líneas más todavía, para sostener la retirada de aquellos valientes.

Otro momento sublime, de una grandiosidad bélica inolvidable: los tres empujes de Chiclana por el frente izquierda, ganando la posición más alta, y entrando el tercero á la bayoneta (al machete debe decirse hoy; pero no sé por qué, sin duda por los días de gloria que dio a nuestro Ejército, decimos y diremos por muchos años *á la bayoneta*).

El teniente coronel Manzano iba entre la primera y la segunda fila y delante también todos los jefes y oficiales. ¡Qué arrojo, qué temeridad, qué hermosura!

Los moros aguantaron las dos primeras acometidas con descargas, sin retroceder un milímetro, con fuego cerrado, bien mandados, no hay que mentir; bien ordenados y con toda la fe y el coraje que les son peculiares. Pero la carga al machete fue irresistible. Pareció como si un cuerpo colosal, como si un cuerpo monstruoso de león se recogiera

y saltara, dando zarpazos á diestro y siniestro. ¡La misma carga de la Caballería, á pie, con machete, abriendo, rajando, sembrando la muerte y el desorden en la masa enemiga, y por fin, la huida!

Y otro instante, el más solemne quizá de la tarde, repetición en conjunto de todos los gloriosos episodios que por la mañana dio Cataluña: el repliegue. ¡Con cuánto orden, con cuanta serenidad! Era aquello como un ejercicio en campo de tiro, como una maniobra sin enemigo, sin balas. Los moros, con su eterna táctica, al ver el repliegue, viniéronse en cima, ciegos de furor, castigados por la enormidad de sus bajas, sedientos de sangre, dando gritos salvajes, tirándose de cabeza peñas abajo. La tropa, serena, sin apresurarse, cantando, dando vivas.

Y más aún; una compañía de Talavera, que estaba en la línea derecha, se quedó sin municiones, y venía al paso dando vivas.

No digamos nada del movimiento de Tarifa, que ha sido ello solo una página épica. También volvía con muy pocos cartuchos (y eso que Chiclana le envió á última hora), y la morisma se le echaba encima. De repente, los moros, parándose, rompen un fuego ensordecedor y suenan silbatos; y el batallón, enterito, sin un titubeo, sin una irregularidad en las líneas, como si regresaran de paseo, hace alto en seco, media vuelta y da frente y suelta siete descargas cerradas...

A las siete de la tarde sonaban por los tres frentes vivas y canciones, y los moros desaparecían en la lejanía, cargando á hombros y en caballos muertos y heridos.

¡Día victorioso! ¡Castigo duro y verdad! ¡Combate que ha sido una corona de laurel para la brigada de Algeciras!

De Tovar y de Morales, ¿qué decir? Dudo que haya un mando más completo, más claro y terminante, y, á la par, más detallado. ¡Qué previsión, qué ojo, qué rapidez en el concebir y qué energía para hacer ejecutar!

Tovar manda con la voz, con la mirada, con el gesto. ¡Gran soldado! Morales es un brigadier de cuerpo entero, incansable, inteligente, práctico... Uno y otro general han sido –y con decir esto dicho está todo– el mejor ejemplo y el más vivo estímulo para esos brillantísimo batallones.

Un elogio también para el Estado Mayor, con Ardanaz al frente, y para los ayudantes, entre los cuales Antonio Tovar cayó herido, cuando con ardor sin igual corría de un lado á otro llevando órdenes.

Y una mención, asimismo, para el coronel Garrido, que en la columna no es sólo el artillero, sino el táctico peritísimo, el veterano de campaña, cuyo juicio se estima preferentemente. ¡Y vaya un hombre sereno el amigo Garrido, y vaya un hombre modesto y vaya un hombre resistente para la fatiga!

Todos, todos han trabajado admirablemente. Hasta Gasset, el duque de Medina de Rioseco, el barón de Benidoleig y Fernández Arias llevaron lo suyo, y los dos últimos con propina, porque al escoltar un parte á la posición Marina fueron recibidos á tiros, claro está que erróneamente y, por fortuna, sin consecuencias, por el Disciplinario.

No sé qué más decir, con tantas cosas como agregar pudiera. Pero narrar un episodio del batallón tal es decirlo del otro y del otro y del otro; y sobre la narración precipitada, pálida, casi incoherente, del periodista está la realidad con más valor que los relatos, con tanta aureola de gloria que en mis pobres palabras no se puede reflejar.

Cataluña, Tarifa, Chiclana, Talavera... Sois cuatro nombres que son cuatro timbres de orgullo para el Ejército español.

*

Una noticia para cerrar, no la envió por telégrafo, pues no pasan nombres. Tovar, para substituir a su hijo, ha nombrado ayudante al teniente Alonso Gascó, el de la carga.

F. Sánchez Ocaña

Cuartel del general Tovar

***El Liberal*, 22 de septiembre de 1909.**

Melilla 21(5 t)

Enviamos un completísimo relato del itinerario y combates de la división Tovar, desde la mañana del domingo hasta la del martes.

Una vez iniciado el avance, los cañones de 15 centímetros del fuerte de Camellos y las baterías de Cabrerizas Altas y Sidi-Guariach, rompieron el fuego, disparando sobre las alturas de Benisicar, donde se veían numerosos grupos de cabileños. Mientras las tropas avanzaban, con admirable marcialidad, la artillería sembraba el pánico en las hordas enemigas. Una granada destrozó la techumbre de una casa de la loma de Mariguari, y en breve quedó totalmente destruida por otras granadas certeramente disparadas.

El terror que se apoderó de los rifeños es indescriptible. Huían despavoridos, á la desbandada, en una carrera loca; arrojábanse por los barrancos, trepaban por las lomas para ocultarse en las vertientes occidentales. Los fuertes duplicaban sus disparos. Y este cañoneo preliminar fué utilísimo, porque los moros que nos son adictos se refugiaron en el campo español, y los hostiles se concentraron para aprestarse a la defensa.

Sobre un grupo de moros, en número de 50, que ascendía en actitud hostil por las laderas de Frajana, cayó una lluvia de granadas, diezmándolo. Dos casas frajaníes quedaron en un instante reducidas a escombros. Las mujeres, horrorizadas, con loa chiquillos, corrían en los primeros momentos sin orientación fija, abandonando sus miserables impedimentas. Pronto los leales y acobardados lograron reunirse y se presentaron en nuestro campo solicitando amparo y protección. Habían recogido en Frajana sus modestos utensilios y acudían enarbolando ropas blancas á guisa de banderas.

El general Arizón dio orden de que se les acogiese, y que se les entregase como socorro pan y harina. A los hombres se les impuso la condición de que entregasen las armas. Se resistían á ello, alegando que querían permanecer en su territorio para defenderse contra los ataques de la jarca. Después, la mayoría se allanaron y fueron conducidos al fuerte de Camellos, donde hicieron entrega de sus armamentos. Lo que más abundan son loa remington; hay mausers y hasta escopetas de salón. El resto de los moros, hostilizados por nuestra artillería, se dividió en dos grupos.

Uno se dirigió á la llanura de Bu-Erg, donde operaba el general Orozco. El otro se aprestó á defenderse.

Al pasar los enemigos por Sidi-Amet-el-Hach, las baterías les hostilizaron con un fuego nutridísimo de cañón. Pronto se sumaron al fuego las baterías de la segunda caseta, de Sidi-Musa y del Hipódromo. En Melilla, la expectación era extraordinaria. Todos estaban pendientes de los sucesos. Los disparos de los fuertes ensordecían. Nuestras tropas avanzaban sin ser hostilizadas un buen trecho. Atravesaron los tres barrancos que corren paralelos ante las líneas de los fuertes. Cuando la columna Real, que constituía la retaguardia, llegaba á Rostrogordo, el décimo regimiento montado de artillería de la división Sotomayor ya había emplazado dos baterías á derecha é izquierda de Cabrerizas Altas.

Inmediatamente rompió el fuego, cooperando á los disparos de la artillería de sitio y á los de los fuertes. Fuera de los límites, una compañía de Cuenca ocupó una colina cercana á Cabrerizas. La división Tovar se dividió al comenzar el avance por la mañana. La brigada Morales salió á la vanguardia, con dirección á Taxdirt y la de Alfau tomó, por la derecha, Jatel.

Los moros hostilizaron con, enconada furia á las tropas del general Tovar, instaladas en Taxdirt. Nuestras tropas los rechazaron con brío, obligándoles á retirarse. Más tarde, cuando los moros lograron aumentar su número, reanudaron el ataque con un ahínco desesperado. Y nuevamente fueron rechazados y batidos. El flanco izquierdo fué el que con más denuesto atacaban los rifeños. Tres batallones entraron en fuego y dos baterías de Campaña. Los soldados, llenos de ardimiento, avanzaron, batiendo al enemigo en la primera y segunda loma izquierda del barranco de Adelfas, en dirección al zoco Had-Benisicar.

Al llegar á la tercera loma del cerro, los moros de Benisicar, apoyados por los de Benibugafar, opusieron gran resistencia, embistiendo furiosamente á los cazadores de Tarifa, apoyados por el batallón de Chiclana. Ante la violencia de la acometida mora, ordenó el general Tovar que atacasen los escuadrones de Alfonso XII.

La brillantísima acometida de la caballería española aterrorizó al enemigo, que desistió de su empeño de copar á los calzadores de Tarifa, retirándose apresuradamente del lugar de la acción y dejando en nuestro poder gran número de cadáveres.

Han peleado durante el día los moros de Benisicar, Benisaid y Benibugafar. Ponían un empeño decidido en destrozar el ala izquierda de nuestro ejército, para incomunicarle con Cabrerizas; pero no lo lograron. El general Marina, con su Estado Mayor, iba en la

vanguardia de la columna. El primer punto en que sonaron tiros y empezó la resistencia fué en un pequeño caserío, desde el cual, parapetados y ocultos los moros, intentaron sorprender á nuestras fuerzas. Hubo un furioso tiroteo, con bajas por ambas partes, pero que terminó con la fuga de los moros y la destrucción del caserío. Allí mismo; entre los escombros, fue apresado el caracterizado jefe Tahar-Ben-Mizzian, pariente del que manda en el Gurugú. Los habitantes del caserío que sobrevivieron al ataque, intentaron huir; pero fueron cercados por las tropas, á las cuales entregaron todas las armas y municiones.

Cuando la columna llegó á divisar el poblado de Abdeb aparecieron sobre los tejados de todas las casas numerosas banderas blancas. Los cabileños adelantáronse hacia las tropas en actitud pacífica, pidiendo ver al general Marina para someterse. El general aceptó la sumisión, con las usuales condiciones de entrega de armas, pago de multas y auxilio á las tropas españolas.

La columna siguió después de esto su marcha sin novedad y sin encontrar apenas resistencia, pues el fuego de los moros era muy escaso y hecho desde grandes distancias. Así se llegó al cerro Amarillo, importante posición, desde la que se domina gran extensión de costa, y en especial la ensenada de Charranes, situada en la vertiente occidental de la península de Tres Forcas. En el cerro Amarillo encontróse un manantial, de cuya agua bebieron abundantemente los soldados, y con la que se llenaron también las cubas botas y demás cacharros de la impedimenta. La columna del centro fué la que soportó más intensamente el fuego del combate, avanzando siempre á costa de reñidas refriegas, en las que no pocas veces tuvo que dar la caballería brillantísimas y sangrientas cargas para desalojar de sus posiciones al tenaz enemigo.

La impasibilidad de los cabileños era abrumadora. Ante la avalancha de nuestros jinetes, esperaban á pie firme, trataban de detenerlos pecho á pecho, sujetando los caballos por el bocado. Los soldados, serenos y valientes, acuchillaban sin piedad al osado enemigo, salpicando de sangre sus ropas, arreos y cabalgaduras. A un soldado se le rompió el sable al dar uno de los golpes, y lo sustituyó en el acto con la tercerola, haciendo incesante fuego, á pesar de los extraños y botes que daba el caballo. Una de las veces le falló el tiro, y el moro contra quien quiso hacer fuego saltó ágilmente y le sujetó el caballo. El soldado no se amilanó, y con el trozo de sable que le quedaba, mató á su enemigo. En el combate sostenido han muerto los principales jefes de las cabilas que

opusieron resistencia al paso de las fuerzas españolas. Calcúlase que pasaban de 4.000 los moros, todos ellos bien armados y conociendo perfectamente el terreno.

La columna de retaguardia que quedó constituyendo el ala izquierda de nuestra línea, no encontró gran resistencia.

Uno de los puntos donde los moros se defendieron con mayor tesón fué en la Casa del kaid Butyeb, personaje influyente, más conocido entre las cubilas por el sobrenombre de «Botella». Un hermano de éste, también muy conocido en Melilla, y en las cabilas cercanas, murió en el combate.

La mayoría de los guerrilleros moros eran de aquellas tierras, y el caudillo que dirigía el combate era el propio kaid de Benisicar, Abd- el-Kader.

En algunos de los terrenos ganados á los moros encontraron las tropas huertos abundantísimos en frutas, con que gustosamente se refrigeraron. De granadas, sobre todo, se hizo un grandísimo consumo. Al llegar la noche acercáronse los moros á los campamentos y hostilizaron ligeramente las posiciones avanzadas. Las tropas contestaron, y se disponían a efectuar salidas; pero no hubo lugar á ellas, pues el enemigo huía en cuanto sus disparos eran contestados. El general Marina pernoctó en Taxdirt, donde por la tarde habíase desarrollado el más duro y sangriento combate. Ahora comienzan á llegar convoyes con heridos, que son en el acto solícitamente atendidos é instalados en el hospital. Algunos de ellos expresan la creencia de que hoy hayan ocurrido nuevos encuentros. Han combatido, en primor término, los batallones de cazadores de Cataluña, Chiclana, Tarifa y el escuadrón de Alfonso XII.

La retaguardia rifeña fué batida por el fuerte de Camellos. Las bajas de nuestra parte pasan de 16 muertos y 70 heridos. De los soldados heridos el primero pertenece a Barbastro y fué trasladado á la plaza á las cuatro de la tarde.

Los camiones automóviles han trasladado algunos. Los demás están bien atendidos en los hospitales de sangre instalados en las casas de donde han sido desalojados los moros. En uno de los barrancos, el moro confidente «El Gato» cogió prisionero á un rifeño, conduciéndole á Rostrogordo. El general Marina, con su Estado Mayor, pernocta en la ensenada de Charranes; Tovar acampa en Taxdirt; Morales, en Jateb; Aranda, con los cazadores de Madrid, en Taurit; Barbastro, en Lejade. El general del Real está encargado de mantener las comunicaciones entre el campamento y las posiciones conquistadas. Los

generales Tovar y del Real tienen establecida comunicación telegráfica. La brigada Ayala, de la división Sotomayor ha salido para, reforzar la del general Tovar.

Répide-Bejarano

El Herald de Madrid, 25 de septiembre de 1909

Eran las cuatro de la madrugada cuando yo me disponía á salir del hotel Victoria con dirección á Rostrogordo. Allí habían de reunirse las fuerzas de la división Tovar, y convenía incorporarse á ellas para pisar tierra de moros, para ir á Benisicar, donde se esperaba que resistiesen el ímpetu de nuestros soldados los feroces cabileños. Mandaba Tovar ocho batallones de cazadores de su división. Acampados en las proximidades de Melilla quedaban sólo Madrid, Llerena, Ciudad Rodrigo y Segorbe. Alfau y Morales compartían el mando de aquél, estando el primero frente al ala derecha, y el segundo, frente á la izquierda. Del Real guardaba el centro con tres compañías de África, dos del disciplinario, dos de Melilla y un escuadrón casi completo de cazadores. Además componían el cuadro una batería Schneider, otra de montaña y el escuadrón de caballería de Alfonso XII.

Rompióse la marcha á las siete y diez minutos. Tuve un momento de indecisión. ¿Con qué vanguardia salir? Iban por la derecha Figueras y Barbastro. Importaba no rezagarse y caminar desde el instante en que comenzara el movimiento de las fuerzas. Además, á Burguete se le había dicho: «Le ha tocado á usted un hueso». Lo lógico era para mí sumarme á la suerte del batallón que se suponía había de hallar inmediata resistencia. Y ya decidí lo que había de hacer: donde fuese Figueras iría yo. Si se entablaba combate al entrar en Benisicar, sería testigo presencial. Si el fuego lo mantenía el ala izquierda, seríame fácil también presenciar los principales accidentes de la batalla, porque acamparíamos en alguna loma, dominaríamos desde luego las alturas. Barbastro, Figueras, Arapiles y Las Navas empezaron á trepar por el accidentado terreno que se salva antes de ver la comarca anchurosa de Benisicar.

Barbastro iba algo á la izquierda, a la vanguardia. Figueras quedó en los primeros momentos en segundo lugar. No habíamos andado 5 kilómetros cuando hicimos alto. La figura de Marina se destacó sobre su caballo en seguida. Observó el general con un anteojo las posiciones del enemigo. Los moros aparecían ya en grandes grupos á derecha é izquierda. El ala de esta mano había ganado ya mucho terreno. La brigada del Campo encontró al enemigo y empezó el tiroteo. Por las llanuras occidentales del poblado vióse correr nuestra caballería en su persecución.

Eran las nueve de la mañana cuando se rompió el fuego por tal parte. No tardaron en aparecer moros por otra loma que se alzaba frente á nosotros. Barbastro intenta desalojarlos. Sonaron descargas de fusilería. La batería da montaña empezó á cañonear á nuestro lado á 600 metros de distancia. Los ayudantes del general Alfau corrían en todas direcciones transmitiendo órdenes. Por ambos lados veíamos las patrullas de caballería exploradora.

Después de haberse disparado algunos cañonazos sonó la voz de un capitán ayudante, que dijo: «¡Dos compañías de Figueras al flanco derecho da la batería, y si tienen ocasión de desplegar, que desplieguen!»

Después acercóse á Burguete y se dirigió á él en los siguientes términos:

—Mi teniente coronel: para que esté usted en antecedentes, la loma está coronada por el enemigo; á media loma ha desplegado Barbastro.

Salieron á paso ligero la primera y la segunda compañía de Figueras. Los disparos eran ya más numerosos. Una voz gritó en aquel momento:

—Tiro rápido; dos disparos por pieza.

Sucedieron las detonaciones. A la vez que sonaba el cañón á mi lado y por el frente derecha se veía el fuego que sostenían Barbastro y los moros, empezó a oírse por la izquierda tiroteo vivísimo. Tarifa disparaba también persiguiendo á los moros. Hubo unos momentos de emoción. Esperamos todos con ansiedad un nuevo movimiento de las fuerzas que nos seguían. Pasó poco rato, y otra vez la misma voz sonora y extensa del capitán ayudante volvió á gritar:

—Artillería, ¡alto el fuego! Ya está coronada por los nuestros la loma. Barbastro ha barrido á los moros, que huyen atropelladamente. De la loma bajan una camilla. El médico de Figueras echa al galope, su caballo y sale al encuentro del herido. Dos balas le atraviesan ambas piernas. Cométese la imprudencia de pasarlo, hecha la primera cura, entro dos filas de soldados. Una voz áspera reprende á los conductores.

Seguimos hacía adelante. Sucédense barrancadas de difícil acceso. Pronto contempla nuestra vista una bandera blanca. Está izada en un palo que sobresale por un muro. Las tropas descansan nuevamente. Dos moros amigos, *el Gato* y *Mojatar*, van al punto en que observa el general Alfau. Conferencian con él y se retiran.

A las diez y media da la mañana aparece otra vez el general Marina. El-Manen, moro intérprete de Alfau, le señala con el dedo los diversos lugares del poblado próximo. El

general parte hacia el punto en que lucen las banderas da paz. Cuando llega allí, Barbastro ha detenido algunos moros. Manifiestan al general su amistad por España, y quedan libres. Por su parte, después de un admirable despliegue, las compañías de Figueras han llegado también á la derecha de Benisicar. Alguna sección ha ido más allá del punto señalado. Preséntanse á los capitanes y oficiales moros amigos, y les entregan algunos fusiles. Huelan á pólvora. Son dos que se acababan de disparar, sin duda. Esta objeción es suficiente para dejarlos en libertad. Un capitán y un teniente registran algunas casas, en busca de fusiles. Las mujeres han huido. En una de las casas ha quedado, no obstante, una muchachuela, agraciada con todos los encantos de la belleza. El capitán la saluda cortésmente y prohíbe que los soldados invadan su residencia.

En un rellano únense compañías de los dos batallones. Los soldados están sedientos. La jornada ha sido dura como pocas.

Asoman dos moros por dentro da la casa de Maimón El-Jadi. Los interrogo para que me den agua. Dicen que no la hay.

—¿Pero dónde está el pozo?—vuelvo a preguntar.

—¡No haber pozo, hombre, no haber pozo!

Los soldados ven una higuera que destila mieles. Pronto llenan los salacots de ricas brevas. Apagan la sed en seguida con una banasta de uvas que venden los moros. Hombres de ley, no quieren que se compre por racimos, y exigen á los muchachos que esperen á pesarlas. No tenemos paciencia para tanto. Cogemos de la banasta la que nos conviene y damos á uno de los vendedores dos ó tres monedas. Son las doce da la mañana cuando llegamos á esta lugar. Mi primera pregunta á todo moro que encuentro es esta:

—¿Dónde estamos?

Según el mapa, en Taurit; según los interrogados, en Taureart, en Tanrert, en Tauret. Se ve que todos se refieren al mismo lugar; pero pronuncian de distinto modo su nombre. Pasa un tuerto con un borriquillo por nuestro lado. Lo someto á breve interrogación. Como estamos en Benisicar y Benisicar se subdivide en Abduna, Bechina, Beni-Atman y Beni-Buigomar, me interesa saber entre quiénes estamos. El tuerto me dice que son los bechinas, los cuales ocupan los poblados de Iqzasa Mesad-dit, Taurert, Jateb, Ixddiken, Hidun, Sidi-el-Hach-Said, Inmusa, Tagalalt é Imel-Lachen.

Todavía aspiro á precisar más el nombre del suelo que pisamos, y mi interlocutor me dice que se llama el Meluar.

Hemos recorrido más de 15 kilómetros desde Rostrogordo. Son las doce de la mañana cuando nos sentamos en el suelo, sin posibilidad de acogernos á la sombra protectora de un árbol. El sol quema la cara. Todos sentimos sed. Parece imposible que no haya á mano algún manantial. Unos cuantos soldados con fusiles y el teniente Valero salen á buscar un pozo á las dos de la tarde. De barranco en barranco damos con uno profundísimo, en cuyo fondo aparece lozana vegetación. Descendemos á él, y encontramos un manantial. El agua es sucia, pero la bebemos sin repugnancia; cada uno toma cinco ó seis vasos. Nos parece tan buena como la de España y mucho mejor, cien veces mejor, que la de Melilla. Luego visitamos una casa moruna abandonada por sus moradores, la casa da Msadi. Está bien surtida. A la entrada encontramos un gran perol de lentejas; otro de sal. Después ven los soldados una horza de miel, un pan tierno de maíz, que arrojan desdeñosos, sin pensar en la galleta que los aguarda, dura como piedra, y más agradable a veces que el bizcocho. Llevan también consigo tomates y cebollas. La requisa dura poco. Hay quien se apodera de un azadón; otro carga con una azuela; otro, con una guadaña. Adentro encuentran azúcar. Desde lejos contemplan las entradas en la casa moruna hombres y mujeres. Dos moros acércanse á nosotros. Uno de ellos tiene ojos pequeños, pero vivos, centelleantes. Se dirige á mí, extendiendo su mano. La estrecho con la mía, y le pregunto su nombre. Se Mama Mohamed, como casi todos los musulmanes.

—¿Y qué más te llamas?—continúo preguntándole.

—EI-Hach.

—¡Ah! Entonces tú has ido á la Meca, ó tu padre ó tu abuelo.

—¿Qué estar Meca?

—¡Hombre! ¿No lo sabes? La Meca, Medina, Mahoma, son palabras que vosotros no podéis olvidar.

—¿Qué dices? ¿Qué estar Mahoma?

—Mahoma es el Profeta.

—¡Ah! ¿Tú decir Mohamed Ben-Alá?

—Sí.

—Eso estar bien.

—Tú tienes cara de español. De español levantino, de valenciano. Puede ser que tus padres hayan sido españoles.

Mohamed no se lo explica. Con un rápido recuerdo de la historia de los últimos almohades de España le pongo al corriente de la legitimidad de mi sospecha.

—Y tú, ¿cómo te llamas?—me preguntó luego Mohamed.

—¿Yo? Rocamora.

—¿Roca-mora? Pues tú estar moro también— exclama riéndose—, como yo estar valenciano. Tú tener-añade-ojos vivos como moros.

Mohamed viste todo de nuevo.

—¿Cómo vas tan majo?

—¡Ah! Yo ser hombre importante. ¿Sabes tú? Yo haber sido general.

—¿General de qué?

—De las tropas de Abd-el-Azis. Yo mandar cien hombres.

—Entonces no serías general, ¿eh? Capitán.

—Mira—me dice—: tú poderme hacer un favor. Esos soldados se han llevado herramientas de la casa de Msadi. Devolverlas y estar bien.

El teniente Valero, á quien transmito la demanda, accede en seguida á la petición de El-Hach. Mohamed nos agradece mucho la restitución de los instrumentos do trabajo. Al despedirse de mí me dice que «las *mujeras* estar asustadas, que las *mujeras* tener miedo á los soldados, porque no han salido nunca da Taurert y no han visto cristianos.

Mohamed va acompañado de otro moro que se llama El-Mezian, y nos promete traernos uvas é higos.

Llegamos luego á una especie de patio cuadrangular, cerrado por cercas de piedra caliza. Caemos rendidos todos los caminantes. Allí están Burguete, Moscoso, Sanjurjo, Berenguer, Lema, Salinas, Fernández, Valero y los demás oficiales del batallón. El teniente coronel acepta una parte del modesto condumio que hemos aportado Alfonso, Pelayo Sánchez del Arco, Dato y el que escribe estas líneas. Está inquieto. Recorre el perímetro que ocupa el batallón. Buscaba al enemigo, y no ha encontrado más que palabras de amistad, mentiras, falaces, como de moros; pero palabras que invitaron á poner el seguro en los fusiles.

Los soldados me decían:

—¡Y que aun tengamos que dar dinero á estos tíos! ¿Hay más que apoderarse de todo lo suyo como botín de guerra? ¡Tiene gracia la cosa! ¡Si fuesen bastantes para resistir nuestra acometida nos hubiesen recibido á balazos! Se han visto perdidos; han enarbolado bandera blanca, y vienen con sus manos limpias á sacarnos las perras. Oye, tú, granuja: dame un kilo de uvas. De plomo te lo metería en el cuerpo si me dejaran.

Por la izquierda, en la lejanía, se ve la brigada del Campo, desplegar hacia la loma de Tesdert, según los moros que me informan; de Tesdirt, según la carta geográfica, después de haber pasado por la de Tefrest. La harca se ha hecho fuerte en una trinchera. Tarifa, Cataluña y los otros dos batallones entran en fuego. Se ve que los del Campo de Gibraltar aguantan firmes el de fusilería mora. Poco á poco van ganando terreno. La avalancha de nuestros soldados arrancó á los moros de sus trincheras. Se ve caer algunos de los nuestros, muchos de los otros. En un arranque impetuoso. Tarifa y los conmlítes que le siguen, después de algún ligero movimiento de incertidumbre, avanzan con resolución inaudita. Los moros no se atreven á resistir y abandonan su posición. Nuestros soldados coronan la loma nuevamente y se hacen dueños del terreno que pisaba el enemigo. Este se rehace un poco. Dase orden á los batallones de Arapiles y Las Navas para que acudan á reforzar á los nuestros. Vemos á los del Campo divididos en dos grandes grupos: uno remonta la loma coronada, otro ondula en el seno de un barranco. Los moros hacen un movimiento de flanco por la derecha y empujan á los nuestros, que han perdido el frente. El contacto puede ser inmediato, porque la brigada de Gibraltar no sabe retroceder. Entonces ofrécese á los ojos del espectador un espectáculo sorprendente. La caballería carga sobre el tropel rifeño. Parece que los corceles sienten sobre su lomo la rabia de los soldados, y van hacia los moros hinchadas las narices, resoplando, encabritándose para librar á sus jinetes del golpe de las gumías. Alguno cae del caballo y es pisoteado por los zagueros. Los más atajan en su carrera á los adversarios fugitivos y los derriban. Desde el suelo se defienden los derrotados con el último cartucho de su mauser, con el certero golpe de su gumía. Algunos caen, rota en mil pedazos la chilaba; se incorporan ensangrentados, hieren á los nuestros y huyen por los riscos, dejando en la estela de sus pies el signo del valor heroico de los caballeros de Alfonso XIII. Todos éstos alzan al sol, que hiere nuestras cabezas, las hojas de sus sables, enrojecidas por la sangre del enemigo. Los gritos de estupor de los moros son ahogados por las voces entusiastas de los jefes. Aquí no ha vencido la

artillería ni el mauser; aquí venció el valor personal de nuestros soldados, que cuerpo á cuerpo destrozaron la parte del harca de más indómita temeridad. Del lado de acá de la línea de fuego se divisan algunos grupos, que reposan de cuando en cuando; son camilleros, que ponen á los heridos á cubierto de otras balas.

Muchos parecen los que van retirándose. Entre ellos figuran capitanes, tenientes, un teniente coronel de valor extraordinario. La rapidez del movimiento invita a omitir nombres. Hay una tregua de dolor. Los médicos previenen sus curas. Deprisa, como hay que hacer estas cosas, taponan heridas, contienen hemorragias, limpian bordes. Vese acudir al menester de la asistencia á tal ó cual profano, ó que, por lo menos, no viste uniforme militar.

La luz mortecina de la tarde presta lívido color á las cosas. Es imposible el acceso al mismo punto de la lucha. El camino, franqueable por las barrancadas más próximas, no está cubierto por las tropas. Sólo un loco se aventuraría á salvarlo. Cuando cae la noche, después de breve interrupción, vuelve el tiroteo. Improvisamos una cena con el capitán Sanjurjo y los oficiales de su compañía. La fatiga es grande, y no resistimos al cansancio. La atmósfera es húmeda. Hay que dar reposo al cuerpo, y escogemos el sitio mejor.

—Aquí—nos dice Sanjurjo—están ustedes más desenfilados. Es el mejor sitio.

Nos rendimos á su consejo. Pelayo reniega de su suerte. Dato, un chiquillo grande, sonríe, como si la dicha del hombre consistiera en morir de sed, dormir al raso y estar en peligro de un cobarde fusilamiento. Alfonso calla; pero sus grandes ojeras y el color marfileño de su rostro, de cuadro de Teniers, denuncian los trabajos que pasa. Yo me resigno á la aventura. ¿Quién sabe la secreta finalidad de los actos, en parte voluntarios, en parte inconscientes? Al reclinar nuestro cuerpo en las camas de campaña empiezan otra vez los tiros. Saben los moros dónde han emplazado las fuerzas de Tesaert y las hostigan con un tiroteo insistente.

Alguna que otra vez se oyen descargas. No es posible conciliar el sueño con música tan desagradable. Me incorporo y miro á mi alrededor. No se ve más que la línea en que se confunden tierra y cielo. Abajo, la negrura indefinida. Arriba, un cielo tachonado de estrellas y cubierto á trechos por nubes en forma de *stratus* que interceptan frecuentemente el fulgor de la Luna. En mi insomnio repaso el recuerdo de los sucesos

diurnos. "Cuando cenábamos nos dijeron que, según heliograma recibido desde el Atalayón, la operación sobre Nador había sido realizada felizmente".

Ya se comprenderá que esto sólo quería decir que la marcha hacia tal punto efectuábase bajo buenos auspicios. Estábamos en Tres Forcas. Barbastro y Figueras habían puesto á salvo de todo peligro la retaguardia de la columna del Campo.

El *hueso* de que habían hablado á Burguete ya no lo era. Los moros tuvieron que rendirse empujados hacia el mar, contenidos por la magnífica posición de Barbastro y Figueras. Éramos dueños de Tres Forcas y la dominación no nos había costado más que un adarme del buen talento militar de los jefes y oficiales de ambos batallones. El plan para ir al Gurugú desde Tres Forcas había sido el mismo que para ir al Gurugú desde la Restinga. La fortuna nos había ayudado y, seguramente, continuaría presentándonos sus favores.

El toque de diana me sorprendió oyendo la respiración ruidosa de mis camaradas durmientes. Quería saludar al general Alfau, y fuí hacia su posición, frontera al zoco de Benisicar. Alfau acogióme con afabilidad de hombre cortés. Hablamos un rato acerca de la campaña. Reconoció que, siendo muy sensibles las bajas ocurridas, explicábanse por la importancia del combate, por el número de los que luchaban, por los accidentes de la lucha. Los nuestros se habían replegado después de ganar la trinchera enemiga, y el movimiento de repliegue hubo de producir el cincuenta por ciento de las bajas. Esto no me lo dijo Alfau, entiéndase bien; lo digo yo, llenando con palabras ahora algún paréntesis de silencio interpuesto entre las que cambiamos entonces.

Y cuando coloquiaba con el general pude advertir la buena fe de estos moros. La cerca de su posición era un arco. Alfau quería que se cerrase. Para ello llamó á los moros que le rendían parias allí mismo, y les dijo que era menester que continuasen formando la parte que faltaba. Les indicó que les daría dos pesetas por su trabajo al llegar la noche. Y ved la contestación de los moros:

—Señor: nosotros no poder trabajar porque estar viejos.

—Bien, pues llamad jóvenes para que ellos trabajen. Os daré dos pesetas cada día.

—Señor: jóvenes no tener fuerzas. No estar para el trabajo.

Y no hubo modo de convencerlos. El general tuvo que prescindir de su auxilio. Y yo le decía á un coronel que me escuchaba: «¿Para cuándo las prestaciones personales?»

Y no era que yo echase en olvido principios de derecho ó de equidad, que según la doctrina de los autores deben regir las relaciones entre ocupantes y ocupados, sino que me repugnaba la negativa de aquellos bárbaros por la liviana razón en que la escudaban. Luego fueron los soldados los que tomaron sobre sí la empresa de acabar el muro, por lo que cobrarían una peseta diaria.

Mi nueva tentativa para transponer Teidert ó Texdirt y llegar á Jado fué inútil. Dato y yo teníamos empeño en llegar. Pelayo Sánchez y Alfonso participaban de nuestro deseo. Nos pusimos en marcha. Ellos iban a la vanguardia y el redactor de *El Ejército Español* y yo a la retaguardia. De pronto vimos que retrocedían. Unos moros escondidos les hicieron perder la confianza. El temor es hermano gemelo de la prudencia, y conviene atender sus consejos, porque emergen de sano manantial. Aunque es común que la retaguardia se convierta en vanguardia en los ejércitos que luchan, aquí no sucedió lo mismo. Esta leve fracción de la harca periodística no iba en son de combate, y Dato y yo, después de habernos desviado de nuestros acompañantes para seguir otra ruta que nos conducía al lugar apetecido y de haber rectificado la dirección, seguimos formando la retaguardia de Pelayo y Alfonso.

Estábamos sitiados en Taurert, y dedicamos el tiempo á conversar con moros, a estudiar la flora de esta pintoresco lugar. El convoy de heridos pasaba á cinco ó seis kilómetros de distancia. Era un cuadro que había herido ya nuestras retinas, y no deseábamos contemplarle de nuevo. Las fuerzas entre que estábamos iban á concentrarse más; volvimos á nuestro cuartel, á la barrancada en que acampábamos, para reconstituir accidentes y recordar nombres y eventos.

Un jinete y un peatón ofreciéronse á nuestra vista en la altura de la loma que circundaba el barranco. El peatón movía los brazos en distintas direcciones. Era el teniente coronel Burguete. El caballero atendía y señalaba también como preguntando. Era el general Alfau. Vista la posición magnífica de las fuerzas, felicitó al teniente coronel y dispuso que la conservasen. Mi amigo el general Mohamed-el-Hach no faltó á su palabra. Antes de la noche pasó junto á nosotros en compañía de dos criados y un borriquillo.

—Adiós, Mohamed—la grité desde lejos.

—Adiós, Rocamora—me contestó.

Ya éramos grandes amigos.

—¿Qué llevas ahí?

—Tomates y huevos.

—Dame tomates; es decir, véndemelos.

—Dártelos, sí—me dijo.

Escogió los mejores y los dejó caer sobre la gorra de Dato. Se los quise pagar; me costó esfuerzo que los cobrase. Después intentó hacer lo mismo con cuatro huevos. Realmente es Mohamed un hombre casi pródigo para sus amigos de la víspera. Pero á mí me extrañó una de sus preguntas:

—¿No hay mas que estas fuerzas?

—¡Oh!—le repliqué-. Estas son la centésima parte de todas.

Quedó algo perplejo y cabizbajo.

El capellán de Figueras me decía luego: Se ha anticipado usted á mi contestación, porque yo iba á decir lo mismo. Ese es un canalla de quien no nos debemos fiar.

Acaso el *pater* tenia razón. Pocas horas después quizá se la daba yo mismo en mi fuero interno. Una cosa que nos pareció absurda fué la visión de un moro vestido de blanco, de noble aspecto, á caballo de una hermosa yegua, armado con mauser. Seguía una escolta de doce moros más, con chilaba guerrera y desarmados. Preguntamos su condición, y se nos dijo que era el santón de la Puntilla. Alfonso vio el cielo abierto.

—Voy á retratarle.

Corrimos hacia él para que contuviese la marcha. Uno de los del séquito nos recibió con destempladas voces:

—No poder pararse, no poder pararse.

Moro estar santo; tener prisa, hombre, tener prisa. Quieras ó no quieras, Alfonso, echándose hacia atrás, lo retrató varias veces. El santón volvió á un lado la cara con un gesto inolvidable de resignación y de disgusto.

Me fué simpática, lo confieso, su actitud. Este santón de la puntilla no es un hombre vulgar. Yo lo diuté por ágil conductor de muchedumbres y me expliqué la sugestión que ejerce sobre los suyos. El recuerdo de Mohamed, con su cara ladina, su desvergüenza y su atrevimiento, que la llevaron á ofender con torpes ademanes la respetable persona del capellán, no se me olvidaban. Llegó la hora de dormir, y nos acomodamos como pudimos en el sitio que más á cubierto de peligro nos parecía.

La noche fué intranquila. A las tres ó las cuatro de la madrugada dispararon tiros sobre nuestro campamento desde una loma vecina. Yo los oí, envuelto en mi manta de viaje,

tendido en el suelo, esperando la hora de partir. No ocurrió ninguna desgracia, pero al día siguiente no hallé á mano Mohamed-el-Hach. Creo que el general de Abd-el-Azis, el compañero de Mesian, que quería regalarnos tomates y huevos, nos había enviado el nocturno obsequio de las balas. Tuvimos suerte, y el convoy matutino, trájonos á Melilla para recordar la vida urbana y envidiar á los corresponsales que desde la punta de Rostrogordo ó desde el fuerte de Camellos soñaban que veían...

Rocamora

Melilla, 22 de septiembre de 1909.

El Imparcial, 14 de agosto de 1921

Capitulación de Monte Arruit

Arrogante y sereno, mostrando al mundo un estoico desprecio de la vida y una tenacidad en la defensa como no hay ejemplo en las modernas épocas, el general barón de Casa-Davalillo, evocando pretéritas hazañas de los antiguos castellanos descendientes del Cid, sigue escribiendo con sangre una página gloriosa y brillante para la historia militar de España.

Veinte días de briosa resistencia, sin víveres, sin agua, con escasas municiones; viéndose estrechado por un enemigo que le ataca, que hace uso de nuestra propia artillería, de la que él carece, ni privaciones, ni sufrimientos, nada es bastante a vencer su titánico empuje. Llegan emisarios a proponer la rendición y manda que los decapiten, mostrando luego sus cabezas al enemigo. Su indomable orgullo militar no se doblega ante los peligros que le amenazan. Llueven sobre el recinto las grandas, diezmando lo más florido de sus defensores; ve morir a los heridos porque no hay medicamentos con que atender a su curación, carecen en absoluto de víveres y padecen el tormento horrible de la sed. A 500 metros pasa un arroyo de agua cristalina y véñse forzados a verla deslizarse y perderse sin gustarla, sin refrescar sus fauces secas. Pasan por el suplicio de Tántalo. Allí, a dos pasos, está la satisfacción de sus rabiosos deseos; pero, ¡ay del que se atreva a llegar! Allí encontrará la muerte.

El asedio parece ya insostenible. Los víveres, las municiones, los sacos de hielo que dejan caer los aviadores sobre la posición son insuficientes a sostener la resistencia física de los defensores. Es como una gota de agua en el mar.

En la playa nadie duda ya que Monte Arruit se ha rendido; circula la noticia a los cuatro vientos, y cuando todos esperan que la engreída morisma entregue a los supervivientes, refulge al sol el heliógrafo de Monte Arruit y el general Navarro, como si quisiera dar un mentís enérgico a los que le suponen capaz de una vacilación, lanza un lacónico heliograma en el que comunica que sigue resistiendo.

Las felicitaciones del Rey y del alto comisario; el conocimiento de que España entera hállese pendiente de su heroico proceder infúndenle nuevos alientos, reconfortan su espíritu y redoblan su valor.

Y pasan los días y la situación se hace más crítica cada instante que transcurre. Los heridos que caen van mermando en proporciones considerables el número de

combatientes. Los soldados no pueden sostenerse sobre sus piernas y hay que formar una sección de oficiales, con fusiles, para defender la posición desde los parapetos.

Entretanto, los moros envían emisarios al general intimidándole a la rendición, y el caudillo los retiene en su poder, exigiendo del enemigo víveres a cambio de sus prisioneros. La pretensión es rechazada y los moros son fusilados.

Insostenible ya la situación ante la carencia absoluta de agua, hace el general una furiosa salida con cien hombres y, abriéndose paso en una carga a la bayoneta, consigue ocupar una casa próxima a la aguada, dejando en ella 20 defensores, al mando de un oficial. Desde entonces, y esto acontecía el día 3, mejoró algo la situación, haciéndose la vida de los combatientes más soportable y llevadera. La aguada efectúase diariamente sin grandes pérdidas, merced a las fuerzas de protección, y aunque el enemigo redobla el fuego de fusilería y lanza de ocho a diez granadas diarias sobre el recinto, los daños son poco sensibles. Los pepinillos no suelen estallar al caer. Únicamente barre el proyectil lo que tiene por delante.

Hay la esperanza, de que en plazo breve los cañones en manos de los moros sean máquinas inútiles pues requieren una limpieza y un cuidado a cargo de mecánicos expertos sin los cuales es nulo o deficiente el funcionamiento. Así lo expone un capitán de artillería, y todos recobran ánimos y redobla su fuerza en la defensa.

Entretanto, las negociaciones entabladas por el alto comisario y el coronel Riquelme para obtener una capitulación honrosa siguen su curso. Los moros exigen una fuerte suma y la entrega de todo el armamento. El general Navarro rechaza la exigencia, no obstante los requerimientos de una alta personalidad, que le exige el sacrificio en un heliograma e imponer como condición para evacuar el campamento con todos los honores. Las negociaciones quedan rotas.

La esposa del caudillo, al conocer el rasgo de labios del teniente coronel Tamarit, tiene, como otra doña Jimena, un gesto de gallarda abnegación: “Apruebo –dice- su sacrificio. Le quiero muerto antes que rendido”.

*

Monte Arruit ha sucumbido al fin. Tres soldados, únicos supervivientes de la hecatombe, han traído a la plaza la triste nueva, cuando aun la desconocían las autoridades. Vienen los infelices totalmente agotados, nublada su inteligencia ante la

visión ante las atrocidades perpetradas por las masas rifeñas. El relato que oigo de labios de uno de ellos horripila y pone espanto en el ánimo menos sensible.

Salvador Cuevas –así se llama mi interlocutor- pertenece al regimiento de San Fernando, y es natural de Híjar (Málaga). Pertenece a la guarnición de Bentiel y al replegarse con la columna del general Navarro llegó a Monte Arruit donde durante veintidós días ha seguido la suerte de aquella como uno de tantos combatientes.

-Los tres últimos días del asedio fueron espantosos -dice el soldado con voz apenas perceptible. A pesar de hallarse la aguada protegida, era imposible salir de la posición sin exponerse a morir acribillado por los proyectiles enemigos. Setenta y dos horas sin agua, soportando los horrorosos calores de estos días era algo superior a esta resistencia humana. Los combatientes estaban a punto de caer en la desesperación y en la locura. Introduciéndose piedras en la boca, trataban aquellos desventurados de refrescar sus abrasadas fauces y provocar la salivación. Alimentábanse con carne de rocín, cuyo ganado, escuálido y agonizante, sacrificaban y bebían la sangre, ávidos de cualquier líquido que llevarse a la boca. Las raciones eran insignificantes. Había que distribuirlas entre unos 1.000 hombres útiles y 200 heridos aproximadamente.

Ayer 9, sobre las 11 de la mañana, nadie podía sostenerse. La desesperación llevó a muchos al suicidio, y los que no tuvieron valor para matarse esperaban indiferentes su última hora.

De pronto vimos aparecer una bandera blanca, entrar unos moros en la posición y conferenciar con el general Navarro. La entrevista fue breve, y al trasponer los emisarios los umbrales, se ordenó que formaran las fuerzas y entregaran el armamento. Cada soldado depositó su fusil en tierra y, terminada la operación, a las tres en punto de la tarde, diose entrada en el campamento a un numeroso grupo de moros sin armas, que debían ser jefes de cabilas. Entre los soldados, que aun permanecían formados sin armamento, se decía que los cabileños habían ofrecido, a cambio de una cantidad y de entregar el armamento, respetar la vida de todos y ponerlos sanos y salvos en las líneas españolas.

Los moros que permanecían en el recinto se apoderaron de fusiles y municiones y dieron la orden de evacuar, empezándose por los 200 heridos y enfermos. Estos eran sacados de la enfermería en camillas, conducida cada una por dos individuos.

Salvador Cuevas, mi interlocutor, y otro soldado de su mismo pueblo, llamado Francisco Moreno, caminaban entre otros varios grupos conductores de heridos, cuando súbitamente oyóse una descarga cerrada. Había partido de los moros que se hallaban fuera de la posición, y que no bajarían de cuatro o cinco mil. Entonces se inició la desbandada en medio de una espantosa confusión, a la que se mezclaban los ayes y alaridos de los rebeldes. Los heridos y los conductores eran vilmente macheteados al salir, y los cuerpos eran lanzados a rodar por la pendiente. Sobre los oficiales y soldados que evacuaban hacia la salvaje morisma, nutridas descargas en las que caían los hombres desplomados a centenares. La posición quedó rodeada de montones de cadáveres de compatriotas, entre los cuales se contaban bastantes oficiales.

Cuevas vio aun, intentando ponerse en salvo, a tres médicos, un comandante de artillería, el capellán de San Fernando y varios oficiales.

Mi interlocutor y su paisano, el soldado Moreno, para librarse de una muerte segura, fingiéronse muertos, y arrastrándose llegaron hasta una casa enclavada en la vertiente de la posición, y en ella permanecieron ocultos hasta el anochecer, hora en que tomaron la dirección de Melilla, no sin antes saciar en el río la sed que los devoraba.

La matanza –dicen- ha sido espantosa, y entre los cadáveres se ven muchos que presentan heridas de machete, gumía y bayoneta.

A última hora de la tarde, momentos antes de cerrar esta carta, llegan otros dos supervivientes. José González Torres, del regimiento de Melilla, y José Echevarría, del regimiento de San Fernando. Coinciden ambos en el precedente relato, y añaden algunas noticias interesantes, según las cuales los regulares de la posición traicionárosles, uniéndose a los moros que cercaban el campamento. Acaso fueran ellos los que con más saña remataban a nuestros heridos.

Alfredo Rivera

Heraldo de Madrid, 13 de agosto de 1921

¡TAMBIEN CAPITULA MONTE ARRUIT!

El general Navarro, prisionero

Una observación antes de empezar, atañedora a la probidad profesional del periodista. Es la campaña actual sobre manera difícil para los que tenemos la honrosa y enojosa misión de informar al público. Estamos entre dos censuras, y del campo de batalla no surgen los sucesos bélicos con la profusión necesaria para alimentar la curiosidad de los lectores, y el incentivo de los que escribimos sobre la guerra. Sin embargo -y más valiera haberse equivocado- por esta vez las profecías, un tanto llenas de reserva, que aventuraba el periodista días atrás se han cumplido una a una. Capituló Nador, capituló Zeluán, y hoy ha capitulado, o ha caído en poder de los moros, Monte Arruit, donde se defendía el general Navarro, barón de Casa-Davalillos, quien parecía simbolizar con su heroísmo la esperanza y el orgullo españoles después de otras acciones menos afortunadas, como la de Annual, causa de lo que ha sucedido desde el día 22 en los campos del Rif y de la Guelaya.

Espero que dentro de poco, quizá unas horas, sea posible poder ofrecer a la curiosidad pública los relatos individuales de lo que cada uno de los que lleguen con vida haya visto en Monte Arruit. Adornan y esmaltan de amenidad esas pintorescas narraciones, pero como cosa personal, carecen de ese valor propio de las visiones de conjunto. Me limitaré, por ahora, a contar lo que sé del episodio de Monte Arruit, y de cuya autenticidad respondo.

He aquí lo que sé de uno modo cierto acerca de la rendición de Monte Arruit: se entablaron negociaciones con los jefes moros y se llegó a un acuerdo muy parecido al de Zeluán. Para que la semejanza fuera perfecta, los moros se han portado también como en Zeluán; es decir; que han hecho caso omiso de lo pactado y se han lanzado contra los heroicos defensores de la posición al verlos inermes e indefensos. Estas traiciones de los moros es preciso no sean olvidadas el día que nuestras tropas marchen hacia el interior a recuperar lo perdido. La columna de Navarro debía (censurado) salir para Melilla, franco el paso. Los jefes moros así lo pactaron. Llegó la hora de evacuar la posición. ¿Qué pasó allí? La confusión fue tal que es punto menos que imposible averiguarlo. Los más aproximado a la verdad es que los jefes moros fueron impotentes

para contener a los suyos, ávidos de botín y de venganza; que sonaron tiros, dirigidos contra los soldados españoles; que se disponían a salir para Melilla.

Los soldaditos españoles, indefensos, que habían confiado en la palabra de los moros - ¡en la palabra de los moros!- se vieron atacados, acorralados inopinadamente y se defendieron (censurado) como pudieron y al propio tiempo se inició la desbandada buscando (censurado) o camino de la salvación. Los notables o los “chef” (jefes) moros, al ver la confusión y la rebeldía de los suyos, se apresuraron a asegurar su parte del botín y se lanzaron a hacer el mayor número posible de prisioneros, como rehenes canjeables por dinero, porque lo que impulsa a los moros a guardar prisioneros es la codicia de canjearlos por “billetes” (como ellos dicen). Es una nueva industria a la que se dedican con ardor. Así, gran parte de los jefes y oficiales de Monte Arruit han sido apresados por los jefes moros, con la dorada esperanza de trocarlos por dinero. El general Navarro está (censurado) prisionero. ¡Son muchos miles los que puede valer su vida! Para el moro que lo tenga en su poder es un tesoro.

Al parecer es indudable que lo pactado era dejar paso libre a la columna, para que se retirara a Melilla. Los jefes moros eran los más interesados en ello, porque a parte del botín (censurado) se ponían al paio para recibir la gratitud de España en metálico en influencia o en perdón, dentro de unas semanas o de unos meses, porque estos moros al mismo tiempo que nos atacan, que nos saquean las casas de nuestros colonos (censurado). Por este motivo, el interés de los jefes moros estaba quizá en respetar el pacto; pero les ha sido imposible tapar la boca hambrienta de los cabileños insumisos, enardecidos a la vista del botín. Por esta causa, la mayoría de nuestros soldados (censurado) han debido caer prisioneros.

*

¿Qué decir de la consternación y de las quejas corajudas que la rendición de Monte Arruit han despertado aquí, en Melilla? Nadie quería creerlo, a pesar de que se veía venir. Son muchas y muy respetables las causas que había en contra del propósito de socorrer a Navarro. Es más; probablemente son muy lógicas. Pero en esta ocasión hubieran querido ver todos algo muy español; algo temerario que no atiende a razones y no repara en peligros.

Juan Guixé

Melilla, 10 de agosto de 1921

***La Libertad*, 13 de agosto de 1921**

El asalto a Monte Arruit

Explicación de la tragedia

Se ha consumado la tragedia de Monte Arruit. Una vez más la infidencia de un enemigo salvaje y de odiosos instintos sanguinarios ha saltado por encima de la más elemental lealtad, y aprovechando el momento en que el general Navarro parlamentaba con los jefes rífenos, ha irrumpido en la posición. El telégrafo ha transmitido ya el sangriento incidente. Sólo por sorpresa podía domeñarse, y después de tantos días de privaciones y de continua lucha, a ese grupo de valientes militares, en cuyos actos se detiene, satisfecha de orgullo y enternecida, la mirada de la patria.

Nosotros, que sabíamos la angustiosa imposibilidad en que las fuerzas de la plaza estaban de prestar socorro al general Navarro; que conocíamos el estoicismo que éste jefe demostraba y su entereza, a pesar de habérsele comunicado desde el primer momento en que se estableció desde la Restinga comunicación heliográfica que no podría ser socorrido, seguíamos con enorme ansiedad las escasas esperanzas de salvación que para los defensores de Monte Arruit había. Contra lo que pudiera sospechar una opinión vulgarmente enardecida por las apariencias, aunque generosamente inspirada, esa salvación no podía ya lograrse por una acción de guerra. No sólo por las razones que en crónicas anteriores hemos expuesto. Además de aquéllas, que eran por sí solas suficientes, por otra potísima que entonces no podíamos hacer pública. La posición, aunque sostenida por la valiente entereza de sus ocupantes, ante la enorme superioridad de las fuerzas enemigas que la cercaban estrechamente, y que tenían tan apretado el círculo que desde tres días antes del traidor asalto impidieron toda posibilidad de hacer aguada, en realidad estaba virtualmente perdida. Sólo las negociaciones de algunos moros amigos, entre ellos el culto tetuaní Sidi Sidris, íntimo amigo de Abd-el-Krim, habían logrado amortiguar las hostilidades y tolerar en cierto modo una tregua para negociar. En tales circunstancias el iniciar el movimiento ofensivo, sacando tropas en esa dirección, hubiera sido bastante para precipitar las violencias y lanzar a los sitiadores a un asalto de éxito seguro para los rifeños, por la diferencia, de fuerzas y por la carencia de municiones y extenuación de los nuestros. De suerte que el azaroso riesgo de avanzar ahora, y en las condiciones deficientes de organización y material en que se encuentran esas fuerzas de la plaza, era inútil en

cuanto a la finalidad perseguida, y desde luego contraproducente para las gestiones que a nuestro favor hacían esos moros leales. Estos aseguraban que obtendrían el respeto para los soldados de Arruit y que el valiente general Navarro sería sagrado para ellos. Obedeciendo a esas gestiones, el mismo Abd-el-Krim había enviado más de setecientos hombres de la jarka que dirige para someter a los ladrones y gentes sin disciplina que componían el mayor número de aquellos enemigos. De ahí la opuesta conducta de unos y otros, que les ha hecho llegar entre ellos mismos a batirse. El elemento disciplinado, siguiendo las inspiraciones del jefe, de una parte, y de otra las gentes dispensas, unidas sólo por la ferocidad y la ambición del botín, de la kábila de Mtalza. De que venciese y puniera ser impuesta la primera tendencia, más humana, dependía la salvación de ese magnánimo grupo de soldados españoles.

Los hechos nos revelan cómo esas tendencias, sin poder lograr la sumisión de ninguna a la opuesta, han peleado hasta el último instante. Los bandidos de Mtalza veían que se les escapaba el botín y la sangre. Los jefes moros, más conciliadores y civilizados por nuestro contacto, trataban de lograr respeto a una capitulación honrosa con aquellos hombres valerosos, que debían salir de la posición sin entregar las armas.

Esta, pues, ha sido la tremenda pugna que explica los accidentes de la tragedia, la cual cierra, al menos con un broche heroico y confortador, una serie de aciagas derrotas, lamentables por la sangre vertida, por el luto que han puesto en tantos corazones y porque España ha temido que bajar los ojos, apesarados con el desconsuelo y el dolor de tanto sacrificio estéril. El cruento desenlace de Monte Arruit termina el ciclo de esas desdichas, que no son sino encadenada derivación de la de Annual

El heroísmo y la victoria

Es imperioso que nuestra acción en la zona de Melilla establezca un foso de separación con los procedimientos pasados, causantes del desastre. Por eso mi preocupación se impone tanto a las impacencias que es natural y legítimo experimentemos todos por ver cuanto antes restaurado el prestigio de las armas y por alcanzar el castigo de los que ele llamaban moros amigos. Organizar, preparar, calcular; he ahí los verbos que nuestro Ejército debe conjugar antes de lanzarse a la lucha. En un Ejército moderno deben existir, sobre todo cuando se combate con un enemigo bárbaro e incivil, muy pocos huecos para el azar de la guerra. Todo debe y puede ser previsto. No habrá derecho nunca a exponer la vida de los soldados más allá de lo que precise el honor nacional. Y

conste bien que el honor estará siempre en la victoria obtenida con el menor esfuerzo posible, y nunca, como ciertas mentalidades arcaicas han creído, en las audacias insensatas. Es preferible la valentía serena y mecanizada, que da el triunfo a las milicias modernas, que los actos de heroísmo, bellos ciertamente y dignos de ser cantados por un gran poeta; pero inútiles para la sociedad. Nosotros llegaríamos más allá en nuestro razonamiento. Juzgaríamos muy mal de una organización militar en que se señalasen actos de heroísmo. ¿Creéis esto una paradoja? ¡Nada de eso! El heroísmo en una institución armada perfecta es un acto de individual osadía que acaso compromete el éxito y se exenta de la disciplina.

En un Ejército fuerte y eficaz se hablará muy poco de los héroes. Los que experimenten, para gloria de su razón desde luego, esa suprema exaltación del valor, no tendrán ocasión de ejercitarla, ni los intereses de la patria necesitarán nunca que se sitúen en ese extremo riesgo. Por eso cuando en un Ejército se destacan con fuerte contraste del fondo general los hechos heroicos, la nación y su Gobierno tienen dos altos deberes que cumplir: el primero, exaltar y honrar los pechos generosos que los han ejecutado, e inmediatamente después, reformar el organismo entero militar para que con menos heroicidades nos dé más victorias.

Eduardo Ortega y Gasset

Melilla, 9 de Agosto.

La Correspondencia de España, 12 de agosto de 1921

Detalles de lo ocurrido en Monte Arruit

Melilla, 11. A las 12,30. (Recibido en la madrugada de hoy.)

Después de una lucha heroica que ha durando quince días, se ha rendido la columna del general Navarro, que se defendía en la posición de Monte Arruit. Hace días que en la plaza se seguían negociaciones con caides de prestigio, de Arruit, con objeto de rescatar a la columna y traerla a Melilla. El día 9 el general Navarro se puso al habla directamente con los caides para ultimar los detalles de evacuación. En esta entrevista se convino definitivamente en deponer las armas a cambio de asegurar las vidas, es decir, que las de todos los que ocupaban la posición serían respetadas. El mismo día, o sea el martes, a las tres de la tarde, se organizó la columna para evacuar la posición.

Conforme al convenio, las fuerzas habían entregado el armamento, encontrándose por lo tanto, nuestros soldados completamente desarmados.

En aquel momento los elementos anárquicos que rodeaban la posición dieron el asalto a ésta, entrando en ella como fieras. La sorpresa de los que estaban en su interior fué grande, y mucho mayor cuando los asaltantes empezaron a hacer descargas por todos lados, sembrando el pánico consiguiente. Los caides que habían intervenido en las negociaciones para la capitulación, se pusieron al lado de nuestras tropas; pero pudieron hacer muy poco. El general Navarro y algunos oficiales lograron escapar amparados por aquellos caides y se hallan en sus casas, haciéndose gestiones para su rescate.

Lo que cuenta un soldado

También lograron escapar con vida de Monte Arruit algunos soldados, que han llegado a la plaza de Melilla. Entre ellos se encuentra uno llamado Salvador Cuevas, que está herido gravemente de dos balazos en el brazo derecho; es natural de la provincia de Málaga. Este soldado ha referido los nombres de algunos de los oficiales que se hallaban días pasados en la posición, entre ellos el capellán castrense del regimiento de San Fernando. Dice el soldado Cuevas que desde hacía tres días no se podía hacer la aguada en Monte Arruit, y que por este motivo todos los refugiados en la posición padecían una sed abrasadora. El hielo que han arrojado los aeroplanos se destinaba a los heridos y enfermos, a los que se ha atendido con todos los elementos de que era posible disponer. La artillería enemiga disparaba diariamente sobre la posición, menos el último

día. Las granadas, por estar mal graduadas, no estallaban, y solamente herían cuando en su trayectoria alcanzaban a alguien. También ha hecho referencia al suceso de la aguada ocurrido días pasados, y del que ya tienen noticia nuestros lectores. Cien hombres que ocupaban una casa cercana al arroyo fueron copados y muertos la mayoría de ellos. Este suceso tiene relación con la manifestación que telegrafíé días pasados de un soldado del regimiento de África que se había salvado después de mil calamidades. Añade el soldado Cuevas que los moros, durante el sitio de Monte Arruit, no les hicieron muchas bajas. Ha negado que los oficiales se vieran en la necesidad de formar ellos mismos una guerrilla para defender el parapeto. También ha negado los rumores circulados, y que algunos periódicos han acogido, relativos al fusilamiento de moros parlamentarios por orden del general. Afirma que la columna Navarro se componía de unos mil hombres, incluyendo heridos y enfermos. En el momento del asalto a Monte Arruit el soldado Cuevas se salvó abandonando a un enfermo que llevaba en una camilla, y al que los moros asesinaron a cuchilladas. Cuevas recibió dos balazos, y ensangrado llegó a una casa abandonada camino de Batel, donde permaneció toda la noche. Después se escondió en un charco de agua y más tarde siguió hasta Melilla. Con él se salvó otro soldado llamado Francisco Moreno. Ambos son del pueblo de Mijas (Málaga). Al llegar a Nador encontraron a un moro, pero éste no les hizo nada.

Otros relatos

Según el relato de otros soldados que proceden de la posición de Monte Arruit, el día 22 llegó el general Navarro a Dar Drius, donde se encontraban las fuerzas del regimiento de San Fernando y algunos ingenieros. Entre los oficiales se hallaban el capitán Usera, que mandaba una compañía; el teniente Alarcón; que mandaba la sección de explosivos, y el Sr. González Arroyo. El general Navarro durmió la noche del 22 en Dar Drius. El día 23 por la mañana comenzó la retirada a Beitel, donde llegó la columna a las seis de la tarde con mucho fuego. En la carretera se unió a la columna el teniente Alarcón con su compañía, que iban haciendo fuego con bastante acierto, pues los soldados iban muy bien organizados. En Batdí hizo alto la columna. Los soldados encontraron la cantina cerrada y las puertas atadas, tratando de forzar éstas.

Hallándose en esta operación, el enemigo atacó, desorganizándose la columna. Unas fuerzas se dirigieron a Tistutin y otras a Zeluán. En Batel quedaron el general Navarro, el teniente Carmelo Pérez Ortiz y casi toda la oficialidad. La posición de Batel fué

objeto de paqueo durante toda la noche. Al día siguiente se hizo la retirada a Tistutin, donde estaba el resto de la columna y una batería con dos cañones que hacían fuego sobre el enemigo. Las tropas ocuparon la fábrica de yeso y allí durmió la fuerza. En ésta figuraba el teniente Sánchez Ocaña. A la una y media de la madrugada comenzó a hacerse la retirada hacia Monte Arruit. Formando un cuadro y resistiendo terrible fuego, principalmente la retaguardia, que se veía obligada a contestar con descargas cerradas para impedir se les echasen encima los moros, llegaron a Monte Arruit. A la entrada de la posición encontraron los cadáveres de Álvarez Corral y del capitán Gil.

En la columna iban todavía algunos regulares de la Policía que ocupaba el centro de la misma. Estos procedían de las guarniciones indígenas de Batel y Tistutin. Al llegar cerca de Monte Arruit dichos policías se pasaron al enemigo. El capitán Lobo resultó herido en un pie en la marcha entre Batel y Tistutin. En Monte Arruit murió el teniente Piniés, jefe de la sección de ametralladoras, a consecuencia de la gangrena en un pie por falta de medicamentos. En Monte Arruit permaneció la fuerza nueve días poco hostilizada. Los moros ocuparon las canteras próximas desde donde disparaban sobre la posición. Al principio se hacía la aguada, aunque con alguna dificultad. Para protegerla hubo que tomar una casa cercana al arroyo. Esta casa fué rodeada por los moros, que mataron a la guarnición. La policía sublevada constituyó el núcleo principal enemigo, que hizo también sus parapetos para impedir las aguadas.

En los últimos tres días los moros disparaban dos cañones diariamente. Una granada dio en una casa donde estaba el teniente coronel Primo de Rivera, arrancándole un brazo. Otros jefes y oficiales que estaban dentro salieron envueltos entre los escombros. En el momento de la evacuación, el general Navarro conservaba el fajín. Un soldado dice que le vió apoyado en el brazo del capitán Sainz, de Estado Mayor.

Ha llegado también a Melilla el soldado fugitivo José Echevarría, natural de San Sebastián. Era notable jugador de *foot-ball*, y debido a su ligereza pudo salvarse. Cerca de Zeluán vio al capitán Hernando y al teniente Sánchez Ocaña que caminaban juntos. El teniente invitaba al capitán a que descansara. Echevarría abandonó en Zeluán dos heridos que le acompañaban, pues se hacía difícil continuar todos sin ser descubiertos por el enemigo. Ocultándose detrás de los matorrales y caminando a ratos a gatas, para evitar que la luz de la luna proyectase su silueta, llegó a Mar Chica, donde se quedó dormido. Al despertar encontró una barca medio anegada; rompió el asiento de ésta y

utilizándolo como remo, logró llegar al Atalayón, donde le recogieron dos soldados del Tercio extranjero.

Mata

La Libertad, 21 de septiembre de 1921

El camión de los muertos

Fué una visión de pesadilla que ha quedado grabada en mi cerebro tan hondamente que me basta cerrar los ojos para volverla a ver. Y os juro que más de una vez he hecho esfuerzos por mantener mis párpados levantados, con objeto de no sufrir la amargura de volver a verla. ¿Que en la guerra mueren los que luchan ?... Ciertamente, lo sabía. Y sabía también, claro está, que son retirados apresuradamente del campo de combate. Pero no pude pensar nunca, ¡nunca!, que los llevaran así. Siempre vi conducir a los muertos con una solemnidad...

Habíamos intentado ir a la línea de fuego atraídos por las noticias que de la empeñada acción llegaban a la plaza pero sin tiempo para solicitar el automóvil en la Alta Comisaría, tuvimos que tomar un coche de alquiler. Esto hizo que nos quedásemos a menos de la mitad del camino. El cochero, bravamente, apenas dejamos la protección del campamento de Cabrerizas, se negó a seguir. “Si los caballos fuesen míos»..., dijo para indicarnos lo indomable de su valor. Mas los caballos no eran suyos, y no se podía exponer a que los matasen.

Seguimos a pie un rato, y al fin hubimos de sentarnos en el borde de la carretera. En el campo solitario reinaba la paz de un tibio atardecer. Sin el ruido del cañón, que sonaba cercano, no podría suponerse que la guerra se enseñoreaba de aquellos lugares. Y como ya tenemos costumbre de oír los cañonazos desde nuestras alcobas del hotel, nos olvidamos pronto de la tragedia en aquel paisaje de idilio. Esto hizo que fuese más brusco el golpe de la espantosa realidad.

En la curva del camino apareció un camión automóvil y se detuvo en seco. De él saltaron dos soldados, que se pusieron a cambiar una de las cámaras, cuyo neumático estaba pinchado, sin duda. La presencia del coche y de los militares que lo conducían nos hizo recordar el objeto de nuestra excursión. Vamos a ver si esos saben algo del combate.

Conforme íbamos acercándonos mirábamos el camino: una larga plataforma, cubierta con una lona. “¿Qué llevarán ahí?”, pregunté, requiriendo los impertinentes. Uno de mis acompañantes me dijo brusco: “¡No mire usted!” Pero yo había mirado ya. Un escalofrío me sobrecogió.

¡Visión espantosa! Bajo la lona se dibujaban una serie de bultos informes, que decía bien lo que era una mano exangüe colgando sobre el borde. ¿Muertos? Sí.

No sé lo que hablaron mis compañeros con los soldados que conducían el coche. No me di cuenta tampoco de cómo éstos arreglaron la avería. Todo mi ser se concentró en una mirada y en un pensamiento. Miraba la ondulación que la lona formaba sobre los cadáveres, y pensaba... si les dolería ir así. ¿Hasta qué punto la defunción separa el alma del cuerpo?... ¿Hasta qué punto la carne muerta pierde su sensibilidad...? Acechando estuve un estremecimiento en la lona, un gemido bajo de ella.

De pronto chirriaron los herrajes, y la lona se agitó. Di un grito y aparté la vista. El camión partió, saltando en los baches del camino con su macabro cargamento, que temblaba, que temblaba...

Teresa de Escoriaza

Melilla, 18 de Septiembre.

***El Sol*, 11 de septiembre de 1925**

La ocupación de Morro Nuevo en la Bahía de Alhucemas

Melilla 10 (11 n.) (Crónica telegráfica de nuestro enviado especial. Martes, 8. A bordo del "Lázaro").— Los barcos han seguido con la columna de Melilla desde Sidi Dris hacia la bahía de Alhucemas a poca marcha. Cuando clarea apenas nos despierta la banda de trompetas de la Legión tocando alegre diana. "¡Arriba todo el mundo! ¡Hoy es el día del desembarco! Ya era hora. La tropa, después de tres días a bordo, está fastidiada. Se descansa mal, pues van mil quinientos hombres a bordo. En los demás barcos sucede lo propio. Falta sitio. Salgo a cubierta y veo, más a nuestra derecha, los barcos de la columna de Ceuta que ha de saltar a tierra. En efecto, ya han empezado a cargar las barcasas blindadas, donde entran las primeras fuerzas indígenas y las banderas del Tercio que van a las órdenes de Franco, jefe de la vanguardia de Saro. Las barcasas, con estas fuerzas que han de ser la primera ola humana que salte a tierra en la playa de la Cebadilla, empiezan a desfilar hacia la costa. Los barcos han hecho alto a unas ocho millas de tierra. Apenas amanece casi toda la escuadra se sitúa frente a la bahía de Alhucemas, y dentro de ella las unidades pequeñas, empieza sucesivamente el cañoneo, que secunda la isla con sus treinta y dos piezas, ocho de ellas de 15 y medio. El apoyo del Peñón ha de ser eficacísimo, pues durante los dos días que estuve en él pude comprobar que las ocho baterías tenían tomadas perfectamente las referencias de tiro sobre los emplazamientos enemigos. En nuestro barco empieza la actividad de los legionarios. Se ve la nerviosidad por saltar pronto a tierra. Unos engrasan los cierres de los fusiles, comprobando por última vez que están dispuestos para su uso. Otros, en una muela que hay en la puerta del rancho de la marinería, se dedican a afilar los cuchillos de monte reglamentarios en la Legión. A cada momento aumenta el cañoneo de la Marina de guerra. Los cañones de 80 y medio de los acorazados, con su ronco estampido, atruenan el espacio. El "Dédalo", que ha venido formando parte de la escuadra que escoltaba a la columna Saro, se acerca a la costa, y pronto se ponen en vuelo los "hidros". También aparecen varios "hidros" de la base de Mar Chica, que vienen a tomar parte en la operación. Los pilotos de Mar Chica tienen una gran práctica del territorio de Alhucemas. Son los que han hecho la mayoría de las panorámicas, que, en unión de las hechas por los aparatos de tierra, sirvieron al Alto Mando para estudiar y

planear por última vez esta esperada operación sobre Alhucemas, que parecía imposible que se realizase y que, sin embargo, es va una realidad.

La columna de Melilla espera, impaciente, la hora de embarcar en las barcas blindadas para saltar a tierra. Esta orden sólo la puede dar el general en jefe, pero el tiempo transcurre y la columna de Melilla sigue embarcada. ¿Qué ocurre? Las barcas cargadas de tropas de choque están cada vez más cerca de tierra. A las diez se las ve ya muy cerca, protegidas siempre por el fuego de las baterías de varias unidades de guerra que se han quedado frente al sitio por donde se iba a desembarcar; esto es: frente a la Cebadilla, aunque el enemigo, por el bombardeo de la masa de barcos situada en la bahía, cree que es por Suani por donde va a verificarse el desembarco. Decididamente van a tierra ya las barcas, a ese pedazo de tierra que parecía inexpugnable. El Morro Nuevo es como un brazo de piedra que se mete en el mar con el puño cerrado para formar, con cabo Quilates, los cuernos de la bahía. Este puño cerrado de piedra, que es Morro Nuevo, está unido a tierra por un estrecho istmo. La vertiente de este istmo al Mediterráneo es suave y tiene una parte arenosa que declina en playa, la Cebadilla, que es por donde van a acometer la ocupación del territorio beniurriaguel, A las once, aproximadamente, han tocado tierra las primeras barcas, ¡¡Hurra!! Ya estamos en una punta de la bahía que nos ha de dar, cuando se ocupe totalmente, el dominio del foco enemigo. Ya ha desaparecido el mito de Alhucemas. No es que lancemos al viento las campanas del optimismo por poseer la materialidad de este poco de terreno duro y hostil. No. El valor material de este terreno es bien reducido; pero supone esto el fin de una larga incertidumbre y declina el poderío de un cabecilla que llegó a creerse invencible. A bordo del "Lázaro", el jefe de las Intervenciones Militares, coronel Goded, que manda la vanguardia de esta columna de Melilla, traía un moro de Beni-Urriaguel, hecho prisionero en una emboscada en Beni-Said; un moro de cara repulsiva y dura. Mira para el suelo como los traidores. Lo cogieron los nuestros cuando fue a Beni-Said, enviado por Abd-el-Krim, con otros agentes. Es del propio Beni-Urriaguel, pescador de la playa de Suani, y tenía una fe ciega en Abd-el-Krim, a quien llamaba Sultán hasta hoy. Los soldados le han dicho que acaban de entrar en territorio de Abd-el-Krim, y entonces hace un signo afirmativo con la cabeza y dice sin ánimo: ¡Viva España!

Pero sigamos las incidencias de esta memorable operación. La escuadra toda está alineada frente al Morro, pico de cordillera que sigue a Bocoya. El golpe de vista es fantástico. De un lado la escuadra de Ceuta y de otro la de Melilla. Cincuenta barcos de guerra en primera línea y detrás otros tantos mercantes abarrotados de tropas, y embarcando en las "kaes" unidades y elementos que lanzar a tierra.

El momento del primer salto ha sido emocionante. Muy de mañana el bombardeo de toda la escuadra sobre la costa es atronador. Estallan las granadas en toda la crestería de Morro Nuevo y en la cadena montañosa de Bocoya que se tiende a la derecha. La Aviación lanza también sobre tierra abundante metralla, procurando enfilar los emplazamientos de las baterías enemigas.

Jamás se ha visto en África una operación de esta envergadura, con tantos elementos y tan intensísima preparación artillera. Cuando las once primeras barcasas "kaes" están cargadas de tropa, avanzan hacia la playa; van en ellas las banderas de Franco (que ha saltado con sus legionarios en una de las barcasas) y el grupo de jarcas de Tetuán y Larache al mando de los comandantes Muñoz Grande y Villalba. Llevan, además, material de fortificación y elementos de ingenieros.

El bombardeo se intensifica por momentos. Poco después de las once la fila de barcasas blindadas con la Legión, las jareas y mejala se halla situada delante de los barcos de guerra. Se da orden de que avancen las "kaes" que llevan los carros ligeros de asalto, pero los puentes de las barcasas no enfrentan bien en tierra; queda un claro que no pueden saltar los carros, y entonces Franco, este admirable jefe de los grandes aciertos, con la clarísima visión que tiene en el campo, ve que los momentos que se van a desperdiciar son preciosos, y no titubea en mandar al cornetín de órdenes que toque paso de ataque en la orilla enemiga. El toque agudo del clarín es un reto. Los legionarios, al frente sus jefes Franco y Liniers, se lanzan al agua, que lea llega al pecho y saltan como una d a sobre tierra. Las banderas que mandan los bravos comandantes Rada y Verdú, con las jareas de Muñoz Granda y Villalba, son las primeras en poner pie en tierra. La ola humana se extiende por la calina a derecha e izquierda, y se dirige a ganar la cumbre del istmo de tierra que une el Morro con el resto de la cordillera. Los barcos de guerra redoblan el fuego y los aviones no cesan de arrojar metralla; pero el enemigo no hace mucho fuego. Confiaba, de un lado, con que la columna desembarcara por Suani; de otro esperaba que una línea de minas que tenía situada en esta parte de la

playa surtiese sus efectos; pero un oficial de Ingenieros la descubre y las hace volar sin que causen daño. El avance de los nuestros es rápido para ganar pronto el Morro, y se les ve subir extendiéndose hacia el pico más alto para apoderarse de los cañones que allí tiene emplazados el enemigo, lo que logran, haciendo varios prisioneros. Los cañones los tenían detrás de cañoneras perfectamente construidas.

Nos apoderamos además de siete ametralladoras. Caen heridos en el avance dos bravos oficiales: uno, que fallece a poco, es Hernández Menor, de la jarca, cuyo entusiasmo y valor lo demostró en mil ocasiones, teniendo pendientes varias propuestas de ascenso y laureada. El otro es el, hasta hace poco, oficial de complemento, Sevilla, que en los combates de Uad Lau se portó como un bravo, resultando herido al cruzar el río con la Legión y que hoy, agregado a la jarea de Tetuán, voluntariamente (pues acaba de ingresar en la Academia de Infantería y pidió un puesto en la vanguardia en esta operación), recibe, al frente de los primeros jarqueños que saltaron a tierra, varios balazos en las piernas, mano y vientre. Sevilla tiene madera de héroe. El avance, al mediodía, sigue. Franco, al frente de sus legionarios, (las dos banderas que manda Liniers), lleva un guión Manco en el que se lee un nombre inolvidable: "¡Valenzuela!". El general Saro salta a tierra poco después. El general en jefe, a bordo del "Alfonso XIII", donde dirige personalmente la operación, envía al Rey un despacho dándole cuenta del resultado de ésta. La noticia, que se recoge en el "Lázaro", donde la columna de Melilla aguarda impaciente la hora del desembarco, es acogida a los gritos de "¡Viva España!" Las bandas de las dos banderas de la Legión tocan la Marcha Real, que es escuchada por todos con religiosidad.

Mientras, sigue el ruido atronador del cañoneo de la escuadra y en lo alto del Morro Nuevo ondea nuestra bandera.

López Rienda.

***La Voz*, 10 de septiembre de 1925**

UN RELATO DEL DESEMBARCO

Durante la noche se transmiten órdenes. Son las tres de la mañana cuando, por un despacho del jefe de la columna, se ordena a la estación telegráfica que lleva una de las *kaes* remolcadas por el *Escolano*, que marche a incorporarse a la columna Franco para el desembarco. A las cinco hace acto de presencia la flota que conduce a la columna de Melilla. En las primeras horas de la mañana hay alguna marejada, consecuencia del levante; pero no llega a dificultar las operaciones. A medida que avanzan las horas, el mar se va calmando, y hasta las nubes se dispersan para dar luminosidad al día. Como la corriente había hecho desviar algo a todas las embarcaciones, tardan éstas algún tiempo en ocupar sus respectivos puntos para hallarse prontas a colaborar en el desembarco, cada una según su cometido. Este tiempo es aprovechado por la Aviación y la escuadra para la preparación artillera. Desde las diez de la mañana, los *hidros* y los aviones no cesan de evolucionar por encima del Morro, y cada vez que pasan por los que han de ser los objetivos del desembarco, o descubren alguna fortificación, dejan caer su carga de metralla, que llena todo el ámbito con su detonación. De vez en cuando los *hidros* se posan en el mar, y al poco tiempo reemprenden el vuelo con objeto de proseguir las observaciones y realizar la labor preparatoria; pero en ningún momento pierde intensidad el bombardeo aéreo, primer síntoma de que esta vez no se trata de amagos despistadores, sino de realizar la operación de desembarco. Los aviones *Focker*, en número de diez, los manda el infante.

A las once de la mañana interviene la escuadra, y se inicia el momento de mayor emoción. El acorazado *Alfonso XIII* y el crucero acorazado *Victoria Eugenia* tienen a su cargo la primera fase de la operación. Los cañones de ambos buques disparan, ya por secciones, ora por baterías, incluso cañones de grueso calibre y largo alcance, que estremecen con sus estampidos el mar y la atmósfera. El instante es de una intensidad incomparable, subyugadora. Los barcos saltan al compás de los disparos en una danza maravillosa y gigantesca, que es, no obstante, mensajera de la destrucción y de la muerte.

El espectáculo hace que nuestro barco, abandonado el capitán a la emoción que todos sentimos y a la suya propia, avance y avance en pugilato de superación con el *Alfonso XIII* y el *Reina Victoria*. La música trepidante de los cañones de la escuadra española

nos lleva a todos, alucinados, en busca del enemigo, anhelantes por reducirle en holocausto patriótico.

Tan continuo es el avance, que ya llega el *Escolano* a tener a su izquierda y detrás a los acorazados. Advierte el Mando que ha rebasado también la línea, y el aviso *I-5*, da la Tabacalera, se llega hasta al *Escolano*, y un ayudante del general Saro ordena al capitán que retroceda.

—¡Vamos a buscarlos!—exclama el capitán del *Escolano*. Pero ante la ratificación de la orden, manda al barco que pare, y la corriente lo lleva a la deriva, fuera de la línea de fuego.

Un instante palpita en el barco la desilusión.

Al mismo tiempo que continúa el cañoneo, cada vez más frecuente, avanzan airoosas algunas *kaes* con su propio motor y otras remolcadas por algún *uad* de los que tiene la escuadra. Dentro del vientre de las *kaes* va el personal, que, una vez embarrancadas aquéllas en la playa, saldrá como lava arrojada por un volcán, dispuesto a arrojarlo todo, a vencer, a morir en nombre de la patria. Esta marcha de la flotilla de *kaes* bajo los fuegos de nuestra escuadra, pero en busca de un enemigo que esperará agazapado a nuestras tropas, es de una gallardía infinita. Puede encontrar poco enemigo; puede hallar mucho, protegido por defensas, oculto en cada mata o resguardado en los accidentes del terreno. Y allá van las *kaes* con sus bodegas llenas de soldados, que se ponen en pie, defendidos por planchas metálicas, en espera de la conmoción violenta, del enterramiento en la playa, para salir entonces a disputar al enemigo el terreno palmo a palmo y a pecho descubierto. Incluso el desembarco se hace difícil, porque la playa de Tidain, con su apariencia arenosa, está llena de cortaduras que no permiten el acceso. Cuando las *kaes* se acercan, entran en fuego el acorazado *Jaime I*, el *Extremadura* y las demás unidades de la escuadra. En el puerto se redoblan, se suceden sin interrupción las descargas, que conmueven, que hacen removerse la enorme masa de agua, la cual, con sus convulsiones, lanza hacia la playa la escuadrilla portadora de la columna de desembarco. En los últimos momentos vuelven a disparar el *Alfonso XIII* y el *Reina Victoria*, y a los cinco minutos embarrancan las primeras *kaes*, y saltan a tierra los legionarios, las barcas, los Regulares, la artillería y los demás servicios auxiliares; un cuarto de hora después ya había sido coronada la cresta de la parte arenosa de la playa. Media hora más tarde, en la loma de la derecha, quedaban establecidos los reductos, y a

la izquierda de las harcas, instalada la estación radiotelegráfica y óptica del teniente coronel Larraz. Poco más tarde, la bandera de Valenzuela iba en demanda de las crestas del Morro y las coronaba. Asisten al bombardeo los acorazados *París* y *Strasburgo*, de la escuadra francesa.

En tierra de Alhucemas

La sexta y séptima banderas del Tercio, mandadas por los comandantes Rada y Berdúy, son las primeras en desembarcar. Las siguen las harcas de Tetuán, y luego, con la artillería de montaña, lo hacen los Regulares, fuerzas de línea y servicios. Las *kaes* no llegan con sus gentes a la playa, y los soldados desembarcan y arriban a tierra con agua hasta el cuello. Los rebeldes los reciben con metralla. Sólo hay en el primer choque seis bajas. Los carros de asalto no funcionan, y el coronel Franco manda tocar ataque, y a este paso avanzan los legionarios. Apenas es coronada la cresta, cuando desembarca el general Saro. Los rebeldes hacen disparos de cañón desde la rocas, y alguna granada cae a quince o veinte pasos del general Saro y del coronel Franco.

A pesar del fuego enemigo, los legionarios avanzan por la izquierda y las barcas por la derecha. Aquéllos se apoderan de un cañón sin cierre, de dos cierres y de un cañón-ametralladora. Después hacen prisioneros. Los disparos de fusil, hechos por secciones, se confunden con los de "srappnell" y ametralladora. Se ve a nuestras fuerzas, que encuentran resistencia, reaccionar enérgicamente.

Desde el globo de observación y desde los hidroaviones se hacen indicaciones a la escuadra, y ésta concentra sus fuegos en los blancos señalados. Los incendios se inician en los alimares y alcanzan grandes proporciones. Para abatir una casa desde la cual se hostiliza a las tropas y barcas, el *Canalejas* hace disparos certeros. Más tarde intervienen otros cañoneros y el *Reina Victoria* y la casa queda reducida a paredones en ruinas.

A las dos y cuarto de la tarde viene de la línea de fuego una gasolinera con heridos, para dejarlos en el barco-hospital *Barceló*. Todos ellos, menos uno, están, afortunadamente, leves. Pertenecen a la mehala y se les ve subir con dificultad la escala del *Barceló*, por estar heridos en brazos o piernas. El más grave es izado en una camilla. Durante toda la tarde ha seguido el cañoneo, pero ya con intermitencias. Desde la batería rocosa, que parecía apagada, vuelven o hacen fuego los rebeldes, y les contesta la escuadra. Las bajas hasta ahora han sido insignificantes.

B. Artigas Arpón

Frente a la playa de Cebadilla.

La Libertad, 14 de septiembre de 1925

Horas de intensa emoción han sido las vividas desde el domingo 6 a bordo del «Lázaro», primero, y después del «Escolano», viendo los bombardeos sobre la costa africana y enterándonos después del desembarco. Cuando se dio la orden de saltar de las K la jarka de Muñoz Grande y las banderas de Liniers, con Franco a la cabeza, no vacilaron un punto, y como los lanchones no podían acercarse más a la playa, se metieron en el mar, con el agua hasta el cuello, llevando el fusil en alto para que no se mojase, y sin vacilar un momento, treparon monte arriba, dando alaridos, cantando el himno de la Legión y flameando las banderas, sin parar mientes en los cañonazos que les disparaban los moros desde el Morro, ni en el fuego de ametralladora y fusil; y así se apoderaron de prisioneros y baterías e hicieron prisioneros y cogieron material, que ya se está utilizando contra los rifeños. Con igual celeridad siguieron saltando a tierra soldados y soldados de todas las armas, y mientras los artilleros transportaban a hombro las pesadas piezas de artillería, los ingenieros construían unos muelles portátiles y pontones, y los sanitarios y administrativos acumulaban en la playa el variadísimo material e impedimenta. La Marina de guerra y la mercante desplegaban una actividad extraordinaria. Por todas partes se veían soldados haciendo trincheras, levantando tiendas, estableciendo campamentos y hospitales...

El cañón retumbaba. El tableteo de la ametralladora no paraba. Secos y continuados sonaban los «pacos».

El enemigo, como siempre, apenas se vela. Si acaso, a lo lejos, con los prismáticos o los periscopios, se divisaban grupos pequeños, jarkeños sueltos, pegados a las rocas. La artillería, vigilante a sus movimientos, los perseguía con sus tiros, procurando batir y desmontar sus baterías y deshacer sus obras de defensa, realmente fuertes y resistentes. El feroz empuje de los legionarios, de nuestros indígenas, de nuestros soldaditos todos, hizo que el enemigo huyese.

Como notas curiosas del día de la ocupación merecen citarse, aparte del heroísmo del teniente Hernández Menor, propuesto once veces para la laureada, y que como un valiente ha muerto: la del capitán del Tercio que se apoderó de varias piezas de artillería; el ingenioso dispositivo de los moros para convertir en minas las bombas de aviación, felizmente descubierto por nuestros ingenieros; la matanza y despeñamiento

de unos cuantos moros por el mismo lugar del Morro, donde fueron precipitados unos cristianos; la actividad del general Saro, atento a todo; la pérdida del sombrero de su ayudante Juanito Vitórica, a quien la explosión de una granada enemiga le arrebató el chambergo y a poco más le despoja de la cabeza; la visita del general Sanjurjo a la playa, después de haber estado allí el general Primo de Rivera, y la presencia de veintisiete corresponsales de guerra entre españoles y extranjeros.

Cuando por la noche regresaba al «Escolano», pues por no haber llevado víveres no quise quedarme en tierra con la Legión, las posiciones ocupadas por nuestras tropas parecían, por sus luces, un pueblecito de la montaña. La bahía, en la parte que da frente a dichas posiciones, ofrecía también pintoresco aspecto con sus ciento y pico de barcos iluminados y proyectando rayos de luz sobre los montes enemigos.

El globo cautivo, remolcado por el «Jaime I» se balanceaba en lo alto. Nuestra lancha de vapor, agitada por el mar, de fondo, nos llevó al vapor donde nos albergamos los periodistas.

Contrastando con las luces de los campamentos y los barcos, lucían hogueras en el campo rifeño.

La Marina de guerra, de tiempo en tiempo disparaba cañonazos. Allá lejos se oían las ametralladoras y los «pacos». Después, nada. Todo se calmó. Era la paz de la noche.

Yo me acosté pensando en lo conveniente que hubiese sido, de admitirse la necesidad de esta operación, más soldados, más barcos, más agua, más orden y mayor sentido de la realidad.

Antonio de Lezama

Alhucemas, 10 de Septiembre de 1925.

ABC, 10 de septiembre de 1925

Martes, 8 de septiembre. El momento decisivo

Transmitido desde Málaga el 9 a las doce noche.

Desde que amanece se ve que hoy es “el día”. A la preparación sorda, continua de la Aviación, se simultanea la estridente de la escuadra. A media mañana el espectáculo es soberbio, inenarrable. Todas las bocas de fuego disparan. El aire vibra con tal fuerza, que nos sacude los gemelos de campaña y nos desvía la visual. Arden el aire y el mar. La tierra se remueve como si se abriera y soltara bocanadas de humo. Cada repliegue, cada cresta, es un volcán. Las barcasas se van acercando a la playa de desembarco. Ya llegan; ya llegan... ¡Oh, momento de intensa emoción! Se borra la tragedia con la grandiosidad. Soberbio espectáculo; bárbaro, terrible, pero único en la vida. Y es el confín con la muerte.

Apiñados en las barcasas van delante los legionarios, las harcas de Tetuán y Larache, los Regulares. Pero aún hay quien va delante: un bote de la escuadra, que va de guión, con el jefe de Estado Mayor Sr. Boado. Los barcos la Aviación intensifican el fuego para abrir más horizonte, para ensanchar la zona de desembarco. Todo da sensación de cataclismo. En las barcasas, ya próximas, se oye llamar al enemigo. Tira con ametralladoras, y los impactos retumban en la bodega como si llamara con los nudillos en la puerta con mucha prisa. La harca del invasor sigue con la proa a los tiros. Nada les detiene. Van dando vivas a España y a la Legión.

Muertos o vivos, van a Alhucemas. De esto no hay duda. Un movimiento brusco, que les empuja a unos contra otros en estrecho abrazo, les detiene. ¿Quién detiene a la Legión? ¿Los hombres? No. La tierra. Es que han embarrancado.

Saltan con majeza, rápidos, anhelosos, y se esparcen por la amarilla playa legionarios y harqueños. La playa es un acantilado de arena, con lo que quiero expresar que no tiene la delicada pendiente de las playas, sino que está bruscamente interrumpida, cortada, y al salir de las barcasas caen los soldados con el agua al pecho. Con los fusiles en alto desembarcan. ¡Oh, soldados españoles! ¿Quién dudó de vosotros? Bien merecéis que se cree para vuestro pecho la cruz de Alhucemas.

Serían las doce, esa hora tan española, tan patriarcal del yantar familiar, y el sol en el cenit cuando coronan las crestas y plantan sus banderas. Y, ya organizados, van

derechos a escalar por la izquierda Punta de los Frailes, donde el enemigo tiene emplazada una batería. Por la derecha van camino de la rocosa, en dirección a los Cuernos de Xauen.

La escuadra tira con más espacios, domando descanso. Es el jadear del cañón, que ha caminado a mucha velocidad, muy fatigado, muy aprisa. El vientecillo de Levante arría las banderas, esas banderas de la Legión que recuerdan a Carlos V, al Gran Capitán. Con ellas España ha puesto el pie en Alhucemas. Sigue el desembarco.

¡Cómo latirá el corazón de los prisioneros al oír la voz vengadora de España! Día de intensa emoción, que ya no volveremos a sentir. Los que hemos asistido al desembarco de Alhucemas sabemos lo que es vivir la nacionalidad. Sabemos lo que es tener el corazón como un reloj parado, al que se nos hubiera olvidado darle cuerda. Y es que aquí nos olvidamos de nosotros mismos. Un nuevo gesto, una nueva sensación he sentido; algo que está entre el reír y el llorar. No sé cómo definirla, no sé cómo se llama. Acaso se llame España. Tiene también una fecha: 8 de septiembre.

Corrochano.

La Correspondencia Militar, 11 de septiembre de 1925.

A bordo del «Gandía»

Llevábamos dos días en alta mar, incomunicados en absoluto con la plaza y con la Península. Por la orden del día vi que el servicio de correo con las tropas expedicionarias no comenzaría hasta el día 9. Las crónicas de dos días estaban en mi poder y amenazaban otros dos días más, por lo menos, sin poder enviar ni una cuartilla a España. No dudé un instante; era menester marchar a Melilla pura romper el aislamiento, y comencé mi peregrinación para conseguir el correspondiente permiso. Al cabo de dos lloras, vino, al fin, el capitán de fragata don Guillermo Díaz con el permiso anhelado. Podía marcharme.

El «Gandía», —que podía llevarme a Melilla,— estaba a media milla del «Lázaro», y para trasladarme a él emplee una gabarra, que iba repartiendo municiones a la flotilla. Era en los últimos momentos del amago de desembarco en Sidi- Dris; los buques de la Escuadra francesa enviaban sus postreros disparos, y en las crestas lucían ya las hogueras enemigas, llamando a los guerreros, mientras en las laderas corría la ola de fuego levantada por el bombardeo, y en el marco soberbio de los dorados tintes crepusculares tenía el cuadro trazos de magnífica grandeza, que estático contemplaba desde mi nada tranquilizador asiento de la gabarra. Al saltar de ella a la escotilla que abrieron en cubierta del «Gandía», como la gabarra estaba más alta, me, clavé en la cabeza, por encima de la frente el filo de hierro de la escotilla, y me hice una pequeña brecha, que me permitió el honor de ofrecer unas gotas de sangre a la misión informativa de un corresponsal de guerra. Momentos después — y habiendo hecho ya la cura—zarpó el «Gandía». A las doce y media estábamos a la vista de Melilla, y a la una saltaba a tierra. Deposité las crónicas en Correos, y en el mismo automóvil marché camino de Nador, a la base de los «hidros» de Mar Chica. Había formado mi plan; volar en un «hidro» y presenciar en él el desembarco: pero me fracasó, porque no se atrevieron nuestros heroicos aviadores a afrontar la responsabilidad de llevar un ¡pasaje, máximo cuando todos los puestos los necesitaban para bombarderos, mecánicos y radiotelegrafistas. Tuve otra contrariedad, y no pequeña. Habiendo hecho tantos esfuerzos por informar a LA CORRESPONDENCIA MILITAR, no salía correo, porque

el Gobierno había requisado el vapor. Tenían mis clínicas escritas que reposar otro día. Pero yo me he valido de mis medios, y no se quedan sin información nuestros lectores.

Cómo se efectuó el desembarco

La vanguardia de la columna Saro, compuesta de Regulares, Tercio y mejala, en número de unos cuatro mil hombres, provistos además de varios carros de asalto, estaba en las barcazas «K» desde el sábado: como ya dije, la mandaba el coronel Franco. La niebla hizo que también se retrase la operación; pero desde la madrugada, los aviadores, la Escuadra y las baterías del Peñón, rompieron el fuego con un tenaz bombardeo. La primera oleada se aproximó a la playa aproximadamente a las nueve y media; las granadas fumíferas envolvieron todo en una nube de humo, para que las fuerzas no fuesen vistas por el enemigo, que se encontró sorprendido con esa niebla artificial.

En Morro Nuevo no había grandes concentraciones, pues las cuarenta y ocho horas de demostración naval en Sidi Dris, había producido su efecto. Las fuerzas enemigas se habían dirigido a dicho punto. El desembarco se efectuó por la playa de la Cebadilla, y lo primero que se desembarcó fueron los carros de Asalto, que inmediatamente puestos en marcha, abrieron el fuego para proteger el avance de los granaderos, primeras unidades que pusieron pie en tierra, y que con extraordinaria rapidez ganaron las primeras alturas. Con el agua posando de la cintura, ganaron la playa estas fuerzas, y a las doce menos diez vencieron la resistencia y clavaban la bandera española en Morro Nuevo. El enemigo, que se dio cuenta del movimiento envolvente, huyó pronto, no sin dejar en poder de nuestras fuerzas, importante contingente de prisioneros. Las tropas de desembarco se guiaron para el asalto por los cohetes de señales que dispararon los aviones, que le indicaban, además, el derrotero a seguir con las banderas de señales. La batería enemiga de la Rocosa fue la última que cesó en sus disparos. La cortina de fuego que abrieron las Escuadras, la Aviación y las 32 piezas del Peñón de Alhucemas fue enorme, pues materialmente quedaron arrasados todos los lugares que pudieran ser obstáculos para el avance. Los granaderos encontraron desiertas las baterías y los puestos de guardia del enemigo. Terminada la primera fase, las fuerzas asaltantes ocuparon los sitios estratégicos para cortar el istmo, y, conseguido el objetivo, comenzó el desembarco de la retaguardia y al terminar el día toda la columna de Saro estaba ya en Morro Nuevo. Las noticias que recojo son de que nuestras bajas han sido reducidas.

Las Escuadras y la Aviación

Los barcos de las Escuadras, tanto franceses como españoles, se han comportado con bravura, pues temerariamente y despreciando los disparos de la Artillería enemiga, se acercaron mucho a la costa para mayor eficacia de sus tiros. Dado el número de barcos y aviones que en otra información va, el lector puede comprender lo que ha sido este bombardeo, basta consignar el hecho de que el Peñón de Alhucemas por aquel estruendo formidable oscilaba en tal forma, que parecía que iba a derrumbarse en el mar, como se derrumban las rocas al impulso de un terremoto. Los grupos de escuadrillas que salieron de esta zona, eran mandados por el infante don Alfonso, los tenientes coroneles Souza y Kidelán y los comandantes Fernández Mulero, Gallarza y Ugarte. Estuvimos en vuelo desde él anochecer hasta pasado mediodía, guiaron a las tropas en el asalto, dispersaron concentraciones y su bombardeo eficaz contribuyó al arrasamiento que se llevó al campo rebelde en fortificaciones y caseríos. La única baja conocida hasta ahora en Aviación fue la del contramaestre de radio de los hidroaviones franceses señor Andrillón; al amerizar resbaló en uno de los flotadores y fue alcanzado por la hélice, que le amputó el brazo derecho, le fracturó el derecho, le produjo tan graves lesiones en la muñeca izquierda, que hubo necesidad de amputarle dicha mano, y otras lesiones graves en el vientre y en diferentes partes del cuerpo. Traído en una ambulancia al hospital Docker, murió cuando le estaban operando. El féretro ha sido envuelto en banderas españolas y francesas, y por disposición de la Comandancia se le tributaron honores, asistiendo al entierro una banda de música y comisiones de todos Cuerpos. Los aviadores cuentan el siguiente curioso episodio. Cuando las primeras unidades asaltantes desembarcaron, vieron que de la casa llamada cuartel general de Abd-el-Krim, salía un convoy compuesto de un camión, —en el que iban varios moros y otros vestidos a la europea, con varias tiendas de campaña,— y un automóvil ligero, que se alejó a gran velocidad. Los aviadores lograron inutilizar el camión, pero no pudieron dar alcance al automóvil, en el que supusieron que iba Abd-el-Krim. Por lo ruta que llevaba, ese automóvil se dirigía a Beni Tuzin, una de las cabilas más próximas de nuestra extrema vanguardia de la zona oriental.

España ha vuelto a quemar las naves

La hora del Correo que, al fin llegó, hace que deje para mañana la actuación de la columna Fernández Pérez. Sólo unas líneas pera terminar: ya ondea nuestra bandera en

Alhucemas, y al clavarla España, pueblo sin igual de conquistadores, ha repetido el gesto de Hernán Cortés, que al desembarcar en Méjico, para no retroceder, quemó las naves en que habían desembarcado sus tropas. Así los heroicos soldados que desembarcaron en Alhucemas, no llevaban más instrucciones que resistir, vencer o morir; al mar no podían volver. Al desembarcar las fuerzas, las barcazas se alejaban a la costa de Sidi Dris, donde eran esperadas por la columna Fernández Pérez, que también tenía las mismas instrucciones: volver al mar, ¡nunca! Resistir, vencer o morir...

Jaime Mariscal de Gante

Melilla, 8 septiembre 1925.

ANEXO 3. BIOGRAFÍAS DE LOS CORRESPONSALES

Ramón Alba (- Madrid, 18 de abril de 1919). Fotógrafo. Llegó al periodismo procedente de la abogacía, que ejerció en Filipinas en los últimos años de dominación española. Se especializó en realizar reportajes gráficos, que fueron publicados en *ABC* y *Blanco y Negro*. Cubrió las campañas de Melilla de 1909 y también estuvo posteriormente en Larache y Alcazarquivir. Condecorado con la cruz del Merito Militar roja. (*ABC*, 29 de abril de 1919).

Manuel Alhama Montes (1857 - Madrid 7 de marzo de 1910). Fue durante varios años redactor de *Heraldo de Madrid* y de *El Imparcial*, donde firmaba como *Wanderer* artículos sobre viajes y curiosidades científicas en el suplemento cultural *Los Lunes de El Imparcial*. Para este diario cubrió en 1893 el conflicto desde Melilla y posteriormente fue destacado como corresponsal de guerra en Filipinas (*El Imparcial*, 9 de marzo de 1910). Viajó ininterrumpidamente durante varios años hasta que regresó a España y fundó la revista *Alrededor del mundo*, con artículos sobre ciencia y otras culturas, de la que fue director hasta su muerte (*Alrededor del mundo*, 16 de marzo de 1910).

José Arija (Burgos – Madrid, 22 de enero de 1920). Dibujante de estilo modernista de *Blanco y Negro*. Grabador de la Casa de la Moneda por oposición. La ornamentación de los principales salones de la casa de *Blanco y Negro* y del Casino de Madrid de la época son obra suya. Cubrió la campaña de 1909. En el momento de su muerte era profesor de modelado de la Escuela de Artes y Oficios. Entre sus distinciones cabe mencionar la primera medalla de oro en arte decorativo en la Exposición de Bellas Artes de 1904, y su nombramiento en 1895 como Caballero de la Orden de Carlos III (*ABC*, 23 de enero de 1920).

Luis Armiñán Pérez (Sancti Spiritus, Cuba 1873 - 1949). Escritor y político, gobernador civil de varias provincias y diputado y ministro de Trabajo en 1923. Redactor de *Heraldo de Madrid*, para el que se desplazó a Melilla en 1909, director de *La Unión Iberoamericana*. Miembro de la APM desde 1908 (López de Zuazo, 1981: 48).

Celedonio José de Arpe (Sevilla - Sevilla 18 de enero de 1927). Periodista. Comenzó a escribir en la prensa regional andaluza hasta que dio el salto a *El Globo*. Estuvo en África en la campaña de 1893 por la agencia de noticias Mencheta, cuyo trabajo le sirvió para escribir para *El Resumen* (*El Imparcial*, 20 de enero de 1927) y volvió para cubrir la visita de Alfonso XIII a Melilla, y más tarde en *Heraldo de Madrid*, del que llegó a ser redactor jefe durante la dirección de José Francos Rodríguez. Más tarde estuvo al frente de *El Defensor* de Granada (*Heraldo de Madrid*, 19 de enero de 1927). Ejerció como crítico taurino con el seudónimo de Pepe el de las Trianeras, y con ese nombre publicó varios libros (*La Época*, 19 de enero de 1927). Combinó su trabajo como periodista con la condición de funcionario de la Delegación de Hacienda en Sevilla (*El Sol*, 20 de enero de 1927).

Benito Artigas Arpón (Calahorra, 1881 – Calahorra, 1955) Fue director de *Las Calderas* de Soria en 1903 y también en la misma ciudad de *Tierra* (1908-1909), *La Verdad* (1909-1911), *La Idea* (1918-1922) y *La Voz de Soria* (1931-1936). En la prensa nacional trabajó como redactor de *La Voz* de 1928 a 1930, aunque en 1925 cubrió para este diario el desembarco de Alhucemas junto a Valentín Gutiérrez de Miguel. También en *El Sol* en 1933 y en *ABC* entre 1936 y 1939. Asimismo, fue colaborador de *Pueblo* de Soria en 1931. En política, fue diputado por Soria entre 1931 y 1933 por el partido republicano radical socialista, y por la Unión Republicana salió elegido también diputado por Soria en las elecciones del 16 de febrero de 1936. Después de la Guerra Civil se exilió en Francia, donde dirigió la revista *España* entre 1945 y 1946. De ahí pasó a México, donde formó parte de la redacción del semanario *Tiempo* en 1948. Su andadura en el ámbito literario tiene como obra más destacada *La epopeya de Alhucemas (los alicates rojos)*, prologado por Alejandro Lerroux, publicado en 1925. Tras su exilio mexicano, regresó a su localidad natal, donde falleció (Cáseda Teresa, 1998: 13-14).

Leopoldo Bejarano (- Madrid, mayo de 1964). Periodista y militar perteneciente al Cuerpo de Artillería con el grado de capitán y ayudante del general Luque en la guerra de Cuba. Desempeñó durante muchos años en *El Liberal* la tarea de cronista teatral y realizó las coberturas de la guerra de Marruecos de 1909, 1921 y 1925, siendo de los

más veteranos, pues en 1893 tomó parte como oficial. Bejarano fue escritor después. (ABC, 20 de mayo de 1964). Durante la Guerra Civil fue Gobernador Militar de Ciudad Real, tras la que fue incluido entre los periodistas ‘depurados’ y condenado a prisión (Guzman, 1976: 28). Durante su vida adquirió cierta fama de camorrista.

Juan Berenguer (Córdoba, 1899 – Sevilla, 1936). Periodista y escritor. Cubrió el desembarco de Alhucemas para United Press y fue director de *El Popular de Melilla*.

Francisco Javier Betegón Aparicio. (Madrid, 1860-Madrid 8 de noviembre de 1919). Periodista. Licenciado en Derecho por la Universidad de Sevilla. En su juventud dirigió las publicaciones *La Unión* (1887), *La Monarquía* (1888-1889) y *La Libertad* (1891), pero casi toda su carrera profesional la desarrolló como redactor en el diario conservador *La Época*, desde 1909 hasta su muerte (APM, 2009, recursos telemáticos). Su toma de contacto con el conflicto hispano-marroquí se produjo en 1906, cuando cubrió la Conferencia de Algeciras, tras la que publicó el libro *La Conferencia de Algeciras, diario de un testigo*. Siguió la campaña de Marruecos de 1909. También siguió al rey en varios viajes. Escribió crítica teatral con el seudónimo de *Antón Martín* o *Un Abonado*. Ocupó el cargo de Secretario General de la Asociación de la Prensa de Madrid desde julio de 1899 a enero de 1907. En el partido conservador llegó a tener una posición prominente y en la presidencia del Gobierno fue colaborador de Cánovas y Silvela, siendo jefe de la sección de Política y diputado por Cuba (Santiago de Cuba) en las elecciones del 1 de febrero de 1891. En la administración falleció siendo Subdirector de Agricultura en el ministerio de Fomento (*La Época*, 8 de noviembre de 1919), pero también fue gobernador de varias provincias filipinas y gobernador civil de Cuenca y Guadalajara (*La Época*, 9 de noviembre de 1919). Recibió numerosas condecoraciones como la gran cruz de la orden de Beneficencia, la encomienda de número de la orden de Alfonso XII y de Isabel la Católica, la cruz de tercera clase del Mérito Militar, medallas de la campaña de Melilla y de Alfonso XIII, gran cruz de la Concepción de Villaviciosa y encomienda de número de la de Santiago de Portugal, entre otras. También era oficial de la Legión de Honor de Francia.

Domingo Blanco. Periodista. Redactor en Madrid de los periódicos *El Resumen*, *La Iberia*, *El Imparcial* y *Heraldo de Madrid*. Posteriormente residió en Méjico, donde fue redactor del periódico *El Correo Español* y en 1903 ingresó en el *Diario Universal de Madrid* (Ossorio, 1903: 47). Cubrió los enfrentamientos de 1893 de Melilla, destacándose en el asedio a Cabrerizas Altas, y después también la guerra de Cuba.

José Boada Romeu. Periodista. Desde de 1889 realizó varios viajes a Marruecos. Acudió a Melilla como corresponsal de *La Vanguardia* en 1893. Fue uno de los que sufrió el asedio al fuerte de Cabrerizas. En su obra *Allende el estrecho: viajes por Marruecos* recuerda una visita anterior a la región, explica el conflicto entre España y Marruecos y narra la embajada de Martínez Campos a Marraquech para firmar la paz, con abundante material fotográfico (Martínez Salazar, 1997: 112).

Tomás Borrás (Madrid, 10 de febrero de 1891-Madrid, 27 de agosto de 1976). Periodista. Cursó tres años de Derecho en la Universidad Central. Sus primeros trabajos periodísticos aparecieron en *El Imparcial*, *El Liberal* y *Heraldo de Madrid* y abandonó la carrera para entrar de meritorio del periódico *La Mañana* en 1911. A continuación trabajó en *La Tribuna*, que en 1914 le envió a Centroeuropa como corresponsal de guerra. En 1920 fue enviado por *El Sol*, también como cronista de guerra a Marruecos, relatando los efectos de la caída de la Comandancia de Melilla de 1921. De aquella experiencia escribió *La pared de tela de araña*. En 1923 pasó a *La Voz*, de donde se marchó descontento por su orientación política. Entró en *La Nación*, dirigido por Delgado Barreto, en 1928, y dos años más tarde en *ABC* y *Blanco y negro*. Logró huir del Madrid republicano y participó en la fundación de la revista *La Ametralladora*, destinada a los soldados que luchaban en el bando nacional. En Sevilla dirigió el diario *Fe* hasta que en 1938 fue llamado por Gregorio Corrochano para hacer el diario *España* en Tánger. Afiliado a la Falange desde 1936, había sido redactor de *No Importa*, y más tarde, delegado de prensa en Guipúzcoa. Terminada la guerra regresó a Madrid y fundó el Sindicato Nacional del Espectáculo, del que fue su primer jefe. En 1954 fue nombrado periodista de honor, y fue presidente del Instituto de Estudios Madrileños. Se le había concedido la Encomienda con placa de la Orden de África, y desde febrero de 1966 era cronista oficial de la villa de Madrid. Ese mismo año se le otorgó el premio

nacional de literatura “Miguel de Cervantes” y al año siguiente el premio nacional de periodismo Francisco Franco. Además de su faceta como periodista, fue escritor, dejando un legado de 75 obras de teatro, y numerosas novelas, cuentos, poesía y ensayos. Entre sus amistades se encontraban Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Ramón Gómez de la Serna, Ricardo León y Gutiérrez Solano, en cuyo cuadro *La tertulia del Café Pombo* quedó retratado (ABC, 28 de agosto de 1976).

Carmen de Burgos Seguí, *Colombine*, (Níjar, 19 de diciembre de 1867 – Madrid, 8 de octubre de 1932). Escritora y periodista. Profesora de la Escuela Normal de Maestras de Madrid. Se inició muy joven en la literatura y en el periodismo. Fue colaboradora de numerosos diarios de España, de Hispanoamérica y de otros países, pero destacó de manera especial en *Heraldo de Madrid*, donde popularizó el seudónimo de *Colombine*. Por este diario fue enviada a Melilla durante la campaña de 1909. Desempeñó tareas de redactora y es considerada la primera corresponsal de guerra española. De esta experiencia publicó *En la guerra. Episodios de Melilla*, pero su nombre como escritora se forjó con novelas, ensayos, teatro, libros de educación y puericultura como *Ensayos literarios*, *Arte de saber vivir*, *La cocina moderna*, *Alucinación*, *Por Europa*, *Cuentos de Colombine*, *Senderos de vida*, *Los inadaptados*, *El veneno del arte*, *La protección y la higiene de los niños*, *El voto de la mujer*, *El divorcio en España*, *Quiero vivir mi vida*, *Riego, un crimen de los Borbones* y *La mujer moderna y sus derechos*. Carmen de Burgos hacía gala de su ideario republicano y estuvo vinculada a causas de tipo social e intelectual y en los últimos años colaboraba de manera destacada en movimientos feministas internacionales. Falleció de manera repentina mientras participaba en una reunión del Círculo Radical Socialista.

José Juan Cadenas (1873- Madrid, 14 de agosto de 1949). Periodista. Su afición por la literatura le llevó a iniciarse como poeta y periodista. Trabajó para ABC como corresponsal en París, Viena y Londres (ABC, 15 de agosto de 1947). Cubrió la Conferencia de Algeciras de 1906 para *La Correspondencia de España* y en 1908 este mismo diario lo destinó como corresponsal en Berlín. Ejerció primero el cargo de consejero delegado de la Sociedad de Autores y a la muerte de Eduardo Marquina, fue nombrado director. Escribió obras como *La Dolores*, *La tragedia de Pierrot*, *Doña Inés*

de Castro, *El famoso colirón*, *El primer nieto*, *Los obreros*, entre otras, y tradujo novelas y obras de teatro al castellano. Introdujo la revista y la opereta extranjeras (*ABC*, 15 de agosto de 1947).

José del Campo Moreno (Madrid, 1866 – Madrid, 18 de abril de 1949). Hijo del poeta y dramaturgo José del Campo Arana. Fundador de Prensa Española. Inició su carrera periodística en *El Globo*, de donde pasó a *Blanco y Negro*, del que fue secretario, y a la redacción del *ABC*, que lo envió a Marruecos para cubrir el conflicto, informando de la toma de Larache, Alcazarquivir y Tetuán por las tropas españolas. Fue traductor de numerosas novelas que se publicaron en *Blanco y Negro*. Condecorado con la medalla del Trabajo (*ABC*, 19 de abril de 1949).

Ricardo J. Catarineu (Tarragona, 1868 - Madrid, 15 de enero de 1915). Periodista. Ejerció sobre todo la crítica teatral, con el seudónimo de Caramanchel. Fue un autor que cultivó la poesía, con *Giraldillas*, prologado por Clarín, entre otras composiciones publicadas, y escribió numerosas obras teatrales: *El deber*, *La otra*, *La mentira del amor* y *Por los hijos*. También tradujo comedias. Como periodista trabajó para *La Correspondencia de España*, cubriendo los sucesos de 1907 desde Tánger (*La Época*, 15 de enero de 1915) y colaboró con las revistas españolas más importantes (*La Vanguardia*, 17 de enero de 1915).

Manuel Company (1855- Madrid, 13 de enero de 1909). Fotógrafo. De los más conocidos en el Madrid de finales del XIX. Su estudio de la plaza del Príncipe Alfonso empezó a funcionar en 1870 hasta 1899, abriendo posteriormente otros en la calle Visitación, en Fuencarral y la galería “Greco” en Alcalá 19, que compró a Otero a finales de siglo. Para él trabajaron entre otros Alfonso García Sánchez y J. L. Demaría Campúa, que se convirtieron en excelentes fotorreporteros. Conocido retratista, formó parte del comité que publicaba la revista *Daguerre. Sociedad de Fotógrafos Establecidos*, que empezó a publicarse en 1904, junto con los grandes fotógrafos de la época, J. Bueno, Mariano Gombau, Manuel Alviach y por breve tiempo, Christian Franzen. Su trabajo apareció en revistas gráficas de la época y fueron muy conocidos sus reportajes de sucesos para *La Ilustración Ibérica* (1891) o sus imágenes taurinas

para la revista *Sol y Sombra* (1897). En 1893 hizo un amplio reportaje fotográfico de la guerra del Rif en Marruecos que se publicó en la revista *Blanco y Negro*. (*ABC*, 14 de enero de 1909). Es un referente del fotoperiodismo de guerra español.

Gregorio Corrochano (Talavera de la Reina, 8 de abril de 1872 – Madrid, 19 de octubre de 1961). Periodista e ingeniero de caminos. Entró en el periodismo como redactor meritorio del diario madrileño *La Mañana*, fundado por Luis Silvela, y dirigido por Manuel Bueno, en el que hizo amistad con Serrano Anguita, Tomás Borrás y el poeta Enrique López Alarcón. Encargado de la crítica teatral, se inició en la crónica taurina. De *La Mañana* pasó a *Ecos*, que editaba Prensa Española y de esa revista a *ABC*. Realizaba trabajos de redacción y de calle, tribuna y pasillos del Senado y Gobernación. Por indicación de Torcuato Luca de Tena se encargó de la sección de toros del diario, que al final de su vida culminó con el libro *Cuando suena el clarín*. A Marruecos fue como corresponsal de guerra en 1921, para informar sobre el Desastre de Annual y la reconquista del territorio perdido, permaneciendo toda la campaña. En los años siguientes, hasta la finalización de la guerra en 1927 siguió recalando en Melilla, narrando también el desembarco de Alhucemas. A pesar de ser amigo del general Sanjurjo, junto a otros corresponsales, recibió presiones por algunos mandos del ejército. Escribió *Mektub!*, una novela que tenía como tema de fondo el conflicto de la presencia española en el Protectorado. En plena Guerra Civil, en octubre de 1938, se encontraba en Marruecos, y fundó el diario *España* en Tánger, del que fue director y propietario, funcionando como medio de propaganda del bando nacional. Alcanzó renombre como corresponsal bélico y crítico taurino, lo que le permitió obtener el título de comendador de Isabel la Católica y de periodista de honor, las cruces del Mérito Militar y Civil y otras condecoraciones. En 1956 recibió el premio Mariano de Cavia por su artículo “André Leveuf y Roger Ladeveze”. Un año antes había obtenido el “Castillo de Chirel” de la Real Academia Española. Una vez comentó que Marruecos y los toros eran el resumen de su vida (*ABC*, 20 de octubre de 1961).

José Dato Egea (18??-1922). Periodista. Redactor de *El Ejército Español*, por el que cubrió la campaña de 1909. Miembro de la APM (López de Zuazo, 1981: 149).

José Luis Demaría López, *Campúa* (Jerez de la Frontera, 1870 - Madrid, 22 de septiembre de 1936). Fotógrafo. Padre de José Demaría Vázquez. Comenzó en la fotografía como ayudante de un estudio fotográfico en su localidad natal. Al paso por Jerez del fotógrafo madrileño, Compañy, en 1893, le contrató, llevándoselo a Madrid y poniéndolo al frente de una de sus sucursales, la Galería Greco, aprendió el oficio a fondo. Realizó retratos de personalidades del momento como Eduardo Dato, Antonio Maura, Pablo Iglesias, Marañón, Unamuno, Azorín, Baroja, Valle Inclán, María Guerrero, Joaquín Dicenta, Amadeo Vives o Guerrita. Pero donde destacó fue en su cobertura en la campaña del Rif de 1909, con viajes desde 1907, de la que quedan fotos de alto valor histórico. La guerra de África lo convirtió en el reportero más prestigioso y popular de España, siendo considerado por José Altabella como el creador del reporterismo gráfico español. Sus fotografías del desastre del barranco del Lobo, de la victoria en el Gurugú y de otras poblaciones norteafricanas y sus primeras tomas desde un globo aerostático, las primeras en España, se publicaron en *Nuevo Mundo* y en otras revistas nacionales y extranjeras, lo que le valió un gran reconocimiento a su trabajo. Fue condecorado con dos Cruces Rojas al Mérito Militar y nombrado Fotógrafo de la Casa Real. Fue asesinado en Madrid, a la puerta de su casa, el 21 de septiembre de 1936, por sus relaciones con la Casa Real. Sus archivos fueron saqueados y se perdió gran parte de su trabajo. (*La Voz de Jerez*, 13 de agosto de 2006).

José Demaría Vázquez (Jerez de la Frontera, 13 de febrero de 1900 – Madrid, 28 de febrero de 1975), conocido como Pepe *Campúa* para distinguirlo de José Luis Demaría López, de quien era hijo. Fotógrafo. Se inició en la fotografía en el estudio familiar, del que tuvo que hacerse cargo en 1920 cuando nombraron a su padre director de *Mundo Gráfico*. Fundó la Agencia Express y colaboró en la revista *El Fígaro*. Además de fotógrafo, realizó reportajes para actualidades cinematográficas, continuando en este arte la labor dejada por su padre y mentor. Realizó al menos dos coberturas de la guerra de África, concretamente tras los desastres de Annual y Monte Arruit, dos meses en el otoño de 1921, entre finales de septiembre y la última semana de noviembre, coincidiendo con la recuperación por parte de las tropas españolas de algunas de las posiciones perdidas el año anterior a manos de los rifeños; y entre marzo y mayo del año siguiente, 1922, para fotografiar las operaciones aéreas y al Infante Alfonso de Borbón. Pepe *Campúa* siguió a partir de entonces los principales movimientos de las

columnas españolas y, en especial, la que dirigía el general Sanjurjo con quien forjó una estrecha relación. La cobertura de la guerra le permitió forjarse una reputación propia como reportero gráfico diferenciada de la de su padre. Sus reportajes destacan por el realismo, en ocasiones duro de digerir para la opinión pública. Posteriormente, también realizó coberturas durante la Guerra Civil. (Moreno, 2013: 8 y ss.)

José María Díaz Casariego (Madrid 1897 - Madrid 1967) Fotógrafo. Se inició en *Nuevo mundo* pero lo abandonó para ser cofundador de *Mundo Gráfico*, trabajando también para *La Esfera*. Llegó a ser jefe gráfico del *ABC* republicano. Estuvo en la campaña de 1921 y en el desembarco de Alhucemas en 1925. Fue amigo de Alfonso Sánchez Portela con el que pudo realizar fotografías de Abd el-Krim y su campamento en la guerra de Marruecos a pesar de la censura existente, lo que les supuso un gran reconocimiento al ser los únicos que lo consiguieron. En sus coberturas conoció a Franco, Mola y otros militares, lo cual le valdría para librarse de la pena de muerte tras la Guerra Civil. Llevaba en su cartera un indulto firmado de puño y letra por Franco, que solía mostrar. Se le prohibió seguir ejerciendo como fotógrafo y acabó como funcionario en el servicio de microfilmado de la Hemeroteca Municipal de Madrid. Su archivo, supuestamente requisado en los años cuarenta, pasó a manos de la agencia Efe en la transición. (*ABC*, 10 de abril de 1910)

Alfredo Escobar Ramírez (Madrid 5 de marzo de 1857-Madrid 23 de febrero de 1949). Periodista. Director de *La Época* desde 1887, diario por el que viajó a Melilla para cubrir los hechos bélicos de 1893. También fue cronista oficial de los viajes de Alfonso XIII y de la infanta Isabel con los seudónimos de Almaviva en *El Imparcial* y Mascarilla en *La Época*. Fue diputado en cinco ocasiones por Madrid (Navalcarnero) entre 1884 y 1896 y senador vitalicio de 1896 a 1898. Publicó sus memorias en *Setenta años de periodismo*, que hace un recorrido por la historia de España (*ABC*, 16 de diciembre de 1949). Hijo de Ignacio José de Escobar y López de Hermosa, director de *La Correspondencia de España* y propietario de *La Época*.

Teresa Escoriaza Zabalza (San Sebastián, 7 de diciembre de 1891 - 18 de julio de 1968). Periodista, traductora, profesora de idiomas y novelista. Trabajó como

corresponsal extranjera enviando crónicas desde Nueva York, participó como reportera en el conflicto de Marruecos en 1921 para *La Libertad* de cuya experiencia dejó *Del dolor de la guerra (crónicas de la campaña de Marruecos)*. También intervino en los primeros programas de la radio española. Es una de las primeras corresponsales en el extranjero de la historia del periodismo español. Además, fue una activa defensora de los derechos de la mujer. Su labor como pionera se observa, además, en su trabajo como profesora de español en Estados Unidos. Vivió muchos años en Nueva York, ciudad en torno a la que escribió varias crónicas y una novela en 1929, *El crisol de las razas*, en el que investiga acerca de su biografía y su labor como escritora y docente. (Palenque, 2006: 363-376).

Ezequiel Endériz Olaverri (Tudela 30 de noviembre de 1889 – París, 8 de noviembre de 1951) Periodista. Se inició en la prensa navarra, de la que pasó a *El Liberal* de Barcelona, donde fue crítico taurino, y de ahí a la redacción de Madrid en 1912. Colaboró con publicaciones de orientación republicana y socialista, ideologías en cuya defensa estuvo estrechamente vinculado en ámbitos intelectuales. Escribió varios libros basados en un republicanismo extremo. Ejerció como cronista de las campañas de 1921 y 1922 en el Rif. Una vez terminada la Guerra Civil, Endériz se instaló en Toulouse, donde trabajó en el semanario *L'Espagne Republicaine* y publicó *Fiesta en España* (1948) y *El cautivo de Argel* (1949).

Luis Fernández de Castro. Periodista. Redactor de *El Globo*, y miembro de la APM desde 1906 (López de Zuazo, 1981: 184). Cubrió para *Informaciones*, junto a Ruiz Albéniz, el desembarco de Alhucemas.

José Ferrín Fernández (Málaga, 1871 – Melilla, 18 de julio de 1933). Periodista. Muy conocido como *P. Pillo*. Sus orígenes periodísticos aparecen en Melilla, donde trabajó primero como redactor y director de *El Eco de Melilla*, y posteriormente en *El Telegrama del Rif*, del que en 1921 pasó a ocupar el cargo de redactor-jefe. También dirigió *El Heraldo de Melilla* en su última época, cuando pasó a depender también de Cándido Lobera. Además, fue corresponsal en Melilla y su zona de influencia para varios diarios nacionales, entre ellos *ABC*, y para la agencia Mencheta (*Melilla Hoy*, 10

de octubre de 2010). Cubrió todas las campañas militares desde 1909. Fue miembro de la Asociación de la Prensa, de la que llegó a vicepresidente primero, y vocal de la Junta Municipal de Melilla (*ABC*, 19 de julio de 1933).

Luis de Galinsoga y de la Serna (Cartagena, 27 de agosto de 1891 – Madrid, 20 de febrero de 1967) Periodista. Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid. A los 19 años comenzó a colaborar en la revista bilbaína *Luz y Taquígrafos*. En 1912 creó y dirigió en Madrid el semanario *España*, órgano de las juventudes conservadoras, y por esa época también participó en la revista *Ciudadanía*. Después trabajó en el periódico satírico *El Mentidero* y desde 1916 en el diario *La Acción*, donde se encargaba de las crónicas parlamentarias. En 1919 fue jefe de prensa del ministerio de la Gobernación (*La Vanguardia*, 21 de febrero de 1967). Cubrió la campaña de recuperación de los territorios perdidos en 1921. El 1 de diciembre de 1922 ingresó en la redacción de *ABC*, en la que empezó haciendo crítica de arte. Ascendió a jefe de redacción en 1929 y fue designado director del diario el 3 de marzo de 1936 tras la dimisión de Juan Ignacio Luca de Tena de director y presidente del Consejo de Administración. Permaneció menos de cinco meses, hasta el 20 de julio, tras el estallido de la Guerra Civil. Se refugió en los consulados de Rumanía y Polonia hasta que el 24 de febrero de 1937 pudo cruzar al territorio dominado por el bando nacional, donde la empresa le puso a dirigir el *ABC* de Sevilla. Con Calvo Sotelo había formado parte de la secretaría política de Antonio Maura (*La Vanguardia*, 21 de febrero de 1967). En abril de 1939 fue designado director de *La Vanguardia*. Fue hasta su muerte delegado del Gobierno en la Zona Franca de Barcelona. Estaba en posesión de numerosas condecoraciones, como la Gran Cruz del Mérito Naval. En 1937 obtuvo el premio Luca de Tena por su artículo titulado “Hoy hace un año que la República asesinó al profeta, precursor y protomártir de la Restauración de España”. En 1954 el ministro de Información y Turismo le concedió el título de periodista de honor y en 1957 recibió el premio Jaime Balmes, por su labor como director. Ese mismo año publicó su libro, *Centinela de Occidente*, que obtuvo el Premio Nacional convocado por la Secretaría General del Movimiento, siendo declarado como “de utilidad para el Ejército” (*ABC*, 21 de febrero de 1967).

Alfredo García García (Gijón, 1876-Gijón, 1959). Periodista. Más conocido por su sobrenombre *Adeflor*. Se inició muy joven en el periodismo. Ejerció en *El Noroeste* y *El Comercio* de Gijón, del que llegó a ser su director en 1920. Por este diario realizó la cobertura de la campaña de 1921, desde Melilla primero y desde Tetuán después, permaneciendo desde el 6 de agosto al 6 de diciembre (*El Comercio* de Gijón, 3 de mayo de 2008).

José García Rufino (1873 – Sevilla, 21 de febrero de 1940). Periodista. Destaca como reportero en *El Porvenir* en 1898. Por *Blanco y Negro* cubrió junto al pintor sevillano José Arpa la campaña de Melilla de 1893. Una vez venido a menos *El Porvenir*, publicó en Sevilla su propia revista satírica *Don Cecilio*, cuyo título adoptó como seudónimo. Cerrada la revista, se dedicó a la escritura de teatro de tipo costumbrista. Autor de la obra poética *Las Golondrinas* (*ABC*, 21 de febrero de 1943).

Rafael Gasset Chinchilla (Madrid, 1866-1927). Periodista, político y abogado. Director de *El Imparcial* desde 1890 y corresponsal en Cuba. Encabezó la cobertura de 1893 de su diario tras el asedio a Cabrerizas Altas. Militó en el partido conservador y fue ministro de Agricultura en 1900 y de fomento entre 1905 y 1922. Fundador de la APM en 1895 (López de Zuazo, 1981: 235).

Ramón Gasset Chinchilla (18 de octubre de 1873 – Madrid, 12 de septiembre de 1933). Ingeniero y licenciado en Filosofía y Letras. Fue corresponsal de *El Imparcial* en Melilla en 1893 y en 1898 en la guerra de Cuba y en los Estados Unidos. Fundó la revista *Faro* en 1908 (López de Zuazo, 1981: 235). Hermano de Rafael Gasset Chinchilla. Fue diputado en dos ocasiones por el partido liberal, tras las elecciones del 10 de septiembre de 1905 por La Coruña y por Málaga en las elecciones del 8 de mayo de 1910. También fue senador en dos ocasiones, en 1914 y 1916. Ejerció como inspector de las Escuelas Industriales. Acudió como soldado voluntario a la campaña de Melilla, regresando como sargento (*ABC*, 13 de septiembre de 1933).

Francisco Goñi Soler (Madrid, 23 de agosto de 1873-1936) Fotógrafo. Su incipiente carrera en la milicia la abandonó pronto para dedicarse profesionalmente a la fotografía.

Comenzó con colaboraciones en El Gráfico, junto a Campúa, Alfonso, Irigoyen o Amador. De ahí paso a ABC en 1905 y a Actualidades. Cubrió actos taurinos y deportivos, política y también hizo crónica social y de sucesos y acompañó al rey Alfonso XIII en sus viajes. Su trabajo como reportero de guerra es destacable en 1909 acompañó a Alfonso XIII en su visita al frente de Melilla, y en 1912 volvió con el monarca a los altos del Gurugú. Aunque quedan fotografías suyas de las visitas reales a los escenarios bélicos, las mejores fueron realizadas en el frente de Melilla. (Arqueología, 2012: recursos telemáticos). Fusilado al inicio de la Guerra Civil.

Valentín Gutiérrez de Miguel (Jaén 1891 -) Periodista. Entre 1918 y 1932 trabajó en *La Voz* de Madrid, diario para el que cubrió el desembarco de Alhucemas en 1925 junto a Benito Artigas. De ahí paso a *El Sol* (1932) y *El Socialista* (1936). Militó activamente en el socialismo republicano. Durante la guerra civil fue comandante de la 112 Brigada Mixta y mayor de Infantería en la 65 División del Ejército del Centro en los frentes de Madrid. Detenido al finalizar ésta y condenado a la pena de muerte que le fue conmutada. Estuvo recluido en la cárcel de Jaén y tras varios años en prisión salió en libertad condicional. En noviembre de 1947 solicitó el reingreso a la Asociación de Prensa de Madrid. (F. Pablo Iglesias, 2012, recursos telemáticos)

Juan Guixé Audet (Castelló de Farfanya, Lérida, 1886-1943) Escritor, director de *La Palabra Libre*, Madrid, 1911; redactor corresponsal en Londres (1918-1919) y director en 1919 de *La Jornada*. También ejerció como corresponsal en París. Redactor de *España* en 1915, *España Nueva*, *España Moderna* (1914) y *Heraldo de Madrid*, para el que cubrió en 1921 la guerra de Melilla. Colaborador de *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Mercantil Valenciano* (1913), *El Noticiero Universal* de Barcelona, *La Voz* de Córdoba, *El Noroeste* de Gijón y de la *Revista Nacional de Economía*. Miembro de la APM desde 1912 (López de Zuazo, 1981: 269).

Francisco Hernández Mir (1871-1956). Periodista de *El Porvenir* de Sevilla, y de *La Libertad* entre 1919 y 1931. Cubrió todo el conflicto entre 1893 y 1925. Escribió varios libros sobre el conflicto entre los que se encuentran *Farrucos y gallinas*, *Impresiones de un viaje a Melilla*, de 1894, basado en la recopilación de las cartas que el corresponsal

iba enviando a la redacción del periódico mientras acompañaba al cuerpo expedicionario del general Chinchilla que había partido de la capital andaluza, y todo lo sucedido en territorio africano hasta el 19 de diciembre de 1893 (Adra, 2008: recurso telemático) y *Del desastre a la victoria (1921-1926). Ante las hordas del Rif, en 1926*. Miembro de la APM desde 1911. (López de Zuazo, 1981: 277).

Emilio Herrero Mazorra (Reinosa, 1882-Madrid, 1968). Inició su labor periodística antes de cumplir los veinte años. En 1907 fue corresponsal de la "Prensa Asociada", de Barcelona. Escribió en *La Veu de Catalunya*, *Diario Universal*, *Noticiero Bilbaíno* y en *El Cantábrico*, de Santander. En 1912 fue redactor político de *La Tribuna*, y revistero taurino. Y desde 1920 trabaja como redactor en España, de la agencia norteamericana *United Press*, de la, que durante algún tiempo fue también corresponsal en París (*ABC*, 18 de septiembre de 1962) y por la que cubrió el desembarco de Alhucemas. Herrero destacó también al asumir en 1931 el cargo de Jefe del Gabinete de Prensa del Presidente de la República Niceto Alcalá Zamora. Con inquietudes políticas, unos meses antes de la Dictadura de Primo de Rivera fue elegido diputado provincial por Madrid, cargo que no llegó a desempeñar al disolverse las instituciones públicas por orden del Directorio militar. En 1924 la Dictadura ordenó su encarcelamiento con el único cargo de que con motivo de una visita de Primo de Rivera a Marruecos que cubrió Herrero para la *United Press*, incluyó noticias cuya transmisión estaba prohibida por las autoridades militares. Igualmente durante la II Guerra Mundial mantuvo a salvo la oficina de *United Press* de la que era redactor en París al conseguir un salvoconducto de un oficial nazi que le permitió evitar los controles de los ocupantes (Sáiz, J. R., 2004, recursos telemáticos). Periodista de Honor en 1962, distinción entregada por el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne.

Antonio de Lezama y González del Campillo (Laguardia, 1888 - Madrid, 1971). Periodista, novelista y dramaturgo. Comenzó su labor periodística en 1907 en *El Liberal*. En 1919 fue cofundador de *La Libertad*, del que fue redactor jefe, accionista y subdirector hasta 1931, diario para el que cubrió la campaña de 1921 y el desembarco de Alhucemas de 1925. (López de Zuazo, 1981: 315). De ideas radicales y anticlerical militante, se opuso a la Dictadura de Primo de Rivera, siendo encarcelado en diversas

ocasiones. En las elecciones a Cortes Constituyentes, una vez proclamada la Segunda República, renunció a su candidatura. Durante esta etapa continuó su labor periodística como subdirector del periódico *La Libertad*. Al estallar la guerra civil, fue comisario político en la Sexta División del Ejército Republicano. Más tarde desempeñó el cargo de director de la Escuela Superior de Comisarios de Guerra del Ejército del Centro. Se refugió en la embajada chilena justo antes de la caída de Madrid. En 1941 se exilió en Chile, donde trabajó en el periódico *La Hora*, y colaboró con Margarita Xirgú en la fundación de la Escuela Nacional de Teatro de Chile, obteniendo finalmente la nacionalidad chilena. De su etapa en África escribió en 1922 *Los caballeros de Alcántara en las tierras de odio y sangre: emocionante y trágico relato de la dolorosa página de Monte-Arruit* (Buscarini, 2007:)

Adolfo Llanos Alcaraz. Escritor, nacido en Murcia. Militar que hizo la guerra de África con el empleo de alférez. Desde 1863 a 1873 fue redactor de los periódicos madrileños *El Reino*, *El Mosquito*, *La Farsa*, *El Noticiero de España* y *El Correo Militar*, y dirigió en 1869 el titulado *¡A la una! ¡A las dos!* En 1873 marchó a Méjico, donde fundó el diario *La Colonia Española*. Las autoridades mejicanas lo consideraron extranjero pernicioso y lo expulsaron, estableciéndose en Nueva York, donde fundó *La Raza Latina* en 1879. Regresó a España poco después, para volver a las repúblicas americanas. Sus libros y sus producciones dramáticas fueron premiados por la Real Academia Española. Fue colaborador de *La Ilustración Católica*, *La Ilustración Española*, *La Niñez* y el *Diario Oficial de Avisos* (Ossorio, 1903: 243).

Cándido Lobera Girela (1871 - Melilla, 30 de abril de 1932). Periodista y militar. Llega a Melilla como capitán de artillería (*La Época*, 30 de abril de 1932), participando en las campañas de 1893 y 1909. No obstante, su vocación por el periodismo le lleva a ejercer de corresponsal para periódicos como *La Vanguardia*. Es fundador y director de *El Telegrama del Rif*, defensor de los intereses de España en Marruecos, que inicia su publicación el 1 de marzo de 1902. Presidente de la Junta Municipal de Melilla (*África*, mayo de 1932).

Enrique López de Alarcón (Málaga, 22 de junio de 1891 – La Habana, agosto de 1948). Escritor y periodista. Alcanzó cierto éxito con el poema dramático *La tizona* y con obras teatrales como *¡Vivir!*, *Fígaro, barbero de Sevilla* y *Gerineldo*, en colaboración con Cristóbal de Castro. Fue también periodista en las redacciones de *La Época*, *La Mañana* y *La Tribuna*, entre otros (ABC, 24 de agosto de 1948). Cubrió la campaña de 1909 por *El Mundo*, que en lo literario dio como resultado *Melilla 1909; crónica de un testigo, diario de la guerra escrito durante las operaciones en el Rif* (1911), en que recoge su experiencia como corresponsal de guerra. Su proximidad a los ambientes anarquistas provocaron su exilio tras la guerra civil.

Luis López Ballesteros (Mayagüez, Puerto Rico, 1869-1933). Periodista, abogado y licenciado en Filosofía y Letras, autor dramático, diputado y gobernador civil de Málaga en 1902, de Cádiz y de Sevilla en 1906. Fue redactor de *La Voz de Guipúzcoa*, *La Regencia*, *La Opinión*, *La Correspondencia de España*, *Heraldo de Madrid*. También fue redactor jefe del *Diario Universal*, director de *El Día*, colaborador de *La Ilustración Española y Americana*, *El Teatro* (1903) y *Alma Española*. También ejerció como redactor y director de *El Imparcial* en 1903, por el que cubrió la campaña de 1909. Miembro de la APM desde 1899 (López de Zuazo, 1981: 319).

Emilio López López. Periodista. Ejerció como corresponsal de *El Telegrama de Melilla* en Tetuán en 1924, por el que cubrió la batalla de Mitzal y ABC el desembarco de Alhucemas.

Rafael López Rienda (Granada, 1898 – 1928). Periodista. Se alistó en el ejército cuando era un adolescente y se le mandó a la Guerra de África. En zona de conflicto, apenas un año después, pasó al Grupo de Fuerzas de Regulares Indígenas de Larache, en el que alcanzó el grado de sargento por su participación en distintas acciones de guerra. En total, la permanencia de López Rienda en Marruecos se prolongó durante 14 años, en los que compatibilizó sus obligaciones castrenses con la tarea informativa que cumplía con *El Defensor* de Granada. Manuel Aznar, desplazado a la zona por el diario madrileño *El Sol* para cubrir el conflicto bélico, lo conoció y propuso en 1919 al director del periódico la publicación de algunos trabajos suyos como experto africanista

y militar condecorado y herido en combate. A partir de ese momento López Rienda empezó a cobrar una fama que le acompañaría hasta su muerte, como uno de los mejores corresponsales de guerra de su época. Al estallar en el Protectorado español los graves acontecimientos de 1921, el ya bien conocido cronista asumió la delegación en Melilla de *El Sol* y *La Voz*, y de *La Vanguardia* así como las corresponsalías de *El Defensor de Granada*, *La Época* y *La Nación* de Buenos Aires, sin dejar de colaborar mientras tanto en los periódicos de la zona: *El Telegrama del Rif*, de Melilla; *El Eco de Tetuán*, fundado por Pedro Antonio de Alarcón, y *Diario Marroquí*, que él mismo había fundado en 1920 y dirigido en Larache. Sus crónicas se distinguían por alejarse del tono heroico oficial, retratando el conflicto en toda su crudeza, planteando las causas del problema marroquí y describiendo la realidad vivida en primera persona en el propio campo de batalla (Ruiz, 2010, recursos telemáticos), a lo que contribuida su etapa como militar. Fue herido en batalla y se le citó en la orden general con motivo de los combates de Beni Aros. Varias cruces rojas premiaron su comportamiento militar. Fruto de sus observaciones y de sus estudios, fueron, además de los trabajos periodísticos, sus libros documentales *El millón de Larache*, *Frente al fracaso: Raisuni*, *De Silvestre a Burguete* y *Del Uarga a Alhucemas*, así como sus novelas *Tánger*, *pequeño Montecarlo*, *Mi legionario* y *Bajo el sol africano*. También cultivó el teatro, estrenando *El héroe de la Legión* y *El retrato de Friné*. Tuvo a su cargo durante algún tiempo la dirección de los periódicos *Diario Marroquí*, del que fue fundador, y *El Eco de Tetuán*, que fundó por Alarcón. En los últimos años, dirigió las películas *Águilas de acero* y *Los héroes de la Legión*, y antes de fallecer había planeado un viaje por Sudamérica y Hollywood. Fallece por las secuelas ocasionadas por un accidente de tráfico en Valencia un año antes (*La Vanguardia*, 18 de septiembre de 1928). Entre sus condecoraciones la Gran Cruz de Isabel la Católica por su labor como corresponsal de guerra para *El Sol*.

José Losada de la Torre (- Río de Janeiro, 29 de julio de 1947). Periodista. De la corresponsalía de Sevilla del *ABC* pasó a la redacción de Madrid, para encargarse de la información política durante 25 años. Realizó la cobertura de 1921. El 11 de enero de 1940 fue ascendido a director del diario, permaneciendo en el puesto seis años, hasta el 21 de febrero de 1946. Desde ese momento hasta su muerte ejerció como agregado de

prensa de la Embajada de España en Río de Janeiro y corresponsal del ABC en esa ciudad (ABC, 30 de julio de 1947).

Juan Luque García. (Málaga, 1883-Melilla, 1937) Reportero gráfico y periodista. Llegó a Melilla en 1897. Abrió allí su primer estudio fotográfico en 1905 en el barrio del Mantelete y cuatro años más tarde inició su carrera periodística en *La Unión Ilustrada* de Málaga cubriendo la campaña de 1909 y entre 1921 y 1927 recaló en el *Diario de Barcelona*. Cubrió los sucesos de Monte Arruit en 1921, el rescate de los prisioneros en 1923 y el desembarco de Alhucemas en 1925. Fue Condecorado con la Cruz al Mérito Militar por su patriotismo demostrado en sus informaciones que siguieron al Desastre de Annual (1921). Su condición de masón le creó problemas políticos en 1936, tras el golpe de estado a la República. Es otro de los referentes de la fotografía de guerra española.

Benito Marín Ruiz (1886-1953), periodista y autor dramático malagueño. Fue director de los periódicos *El cronista*, *La Unión Mercantil* y *Hoja del Lunes*; redactor jefe de *La tarde*, en el que ejerció la crítica taurina. Escribió *Cancionista*, en colaboración con Juan Cortés Salido que era una parodia de la obra *Cancionera* de los hermanos Quintero; *La conquista del plan*, revista lírica, *Mañanita de mayo*, sainete malagueño (Diario Sur, 2014: recurso telemático).

Jaime Mariscal de Gante (18??-1934). Periodista y militar. Ejerció como lo primero desde 1912, cuando llegó como soldado del regimiento de Caballería Alcántara a Melilla, y luego desde Madrid. En 1925 cubrió el desembarco de Alhucemas para *La Correspondencia Militar*. Redactor de la Agencia Atlante entre 1930 y 1934 (López de Zuazo, 1981: 348).

José Martínez Zegrí. (Madrid, 1887-1955). Fotógrafo de *Nuevo Mundo* y *ABC* entre 1913 y 1955. (López de Zuazo, 1981: 666). Cubrió para estos medios las campañas de 1921 y 1925.

Manuel Martos de la Fuente. Redactor corresponsal de *La Correspondencia de España* durante la campaña de Melilla en 1893 (Ossorio, 1903: 264-265).

Juan Manuel Mata Domínguez (Gerona, 1875-1974). Redactor jefe de *La Correspondencia de España* en 1924. Colaborador de *La Acción* en 1916 y redactor de *ABC* entre 1924 y 1930. Cubrió el conflicto hispano-marroquí tras el desastre de Annual en 1921. Premio Luca de Tena en 1929. Miembro de la APM desde 1907. Fue inspector jefe de Hacienda (López de Zuazo, 1981: 369).

José Medina Togores. Redactor de *El Debate*, del que llegó a subdirector. Cubrió la campaña de 1909 para *El Noticiero Sevillano*. Ejerció como vocal de la Asociación de la Prensa de Madrid entre finales de los años 20 y principios de los 30 (*ABC*, 11 de diciembre de 1934). También fue asesor jurídico de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir (*La Vanguardia*, 23 de octubre de 1927). También tuvo recorrido en el ámbito de la política. Tras las elecciones de 1927 estaba presente en el Congreso de los Diputados como representante de actividades de la vida nacional. Fue uno de los miembros que apoyan a Gil Robles en la constitución del partido Acción Popular, principal partido de la derecha durante la II República. En las elecciones de noviembre-diciembre de 1933, concurre como cabeza de lista del partido Acción Popular de Gil Robles por la circunscripción electoral de Córdoba y se convierte en diputado. Muere el 9 de diciembre de 1934, siendo todavía diputado en activo.

Luis Morote Greus (Valencia, 9 de enero de 1864 – Madrid, 4 de mayo de 1913). Periodista. Licenciado en Derecho por la Universidad Central y también estudió en la Institución Libre de Enseñanza. Desde la infancia mostró interés por la literatura y el periodismo. *El Liberal* lo envió en 1893 a cubrir la campaña de Melilla cuando ya se había hecho un nombre en la prensa nacional. Allí sufrió el asedio en el fuerte de Cabrerizas Bajas junto a su compañero Antonio Rodríguez Lázaro y tres periodistas más. En 1897 fue enviado a la guerra de Cuba (*La Época*, 4 de mayo de 1913), apuntándose el éxito de llegar a través de la manigua al campamento del revolucionario Máximo Gómez, que lo hizo prisionero, condenó a muerte y lo indultó poco después, pudiendo publicar un gran reportaje. Asistió en Washington a la proclamación de Mac

Kinley, siguió la guerra ruso-japonesa desde San Petersburgo, donde interrogó a Trepoff, y en Yasvaia Poliana conferenció con Tolstoi (*El Liberal*, 5 de mayo de 1913). También estuvo en Portugal antes y después de la revolución. En los primeros años del siglo XX era considerado el mejor periodista en el género de la entrevista y el reportaje y el más internacional de España en su época. Pasa por ser también el introductor en la prensa nacional de los grandes reportajes de observación personal y de exposición objetiva habituales en los más importantes periódicos europeos. Dirigió *Heraldo de Madrid* durante algunas temporadas, donde con frecuencia escribía. Dimitió en abril de 1909 por su postura independiente en la concesión para la construcción de barcos destinados a reconstruir la flota española, postura que chocaba con la campaña antimaurista que con ese motivo llevaban a cabo los periódicos del *trust* (Seoane y Sáiz, 1996: 57-58). Seguidamente dirigió *La Noche*. Colaboró con *El Pueblo* y *El Mercantil Valenciano* y en la mayoría de los periódicos de ideario opuestos al conservadurismo. También fue corresponsal del *Diario de la Marina* de Cuba, y cuando le sorprendió la muerte escribía en *El Mundo* de La Habana, en *La Prensa* de Buenos Aires, en *La Publicidad* de Barcelona y en *El País* (*El País*, 5 de mayo de 1913). Fue diputado republicano en cuatro ocasiones: 27 de marzo de 1898 por Cuba, 10 de septiembre de 1905 y 21 de abril de 1907 por Madrid, y 8 de mayo de 1910 por Canarias. Aunque era un republicano y autonomista convencido, abrazó el espíritu monárquico. Autor de numerosas obras: *La libertad en los tiempos antiguos, en la Edad Media y en los pueblos modernos*, *Las anomalías de los criminales*, *La moral de la derrota*, *El Instituto del Trabajo*, *El pulso de España*, *Pasados por agua*, *Los frailes en España*, *Rebaño de almas*, *El terror blanco en Rusia*, *La Duma*, *Teatro y novela*, *Sagasta*, *Melilla y Cuba*, *De la dictadura a la República a (Portugal)*, *La conquista del Mogreb*, *El triunfo del socialismo*, *Una campaña*, *Las elecciones en España: 1834 y 1905*, y varias traducciones.

Eduardo Muñoz (Madrid, 4 de diciembre de 1915). Periodista. Comenzó en *El Globo* de Eleuterio Maisonave, realizando crónica taurina con el seudónimo de El Chiquito. Después colaboró con varios diarios y revistas hasta que entró en *El Imparcial*, dedicándose a la crítica taurina y musical. Cubrió la campaña de Melilla de 1893 y acompañó al general Martínez Campos a negociar las condiciones del armisticio a la

corte del sultán en Marraquech, lo que quedó reflejado en su libro. Posteriormente cubrió la Conferencia de Algeciras de 1906. También escribió sobre política y fue enviado en los viajes reales (*ABC*, 5 de diciembre de 1915). En sus últimos años como periodista continuaba dedicado a la revista taurina, con el seudónimo de *N.N.* y sobre todo a la crítica musical (*La Época*, 4 de diciembre de 1915).

Eugenio Noel Muñoz (Madrid 1885-1936). Licenciado en Filosofía y Letras y escritor. Fundó semanarios como *El Flamenco* de Madrid en 1914, y fue corresponsal en Marruecos de varios diarios (López de Zuazo, 1981: 416).

José Nogales (Aracena, Huelva, 1850-1908). Licenciado en Derecho y novelista. Ejerció como periodista para *La Época* y colaboró con *El Nacional* y *El Liberal*, en 1900. Dirigió *El Liberal* de Sevilla entre 1906 y 1908 y colaboró en *La Lectura, Blanco y Negro* (1903), *ABC* (1903) y *Alma Española*. Miembro de la APM desde 1901 (López de Zuazo, 1981: 416).

Eduardo Ortega y Gasset (Madrid, 1882 – Venezuela, 1964) Escritor, político y abogado. Hermano de José Ortega y Gasset. Tuvo una amplia trayectoria dentro del republicanismo, siendo diputado, gobernador civil de Madrid y fiscal general de la República. En el ámbito periodístico, fue uno de los presentes por *La Libertad* en la cobertura de 1921. Durante la Guerra Civil se exilió en Francia y finalmente murió en Venezuela.

Fabián Ortiz de Pinedo. Redactor de *La Correspondencia de España*, para la que cubrió la campaña de Melilla de 1893, y *El Liberal* entre 1876 y 1909 (López de Zuazo, 1981: 430).

Luis de Oteyza García (Zafra, Badajoz, 1883-1961). Redactor y director de *El Liberal* de Barcelona, redactor de *El Liberal* de Madrid en 1919, colaborador de *El Globo* entre 1902 y 1913, *La Nación* en 1903 y *Calínez* en 1904. Dirigió también *Madrid Cómic*. Fue director y accionista de *La Libertad* entre 1919 y 1925. Miembro de la APM desde 1914. Escribió *La vuelta al mundo de un periodista* (López de Zuazo, 1981: 423). Su

logro periodístico consistió en la entrevista en exclusiva realizada al líder rifeño, Abd-El-Krim, en 1922, que generó polémica en la prensa nacional.

Felipe Ovilo Canales (Segovia, 21 de julio de 1860 - Madrid, 4 de abril de 1909). Médico mayor de Sanidad militar. Desempeñó estas funciones primero en Cuba y después en África, donde residió muchos años. Era el médico de la legación española en Tánger y acompañó al general Martínez Campos a firmar las condiciones del armisticio con el sultán de Marruecos en Marrakech. Fue colaborador de la prensa nacional (*El Imparcial*, *El Liberal*, *La Correspondencia de España*, *El Globo*) y de manera muy en especial con *ABC*. De su estancia en Marruecos quedan *La mujer marroquí* y *El estado actual de Marruecos*, entre otros muchos (*Heraldo de Madrid*, 2 de abril de 1909). Vinculado al partido liberal, fue concejal y teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid (*La Correspondencia de España*, 2 de abril de 1909).

Manuel Paso. (Granada – Madrid, 21 de enero de 1901). Escritor y periodista. De carácter marcadamente bohemio, se inició en el mundo literario con la poesía, publicando una colección de poemas en *Nieblas*. En colaboración con Joaquín Dicenta y Ruperto Chapí escribió las zarzuelas *Curro Vargas* y *La Cortijera*. Con López Ballesteros escribió los arreglos y estrenó *Después del combate* (*La Correspondencia de España*, 22 de enero de 1901). Fue redactor de *El Resumen*, *La Correspondencia de España* (del que fue corresponsal en la guerra de Melilla y en el jubileo del Papa en Roma), *El Nacional* y *El País*, y director de *El Serpion de Alcoy* (*El País* y *El Liberal*, 22 de enero de 1901).

Darío Pérez García (Calatayud, 24 de septiembre de 1869 - Madrid, 21 de agosto de 1945). Siendo adolescente fundó en 1888 y dirigió el diario *La Justicia* de su localidad natal. En 1897 pasó a dirigir *Heraldo de Aragón*; y, en 1901, *El Liberal*, de Barcelona, desde donde fue corresponsal de *El Liberal* de Madrid, y de *El Noticiero de Manila*. Colaboró en *El Imparcial*, para el que narró los sucesos de 1907 en Casablanca, en *Heraldo de Madrid* y en *La Libertad*. Fue diputado a Cortes seis veces por los republicanos y ministro en la II República. Entre sus volúmenes se encuentra *El ocaso de un sultán*, *El partido único*, *La revisión arancelaria* y *Figuras de España*. Fue caballero de la Legión de Honor francesa. (GEA, 2008, recursos telemáticos)

José Ramón Pérez Bances (1888 - Madrid, 26 de marzo de 1933). Periodista. Entró en la redacción de *Heraldo de Madrid* en 1920, donde permaneció casi hasta el final, realizando la cobertura desde el lado francés del desembarco de Alhucemas. Una enfermedad le hizo abandonar el *Heraldo* y trabajar en el matutino *Ahora*. Alternaba sus trabajos periodísticos con la cátedra de Economía de la Facultad de Derecho en la Universidad Central. Publicaba, sin firmar, artículos sobre sociología y política (*La Voz*, 27 de marzo de 1933).

Francisco Peris Mencheta (Valencia, 19 de enero de 1844 – Barcelona, 23 de agosto de 1916). Su incursión en el periodismo se produce en el *Diario Mercantil*, después de 1868. Tras su cierre pasa a *El Mercantil*, del que figura como propietario, con Miguel Burguete como director hacia 1872, pero está poco tiempo y ese mismo año funda *El Mercantil Valenciano* (*El Mercantil Valenciano*, 25 de enero de 1916). Al año siguiente funda *El Cosmopolita*, de orientación republicana, del que fue director, redactor, administrador y cuando era necesario, repartidor y rodador de la máquina. *El Cosmopolita* se convirtió ese mismo año en *El Cantón de Valencia*. Edita otros periódicos inspirados en la ideología republicana. No obstante, su consolidación como periodista se produce en *Las Provincias* de Valencia (*Las Provincias*, 24 de enero de 1916), cuando ha de informar de la tercera guerra carlista, llegando a simultanear su trabajo como corresponsal bélico también en *La Correspondencia de España*. Terminada la guerra, ejerce como periodista destacado en la Casa Real para *La Correspondencia de España*. En 1882, su director le encarga la publicación de *La Correspondencia de Valencia*. Un año después, Francisco Peris Mencheta crea la Agencia de Noticias Mencheta. En 1888, publica en Barcelona el vespertino, *El Noticiero Universal*, y en 1893 fundó con el mismo propósito *El Noticiero Sevillano*. Desde 1893 hasta 1910 cubrió todo el conflicto con Marruecos. Publicó un único libro, en 1886, *De Madrid a Panamá* en el que narra la expedición a la inauguración de las obras del canal de Panamá, y aprovecha la ocasión para entrevistar a Antonio Maceo, un destacado rebelde cubano. En política se situó primero como republicano para girar hacia la defensa de la monarquía. Fue diputado en cuatro ocasiones por Valencia: en las elecciones de 1898, 1899, 1901 y 1910 como independiente, y senador por Valencia en 1907 y senador vitalicio en 1914 (García Anné: 1924: 85-118).

Gonzalo de Reparaz Rodríguez (Oporto, Portugal, 1860-Méjico, 1939). Doctor en Ciencias Históricas y Geográficas, escritor, redactor del *Jornal de Viagens* y fundador de *O Académico* en Portugal. Colaboró con *El Viajero Ilustrado* de Barcelona, *La Correspondencia Ilustrada* entre 1881 y 1884, y *La Prensa Moderna*. Informó desde Melilla en la campaña de 1893, sobre la que escribió *Nociones de política hispanomarroquí*, y más tarde, en 1907, *Política de España en África*. Ejerció como redactor de *El Día*, *La Justicia*, *Heraldo de Madrid*, *El Resumen*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Época*, *Nuevo Mundo* en 1894. Fue corresponsal de *Diario de Barcelona* en París entre 1899 y 1908, colaborador de *El Globo*, *Diario Univesal* en 1903, *La Vida Marítima* en 1904, *D'ací d'allà* en 1918 y *La Paraula Cristiana* en 1925. Miembro de la Asociación de la Prensa de Barcelona desde 1923 (López de Zuazo, 1981: 499).

Pedro de Répide Gallegos (Madrid, 8 de febrero de 1882 – Madrid, 16 de febrero de 1948). Cursó estudios de Derecho, Filosofía y Letras en la Universidad Central, pero se dedicó a la literatura, de tipo costumbrista, y el periodismo. A los 19 años escribió en los principales diarios de Madrid. Continuó sus estudios en la Sorbona de París, donde fue secretario particular de Isabel II, exiliada, y más tarde su bibliotecario personal y bibliógrafo. En 1919 funda el periódico *La Libertad*, en el que escribe hasta 1936. En esa época, escribe con el seudónimo *El Ciego de las Vistillas* unos artículos bajo el epígrafe de Guía de Madrid. En 1923 recibe el título de Cronista Oficial de Madrid, concedido por unanimidad por el Ayuntamiento. Salió de Madrid tras los primeros días de la Guerra Civil. Se trasladó a América y estuvo en Venezuela hasta 1947, que regresó a España (*La Vanguardia*, 17 de febrero de 1948). A su vuelta la Diputación Provincial lo nombró Cronista de la Provincia y colaboraba en la prensa nacional. Deja obras como *Las canciones*, *La enamorada indiscreta*, *Del Rastro a Maravillas*, *La Villa de las siete estrellas*, *La llave de la Araceli* y una veintena más de obras que le dieron popularidad como escritor (*ABC*, 17 de febrero de 1948). Anduvo en Marruecos, hizo la travesía del mar Negro hasta el Caribe y recorrió la Rusia soviética como reportero (*ABC*, 26 de diciembre de 1998), lo que escribió en *La Rusia de ahora*.

Guillermo Rittwagen Solano (Málaga, 1 de enero 1884-Madrid, 31 de diciembre 1942). Periodista, escritor, fotógrafo, filólogo y bibliófilo. Se inició en la prensa como colaborador del diario malagueño *El Ultimo*, en el que cubría las noticias portuarias. Su curiosidad le llevó junto a un amigo a desplazarse a Melilla el día 13 de abril de 1902, justo el día anterior El-Roghi, había acorralado a los soldados del Sultán y estos y su Bajá se refugiaron en esta plaza. Rittwagen se apresuró a telegrafiar desde Melilla el suceso, que su diario publicó como exclusiva. Dos años más tarde ya había recorrido todo el oriente marroquí. La fotografía asociada a la información sería otra de sus grandes pasiones, sus reportajes gráficos vieron la luz en *ABC*, *Blanco y Negro* y *La Ilustración Española y Americana*. Entre 1904 y 1909 fue colaborador del diario *La Correspondencia de España*, el de mayor difusión nacional, del cual fue junto a José Juan Cadenas corresponsal en la Conferencia de Algeciras. En 1907, Rittwagen fue nombrado corresponsal de *The Daily Telegraph* para cubrir las revueltas que se estaban produciendo con motivo del inicio de las obras del puerto de Casablanca que era para las masas enardecidas el símbolo del poder extranjero. A partir de entonces destacaría como corresponsal de guerra en Marruecos, que cubriría para *La Correspondencia de España* en 1909. Recibió la Medalla de la Campaña con sus distintos pasadores, y la Cruz Roja del Mérito Militar por la acción de Taxdir. Posteriormente también participó en la campaña de 1913, en la que marchó a Tetuán con la brigada de cazadores al mando del general Miguel Primo de Rivera, y cuyas crónicas envió a *La Mañana*. A lo largo de treinta años fue colaborador de varias revistas madrileñas, entre ellas: *Cosmópolis* (1904), *Por Esos Mundos* (1905-1907), *Hojas Selectas* (1906), *Vidas Marítima* (1907), *Nuevo Mundo* (1909), *La España Moderna* (1910) y *La Esfera* (1918). Formó parte de las tertulias del café Nuevo Levante junto a Valle-Inclán, Antonio y Manuel Machado, Rubén Darío, Alejandro Saura, Juan Ramón Jiménez, Zamacois, Blasco Ibáñez, Villaespesa y otros. Entre su producción bibliográfica cabe mencionar las obras: *De filología hispano-arábiga. Ensayo crítico*. Tángier, 1909; *Consideraciones sobre psicología orográfica y en especial sobre la de Marruecos*. Posibilidades de la geografía exotérica. Madrid, 1911; *Apuntes para la prehistoria comparada de España y Marruecos*. Madrid, 1913; *Moros v españoles. Cosas de Marruecos*. Casa editorial Maucci. Barcelona; varios portafolios ilustrados de diferentes países, como el *Álbum regio italo-español*. Madrid, 1924. Desde 1914 y hasta su muerte

en 1943 compaginó el periodismo con la investigación bibliográfica. Un primer resultado fue su *Ensayo de bio-bibliografía hispano-marroquí, desde sus primeros tiempos hasta nuestros días*, que quedó inédito. Un valioso instrumento de investigación es su bibliografía de la historia de Gibraltar, la más completa recopilación hasta entonces, a pesar de lo cual también quedó inédita en copia dactilografiada que atesora la Biblioteca Nacional. Por otra parte, se propuso hacer un trabajo sobre la Prensa africanista hasta 1914 con corresponsales y escritores, que incluía la campaña hispano-marroquí de 1859-1860, la prensa en la campaña de Melilla de 1893-1909, y la que participó en la Conferencia de Algeciras en 1906. Rittwagen fue detenido en Madrid en 1937 y conducido a Alicante en cuya cárcel permaneció hasta el fin de la campaña. No se pudo recuperar del deterioro que su salud experimentó en esos años y falleció el 31 de diciembre de 1942 (*ABC*, 12 de enero de 1944).

José Rocamora Fernández (Burgos 1874 – Madrid 16-1-1936). Periodista. Doctor en Derecho por la Universidad Central de Madrid. Funcionario por oposición del Tribunal de Cuentas. Empezó a colaborar en *El Globo* con el seudónimo de Tersites. Abandonó su trabajo en el Tribunal de Cuentas para dedicarse plenamente al periodismo en *El Español*. Al suspenderse la publicación de este periódico, entró en *Heraldo de Madrid* de la mano de Canalejas. Fue enviado especial a África, escribiendo primero sobre el advenimiento de sultán Abd-El-Aziz al trono, desplazándose después a la zona española del Protectorado de Marruecos, asistiendo a la Conferencia de Algeciras de 1906 y cubriendo la campaña de 1909, cuyo trabajo lo ascendió a la dirección del diario. Cubrió también la revolución portuguesa y el viaje del jefe del estado español al presidente de la República Francesa. Fue diputado a Cortes por Canarias (Hierro) tras las elecciones de 19 de abril de 1916 por el partido liberal. Deja obras como *La emigración en España y su régimen de prevención*, *La instrucción pública en España*, *Las figuras del retablo*, *Gente que pasa*, *Rasgos y caracteres*, *Diálogos vulgares*. Atesora numerosas condecoraciones como la Cruz Roja del Mérito Militar por la campaña de Melilla, y la de la Orden de Cristo de Portugal, y era oficial de la Legión de Honor francesa (*Heraldo de Madrid*, 16 de enero de 1936).

Nicanor Rodríguez de Celis (Santander? 1874 – Madrid, 20 de mayo de 1923). Periodista. Se inició en *El Evangelio*, de Leopoldo Romeo, y pasó después a *La Correspondencia de España*, en la que trabajó durante más de veinte años (*La Voz*, 21 de mayo de 1923), y que no abandonaría hasta su muerte (*El Sol*, 22 de mayo de 1923). Residió en Marruecos varios años, escribiendo artículos de tipo costumbrista para *La Correspondencia de España*, para la que cubrió la campaña de 1909, tras la cual regresó a España. A partir de ese momento, se vuelca en su faceta artística y se dedica a la crítica musical desde las páginas del diario, del que llega a ser redactor jefe, y a la escritura de poesía y obras de teatro, llegando a estrenar *Los amigos de su excelencia* y *El príncipe virtuoso*, quedando inacabada otra obra que preparaba con Carlos Arniches (*La Correspondencia de España*, 23 de mayo de 1923).

Antonio Rodríguez Lázaro (Málaga 18?-Aranjuez agosto 1922) Periodista. Cubrió el conflicto de Melilla en 1893 y la guerra de Cuba por *El Liberal*, donde trabajó durante más de 30 años. Se inició como periodista en Málaga, para *El Liberal*, desde donde es de los primeros periodistas en llegar a Melilla tras el inicio de las hostilidades de 1893. Su trabajo consistió en apoyar el trabajo que realizaba Morote y permaneció en el asedio al fuerte de Cabrerizas. Posteriormente, cubrió la guerra de España y Estados Unidos por Cuba. Al regresar inició una etapa como redactor de Política que duró 24 años. Secretario General de la Asociación de la Prensa de Madrid desde enero de 1917 hasta enero de 1920 y vicepresidente de La Previsión Periodística. Promovió viviendas económicas para periodistas con bajos ingresos, conocida como La Colonia de la Prensa. (*La Época*, 29 de agosto de 1922. *La Voz*, 29 de agosto de 1922). Fue diputado del Partido Liberal por Canarias en cinco ocasiones consecutivas (la primera vez por Santa Cruz de Tenerife y las siguientes por La Gomera) tras las elecciones de 8-5-1910, de 8-3-1914, 9-4-1916, 24-2-1918 y 1-6-1919. Falleció en un accidente en Aranjuez.

Federico Rodríguez Vidaurreta. Militar que secundó en 1886 el movimiento insurreccional de Villacampa, sentenciado a muerte y conmutada la pena pasó al Peñón de la Gomera. Colaboró con *El País*, cubriendo los enfrentamientos de 1893, y otros diarios republicanos (Ossorio, 1903: 390).

Leopoldo Romeo Sanz (Zaragoza, 1875-1925) Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras, diputado liberal, gobernador civil de Madrid, colaborador de la prensa zaragozana, fundador y director de *La Defensa Regional* y *El Evangelio*. Redactor jefe entre 1903 y 1906 y director entre 1906 y 1922 de *La Correspondencia de España*, para el que informó de la guerra de Melilla de 1909, corresponsal de *The Daily Telegraph* y *Le Temps*, colaborador de *Aragón* entre 1912 y 1917. También fue redactor de *El Tiempo* en 1921 y fundador y director de *Informaciones* entre 1921 y 1925. Miembro de la APM desde 1898. Utilizaba el seudónimo de Juan de Aragón (López de Zuazo, 1981: 527).

Víctor Ruiz Albéniz (Puerto Rico, 10 de julio de 1885 – Madrid, 7 de febrero de 1954). Doctor en medicina. Ejerció en la plaza de toros de Madrid, y en el Sanatorio de los Toreros del que era cofundador. Durante una operación se amputa su mano con un bisturí. Desde ese momento se dedica por completo al periodismo, en el que ya se encontraba introducido. Desde 1902 era redactor del *Diario Universal*. En 1908, al doctorarse en medicina, el Sindicato de Minas del Rif le envió como facultativo a asistir a El Roghi, pretendiente al sultanato. Vivió un año en la cabila de Beni-bu-Ifrur, y estudió las costumbres musulmanas, el terreno africano y el dialecto bereber. En esos tiempos se forjó su seudónimo de *El Tebib Arrumi*, el médico cristiano. En la campaña de 1909, actuó como guía al lado de las columnas españolas. Sus crónicas comenzaron a publicarse en esa época, pero no adquieren importancia hasta la campaña de 1921, y tienen continuidad en las campañas siguientes. En ellas ensalzaba a generales como Sanjurjo y Millán Astray y otros militares africanistas y criticaba al Gobierno (Nerín, 2005: 136). Además, fue subdirector de *El Liberal* hasta 1924, y subdirector, consejero delegado y director de *Informaciones*. Tras estallar la Guerra Civil, se unió a los militares golpistas. Se presentó en Salamanca al general Franco, siendo nombrado corresponsal de guerra del Estado Mayor agregado al cuartel de Franco. Sus crónicas se radiaban diariamente en la incipiente Radio Nacional de España. Al término de la guerra, los periodistas de Madrid lo eligieron presidente de la Asociación de la Prensa. En ese período dirigió la Hoja del Lunes, sin dejar su cargo de redactor de *Informaciones*, en el que como Chispero firmaba crónicas de Madrid. En 1953 fue nombrado por el Ministro de Información y Turismo periodista de honor. Estaba en

posesión de numerosas condecoraciones (la medalla de Marruecos con siete pasadores y cinco cruces rojas militares) (*ABC*, 7 de febrero de 1954). Fue autor de más de 40 libros, destacando de su etapa en Marruecos: *El Riff: estudio de un español en el Norte africano*, de 1912, *Tánger y la colaboración franco-española en Marruecos*, de 1927, y *Ecce Homo*, de 1928 en defensa del general Dámaso Berenguer. Fue sobrino del compositor Isaac Albéniz, padre del político José María Ruiz Gallardón y abuelo del exalcalde de Madrid y actual ministro de Justicia, Alberto Ruiz Gallardón.

Alejandro Saint Aubin Bonnefon (Madrid 1857-Madrid 23 de mayo 1916) Crítico de arte (de teatro, música y pintura) de *El Herald* de Madrid. De familia de origen francés nació en Madrid (*La Correspondencia de España*, 24 de mayo de 1916). Cubrió la campaña de Melilla de 1893 desde un hospital ambulante particular del que era director, y más tarde la de Cuba, donde se le concedió la gran cruz roja del mérito militar. Tuvo como padrino político al liberal Canalejas, que era su cuñado. Fue diputado en tres ocasiones por el partido liberal: 19-5-1901 por Guadalajara (distrito de Brihuega), y en dos ocasiones por Alicante (Villena) en las elecciones de 10-9-1905 y 8-5-1910. Fue delegado real en varias exposiciones de bellas artes. Como pintor fue autor de “Burlado y vencido”, premiado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897 y “Las Seguidillas” (*Heraldo de Madrid*, 24 de mayo de 1916). C. José de Arpe dice que estuvo en Melilla con él y con Julio Burell, Santiago Mataix, Domingo Blanco, Luis Morote, Antonio Rodríguez Lázaro, Eduardo Muñoz, Carlos Palma, Fidel Melgares, José Boada, García Rufino y José Arpa.

Manuel Sánchez del Arco (Fuentes de Andalucía, 1895 – Madrid, 2 de febrero de 1957). Entró casi como adolescente en la redacción de *El Noticiero Sevillano*, donde alcanzó el cargo de director y para el que ejerció la corresponsalía de guerra en Marruecos, bajo la dirección de Juan Carretero y Luca de Tena. Informó a su diario de la caída de Monte Arruit antes de que el gobierno tuviera conocimiento. En 1924, cuando el general Primo de Rivera dispuso la retirada de tropas españolas del sector occidental de Marruecos, Manuel Sánchez del Arco quedó situado durante más de un mes en la posición de Bab-es-Sor, liberada por la columna del general González Carrasco, cuya vanguardia iba al mando del entonces teniente coronel Mola. De 1921 a

1927 fue testigo directo de la guerra del Rif. De la dirección de *El Noticiero Sevillano*, pasó a ser redactor-jefe de la edición andaluza de *ABC*. El 18 de julio de 1936 se puso a las órdenes del general Queipo de Llano y combatió en distintos lugares de Sevilla. Se unió después a la columna que avanzaba en dirección a Madrid. Aquellos días quedaron reflejados en crónicas que enviaba al *ABC* de Sevilla y en las crónicas radiofónicas que firmaba con el seudónimo de Justo Sevillano. Terminada la Guerra Civil, escribía en la redacción de *ABC* de Madrid. Adquirió entonces renombre como cronista taurino, con el sobrenombre de Giraldillo, pero trabajó en todas las secciones. En 1952 inició un largo viaje por el norte de África como enviado del periódico. Completó su faceta periodística con la literaria, con obras como *El sur de España en la conquista de Madrid*, *Horas y figuras de la guerra*, *Cruz de guía*, un estudio del teatro de los Quintero, y *Política contemporánea de España en Marruecos*, entre otros. Era miembro de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y estaba en posesión de la Medalla de Guerra, con distintivo de vanguardia. Además, era comendador de la Orden de Mehdauia. En 1955 recibió el premio Luca de Tena por su crónica titulada *Ayer recibió sepultura el general Millán Astray* (*ABC*, 5 de febrero de 1957).

Alfonso Sánchez García (Madrid, 1880-1953), conocido como *Alfonso*, que era su firma. Fotógrafo. Padre de Alfonso Sánchez Portela. Comenzó con Company en 1897 y se independizó en 1902 contratado por la *Revista Moderna*. Abrió galería en el número 6 de la calle Fuencarral de Madrid y se ofreció como colaborador a *El Heraldo* y *El Imparcial*. Formó parte del equipo fundador de los diarios *El Mundo al Día* y *El Gráfico*. En 1909 cubrió la información de la guerra en Marruecos. Aquel año ganó el premio de la Exposición Internacional de Londres con la composición ¡Dios mío ampáralos!, representando la huida de una familia de Mesina durante el terremoto ocurrido en diciembre de 1908 (Sánchez Vigil, 1995: 40). En 1931 trabajó para *La Libertad* en 1931. Fundador y director de la agencia de información gráfica Alfonso desde 1918 hasta su muerte. Miembro de la APM desde 1916 y vocal de su junta directiva en 1929. (López de Zuazo, 1981: 557). Es uno de los referentes del fotoperiodismo español.

Alfonso Sánchez Portela (Madrid, 16 de noviembre de 1902 – 11 de marzo de 1990) Fotógrafo. Conocido como *Alfonso*, e hijo de Alfonso Sánchez García. Se inició muy joven en la fotografía en el estudio familiar, y realizó colaboraciones en la prensa diaria. En la campaña de 1921 retrató los desastres, especialmente el de Monte Arruit, con gran crudeza y aquellas imágenes han pasado a la historia del fotoperiodismo bélico español. En 1922 realizó en exclusiva las fotografías de la entrevista de Luis Oteyza con Abd-El-Krim. Volvió a África en 1925 para trabajar en el desembarco de Alhucemas. En la Guerra Civil se destacó en los frentes de Madrid y Teruel. Al terminar fue depurado y no volvió a ejercer. Primer fotógrafo en pertenecer a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus publicaciones se encuentran: *Al fin en el campo enemigo* (1922) y un libro escrito por L. de Oteyza con fotografías suyas, *Abd-el-Krim y los prisioneros*.

Francisco Sánchez-Ocaña Beltrán (- Madrid, 16 de noviembre de 1935). Periodista. Destacan sus inicios en *El Correo*, de Valencia, entrando en la redacción de *ABC* en 1907, y ese mismo año fue enviado especial en Casablanca y Tánger, consagrándose como corresponsal en 1909 en la campaña de Melilla. Además de narrar los sucesos bélicos, organizó la “Estafeta de ABC” que junto con Jaime Tur y los fotógrafos destacados por el diario iba por los campamentos y hospitales, llevando a los soldados noticias y encargos de sus familiares, escribiendo cartas a los que no sabían escribir o no podían. Terminada la campaña, se reintegró a la redacción de Madrid. Destacó como crítico de libros. Diputado a Cortes por el partido liberal por Valencia (Torrent) en las elecciones de 9 de abril de 1916 y posteriormente inspector general de Primera Enseñanza. Por la campaña de Melilla le fue otorgada la cruz roja al Merito Militar con distintivo rojo (*ABC*, 17 de noviembre de 1935).

Ramón José Sender Garcés (Chalamera, Huesca, 1901). Escritor, colaborador de *La Crónica* de Zaragoza en 1914, *El Imparcial*, *La Tribuna*, *El País* y *España Nueva* hacia 1918. También fue redactor jefe de *La Tierra* de Huesca en 1919, redactor de *El Sol* en 1930. Colaboró con *Solidaridad Obrera* y *La Libertad* en 1932. Dirigió *La Voz de Madrid* de París en 1938. Se exilió a Méjico y Estados Unidos. Posteriormente, colaboró con *Heraldo de Aragón* y *Pueblo* en 1980. Miembro de la APM desde 1926. Utilizó los

seudónimos José Garcés, Lord Wais, El Diablo Aviman (López de Zuazo, 1981: 579-580).

Fernando Soldevilla Ruiz (Escalona de Alberche, Toledo 1854-1931). Novelista. Fundador de *La Linterna*, redactor de *El Día*, *El Imparcial*, *La Correspondencia de España* en 1902, *El Año Político* en 1895 y *El Nacional* en 1930. Fue corresponsal de la agencia Fournier de París. Colaboró con *La Niñez* en 1879, *La Gran Vía* en 1893, la *Revista Política Iberoamericana* en 1894, *Madrid Cómic*, *Diario de Bilbao*, *La Esfera* y *La Voz* en 1962. Autor de *El Año Político* de 1895 a 1926. Firmaba Fernán Sol (López de Zuazo, 1981: 590).

Jaime Tur Maray. (-Melilla, septiembre de 1949). En el año 1902 empezó a trabajar en *El Telegrama del Rif*, donde además de sus funciones como periodista ejercía de crítico teatral y literario. Después fundó *La Gaceta de Melilla* y el semanario *La Gaceta Ilustrada* (ABC, 20 de septiembre de 1949). Realizó para ABC la campaña de Marruecos de 1909.

Tristán de Leonis. Pseudónimo del corresponsal para ABC que cubrió la campaña de Yebala en 1921 siguiendo al general Berenguer.

Fernando Urquijo y Marín de Aguirre (Madrid, 18??-1936). Escritor, colaborador de *Actualidades* en 1902, *La Correspondencia de España* en 1903. También colaboró con *El País* y dirigió *La Concordia* de Cáceres en 1903. Fue redactor de *La Correspondencia Militar* en 1903 y de *El Debate* entre 1913 y 1931. Miembro de la APM desde 1915 (López de Zuazo, 1981: 623).

Rodolfo Viñas Arcos (Granada, 10 de abril de 1887 – París 3 de enero de 1947). Periodista. Fue director de *El Radical* y *El Popular de Almería*. Corresponsal de *El Sol* en Almería. Por sus crónicas desde Melilla, tras el desastre de Annual, fue reclamado por el director de *El Sol* para que trabajase en la redacción de Madrid donde estuvo desde abril de 1922 a marzo de 1931. Se hizo socio de la Asociación de la Prensa de Madrid en 1923. Fue colaborador de *Crisol* (marzo a diciembre de 1931) y de *Luz*

(diciembre de 1931 a enero de 1933). Diputado del PSOE por Albacete en las elecciones generales de 1931, formó parte de la Comisión de Marina. Durante la Segunda República fue secretario de los subsecretarios del Ministerio de Trabajo (Luis Araquistáin y Antonio Fabra Ribas) de 1931 a 1933 y trabajó también en el Instituto Social de la Marina. Exiliado a Francia al finalizar la Guerra Civil, trabajó en la Agencia Febus y en la Jefatura de los Servicios de Información y Estadística del Ministerio de Economía del Gobierno de la República Española en el exilio (F. Pablo Iglesias, 2014, recursos telemáticos).

Augusto Vivero (La Habana, 1882 – Madrid, 27 de mayo de 1939). Estudió Filosofía y Letras, pero desde muy joven se dedicó al periodismo, iniciándose como director de *El Heraldo de Murcia*, en 1897. Pocos años después da el salto a la prensa nacional al ocupar el puesto de redactor del *Diario Universal* y colaborar en *El Liberal*. Desde 1905 hasta 1911 fue redactor jefe de *Nueva España* y en ese mismo año fundó y fue director de *España Libre*, y miembro de la Asociación de la Prensa de Madrid desde 1908. En 1913 desempeñó el cargo de redactor jefe de *El Imparcial* y fue fundador y director de *África española*. También dirigió *El Mundo* (1917) e *Informaciones* (1929). Cuando comienza la guerra civil se pone temporalmente a la cabeza del ABC (se incautó en representación del Frente Popular del diario, ejerciendo el cargo de director de durante mes y medio). Marcó una línea editorial opuesta a la mantenida hasta ese momento por el diario conservador, siendo además responsable de la portada ¡Viva la República! Fue perseguido desde el mismo momento en que terminó la guerra. Juzgado por un consejo de guerra, por el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Madrid y por el Tribunal Especial de la Represión de la Masonería y el Comunismo, por un delito de adhesión a la rebelión (por la incautación del diario y por ser cofundador del batallón “Águila de Libertad” para cuya sede se incautó una vivienda), y condenado a la pena de muerte, que se ejecutó mediante fusilamiento a fines de mayo de 1939. En el plano literario escribió *El derrumbamiento: la verdad sobre el desastre del Rif*, en 1922, *Cómo cae un trono: (la revolución en Portugal)*, en 1910, e incluso sobre la sexualidad de los Bonaparte (Sánchez Camacho, 2009: 143-156).

José Andrés Vázquez (Aracena, 2 de marzo de 1884 – Sevilla, 23 de diciembre de 1960) Periodista y escritor. Comenzó a escribir en *El Defensor de Sevilla*. Al cierre de éste, pasó a *El Liberal* de Sevilla y entre 1917 y 1918 en *El Imparcial* de Madrid, unas “cartas andaluzas” en las que destila su pensamiento andalucista. Tras dirigir el diario local de Aracena *El Distrito*, pasó a publicar en *El Noticiero Sevillano*, desde 1922 a 1929, y a continuación en la edición del recién abierto *ABC* de Sevilla, como redactor-jefe, en cuyos artículos dejaría también huella de su pensamiento, y también escribiría para la edición nacional del diario. Fue premio Mariano de Cavia en 1930 por un artículo publicado en *El Noticiero Sevillano* con el título *Frente a las llamas de las quemas del monte*. En 1922 fue elegido presidente de la Asociación de la Prensa de Sevilla. (*ABC* de Sevilla, 24 de diciembre de 1960).

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES Y MAPAS

Ilustración 1. Maniobras de la sección de caballería. Foto Company. *Blanco y Negro*, 4 de noviembre de 1893. Pg. 75.

Ilustración 2. Guerrillas del batallón Cazadores de Cuba, en descanso delante del fuerte de San Francisco. (Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet). *La Ilustración Española y Americana*, 22 de noviembre de 1893. Pg. 77.

Ilustración 3. Entrada en operaciones del regimiento de Dragones de Santiago. (Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet). *La Ilustración Española y Americana*, 22 de noviembre de 1893. Pg. 77.

Ilustración 4. En la Zona Neutral. Soldados de Muley Araaf vigilando las obras españolas para impedir el ataque de los rifeños. (Dibujos de nuestro corresponsal Sr. Arpa). *Blanco y Negro*, 16 de diciembre de 1893. Pg. 78.

Ilustración 5. Operaciones del día 3 del actual, para abastecer los fuertes de Cabrerizas y Rostro Gordo. Regreso del convoy a la playa, protegido por las guerrillas y el fuego de los fuertes. (Apuntes del natural, de nuestro corresponsal artístico D. Enrique Simonet). *La Ilustración Española y Americana*, 15 de noviembre de 1893. Pg. 78.

Ilustración 6. Fuerte de Cabrerizas Altas. Obtenido de: <http://alcantara.forogratis.es/post18553.html>. Consultado en enero de 2014. Pg. 92.

Ilustración 7. Fuerte de Sidi Aguariach. Ministerio de Defensa. Ejército de Tierra. Obtenido de: <http://www.ejercito.mde.es/Galerias/Imagenes/unidades/Madrid/ihycm/ihycm-2460-m.jpg>. Consultado: enero de 2014. Pg. 133.

Ilustración 8. Fuerte de Sidi Aguariach. Ministerio de Defensa. Ejército de Tierra. Obtenido de: <http://www.ejercito.mde.es/Galerias/Imagenes/unidades/Madrid/ihycm/ihycm-2467-m.jpg>. Consultado: enero de 2014. Pg. 134.

Ilustración 9. Fuerte de Sidi Aguariach en la actualidad. Obtenido de: <http://alcantara.forogratis.es/fuerte-de-la-purissima-o-sidi-guariach-t1190.html>. Pg. 134.

Ilustración 10. El director de “*La Correspondencia de España*”, Sr. Romeo, y nuestro corresponsal, Sr. Rittwagen, hablando con los judíos en Casablanca. Foto Campúa. *Nuevo Mundo*, 5 de septiembre de 1907. Pg. 147.

Ilustración 11. Efectos de los disparos de la artillería francesa en la caballería marroquí durante una carga. Foto: obtenida con teleobjetivo, por Campúa. *Nuevo Mundo*, 26 de septiembre de 1907. Pg. 150

Ilustración 12. Vista de Melilla y sus alrededores. Obtenido de: http://melillacampaade1909.blogspot.com.es/2009_04_10_archive.html. Consultado enero de 2014. Pg. 155

Ilustración 13. Víctor Ruíz en la casa del Kaid Checha, en Cabo de Agua. A la derecha aparece el también periodista Peris Mencheta, año 1909. Tomado de: <http://elheraldodemelilla.blogspot.com.es/2012/03/el-tebib-arrumi-don-victor-ruiz-albeniz.html>. Fecha de consulta: enero de 2014. Pg. 160

Ilustración 14. Nuestro enviado especial fotográfico, Sr. Alba, en el campo de operaciones. Foto: Goñi. *Blanco y Negro*, 14 de agosto de 1909. Pg. 164

Ilustración 15. Nuestro compañero de redacción sr. Sánchez-Ocaña (X) y varios oficiales conferenciando con unos moros confidentes. Foto Alba. (N. del A.: José Rocamora, de *Heraldo de Madrid* aparece a la derecha). *Actualidades*, 17 de agosto de 1909. Pg. 165

Ilustración 16. Grupo de soldados contestando desde una trinchera del zoco a una agresión del enemigo, entre los combatientes se ve a nuestro compañero de redacción, Sr. Tur. Foto: de nuestro compañero Sr. Alba. (N. del A.: Tur es el cuarto por la izquierda). *Actualidades*, 1 de septiembre de 1909. Pg. 166

Ilustración 17. Las baterías del fuerte de Camellos, que manda el capitán Asp, haciendo nutrido fuego con los cañones de 15 centímetros. Foto: Goñi. *Actualidades*, 8 de septiembre de 1909. Pg. 172

Ilustración 18. El general Marina y su Estado mayor y al lado de ellos nuestro redactor Sr. Rocamora. Fotografía de nuestro enviado a Melilla Sr. Alfonso. *Heraldo de Madrid*, 19 de julio de 1909. Obtenida en enero de 2014 de: <http://melillacampaade1909.blogspot.com.es/2009/09/en-el-barranco-del-lobo-una-bala-para.html>. Pg. 173

Ilustración 19. Trabajos en el campamento. Levantando una trinchera. Fotografía de nuestro enviado a Melilla Sr. Alfonso. *Heraldo de Madrid*, 19 de julio de 1909. Pg. 174

Ilustración 20. El fotógrafo de ABC en el globo “Reina Victoria”. Nuestro compañero Sr. Alba y el oficial de ingenieros que realizó las observaciones del miércoles en la barquilla del globo momentos antes de la ascensión. Archivo Fotográfico ABC. Tomada de: http://www.sedic.es/p_boletinclip50-abc-Ramon-Alba.jpg.htm. Consultado enero de 2014. Pg. 174

Ilustración 21. Melilla desde la barquilla del globo militar. 1 Melilla, 2 Vista Alegre, 3 El Muelle, 4 Almacenes, 5 Río Oro. Fotografía de nuestro enviado especial Sr. Alba. *ABC*, 17 de agosto de 1909. Pg. 175

Ilustración 22. El combate del día 23. El general Marina (X) escuchando la lectura de un telegrama del campamento cuando presenciaba el desembarque del batallón de Figueras. Foto de nuestro enviado especial Sr. Alba. *Actualidades*, 21 de julio de 1909 y *ABC*, 26 de julio de 1909. Pg. 176

Ilustración 23. Exposición en el campamento del cadáver del heroico comandante de artillería D. José Royo (x). Foto Barrios. *ABC*, 25 de julio de 1909. Pg. 177

Ilustración 24. Cadáveres de ocho soldados depositados en las galerías del Cementerio de Melilla. El juez militar practicando la identificación de las víctimas. Foto Campúa. *Nuevo Mundo*, 29 de julio de 1909. Pg. 178

Ilustración 25. Soldados del batallón disciplinario de Melilla batiendo al enemigo en Sidi-Muza. Momento de caer herido un oficial. Foto Campúa. *Actualidades*, 5 de agosto de 1909. Pg. 196

Ilustración 26. Los redactores de *El Liberal*, Pedro de Répide y Leopoldo Bejarano, examinando con un oficial de cazadores de Madrid los barrancos del Gurugú. *El Liberal*, 22 de agosto de 1909. Pg. 204

Ilustración 27. Nuestro compañero Campúa (1) y el ilustre periodista Mencheta (2) en el campamento de Camellos, en grupo con el general Tovar y otros jefes y oficiales del Ejército. *Nuevo Mundo*, 6 de agosto de 1909. Pg. 205

Ilustración 28. El teniente del Disciplinario y los seis soldados de la columna Aizpuru que subieron primero al pico Barbés (985 metros) y que colocaron la primera bandera española en las cumbres del Gurugú. Foto Campúa. *Nuevo Mundo*, 7 de octubre de 1909. Pg. 208

Ilustración 29. Soldados recogiendo y metiendo en los furgones los cadáveres de algunos héroes de la acción del 27 de julio encontrados ahora, al tomar el Gurugú, en el célebre barranco del Lobo. Foto Campúa. *Nuevo Mundo*, 7 de octubre de 1909. Pg. 211

Ilustración 30. El barranco del Lobo, donde nuestras tropas han encontrado cadáveres de las víctimas del combate del 27 de julio al realizar el avance sobre el Gurugú. En la fotografía se ven los restos de algunos de aquellos héroes. Foto Alba. *Actualidades*, 6 de octubre de 1909. Pg. 211

Ilustración 31. Nuestro corresponsal moro en Fez cambiando impresiones sobre asuntos de actualidad con nuestro enviado especial Sr. Campo Moreno. Foto Ramón Alba. *ABC*, 7 de julio de 1911. Pg. 233

Ilustración 32. Periodistas, escritores y fotógrafos con el general Berenguer y el teniente coronel Lasquety en Xauen, 1920. Fotografía de Ángel Rubio. © Colección José Luis Gómez Barceló. (VV AA, 2013, recursos telemáticos). Pg. 236

Ilustración 33. Portada *Heraldo de Madrid* de 26 de julio de 1921. Pg. 253

Ilustración 34. Portada *El Imparcial* de 30 de julio de 1921. Pg. 254

Ilustración 35. Grupo de moros fugados de Axdir (Mohatar Ben el Hamch-Kaddur, Ben Hamad y Mohamed Ben Alí) hablando con el enviado especial de El Sol Sr. López Rienda. Foto Alfonso. *El Sol*, 21 de septiembre de 1925. Pg. 262

Ilustración 36. El gobernador militar de Melilla, general Fresneda, conversando con algunos jefes, oficiales y periodistas en el Atalayón. Foto Alfonso. *Mundo Gráfico*, 10 de agosto de 1921. Pg. 267

Ilustración 37. Nuestros artilleros transportando una pieza para emplazar a un sitio estratégico, a fin de cañonear al enemigo que se retiraba sin ofrecer resistencia, ante el avance de la columna del general Cabanellas, en la madrugada del 11 del actual. Foto Lázaro. *Mundo Gráfico*, 21 de septiembre de 1921. Pg. 271

Ilustración 38. Tropas parapetadas en la azotea de una casa del poblado de El-Arba de Arkeman, disparando sobre el enemigo que huyó ante el avance de nuestros soldados. Foto Campúa. *Mundo Gráfico*, 21 de septiembre de 1921. Pg. 272

Ilustración 39. Moros de la harca enemiga hostilizando a las fuerzas protectoras de un convoy, parapetados entre los peñascos. Foto Lázaro. *Mundo Gráfico*, 31 de agosto de 1921. Pg. 274

Ilustración 40. Moros de las kabilas rebeldes inmediatas a Melilla defendiendo una casa atacada por nuestras tropas en su avance. Foto Lázaro. *Mundo Gráfico*, 31 de agosto de 1921. Pg. 274

Ilustración 41. Una avanzada mora observando desde las alturas del Gururgú los movimientos de nuestras columnas, para facilitar a sus jefes la organización del ataque. Foto Lázaro. *Mundo Gráfico*, 14 de septiembre de 1921. Pg. 275

Ilustración 42. La posición de Monte Arruit, en la que tan heroica resistencia ha hecho durante diez y nueve días la columna del general Navarro, y que asaltada por los moros el día 9 del actual, quedando en poder uno de los jefes de la harca el general Navarro con otros jefes, oficiales y soldados. Vista obtenida desde uno de los aviones que iban diariamente a llevar provisiones a las tropas sitiadas. Foto Alfonso. *Mundo Gráfico*, 17 de agosto de 1921. Pg. 276

Ilustración 43. A las nueve y media del día 10 del actual fue izada sobre la cima de Basbel, en el Gurugú, la primera bandera española. Hicieron ondear la gloriosa enseña las tropas Regulares que tanto han venido distinguiéndose en la primera parte de las operaciones del avance. Vivas atronadores saludaron el gallardo flamear de nuestra enseña nacional en los abruptos picachos del siniestro macizo, que desde las postrimerías de Julio venía siendo una constante amenaza de la capitalidad de la zona. Nuestra página registra este emocionante episodio de las operaciones de Marruecos, recogido por nuestro querido compañero Sr. Campúa en su brillante campaña informativa. *La Esfera*, 15 de octubre de 1921. Pg. 282

Ilustración 44. Corresponsales de Guerra enarbolan la enseña nacional en el pico Kol-la (Monte Gurugú). Foto Lázaro. Realizada el 10 de octubre de 1921. Tomado de: <http://forodeculturadedefensa.blogspot.com.es/2013/05/la-toma-del-gurugu.html>. Fecha de consulta: enero de 2014. Pg. 282

Ilustración 45. La entrada de la posición de Monte Arruit, destruida por las apabilas rebeldes. Foto Alfonso. *La Esfera*, 5 de noviembre de 1921. Pg. 283

Ilustración 46. Arco de entrada a la posición de Monte Arruit, en cuyos alrededores y en cuyo recinto han encontrado las fuerzas de ocupación numerosos cadáveres de jefes,

oficiales y soldados de la columna del general Navarro, que tan heroicamente se defendió durante diez y nueve días. *Mundo Gráfico*, 2 de noviembre de 1921. Pg. 283

Ilustración 47. El Alto comisario, general Berenguer, y su Cuartel general ante el cadáver del teniente coronel Primo de Rivera, después de su identificación. Foto Alfonso. *Mundo Gráfico*, 2 de noviembre de 1921. Pg. 284

Ilustración 48. El general en jefe contemplando el cadáver de un soldado que tenía las manos atadas con alambre y que se encontraba cerca a la posición. Foto Lázaro. *Mundo Gráfico*, 2 de noviembre de 1921. Pg. 284

Ilustración 49. Cadáveres de jinetes y de caballos de los escuadrones que, con el teniente coronel Primo de Rivera, dieron furiosas cargas en la retirada de la posición de Dar-Drius a la de monte Arruit, y que permanecían insepultos en el campo. Foto Lázaro. *Mundo Gráfico*, 2 de noviembre de 1921. Pg. 285

Ilustración 50. Cargando cadáveres en los camiones automóviles para llevarlos a enterrar. *Mundo Gráfico*, 2 de noviembre de 1921. Pg. 285

Ilustración 51. José Demaría Vázquez *Campúa hijo*, en agosto de 1921 en Melilla. Obtenido de: <http://campuafotografo.es/tag/fotoperiodismo/>. Pg. 286

Ilustración 52. Efectos de un disparo de los cañones moros, que demuestra el poco daño que causan por no tener bien colocadas las espoletas. Foto Díaz. *La Acción*, 19 de septiembre de 1921. Pg. 292

Ilustración 53. Copia del telegrama del Alto Comisario al Ministro de la Guerra, de 22 de abril de 1922, en el que se comunica la expulsión del periodista Hernández Mir del protectorado de Marruecos. AGM, FA, C. 24. Pg. 294

Ilustración 54. Grupo de periodistas que cubrían la guerra en 1922. Foto: José Navarro Alemany. Obtenido de: http://epreader.elperiodico.com/PRODUCTOS%5CPeriodico%5CPUBLISH%5C20121014%5Ces%5CPAG204_MEDIA%5C542d4d7b-0d0d-4df4-9049-72fd3ac49718_low.jpg. Pg. 295

Ilustración 55. José Navarro Alemany filma la entrega de armas de los rebeldes en el zoco El Arbua, al norte de Chauen, en 1922. Obtenido de: <http://www.elperiodico.com/es/noticias/ocio-y-cultura/corresponsal-africa-2224943>. Pg. 296

Ilustración 56. El director de “La Libertad”, Luis de Oteyza, recogiendo las declaraciones del Abd-El-Krim, en la casa que el “Presidente de la República del Rif” posee en Aydir. Como puede verse en esta fotografía, el ilustre periodista llevó a cabo esta información sensacional teniendo a la espalda una pistola encañonando, que empuña el jefe de la guardia personal de Abd-El-Krim. Foto Alfonso y Díaz. *Nuevo Mundo*, 11 de agosto de 1922. Pg. 307

Ilustración 57. En la tercera foto, “Nuestro compañero Pepe Díaz, acompañado por el hermano de Abd-El-Krim, Mohamed, generalísimo de las fuerzas rifeñas, y por algunos

de los ministros de la República del Rif, durante la visita a la casa de Abd-el-Krim, en Aydir”. Fotos Alfonso y Díaz. *Nuevo Mundo*, 11 de agosto de 1922. Pg. 308

Ilustración 58. Copia de la autorización que el Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla concedió el 2 de septiembre de 1925 a los corresponsales Lezama, Bejarano, López Rienda y De Miguel para visitar la isla de Alhucemas, dirigida al comandante de la embarcación que los había de transportar. AGM, FA, R. Pg. 318

Ilustración 59. Los legionarios desembarcan rápidamente y siguiendo a sus oficiales corren playa adelante formando las guerrillas de muerte. Foto Luque. *La Correspondencia Militar*, 11 de septiembre de 1925. Pg. 325

Ilustración 60. Primeras fuerzas de Ingenieros pontoneros que desembarcaron en la playa de Cebadilla y que fortificaron las posiciones conquistadas. Foto Alfonso. *Nuevo Mundo*, 16 de septiembre de 1925. Pg. 326

Ilustración 61. A media tarde, las barcazas, vacías ya, quedan en el abra, y los últimos soldados desembarcados se forman en la playa y suben, siguiendo a sus compañeros, al asalto de las alturas cercanas. Foto Zarco. *Nuevo Mundo*, 18 de septiembre de 1925. Pg. 327

Ilustración 62. La hora del desembarco en Alhucemas el 8 de septiembre a mediodía. Al fondo, las barcazas inmovilizadas por falta de calado. Sobre ellas, apiñados, los hombres aguardan la orden, en tanto que las fuerzas de avanzada ganan la orilla con agua hasta el pecho. Foto Costa Salas. *Nuevo Mundo*, 18 de septiembre de 1925. Pg. 328

Ilustración 63. Desembarco de Alhucemas. Foto suministrada por la aviación militar. Obtenido de: <http://www.abc.es/historia-militar/20140112/abci-desembarco-alhucemas-tropas-espanolas-201401111236.html>. Consultado: enero de 2014. Pg. 328

Ilustración 64. Obuses de las columnas liberadoras de la posición de Kudia Tahar, haciendo fuego sobre el enemigo que la asediaba, y que fue puesto en dispersión por nuestras tropas. Foto Alfonso. *Mundo Gráfico*, 23 de septiembre de 1925. Pg. 329

Ilustración 65. Un camión lleno de cadáveres hallados en Monte-Arruit. Foto: Alfonso. *Mundo Gráfico*, 4 de noviembre de 1921. Pg. 366

Ilustración 66. La extensa crónica que Alfredo Rivera envió a su redacción no obtuvo el permiso de la censura para su publicación y el director del diario decidió protestar dejando el espacio que iba a ocupar en portada en blanco. *El Imparcial*, 30 de julio de 1921. Pg. 372

Ilustración 67. El fotógrafo D. Ricardo Baños, de la casa Hispano-Films, de Barcelona, impresionando una película en el campo de batalla. Merced a la rapidez con que en todos sus servicios procede esta casa, única en España, se dedica a la manufactura de películas cinematográficas en gran escala, el público de Barcelona puede ver todas las noches en los cinematógrafos los episodios de la guerra acaecidos el día anterior. Foto Alonso. *Nuevo Mundo*, 30 de septiembre de 1909. Pg. 388

Ilustración 68. Vista del campamento del Ejército español instalado en la ladera del fortín de Serrallo. Enrique Facio. 1860. Fuente: (Moreno y Bauluz, 2011:15). Pg. 390

Ilustración 69. Carga de caballería que dieron los bravos jinetes de Lusitania en la falda del monte Arbós para desalojar al enemigo de las posiciones en que esperaba el avance de las columnas de Sanjurjo, Berenguer y Cabanellas hacia Sebt. Foto Campúa. *Mundo Gráfico*, 12 de octubre de 1921. Pg. 392

Ilustración 70. Nuestra artillería haciendo fuego desde Monte Arbós, mientras las tropas de las columnas de Sanjurjo y Berenguer se apoderaban, mediante reñidísimo combate y venciendo la tenaz resistencia de los moros, de las posiciones de Segangan y Atlaten, en la mañana del 5 del actual. Foto Campúa. *Mundo Gráfico*, 12 de octubre de 1921. Pg. 393

Ilustración 71. He ahí uno de los cuadros más llenos de emoción que ofrece la guerra: la conducción de heridos desde la línea de fuego al hospital de sangre más cercano. Cuadro de dolor y de sufrimiento, pero también de silencioso heroísmo y de cristiana abnegación, que si despierta y acicata los sentimientos compasivos, acreciendo nuestro amor al combatiente y enfervorizándonos en el deseo de contribuir al alivio de sus males, nos llena de admiración sin límites hacia esos otros soldados, los bravos sanitarios, cuya principal misión es la de arrebatar los ensangrentados cuerpos de sus hermanos de armas, alejándolos del campo de batalla, a la insaciable ferocidad rifeña. Foto Campúa. *La Esfera*, 19 de noviembre de 1921. Pg. 395

Ilustración 72. Dos culminantes momentos históricos de nuestra acción en Marruecos. Grupo de soldados que durante la campaña de 1909 fueron los que primeramente escalaron el Gurugú y plantaron la bandera española en su cumbre. El grupo de valientes que en la guerra actual realizaron la misma hazaña de poner nuestro pabellón en el pico más alto del funesto monte. En primer término uno de los cañones con que los moros lanzaban proyectiles a las posiciones y a la plaza de Melilla que ha sido recuperado por nuestras tropas. Foto Campúa. *Mundo Gráfico*, 19 de octubre de 1921. Pg. 396

Ilustración 73. Un soldado de infantería disparando sobre el enemigo al amparo del muro de una casa derruida, durante el último avance de nuestras tropas hacia Yazanen. Foto Campúa. *Mundo Gráfico*, 23 de noviembre de 1921. Pg. 396

Ilustración 74. El general Fresneda y su Estado Mayor rodeado de los soldados de su columna al ocupar los altos de Hardum. Foto Alfonso. *La Esfera*, 5 de noviembre de 1921. Pg. 397

Ilustración 75. Tropas de la columna Sanjurjo batiendo al enemigo, que hizo una tenaz resistencia para oponerse a la ocupación del monte de la Esponja, que fue tomado por asalto. Foto Alfonso. *Mundo Gráfico*, 9 de noviembre de 1921. Pg. 399

Ilustración 76. Corresponsal tomando notas en las trincheras avanzadas del campamento de Horcas Coloradas. De fotografía del Sr. Company. *El Liberal*, 26 de noviembre de 1893. Pg. 419

Ilustración 77. Croquis de la tienda de campaña del capitán Lavín. *Las Provincias*, 29 de octubre de 1909. Pg. 420

Ilustración 78. Periodistas y oficiales. Dos de nuestros compañeros en Melilla han sido obsequiados por varios oficiales con una comida en Nador. Durante la amistosa fiesta, en la cual fraternizaron militares y periodistas, se obtuvo la presente instantánea. En ella aparecen de izquierda á derecha, los oficiales Sres. Calderón y Vaquero, el corresponsal de *Las Provincias*, de Valencia, Sr. López Chávarri; nuestro *reporter* fotógrafo Sr. Alba, el teniente coronel Sr. Durillo, el médico Sr. Pastor, el teniente Muñoz, el capitán Lavín y nuestro compañero Tur. Foto Alba. *ABC*, 2 de noviembre de 1909. Pg. 421.

Mapas

Mapa 1. Plano del Protectorado Español de Marruecos, 1912. Instituto Cartográfico de Cataluña. Pg. 54.

Mapa 2. Melilla. Plano de los fuertes exteriores. Ministerio de Defensa. Ejército de Tierra. Pg. 63.

Mapa 3. Plano del Campo Exterior de Melilla, 1893. Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico. Pg. 65.

Mapa 4. Croquis del campo de Melilla, 1909. Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico. PG. 157.

Mapa 5. Representación de movimientos de retirada y contraataque que ocasionaron la caída de la Comandancia General de Melilla en 1921 Obtenido de: http://es.wikipedia.org/wiki/Desastre_de_Annual